

Quo Vadis
Una Historia de la Época de Nerón

Henryk Sienkiewicz

PRIMERA PARTE

I

Despertó Petronio cerca de mediodía y, como de costumbre, muy cansado. El día anterior había asistido a un banquete ofrecido por Nerón, que se prolongó hasta bien entrada la noche.

Desde hacía cierto tiempo no gozaba de tan buena salud como antes. Por las mañanas se despertaba con un sopor que le imposibilitaba concentrarse. Pero el baño matutino y un concienzudo masaje, efectuado por esclavos especializados, aceleraban la circulación de su sangre, le despertaban y le devolvían las fuerzas. De modo que al salir del oleothesium, que era el último departamento de sus baños, aparecía como nuevo, con los ojos chispeantes de ingenio y de alegría, rejuvenecido, rebosante de vida, elegante y tan distinguido, que el propio Otón no hubiera podido compararse con él, ya que realmente merecía el título que se le había dado de *Arbiter Elegantiarum*.

Petronio no solía frecuentar los baños públicos, excepto cuando se presentaba en ellos algún orador digno de interés, del que se hablara en la ciudad, o cuando en los ephebias se ejecutaban juegos excepcionalmente interesantes.

Verdad es que su propia insula tenía baños privados, ampliados, arreglados y reparados con tan buen gusto por Céler, el famoso colaborador de Severo, que el propio Nerón reconocía que eran superiores a los imperiales, aun siendo éstos mucho más vastos y de una extraordinaria riqueza.

Petronio, después de ese banquete, en el que se aburrió con las bufonadas de Vatinio, había tomado parte, junto con Nerón, Lucano y Séneca, en una diatriba acerca de si la mujer tenía alma.

Habiéndose levantado tarde, fue a tomar su baño acostumbrado. Dos enormes balneadores le tendieron sobre una mesa de ciprés cubierta con un lienzo egipcio de nivea blancura, y con las manos untadas en aceite de oliva aromático comenzaron a frotarle su bien formado cuerpo. Entretanto, él, con los ojos cerrados, aguardaba que el calor del laconicum y el de las manos de los balneadores penetraran en su cuerpo y desalojaran de él el cansancio.

Pasados unos instantes, preguntó por el tiempo que hacía; después, por las alhajas que el joyero Idomeneo había prometido enviarle para que las viera. Le contestaron que el tiempo era espléndido, que soplaba una ligera brisa de las colinas de Alba y que las alhajas no habían llegado aún. Petronio volvió a cerrar los ojos y dio la orden de que le trasladaran al tepidarium. En aquel

momento se asomó entre las cortinas el nomenclator anunciando que el joven Marco Vinicio, recién llegado de Asia Menor, había venido a visitarle.

Petronio ordenó que introdujeran al visitante en el tepidarium, adonde se trasladó él mismo. Era Vinicio el hijo de su hermana mayor, casada con Marco Vinicio, cónsul de la época de Tiberio. El joven luchaba contra los partos, bajo las órdenes de Corbulón, y tras el final de aquella guerra volvía a la ciudad. Petronio tenía cierta debilidad por él, lindando con la simpatía, ya que Marco, además de ser un joven de formas atléticas y hermosas, conservaba cierta forma estética dentro de su depravación, y eso Petronio lo apreciaba más que nada.

—¡Salud, Petronio! —exclamó el joven, entrando con paso elástico en el tepidarium—. Que todos los dioses te sean propicios, y en particular Asclepio y Ciprida, ya que bajo su doble protección no puede ocurrirte desgracia alguna.

—Bienvenido a Roma, y que el descanso te sea grato después de la guerra —contestó Petronio, sacando la mano de entre los pliegues de la suave tela de carbasso en que se hallaba envuelto—. ¿Qué se dice en Armenia? Y ya que estuviste en Asia, ¿no te detuviste en Bitinia?

En otros tiempos había sido Petronio gobernador de Bitinia, y, cosa notable, había gobernado con justicia y energía. Constituía esto un extraño contraste con su carácter, tan dado a la molicie y amante de los placeres. Por ello le agradaba recordar aquellos tiempos, que constituían la prueba de lo que había sido y de lo que podía ser, de haberle gustado.

—Estuve en Heraclea —contestó Vinicio—. Me envió allí Corbulón en busca de refuerzos.

—¡Ah, Heraclea! Conocí allí a una doncella de la Cólquida a quien no habría cambiado por todas las divorciadas de la ciudad, sin excluir a Popea. Pero éstas son cosas pasadas. Más vale que me hables de lo que ocurre del lado de los partos. En verdad, me aburren todos esos vologesos, tirdates y demás bárbaros, que, según testimonio de Aruleno el Joven, andan en su casa a cuatro patas y se las dan de personas tan sólo cuando están entre nosotros. Pero ahora en Roma se habla mucho de ellos, aunque sólo sea por lo peligroso que resulta hablar de otra cosa.

—La guerra va mal, y si no fuera por Corbulón podría convertirse en derrota.

—¡Corbulón! ¡Por Baco! He aquí a un dios de la guerra, a un verdadero Marte y a un gran caudillo, a la vez impetuoso, recto y necio. Le quiero, aunque no sea más que porque Nerón le teme.

—Corbulón no es un hombre necio.

—Puede que tengas razón; pero, a fin de cuentas, da lo mismo. Como dice Pirrón, la necedad no es peor que la sabiduría, y en nada se diferencia de ella.

Entonces Vinicio empezó a hablar de la guerra; pero cuando Petronio entornó los ojos, observó el joven su rostro desmejorado y demacrado, por lo que, cambiando de tema, le preguntó con cierta intranquilidad por el estado de su salud. Petronio abrió de nuevo los ojos. ¿Su salud?... No, no se encontraba bien. Aunque no había llegado al estado del joven Sissena, que había perdido hasta tal punto la facultad de sentir, que cuando le llevaban al baño por la mañana preguntaba: «¿Estoy sentado o de pie?».

Pero Petronio no se encontraba bien. Acababa Vinicio de colocarle bajo la protección de Asclepio y de Ciprida, y ni siquiera se sabía de quién era hijo ese Asclepio, si de Arsinoe o de Coronida, y al no saberse quién era su madre, ¿qué podría decirse del padre? ¡En estos tiempos no se podía estar seguro ni del propio!

Aquí se sonrió Petronio, y continuó:

—Verdad es que hace dos años envié a Epidauro tres docenas de mirlos y una copa de oro. Pero ¿sabes por qué? Pues porque me dije: «Aunque ignoro si esto me va a ayudar, sé por lo menos que no me perjudica». Si todavía la gente continúa haciendo ofrendas a los dioses es porque todos razonan igual que yo, absolutamente todos, excepto los muleros que se ocupan de los viajeros junto a la Puerta Capena. Además, no sólo he tenido que habérmelas con Asclepio, sino también con sus sacerdotes, quienes, cuando el año pasado padecí de la vejiga, me hicieron una especie de incubación. Sabía que eran unos embaucadores, pero al mismo tiempo me decía: «Y eso, ¿en qué me perjudica?». El mundo se basa en el engaño, y la vida es una ilusión. También el alma es ilusión. Hay que tener la suficiente comprensión para saber distinguir las ilusiones agradables de las desagradables. He dispuesto que en mi hipocaustum quemem madera de cedro rociada con ámbar, porque mientras viva prefiero los perfumes a los olores. En cuanto a Venus, a la que también me has recomendado, conocí su protección bajo la forma de unos punzantes dolores en la pierna derecha. Pero, por lo demás, es una buena diosa. Me figuro que tú, tarde o temprano, habrás de llevar a su altar unas blancas palomas en ofrenda.

—Es cierto —contestó Vinicio—. Las flechas de los partos no me alcanzaron, pero un dardo del Amor me ha herido inesperadamente, a pocos estadios de una de las puertas de la ciudad.

—¡Por las blancas rodillas de las Gracias! Eso me lo tienes que contar más despacio —dijo Petronio.

—Precisamente venía a pedirte consejo —le contestó Marco.

Pero en aquel instante entraron los epilatores, que se hicieron cargo de Petronio, mientras que Marco, despojándose de la túnica, penetraba en el baño de agua tibia, al que Petronio le había invitado.

—¡Ah! Ni siquiera te pregunto si hay reciprocidad —dijo Petronio, contemplando las juveniles formas de Vinicio, que parecían talladas en mármol—. Si te hubiera visto Lisipo, servirías ahora de ornamento a la puerta que conduce al Palatino, como una estatua de Hércules en su juventud.

El joven sonrió con satisfacción y se sumergió en el baño, salpicando el mosaico, que representaba a Hero en el momento en que imploraba al Sueño que adormeciera a Zeus. Entretanto, Petronio le contemplaba con la mirada satisfecha del artista.

Cuando acabó el baño, Vinicio se entregó en manos de los epilatores. A continuación penetró el lector con una caja de bronce, que apoyaba contra el pecho, llena de fajos de papeles.

—¿Te interesa escuchar? —preguntó Petronio.

—Si se trata de una obra tuya, con mucho gusto —contestó Vinicio—; pero, de no ser así, prefiero conversar. Hoy día, los poetas se dedican a cazar gente en las esquinas de todas las calles.

—Ya lo creo; no se puede pasar delante de una basílica, de las termas, de una biblioteca o de una librería, sin ver a un poeta gesticulando como un mono. Cuando Agripa volvió de Oriente los tomó por locos. Pero ahora..., así son los tiempos. El César hace versos, y todos siguen sus huellas. Únicamente no está permitido hacerlos mejores que los suyos, y por eso abrigo temores respecto a Lucano. Pero yo escribo en prosa, con la que no me obsequio a mí mismo ni a los demás. Lo que el lector nos iba a leer eran unos codicilli de ese pobre Fabricio Veyento.

—¿Por qué pobre?

—Porque se le ha hecho saber que debe permanecer en Odesa y no volver a su hogar hasta nueva orden. Esta odisea le será más leve que a Ulises la suya, ya que su mujer no es ninguna Penélope. Creo inútil decirte que se ha hecho una tontería; pero aquí sólo se miran las cosas superficialmente. Se trata de un libro bastante malo y aburrido, que la gente ha empezado a leer con interés desde que su autor ha sido desterrado. Ahora se oye clamar por todas partes: «¡Qué escándalo, qué escándalo!», y es posible que Fabricio haya inventado algunas cosas; pero yo, que conozco la ciudad, a nuestros padres y a nuestras mujeres, te aseguro que todo ello resulta pálido frente a la realidad. Entretanto, cada uno se busca en el libro a sí mismo con temor, y a los demás,

con fruición. En la librería de Avirno hay cien escribientes copiando al dictado el libro, cuyo éxito está ya asegurado.

—¿De tus asuntillos no habla?

—Sí, pero el autor se equivoca, porque soy a la vez peor y menos sencillo de lo que me pinta. Mira: aquí ya hace tiempo que se ha perdido la noción de lo bueno y de lo malo, y a mí mismo me parece que no existe tal diferencia, a pesar de que Séneca, Musonio y Tráseas pretenden verla. Sin embargo, he conservado una superioridad, y es que sé distinguir lo feo de lo bello, cosa que nuestro poeta Barbas de Cobre, y a la vez auriga y cantor, bailarín e histrión, no comprende.

—Sin embargo, me da lástima de Fabricio. Es un buen compañero.

—Le perdió su amor propio. Todos sospechaban de él, pero nadie estaba bien informado. Sin embargo, no fue dueño de reprimirse y reveló el secreto a todos, bajo reservas. ¿Has oído la historia de Rufino?

—No.

—Pues pasemos al frigidarium, donde nos refrescaremos, y allí te la contaré.

Pasaron al frigidarium, en el centro del cual se hallaba una fuente de color de rosa claro, que despedía perfume de violetas. Se sentaron en sendos nichos cubiertos de seda y se dispusieron a refrescar sus cuerpos.

Durante algunos minutos reinó un completo silencio. Vinicio contemplaba pensativo a un fauno de bronce que, atrayendo a una ninfa por el hombro, buscaba ansioso su boca.

—¡Éste sí que tiene razón! Es lo mejor que hay en la vida.

—Puede que sí. Pero tú, además, amas la guerra, que a mí no me atrae, porque bajo la tienda de campaña se rompen las uñas y pierden su tinte sonrosado. Además, cada cual tiene sus gustos: Barbas de Cobre ama el canto, en particular el suyo, y el viejo Escauro tiene tal predilección por su vaso corintio, que por las noches lo coloca junto a su lecho y lo besa durante las horas de insomnio. Lo ha besado hasta el punto de desgastar sus bordes. Dime: ¿tú no haces versos?

—No; nunca he sido capaz de componer ni un hexámetro.

—¿No tocas la lira, ni cantas?

—No.

—¿Ni sabes conducir un carro?

—Tomé parte una vez en unas carreras en Antioquía, pero sin éxito.

—Entonces estoy tranquilo. ¿A qué partido perteneces en el hipódromo?

—Al de los verdes.

—Ahora sí que estoy completamente tranquilo, teniendo en cuenta, además, que posees una gran fortuna, a pesar de no ser tan rico como Palas o Séneca. Porque, mira, en la actualidad está bien componer versos, tocar la lira, declamar y luchar en el circo; pero aún mejor y mucho menos peligroso resulta no hacer versos, no tocar, no cantar y no luchar en el circo. Lo mejor que se puede hacer es admirar lo que Barbas de Cobre admira. Eres un apuesto joven; así pues, corres el peligro de que Popea se enamore de ti. Pero no, posee demasiada experiencia. Quedó harta del amor de sus dos primeros maridos, y respecto al tercero, abriga otras miras, y no es precisamente de amor de lo que tratan. ¿No sabes que el necio de Otón sigue locamente enamorado de ella? Anda vagando por los riscos españoles y suspirando, hasta el punto de haber perdido sus antiguas costumbres de tal forma, que para peinarse le bastan tres horas diarias. ¿Quién hubiera podido esperar semejante cosa de Otón?

—Le comprendo —dijo Vinicio—; pero en su lugar habría hecho otra cosa.

—¿Puede saberse qué?

—Reclutaría legiones de fieles montañeses de aquel país. Son fuertes soldados esos iberos.

—¡Vinicio! ¡Vinicio! Casi me dan ganas de decirte que no te resultaría muy fácil. ¿Y sabes por qué? Pues porque tales cosas pueden hacerse, pero nunca se habla de ellas, ni siquiera condicionalmente. En cuanto a mí, si estuviera en su lugar, me reiría de Popea y de Barbas de Cobre, y formaría para mí unas legiones, no de iberos, sino de iberas, y lo más que haría sería escribir epigramas, que por cierto no leería a nadie, como hizo el pobre Rufino.

—Ibas a contarme su historia.

—Te la contaré en el unctuarium.

Pero en el unctuarium fijó Vinicio la atención en otros objetos, tales como las maravillosas esclavas que allí los aguardaban. Dos de ellas, africanas, semejantes a dos admirables estatuas de ébano, les frotaron el cuerpo con delicados perfumes de Arabia; otras, frigias, hábiles peinadoras, sostenían con sus manos, blandas y flexibles como serpientes, peines y espejos de acero bruñido, y, finalmente, dos doncellas griegas de Cos, bellas como diosas, aguardaban, en calidad de vestiplicae, el momento de marcar los pliegues a las togas de sus señores.

—¡Por Júpiter Tonante! —exclamó Vinicio—. ¡Vaya una colección que tienes en tu casa!

—Prefiero la calidad a la cantidad —contestó Petronio—. Toda mi familia no pasa de cuatrocientas cabezas, y creo que sólo para el servicio personal los advenedizos necesitan más gente.

—¡Ni el propio Barbas de Cobre posee cuerpos más hermosos! —exclamó Vinicio, en tanto que se le dilataban las aletas de la nariz.

A lo que Petronio contestó con amistosa indiferencia:

—Eres pariente mío, y no soy tan misántropo como Bassus ni tan intolerante como Aulo Plaucio.

Al oír este nombre, Vinicio se olvidó de pronto de las esclavas de Cos, e irguiendo vivamente la cabeza, preguntó:

—¿Cómo se te ha ocurrido nombrar a Aulo Plaucio? ¿Sabes que cuando me rompí la mano, en las afueras de la ciudad, pasé unos días en su casa? Plaucio pasaba en el momento de ocurrir el accidente, y al ver que sufría mucho me llevó a su casa, donde un esclavo suyo, el médico Merión, me curó. Precisamente quería hablarte de ello.

—¿Por qué? ¿No te habrás enamorado por casualidad de Pomponia? Si es así, te compadezco. Ya no es joven, y para colmo, virtuosa. No puedo imaginar una combinación peor.

—No estoy enamorado de Pomponia —respondió Vinicio.

—¿De quién, entonces?

—¡Si yo mismo supiera de quién! Pero ni siquiera conozco su nombre como es debido. En la casa la llaman Ligia, porque procede del país de los ligios; pero su nombre bárbaro es Calina. Es una extraña casa la de los Plaucio. Hay en ella muchas personas, pero es silenciosa como los bosquecillos de Subiaco. Por espacio de algunos días ignoré que habitara en ella una deidad, hasta que una vez, al amanecer, la vi bañándose en la fuente del jardín. Y te juro, por la espuma de donde brotó Venus, que los rayos del sol atravesaban su cuerpo. Creí que al salir el sol se desvanecería en la luz como se desvanece el crepúsculo matutino. Desde entonces la he visto dos veces, y he perdido la tranquilidad; no tengo otros deseos, ni quiero conocer cuanto la ciudad pueda ofrecerme; no quiero mujeres, ni oro, ni bronces corintios, ni ámbar, ni perlas, ni vino; sólo quiero a Ligia. Te lo digo sinceramente, Petronio: siento por ella una nostalgia tan grande como la que sentía ese Morfeo, representado en los mosaicos de tu tepidarium, por Pasitea durante días y noches.

—Si es una esclava, cómprala.

—No es una esclava.

—¿Qué es, pues? ¿Alguna liberta de Plaucio?

—No habiendo sido nunca esclava, no puede ser liberta.

—Entonces, ¿qué es?

—No lo sé; hija de un rey o algo por el estilo.

—Me intrigas, Vinicio.

—Si me prestas atención, pronto podré satisfacer tu curiosidad. La historia no es larga. Tú quizá conocieras personalmente a Vanio, el rey de los suevos, que, expulsado de su país, pasó largo tiempo en Roma, donde incluso adquirió cierta celebridad como jugador afortunado de dados y buen auriga. César Druso le colocó de nuevo en el trono, y Vanio, que era hombre enérgico, gobernó bien al principio y alcanzó éxitos en la guerra; más tarde se convirtió en azote, no sólo de sus vecinos, sino de los propios suevos. En vista de esto, Vangio y Sidón, dos sobrinos suyos, hijos de Vibilio, rey de los hermanduros, decidieron obligarle a volver de nuevo a Roma... y a seguir probando fortuna con los dados.

—Recuerdo; sucedió no hace mucho, en la época de Claudio.

—Sí; entonces estalló la guerra. Vanio llamó en su ayuda a los yasgos, y sus queridos sobrinos llamaron a su vez a los ligios. Éstos, que habían oído hablar de las riquezas de Vanio, y acuciados por la esperanza del botín, acudieron en tal número, que el mismo César Claudio empezó a temer por la tranquilidad de sus fronteras. Claudio, como no quería intervenir en una guerra de bárbaros, escribió a Atelio Hister, que mandaba las legiones del Danubio, encargándole que vigilara de cerca el curso de las operaciones y no permitiera turbar nuestra paz. Hister exigió a los ligios que prometieran no atravesar las fronteras, y ellos no sólo accedieron a tal petición, sino que dejaron rehenes, entre los que se encontraban la esposa y la hija de su caudillo. Ya sabes que los bárbaros tienen la costumbre de llevar a la guerra a sus esposas e hijos, y precisamente Ligia es la hija de ese caudillo.

—¿De dónde sabes todo eso?

—Me lo contó el propio Aulo Plaucio. Los ligios no atravesaron entonces la frontera, pero esos bárbaros van y vienen como la tempestad. De igual forma desaparecieron los ligios, junto con los cuernos de buey con que adornaban sus cabezas. Derrotaron a los suevos de Vanio y a los yasgos, cayó su rey, y ellos desaparecieron con el botín, quedando los rehenes en manos de Hister. La madre de Ligia murió al poco tiempo, y no sabiendo Hister qué hacer con la niña, se la envió a Pomponio, gobernador de toda Germania. Este, cuando terminó la guerra con los catos, regresó a Roma, donde, como sabes,

Claudio permitió que celebrara el triunfo. En aquella ocasión, la doncella marchaba tras el carro del conquistador. Mas cuando acabó la ceremonia, teniendo en cuenta que no se podía considerar a los rehenes como cautivos, no sabiendo Pomponio qué hacer con ella, se la entregó a su hermana Pomponia Grecina, la mujer de Plaucio. En esa casa (donde todos, comenzando por los señores y acabando por las gallinas del corral, son virtuosos) creció Ligia hasta hacerse una Jovencita, por desgracia tan virtuosa como la propia Grecina, y tan bella, que a su lado la misma Popea parecería un higo de otoño comparado con una manzana de las Hespérides.

—Y ¿qué más?

—Te repito que desde el momento en que vi junto a la fuente cómo los rayos del sol atravesaban su cuerpo, me enamoré de ella locamente.

—¿Es, pues, tan transparente como una lamprea o una sardina recién nacida?

—No bromees, Petronio. Y si te decepciona la llaneza con que te hablo, sabe que bajo atavíos brillantes pueden ocultarse heridas profundas. He de decirte también que cuando volví de Asia dormí una noche en el templo de Mopso para tener un sueño profético. Pues bien: en sueños se me apareció el propio Mopso y me predijo que, merced al amor, mi vida experimentaría un cambio profundo.

—He oído decir a Plinio que no creía en los dioses, pero sí en los sueños, y quizá tenga razón. Mis bromas no me impiden pensar a veces que en realidad hay una sola divinidad, eterna, todopoderosa, creadora: Venus Genitrix. Ella une las almas, los cuerpos y las cosas. Eros hizo que el mundo surgiera del caos. Si obró bien o mal, ya es otro asunto; pero ya que lo hizo, es forzoso que reconozcamos su poder, aunque no lo bendigamos.

—¡Ay, Petronio! En este mundo es más fácil encontrar un filósofo que un buen consejero.

—¿Qué es lo que realmente deseas?

—Deseo poseer a Ligia; deseo que mis brazos, que ahora sólo palpan el aire, puedan abrazarla y estrecharla contra mi pecho; quiero respirar con su aliento. Si fuera una esclava, daría por ella a Plaucio cien doncellas con los pies blanqueados con cal, en señal de que eran vendidas por primera vez. Quiero tenerla en mi casa hasta que mi cabeza se ponga tan blanca como la cumbre del Sorato en el invierno.

—No es una esclava, pero puede considerársela como perteneciente a la familia de Plaucio, y, además, como alumna, por ser huérfana. Si Plaucio quisiera, podría cedértela.

—Parece, por lo visto, que no conoces a Pomponia Grecina. Además, los dos se han encariñado tanto con ella como si fuera su propia hija.

—Conozco a Pomponia. Es un verdadero ciprés; si no fuera esposa de Aulo, podría servir de plañidera alquilada. Desde la muerte de Julia no se ha quitado el traje oscuro, y parece como si anduviera en vida por el prado de los asfódelos. Además, es univira, y entre nuestras damas, divorciadas cuatro y cinco veces, resulta una especie de fénix. A propósito: ¿has oído decir que en el alto Egipto el fénix ha renacido de sus cenizas, cosa que ocurre una vez cada quinientos años?

—Petronio, Petronio, ya hablaremos del fénix en otra ocasión.

—Una cosa te voy a decir, Marco mío: conozco a Aulo Plaucio, que, aunque no apruebe mi forma de vivir, tiene por mí cierta debilidad, y quizá me aprecia más que otro porque sabe que nunca fui delator, como, por ejemplo, Domicio Afer o Tigelino y toda la cuadrilla de amigos de Ahenobarbus. Sin dármeles de estoico, no me han gustado ciertos actos de Nerón que Séneca y Burro miraban haciendo como que no veían. Si crees que puedo conseguir algo de Aulo, estoy a tu disposición.

—Creo que sí puedes; tienes influencia sobre él y, además, tu ingenio posee recursos inesperados. ¡Si tú quisieras hacerte cargo de la situación y hablar con Plaucio!...

—Tienes un concepto muy elevado de mi influencia e ingenio; pero si sólo de eso se trata, hablaré con Plaucio tan pronto como regrese de la ciudad.

—Regresó hace dos días.

—Entonces vamos al triclinium, donde nos espera el desayuno, y, una vez repuestas las fuerzas, nos haremos conducir a casa de Aulo Plaucio.

—Siempre te he querido —exclamó efusivamente el joven—; pero ahora mandaré colocar tu estatua entre mis lares, una tan bella como ésta, y haré ofrendas ante ella.

Y al hablar así se volvió hacia donde estaban las estatuas, que ocupaban toda una pared de la perfumada estancia, señalando con la mano la estatua de Petronio, que le representaba como Mercurio con el caduceo en la mano. Luego añadió:

—¡Por la luz de Helios! Si el divino Alejandro se pareciese a ti, comprendería a Helena.

En esta exclamación había tanta sinceridad como lisonja. Petronio, aunque de más edad y de contextura menos atlética, era más hermoso que Vinicio. Las mujeres de Roma no sólo admiraban su agudo ingenio y su buen gusto, que le habían hecho merecedor del título de Árbitro de la Elegancia, sino que

también admiraban su cuerpo. Admiración que se traslucía incluso en los rostros de las doncellas de Cos, que a la sazón colocaban los pliegues de su toga. Una de ellas, llamada Eunice, que le amaba en secreto, le miraba a los ojos con sumisión y arrobamiento. Pero Petronio ni se fijó en ello, y sonriéndose recordó la frase de Séneca referente a las mujeres: *Animal impudens...* Y a continuación, cogiéndole por los hombros, le condujo al triclinium.

En el unctuarium las dos doncellas griegas, las frigias y las dos etíopes empezaron a ordenar los vasos de perfumes; pero en aquel momento asomaron entre las cortinas del frigidarium las cabezas de los balneatores y se oyó un suave «¡psst!». A esta llamada, una de las griegas, las frigias y las dos etíopes saltaron vivamente, y en un abrir y cerrar de ojos desaparecieron detrás de la cortina.

En los baños comenzaba la hora de licencia y alegría, sin que el propio inspector hiciera nada por impedirla, ya que a menudo solía tomar parte en algunas orgías. Petronio se figuraba que sucedían estas cosas; pero como hombre prudente y enemigo de castigar, fingía ignorarlo.

Eunice quedó sola en el unctuarium. Durante algún tiempo escuchó las voces y risas que iban alejándose poco a poco en dirección al laconicum; luego, cogiendo el taburete incrustado en ámbar y marfil en que hacía un momento había estado sentado Petronio, lo llevó cuidadosamente junto a la estatua. El unctuarium estaba lleno de luces y colores, que se reflejaban en los mármoles que recubrían las paredes. Eunice se subió al banquillo, y al encontrarse a la altura de la estatua de Petronio abrazó su cuello, y luego, echando hacia atrás su dorada cabellera y acercando su sonrosado cuerpo al blanco mármol, oprimió extasiada con su boca los fríos labios de la estatua de Petronio.

II

Después de tomar el refrigerio, los dos amigos, a la hora en que ya hacía largo rato que los simples mortales habían terminado su prandium del mediodía, se echaron a dormir una corta siesta. Según Petronio, era demasiado temprano para hacer visitas.

—En verdad —dijo—, hay personas que comienzan a visitar a sus conocidos desde la salida del sol.

Esto, aunque era una antigua costumbre romana, a Petronio le parecía más bien bárbara; las horas de la tarde eran las más apropiadas, pero no antes que

el sol pasase en dirección al templo de Júpiter Capitolino y comenzara a mirar oblicuamente hacia el Foro. En otoño todavía hacía calor y la gente acostumbraba a dormir después de comer. Al mismo tiempo resultaba grato oír el murmullo de la fuente en el atrium y, después de los mil pasos de rigor, adormecerse bajo la luz rojiza que se filtraba a través del purpúreo velarium medio alzado.

A Vinicio le parecieron razonables estas palabras. Así pues, comenzaron a pasear hablando de lo que se decía en el Palatino y en la ciudad, y filosofando un poco acerca de la vida. Luego, Petronio se retiró al cubiculum, pero no durmió mucho: salió al cabo de media hora, mandando que le trajesen verbena; después, aspirando su perfume, se frotó con ella las sienes y las manos.

—No puedes figurarte —dijo— cuánto refresca y reanima esto. Ahora estoy a tu disposición.

La litera hacía tiempo que les aguardaba; se sentaron en ella, y Petronio dio la orden de que los condujeran al Vicus Patricius, a casa de Aulo Plaucio.

La insula de Petronio estaba situada al sur del Palatino, cerca del barrio llamado de las Carenas; así que el camino más corto convenía tomarlo más abajo del Foro. Mas como Petronio quería detenerse en casa del joyero Idomeneo, dio la orden de que los condujeran por el Vicus Apollinis y el Foro en dirección al Vicus Sceleratus, en cuyas esquinas había numerosas tabernas de todas clases. Negros gigantescos levantaban la litera y la conducían precedidos de esclavos llamados pedisequi. Petronio, pasados unos instantes de silencio, se llevó a la nariz las palmas de sus manos perfumadas de verbena y pareció meditar.

—Se me ocurre —dijo luego— que si tu diosa de los bosques no es esclava, podría abandonar la casa de los Plaucio y trasladarse a la tuya. La rodearías de cariño y la colmarías de riquezas, como hago yo con Crisotemis, de quien te diré, hablando entre nosotros, que estoy casi tan harto como ella lo está de mí.

Marco hizo un ademán con la cabeza.

—¿Qué te parece? —preguntó Petronio—. En el peor de los casos, el César tomaría cartas en el asunto, y puedes estar seguro de que gracias a mi influencia nuestro Barbas de Cobre estaría a tu favor.

—No conoces a Ligia —replicó Vinicio.

—Entonces, permíteme que te pregunte si la conoces tú de otra forma que no sea la simplemente visual. ¿Has hablado con ella? ¿Le has declarado tu amor?

—La vi por primera vez junto a la fuente; y después me la he encontrado dos veces. Recuerda que durante mi estancia en casa de Aulo habitaba yo en una villa aparte, destinada a los huéspedes, y como tenía rota la mano, no podía sentarme en la mesa común. Solamente la víspera del día que tenía anunciada mi partida me encontré con Ligia durante la cena; pero no pude decirle ni una palabra; tuve que escuchar a Aulo y el relato de sus victorias, obtenidas en Britania, y de la ruina de los pequeños estados de Italia, que Licinio Estolo había procurado impedir. En general, no sé si Aulo es capaz de hablar de otra cosa, y no hay medio de librarse de sus historias de guerra, a menos que se quiera oír hablar del relajamiento de las costumbres en los tiempos actuales. Tiene faisanes en sus gallineros, pero no los comen porque parten del principio de que cada faisán comido apresura el fin del poder romano. La encontré por segunda vez junto a la fuente del jardín; tenía en la mano un mimbreci recién arrancado que metía y sacaba en el agua, salpicando los iris que crecían alrededor. Fíjate en mis rodillas. Por el escudo de Hércules te digo que no temblaron cuando sobre nuestros manipulos caían rugientes nubes de partos; pero me temblaron junto a la fuente, y entonces, confundido como un muchacho que todavía lleva la bulla al cuello, imploré compasión con los ojos, sin poder durante largo rato pronunciar una palabra.

Petronio le contempló con envidia.

—Feliz tú —dijo—. Aunque el mundo y la vida fueran peores de lo que son, siempre habrá en ellos una cosa eternamente buena: ¡la juventud!

Y, pasados unos instantes, preguntó:

—¿Y no le hablaste?

—En cuanto reaccioné le dije que había regresado de Asia, que me había dislocado el brazo al entrar en la ciudad y sufría cruelmente; pero que en el momento de abandonar tan hospitalaria casa comprendía que el sufrimiento en ella era mejor que el placer en otro sitio, y que la enfermedad allí era preferible a la salud en otra parte. Ella escuchaba mis palabras también turbada y con la cabeza inclinada, mientras que con el mimbreci dibujaba algo en la arena amarillenta. Luego alzó los ojos, volvió a mirar los signos que había trazado, y tornó a mirarme como si quisiera preguntarme algo. Finalmente, huyó como una hamadriada perseguida por un fauno estúpido.

—Sus ojos deben de ser preciosos.

—Son como el mar, y como en el mar, me he hundido en ellos. Puedes creerme: el archipiélago es menos azul. Poco tiempo después vino el pequeño Plaucio y quiso preguntarme algo, mas no comprendí lo que me decía.

—¡Oh, Minerva! —exclamó Petronio—. Quítale a este muchacho la venda de los ojos que le ha puesto Eros, porque, de otra forma, se romperá la cabeza

contra las columnas del templo de Venus.

Y luego, dirigiéndose a Vinicio, agregó:

—¡Oh, tú, botón primaveral del árbol de la vida, primer retoño de la vida! En vez de llevarte a casa de Plaucio debería conducirte a la de Gelocio, donde hay una escuela para jóvenes inexpertos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Qué es lo que dibujó en la arena? ¿No sería el nombre de Eros, o bien un corazón atravesado por una flecha, o algo que indujera a creer que los sátiros le habían susurrado a esta ninfa, al oído, alguno de los secretos de la vida? ¿Cómo pudiste no reparar en aquellos signos?

—Me puse la toga de hombre hace más tiempo del que a ti te parece — contestó Vinicio—. Antes que el pequeño Aulo se acercase a mí, examiné cuidadosamente esos signos, porque sé que las doncellas de Grecia y Roma escriben en la arena la confesión que sus labios no se atreven a pronunciar. Pues bien: adivina lo que dibujó.

—Si no se trata de lo que supongo, no adivinaré.

—Un pez.

—¿Cómo dices?

—Digo que un pez. Acaso quiso darme a entender que por sus venas corre fría la sangre. No lo sé. Pero tú, que antes me llamabas botón primaveral del árbol de la vida, seguramente comprenderás mejor que yo el significado de ese emblema.

—Pero, carissime, una cosa así pregúntasela a Plinio; él entiende de peces. Si el viejo Apicio viviera todavía, quizá podría decirte algo al respecto, pues durante toda su vida comió más pescado del que cabe en el golfo napolitano.

Aquí se interrumpió la conversación. Entraban en calles de mucho movimiento, y les molestaba el ruido de la gente. Por el Vicus Apollinis torcieron hacia el Forum Romanum, donde con el buen tiempo se agrupaban los ociosos, antes de la puesta del sol, para pasearse entre las columnas, dar y recoger noticias, ver desfilar las literas con personajes notables y, finalmente, contemplar las joyerías, las librerías, las tiendas donde se cambiaba moneda, las tiendas de sedas, de bronces y otras muchas que llenaban las casas en la parte del mercado situada frente al Capitolio.

La mitad del Foro que se hallaba debajo de la roca del Capitolio estaba ya inundada por la sombra; pero las columnas de los templos que se elevaban a mayor altura parecían de oro en el cielo brillante y azul. Las que se alzaban a nivel más bajo proyectaban su prolongada sombra sobre el mármoleo

pavimento. Tan poblado se hallaba de ellas aquel sitio, que la vista se perdía como a través de un bosque. Los edificios y las columnas parecían estar realmente hacinados; éstas se escalonaban unas sobre otras, se extendían a la derecha y a la izquierda, se arrimaban a las murallas del palacio, y unas junto a otras parecían blancos y dorados troncos de árboles. En sus capiteles se abrían las hojas del acanto, se enroscaba el cuerno jónico o se hallaba el sencillo rectángulo dórico. Sobre aquel bosque de columnas brillaban triglifos de colores; desde los tímpanos se asomaban las estatuas de los dioses, y en los ápices dorados cuadrigas aladas parecían querer emprender el vuelo, a través del espacio, por la bóveda azul que se extendía serena sobre aquella ciudad cuajada de templos.

Por el centro y por los lados del mercado fluía un río humano. Unos grupos se paseaban bajo los arcos de la basílica de Julio César; otros permanecían sentados en las gradas de Cástor y Pólux o daban vueltas alrededor del templo de Vesta, como enjambres multicolores de mariposas o escarabajos ante un enorme fondo de mármol.

En lo alto, por las extensas galerías laterales del templo consagrado a Jovi Optimo Máximo, afluían nuevas oleadas de gente; ante las rostra se oían algunos oradores improvisados; aquí y allá se escuchaba el vocear de los vendedores de frutas, de vino o agua mezclada con zumo de higos; a los embaucadores, recetando medicinas maravillosas; a los adivinos, descubridores de ocultos tesoros, y a los intérpretes de sueños.

Por todas partes, mezclados con el rumor de las conversaciones y de los gritos, sonaban los sistros, los sacabuches egipcios y las flautas griegas. Se veían enfermos, devotos y desgraciados que llevaban ofrendas a los templos. En medio de la multitud, sobre la piedra del pavimento, se agrupaban, ávidas de los granos que les arrojaban, bandadas de palomas, semejando manchas oscuras de variados colores, que tan pronto levantaban el vuelo con ruidoso batir de alas, como venían a posarse en los claros que la muchedumbre dejaba libres en el suelo.

De cuando en cuando se abrían paso entre la multitud las literas, en cuyo interior se veían mujeres con rostros llenos de afectación, senadores o patricios de rasgos ajados por la vida licenciosa. La multitud políglota repetía en voz alta sus nombres, añadiendo burlas, motes o alabanzas. De cuando en cuando, con paso medido, atravesaban los heterogéneos grupos patrullas de soldados o guardias encargados de mantener el orden en las calles. Por todas partes se oía hablar griego tanto como latín.

Vinicio, ausente de Roma durante mucho tiempo, contemplaba con cierta curiosidad aquel enjambre humano y aquel Forum Romanum, que a la vez que dominaba a la gente se veía invadido por ella Petronio, que había adivinado

los pensamientos de su acompañante, lo calificó de nido de quirites sin quirites. En realidad, el elemento local pasaba casi inadvertido entre aquella masa de hombres compuesta de todas las razas y naciones. Allí se veían etíopes, gigantes rubios procedentes del lejano Norte, britanos, galos y germanos; habitantes de Sericum, de ojos rasgados; hombres del Éufrates y del Indo, con las barbas teñidas de color ladrillo; sirios de las márgenes del Orontes, de ojos negros y de dulce mirar; habitantes de los desiertos de Arabia, secos como huesos; judíos de pecho hundido, egipcios con su eterna e indiferente sonrisa en los labios, numidios y africanos, griegos de la Hélade que, junto con los romanos, eran los dueños de la ciudad, donde imperaban por su sabiduría, su arte, su inteligencia y sus engaños; griegos de las islas, del Asia Menor, de Egipto, de Italia y de la Galia narbonense.

Entre la muchedumbre de esclavos de orejas agujereadas no faltaba gente libre y desocupada a la que el César divertía, mantenía e incluso vestía, forasteros libres atraídos a la gran urbe por la vida fácil y por la esperanza de hacer fortuna.

Tampoco faltaban los corrompidos sacerdotes de Serapis, con ramas de palmera en la mano, y sacerdotes de Isis, en cuyos altares se hacían más ofrendas que en el de Júpiter Capitolino; sacerdotes con doradas espigas de arroz en la mano, sacerdotes de las divinidades nómadas, bailarinas orientales con sus brillantes mitras, vendedores de amuletos y encantadores de serpientes, magos de Caldea y, en fin, vagos sin oficio que acudían todas las semanas a los graneros situados sobre el Tíber en demanda de cereales, que se peleaban en los circos por los billetes de lotería y que pasaban las noches en las casas medio derruidas de los barrios transtiberinos, y los días calurosos y de sol bajo los pórticos cubiertos o en los sucios figones del Suburra, en el puente Milvio, o ante las insulas de los magnates, donde algunas veces les echaban las sobras de las mesas de los esclavos.

Petronio era muy conocido de la muchedumbre. A los oídos de Vinicio llegaban repetidos gritos de Hic est! (¡Es él!). Era querido por su generosidad, y su popularidad había aumentado desde que se supo que en presencia del César se había manifestado opuesto a la sentencia de muerte dictada contra toda la familia del prefecto Pedanio, sin distinción de edad ni de sexos, por haber asesinado uno de sus esclavos a aquel monstruo en un acceso de desesperación.

Cierto es que Petronio decía públicamente que el asunto le era indiferente y que había hablado de ello al César únicamente como *Arbiter Elegantiarum*, cuyo sentido estético se rebelaba ante semejante hecho, digno de bárbaros o de escitas, pero no de romanos. Por eso el pueblo, a quien tal cosa había indignado, amaba desde entonces a Petronio.

Pero eso a él no le interesaba; recordaba que la plebe también había querido a Británico, que fue envenenado por Nerón; a Agripina, a quien éste mandó asesinar, y a Octavia, que murió ahogada en Pandataria, después de haberle abierto las venas en vapor hirviendo, y a Rubelio Plauto, que fue desterrado, y a Tráseas, que cada día esperaba su sentencia de muerte. El amor de la plebe podía considerarse como de mal presagio, y Petronio era a la vez escéptico y supersticioso. Despreciaba doblemente a la plebe, como aristócrata y como artista; aquellas gentes, con su olor a habas tostadas y que, además, estaban siempre roncadas y sudorosas de jugar a la morra en las esquinas de las calles y en los peristilos, no merecían, a sus ojos, el calificativo de seres humanos.

Sin responder en absoluto a los aplausos y a los besos que le eran enviados, refirió a Marco el caso de Pedanio, indignándose contra la volubilidad de la plebe, que a la mañana siguiente de una amenazadora agitación aplaudió a Nerón al dirigirse éste al templo de Júpiter Estator.

Al llegar frente a la librería de Avirno mandó parar la litera, se apeó y compró un lujoso manuscrito, que entregó a Vinicio.

—Es un regalo para ti —le dijo.

—Gracias —contestó Vinicio.

Y después de leer el título, preguntó:

—¿Satiricón? ¿Es algo nuevo? ¿Quién es el autor?

—Soy yo; pero no quiero correr la suerte de Rufino, cuya historia he ofrecido contarte, ni la de Fabricio Veyento; pero eso nadie lo sabe, y te ruego que no hables a nadie de ello.

—Pero me dijiste que no escribías versos —dijo Vinicio, hojeando el manuscrito—, y, sin embargo, veo aquí que la prosa alterna a menudo con ellos.

—Cuando lo leas fíjate en la fiesta de Trimalción. En cuanto a los versos, me repugnan desde que Nerón compone poemas épicos. Vitelio, cuando quiere devolver, utiliza unas barritas de marfil que se introduce en la garganta; otros se sirven de plumas de flamenco empapadas en aceite de oliva o en un cocimiento de tomillo silvestre. A mí me basta con leer los versos de Nerón, y el resultado es inmediato: al instante me encuentro en disposición de alabarlos, si no con la conciencia tranquila, por lo menos con el estómago limpio.

Al acabar de decir esto hizo detener de nuevo la litera ante la tienda del joyero Idomeneo, y dejando arreglado el asunto de las piedras preciosas, ordenó que los llevaran directamente a casa de Aulo.

—Por el camino te contaré la historia de Rufino, para que veas hasta dónde

puede llegar la vanidad de un autor —le dijo.

Pero antes de comenzar el relato torcieron por el Vicus Patricius y de pronto se encontraron ante la casa de Aulo. Un joven y fornido janitor les abrió la puerta que daba acceso al ostium, y una urraca encerrada en una jaula dio la bienvenida chillando ruidosamente: «Salve».

En el trayecto del ostium al atrium dijo Vinicio:

—¿Has observado que el portero de esta casa no lleva cadena?

—Es una casa muy extraña —contestó Petronio en voz baja—. Seguramente no ignoras que se sospecha que Pomponia Grecina se entrega a un culto oriental que consiste en rendir homenaje a un tal Chrestos. Creo que la acusó Crispinilla, que no puede perdonar a Pomponia que le baste un marido para toda la vida. ¡Ser univira! Hoy día resulta más fácil procurarse una fuente de setas de Norco. Fue juzgada por un tribunal doméstico...

—Tienes razón: es una casa extraña. Ya te referiré más tarde lo que aquí he visto y oído.

Mientras tanto, llegaron al atrium. El esclavo que allí estaba, llamado atriensis, envió un nomenclator para que anunciase a los visitantes, mientras que los criados les colocaban sillas y banquillos para los pies. Petronio se imaginaba que en aquella casa reinaba una eterna tristeza; nunca había estado en ella, ahora miraba a su alrededor con cierta sorpresa y con una sensación de decepción, ya que el atrium producía una grata impresión. Por el techo abierto penetraba un rayo de luz clara que se quebraba en mil destellos sobre una fuente, cuya taza cuadrada, llamada compluvium, estaba destinada a recibir la lluvia que caía, cuando hacía mal tiempo, por la abertura del techo, y estaba rodeada de anémonas y de lirios. Éstas debían de ser las flores preferidas de la casa, pues se veían grandes grupos de lirios blancos y rojos, además de gladiolos zafirinos, que parecían plateados por las gotitas de agua. En el húmedo musgo, debajo del cual se hallaban ocultas macetas de lirios, y entre ramos de hojas se veían estatuillas de bronce que representaban niños y aves acuáticas; en un rincón, un cervatillo joven de bronce inclinaba su verdosa cabeza, blanqueada por la humedad, en actitud de beber. El pavimento del atrium era de mosaico; las paredes estaban revestidas, en parte, de mármol rojo, y en parte, de madera, en la que había pintados peces, aves y grifos que atraían la mirada por sus armoniosos juegos de colores.

Las puertas que daban a las habitaciones laterales estaban adornadas con concha e incluso con marfil. Entre las puertas se hallaban las estatuas de los antepasados de Aulo. Todo daba una sensación de holgura y bienestar, muy distante del lujo, pero decorosa y segura de sí.

Petronio, que vivía con mayor lujo y refinamiento, no pudo descubrir en

aquel lugar nada que ofendiera su buen gusto. Iba a dirigirse a Vinicio para comunicarle esta observación, cuando un esclavo, el velarius, recorrió la cortina que separaba el atrium del tablinum, desde el que se vio el interior de la casa y a Aulo Plaucio que acudía presuroso.

Era éste un hombre que se aproximaba al ocaso de la vida, con la cabeza blanqueada por las canas, pero con el rostro enérgico, más bien ancho, y que recordaba la cabeza de un águila. En su cara se pintaba el asombro e incluso el temor que le producía la inesperada visita del compañero, amigo y consejero de Nerón.

Petronio era demasiado perspicaz y hombre de mundo para no reparar en ello; así que, después de los primeros saludos, le manifestó, con toda la desenvoltura y facilidad de palabra que le eran peculiares, que venía a expresarle su agradecimiento por los cuidados que en aquella casa le habían sido prodigados al hijo de su hermana, siendo únicamente la gratitud el motivo de aquella visita, para la que también le había animado la antigua amistad que le unía a Plaucio.

Aulo, a su vez, le aseguró que en su casa era un huésped bienvenido, y que tocante a gratitud, también se la debía él a Petronio, aunque éste seguramente no adivinaría la causa. Efectivamente, Petronio ni la sospechaba; en vano elevaba sus pardos ojos queriendo recordar el más leve servicio prestado a Aulo o a cualquier otro; no acudía ninguno a su mente, a no ser el que intentaba prestar a Vinicio en aquel momento. De haber hecho algún favor, habría sido involuntariamente.

—Quiero y estimo mucho a Vespasiano —dijo Aulo—, cuya vida salvaste cuando tuvo la desgracia de dormirse mientras escuchaba los versos de Nerón.

—Tuvo la suerte —dijo Petronio— de no oírlos, aunque ello hubiera podido terminar con una desgracia, pues Barbas de Cobre quería a toda costa enviarle un centurión con la amistosa orden de que se abriera las venas.

—Pero tú, Petronio, te burlaste de él.

—Así fue, o, mejor dicho, al revés; le dije que si Orfeo lograba adormecer con su canto a las fieras, el éxito alcanzado por él era parecido, ya que había conseguido hacer lo mismo con Vespasiano. A Barbas de Cobre se le puede censurar, siempre que la pequeña crítica vaya envuelta en una gran alabanza. Y esto demasiado bien lo sabe nuestra graciosa Augusta.

—Desgraciadamente, así son nuestros tiempos —exclamó Aulo—. Me faltan dos incisivos, que me rompió una piedra arrojada por un britano; ello es la causa de que silbe al hablar; y, sin embargo, reconozco que los días más felices de mi vida los pasé en Britania.

—Porque entonces eras el vencedor —dijo Vinicio.

Mas Petronio, temeroso de que el anciano caudillo comenzara el relato de sus campañas, cambió de conversación.

—En los alrededores de Praeneste —dijo—, los aldeanos han hallado muerto un lobezno con dos cabezas, y en los mismos días el rayo de una tempestad ha arrancado una esquina al templo de la Luna, lo que, dado lo avanzado del otoño, es un hecho extraordinario. Un tal Cotta es el que lo ha contado. Con este motivo, los sacerdotes de dicho templo han augurado la decadencia de la ciudad, o, por lo menos, la ruina de alguna poderosa casa, que únicamente podría evitarse con sacrificios expiatorios.

Aulo, al escuchar el relato, opinó que tales avisos no debían desatenderse, ya que los dioses podrían encolerizarse si la maldad colmaba la medida; esto no tenía nada de extraño, y ante tal contingencia era muy natural la ofrenda de los sacrificios expiatorios.

A lo que Petronio contestó:

—Tu casa, Plaucio, no es muy grande, pero alberga a un gran hombre; la mía resulta en verdad demasiado amplia para tan insignificante dueño, aunque es igualmente pequeña. Mas si se trata de la ruina de una gran casa, como, por ejemplo, la Domus Transitoria, ¿valdría la pena presentar ofrendas para evitar dicha ruina?

No contestó Plaucio a esta pregunta, y su reserva impresionó a Petronio, que, a pesar de su falta de aptitud para distinguir el bien del mal, nunca fue delator y se podía hablar con él tranquilamente. Ante esto, cambió nuevamente de tema y empezó a elogiar la morada de Plaucio y el buen gusto que en ella imperaba.

—Mi casa es una casa vieja —dijo Plaucio—, en la que nada ha cambiado desde que la heredé.

Después de correr la cortina que separaba el atrium del tablinum, quedó al descubierto la casa de un extremo al otro, de forma que la mirada podía atravesarla; a continuación del tablinum se hallaban el peristilo y el oecus, y más allá el jardín, que brillaba desde lejos como un cuadro luminoso bordeado por un oscuro marco. Desde él llegaban hasta el atrium alegres risas infantiles.

—¡Oh, caudillo! —exclamó Petronio—. Permítenos que escuchemos de cerca esas risas sinceras, tan poco frecuentes en estos días.

—Con mucho gusto —contestó Plaucio, levantándose—. Son Ligia y mi pequeño Aulo, que están jugando a la pelota. Pero tocante a la risa, creo, Petronio, que debes pasar la vida riendo.

—La vida sólo merece risa, y por eso me río —repuso Petronio—; sin

embargo, aquí la risa suena de otra manera.

—Petronio —añadió Vinicio— pasa los días enteros sin reírse; pero, en cambio, se pasa las noches riendo.

Hablando de esta manera recorrieron toda la casa y llegaron al jardín, donde Ligia y el pequeño Aulo jugaban con unas pelotas que unos esclavos, llamados sphaeristae, especialmente designados para ese juego, recogían del suelo y se las entregaban.

Petronio examinó con rápida mirada a Ligia. El pequeño Aulo, al ver a Vinicio, salió corriendo a su encuentro para saludarle; pero éste se aproximó, inclinando la cabeza, a la hermosa doncella, que se hallaba en pie con la pelota en la mano y el cabello en desorden, un poco agitada y encendido el rostro.

En el triclinium del jardín, sombreado por la hiedra y la madreselva, se hallaba Pomponia Grecina, y se acercaron a saludarla. Petronio, aunque no frecuentaba la casa de Plaucio, la conocía por haberla visto en casa de Antistia —hija de Rubelio Plauto—, en la de Séneca y en la de Polión; mas no pudo disimular la sorpresa que le produjo el rostro triste y apacible, la nobleza de su continente, de sus ademanes y de sus palabras. Pomponia modificaba hasta tal punto el concepto que tenía de las mujeres, que a pesar de estar corrompido hasta la médula de los huesos y seguro de sí mismo como el que más en toda Roma, no sólo le inspiraba respeto, sino que incluso le hacía perder la seguridad en sí mismo.

Y ahora, al darle las gracias por los cuidados prestados a Vinicio, introducía casi involuntariamente un domina, cosa que no le hubiera sucedido nunca hablando, por ejemplo, con Calvia Crispinilla, con Escribonia, con Valeria o con Solina y otras mujeres del gran mundo.

Después de los saludos y de los agradecimientos de rigor, comenzó a lamentarse de lo poco que Pomponia se dejaba ver en el circo o en el anfiteatro, a lo que ésta replicó reposadamente, colocando una mano en la de su esposo:

—Nos vamos haciendo viejos, y a ambos nos gusta cada día más la paz del hogar.

Quiso argüir Petronio; pero Aulo Plaucio agregó con voz silbante:

—Cada día nos sentimos más extraños entre gente que hasta designa a las divinidades romanas con nombres griegos.

—Hace ya algún tiempo que los dioses se han convertido en simples figuras retóricas —replicó Petronio con negligencia—, y como los griegos nos han enseñado la retórica, a mí mismo me resulta más fácil decir, por ejemplo, Hera que Juno.

Diciendo esto, miró a Pomponia como para darle a entender que en su presencia no podía acordarse de otra divinidad, y a continuación se puso a rebatir lo que ella había dicho acerca de la vejez:

—Es cierto que las personas envejecen rápidamente; pero las hay que llevan una vida diferente de la de los demás, y de cuyos rostros Saturno parece haberse olvidado.

Esto lo dijo Petronio con cierta sinceridad, ya que Pomponia Grecina, si bien era de edad madura, conservaba un cutis de frescura poco común, y como tenía la cabeza pequeña y las facciones menudas, en algunos momentos parecía, a pesar de su traje oscuro, una mujer completamente joven.

Entretanto, el pequeño Aulo, que durante la estancia de Vinicio en la casa se había hecho gran amigo suyo, se acercó a él invitándole a jugar a la pelota. A su vez, Ligia entró en el triclinium detrás del niño. Bajo la cortina de hiedra y, con lucecitas vacilantes en el rostro, le pareció a Petronio más hermosa que al primer golpe de vista. Verdaderamente, semejaba una ninfa.

Como hasta entonces no le había hablado, se levantó, inclinándose ante ella, y en vez de dirigirle las palabras usuales de saludo, citó las siguientes palabras, con las que Ulises había saludado a Nausicaa:

—«Yo te imploro, ¡oh reina!, seas diosa o mortal. Si eres una de las deidades que habitan el amplio cielo, seguramente serás Diana, hija de Júpiter, a juzgar por tu belleza, majestad y encantos; y si naciste de los hombres que moran en la tierra, dichosos mil veces tu padre, tu venerada madre y tus hermanos».

Hasta para la misma Pomponia resultó grata la exquisita cortesía de aquel hombre de mundo. En cuanto a Ligia, le escuchó ruborosa y confundida, sin atreverse a levantar los ojos; pero gradualmente se fue dibujando en las comisuras de sus labios una leve sonrisa y su rostro expresó la lucha entre la juvenil timidez de la doncella y el deseo de contestar; se conoce que éste triunfó finalmente, porque, mirando de pronto a Petronio, le contestó con las mismas palabras de Nausicaa, pronunciándolas sin tomar aliento y un poco como una lección aprendida de memoria:

—«Extranjero, no pareces de raza vil, ni necio...».

Al acabar de decirlas huyó como un pajarillo asustado. Petronio se quedó sorprendido, ya que no esperaba oír versos de Homero en boca de una doncella cuyo origen bárbaro le había sido revelado por Vinicio. Dirigió a Pomponia una mirada interrogativa; pero ésta no pudo contestarle porque en aquel momento miraba sonriente el orgullo que se reflejaba en el rostro del anciano Aulo. Éste no era capaz de ocultarlo: en primer lugar, porque amaba a Ligia como a su propia hija, y después, porque, a pesar de sus conceptos

anticuados que le hacían tronar contra todo lo griego y su generalización, le parecía aquél el pináculo de la cultura social. Nunca había conseguido aprenderlo bien, lo que le mortificaba, y por eso le complacía que hubiera contestado en la lengua y con los versos de Homero a aquel hombre tan distinguido y a la vez tan culto, que había estado a punto de creer que su hogar era una casa de bárbaros.

—Tenemos en casa un pedagogo, un griego —dijo, dirigiéndose a Petronio—, que enseña a nuestro hijo, y la niña escucha las lecciones. Es una pajarita de las nieves, pero una dulce pajarita, a la que ambos nos hemos acostumbrado.

Petronio miraba, a través de las ramas de madreselva, a los tres jugadores. Vinicio se había despojado de la toga, conservando sólo la túnica, y tiraba en aquel momento la pelota a lo alto; Ligia, en pie frente a él, intentaba recibirla con los brazos levantados.

A primera vista, la doncella no le había producido gran impresión a Petronio; le pareció demasiado delgada. Pero desde el momento en que la contempló de cerca en el triclinium, pensó que sólo la Aurora podría tener ese aspecto, y como entendido en la materia, reconoció que no había en ella nada que resultara vulgar. Todo lo contempló y todo lo apreció: el rostro sonrosado y transparente, los frescos labios hechos para el beso, los ojos azules como el mar, la frente alabastrina, la opulencia de la oscura cabellera, cuyas ondas tenían reflejos de ámbar o de bronce corintio; su delicado cuello y la divina curva de los hombros, y toda su figura flexible, esbelta, con la frescura de mayo y de las flores recién abiertas. En Petronio se despertaron el artista y el adorador de la belleza, y pensó que al pie de la estatua de la doncella podría escribirse la palabra Primavera. El recuerdo de Crisotemis acudió a su memoria y prorrumpió en una sonora carcajada. Con el cabello cubierto de polvo de oro y con las cejas oscurecidas, parecía tremendamente mustia, semejante a una rosa cuyos pétalos amarillentos estaban prontos a deshojarse. Y, sin embargo, toda Roma continuaba envidiando a Crisotemis. Luego se acordó de Popea, y esta celebérrima Popea le pareció una máscara de cera sin alma.

Esa muchacha de formas de estatua de Tanagra no sólo parecía la encarnación de la Primavera, sino que a través de su cuerpo de rosas se adivinaban los destellos de Psique, como se percibe la luz a través de una lámpara.

«Vinicio tiene razón —pensó—, y mi Crisotemis es vieja..., vieja como Troya».

Y dirigiéndose a Pomponia Grecina e indicando el jardín, dijo:

—Ahora comprendo que teniendo una pareja así, preferáis la casa a las fiestas del circo y del Palatino.

—Así es —contestó Pomponia, mirando en dirección al pequeño Aulo y a Ligia.

Entonces, el anciano caudillo empezó a contar la historia de la doncella y lo que hacía años le había referido Atelio Hister acerca del pueblo ligio que vivía en el brumoso Norte.

En el jardín, los jugadores habían terminado ya y se paseaban por la arena del mismo, destacándose sus figuras sobre el oscuro fondo de mirtos y cipreses como oscuras estatuas. Ligia llevaba de la mano al pequeño Aulo. Después de pasearse un rato se sentaron en un banco, junto al estanque de los peces, emplazado en el centro del jardín. Aulo se apartó de ellos a los pocos instantes, para asustar a los peces que había en el agua transparente.

Vinicio continuó la conversación comenzada durante el paseo:

—Sí —decía con voz baja y temblorosa—, apenas salí de la adolescencia cuando me enviaron a las legiones de Asia. No conocía las ciudades, ni la vida, ni el amor. Sé de memoria un poco de Anacreonte y de Horacio; pero no podría, como Petronio, recitar versos cuando la razón, embargada por la admiración, es incapaz de encontrar palabras apropiadas para expresar lo que siente. De niño asistí a la escuela de Musonio, quien nos explicaba que la felicidad consiste en querer lo que quieren los dioses, y que, por consiguiente, depende de nuestra voluntad. Creo, sin embargo, que existe algo más, más grande y de mayor valor, que no depende de nuestra voluntad; algo que sólo el amor puede darnos; hasta los mismos dioses buscan esa felicidad. Natural es, ¡oh Ligia!, que siga sus huellas yo, que hasta ahora no he conocido lo que es amor, y que busque a la que quiera darme esa felicidad.

Aquí guardó silencio, y por espacio de algunos instantes no se oyó más ruido que el que hacía el pequeño Aulo al arrojar piedrecitas para asustar a los peces.

Tras una corta pausa, Vinicio continuó en voz baja:

—Quizá conozcas a Tito, el hijo de Vespasiano. Dicen que apenas salido de la adolescencia se enamoró de tal forma de Berenice, que poco faltó para que la nostalgia le quitara la vida. Yo también podría amar así, ¡oh, Ligia! La riqueza, la gloria, el poder, son humo y vanidad. El rico encontrará siempre otro más rico que él; al glorioso le eclipsará una gloria mayor; un poderoso sucumbirá ante otro que lo sea más que él. Pero ¿puede acaso el mismo César o alguno de los dioses sentir mayor dicha o más felicidad que un simple mortal en el momento en que siente sobre su pecho el aliento del pecho amado, o cuando besa los labios que adora? ¡Ligia, el amor nos hace iguales a los

dioses!

Ella le escuchaba turbada, con asombro y al mismo tiempo como si resonaran en sus oídos las notas de una flauta griega o de una cítara. Le parecía a veces que Vinicio entonaba una extraña canción que, al penetrar en sus oídos, agitaba su sangre e inundaba su corazón de temor, llevando hasta él una sensación de desmayo y una delectación hasta entonces nunca sentida. Le parecía que Vinicio le decía algo presentido, pero de lo que no podía darse cuenta. Comprendía que despertaba en su alma algo que hasta entonces había estado adormecido, y que en aquel momento el sueño nebuloso adquiriría cada vez formas más definidas, agradables y hermosas.

El sol, entretanto, hacía tiempo que había pasado más allá del Tíber y descendía tras la colina del Janículo. Su luz rojiza caía sobre los inmóviles cipreses, y todo el ambiente estaba impregnado de ella. Ligia alzó sus ojos azules mirando a Vinicio como si despertara de un sueño, y al verle inclinado ante ella, en los reflejos de la tarde, con expresión suplicante en los ojos, le pareció el más hermoso de todos los hombres, más hermoso que todos los dioses griegos y romanos, cuyas estatuas había visto en las fachadas de los templos. Vinicio oprimió ligeramente con los dedos su brazo, más arriba de la muñeca, y le preguntó:

—Ligia, ¿no adivinas por qué te hablo así?

—No —murmuró en voz tan baja que Vinicio apenas logró oírla.

Mas él no lo creyó, y oprimiéndole la mano cada vez con más fuerza, la hubiera atraído sobre su corazón, que latía a martillazos bajo la influencia del deseo que despertaba en él la maravillosa doncella, y le hubiera dirigido un torrente de palabras ardientes, si por el sendero bordeado de mirtos no hubiese aparecido el anciano Aulo, que, acercándose a ellos, les dijo:

—El sol se pone, y conviene preservarse del fresco de la tarde. No hay que bromear con Libitina.

—No —contestó Vinicio—; a pesar de estar sin toga no he sentido hasta ahora frío alguno.

—Mirad —dijo Aulo—: Apenas se ve ahora la mitad del disco solar detrás de la colina. Esto me recuerda lo templado que es el clima de Sicilia, donde la gente se reúne al ponerse el sol en las plazas para despedir cantando en coro al Febo poniente.

Y olvidándose de que pocos momentos antes él mismo los había estado poniendo en guardia contra Libitina, comenzó a hablar de Sicilia, donde tenía sus propiedades y una gran casa de labor, a la que tenía mucho apego.

Recordó también que había pensado varias veces trasladarse a Sicilia para

terminar allí apaciblemente sus días.

—A los que la nieve de los años nos ha blanqueado la cabeza —dijo— nos cansan ya las escarchas invernales. Todavía las hojas no se han desprendido de los árboles, y sobre la ciudad el sol parece sonreír amoroso; pero cuando las hojas de la vid empiecen a ponerse amarillas, caiga la nieve sobre los montes Albanos y los dioses envíen a la Campania un vientecillo penetrante, ¡quién sabe si entonces no me trasladaré con toda mi familia a mi apacible residencia de campo!

—¿Te gustaría marcharte de Roma, Plaucio? —preguntó Vinicio con súbita inquietud.

—Hace mucho tiempo que lo deseo —contestó Aulo—, porque allí se está más tranquilo y más seguro.

Y empezó de nuevo a elogiar sus jardines, sus ganados, su casa oculta en la verdura, rodeada de colinas cubiertas de tomillo y de ajedrea, en las que zumbaban enjambres de abejas. Pero Vinicio no prestaba atención a la nota bucólica, y pensando únicamente que podría perder a Ligia, miraba a Petronio como si de él dependiera su salvación.

Petronio, entretanto, sentado cerca de Pomponia, se extasiaba contemplando el espectáculo del sol poniente, del jardín y de las personas que se hallaban junto al estanque; sus blancas vestiduras resaltaban sobre el oscuro fondo de los mirtos, iluminadas por el oro que despedían los últimos rayos de sol. El cielo se teñía de púrpura y violeta con reflejos opalinos. Las oscuras siluetas de los cipreses se recortaban con mayor claridad que en pleno día. En las personas, en los árboles y en el jardín todo reinó la paz de la tarde.

A Petronio le impresionó esta calma, singularmente en lo que se refería a las personas. Los rostros de Pomponia, del anciano Aulo, del muchacho y de Ligia reflejaban algo que no estaba habituado a ver en los rostros de las personas que le rodeaban todos los días, o, mejor dicho, todas las noches. Había en ellos cierta luz, cierta calma, reveladora de un reposo producido por la vida que aquellos seres llevaban. Y con cierto asombro pensó que podían existir una belleza y una dulzura que él no había logrado conocer todavía, a pesar de que su vida transcurría acechando la dulzura y la belleza.

No le fue posible reservarse este pensamiento, y dirigiéndose a Pomponia, dijo:

—Estoy examinando desde el fondo de mi alma lo diferente que es vuestro mundo del mundo que gobierna Nerón.

Ella alzó su rostro de rasgos menudos hacia el crepúsculo y replicó sencillamente:

—No es Nerón, sino Dios, quien gobierna el mundo.

Sucedió un momento de silencio. Cerca del triclinium resonaron los pasos del anciano caudillo. Vinicio, Ligia y el pequeño Aulo le seguían. Petronio volvió a preguntar:

—Según eso, ¿tú no crees en los dioses, Pomponia?

—Creo en un Dios único, justo y todopoderoso —contestó la esposa de Aulo Plaucio.

III

—Cree en un Dios único, todopoderoso y justo —repitió Petronio, al encontrarse de nuevo en la litera a solas con Vinicio—. Si su Dios es todopoderoso, también dispone de la vida y de la muerte, y si es justo, envía justamente la muerte. ¿Por qué, entonces, Pomponia lleva luto por su hija? Al llorar a Julia culpa a su Dios. Tengo que exponerle este razonamiento a nuestro mono Barbas de Cobre; creo que en dialéctica puedo compararme a Sócrates. En cuanto a las mujeres, estoy conforme con que posean tres o cuatro almas, pero ninguna de ellas es racional. ¡Que Pomponia medite con Séneca o con Cornuto lo que es un gran Logos, que juntos evoquen las sombras de Jenófanes, Parménides, Zenón y Platón, que seguramente se estarán aburriendo en las regiones de Cimeria como jilgueros enjaulados! Pero yo quería hablar con Plaucio y con ella de otra cosa. ¡Por el sagrado vientre de Isis! Si les hubiera revelado de repente el motivo de nuestra visita, supongo que su virtud hubiera resonado como un escudo de bronce golpeado por un bastón. ¡Y no me he atrevido! ¿Querrás creer, Vinicio, que no me he atrevido? Los pavos reales son aves muy hermosas, pero sus gritos son muy molestos. Y yo me asusté de ellos. Sin embargo, debo elogiar tu elección. Es una verdadera Aurora de rosados dedos. ¿Sabes lo que principalmente me recordaba? La primavera; pero no la nuestra de Italia, donde el manzano apenas se recubre de flores y los olivares se tornan cenicientos, sino la primavera que conocí en Helvecia, joven, fresca y verde. ¡Por esa pálida Selene!, no me sorprende tu deseo! Pero ten presente que te has enamorado de Diana, y que Aulo y Pomponia son capaces de despedazarte, como en otros tiempos lo hicieron con Acteón sus propios perros.

Vinicio guardó silencio durante unos instantes, sin levantar la cabeza. Luego habló con la voz quebrada por la pasión:

—Si antes la deseaba, la deseo ahora mucho más. Cuando cogí su mano, me abrasaba el fuego... Ha de ser mía. Si yo fuera Zeus, la envolvería en una

nube, como envolvió a Io, o caería sobre ella convertido en lluvia, como lo hizo con Dánae. ¡Quisiera besar sus labios hasta que me dolieran los míos de tanto besar! ¡Quisiera oírla gemir entre mis brazos! ¡Matar a Aulo y a Pomponia, y a ella arrancarla de su hogar y llevármela a mi casa! Esta noche no dormiré. Daré orden de azotar a uno de mis esclavos y escucharé sus alaridos...

—¡Cálmate! —dijo Petronio—. Tienes deseos dignos de un carpintero del Suburra.

—Eso me es indiferente. He de tener a Ligia. Acudí a ti en busca de ayuda; pero si no me la prestas, la encontraré yo solo. Si Aulo considera a Ligia como hija suya, ¿por qué habría de considerarla yo como esclava? Así que, como no hay otro remedio, que venga a adornar la puerta de mi casa, que la unte con grasa de lobo y se siente como esposa junto a mi hogar.

—¡Cálmate, insensato descendiente de cónsules! No traemos a los bárbaros atados detrás de nuestros carros para casarnos con sus hijas. Guárdate de las exageraciones. Agota los medios naturales y decorosos, y déjanos tiempo para pensar. En otro tiempo me parecía Crisotemis hija del propio Júpiter, y, sin embargo, no me casé con ella. Nerón tampoco se casó con Actea, aunque la llamaban hija del rey Atalo. ¡Tranquilízate! Piensa que si ella quiere abandonar la casa de Plaucio por tu amor, aquél no tiene derecho a detenerla. Debes saber que no sólo tú ardes; en ella también Eros ha encendido una hoguera. Yo lo he visto, puedes estar seguro. Ten paciencia. Para todo hay arreglo. Pero hoy ya he pensado demasiado, y esto me cansa. En cambio, te prometo que mañana pensaré en tu amor, y Petronio dejaría de ser Petronio si no hallara algún remedio.

De nuevo callaron ambos. Por último, Vinicio dijo, ya más tranquilo:

—Te doy las gracias y que la Fortuna sea generosa contigo.

—Ten paciencia.

—¿Adónde has ordenado que te conduzcan?

—A casa de Crisotemis.

—Feliz tú, que posees a la que amas.

—¿Yo? ¿Sabes lo que me divierte de Crisotemis? Pues que me engaña con uno de mis propios libertos, el flautista Teocles, y cree que yo no lo veo. En un tiempo la amé; pero ahora me divierten sus embustes y su necedad. Ven conmigo a su casa. Cuando empiece a coquetear contigo y a escribir sobre la mesa con el dedo mojado en vino, ten por seguro que no estaré celoso.

Al bajar de la litera, Petronio apoyó una mano en el hombro de Vinicio y dijo:

—Espera, me parece que he encontrado un plan.

—¡Que todos los dioses te recompensen!

—Sí, me parece que el plan es inmejorable. ¿Sabes una cosa, Marco?

—Te escucho, mi Atenea.

—Dentro de pocos días, la divina Ligia compartirá en tu hogar el grano de Demeter.

—¡Eres más grande que el César! —exclamó Vinicio con entusiasmo.

IV

En efecto, Petronio cumplió su promesa. Al día siguiente de su visita a Crisotemis durmió durante todo el día, pero al anochecer se hizo conducir al Palatino y tuvo con Nerón una conversación confidencial, cuyo resultado fue que al tercer día se presentó ante la casa de Plaucio un centurión a la cabeza de un pelotón de soldados pretorianos.

En aquella época reinaban la incertidumbre y el terror, y los mensajeros de esta índole eran frecuentemente mensajeros de muerte. Cuando el centurión llamó a la puerta de Aulo y el vigilante del atrium anunció que en el pasillo se hallaban soldados, el pánico invadió toda la casa. Toda la familia rodeó al viejo caudillo, ya que nadie dudaba de que el peligro era ante todo para él. Pomponia, abrazada a su cuello, le estrechaba con todas sus fuerzas, mientras que sus amoratados labios se movían diciendo frases ahogadas. Ligia, con el rostro pálido como la cera, besaba su mano; el pequeño Aulo se asía a su toga; de los corredores y cuartos situados en el piso y destinados a la servidumbre, de los baños, de las viviendas situadas en la parte inferior, salieron enjambres de esclavas y esclavos. Se oyeron gritos de: «¡Ay! ¡Ay! ¡Mísero de mí!». Las mujeres lloraban ruidosamente, algunas se arañaban las mejillas o se cubrían con pañuelos la cabeza.

Tan sólo el anciano jefe, acostumbrado durante largos años a mirar la muerte cara a cara, permanecía sereno, y su ancho rostro de águila parecía tallado en piedra. Luego, acallando los gritos y ordenando a la servidumbre que se retirase, dijo:

—Déjame marchar, Pomponia; si ha llegado mi hora, aún tendremos tiempo para despedirnos.

Y la apartó suavemente.

—¡Quiera Dios que tu suerte sea la mía! —exclamó Pomponia.

Y postrándose de hinojos, se puso a rezar con el fervor que únicamente puede infundir el temor de perder al ser amado.

Aulo se dirigió al atrium, donde le esperaba el centurión. Éste era el viejo Cayo Asta, antiguo subordinado suyo y compañero de las guerras de Britania.

—¡Salud, jefe! —le dijo—. Te traigo una orden y un saludo del César. He aquí las tablillas y el sello que demuestran que vengo de su parte.

—Agradezco al César su saludo y cumpliré su orden —respondió Aulo—. ¡Salud, Asta! Y comunícame qué objeto te trae.

—Aulo Plaucio —comenzó Asta—, el César ha sabido que se aloja en tu casa la hija del rey de los ligios, que fue entregada por dicho rey, en vida del divino Claudio, a los romanos, como rehén en señal de que los ligios nunca violarían las fronteras del Imperio. El divino Nerón te agradece, ¡oh, jefe!, la hospitalidad que le has dado durante tantos años; pero no queriendo seguir gravándote por más tiempo, y considerando, además, que la doncella, por su calidad de rehén, debe hallarse bajo la custodia del propio César y del Senado, te manda que me la entregues.

Aulo era demasiado soldado y estaba demasiado curtido para dar rienda suelta a su dolor con palabras vanas y quejas. Sin embargo, en su frente se dibujó una arruga que expresaba su dolor y enfado. Ante aquel ceño habían temblado en otros tiempos las legiones britanas, e incluso en aquel momento el temor se reflejó en el rostro de Asta. Pero ahora, ante la orden, Aulo Plaucio se sentía impotente. Durante algún tiempo miró las tablillas y el sello, y luego, alzando los ojos y mirando al viejo centurión, dijo tranquilamente:

—Aguarda en el atrium hasta que el rehén te sea entregado.

Y pronunciadas estas palabras, se dirigió al otro extremo de la casa, a la sala llamada oecus, donde Pomponia Grecina, Ligia y el pequeño Aulo le aguardaban impacientes y alarmados.

—Nadie está amenazado de muerte ni de ser desterrado a lejanas islas —dijo—. Y, sin embargo, el mensajero del César es portador de infortunio. Se trata de ti, Ligia.

—¡De Ligia! —exclamó Pomponia con asombro.

—Sí —respondió Aulo, y volviéndose a la doncella, dijo—: Ligia, has sido educada en nuestra casa como si fueras nuestra hija, y como a tal te queremos Pomponia y yo. Pero ya sabes que no eres nuestra hija. Eres un rehén entregado por tu pueblo a Roma, y al César le corresponde custodiarte. Y ahora el César te saca de nuestra casa.

El caudillo habló tranquilamente, pero con una extraña e insólita inflexión en la voz. Ligia le escuchaba parpadeando y como si no comprendiera de qué

se trataba; Pomponia palideció, y en las puertas que conducían del corredor al oecus comenzaron a mostrarse los rostros atemorizados de los esclavos.

—Ha de cumplirse la voluntad del César —dijo Aulo.

—¡Aulo! —exclamó Pomponia, abrazando a la muchacha como si quisiera protegerla—. Más le valdría morir.

Ligia, refugiándose en su pecho, repetía:

—¡Madre, madre! —sin poder hallar otras palabras entre sus sollozos.

El rostro de Aulo expresó de nuevo la ira y el dolor.

—Si estuviera solo en el mundo —dijo sombríamente—, no la entregaría viva, y mis parientes en ese día podrían presentar por mí sus ofrendas a Júpiter Liberator; pero no tengo derecho a perderte a ti y a nuestro hijo, que puede llegar a conocer tiempos mejores. Hoy mismo me presentaré al César y le rogaré que revoque la orden. ¿Me escuchará? Lo ignoro. Entretanto, adiós, Ligia, y ten presente que Pomponia y yo bendecimos el día en que viniste a nuestro hogar.

Al pronunciar estas palabras, colocó la mano sobre su cabeza, y a pesar de los esfuerzos que hacía por conservar la calma, cuando Ligia le miró con los ojos empañados de lágrimas y comenzó a besar su mano, tembló su voz, agitado por un dolor profundo, paternal:

—¡Adiós, alegría y luz de nuestros ojos! —dijo.

Y se volvió presuroso al atrium para no dejarse dominar por la emoción, indigna de un romano y de un jefe.

Entretanto, Pomponia condujo a Ligia al cubiculum y procuró tranquilizarla, consolarla y darle ánimos, diciendo palabras que resonaban de un modo extraño en aquella casa, en cuya capilla existía aún el lararium y el altar en donde Aulo Plaucio, fiel a las antiguas costumbres, hacía ofrendas a los dioses lares.

—En tiempos pasados —le decía Pomponia—, Virgilio había atravesado el pecho de su hija para salvarla de las manos de Apio, y aún antes Lucrecia pagó con la vida su deshonor. La casa del César era un antro de infamia, maldad y crimen. Pero nosotros, Ligia —añadió—, sabemos por qué no tenemos derecho a disponer de nuestras vidas... ¡Sí! La ley que nos gobierna es otra más grande y más sagrada, que nos permite defendernos del mal y del deshonor, aunque haya que pagar esa defensa con la vida y el martirio. Es mayor el mérito del que salga limpio de la morada de la corrupción; pero, afortunadamente, la vida no es más que un parpadeo fugaz y la resurrección sólo comienza con la muerte y más allá de ésta ya no impera Nerón, sino la misericordia; en lugar de dolor hay alegría, y en lugar de lágrimas, goces.

Luego se puso a hablar de sí misma. ¡Sí! Parecía que estaba tranquila, pero en su corazón había heridas dolorosas. Una venda cubría aún los ojos de Aulo, y todavía no le había inundado la fuente de luz; así que no podía educar a su hijo en la Verdad. Y al pensar que las cosas podían continuar así hasta el final de sus días, y que podría llegar el momento de la separación espiritual, cien veces más dolorosa y terrible que la temporal, por la que ahora ambas sufrían... No, era capaz de concebir de qué manera podría gozar en el cielo de la felicidad. Había pasado muchas horas llorando y pidiendo gracia y misericordia. Pomponia ofrecía a Dios sus dolores, y en Él esperaba y confiaba. Ahora, al recibir otro nuevo golpe, cuando la orden del tirano le arrebató a su querida niña, a la que Aulo había llamado luz de sus ojos, seguía creyendo que existía una fuerza superior a la de Nerón y una misericordia más fuerte que su maldad.

Y estrechó aún con más fuerza la cabeza de la muchacha contra su pecho. Ligia se acercó a sus rodillas y, ocultando su rostro entre los pliegues del peplum de Pomponia, se quedó así, en silencio, durante largo rato. Cuando al fin se levantó, en su cara se advertía ya cierta serenidad.

—Me aflijo por ti, madre, por mi padre y por mi hermano; pero sé que la resistencia no serviría para nada y os perdería a todos. Te juro que en casa del César nunca olvidaré tus palabras.

Le echó de nuevo los brazos al cuello, y cuando ambas salieron al oecus, se despidió del pequeño Aulo, del anciano griego que había sido su maestro, de su camarera, que en otros tiempos había sido su aya, y de todos los esclavos.

Uno de éstos, un ligio alto y fornido, llamado Urso, que en unión de otros sirvientes había acompañado a Ligia y a su madre al campamento de los romanos, se arrodilló a sus pies, y luego, postrándose ante Pomponia, dijo:

—¡Oh domina! Permíteme que acompañe a mi señora y vele por ella en casa del César.

—No eres siervo nuestro, sino de Ligia —replicó Pomponia Grecina—; pero ¿crees que te dejarán traspasar los umbrales de la casa del César?

—No lo sé, domina; sólo puedo decirte que el hierro se quiebra en mis manos como si fuera madera.

Aulo Plaucio, que entraba en aquel momento, al enterarse de lo que se trataba, no solamente no se opuso al deseo de Urso, sino que manifestó que no tenían derecho a retenerle. Al devolver a Ligia como un rehén reclamado por el César, estaban también obligados a devolver su séquito, que junto con ella quedaba bajo la protección del César. Y en voz baja le dijo a Pomponia que con el pretexto del séquito podían agregar los esclavos que creyeran

oportunos, pues el centurión no podía negarse a recibirlos.

A Ligia esto le proporcionaba cierto consuelo, y a Pomponia le alegraba pensar que podría rodearla con servidumbre de su elección. Así que, además de Urso, designó para que la acompañaran a su antigua camarera, dos doncellas de Chipre, hábiles peinadoras, y dos germanas que la servían en los baños. Su elección recaía principalmente sobre los adictos a la nueva fe, que el propio Urso profesaba desde hacía años. Pomponia podía contar con la fidelidad de estos sirvientes, y a la vez se alegraba al pensar que sembrarían la simiente de la Verdad en la casa del César.

Además escribió a Actea, liberta de Nerón, recomendándole a Ligia. Pomponia no la había visto nunca en las reuniones de los adeptos de la nueva doctrina, pero había oído decir que Actea jamás les había negado un favor y que leía con avidez las cartas de Pablo de Tarso. Sabía también que la joven liberta vivía en una continua tristeza y que era totalmente diferente de las demás mujeres de Nerón. Era, en suma, el buen espíritu del palacio.

Asta se ofreció a entregar personalmente la carta a Actea. También le pareció muy natural que la hija de un rey llevara consigo su séquito; así que no opuso la menor dificultad para llevarlos al Palatino, extrañándose únicamente de lo reducido del cortejo. En cambio, les rogó que se dieran prisa, por temor a que pudiera tachársele de falta de celo en el cumplimiento de las órdenes.

Llegó la hora de la separación. A Pomponia y a Ligia se les llenaron de nuevo los ojos de lágrimas; Aulo volvió a colocar la mano sobre su cabeza. A continuación salieron los soldados, llevándose a Ligia a casa del César, seguidos por los gritos del pequeño Aulo, que en defensa de su hermana amenazaba a los centuriones con sus pequeños puños.

El viejo caudillo mandó que le preparasen la litera, y entretanto, encerrándose con Pomponia en la pinacoteca, situada junto al oecus, le dijo:

—Escúchame, Pomponia: voy a ver al César, aunque creo que inútilmente, y a pesar de que las palabras de Séneca ya nada significan para él, iré a ver a Séneca. Hoy día tienen más influencia Sofonio, Tigelino o Vatinio. En cuanto al César, puede que no haya oído hablar en su vida del pueblo ligio, y si ha ordenado la entrega de Ligia como rehén, lo ha hecho inducido por alguien. Fácil es adivinar quién pudo hacerlo.

—¿Petronio?

—El mismo —tras una breve pausa, prosiguió el caudillo—: He aquí las consecuencias de recibir en nuestra casa a gente sin honor y sin conciencia. ¡Maldito sea el momento en que Vinicio traspasó estos umbrales! Él introdujo a Petronio en nuestra casa. ¡Pobre Ligia, no buscan en ella el rehén, sino la concubina!

Y su voz se hizo más silbante que de costumbre, a consecuencia de la ira impotente y del dolor que sentía por su hija adoptiva. Únicamente los puños apretados revelaban la dura batalla que en él se estaba librando.

—Hasta ahora he tenido fe en los dioses —dijo—; pero ahora pienso que ellos no gobiernan el mundo, y que sólo existe uno, loco, monstruoso y malvado, llamado Nerón.

—¡Aulo —exclamó Pomponia—, Nerón no es más que un puñado infecto de polvo ante Dios!

Pero Aulo empezó a dar grandes pasos sobre el mosaico de la pinacoteca. Su vida estaba llena de grandes hechos, pero no de grandes infortunios. Así que no estaba acostumbrado a ellos. El viejo soldado quería a Ligia más de lo que él mismo sospechaba, y no podía familiarizarse con la idea de perderla. Además, se sentía humillado: sentía el peso de una mano que despreciaba y ante cuyo poder el suyo nada significaba.

Cuando por fin logró dominar la cólera que le trastornaba las ideas, dijo:

—No creo que Petronio nos la haya arrebatado para llevársela al César; no querría ofender a Popea. Así que la quiere para él o para Vinicio... Hoy mismo me enteraré.

Y al poco tiempo le condujo la litera en dirección al Palatino.

Cuando Pomponia se quedó sola se reunió con el pequeño Aulo, que no cesaba de llorar por su hermana ni de amenazar al César.

V

Aulo no andaba descaminado al suponer que no sería admitido en presencia de Nerón. Le respondieron que el César se hallaba ocupado cantando con el tocador de laúd Terpnos, y que en general sólo recibía a aquellas personas que había mandado llamar. Lo que significaba que en lo sucesivo no debía intentar verle.

En cambio, Séneca, aunque enfermo con fiebres, recibió al viejo caudillo con la debida consideración; mas después de oír de lo que se trataba, sonrió amargamente y dijo:

—Sólo un servicio puedo prestarte, noble Plaucio, y es no mostrar nunca al César que mi corazón comparte tu dolor y que quisiera ayudarte, porque si al César llegara la menor observación en ese sentido, lo más probable es que no te devolviera a Ligia, sin tener para ello más motivos que el placer de

mortificarme.

Tampoco le aconsejó que fuera a ver a Tigelino, ni a Vatinio, ni a Vitelio. Tal vez con dinero consiguiera algo de ellos, tal vez lo hicieran para molestar a Petronio con objeto de destruir su influencia. Pero lo más seguro es que le traicionaran ante el César, diciéndole el afecto que Plaucio profesaba a Ligia, y el César por eso mismo no se la devolvería.

Y el anciano sabio comenzó a hablar con mordiente ironía, dirigiéndose a sí mismo:

—Has estado silencioso, Plaucio; silencioso durante largos años, y al César no le gustan los que callan. ¿Cómo no te has extasiado ante su belleza, su virtud, sus cantos, sus declamaciones, su forma de guiar y sus versos? ¿Cómo no has celebrado la muerte de Británico, ni has hecho el panegírico del matricida, ni presentado tus felicitaciones con motivo de haber hecho ahogar a Octavia? Te falta previsión, Aulo; nosotros, los que vivimos en el Palatino, la poseemos en grado adecuado.

Séneca cogió un vasito que llevaba colgado del cinturón, lo llenó con agua de la fuente del impluvium, refrescó sus ardientes labios y dijo:

—Pero, eso sí, Nerón es agradecido. Te quiere porque has servido a Roma y has hecho famoso su nombre hasta los confines del mundo. A mí también me quiere porque he sido el maestro de su juventud. Por eso estoy seguro de que esta agua no está envenenada y la bebo tranquilo. El vino en mi casa no merece tanta confianza. Pero si tienes sed, bebé tranquilamente esta agua; la traen los acueductos desde los montes Albanos, y si quisieran envenenarla tendrían que envenenar todas las fuentes de Roma. Como ves, todavía puede uno considerarse seguro en este mundo y tener una vejez tranquila. Ciertamente estoy enfermo, pero más bien es mi alma la que está enferma, no mi cuerpo.

Así era, en efecto. Séneca carecía de la entereza de alma que poseían Cornuto y Tráseas, por ejemplo, ya que su vida era una serie de concesiones ante los crímenes cometidos por el César. El mismo se daba cuenta de ello, y comprendía que el propagador de los principios de Zenón de Zitio debía seguir otros derroteros. Y esto le hacía sufrir más que el temor a la muerte.

Aulo interrumpió sus mordaces reflexiones.

—Noble Anneo —dijo—, no ignoro cómo te paga el César los cuidados de que le hiciste objeto en sus años juveniles; pero el que nos arrebató a nuestra hija es Petronio. Indícame los medios y las influencias a que se halla sujeto, y emplea con él toda la elocuencia que nuestra antigua amistad pueda inspirarte.

—Petronio y yo —contestó Séneca— militamos en campos opuestos.

Ignoro los medios que podemos emplear, y sé que no cede ante la influencia de nadie. Acaso, con toda su depravación, vale más que todos esos bribones de que Nerón se rodea. Pero demostrarle que ha cometido una mala acción es perder el tiempo. Petronio hace mucho que ya no posee la facultad de distinguir el bien del mal. Demuéstrale que ha cometido una acción fea, y entonces se avergonzará. Cuando le vea le diré: «El acto que has ejecutado es digno de un liberto». Y si con esto no se soluciona el asunto, no se soluciona con nada.

—Gracias también por eso —respondió el anciano jefe.

A continuación mandó que le condujeran a casa de Vinicio, al que encontró haciendo tranquilamente ejercicios de esgrima con su maestro particular. A Aulo, el espectáculo del joven entregado tranquilamente a sus ejercicios cuando se había perpetrado aquel atentado contra Ligia le llenó de una cólera terrible, que estalló, apenas cayó la cortina detrás del maestro de esgrima, en amargos insultos y reproches. Mas al enterarse Vinicio de que Ligia había sido arrebatada, palideció tan terriblemente, que ni por un instante dudó Aulo de que Vinicio hubiera intervenido en el atentado. La frente del joven se inundó de sudor, y la sangre que por un momento le había afluido al corazón, volvió a golpear su rostro con una oleada caliente. Sus ojos despidieron chispas, y sus labios formularon preguntas desordenadas. Los celos y la cólera se apoderaban alternativamente de él, sacudiéndole como una tempestad. Creía que Ligia, una vez pisados los umbrales de la casa del César, estaba irremisiblemente perdida para él. Y cuando Aulo pronunció el nombre de Petronio, cruzó como un rayo por la mente del joven soldado la sospecha de que Petronio se había burlado de él y que con la entrega de Ligia quería conseguir nuevos favores del César o guardarla para sí. No le cabía en la cabeza que se pudiese ver a Ligia sin desearla.

La impetuosidad, rasgo distintivo de su familia, le arrastraba como a un potro indómito, haciéndole perder su presencia de ánimo.

—Jefe —dijo con voz entrecortada—, vuelve a tu casa y ten presente que aunque Petronio fuese mi padre vengaría en él el agravio inferido a Ligia. Vuelve a tu casa y espérame. Ligia no será ni de Petronio ni del César —y apretando los puños, se encaró con las figuras de cera que había en el atrium y exclamó en un estallido—: ¡Por esas máscaras mortales, juro que antes la mataría y luego me daría la muerte!

Diciendo estas palabras, y repitiendo una vez más a Aulo: «Espérame», salió corriendo como un loco del atrium, dirigiéndose a casa de Petronio, y dando empellones a los transeúntes que hallaba en el camino.

Aulo regresó a su casa algo más tranquilo. Creía que si Petronio había inducido al César a que reclamara a Ligia para entregársela a Vinicio, éste la

devolvería a su casa. También le servía de consuelo pensar que, aun en el caso de que Ligia no pudiera ser salvada, sería vengada y la muerte la protegería del ultraje. Confiaba en que Vinicio cumpliría cuanto había ofrecido. Había presenciado su cólera y conocía la irritabilidad peculiar de aquella familia. El mismo, aunque amaba a Ligia como si fuera su propia hija, hubiera preferido matarla antes que entregársela al César, y así lo hubiera ejecutado, a no ser por consideración hacia su hijo, último descendiente de su estirpe. Aulo era un soldado, y apenas había oído hablar de los estoicos; pero su carácter no se hallaba muy alejado de ellos y de sus conceptos. Para su orgullo, la muerte era preferible a la deshonra.

Cuando llegó a su casa tranquilizó a Pomponia y le comunicó sus esperanzas, y ambos aguardaron noticias de Vinicio. Cada vez que en el atrium resonaban pasos de algunos de los esclavos, creían que quizá fuera Vinicio, que venía a devolverles a su hija, y se preparaban a bendecirle con toda el alma. Pero el tiempo pasaba y no llegaba noticia alguna. Por fin, al anochecer, se sintió un aldabonazo en la puerta.

Al poco tiempo entró un esclavo y entregó a Aulo una carta. El anciano jefe, a quien le gustaba mostrar el mayor dominio sobre sí mismo, la tomó con mano temblorosa y la leyó con tanta ansiedad como si se tratara de la suerte de toda la casa.

De pronto se oscureció su semblante como por la sombra de una nube.

—Lee —dijo, dirigiéndose a Pomponia Grecina.

Tomó Pomponia Grecina la carta y leyó lo siguiente:

Marco Vinicio a Aulo Plaucio: salud. Lo que ha ocurrido ha sido por voluntad del César, ante el cual debéis inclinar vuestras cabezas, como hacemos Pomponio y yo.

A continuación sobrevino un largo silencio.

VI

Petronio se hallaba en su casa. El portero no se atrevió a detener a Vinicio, que penetró como una tromba. Al enterarse de que el dueño se hallaba en la biblioteca, penetró en ella con el mismo ímpetu. Al ver a Petronio escribiendo, le arrancó la pluma de la mano, la hizo añicos, la pisoteó y, agarrándole por los hombros y acercando su rostro al de él, preguntó con voz ronca:

—¿Qué has hecho de ella? ¿Dónde está?

Entonces sucedió una cosa sorprendente. El elegante y atildado Petronio desasíó la mano con que el joven atleta le oprimía el hombro; luego, cogiéndole la otra y sujetando ambas en una suya como unas tenazas de hierro, dijo:

—Únicamente por las mañanas me siento algo débil; por las tardes recupero mi antigua flexibilidad. Trata de soltarte. La gimnasia debe de habértela enseñado algún tejedor, y los modales, un herrero.

Su rostro no denotaba enfado, pero en sus ojos brillaban destellos de valor y energía. Luego soltó las manos de Vinicio, que se hallaba ante él humillado, avergonzado y rabioso.

—Tu mano es de acero —dijo—; pero por todas las divinidades infernales te juro que, si me has traicionado, te clavaré un puñal en el pecho, aunque te halles en las habitaciones del César.

—Hablemos con calma —contestó Petronio—. Como ves, el acero es más fuerte que el hierro, y a pesar de que de uno de tus brazos pueden hacerse dos míos, no tengo por qué temerte. En cambio, me apena tu grosería, y si la ingratitud humana aún pudiera sorprenderme, me sorprendería tu ingratitud.

—¿Dónde está Ligia?

—En el lupanar, es decir, en casa de César.

—¡Petronio!

—Tranquilízate y toma asiento. He pedido al César dos cosas, que me ha concedido: la primera, sacar a Ligia de la casa de Aulo, y la segunda, entregártela. ¿No llevas algún cuchillo entre los pliegues de la toga? A ver si me lo clavas ahora. Pero te aconsejo que esperes unos días, porque te llevarían a la prisión y entretanto Ligia se aburriría sola en tu casa.

Ambos callaron. Vinicio miraba atónito a Petronio.

—Perdóname —dijo—. La amo, y el amor me trastorna.

—Admírame, Marco; anteayer le dije al César: «Mi sobrino Vinicio se ha enamorado de una jovencita escuálida, que habita en casa de Aulo, y con sus suspiros tiene convertida su casa en un verdadero baño de vapor. Ni tú, César, ni yo, que sabemos lo que es la verdadera belleza, daríamos por ella ni mil sestercios; pero ese muchacho ha sido siempre más tonto que un trípode y ahora acaba de atontarse del todo».

—¡Petronio!

—Si no comprendes que dije esto para asegurar a Ligia, me obligarás a creer que dije la verdad. Convencí a Barbas de Cobre, que es tan gran conocedor de la estética, que no puede considerar como una belleza a esa

muchacha. Y Nerón, que hasta ahora no se atreve a mirar más que por mis ojos, no verá en ella belleza alguna, y al no verla, no la deseará. Era necesario ponerse en guardia contra ese mono y atarle con una cuerda. No será él quien aprecie la hermosura de Ligia, sino Popea, que se apresurará a despedirla cuanto antes del palacio. Además, le dije a Barbas de Cobre con negligencia: «Apodérate de Ligia y entrégasela a Vinicio; tienes derecho a hacerlo porque está como rehén, y si eso haces, agraviarás a Plaucio». Y accedió. No tenía ninguna razón para no hacerlo, ya que le proporcionaba la ocasión de mortificar a gentes honradas. Te convertirás en el guardián oficial del rehén, entregarán en tus manos al tesoro ligo, y tú, como amigo de los valientes ligios, no sólo no derrocharás nada del tesoro, sino que te esforzarás en multiplicarlo. Para salvar las apariencias, el César la tendrá unos cuantos días en su casa, para enviártela luego a tu insula. ¡Hombre afortunado!

—¿Es verdad eso? Entonces, ¿no corre ningún peligro en la casa del César?

—Si tuviera que vivir allí siempre, Popea hablaría de ella con Locusta; pero, para unos días, no corre el menor peligro. En el palacio del César viven diez mil personas, y es posible que Nerón ni siquiera la vea. Me ha confiado de tal manera el asunto, que hace un momento se ha presentado en mi casa un centurión con la noticia de que había conducido a la doncella al palacio y la había entregado en manos de Actea. Es una buena alma esa Actea; por eso dispuse que se la entregaran. Al parecer, Pomponia Grecina comparte mi opinión, porque también le ha escrito. Mañana da Nerón una fiesta, y te he reservado un sitio junto a Ligia.

—Perdóname, Cayo, mi arrebató —dijo Vinicio—. Creí que la querías para ti o para el César.

—Tu arrebató puedo perdonarlo, mas no así tus ademanes groseros, tus gritos y tu voz ordinaria. Me recordaba a la de los jugadores de morra. Eso no me gusta, Marco, y de ello debes guardarte. Has de saber que el proveedor de las aventuras amorosas del César es Tigelino, y debes saber también que, si quisiera a la muchacha, te diría, mirándote cara a cara: «Vinicio, te quito a Ligia, y me quedo con ella hasta que me canse».

Diciendo esto, fijaba sus pardos ojos en los de Vinicio con tan sereno atrevimiento, que terminó de turbar por completo al joven.

—La culpa es mía —dijo—. Eres bueno y leal y te estoy agradecido con toda el alma. Permíteme que te haga una pregunta más: ¿por qué no mandaste que llevaran a Ligia directamente a mi casa?

—Porque el César quiere guardar las apariencias. La gente dirá en Roma que hemos arrebatado a Ligia, siendo ésta un rehén. Mientras duren los

comentarios permanecerá en el palacio del César. Luego te la enviarán sin ruido a tu casa y todo habrá terminado. Nerón es un perro cobarde. Sabe que su poder no tiene límites, y, sin embargo, trata de dar una apariencia decente a cada uno de sus actos. ¿Te has serenado lo bastante para que filosofemos un poco? Más de una vez me ha venido a la mente la idea de por qué un delincuente, aun siendo tan poderoso como el César y hallándose tan seguro como él de la impunidad, busca siempre la apariencia del derecho, la justicia y la virtud en sus actos. ¿Por qué se toma esa molestia? Me parece que matar al hermano, a la madre o la esposa son actos dignos de cualquier reyezuelo asiático, mas no del César de los romanos; pero si yo me hallara en su lugar, ten por seguro que no escribiría al Senado cartas justificativas..., como Nerón escribe. Nerón quiere salvar las apariencias porque es un cobarde. Tiberio, aunque no era cobarde, también trataba de justificar cualquier atentado. ¿Por qué sucede así? ¿Qué extraño e involuntario homenaje rinde el crimen a la virtud? ¿Y sabes lo que me parece? Que eso sucede porque el crimen es feo y la virtud es bella. Ergo, el verdadero esteta es un hombre virtuoso. «Ergo, yo soy un hombre virtuoso. Hoy libaré en honor de las sombras de Protágoras y Gorgias». He aquí de qué manera los sofistas pueden ser útiles. Escucha lo que digo a continuación. Le he arrebatado Ligia a Plaucio para entregártela a ti. Bueno. Pero Lisipo habría hecho con vosotros un grupo maravilloso. Ambos sois hermosos, luego mi acción es bella también, y al ser bella, no puede ser mala. Mira, Marco. Ante ti se halla la virtud encarnada en Petronio. Si Arístides viviera, tendría que venir a mi casa y ofrecerme cien minas por una lección sobre la virtud.

Pero Vinicio, más preocupado por la realidad que por los tratados sobre la virtud, dijo:

—Mañana veré a Ligia, y luego la tendré todos los días a mi lado, siempre, hasta la muerte.

—Tú tendrás a Ligia y yo tendré a Plaucio encima. Invocará en su auxilio a todas las divinidades infernales para que caiga sobre mí su venganza. ¡Y si por lo menos el animal tomara antes clases de declamación! Pero me insultará, como hacía mi anterior portero con mis clientes, y a quien finalmente tuve que enviar a una prisión rural.

—Aulo estuvo en mi casa. Prometí darle noticias de Ligia.

—Escríbele que la voluntad del divino César es ley suprema y que tu primer hijo se llamará Aulo. Hay que procurarle algún consuelo al viejo. Soy capaz de pedirle a Barbas de Cobre que le invite mañana al festín, para que te vea en el triclinium al lado de Ligia.

—No hagas tal cosa —replicó Vinicio—; siento pena por ellos, en particular por Pomponia Grecina.

Y se sentó para escribir la carta que le hizo perder al viejo jefe las esperanzas que le quedaban.

VII

Hubo un tiempo en que las más altas cabezas se inclinaban delante de Actea, la antigua amante de Nerón. Pero ella ni aun entonces había querido intervenir en los asuntos públicos, y cuando alguna vez empleaba su influencia con el joven César, era tan sólo con objeto de pedir clemencia para alguien. Silenciosa y sumisa, supo granjearse la gratitud de muchos y nunca se creó enemigos. Ni siquiera Octavia consiguió odiarla. A los envidiosos les parecía poco peligrosa. Sabido era de todos que seguía queriendo a Nerón con un amor resignado y triste, que no se nutría de esperanzas, sino de recuerdos de aquellos días en que Nerón no sólo era más joven y la amaba, sino también era mejor. Sabido era que no podía arrancar de su pensamiento aquellos recuerdos. Pero ya nada esperaba. No había la menor esperanza de que el César retornara a ella. Se la consideraba como a un ser indefenso; y por eso la dejaban en paz. Popea la trataba como a una sirvienta silenciosa, hasta tal punto inofensiva, que ni siquiera se le había ocurrido echarla del palacio.

Como el César la había querido en otros tiempos y la había apartado de su lado sin violencias, más bien de una manera amistosa, la trataban con cierta consideración. Nerón, al libertarla, la había alojado en el palacio, en una vivienda con un cubiculum individual y un puñado de esclavos para su servicio. Al igual que Palas y Narciso, que a pesar de ser libertos de Claudio, no sólo se sentaban junto a él en las fiestas, sino que, como poderosos ministros, ocupaban los sitios destacados, así a ella la invitaban a veces a compartir la mesa del César. Quizá lo hicieran porque su hermosura era el ornato de aquellos banquetes, aunque Nerón hacía tiempo que había dejado de preocuparse de las apariencias en la elección de sus invitados. En su mesa se congregaba la más heterogénea mezcla de personas de toda clase y condición.

Había entre ellos senadores, pero sobre todo aquellos que al mismo tiempo se resignaban a hacer de bufones. Había patricios jóvenes y viejos sedientos de placer, lujos y excesos. Había matronas que, aunque ostentaban grandes nombres, no tenían reparo alguno en ponerse por las noches la peluca rubia para lanzarse en busca de aventuras por oscuras callejuelas. Se veía a altos empleados, sacerdotes, quienes ante unas copas llenas se burlaban de sus propios dioses, y al lado de ellos gentuza de todas clases, cantores, mimos, músicos, bailarines y bailarinas, poetas que mientras declamaban calculaban los sestercios que les producirían sus alabanzas a los versos del César;

filósofos famélicos, cuyos ojos se iban detrás de los platos que servían. No faltaban tampoco célebres aurigas, charlatanes, hechiceros, narradores, bufones y la más variada colección de vagabundos, cuya juventud o locura habían puesto de moda durante un día. Entre ellos no faltaban algunos que, con sus largos cabellos, ocultaban los agujeros que tenían en las orejas en señal de esclavitud.

Los más notables se sentaban a la mesa, mientras que los de menor importancia divertían a los demás durante la comida, esperando el momento en que los sirvientes les permitieran abalanzarse sobre los restos de las viandas y las bebidas. Tigelino, Vatinio y Vitelio, que eran los encargados de suministrar a los convidados de esta calaña, se veían obligados a veces a proporcionarles ropa adecuada para presentarse en los aposentos del César, al que agradaba esa compañía por sentirse en ella más libre. El fausto de la corte lo doraba todo y todo lo tapaba con su esplendor. Grandes y pequeños, descendientes de nobles familias, gentecilla de la calle, artistas de fama y despreciables escorias del talento corrían presurosos al palacio para saciar sus deslumbrados ojos con un lujo nunca visto y acercarse al dispensador de tanta merced, riqueza y bien, que con una sola mirada podía hundir a cualquiera, pero también podía elevarle más allá de todo límite.

Aquel día, Ligia iba a tomar parte en uno de esos banquetes. El miedo, la incertidumbre y el atontamiento, nada extraños a raíz de tan repentino cambio, luchaban en su interior con el deseo de no asistir. Temía al César, a la gente y al palacio, cuyo continuo movimiento la sacaba de sus casillas. Temía las fiestas, de cuya licencia había oído hablar a Aulo y Pomponia y a sus amigos. Aun siendo una muchacha joven no era ingenua, ya que en aquellos tiempos el conocimiento del mal llegaba pronto, aun a los oídos de los niños. No ignoraba que en aquel palacio le amenazaba la ruina; Pomponia ya se lo había advertido en el momento de la separación. Pero dotada de un alma ignorante del mal y poseída de la fe sublime que su madre adoptiva le inculcara en el alma, había jurado defenderse contra dicha pérdida ante sí misma, ante su madre y ante el divino Maestro, en el cual no sólo creía, sino al que amaba con todo su juvenil corazón por la dulzura de su doctrina, la amargura de su muerte y la gloria de su resurrección.

Tenía la seguridad de que ahora ni Aulo ni Pomponia Grecina eran ya responsables de sus actos. Así que pensó si no sería mejor oponerse y no asistir al banquete.

De un lado, el temor y la zozobra anidaban en su alma; por otro surgía en ella el deseo de mostrar su valor, su resistencia al arrostrar la muerte y el martirio, ya que el divino Maestro así lo había mandado y Él mismo había dado el ejemplo. Pomponia le había dicho que los más fervientes prosélitos deseaban pasar por esta prueba y rezaban por ella.

Cuando todavía estaba Ligia en casa de Aulo se sentía a veces dominada por este deseo. Se veía ya mártir, con heridas en pies y manos, blanca como la nieve, con una belleza sobrenatural, llevada al cielo en alas de ángeles también blancos. Su imaginación gozaba con esos sueños. En ello había muchos ensueños juveniles y algo de cierta complacencia consigo misma, que Pomponia Grecina había intentado reprimir. Ahora, cuando la resistencia a la voluntad del César podía provocar algún horrible castigo y las torturas imaginadas en sueños podían convertirse en realidad, a las bellas visiones, a las complacencias se unía cierta curiosidad, mezclada de espanto, por conocer la forma en que la castigarían y las torturas que inventarían para ella.

Y de esta manera fluctuaba su alma casi infantil entre dos corrientes.

Mas cuando Actea se enteró de tales vacilaciones, la miró con asombro, creyéndola presa de fiebres. ¿Oponerse a la voluntad del César? ¿Provocar su cólera desde el primer instante? Para ello necesitaba ser una criatura que no sabía lo que decía. De las palabras de Ligia se deducía que, en realidad, no estaba en rehenes, sino más bien olvidada por su propio pueblo. Ninguna ley de las naciones la protegía; mas, aunque así fuera, el César era lo bastante poderoso para pisotearla en un momento de enfado. El César la había reclamado, y desde entonces dispondría de ella. Se hallaba sometida a su voluntad, que era la suprema ley del mundo.

—Así es —siguió hablando—. Yo también he leído las cartas de Pablo de Tarso y sé que más allá de la Tierra hay un Dios y un Hijo de Dios que resucitó de entre los muertos; pero en la Tierra sólo impera el César. Recuérdalo, Ligia. Sabes también que tu doctrina te prohíbe ser lo que yo he sido, y que vosotros, al igual que los estoicos, de los cuales me ha hablado Epicteto, cuando llega el momento de escoger entre la deshonra y la muerte, únicamente podéis escoger ésta. ¿Pero puedes adivinar que sea el deshonor y no la muerte lo que te espera? ¿No has oído hablar de la hija de Sejano, que aun siendo una niña pequeña, para cumplir con el decreto de Trajano, que prohíbe la pena capital a las vírgenes, fue violada antes de ejecutada? ¡Ligia! ¡Ligia! ¡No provoques al César! Cuando llegue el momento decisivo en que debas elegir entre el deshonor y la muerte actuarás tal como tu doctrina ordena; pero entretanto no provoques voluntariamente tu pérdida y no irrites por un motivo nimio a este dios terrenal y cruel.

Hablaba Actea con gran compasión y hasta con fuego, y como era algo corta de vista, acercaba su dulce rostro al de Ligia, como queriendo observar el efecto que sus palabras producían.

Ligia, en un arrebato de infantil confianza, le echó los brazos al cuello y le dijo:

—¡Qué buena eres, Actea!

Actea, lisonjeada por el elogio y la confianza, la estrechó contra su corazón, y luego, librándose del abrazo de la muchacha, contestó:

—La felicidad ha pasado para mí, y mi alegría ha muerto; pero mala no soy —y recorriendo con rápidos pasos la habitación y como hablando con desconsolación consigo misma, dijo—: No; él tampoco era malo. Entonces creía que era bueno y deseaba serlo. Yo lo sé mejor que nadie. Todo esto vino luego, cuando dejé de amar... Otros hicieron de él lo que ahora es, otros... y Popea.

Y al decir esto, sus ojos se empañaron de lágrimas. Ligia la seguía con la mirada de sus ojos azules, y por último preguntó:

—¿Te inspira lástima, Actea?

—Sí —contestó con voz sorda la griega.

Y volvió a pasearse con las manos contraídas de dolor y una expresión desesperada en el rostro.

Ligia le preguntó tímidamente:

—¿Le amas aún?

—Sí, le amo —y luego añadió—: No le ama nadie más que yo...

Siguió un momento de silencio, durante el cual procuró Actea serenar su ánimo, turbado por los recuerdos. Cuando su rostro recobró su habitual expresión de silenciosa tristeza, dijo:

—Hablemos de ti, Ligia. No pienses en oponerte a la voluntad del César. Sería una locura. Conozco bien esta casa y creo que por parte del César no te amenaza peligro alguno. Si Nerón te hubiera traído para sí no te hubiera llevado al Palatino. Aquí gobierna Popea, y desde que ésta le dio una hija está aún más bajo su influencia... No. Nerón ha ordenado que asistieras al banquete; pero hasta ahora no te ha visto ni ha preguntado por ti, lo que significa que no le interesas. Quizá te haya apartado del lado de Aulo y de Pomponia Grecina simplemente porque los odia... Petronio me ha escrito pidiendo que me ocupara de ti, y lo mismo ha hecho Pomponia Grecina, así que quizá se hayan puesto de acuerdo. Puede ser que lo haya hecho a petición de ella. Si es así, y a instancias de Pomponia, Petronio te tomara bajo su protección, ningún peligro te amenaza, y quién sabe si a petición de él te devuelva Nerón a casa de Aulo. No sé si Nerón le quiere mucho, pero sé que rara vez se atreve a sostener una opinión contraria a la de él.

—Pero, Actea —contestó Ligia—, Petronio estuvo en casa antes que me llevaran, y mi madre estaba convencida de que Nerón me había reclamado por instigación de él.

—Eso sería una cosa fea —dijo Actea; y reflexionando tras breve pausa, continuó—: Quizá Petronio se haya ido de la lengua ante Nerón durante algún banquete diciendo que había visto en casa de Aulo un rehén de los ligios, y Nerón, celoso de su poder, te ha reclamado únicamente porque los rehenes pertenecen al César. Además, no quiere a Aulo ni a Pomponia... ¡No! Me parece que si Petronio hubiera querido sacarte de la casa de Aulo le habría repugnado semejante recurso. No sé si Petronio es mejor que los demás individuos que rodean al César; pero en todo caso es diferente... Por otra parte, quizá encuentres a alguien, además de Petronio, que quiera protegerte. ¿No has conocido en casa de Aulo a algunos de los amigos del César?

—He visto a Vespasiano y a Tito.

—El César no los quiere.

—Y a Séneca.

—Bastaría que Séneca le aconsejara algo para que Nerón hiciera lo contrario.

El luminoso rostro de Ligia se cubrió de rubor.

—Y a Vinicio.

—No le conozco.

—Es un pariente de Petronio que hace poco ha regresado de Armenia...

—¿Crees que Nerón le verá con agrado?

—A Vinicio le quieren todos.

Actea se sonrió dulcemente y dijo:

—Entonces le verás seguramente en el festín. Tienes que asistir a él porque no te queda más remedio. Sólo una criatura como tú podía pensar de otra manera. Además, si quieres volver a casa de Aulo hallarás allí la ocasión de rogar a Vinicio y a Petronio que consigan con su influencia que vuelvas a tu hogar. Si ambos estuvieran aquí te dirían lo mismo que yo: que sería una locura y tu ruina intentar resistir. El César podría no darse cuenta de tu ausencia; pero si ésta no le pasara inadvertida y pensara que habías osado oponerte a su voluntad, no habría para ti salvación posible. Ven, Ligia: ¿no oyes el rumor que se escucha en la casa? El sol está descendiendo, y pronto empezarán a llegar los invitados.

—Tienes razón, Actea —contestó Ligia—; seguiré tu consejo.

Probablemente, Ligia no podría darse cuenta cómo influían en ella el deseo de ver a Vinicio y a Petronio, la curiosidad femenina de ver una vez en la vida semejante fiesta, y en ella al César, a la corte y a la famosa Popea y a otras

beldades, y admirar aquel inusitado esplendor del cual tanto se hablaba en Roma. Pero Actea tenía razón, y Ligia se daba perfecta cuenta de ello. Había que ir, y cuando vio que la necesidad y el sentido común ayudaban a la tentación latente dejó de vacilar.

Actea la condujo a su propio unctuarium para ungir la y vestirla. Y como en la casa del César el número de esclavos no era pequeño, Actea disponía de muchos para su servicio personal. Por la compasión que le inspiraba la joven, cuya inocencia y belleza habían cautivado su corazón, decidió vestirla ella misma, y pronto quedó demostrado que en la joven griega, a pesar de su tristeza y de la lectura de las cartas de Pablo de Tarso, quedaba aún mucho del antiguo espíritu helénico, al que la belleza del cuerpo impresionaba más que cualquier otra cosa. Al desnudar a Ligia no fue dueña Actea de reprimir un grito de entusiasmo ante aquellas formas, a la vez menudas y llenas, como si estuvieran hechas de nácar, y alejándose un poco de la joven, miró con deleite aquel cuerpo sin par de primavera.

—Ligia —exclamó al fin—, eres cien veces más hermosa que Popea.

Pero la doncella, que había sido educada en la severa casa de Pomponia Grecina, donde las mujeres guardaban el mayor recato aun estando solas, se mantenía como un sueño hermoso, armoniosa como una obra de Praxiteles o como un canto, pero turbada y ruborosa por la vergüenza, con las rodillas apretadas, las manos tapando el pecho y los ojos bajos. Por último, levantando los brazos, soltó las horquillas que le sujetaban sus cabellos, sacudió la cabeza, y al instante quedó envuelta en ellos como en un manto.

Actea se acercó a ella y, tocando sus oscuras crenchas, exclamó:

—¡Qué cabellos tienes! No los salpicaré con polvos de oro, ya que tienen reflejos dorados en las ondas; les daré únicamente algunos toques de reflejo dorado, pero ligeramente, muy ligeramente, como si los iluminara un rayo de sol... Maravillosa debe de ser vuestra tierra, Ligia; donde nacen tales criaturas.

—No la recuerdo —contestó Ligia—. Urso me decía que hay en ella bosques, bosques y más bosques.

—Pero en los bosques brotan flores —dijo Actea, sumergiendo las manos en un recipiente lleno de verbena y humedeciendo con ella los cabellos de Ligia.

Hecho esto le ungió el cuerpo ligeramente con perfumados aceites de Arabia, y a continuación la revistió con una túnica sin mangas color de oro, sobre la cual había de colocarse el níveo peplo. Pero como antes había que peinarla, la envolvió en una especie de amplio ropaje llamado synthesis y, haciéndola sentar en la silla, la puso en manos de dos esclavas para apreciar de

lejos el efecto del peinado. Otras dos esclavas calzaron los pies de Ligia con sandalias blancas bordadas de púrpura, sujetándolas a sus tobillos de alabastro con cordones de oro cruzados. Cuando terminó el peinado le colocaron el peplo con suaves y artísticos pliegues. Luego, Actea le ciñó al cuello un collar de perlas y, empolvando ligeramente con polvo de oro las ondas de sus cabellos, ordenó que la vistieran, sin dejar de mirar durante todo el tiempo a Ligia con ojos complacientes.

No tardó en estar arreglada, y cuando empezaron a llegar las literas a la puerta principal entraron ellas en el pórtico interior lateral, desde el que se veía la puerta principal, las galerías interiores y el patio, rodeado por una espléndida columnata de mármol de Numidia.

Poco a poco iba llegando más gente, que pasaba bajo el elevado arco de entrada, encima del cual la magnífica cuadriga de Lisias parecía conducir al espacio a Diana y a Apolo. Los ojos de Ligia se asombraron con esta maravillosa vista, de la que la modesta casa de Aulo no había podido darle la menor idea.

Caía la tarde, y los últimos rayos de sol se quebraban sobre el amarillento mármol numídico de las columnas, que despedía reflejos dorados y a la vez se tornaba de color de rosa. Entre las columnas, junto a las blancas estatuas de las danaides y otras que representaban dioses o héroes, fluía una muchedumbre compuesta de hombres y mujeres semejantes a estatuas por estar envueltos en sus togas, peplos y mantos, que caían graciosamente con suaves pliegues hasta el suelo, iluminados por los últimos destellos del sol. Un gigantesco Hércules, con la cabeza aún iluminada y el pecho sumergido en la sombra, proyectada por una columna, contemplaba desde lo alto a la muchedumbre.

Actea iba señalando a Ligia senadores con togas de anchos bordes, túnicas multicolores y medias lunas en las sandalias; patricios y artistas afamados, damas romanas vestidas al estilo romano o griego o bien con fantásticos vestidos orientales drapeados, con peinados en forma de torre o de pirámide o imitando las estatuas de las diosas, pegados a la cabeza y adornados con flores. Actea llamaba por sus nombres a muchos de aquellos hombres y mujeres, uniendo a éstos cortas y a veces espantosas historias, que llenaban a Ligia de terror, asombro y admiración. Era para ella aquél un mundo extraño, cuya belleza la deslumbraba, pero cuyos contrastes no podía comprender su juvenil entendimiento.

En aquel crepúsculo, aquellas hileras de columnas inmóviles que se perdían en la distancia y aquellas personas semejantes a estatuas se hallaban rodeadas de una gran calma. Parecía que en medio de aquellos mármoles de líneas puras debían de vivir semidioses, libres de toda preocupación, tranquilos y felices.

Entretanto, con apagada voz, Actea iba descubriendo uno a uno los terribles secretos de aquel palacio y de aquellas gentes. Desde lejos se veía el pórtico cubierto, cuyas columnas y pavimento conservaban aún las rojas manchas de la sangre con que Calígula salpicó el blanco mármol cuando cayó bajo el cuchillo de Casio Queroneo. Allí asesinaron a su mujer, más allá estrellaron a su hijo contra una piedra. En aquella ala del edificio estaba situada la mazmorra donde el menor de los Drusos, atenazado por el hambre, se comió sus propias manos; allí fue envenenado Druso el Mayor, más allá rugió de terror Gemelo, y Claudio se retorció en las últimas convulsiones, y en aquel sitio pereció Germánico.

Por todas partes, esos muros habían oído los gemidos y los estertores de los moribundos. Pero aquellas gentes que ahora se apresuraban a acudir a la fiesta envueltos en sus togas, con sus túnicas de colores, cubiertos de flores y de joyas serían quizá los condenados de mañana. En más de un semblante se ocultaba, tras una sonrisa, el terror, la intranquilidad y la inseguridad que les producía el mañana; la fiebre, la avaricia, la envidia roían en aquellos precisos momentos los corazones, aparentemente tan tranquilos, de aquellos semidioses coronados.

Los terroríficos pensamientos de Ligia se sucedían con más rapidez que las palabras de Actea, y al mismo tiempo que el espectáculo de aquel mundo maravilloso la atraía cada vez más, su corazón se contraía por el miedo, y en su alma se iba haciendo cada vez mayor la añoranza de ver a su amada Pomponia Grecina y de volver al apacible hogar de Aulo, en el que reinaba el amor y no el crimen.

Entretanto, desde el Vicus Apollinis afluían nuevas oleadas de invitados, y desde el interior se oían el ruido y las voces de los criados que acompañaban a sus dueños. El patio y las columnatas se hallaban llenos de una multitud de esclavos del César, esclavas, niños pequeños y soldados pretorianos que hacían la guardia. Acá y allá, entre los soldados de rostro moreno, aparecía el negro semblante de un numidio, con su yelmo adornado de plumas, y grandes aretes de oro en las orejas. Llevaban laúdes, cítaras, ramos de flores cultivadas artificialmente, a pesar de lo avanzado del otoño, y lámparas de mano de plata, de oro o de cobre.

El zumbido creciente de las conversaciones se mezclaba con el chapoteo del agua de la fuente, que caía desde lo alto sobre el mármol, quebrándose como un sollozo.

Actea dejó de hablar, pero Ligia continuaba mirando la multitud como si se tratara de hallar a alguien en medio de ella. De pronto su rostro se cubrió de rubor. Entre las columnas habían aparecido Vinicio y Petronio dirigiéndose hacia el gran triclinium, hermosos, serenos como dioses, envueltos en sus

blancas togas. Ligia, al ver dos caras conocidas y amigas entre aquella multitud de gente extraña, y sobre todo al mirar a Vinicio, le pareció que le quitaban un peso enorme del corazón. La añoranza que hacía un momento sentía por Pomponia y la casa de Aulo dejó de ser punzante. El deseo de ver a Vinicio y de hablarle apagó en ella otras voces.

En vano trataba de evocar el recuerdo de todo lo malo que había oído decir de la casa del César, las palabras de Actea y las advertencias de Pomponia Grecina; mas, a pesar de todas aquellas advertencias y palabras, tuvo la sensación de que no sólo debía ir a la fiesta, sino que lo deseaba. Al pensar que pronto iba a escuchar de nuevo aquella grata y dulce voz que le hablaba de amor y de una felicidad digna de dioses, y que aún resonaba en sus oídos, su corazón se llenaba de alegría. Pero de pronto le infundió miedo su alegría. Le parecía que en aquel momento hacía traición a las puras enseñanzas en que había sido educada, a Pomponia Grecina y a sí misma. Una cosa era ceder a la violencia, y otra alegrarse de ella. Se desesperó y le entraron ganas de llorar. Si hubiera estado sola se habría arrodillado y, golpeándose el pecho, hubiera exclamado: Mea culpa! Mea culpa!

Pero, entonces, Actea, cogiéndola de la mano, la condujo a través de las habitaciones interiores al gran triclinium, en donde debía celebrarse el festín. Se le nubló la vista, los oídos le zumbaban a impulsos de la emoción que la poseía, y los latidos de su corazón le impedían respirar. Vio como en sueños millares de lámparas centelleantes en las mesas y en las paredes; como en sueños oyó las exclamaciones con que saludaban al César, y vio a éste como a través de una densa niebla. Las aclamaciones la aturdían, el brillo la ofuscaba, los perfumes la ahogaban, y, perdiendo casi el conocimiento, apenas lograba reconocer a Actea, que la hizo colocarse en la mesa, ocupando ella misma el sitio de al lado.

Poco después, una voz varonil y conocida llegó a ella:

—¡Salud a la virgen más hermosa de la Tierra, a la estrella más hermosa del cielo! ¡Salud a ti, divina Calina!

Ligia, volviendo algo en sí, miró; junto a ella se hallaba Vinicio.

Estaba sin toga, ya que la comodidad y la costumbre así lo mandaban en las fiestas. Una túnica escarlata sin mangas y bordada con palmas de plata cubría su cuerpo. Llevaba los brazos desnudos y adornados a la moda oriental, con dos anchos brazales de oro sujetos por encima del codo. Sus brazos estaban escrupulosamente depilados, lisos, pero musculosos, verdaderos brazos de soldado, hechos para la espada y el escudo. En la cabeza llevaba una guirnalda de rosas. Con sus pobladas cejas, que se juntaban en el entrecejo, sus hermosos ojos y su tez morena parecía la encarnación de la juventud y de la fuerza. A Ligia le pareció tan hermoso que, aunque ya había pasado la primera

impresión, apenas acertó a contestar:

—¡Salud, Marco!

—Dichosos mis ojos que te ven —repuso él—. Dichosos mis oídos que escuchan tu voz, para mí más grata que el sonido de las flautas y de las cítaras. Si me dieran a elegir entre Venus y tú, Ligia, cuál de las dos quisiera yo que estuviera a mi lado en esta fiesta, te elegiría a ti, ¡oh, divina!

Y se puso a mirarla como si quisiera saturarse con su contemplación. Su mirada la abrasaba deslizándose desde su rostro al cuello y a sus desnudos brazos, deleitándose en sus exquisitas formas. Se deleitaba con ella, la devoraba; pero junto con el deseo brillaban en sus ojos la felicidad, el amor y un éxtasis sin límites.

—Sabía que te hallaría en casa del César —continuó—, y, sin embargo, al verte ha invadido mi alma una alegría tan grande como si me hubiera salido al encuentro una felicidad completamente inesperada.

Ligia, repuesta ya, y comprendiendo que entre aquella muchedumbre y en semejante lugar era Vinicio la única persona allegada, entabló conversación con él y empezó a preguntarle acerca de todas aquellas cosas incomprensibles para ella y que le causaban miedo. ¿Cómo sabía que la hallaría en casa del César? ¿Por qué el César la había arrancado del lado de Pomponia Grecina? Tenía miedo y quería volver a su lado. Moriría de pena y de zozobra si no abrigara la esperanza de que Petronio y él intercederían por ella ante el César.

Vinicio le explicó que el propio Aulo le había informado de su rapto. Ignoraba por qué se encontraba allí. El César nunca daba cuenta del porqué de sus órdenes y decretos. Pero no debía abrigar temor alguno. Vinicio estaba a su lado y a su lado permanecería. Preferiría perder los ojos antes que dejar de verla, perder la vida que abandonarla. Ella era su alma, por eso la guardaría como a su alma misma. Le erigiría un altar en su casa, como a su divinidad, y en él ofrecería mirra y áloes, y en primavera anémonas y flor de manzano... Pero, puesto que le infundía temor la mansión del César, él le prometía que allí no se quedaría.

A pesar de que fingía al hablar e incluso a veces mentía, en su voz palpitaba la verdad, ya que sus sentimientos eran sinceros. También le inspiraba verdadera compasión, y las palabras de la joven penetraban de tal forma en su alma que, cuando comenzó a darle gracias y a asegurarle que Pomponia Grecina le quería mucho más por su bondad y que ella le estaría agradecida toda la vida, no pudo dominar su emoción y comprendió que nunca sería capaz de oponerse a una súplica de Ligia.

Su corazón se enternecía cada vez más. La hermosura de la doncella le ofuscaba los pensamientos; la deseaba, pero al mismo tiempo comprendía que

la amaba mucho y que podría adorarla como a una diosa y sentía la necesidad irresistible de hablarle de su belleza y de la adoración que sentía por ella. Como el ruido del festín iba en aumento, acercándose a ella cada vez más le murmuraba palabras buenas y dulces, que brotaban del fondo de su alma, sonoras como la música y embriagadoras como el vino. Yen verdad la embriagaban. Rodeada de personas extrañas, sentía que cada vez le encontraba más cerca, más amante, más fiel y consagrado a ella con toda su alma. La tranquilizó, prometió sacarla de la casa del César, no abandonarla y ser siempre su esclavo. Además, antes, en casa de Aulo, había hablado del amor y, en general, de la felicidad que éste podía traer consigo; pero ahora le decía sin rebozo que la amaba y que era lo que más quería y apreciaba...

Ligia oía por vez primera tales palabras de labios de un hombre, y a medida que las escuchaba sentía que dentro de su ser despertaba algo como de un sueño, apoderándose de ella una felicidad en la que se entremezclaban una alegría inmensa junto a una inmensa inquietud. Le ardían las mejillas, su corazón latía y entreabría los labios con expresión de asombro. Se sobrecogía de temor al oír tales frases, pero no quería perder una sílaba de ellas por nada del mundo. Tan pronto bajaba los ojos como los levantaba, fijando en Vinicio una límpida mirada, a la vez tímida y escudriñadora, como si quisiera decirle: ¡prosigue!

Pronto comenzó a sentir los efectos de la música, del aroma, de las flores y de los perfumes de Arabia. Era costumbre romana reclinarsse en los banquetes. En su casa, Ligia ocupaba un lugar entre Pomponia Grecina y el pequeño Aulo. Ahora tenía a Vinicio reclinado junto a ella rebosando juventud, amor y pasión. Sentía el calor que de él emanaba y, a la vez, placer y alegría en el corazón. Se apoderaba de ella una especie de lasitud, de impotencia y olvido, como si el sueño la fuese ganando.

La proximidad de la joven había comenzado a influir sobre Vinicio. Su rostro palideció y se le dilataron las narices como a un corcel árabe. Se veía el latir acelerado de su corazón bajo la túnica escarlata, su respiración se hizo afanosa, sus palabras se hacían entrecortadas. Por primera vez se encontraba tan próximo a Ligia, que sus ideas comenzaban a perturbarse, la sangre le hervía en las venas, y en vano intentaba apagar su ardor con el vino. No tanto el vino como su maravilloso rostro, sus desnudos brazos, su seno virginal, que se agitaba bajo la dorada túnica, y sus formas veladas por los blancos pliegues del peplo le enardecían cada vez más. Finalmente, oprimiéndole el brazo por encima de la muñeca, como cierto día hiciera en casa de Aulo, y atrayéndola hacia sí, murmuró con trémulos labios:

—Te quiero, Calina. ¡Diosa mía!

—Déjame, Marco —replicó Ligia.

Mas él seguía hablando con la mirada turbia:

—¡Diosa mía, ámame!

Mas en aquel instante, Actea, que se hallaba reclinada del otro lado de Ligia, dijo:

—El César os está mirando.

Vinicio tuvo un súbito movimiento de enfado contra el César y contra Actea. Sus palabras venían a deshacer el encanto. En aquel momento hasta la voz de un amigo le hubiera parecido molesta; además, creía que Actea quería deliberadamente interrumpir su coloquio con Ligia. Así pues, alzando la cabeza y mirando a la joven liberta por encima del hombro de Ligia, dijo con rabia:

—Ya pasaron, los tiempos, Actea, en que en los banquetes te reclinabas al lado del César, y como dicen que te amenaza la ceguera, ¿cómo puedes verle?

Y ella contestó con tristeza:

—Le veo, sin embargo. Él también es corto de vista y os está mirando a través de su esmeralda.

Todo cuanto Nerón hacía despertaba la atención hasta de sus más íntimos, así que Vinicio, alarmado, se recobró inmediatamente y empezó a mirar disimuladamente al César. Ligia, que al principiar el banquete se turbó viendo a Nerón como a través de una nube, y luego, entretenida por la presencia y la conversación de Vinicio, no le había mirado, le observó ahora con ojos llenos de curiosidad y miedo.

Actea decía la verdad. El César los observaba, inclinado sobre la mesa, con un ojo entornado y sosteniendo con los dedos delante del otro una esmeralda redonda y pulimentada. Por un momento, su mirada se encontró con la de Ligia, y el corazón de la doncella se oprimió de terror. Siendo niña, cuando habitaba una hacienda de Aulo en Sicilia, una vieja esclava egipcia le refería historias de dragones que habitaban en las cavernas de las montañas, y de pronto le pareció que la estaba mirando el ojo verdoso de uno de aquellos monstruos. Como un chiquillo asustado agarró con su mano la mano de Vinicio, por su cabeza cruzaron confusas y rápidas impresiones. ¡Así que era él! ¡El terrible y el todopoderoso! Nunca le había visto hasta aquel momento, pero se lo imaginaba de manera muy distinta. Le imaginaba horrible, con la maldad petrificada en el rostro, y ahora veía una enorme cabeza sobre un grueso cuello. Cabeza terrible, es verdad, pero que resultaba grotesca, ya que de lejos parecía la cabeza de un niño. Una túnica de color amatista, color prohibido a los simples mortales, despedía un reflejo algo lívido sobre su ancho y corto rostro. Tenía oscuros los cabellos y divididos en cuatro rizos,

según la costumbre introducida por Otón. No llevaba barba, porque hacía poco tiempo la había sacrificado a Júpiter, por lo que Roma entera le había tributado homenaje de gratitud, si bien en voz baja se murmuraba que la había sacrificado por tenerla roja, como todos los miembros de su familia. En la frente, y proyectándose por encima de las cejas, había algo de olímpico. En el ceño fruncido se advertía la conciencia del poder supremo. Pero debajo de aquella frente de semidiós se hallaba el rostro de un mono, de un borracho, de un fatuo, pletórico de deseos y, a pesar de sus pocos años, inflado de gordura y, sin embargo, enfermizo y repugnante.

A Ligia le pareció siniestro y, ante todo, repulsivo. Al cabo de un momento, Nerón dejó su esmeralda y no miró más a la doncella. Ésta pudo entonces ver sus ojos azules y saltones, entornados por el exceso de luz, vidriosos y vacíos como los de un muerto.

Nerón, dirigiéndose hacia Petronio, le dijo:

—¿Es aquélla la muchacha rehén de la que está enamorado Vinicio?

—Sí; ella es —contestó Petronio.

—¿Cómo se llama su pueblo?

—El pueblo ligio.

—¿Y a Vinicio le parece hermosa?

—Si a Vinicio le enseñas un tronco seco de olivo vestido con un peplo de mujer le parecerá hermosísimo. Pero en tu rostro, ¡oh conocedor sin rival!, estoy leyendo el fallo. No es menester que lo pronuncies. Sí; es demasiado seca y delgada, como la cabeza de una adormidera en lo alto de un frágil tallo; pero tú, ¡oh divino esteta!, estimas en la mujer el tallo y tienes mil veces razón. El rostro solo nada significa. Mucho he aprendido a tu lado, pero aún no tengo un golpe de vista tan certero... Y estoy dispuesto a apostarle a Tulio Senecio su querida que, aunque todas están recostadas, resulta difícil juzgar el cuerpo entero; pero tú ya has llegado a la siguiente conclusión: «Demasiado estrecha de caderas».

—Demasiado estrecha de caderas —repitió Nerón, entornando los ojos.

En los labios de Petronio se dibujó una imperceptible sonrisa; pero Tulio Senecio, que hasta entonces había estado hablando con Vestinio, burlándose de los sueños en los cuales Vestinio creía, se volvió hacia Petronio y, sin tener la menor idea de lo que estaban hablando, dijo:

—Te equivocas, estoy de parte del César.

—Bien —exclamó Petronio—, precisamente trataba de demostrar que tienes algunos destellos de inteligencia, y el César aseguraba que eres un asno

completo.

—Habet—dijo Nerón riéndose y volviendo hacia abajo el pulgar, que era la señal que se hacía en el circo cuando un gladiador recibía un golpe y debía morir.

Mas Vestinio, creyendo que la conversación trataba todavía de los sueños, exclamó:

—Pues yo creo en los sueños, y Séneca me dijo una vez que él también creía.

—Anoche soñé que me habían hecho vestal —dijo Calvia Crispinilla, inclinándose sobre la mesa.

Nerón aplaudió la ocurrencia, los demás le imitaron, y pronto estallaron aplausos por todas partes, ya que Crispinilla, que se había divorciado muchísimas veces, era conocida por su vida extraordinariamente licenciosa en toda Roma.

Pero ella, sin desconcertarse en modo alguno, dijo:

—¿Y qué? Todas ellas son viejas y feas. La única que parece una persona es Rubria, y así seríamos dos, aunque Rubria se vuelve pecosa en el verano.

—Permíteme que te diga, purísima Calvia —dijo Petronio—, que tú únicamente puedes ser vestal en sueños.

—¿Y si el César lo ordenara?

—Entonces creería que pueden realizarse los sueños más inverosímiles.

—Pues se realizan —dijo Vestinio—; comprendo a la gente que no cree en los dioses, pero ¿cómo es posible no creer en los sueños?

—¿Y en las predicciones? —preguntó Nerón—. Me predijeron una vez que Roma dejaría de existir y que yo dominaría todo el Oriente.

—Las predicciones y los sueños vienen a ser lo mismo —dijo Vestinio—. En cierta ocasión, un procónsul muy incrédulo envió un esclavo al templo de Mopso con una carta sellada prohibiendo que la abrieran para comprobar si el dios podía contestar a la pregunta que la epístola encerraba. El esclavo pasó la noche en el templo a fin de tener un sueño profético, y cuando regresó dijo: «He visto en sueños a un adolescente que brillaba como el sol, que pronunció una sola palabra: "Negro"». Palideció el procónsul al oír esto y, dirigiéndose a sus huéspedes, que eran tan incrédulos como él, dijo: «¿Sabéis lo que decía la carta?».

Al llegar a este punto, Vestinio se interrumpió, levantó su copa de vino y comenzó a beber.

—¿Qué decía la carta? —preguntó Senecio.

—En la carta se hallaba esta pregunta: «¿Qué toro he de sacrificar: el negro o el blanco?».

Pero Vitelio interrumpió el interés inspirado por el relato prorrumpiendo sin motivo alguno en insensatas carcajadas.

—¿De qué se ríe este barril de sebo? —preguntó Nerón.

—La risa distingue al hombre de las bestias —dijo Petronio—, y éste no tiene otra manera de probarnos que no es un cerdo.

Dejó de reír Vitelio y, después de chasquear los labios, relucientes de salsas y manteca, miró a los circunstantes con tanto asombro como si los viera por primera vez. Luego, levantando sus manos, que parecían almohadas, dijo con voz ronca:

—El anillo de caballero que heredé de mi padre se me ha caído del dedo.

—De tu padre, que fue zapatero —añadió Nerón.

Vitelio lanzó una carcajada inesperada y se puso a buscar el anillo en el peplo de Calvia Crispinilla.

Entretanto, Vestinio se puso a imitar los gritos de una mujer asustada. Entonces, Nigidia, una amiga de Calvia, una viudita joven con cara de niña y ojos de mujer liviana, exclamó en voz alta:

—Busca lo que no ha perdido.

—Y que, además, de nada le serviría si lo encontrara —añadió el poeta Lucano.

La fiesta se volvía cada vez más alegre. Numerosos esclavos repartían incesantemente nuevos manjares; del interior de grandes vasos llenos de nieve y adornados con hiedra extraían a cada momento copas con los vinos más variados. Todos estaban repletos. Desde el techo caía sobre los invitados y las mesas una lluvia de rosas.

Petronio rogó a Nerón que solemnizara la fiesta con un canto antes que los comensales estuvieran borrachos.

Un coro de voces apoyó su ruego, pero Nerón empezó por negarse. No sólo se trataba de valor, que siempre le faltaba. Únicamente los dioses sabían cuánto le costaban esta clase de ejercicios... Sin embargo, no los rehuía, porque comprendía que debía hacerlo por el arte; además, Apolo le había otorgado el don de la voz y no podía desaprovechar un don tan divino. Estaba, incluso, persuadido de que era un deber para con el Estado. Pero aquel día se sentía verdaderamente ronco. Por la noche se había colocado pesados abrigos

sobre el pecho, pero inútilmente. Pensaba, incluso, emprender un viaje a Ancio con el fin de respirar aires marinos.

Entonces, Lucano le rogó que lo hiciera en nombre del arte y la Humanidad. Todos sabían que el divino poeta y cantor había compuesto un nuevo himno a Venus, al lado del cual el de Lucrecio era igual al aullido de un lobezno. Que la fiesta fuera una verdadera fiesta. Un gobernante tan bondadoso no debía imponer torturas tan crueles a sus súbditos: ¡Oh César, no seas cruel!

—¡Oh César, no seas cruel! —repitieron los comensales más cercanos.

Nerón extendió las manos. En todos los rostros apareció una expresión de gratitud, y todos los ojos se volvieron hacia él. Pero antes mandó que avisaran a Popea que iba a cantar y manifestó a los concurrentes que no había asistido al banquete por no encontrarse bien de salud; pero como para ella no había mejor medicina que oírle cantar, le daba pena privarla de esa oportunidad.

Popea no tardó en presentarse. Hasta entonces había dominado a Nerón como si fuera un súbdito suyo; sin embargo, sabía que cuando se trataba de su vanidad de cantante, de auriga o de poeta era peligroso provocar su enojo. Entró hermosa como una divinidad, vestida como Nerón, con un traje de color amatista y un collar de gruesas perlas, que en otro tiempo le había sido robado a Massinisa. Era rubia, dulce y, aunque divorciada de dos maridos, tenía el rostro y el aspecto de una virgen.

Fue recibida con aclamaciones y gritos de «¡Divina Augusta!». Licia no había visto en la vida una mujer más bella y no podía dar crédito a sus ojos, ya que no ignoraba que Popea Sabina era una de las mujeres más infames de la Tierra. Por Pomponia sabía que había inducido al César a matar a su madre y a su mujer. La conocía por los relatos de los huéspedes y de los sirvientes de Aulo; había oído hablar de los letreros, cuyos autores eran condenados a las más terribles penas, y que, sin embargo, aparecían todas las mañanas en los muros de la ciudad. Sin embargo, al ver ahora a la célebre Popea, considerada por los que profesaban la doctrina de Cristo como la encarnación de la maldad y el crimen, le pareció que sólo podía compararse con los ángeles o los espíritus celestiales. No podía apartar los ojos de ella, y de sus labios brotó la pregunta:

—Marco, ¿es esto posible?...

Pero éste, excitado por el vino e impaciente porque tantas cosas venían a distraer su atención y la apartaban de él y de sus palabras, dijo:

—En efecto, es hermosa, pero tú lo eres cien veces más. Tú no lo sabes, porque si no, te enamorarías de ti misma, como Narciso... Ella se baña en leche de burras, pero Venus te bañó a ti en su propia leche. Tú no entiendes de

eso, ocelle mii!. No la mires a ella. Fija en mí la mirada, ocelle mii!... Toca con tus labios el borde de esta copa de vino, y luego yo apoyaré los míos en el mismo sitio.

Y se iba acercando cada vez más a Ligia, en tanto que ésta se apartaba, aproximándose a Actea.

Pero en aquel momento les impusieron silencio, ya que el César se había puesto en pie. El cantante Diodoro le entregó un laúd de los llamados delta, y Terpnos, que debía acompañarle a tocar, se acercó llevando un instrumento llamado nablium. Nerón apoyó el delta en la mesa, levantó los ojos, y entonces se hizo un silencio profundo, interrumpido tan sólo por el tenue rumor que producían las rosas que seguían cayendo desde el techo. Empezó Nerón a cantar, más bien a recitar rítmica y cadenciosamente, secundado por los dos laúdes, su himno a Venus. Ni su voz, aunque algo velada, era desagradable, ni sus versos eran malos, de modo que la pobre Ligia tuvo nuevamente escrúpulos de conciencia. El mismo himno, aunque en honor de la impura Venus, le pareció demasiado hermoso, y el mismo César, con su corona de laurel sobre la frente y los ojos levantados, más noble y menos terrible y repulsivo de lo que le pareciera al comenzar la fiesta.

La concurrencia prorrumpió en estruendosos aplausos. Las exclamaciones de «¡Oh voz celestial!» se oían por todas partes. Algunas mujeres levantaron las manos, manteniéndolas en alto en señal de arrobamiento, aun después de haberse acabado el canto; otras se enjugaban las lágrimas; la vasta sala bullía como una colmena. Popea, inclinando su dorada cabeza, se llevó a los labios la mano de Nerón y la retuvo largo rato en silencio. Pitágoras, joven griego de maravillosa belleza, con quien pasado el tiempo, ya con el juicio medio trastornado, Nerón ordenó que le casaran los flamines observando todas las ceremonias que prescribía el ritual, se arrodilló ante sus pies.

Pero Nerón miraba mucho a Petronio, cuyos elogios eran siempre solicitados.

Finalmente, éste dijo:

—Si se trata de la música, convengamos que Orfeo debe de estar en este instante más amarillo de envidia que el propio Lucano aquí presente, y en cuanto a los versos, lamento que no sean peores, porque, entonces podría encontrar palabras adecuadas para alabarlos.

Pero Lucano no le tomó a mal el haberle llamado envidioso, al contrario, le miró con agradecimiento y murmuró, con fingido mal humor:

—¡Maldito Fatum que me obliga a ser contemporáneo de semejante poeta! Podría tener un sitio reservado en la memoria de los hombres y en el Parnaso, mientras que así me apagaré como se apaga el farolillo ante la luz del sol.

Petronio, que poseía una memoria prodigiosa, comenzó a recitar algunos versos, trozos del himno, a repetir versos sueltos y a encomiar y analizar las más bellas expresiones. Lucano, haciendo como si los encantos de la poesía le hicieran olvidar la envidia, unió su admiración a las palabras de Petronio. El rostro de Nerón reflejaba una satisfacción y una vanidad que no sólo rayaban con la estupidez, sino que podía confundirse con ella perfectamente. Señaló los versos que a su juicio eran más hermosos y, finalmente, se puso a consolar a Lucano, diciéndole que no se desanimara, porque el artista nace y no se hace, y que la adoración que la gente rinde a Júpiter no excluye la adoración de los otros dioses.

Luego se levantó para acompañar a Popea, que realmente se hallaba enferma y deseaba retirarse. Sin embargo, ordenó a los comensales que ocuparan de nuevo sus puestos y prometió volver. En efecto, volvió poco después para continuar mareándose con el humo del incienso y contemplar el resto del espectáculo que el mismo Petronio y Tigelino habían preparado para la fiesta.

Se leyeron de nuevo versos y se escucharon diálogos en los cuales la extravagancia reemplazaba al ingenio. Después de esto, Paris, célebre mimo, representó las aventuras de Ío, hija de Ínaco. A los invitados que, como Ligia, no estaban familiarizados con semejantes espectáculos les parecía lo que veían milagros y encantamientos. Paris expresaba con movimientos de las manos y del cuerpo cosas que parecían imposibles de expresar con la danza. Sus manos agitaban el aire creando una nube luminosa, animada, llena de vida voluptuosa, que contenía las formas medio esfumadas de una doncella palpitante de placer. Más que danza era esto pintura, una pintura expresiva en la que se revelaban los secretos del amor, encantador y desvergonzado a la vez; y, cuando al terminar entraron los coribantes y comenzaron, acompañados de muchachas sirias, su danza báquica al son de cítaras, flautas, tambores y címbalos, danza llena de gritos desenfrenados y de no menos desenfrenada licencia, Ligia creyó morir de vergüenza y sintió que debía caer un rayo sobre aquella casa o desplomarse el techo sobre las cabezas de los comensales.

Pero en vez de esto, desde la dorada red colocada bajo el techo no caían más que rosas, y Vinicio, casi ebrio, le decía:

—Te vi en casa de Aulo junto a la fuente, y desde entonces te amo. Amanecía y creías que nadie te veía, pero te veía yo..., y ahora te veo con la imaginación como entonces, aunque el peplo me lo impide. Quítatelo como ha hecho Crispinilla. Mira, los dioses y los hombres sólo piden amor. No hay nada en el mundo como él. Reclina tu cabeza sobre mi pecho y entorna los ojos.

A Ligia la sangre le golpeaba pesadamente en las venas, las sienes y las

manos. Se apoderaba de ella la sensación de que corría a su perdición, y que Vinicio, a quien antes consideraba tan digno de confianza, la empujaba a ella, en lugar de salvarla. Tuvo lástima de él. Y nuevamente tuvo miedo de la fiesta, del joven y de sí misma. Una voz parecida a la de Pomponia le decía desde el fondo de su alma: «¡Sálvate, Ligia!»; pero al mismo tiempo le decía que ya era tarde, que la persona que se hallaba abrasada por semejante fuego y que había presenciado lo que en aquel festín sucedía y que sentía latir su corazón al escuchar las palabras de Vinicio, la que al aproximársele éste se estremecía con la misma sacudida que él experimentaba, estaba irremisiblemente perdida. Se sintió mal. Tuvo la sensación de perder el conocimiento y que a continuación iba a pasarle algo terrible. Sabía que nadie debía levantarse de la mesa antes que el César, so pena de incurrir en la cólera de éste; pero aunque así no fuera, ya no tenía para ello fuerzas.

Aún faltaba mucho para el final del festín; los esclavos seguían trayendo nuevos platos y llenaban sin cesar las copas de vino. Ante la mesa, colocada sobre una plataforma abierta por un lado, se presentaron dos atletas para dar a los invitados un espectáculo de lucha.

Comenzaron a luchar. Los dos fornidos cuerpos, relucientes de aceite de oliva, formaron uno solo. Crujían los huesos bajo la presión de aquellos brazos de hierro; de las mandíbulas contraídas se oía el rechinar de los dientes. De pronto sonaban unos rápidos y sordos golpes que producían sus pies sobre el tablado cubierto de azafrán, luego se quedaban de nuevo inmóviles. Los asistentes creían tener ante sí un grupo tallado en piedra. Los romanos observaban con verdadero deleite el tremendo esfuerzo de aquellos brazos, músculos y espaldas. Pero la lucha no fue larga. Crotón, maestro y director de una escuela de gladiadores, no en balde era reputado como el hombre más forzado del Imperio. Su adversario empezó a respirar afanosamente, se oyó un ronco estertor, luego se le congestionó el rostro y, por último, arrojó una bocanada de sangre y cayó desplomado.

El final de la lucha fue acogido con ruidosos aplausos. Crotón puso un pie en la espalda de su adversario, cruzó sobre el pecho sus enormes brazos y paseó por la sala una mirada de triunfo.

A continuación entraron los imitadores de los movimientos y gritos de los animales, los bufones y los prestidigitadores, pero casi nadie reparó en ellos. La fiesta fue degenerando gradualmente en borrachera y licenciosa orgía. Las muchachas sirias que habían bailado antes los bailes báquicos se mezclaron con la concurrencia. La música se convirtió en un ruido salvaje y desordenado de cítaras, laúdes, címbalos armenios, sistros egipcios, cuernos y trompetas. Algunos convidados querían seguir conversando y gritaban a los músicos que se fueran. El aire, saturado del perfume de las flores y de los aceites con que hermosos mancebos rociaban los pies de los invitados durante la fiesta e

impregnado de azafrán y de las emanaciones humanas, se volvió sofocante. Las lámparas lucían con llama débil, las guirnaldas comenzaban a ladearse sobre las frentes, los rostros estaban pálidos y recubiertos de gotas de sudor.

Vitelio se derrumbó debajo de la mesa. Nigidia, desnuda hasta la cintura, apoyaba su infantil y ebria cabeza sobre el pecho de Lucano, que, también borracho, le soplabla en sus cabellos, aventando el polvo de oro que los cubría, y alzaba luego la vista con expresión de inmensa alegría. Vestinio repetía por décima vez, con la terquedad del borracho, la contestación que Mopso había dado a la carta sellada del procónsul. Tulio, que se burlaba de los dioses, dijo con lengua torpe y voz entrecortada por el hipo:

—Si la esfera de Jenófanes es redonda, figuraos con qué facilidad podría empujarse a un dios semejante y hacerle rodar como si fuera un barril.

Pero Domicio Afer, criminal y delator endurecido, se sublevó ante tal conversación, y su indignación le hizo derramar sobre su túnica el vino de Falerno. El seguía creyendo en los dioses. Había gente —dijo— que pretendía que Roma perecería, y hasta quien aseguraba que se estaba perdiendo ya. Seguramente. Pero si tal cosa ocurría era porque la juventud no tenía fe, y sin fe no había virtud posible. Habían olvidado las severas costumbres de antaño, y a nadie se le ocurre que los epicúreos no pueden sobreponerse a los bárbaros. Pero todo cuanto decía era en vano. Deploraba la desgracia de haber alcanzado semejante época y tenía que buscar alegrías para defenderse de los disgustos, que, de lo contrario, pronto acabarían con él.

Dicho esto atrajo hacia sí a una bailarina siria y se puso a besarle con su desdentada boca los hombros y el cuello. Al verle, el cónsul Memmio Régulo soltó la carcajada, y levantando su calva cabeza con la guirnalda ladeada exclamó:

—¿Quién dice que Roma está perdida?... ¡Qué disparate!... Yo, cónsul, lo sé mejor que nadie... Videant consules! ¡Treinta legiones velan por nuestra pax romana!...

Y levantando los puños a la altura de las sienes se puso a exclamar a voz en grito:

—¡Treinta legiones! ¡Treinta legiones! Desde la Britania hasta la frontera de los partos.

De repente recapacitó y, poniéndose el dedo en la frente, dijo:

—Quizá haya treinta y dos...

Cayó debajo de la mesa, donde empezó a arrojar lenguas de flamencos, niscalos, setas escarchadas, langostas con miel, pescados y carne y todo cuanto había comido o bebido.

Sin embargo, a Domicio no le tranquilizaron las numerosas legiones que velaban por la paz de Roma. ¡No, no! Roma debe perecer y es lástima, porque la vida es agradable, el César clemente y el vino bueno. ¡Ah! ¡Qué lástima! Y escondiendo la cabeza en el hombro de una bacante siria, se echó a llorar.

—¿Qué es la vida futura? —decía—. Aquiles tenía razón: más valía ser criado en el mundo que se halla bajo el sol que reinan en regiones quiméricas. Y en cuanto a la pregunta acerca de si existían otros dioses, como implicaba incredulidad, estaba destruyendo a la juventud.

Lucano, entretanto, había conseguido aventar por completo el polvo de oro de los cabellos de Nigidia, que, embriagada, se había quedado dormida, y luego, tomando una guirnalda de hiedra del vaso que se hallaba ante él, se la puso a Nigidia. Hecho esto miró a los circunstantes con una mirada interrogadora y satisfecha.

Luego se adornó a sí mismo con hiedra, repitiendo con acento de profunda convicción:

—Yo no soy un hombre, soy un fauno.

Petronio no estaba borracho; pero Nerón, que había bebido poco al principio en consideración a su voz celestial, al final vació copa tras copa hasta emborracharse. Intentó cantar unos versos suyos en griego, pero se le olvidaron, y cantó, por equivocación, una oda de Anacreonte. Pitágoras, Diodoro y Terpnos le acompañaban, sin conseguir llevar el compás, y al fin guardaron silencio. Nerón se entusiasmaba con la belleza de Pitágoras como crítico y como esteta, y en un arrebato de admiración empezó a besarle las manos.

¿Dónde había visto unas manos tan hermosas como las de Pitágoras? Llevándose la mano a la sudorosa frente trató de recordar. Su rostro reflejó el temor.

—¡Las manos de mi madre, las de Agripina!

Se apoderaron de él tétricas visiones.

—Dicen que vaga errante, a la luz de la luna, sobre el mar, cerca de Baya y de Bauli... Anda, anda como si buscara algo, y cuando al acercarse a las barcas mira y se marcha, el pescador a quien ha mirado se muere —continuó.

—Bonito tema —exclamó Petronio.

Vestinio, estirando el cuello como una grulla, susurró con aire misterioso:

—No creo en los dioses, pero sí en los espíritus...

Pero Nerón no hizo caso y prosiguió diciendo:

—Pero si he celebrado la lemuria. No quiero verla. ¡Han pasado cinco años! Tuve, tuve que condenarla: envió contra mí un asesino. Si no la hubiera ganado por la mano no oiríais hoy mi canto...

—¡Gracias, César, en nombre de la ciudad y del mundo! —exclamó Domiciano Afer.

—¡Vino! ¡Más vino! Y que suenen los tímpanos.

El estrépito empezó de nuevo. Lucano, cubierto de hiedra y tratando de dominar con su voz la voz de Domiciano, se levantó exclamando:

—No soy un hombre, soy un fauno y vivo en el bosque... Ecooo...

Por fin se emborrachó el César y se emborracharon también hombres y mujeres. Vinicio no estaba menos borracho que los demás, y el deseo que le embargaba le impulsaba a reñir, lo que le ocurría siempre que se excedía bebiendo.

Su rostro moreno se volvió aún más pálido, mientras que, trabándosele la lengua, decía con voz alta e imperiosa:

—Dame tus labios. ¿Qué más da hoy o mañana? ¡Basta de aguardar! El César te sacó para mí de casa de Aulo Plaucio, ¿comprendes? Mañana, al atardecer, mandaré a buscarte, ¿comprendes? ¡Has de ser mía!... Bésame, no quiero aguardar a mañana...; bésame pronto.

Y trató de abrazarla. Actea intentó defenderla y ella misma se defendía con las pocas fuerzas que le quedaban, porque sentía que estaba a punto de perecer; en vano intentaba librarse con ambas manos de sus depilados brazos, en vano le suplicaba con voz trémula por el miedo y por la pena, le rogaba que no fuera así y que tuviera piedad de ella. El cada vez notaba más cerca su aliento, y su rostro se acercaba al suyo. Ya no era para ella el héroe bueno y querido que antes conociera, no era más que un sátiro malvado y borracho, que le inspiraba repulsión y horror.

Sin embargo, las fuerzas la abandonaban cada vez más; en vano inclinaba el cuerpo y esquivaba el rostro para sustraerse a sus besos. Se levantó, la abrazó, y atrayendo su cabeza hacia su pecho, oprimió anhelante con sus labios los pálidos labios de la doncella.

De repente, una fuerza terrible apartó los brazos de Vinicio del cuello de la joven con la misma facilidad que si hubieran sido los de un niño, y le tiró a un lado como si fuera una rama seca o una hoja marchita. ¿Qué había sucedido? Vinicio se frotó los ojos llenos de asombro y vio ante sí la gigantesca figura del ligio, llamado Urso, que había conocido en casa de Aulo.

El ligio se hallaba en pie y sereno, clavando en él la mirada de sus azules ojos con una expresión tan extraña, que al joven se le heló la sangre en las

venas. Luego, cogiendo en brazos a su reina y con paso tranquilo y mesurado, salió del triclinium.

Actea le siguió.

Vinicio quedó, de pronto, como petrificado, mas enseguida se puso en pie y echó a correr hacia la puerta.

—¡Ligia! ¡Ligia!

Pero el deseo, el asombro, la cólera y el vino hicieron que las piernas le flaqueasen. Se tambaleó varias veces, y agarrándose al desnudo brazo de una bacante, le preguntó entornando los ojos:

—¿Qué ha ocurrido?

Ella, cogiendo una copa de vino, se la ofreció, sonriendo con una mirada turbia:

—Bebe —dijo.

Vinicio bebió y se desplomó.

La mitad de los asistentes dormían ya debajo de las mesas; otros andaban con paso vacilante por el triclinium; otros dormían sobre las mesas, roncando o devolviendo en sueños el vino sobrante.

De la dorada red colocada junto al techo caía sin interrupción una lluvia de rosas sobre aquellos cónsules y senadores, borrachos patricios, poetas, filósofos; sobre las damas y bacantes embriagadas, sobre toda aquella sociedad aún todopoderosa, pero ya sin alma, coronada de flores, corrompida y agonizante.

Fuera, el alba comenzaba a clarear.

VIII

Nadie detuvo a Urso, ni siquiera le preguntaron lo que hacía. Los convidados, que yacían bajo las mesas, no se ocupaban ya de sus sitios, así que los esclavos, al ver a un gigante llevando en brazos a una convidada, creían que se trataba de algún sirviente que llevaba a su ama embriagada. Además, Actea los acompañaba y su presencia hacía desvanecer toda sospecha.

De esta manera salieron del triclinium, llegando a la columnata contigua y de allí a la galería que conducía a los aposentos de Actea.

A Ligia la abandonaron las fuerzas de tal forma que iba en brazos de Urso como un cuerpo inerte. Mas al sentir la brisa mañanera pura y fría, abrió los ojos. Cada vez se iba haciendo más de día. Siguiendo la columnata cruzaron por un pórtico lateral que no daba al patio, sino a los jardines del palacio, en donde los albores matutinos coloreaban las copas de los pinos y de los cipreses. Aquella parte del edificio estaba vacía y los ecos de la música y los gritos del festín llegaban cada vez más amortiguados. A Ligia le parecía que la habían arrancado del infierno, transportándola al mundo luminoso de Dios. Había algo más allá de ese repugnante triclinium. Estaba el cielo, la aurora, la luz y el silencio... Ligia rompió de pronto a llorar, y cobijándose en los brazos del gigante, repitió sollozando:

—Vámonos a casa, Urso, a casa de Aulo.

—Iremos —le contestó Urso.

En aquel instante estaban en el pequeño atrium perteneciente a las habitaciones de Actea. Urso sentó a Ligia en un banco de mármol cercano a la fuente. Actea procuró tranquilizarla, invitándola al reposo y asegurándole que por el momento no existía el menor peligro, pues cuando se acabara el festín los invitados, borrachos, dormirían hasta la tarde. Durante largo rato Ligia no logró tranquilizarse, y apretándose las sienes con las manos no cesaba de repetir, con la tenacidad de un niño:

—A casa, a casa de Aulo...

Urso estaba dispuesto a complacerla. Verdad es que en la puerta había pretorianos, pero él pasaría de todas formas. Los soldados no detenían a las personas que querían salir. Ante el arco se hallaban numerosísimas literas. Los invitados salían ya en tropel. Nadie los detendría. Saldrían con toda la gente y se irían directamente a casa. Y, además, él nada tenía que decir. ¡Como su reina mandara, así tenía que ser! Para eso estaba él allí.

Y Ligia repetía:

—Sí, Urso, vámonos.

Pero Actea tenía que pensar por los dos. Claro que saldrían; nadie los detendría. Pero de casa del César no debía huir, y el que así lo hacía ofendía a su majestad. Saldrían, pero por la tarde; un centurión, a la cabeza de un pelotón de soldados, iría a llevar la sentencia de muerte a Aulo y a Pomponia Grecina. Ligia sería de nuevo conducida al palacio y ya no habría para ella salvación posible. Si Aulo la acogía bajo su techo le esperaba la muerte segura.

Ligia dejó caer los brazos con desaliento. ¡No había otro remedio! Tenía que escoger entre su ruina y la de Plaucio. Antes de ir al banquete había tenido

la esperanza de que Vinicio y Petronio la rescatarían y la devolverían a Pomponia, pero ya sabía que habían sido ellos los que indujeron al César a sacarla de casa de Aulo. No había otra solución. Sólo un milagro podría salvarla de la ruina... Un milagro y el poder de Dios.

—Actea —dijo con desesperación—, ¿le oíste decir a Vinicio que el César me había regalado a él y que esta tarde enviaría esclavos para que me condujeran a su casa?

—Sí, lo oí —contestó Actea.

La desesperación con que hablaba Ligia no hallaba eco en su corazón. Ella misma había sido amante de Nerón. Su corazón, aunque bueno, no podía apreciar lo vergonzoso de semejantes relaciones. Como antigua esclava, se había familiarizado con la esclavitud, y, además, aún amaba a Nerón. Si el César quisiera volver con ella, le tendería las manos como a la felicidad. Persuadida de que Ligia tendría que convertirse en concubina del joven y hermoso Vinicio o exponer a Plaucio y a Pomponia a la ruina, no comprendía cómo la muchacha podía vacilar.

Pasado un momento, dijo:

—La casa del César no es menos peligrosa que la de Vinicio.

Y no se dio cuenta que, aunque decía la verdad, sus palabras significaban: «Confórmate con tu suerte y sé la concubina de Vinicio». Pero Ligia, que todavía sentía en los labios sus besos llenos de deseos brutales y ardientes como el fuego, enrojeció de vergüenza sólo al evocar su recuerdo.

—¡Nunca! —gritó en un arrebato—. Ni me quedaré aquí, ni en casa de Vinicio. ¡Nunca!

A Actea le extrañó dicho arrebato.

—¿Odias tanto a Vinicio? —le preguntó.

Pero Ligia no pudo contestarle porque la ahogaba de nuevo el llanto. Actea la estrechó contra su pecho y trató de tranquilizarla. Urso respiraba penosamente y apretaba sus gigantescos puños; amaba a su reina con la fidelidad de un perro y no podía soportar la visión de sus lágrimas. En su corazón de ligio semi-salvaje experimentaba el deseo de volver a la sala, de estrangular a Vinicio y, en caso de necesidad, al César, pero temía con ello exponer a su ama, y, además, no estaba seguro de que un acto de esta índole, que en un principio le parecía muy sencillo, fuera propio de un adepto a la doctrina del Cordero crucificado.

Actea, tranquilizando a Ligia, le preguntó de nuevo:

—¿Tanto odias a Vinicio?

—No —contestó Ligia—. No debo odiarle porque soy cristiana.

—Lo sé, Ligia, y sé también por las cartas de Pablo de Tarso que no os está permitido perder la honra ni tenerle más miedo a la muerte que al pecado. Pero dime: ¿tu doctrina permite matar?

—No.

—Entonces, ¿por qué quieres atraer la cólera del César sobre el hogar de Aulo?

Siguió un momento de silencio. Un abismo sin fondo se abría de nuevo ante Ligia.

Mas la joven liberta repuso:

—Te lo pregunto porque tanto tú como la bondadosa Pomponia, Aulo y su hijo me inspiráis compasión. Hace tiempo que vivo en esta casa y sé lo que es la cólera del César. ¡No! No podéis escapar de aquí. Sólo te queda un medio, y es rogarle a Vinicio que te devuelva a casa de Pomponia.

Ligia cayó de rodillas como para implorar a otra persona. Urso se arrodilló también, y ambos rezaron a la luz del alba en la casa del César.

Actea por primera vez presenciaba una oración semejante y no podía apartar los ojos de Ligia, que, vuelta de perfil a ella, con las manos y la cabeza levantadas, miraba al cielo, como esperando de él la salvación. La claridad del alba iluminó sus oscuros cabellos; su blanco peplo se reflejó en sus pupilas, y toda envuelta en ella parecía la encarnación de la luz. En su pálido rostro, en sus labios entreabiertos, en las manos y los ojos levantados había un entusiasmo sobrehumano. Y Actea comprendió por qué Ligia no podría ser la concubina de nadie. Ante la antigua amante de Nerón se levantaba una punta del velo que ocultaba un mundo completamente distinto al que estaba acostumbrada. Le asombraba aquella plegaria que se elevaba desde la mansión del crimen y de la infamia. Un momento antes le parecía que ya no había para Ligia salvación posible, pero ahora comenzaba a creer que podía suceder algo extraordinario, que llegaría algún auxilio tan poderoso, que el mismo César sería incapaz de resistir; que bajaría del cielo una legión alada para ayudar a la muchacha, que el sol la enlazaría con sus rayos llevándosela consigo. Había oído decir que entre los cristianos se realizaban muchos milagros, y ahora creía que todo era cierto, puesto que Ligia oraba de esa manera.

Cuando se levantó la doncella, su rostro estaba radiante de esperanza. Urso se puso en pie también, y colocándose junto al banco miró a su ama, esperando sus órdenes.

Sus ojos se enturbiaron y dos gruesas lágrimas resbalaron lentamente por sus mejillas.

—Dios bendiga a Plaucio y a Pomponia —exclamó—. No he de labrar su ruina, así que no los veré nunca más.

Luego, volviéndose hacia Urso, le dijo que él solo le quedaba en el mundo y que debía ser para ella un padre y un protector. No podían buscar refugio en casa de Aulo porque atraerían sobre ellos la cólera del César. Pero que ella tampoco podía permanecer ni en la casa del César ni en la de Vinicio. Así pues, que Urso la condujera fuera de la ciudad y que la ocultara en algún lugar donde no pudieran descubrirla ni Vinicio ni sus criados. Ella le seguiría a todas partes, al otro lado del mar, más allá de las montañas, al país de los bárbaros, adonde no oyeran ni el nombre de Roma, y donde no alcanzara el poder del César. Que la cogiera y la salvara, pues sólo a él tenía ya en el mundo.

El ligio estaba dispuesto, y, en señal de obediencia, abrazó sus pies.

En el rostro de Actea, que aguardaba un milagro, se reflejó la decepción. Era eso todo cuanto había conseguido la oración. Huir de la casa del César era cometer un delito de lesa majestad, que sería vengado. Y aunque Ligia lograra esconderse, el César se vengaría en la familia de Aulo Plaucio. Si quería escaparse, que lo hiciera desde la casa de Vinicio; entonces el César, poco aficionado a mezclarse en asuntos ajenos, probablemente no ayudaría a Vinicio en su persecución, y, en tal caso, la fuga no constituiría un delito de lesa majestad.

Eso mismo pensaba Ligia. Ni Aulo ni Pomponia sabrían nunca dónde estaba. Huiría, no de casa de Vinicio, sino en el camino. Le había anunciado estando borracho que por la tarde enviaría sus esclavos a buscarla, y decía la verdad, cosa que no habría hecho de estar sereno. Probablemente él solo, o acompañado de Petronio, habían visto al César antes del festín, y habían obtenido de él la promesa de que la entregarían a la tarde siguiente. Si se olvidaban hoy, volverían mañana por ella. Pero Urso la salvaría. La sacaría de la litera como la sacó del triclinium, y ambos huirían a la aventura. Nadie se atrevería a oponerse a Urso. Ni siquiera el terrible atleta que había luchado la noche anterior en el triclinium. Como era posible que Vinicio enviara numerosos esclavos, Urso iría a pedir ayuda y consejo al obispo Lino. El obispo se compadecería de ella, no la dejaría en manos de Vinicio, y enviaría cristianos para que ayudasen a Urso a salvarla. La rescatarían y se la llevarían, y hecho esto Urso podría sacarla de la ciudad y sustraerla al poder de Roma.

Dispuesto esto, al rostro de Ligia volvieron el color y la sonrisa. Tuvo de nuevo esperanza, como si salvarse fuera ya una realidad. De repente abrazó a Actea, y acercando a la mejilla de ésta sus preciosos labios, le susurró:

—No nos traicionarás, Actea, ¿verdad?

—Por la sombra de mi madre —contestó la liberta—, no os traicionaré, y

sólo pido a tu Dios que Urso consiga salvarte.

Pero los azules e infantiles ojos del sirviente brillaban llenos de felicidad. A pesar de romperse la cabeza no lograba nada de provecho; en cambio, una cosa así era capaz de llevarla a cabo, fuera de día o de noche. Le daba igual... Iría a ver al obispo porque éste leía en el cielo lo que debía hacerse y lo que no. Podría reunir algunos cristianos. ¡No tenía él pocos conocimientos entre los esclavos y los gladiadores, los hombres libres, en el Suburra y más allá de los puentes! Juntaría mil e incluso dos mil individuos. Rescataría a su ama, conseguiría sacarla de Roma y se iría con ella. Se irían al fin del mundo, hasta su propio país, en donde nadie había oído hablar de Roma.

Y fijó la mirada en el espacio, como si quisiera ver cosas pasadas e inmensamente lejanas.

—¿Al bosque? —dijo—. ¡Qué bosques! ¡Qué bosques!

Pero al cabo de un momento, desechando estas visiones, dijo que se iba enseguida a casa del obispo, y que por la tarde, acompañado de un centenar de hombres, acecharía el paso de la litera. Y aunque no sólo fueran esclavos, sino pretorianos, los que la condujeran, ¡más les valía no ponerse al alcance de su mano, aun llevando armadura de hierro!... ¿Acaso era el hierro tan fuerte para él? Si golpeaba la armadura, la cabeza que estuviera dentro no lo resistiría.

Pero Ligia, alzando el índice, con seriedad infantil, dijo:

—Urso, no matarás.

Éste se llevó la mano, semejante a una porra, al cuello, y con aire preocupado comenzó a rascarse y a hablar entre dientes. Tenía que salvar a «su luz» ... Ella misma le había dicho que había llegado su turno...; procuraría hacerlo lo mejor posible. Pero ¿y si sucediera sin querer...? ¡Ya que debía salvarla! Pero si así sucediera, haría de tal forma penitencia y pediría de tal manera perdón al Cordero crucificado, que Este se compadecería del pobre pecador... Él no quería ofender al Cordero. ¡Pero eran tan pesadas sus manos!

Y su rostro expresaba una gran tortura, mas deseando disimularla, se inclinó y dijo:

—Me voy a casa del santo obispo.

Actea abrazó a Ligia y rompió a llorar.

Una vez más comprendía que existía un mundo en el cual, aun en medio de los sufrimientos, había más felicidad que en todos los excesos y placeres de la casa del César. Una vez más le pareció que se entreabría una puerta a la luz, mas comprendió, asimismo, que era indigna de traspasar sus umbrales.

IX

A Ligia le daba pena de Pomponia Grecina, a quien amaba con toda su alma, y sentía perder el hogar de Aulo. Sin embargo, su desconsuelo era menor porque experimentaba cierta dulzura al considerar que sacrificaba en aras de su Verdad el bienestar y la comodidad, y que iba a emprender una vida errante y desconocida.

Quizá había en ello algo de infantil curiosidad acerca de cómo sería la vida en aquellos lejanos países, entre bárbaros y animales salvajes, pero más que nada era el convencimiento profundo de que obrando así cumplía lo ordenado por el divino Maestro, y desde entonces Él la protegería como a una hija obediente y buena. Y, en ese caso, nada tenía que temer. Todos los sufrimientos que le aguardaban los aceptaría por Él. Y si llegaba la muerte inesperadamente, Él la llamaría a Sí, y cuando Pomponia muriera se reunirían las dos para toda la eternidad. Algunas veces, cuando estaba en casa de Aulo, se atormentaba pensando que nada podía hacer por el Crucificado, de quien Urso hablaba con tan gran ternura. Pero ahora había llegado el momento. Ligia se consideraba casi dichosa y hablaba a Actea de una felicidad que ésta no podía comprender. Abandonarlo todo, la casa, el bienestar, la ciudad, los jardines, los templos, los pórticos; todo cuanto era bello; abandonar el país del sol y a los seres amados. ¿Por qué? Por huir del amor de un joven y hermoso patricio.

Estas cosas no le cabían a Actea en la cabeza. A veces creía que tenía razón, que podía haber una enorme felicidad oculta, pero no lograba darse cuenta claramente de ello, sobre todo pensando que a Ligia le esperaban peligros e incluso podía perder la vida. Actea era de índole medrosa y pensaba con temor en los acontecimientos que habían de verificarse en la noche próxima. Pero no quería hablar a Ligia de sus temores; como era ya pleno día y el sol se asomaba al atrium, trató de convencerla para que descansara, ya que lo necesitaba después de haber pasado la noche sin dormir.

Ligia no opuso resistencia y ambas penetraron en el cubiculum, que era amplio y estaba lujosamente amueblado, como consecuencia de las anteriores relaciones de Actea con el César. Se recostaron una al lado de la otra, mas Actea, a pesar del cansancio que sentía, no pudo conciliar el sueño. Desde hacía tiempo se sentía triste y desgraciada, pero ahora experimentaba cierta zozobra antes nunca sentida. Hasta entonces le había parecido su vida triste y sin horizontes; pero ahora, de pronto, le parecía infame.

En su cabeza tenía un verdadero caos. Las puertas de la luz a intervalos se abrían y se cerraban para ella. Pero al abrirse, la luz la deslumbraba de tal

forma, que no conseguía ver nada con claridad. Más bien adivinaba que se encontraba en aquella claridad una felicidad sin límites, junto a la cual todas las felicidades eran mezquinas, hasta el punto de que si, por ejemplo, el César abandonara a Popea y la amara de nuevo, ello no sería más que vanidad. De pronto le vino la idea de que el César, a quien amaba y al que, a pesar suyo, consideraba como un semidiós, era tan ruin como cualquier esclavo; aquel palacio, con sus columnas de mármol de Numidia, no era más que un montón de piedras. Pero todos aquellos sentimientos, de los que no acertaba a darse cuenta, comenzaron a cansarla. Quiso dormir; pero, atormentada por la inquietud, no pudo.

Finalmente, creyendo que Ligia, amenazada por tantos peligros e incertidumbres, tampoco había podido conciliar el sueño, se volvió hacia ella para hablarle de su próxima fuga.

Pero Ligia dormía plácidamente. A través de la cortina, que no estaba por completo corrida, se deslizaba al fondo del oscuro cubiculum un haz de rayos de sol, con el que se agitaba un dorado polvo. A su claridad contempló Actea el delicado rostro de la joven, apoyado en el desnudo brazo, cerrados los ojos y entreabiertos los labios. Su respiración era regular, como la de quien duerme.

«Duerme... ¡Puede dormir!... —pensó Actea—. Es aún una niña».

Pero enseguida acudió a su mente que aquella niña prefería huir a convertirse en la concubina de Vinicio; prefería la miseria a la vergüenza, la vida errante a la lujosa mansión del barrio de las Carenas, a los trajes, y a las joyas, a las fiestas y al sonido de los laúdes y las cítaras.

«¿Por qué?».

Y miró a Ligia, como queriendo hallar la respuesta en su rostro dormido. Miraba su frente pura, el arco sereno de sus cejas, sus oscuras pestañas, sus labios entreabiertos, su pecho movido por la tranquila respiración, y volvió a pensar:

«¡Qué diferentes somos!».

Ligia le pareció un prodigio, una visión celestial, un ser predilecto de los dioses, cien veces más hermosa que todas las flores del jardín del César y que todas las estatuas de su palacio. Pero en el corazón de la griega no había envidia. Ante los peligros que acechaban a la muchacha sentía una inmensa compasión. En su corazón se había despertado una especie de amor maternal. Ligia no sólo se le aparecía bella, como un hermoso sueño, sino como un ser muy querido, y acercando los labios a sus oscuros cabellos se puso a besarla.

Ligia dormía tranquilamente, como si estuviera en su hogar, bajo la protección de Pomponia Grecina. Durmió durante largo rato. Era más de

mediodía cuando abrió los azules ojos y se puso a mirar el cubiculum con gran extrañeza.

Le extrañaba no encontrarse en casa de Aulo.

—¿Eres tú, Actea? —dijo al fin, cuando vio aparecer en la semioscuridad el rostro de la griega.

—Sí, Ligia.

—¿Es ya la tarde?

—No, hija mía; pero el mediodía ya pasó.

—¿Urso no ha vuelto?

—Urso no dijo que volvería, sino que por la tarde se pondría al acecho de la litera con otros cristianos.

—Es verdad.

Salieron del cubiculum y entraron en el baño, donde Actea, después de bañar a Ligia, la llevó a tomar el almuerzo y a los jardines del palacio después, donde no tenían que preocuparse de ningún encuentro peligroso, ya que el César y sus principales cortesanos dormían aún. Ligia contemplaba por vez primera aquellos magníficos jardines, poblados de cipreses, pinos, robles, olivos y mirtos, entre los que blanqueaba toda una muchedumbre de estatuas. Brillaban los tranquilos espejos de los estanques, florecían frondosos rosales, salpicados por las gotas de las fuentes; aquí y allá había grutas encantadas, cuyas entradas estaban cubiertas de hiedra y de vid; cisnes de plata surcaban las aguas, y entre árboles y estatuas andaban gacelas domesticadas, traídas de los desiertos de África, y aves de vistosos colores, procedentes de todos los países conocidos de la tierra. Los jardines estaban desiertos; acá y allá trabajaban, azada en mano, algunos esclavos, cantando canciones a media voz; otros, disfrutando de un momento de descanso, estaban sentados a la orilla de los estanques o a la sombra de las frondosas encinas, donde los rayos del sol, penetrando entre las hojas, hacían aparecer unas lucecitas temblorosas; otros, en fin, regaban los rosales y las pálidas flores de azafrán.

Actea y Ligia anduvieron largo rato contemplando todas las maravillas de aquellos jardines, y aunque a Ligia le faltaba tranquilidad de espíritu, era demasiado niña para no dejarse llevar por la curiosidad, la admiración y la sorpresa.

Pensaba, incluso, que si el César fuera bueno, en aquellos jardines y en aquel palacio podría vivir muy feliz.

Por fin se sentaron en un banco medio oculto entre los espesos cipreses y se pusieron a hablar de lo que más les preocupaba: de la fuga de Ligia, que

aquella misma tarde debía verificarse. Actea no confiaba tanto como Ligia en el éxito de la fuga. Había momentos en que le parecía una locura irrealizable. Ligia le inspiraba cada vez más compasión. Pensaba que sería cien veces menos peligroso convencer a Vinicio. Luego le preguntó que cuánto tiempo hacía que conocía a Vinicio y si creía posible que se dejara doblegar y la devolviera a Pomponia.

Pero Ligia movió tristemente su oscura cabeza.

—No. En casa de Aulo, Vinicio era de otra manera, muy bueno; pero desde el festín de ayer le tengo miedo, y prefiero huir al país de los ligios.

Actea siguió interrogándola:

—Sin embargo, ¿en casa de Pomponia te resultaba agradable?

—Sí —contestó Ligia, bajando la cabeza.

Actea reflexionó un instante, y luego dijo:

—Tú no eres esclava como lo fui yo. Vinicio podría casarse contigo, te dejaron como rehén y eres la hija del rey de los ligios. Aulo y Pomponia te quieren como si fueras su hija, y estoy segura que están dispuestos a adoptarte como hija. Vinicio podría casarse contigo.

Pero ella contestó en voz baja, y aún con mayor tristeza:

—Prefiero huir al país de los ligios.

—Ligia, ¿quieres que vaya ahora a casa de Vinicio, le despierte, si duerme, y le informe de lo que acabo de decirte ahora mismo? Sí, querida mía, iré y le diré que eres la hija de un rey y al mismo tiempo la niña querida del famoso Aulo; que si te ama te devuelva a ellos y luego te tome por esposa.

Pero la doncella repitió con tan apagado acento, que apenas logró oírla Actea:

—Prefiero irme al país de los ligios...

Y dos lágrimas se deslizaron por debajo de sus pestañas.

Pero la conversación fue interrumpida por un rumor de pasos que se acercaban, y antes de que Actea tuviera tiempo de ver quién se aproximaba, se presentó Popea acompañada de un pequeño séquito de esclavas. Dos de éstas sostenían sobre su cabeza unos haces de plumas de avestruz sujetos por unos alambres de oro, con los que la abanicaban suavemente y la protegían del sol aún ardiente del otoño. Delante de ella, una etíope, negra como el ébano, con el seno turgente como si estuviera repleto de leche, llevaba en brazos a una criatura, envuelta en púrpura con franjas de oro. Actea y Ligia se levantaron, creyendo que Popea pasaría adelante sin reparar en ellas; pero ésta se detuvo y

dijo:

—Actea, los cascabeles que llevaba la muñeca que enviaste estaban mal cosidos; la criatura arrancó uno y se lo llevó a la boca; afortunadamente, Lilith lo vio a tiempo.

—Perdón, divina —contestó Actea, cruzando los brazos sobre el pecho e inclinando la cabeza.

Popea se puso a mirar a Ligia.

—¿Quién es esta esclava? —preguntó al cabo de un momento.

—No es esclava, divina Augusta, sino hija adoptiva de Pomponia Grecina, e hija del rey de los ligios, que la dejó a Roma como rehén.

—¿Ha venido a visitarte?

—No, Augusta; desde anteayer vive en el palacio.

—¿Asistió a la fiesta de anoche?

—Sí, Augusta.

—¿Por orden de quién?

—Del César...

Popea examinó a Ligia con mayor atención. Ésta se hallaba en pie ante ella con la cabeza inclinada, tan pronto levantando con curiosidad sus brillantes ojos como bajando de nuevo los párpados. De pronto, apareció una arruga entre las cejas de Popea. Celosa de su belleza y de su poder, vivía en perpetua alarma, con el temor de que una rival afortunada la perdiera a ella, como ella había perdido a Octavia. Por eso, cualquier rostro hermoso que viera en el palacio despertaba sus recelos. Con ojo experto apreció de una sola mirada todas las formas de la ligia, apreció todos los detalles de su rostro, y se asustó:

«Es una verdadera ninfa —se dijo—, nacida de la misma Venus».

Y de pronto pensó lo que hasta entonces nunca había pensado ante la presencia de una beldad: que era de bastante más edad. Vibró su amor propio herido, se adueñó de ella la inquietud. Mil temores comenzaron a dar vueltas en su cabeza. Quizá Nerón no la había visto todavía o, habiéndola mirado a través de su esmeralda, no la había apreciado. Pero ¿qué sucedería si él la viera de día, a pleno sol, tan maravillosa?... Además, no era esclava, sino hija de un rey, de un rey bárbaro, es verdad; pero hija de rey, al fin y al cabo.

«¡Dioses inmortales! —exclamó para sí—. ¡Es tan bella como yo, y además joven!».

Frunció aún más el ceño, y sus ojos brillaron con frío fulgor bajo las

pestañas doradas.

Mas volviéndose a Ligia le preguntó con aparente tranquilidad:

—¿Has hablado con el César?

—No, Augusta.

—¿Por qué prefieres estar aquí a vivir en casa de Aulo?

—No lo prefiero, señora. Petronio indujo al César a que me sacara de casa de Pomponia; pero estoy aquí en contra de mi voluntad, ¡oh señora!

—¿Quisieras volver a casa de Pomponia?

Popea le dirigió esta pregunta con voz suave y bondadosa, así que en Ligia volvió de nuevo a alentar la esperanza.

—Señora —le dijo, tendiendo hacia ella sus manos—, el César ha prometido entregarme como esclava a Vinicio; pero intercede por mí y haz que me devuelvan a casa de Pomponia.

—¿Así que Petronio ha instigado al César para que te sacara de casa de Aulo y te entregara a Vinicio?

—Sí, señora. Y hoy Vinicio enviará a buscarme. Pero tú, que eres buena, apiádate de mí.

Y diciendo esto, se inclinó, y cogiendo el borde del vestido de Popea, esperó la respuesta con el corazón palpitante. Popea la contempló durante un instante con el rostro iluminado por una malvada sonrisa, y luego dijo:

—Te prometo que hoy mismo te convertirás en la esclava de Vinicio.

Y se alejó como una visión hermosa pero maligna. A los oídos de Ligia y Actea llegaron únicamente los gemidos de la criatura, que sin saber por qué comenzó a llorar. Los ojos de Ligia se llenaron de lágrimas, y luego, cogiendo a Actea de la mano, dijo:

—Volvamos. Sólo se puede esperar ayuda de Aquel que la puede prestar.

Y volvieron al atrium, que ya no abandonaron hasta la tarde. Cuando oscureció y los esclavos trajeron lamparillas cuádruples que despedían viva claridad, ambas estaban muy pálidas. Su conversación se interrumpía a cada momento. Ambas se hallaban pendientes por ver si alguien se acercaba. Ligia no cesaba de repetir que aunque sentía mucho separarse de Actea, como Urso debía estar ya esperándola en la oscuridad, prefería que todo sucediera aquella noche. Sin embargo, la emoción volvió su respiración más rápida y ruidosa. Actea recogió febrilmente las joyas que pudo, y atándolas en una punta del peplo de Ligia, le rogó que aceptara aquel don y medio de huida. Luego sobrevino un sordo silencio preñado de ilusiones auditivas. A ambas les

pareció oír un susurro tras la cortina, un lejano llanto de niño y el ladrido de los perros. De pronto, se apartó la cortina del vestíbulo sin ruido y apareció en el atrium, como un fantasma, un hombre alto, moreno, con la cara picada de viruelas. Al instante Ligia reconoció a Atacino, un liberto de Vinicio que había ido varias veces a casa de Aulo.

Actea dio un grito, y Atacino, haciendo una profunda reverencia, dijo:

—Divina Ligia, te saludo en nombre de Marco Vinicio, que te espera con una fiesta en su casa toda engalanada con verde. Los labios de la doncella se tornaron completamente blancos.

—Voy —dijo.

Y se despidió de Actea, echándole los brazos al cuello.

X

En efecto, la casa de Vinicio estaba engalanada con el verdor del mirto y de la hiedra, y con ellos habían hecho adornos en las paredes y sobre las puertas. Guirnaldas de pámpanos rodeaban las columnas. En el atrium la abertura estaba cubierta con un toldo de tela de púrpura, y había luz como en pleno día. Se veían lámparas de ocho y doce luces en forma de vasos, de árboles, de animales, de pájaros o de estatuas sosteniendo lámparas llenas de aceite de oliva. Las lámparas se hallaban esculpidas en alabastro, en mármol o en dorado bronce corintio, aunque no eran tan maravillosas como el célebre candelabro del templo de Apolo, que utilizaba Nerón; pero eran muy hermosas y obras de célebres maestros. Algunas de las luces estaban veladas por cristales de Alejandría o telas transparentes de más allá del Indo, de color rojo, azul, amarillo y violeta, de forma que el atrium se hallaba lleno de luces multicolores. Por todas partes se esparcía el olor a nardos, al que se había aficionado Vinicio durante su estancia en Oriente. En el interior de la casa, muy iluminado también, andaban presurosos esclavos y esclavas.

En el triclinium la mesa estaba preparada para cuatro personas, ya que a la fiesta, además de Vinicio y Ligia, iban a asistir también Petronio y Crisotemis.

Vinicio se guiaba en todo de las indicaciones de Petronio, que le había aconsejado que no fuera a buscar a Ligia, sino que enviara a Atacino provisto del permiso del César, y que la recibiera él mismo en su casa, amistosamente e incluso con muestras de veneración.

—Ayer estabas borracho —le dijo—. Te vi. Te portaste con ella como un picapedrero de los montes de Alba. No seas inoportuno y recuerda que el buen

vino se bebe despacio. Ten presente que si dulce es desear, más dulce aún es ser deseado.

Crisotemis tenía sobre ello una opinión personal completamente distinta; pero Petronio, llamándola su vestal y su paloma, comenzó a explicarle la diferencia que existía entre un diestro auriga de circo y el joven que por primera vez guía una cuadriga. Luego, volviéndose hacia Vinicio, agregó:

—Granjéate su confianza; ánimala, muéstrate generoso con ella. No quisiera presenciar una fiesta triste. Y júrale hasta por el Hades que la devolverás a Pomponia; luego dependerá de ti solamente el que al día siguiente prefiera volver o quedarse a tu lado —luego, mostrando a Crisotemis, añadió—: Desde hace cinco años vengo practicando este sistema con esta paloma torcaz y no puedo quejarme de su esquividad...

Crisotemis replicó, al tiempo que le daba un golpecito con el abanico de plumas de pavo:

—¿Acaso te opuse resistencia?, ¡oh sátiro!

—Por consideración a mi antecesor...

—¿Acaso no te postraste a mis pies?

—Sí, para ponerte anillos en los dedos.

Crisotemis miró involuntariamente sus pies, en cuyos dedos lanzaban destellos las joyas, y ambos lanzaron una carcajada. Pero Vinicio no prestaba la menor atención a su escarceo. Su corazón latía ansiosamente bajo la estampada túnica de sacerdote sirio que se había puesto para recibir a Ligia.

—Ya habrán salido del palacio —dijo, como hablando consigo mismo.

—Seguramente —contestó Petronio—. Mientras tanto, te hablaré de las predicciones de Apolonio de Tiana, o te contaré la historia de Rufino, que no recuerdo por qué no terminé de contarte.

Pero a Vinicio le importaba la historia de Apolonio de Tiana tan poco como la historia de Rufino. Sólo pensaba en Ligia, y aunque se daba cuenta de que era mejor recibirla en su casa que ir por ella al palacio, en el papel de esbirro, lamentaba a veces no haber ido, aunque sólo fuera por ver antes a Ligia y sentarse a su lado, en la penumbra de la litera doble.

Entretanto, entraron varios esclavos portadores de trípodes adornados con cabezas de morueco, fuentes de bronce con carbones, sobre los que espolvoreaban pequeñas briznas de mirra y nardos.

—Ahora estarán dando la vuelta a las Carenas.

—No va a poder resistirlo, va a salir corriendo a su encuentro, y es capaz

de no dar con ellos —exclamó Crisotemis. Vinicio se sonrió involuntariamente y contestó:

—Sí, resistiré.

Pero al mismo tiempo comenzaron a temblarle las aletas de la nariz y su respiración se hizo anhelante.

Viéndolo, Petronio se encogió de hombros, y dijo:

—No tiene de filósofo ni un sestercio; nunca podré hacer un hombre de este hijo de Marte.

Pero Vinicio ni siquiera le oyó.

—Ya están en las Carenas...

Y, en efecto, en aquel momento ya estaban torciendo hacia las Carenas. Los esclavos llamados lampadarii abrían la marcha; otros llamados pedisequi iban a ambos lados de la litera, y detrás de todos iba Atacino cerrando la marcha.

Pero avanzaban lentamente, ya que las antorchas en una ciudad sin iluminar alumbraban mal el camino. Las calles cercanas al palacio estaban casi desiertas; sólo se veía en ellas algún transeúnte que otro, linterna en mano; pero más adelante se advertía una extraordinaria animación. De las calles inmediatas desembocaban grupos de tres y cuatro personas, todos sin antorchas y envueltos en oscuros mantos. Algunos iban agregándose a la comitiva, mezclándose con los esclavos; otros, en grupos mayores, llegaban en dirección opuesta; algunos se tambaleaban como si estuvieran borrachos. Había momentos en que el avance se hacía tan penoso que los lampadarii comenzaron a gritar:

—¡Paso al noble tribuno Marco Vinicio!

Ligia veía a través de las cortinillas entreabiertas aquellos grupos sombríos, y se puso a temblar de emoción. Tan pronto se sentía dominada por el temor como por la esperanza.

—Es él. Es Urso con los cristianos. Ahora va a suceder —murmuró con labios trémulos—. ¡Oh Cristo, ayúdame! ¡Oh Cristo, sálvame!

Pero Atacino, que al principio no se había dado cuenta de la extraordinaria animación de la calle, comenzó a intranquilizarse. Había en ello algo raro. Los lampadarii se vieron obligados a repetir cada vez con más frecuencia:

—Paso a la litera del noble tribuno...

Gente desconocida empujaba de tal forma la litera que Atacino ordenó a los esclavos que se abrieran paso con bastones.

De pronto se oyó un grito en la parte de delante de la comitiva, y en aquel momento se apagaron todas las luces. Alrededor de la litera se produjo un remolino y comenzó el tumulto y la lucha.

Atacino comprendió que se trataba de un ataque en toda regla.

Y al convencerse de ello, se estremeció de terror. Nadie ignoraba que el César daba frecuentes asaltos en compañía de augustanos para divertirse en el Suburra y en otros barrios de la ciudad; también era sabido que traía de aquellas aventuras nocturnas algunos chichones y cardenales, y que aquel que opusiera resistencia iba derecho a la muerte, aun cuando fuera un senador. La casa de los guardias que tenían la misión de velar por el orden de la ciudad no estaba lejos; pero en tales casos se volvían los guardias sordos y ciegos. Mientras tanto, la batalla en torno a la litera se hallaba en su punto culminante. Los hombres comenzaban a batirse, derribarse y pisotearse. Por la mente de Atacino atravesó como un rayo la idea de que ante todo debía salvar a Ligia y a sí mismo y dejar a los demás entregados a su suerte. Sacándola de la litera, la cogió en brazos y trató de fugarse en la oscuridad.

Mas Ligia comenzó a gritar:

—¡Urso! ¡Urso!

Como iba vestida de blanco, era fácil distinguirla. Atacino trató con la mano que le quedaba libre de cubrirla a toda costa con su manto, cuando unas tenazas terribles le sujetaron por el cuello y al mismo tiempo cayó sobre su cabeza una mole aplastante, desplomándose al instante como un buey derribado por el hacha ante el altar de Júpiter.

La mayor parte de los esclavos yacían por tierra o huían, dispersándose en la gran oscuridad y arrimándose a las paredes. Allí sólo quedó la litera hecha añicos durante el combate. Urso se llevó a Ligia al Suburra; sus compañeros le siguieron, separándose poco a poco por el camino.

Los esclavos se reunieron para deliberar delante de la casa de Vinicio. No se atrevían a entrar. Después de una corta discusión, acordaron volver al lugar del suceso, donde encontraron algunos cadáveres, y entre ellos a Atacino. Éste se agitaba aún, y después de una violenta convulsión quedó rígido e inmóvil.

Cargaron con él y se detuvieron de nuevo ante el portal de la casa. Era preciso dar cuenta a su amo de lo ocurrido.

—Que se lo anuncie Gulo —murmuraron algunos—. Tiene el rostro ensangrentado como nosotros y el amo le quiere. Gulo corre menos peligro que cualquier otro.

Gulo, antiguo esclavo germano, que había criado a Vinicio, y que éste había heredado de su madre, la hermana de Petronio, dijo:

—Yo se lo diré; pero acompañadme todos. Que su cólera no caiga solamente sobre mi cabeza.

Mientras tanto, Vinicio no podía dominar su impaciencia. Petronio y Crisotemis se reían de él, pero él se paseaba con paso rápido por el atrium, repitiendo:

—¡Ya debían estar aquí!... ¡Ya debían estar aquí! ..., Y quiso salir, pero Petronio y Crisotemis se lo impidieron. De repente resonaron pasos en la entrada y los esclavos se precipitaron en el atrium, se tiraron al suelo y levantaron los brazos, repitiendo con voz lastimera:

—¡Aaah! ¡Aah!...

Vinicio, de un salto, se plantó ante ellos.

—¿Dónde está Ligia? —gritó con voz terriblemente alterada.

—¡Aah!...

Gulo se adelantó entonces con el rostro ensangrentado, y dijo precipitadamente, con acento lastimero:

—Mira nuestra sangre, señor. ¡Hemos luchado! Mira nuestra sangre, mira nuestra sangre...

Pero no pudo terminar, porque Vinicio, agarrando un candelabro de bronce, de un golpe le deshizo el cráneo, y luego, cogiéndose la cabeza con ambas manos, se mesó los cabellos, repitiendo con voz ronca:

—Me miserum! Me miserum!...

Su rostro se puso amoratado, se le hundieron los ojos y le salió espuma de la boca.

—El látigo —rugió al fin con voz inhumana.

—¡Piedad, señor! ¡Aah!... —gimieron los esclavos.

Petronio se puso en pie, y con expresión de repugnancia en el rostro dijo:

—Vámonos, Crisotemis; si te agrada contemplar la carne, mandaré que abran la tienda de un carnicero de las Carenas. Y salió del atrium.

En toda aquella casa adornada con verde hiedra y preparada para la fiesta sólo se oyeron gemidos y el silbido del látigo hasta el amanecer.

Vinicio no se acostó en toda la noche. Cuando Petronio se hubo marchado, pasado algún tiempo, viendo que los gemidos de los esclavos azotados no calmaban su dolor ni disipaban su cólera, reunió entonces un puñado de otros servidores y, poniéndose al frente de ellos, salió, avanzada la noche, en busca de Ligia. Recorrió el barrio del Esquilin, el Suburra, el Vicus Sceleratus y todas las calles inmediatas. Después de dar la vuelta al Capitolio a través del puente de Fabricio, se dirigió a la isla y recorrió parte de la ciudad transtiberina. Mas era aquello una búsqueda sin objeto, ya que él mismo no tenía esperanzas de encontrar a Ligia, y principalmente lo hacía para llenar con algo aquella terrible noche. Regresó a su casa al amanecer, a la hora en que por la ciudad empezaban a aparecer los carros y los mulos de los verduleros, y cuando los panaderos abrían sus tiendas. Al volver a su casa, ordenó que se llevaran el cadáver de Gulo, que nadie se había atrevido a tocar, y luego a los esclavos a los que les había sido arrebatada Ligia les envió a las prisiones rurales, castigo que algunas veces era más terrible que la muerte. Y por último, echándose sobre un sofá acolchonado del atrium, se puso a discurrir la manera de hallar y recuperar a Ligia.

Renunciar a ella, perderla, no verla más, le parecía materialmente imposible, y el mero hecho de pensarlo le volvía loco.

La naturaleza independiente del joven soldado encontraba resistencia por primera vez en su vida, y no concebía que fuera posible que alguien se opusiera a sus deseos. Vinicio hubiera preferido que el mundo y la ciudad se desplomaran antes de no conseguir lo que quería. Le habían arrebatado de la boca el encanto del placer, así que le parecía que había sucedido algo inaudito que reclamaba la venganza de los dioses y de los hombres.

Pero, ante todo, no podía resignarse con su suerte, ya que era Ligia lo que más deseaba en el mundo. La vida le parecía imposible sin ella. No se explicaba cómo podría seguir viviendo en los días sucesivos. Había momentos en que se adueñaba de él una rabia rayana en la locura. Quería tenerla para pegarla, arrastrarla de los cabellos al cubiculum y allí maltratarla. Mas luego se apoderaba de él una terrible nostalgia de oír de nuevo su voz, de ver su figura y sus ojos, y se sentía dispuesto a echarse a sus pies. La llamaba, se mordía los dedos y se sujetaba la cabeza con las manos. Trataba de obligarse a toda costa a pensar serenamente el modo de recuperarla, pero no pudo.

A su cabeza acudían miles de medios y formas, pero a cual más locos. Por último, cruzó por su mente como un rayo la idea de que Aulo se la había arrebatado y de que éste sabría dónde se ocultaba la doncella.

Se levantó para ir corriendo a casa de Aulo. Si no se la entregaban, si no se intimidaban ante sus amenazas, recurriría al César acusando al anciano jefe de desobediencia y obtendría contra él una sentencia de muerte; sin embargo,

antes conseguiría de ellos la confesión de dónde se ocultaba Ligia. Pero aunque se la entregaran voluntariamente; también se vengaría. Aquel único ultraje bastaba para desligarle de todo agradecimiento. Su alma vengativa y encarnizada se puso a gozar con el sufrimiento que experimentaría Pomponia Grecina cuando el centurión le entregara a Aulo la sentencia de muerte. Estaba casi seguro de que la obtendría. Para ello le ayudaría Petronio. Además, el César no les negaba nada a los amigos augustanos, a menos que le moviera a ello la aversión personal o la avidez.

De pronto sintió que el corazón se le paraba en el pecho bajo la influencia de una suposición terrible:

«¿Y si el propio César fuera el raptor de Ligia?».

Todos sabían que Nerón, para entretener sus ocios, a veces emprendía aventuras nocturnas. El mismo Petronio tomaba algunas veces parte en aquellos juegos. Su objeto principal era apoderarse de mujeres y mantearlas en el manto de un soldado hasta que se desmayaban. A veces, el mismo Nerón llamaba a tales expediciones «caza de perlas», porque a veces ocurría que en algún barrio apartado populoso de gente miserable pescaban alguna perla de juventud y de gracia. Entonces el sagatio, que así se llamaba el manteamiento en una capa de soldado, se transformaba en un rapto, y la perla era enviada al Palatino o a alguna de las innumerables quintas que el César poseía, si éste no cedía el hallazgo a alguno de sus íntimos.

Eso podía haberle sucedido a Ligia. El César la habría mirado durante el banquete, y Vinicio no dudaba por un momento que le habría parecido la más hermosa de las mujeres que hasta entonces había visto. No era posible que hubiera sucedido de otra forma. Verdad es que Nerón la había tenido en el Palatino y hubiera podido quedarse con ella abiertamente; pero como decía Petronio, con razón, carecía del valor necesario para perpetrar un crimen y prefería hacer las cosas en secreto. También podía haberlo hecho por el temor que le inspiraba Popea. Vinicio se dio cuenta también de que Aulo no se hubiera atrevido a raptar violentamente a una muchacha que le había sido regalada por el César.

¿Quién, pues, se hubiera atrevido a hacerlo? ¿Acaso aquel gigante ligio de ojos azules, que se había atrevido a entrar en el triclinium y la había sacado de la fiesta en brazos? Pero ¿dónde podría ocultarse? ¿Adónde la habría conducido? ¡No! Un esclavo no se hubiera atrevido a tanto. Tal cosa sólo el César podría haberla hecho.

Ante semejante pensamiento, se le oscureció la vista y su frente se llenó de gotas de sudor.

En ese caso, Ligia estaba perdida para siempre; podría arrancarla de manos

de cualquier otro, pero no de las del César. Ahora sí que podía repetir con más razón que antes: *Vae misero mihi!*

Se imaginaba a Ligia en brazos de Nerón, y comprendió por primera vez en su vida que hay pensamientos que el hombre no puede soportar. Ahora se daba cuenta de lo que la amaba. Y del mismo modo que por la imaginación del moribundo desfila como un relámpago la vida pasada, así se sucedieron los recuerdos que tenía de Ligia. La veía y oía cada una de sus palabras; la contemplaba junto a la fuente, en casa de Aulo, y en el festín; la sentía de nuevo junto a él, aspiraba el perfume de sus cabellos, sentía el calor de su cuerpo y el placer que experimentó durante la fiesta cuando estrujó sus inocentes labios. Le parecía cien veces más hermosa, más deseable, más dulce, y más que nunca la consideraba como la única elegida entre todos los mortales y las divinidades. Y al pensar que todo aquello que se le había grabado de tal forma en el corazón y que se había convertido en su sangre y su vida podía poseerlo Nerón, se apoderaba de él un dolor físico tan terrible, que experimentaba el deseo de romperse la cabeza contra las paredes del atrium. Temía volverse loco, y si no le hubiera sostenido el pensamiento de la venganza, habría perdido seguramente la razón. Pero de igual manera que antes le parecía imposible vivir si no recuperaba a Ligia, ahora le parecía imposible morir sin vengarla. Sólo aquel pensamiento le proporcionaba cierto alivio. «Seré tu Casio Queroneo», se decía pensando en Nerón. Y cogiendo un puñado de tierra de una de las macetas que había en el impluvium, hizo un terrible voto de venganza a Erebo, a Hécate y a sus propios lares. Entonces se tranquilizó un poco. Su vida tenía ya un objeto y podría llenar con algo sus días y sus noches. Después, desechando la idea de ir a casa de Aulo, se hizo conducir al Palatino.

Por el camino iba pensando que si no le recibía el César o le registraban para ver si llevaba armas, sería ésa la señal de que Ligia había sido raptada por Nerón. Sin embargo, no llevó armas consigo. Había perdido la noción de todo; pero como suele suceder con las personas obsesionadas por una sola idea, conservaba la presencia de espíritu en lo que concernía a su venganza. No quería que ésta se le malograra.

Ante todo, deseaba ver a Actea, pues pensaba que por ella se enteraría de la verdad.

Por momentos relampagueaba en su cerebro la esperanza de que quizá viera a Ligia, y a esta sola idea se ponía a temblar. Mas al momento desechó esa suposición. Si se la hubieran querido devolver lo hubieran hecho ayer. Actea era la única persona que podía explicarlo, y tenía que verla antes que a nadie.

Adquirida ya esta convicción, ordenó a los esclavos que apresurasen el

paso, y durante el camino fue pensando desordenadamente, ya en Ligia, ya en la venganza.

Había oído decir que los sacerdotes egipcios de la diosa Phtah tenían el poder de enviar enfermedades a quien quisieran, y decidió averiguar por ellos la forma de hacerlo. En Oriente había oído decir que los judíos conocían una clase de encantamientos, por virtud de los cuales se cubrían de úlceras los cuerpos de sus enemigos. Entre sus esclavos tenía cierto número de judíos, y se prometió que a su regreso los haría torturar hasta que revelaran su secreto. Sin embargo, pensaba con mayor gusto en la espada romana corta, que hacía brotar un torrente de sangre, como el que había brotado de Cayo Calígula y había dejado manchas imborrables en las columnas del pórtico. Se hallaba dispuesto a matar a Roma entera, y si los dioses de la venganza le hubieran prometido que todo el mundo moriría excepto él y Ligia, hubiera aceptado tal proposición.

Ante el arco del palacio recobró toda su presencia de ánimo, y a la vista del guardia pretoriano pensó que si le oponía la menor dificultad en la entrada, era ello señal de que Ligia se hallaba en el palacio por la voluntad del César. Pero el primer centurión le sonrió amistosamente y, dando algunos pasos hacia él, dijo:

—Salud, noble tribuno; si vienes a presentar tus homenajes al César, vienes en un mal momento, y no sé si podrás verle.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Vinicio.

—La divina pequeña Augusta cayó ayer inesperadamente enferma, el César y la Augusta Popea están con ella junto con los médicos, que han sido llamados de toda la ciudad.

Era éste un suceso importante. Cuando al César le nació esta hija se volvió loco de alegría y la había recibido con *extra humanum gaudium*. Anteriormente, el Senado había encomendado a los dioses solemnemente el vientre de Popea. Se hicieron ofrendas votivas y se celebraron fiestas espléndidas en Ancio, donde tuvo lugar el alumbramiento; además, fue erigido un templo a las dos Fortunas. Nerón, que nunca fue moderado en cosa alguna, amó sin medida a aquella criatura. Popea también la quería con mayor motivo, ya que consolidaba su situación y hacía irresistible su influencia.

De la salud y la vida de la pequeña Augusta podía depender el destino de todo el Imperio, mas Vinicio se hallaba tan preocupado consigo mismo, con sus asuntos y su amor, que sin prestar casi atención a las noticias que le dio el centurión contestó:

—Deseo únicamente ver a Actea.

Y entró. Pero Actea se hallaba también ocupada junto al lecho de la niña y tuvo que aguardar mucho tiempo. Actea volvió cerca del mediodía, pálido y cansado el rostro, y a la vista de Vinicio palideció más aún.

—¡Actea! —exclamó Vinicio, tomándola de la mano y llevándola hasta el centro del atrium—. ¿Dónde está Ligia?

—Quería preguntarte eso mismo a ti —contestó dirigiéndole una mirada de reproche.

Pero él, aun cuando se había prometido interrogarla con calma, volvió a oprimirse la cabeza con ambas manos y dijo con el rostro contraído por el dolor y la cólera:

—Ha desaparecido. ¡Me la raptaron en el camino! Al cabo de un momento se dominó y, acercando su rostro al de Actea, le habló con los dientes apretados:

—¡Actea! Si aprecias tu vida y no quieres ser causante de desgracias, que no puedes ni siquiera imaginar, dime la verdad. ¿La raptó el César?

—El César no salió ayer del palacio.

—Por la sombra de tu madre, por todos los dioses, dime: ¿no está en el palacio?

—Por la sombra de mi madre, ni está en el palacio ni el César la ha raptado. La pequeña Augusta enfermó ayer y Nerón no se ha alejado de su cuna.

Vinicio respiró. Lo que le había parecido más terrible ya no era de temer.

—Así pues —dijo, sentándose en un banco y apretando los puños—, la ha raptado Aulo. En ese caso, ¡pobre de él!

—Aulo Plaucio estuvo aquí esta mañana. No pudo encontrarme, ya que estaba ocupada con la niña; pero preguntó por Ligia a Epafrodito y a otros sirvientes del César, y luego les dijo que volvería para verme.

—Quiso alejar de sí las sospechas. Si no hubiera sabido lo que le había sucedido a Ligia habría ido a buscarla a mi casa.

—Dejó escritas unas cuantas palabras en una tablilla. Por ella verás que al haber sido sacada de su casa, a petición tuya y de Petronio, por el César, esperaba que te hubiera sido enviada, y esta mañana estuvo en tu casa, donde le dijeron lo que había sucedido.

Y habiendo dicho esto, se dirigió al cubiculum, de donde volvió con la tablilla que le había dejado Aulo.

Vinicio la leyó y quedó silencioso. Entretanto Actea pareció leer los

pensamientos que se ocultaban tras su rostro sombrío, ya que dijo pasado un momento:

—No, Marco; ha sucedido lo que la propia Ligia deseaba.

—¿Tú sabías que ella quería huir? —prorrumpió Vinicio.

Pero ella le miró severamente con sus ojos turbios.

—Sabía que no quería ser tu concubina.

—Y tú..., ¿qué has sido durante toda tu vida?

—Ante todo fui esclava.

Pero esto no calmó la cólera de Vinicio. El César le regalaba a Ligia y no tenía por qué preguntar lo que había sido antes. La encontraría aunque fuera debajo de la tierra y haría con ella lo que quisiera. ¡Eso es! ¡Sería su concubina! Mandaría que la azotaran cuantas veces quisiera. Y cuando se cansara de ella, se la entregaría al último de sus esclavos o la enviaría a dar vueltas a un molino de sus posesiones de África. La buscaría y la hallaría aunque no fuera más que para pisotearla, aplastarla y humillarla.

Y excitándose cada vez más, perdió el dominio de sí mismo, hasta el punto de que la misma Actea se dio cuenta que prometía más de lo que era capaz de cumplir, impulsado por la cólera y el dolor. Ante el dolor se hubiera compadecido, mas como ya había colmado la medida y agotado su paciencia, le preguntó a qué había venido.

Por lo pronto Vinicio no encontró una respuesta. Había venido a verla, porque creía que podría darle algunas noticias; pero en realidad había pasado a verla porque habiendo ido a ver al César no le había encontrado. Ligia al huir se había opuesto a la voluntad del César; así, pues, solicitaría de él que ordenara buscarla en toda la ciudad y en el Imperio, aunque fuera necesario para ello emplear las legiones y allanar una por una todas las casas. Petronio apoyaría su ruego y la búsqueda comenzaría aquel mismo día.

A esto repuso Actea:

—Ten cuidado, no vayas a perderla para siempre cuando por disposición del César la encuentren.

Vinicio frunció el ceño y preguntó:

—¿Qué significa esto?

—Escúchame, Marco; ayer me hallaba con Ligia en estos jardines, cuando encontramos a Popea, con la pequeña Augusta, que era conducida por la negra Lilith. Por la tarde cayó enferma la niña, y Lilith asegura que fue hechizada, y que la autora del encantamiento había sido la extranjera con quien se

encontraron en los jardines. Si la niña se cura quedará todo olvidado, pero en el caso contrario Popea será la primera en denunciar a Ligia como hechicera, y entonces dondequiera que la hallaren no habría salvación para ella.

Sobrevino un instante de silencio. Luego Vinicio dijo:

—Es posible que la haya hechizado; también me ha hechizado a mí.

—Lilith repite que la niña se echó a llorar nada más pasar junto a nosotras. Y es verdad, se echó a llorar. Seguramente cuando la sacaron a los jardines ya estaba enferma. Marco, búscala solo, donde quieras; pero mientras la pequeña Augusta no sane, no hables de Ligia al César, si no quieres atraer sobre ella la venganza de Popea. Bastante han llorado sus ojos por ti. ¡Que todos los dioses protejan su pobre cabeza!

—¿Tú la quieres, Actea? —preguntó Vinicio tristemente.

Y en los ojos de la liberta brillaron lágrimas.

—Sí, me he encariñado con ella.

—Porque no te ha pagado tu cariño con odio, como a mí.

Actea le miró durante un momento como si estuviera vacilando o quisiera tantear si hablaba sinceramente, y luego repuso:

—¡Hombre ciego y apasionado! ¡Ah! ¡Ella te amaba!

Al oír estas palabras, Vinicio dio un salto como si fuera un poseso. ¡Eso no era cierto! ¡Le odiaba! ¿Cómo podía saberlo Actea? Después de un solo día de trato, ¿le habría hecho a Actea la confesión de sus sentimientos? ¿Qué clase de cariño era aquel que prefería la vida errante, la vergüenza de la pobreza, la incertidumbre del futuro y hasta una muerte miserable quizá, a una casa engalanada con guirnaldas en la que la esperaba con una fiesta un amante? Más le valía no oír cosas semejantes, porque se volvería loco. Hubiera dado por aquella muchacha todos los tesoros del palacio, y ella había huido. ¿Qué cariño era aquel que huía de la dicha y buscaba el dolor? ¿Quién era capaz de comprender aquello? ¿Quién podría concebirlo? Si no fuera porque aún conservaba la esperanza de encontrarla, hundiría en su pecho una espada. El amor se entrega, pero no huye. Hubo momentos en casa de Aulo en que había creído en una felicidad cercana; pero ahora sabía que ella le había odiado entonces, le odiaba ahora y moriría con el corazón lleno de odio.

Pero Actea, de ordinario tímida y apacible, prorrumpió en exclamaciones indignadas. ¿Cómo había tratado él de conquistar a Ligia? En lugar de inclinarse ante Aulo y Pomponia para obtenerla, les había arrebatado la hija valiéndose de astucias. Quería convertir, no en su esposa, sino en su concubina, a una doncella educada en una casa honrada y que era hija de rey.

La había introducido en aquel lugar de crimen y de oprobio, manchando sus inocentes ojos con el espectáculo de una fiesta vergonzosa; se había conducido con ella como con una mujer libre. ¿Se había olvidado acaso de lo que era la casa de Aulo y de quién era Pomponia Grecina, la que había educado a Ligia? ¿No tenía suficiente entendimiento para darse cuenta de que eran mujeres diferentes de Nigidia, de Calvia Crispinilla, de Popea y de todas aquellas con que se encontraba en casa del César? Al ver a Ligia, ¿no había comprendido enseguida que era una doncella pura, que prefería la muerte al deshonor? ¿Sabía él acaso qué dioses adoraba y si no eran más puros y mejores que la corrompida Venus o Isis, a quien adoraban las mujeres libertinas de Roma? ¡No! Ligia no le había hecho confesión alguna; pero le había dicho que esperaba de él, de Vinicio, su salvación, y que tenía esperanzas de que pediría al César que la dejara retornar a su casa y la devolvería a Pomponia. Y al hablar de eso, se ruborizaba como una virgen que ama y confía. Su corazón latía para él, pero él la había asustado, ofendido, indignado. Ahora que la buscara con la ayuda de los soldados del César; pero que tuviera bien presente que si la hija de Popea llegaba a morir, las sospechas recaerían sobre ella y su pérdida sería inevitable.

Entre la cólera y el dolor de Vinicio comenzó a abrirse paso la emoción. La noticia de que Ligia le amaba le había llegado a lo más hondo del alma. La recordaba cuando en el jardín de Aulo escuchaba sus palabras con el rostro cubierto de rubor y Tos ojos llenos de luz. Le parecía que entonces ella había comenzado realmente a amarle, y de pronto, al pensarlo, se adueñó de él una sensación de felicidad cien veces mayor que la que había deseado. Pensó que ahora podía poseerla complaciente y amante. Entonces hubiera adornado sus puertas y la hubiera ungido con grasa de lobo. Entonces hubiera escuchado de sus labios las palabras sacramentales de: «Donde tú estás, Cayo, allí estoy, Caya», y hubiera sido para siempre suya.

¿Por qué no habría obrado así? Había estado dispuesto a ello al principio. Pero ahora había desaparecido y ya no podía hallarla, y de hacerlo podía causar su ruina, y aunque no la causara, ya no le querrían ni ella ni Aulo ni Pomponia. Y de nuevo la cólera hizo que se le erizaran los cabellos sobre su cabeza: pero esta vez no se volvía contra Aulo y Pomponia ni contra Ligia, sino contra Petronio. Él tenía la culpa de todo. Si no fuera por él, Ligia no se hubiera visto obligada a vagar errante, sería su prometida y ningún peligro amenazaría su amada cabeza. Pero ahora había sucedido todo esto y era demasiado tarde para reparar un daño que ya no tenía remedio.

—¡Demasiado tarde!

Y le pareció que a sus pies se había abierto un abismo. No sabía cómo empezar, qué hacer y adónde ir. Actea repitió como un eco las palabras: «Demasiado tarde», que, pronunciadas por otros labios, resonaron en sus oídos

como una sentencia de muerte. Sólo se daba cuenta de una cosa, y es que tenía que hablar a Ligia, pues de lo contrario le sucedería una desgracia.

Y envolviéndose maquinalmente en su toga iba a partir sin despedirse siquiera de Actea, cuando en aquel instante se abrió la cortina que separaba el vestíbulo del atrium y vio ante sí el triste rostro de Pomponia Grecina. Probablemente también estaba informada de la desaparición de Ligia, y pensando que le sería más fácil que a Aulo ver a Actea, había venido en busca de noticias.

Mas al ver a Vinicio volvió hacia él su pálido y delicado rostro y al cabo de un momento dijo:

—Marco, que Dios te perdone el daño que nos has hecho a nosotros y a Ligia.

Él se mantuvo en pie, con la frente baja, dominado por un sentimiento de culpabilidad e infortunio, sin comprender que Dios debía y podía perdonarle, ni por qué Pomponia hablaba de perdón cuando debía hablar de venganza.

Y, por fin, salió perplejo, con la cabeza llena de pensamientos sombríos, de enorme tristeza y de asombro.

En el patio, y debajo de la galería, se hallaban grupos de gente inquieta. Entre los esclavos de palacio se veían caballeros y senadores, que habían venido a informarse sobre la salud de la pequeña Augusta y, al mismo tiempo, a dejarse ver y a dar muestra de su solicitud, aun cuando tan sólo fuera a los esclavos de Nerón.

La noticia de la enfermedad de la divina se había esparcido con mucha rapidez; a cada momento aparecían en la puerta rostros nuevos, y, a través del arco, se veía una gran muchedumbre. Algunos de los recién llegados, viendo que Vinicio salía del palacio, le asaltaron en demanda de noticias, mas él apresuró el paso, sin contestar a nadie, hasta que Petronio, que también había venido por noticias, casi se estrelló contra su pecho y le detuvo.

Vinicio seguramente se habría puesto fuera de sí a la vista de Petronio y se hubiera entregado a cualquier acto de violencia en el palacio del César si al salir de los aposentos de Actea no se hallara dominado por un dolor tan grande y se sintiera tan agotado y hundido que hasta su ingénita irascibilidad le había abandonado momentáneamente. Apartó a Petronio a un lado e intentó seguir, mas aquél le detuvo casi por la fuerza.

—¿Cómo se encuentra la divina? —preguntó.

Pero aquello violentó a Vinicio y en un instante le irritó de nuevo.

—¡Que se la lleve el diablo a ella y a toda esta casa! —contestó, apretando los dientes.

—¡Calla, desgraciado! —dijo Petronio, y mirando a su alrededor agregó precipitadamente—: Si quieres saber algo de Ligia, ven conmigo. ¡No!, aquí no te diré nada. Sígueme y te hablaré de mis conjeturas en la litera.

Y pasando el brazo por los hombros del joven, le sacó del palacio lo más rápidamente posible.

Eso era lo que más le importaba, ya que no tenía noticia alguna que darle. Mas siendo como era un hombre ingenioso y a pesar del disgusto que había tenido el día anterior, Vinicio le inspiraba mucha compasión, y se sentía responsable de todo cuanto había ocurrido; así pues, ya había tomado una resolución, y cuando penetraron en la litera dijo:

—He apostado en los portales a mis esclavos para que vigilen. Les he dado una descripción detallada de la doncella y del gigante que durante la fiesta la sacó de la casa del César, ya que no hay duda de que él la raptó. ¡Escúchame! Es posible que Aulo y Pomponia quieran ocultarla en alguna de sus posesiones rurales y, en tal caso, sabremos hacia qué dirección la han conducido. Si no la ven pasar por ninguna de las puertas eso será señal de que se ha quedado en la ciudad, y hoy mismo comenzaremos la búsqueda.

—Aulo y Pomponia no saben dónde está —contestó Vinicio.

—¿Estás seguro de ello?

—He visto a Pomponia. Ellos también la están buscando.

—Ayer no pudo haber salido de la ciudad porque las puertas se cierran de noche. Dos de mis hombres se hallan apostados en cada puerta. Uno de ellos seguirá a Ligia y al gigante y otro volverá a la ciudad para dármele a conocer. Si están en la ciudad, la encontraremos, porque a ese ligio es fácil reconocerlo por su estatura y sus espaldas. Ha sido una suerte que el César no la raptara; de eso puedes estar seguro, porque en el Palatino no hay secretos para mí.

Mas Vinicio prorrumpió en quejas con más dolor que enfado, y con voz entrecortada por la angustia comenzó a relatarle lo que le había contado Actea y cuáles eran los nuevos peligros que se cernían sobre la cabeza de Ligia, y éstos eran tan terribles que aun hallando a los fugitivos habría que ocultarla cuidadosamente a los ojos de Popea. Luego reprochó a Petronio amargamente los consejos que le había dado. De no haber sido por él, las cosas hubieran marchado de muy diferente manera. Ligia estaría en casa de Aulo y él podría visitarla diariamente y se sentiría más feliz que el mismo César.

Y dejándose arrastrar cada vez más por su relato, fue emocionándose hasta que de sus ojos comenzaron a brotar lágrimas de dolor y de cólera.

Petronio, que no se imaginaba ni aun remotamente que el joven fuera capaz de amar y de desear hasta ese punto, se dijo con cierto asombro, al ver

aquellas lágrimas de desesperación:

—¡Oh poderosa señora de Chipre: tú sola reinas sobre los hombres y sobre los dioses!

XII

Cuando bajaron frente a la casa de Petronio, el jefe del atrium les comunicó que aún no había vuelto ninguno de los esclavos enviados a vigilar las puertas. El atriensis había ordenado que les fueran enviados alimentos y les comunicó el nuevo mandato de vigilar, so pena de azotes, a toda persona que saliera de la ciudad.

—¿Ves? —dijo Petronio—. No hay duda de que siguen aún en la ciudad, y, de ser así, los encontraremos. Ordena tú también a tus hombres que vigilen las puertas, y en particular envía a los mismos que fueron a buscar a Ligia, porque la reconocerán fácilmente.

—He ordenado que los llevaran a las prisiones rurales, pero revocaré la orden y los enviaré a las puertas.

Escribió unas palabras sobre una tablilla cubierta de cera y se la entregó a Petronio, que la hizo remitir al punto a casa de Vinicio.

Luego pasaron al pórtico interior, y allí, sentándose en un banco de mármol, se pusieron a conversar.

Eunice, la de los cabellos de oro, e Iras colocaron bajo sus pies escabeles de bronce, y a continuación, acercando una mesita al banco, les escanciaron copas de vino, contenido en jarras de cuello estrecho, traídas de Volterra y Cecina.

—¿Hay alguien entre tu gente que conozca a ese gigante ligio?

—Le conocían Atacino y Gulo, pero Atacino cayó ayer junto a la litera y a Gulo le maté yo.

—Qué lástima —dijo Petronio—; no sólo a ti, sino a mí también me llevó en sus brazos.

—Quería incluso manumitirle —respondió Vinicio—, pero eso ahora no importa. Hablemos de Ligia. Roma es un mar...

—En el mar, precisamente, se pescan las perlas... Por supuesto no la encontraremos ni hoy ni mañana, pero acabaremos encontrándola, seguramente. Tú, ahora, me culpas de haberte dado ese consejo: el consejo en

sí era bueno y se convirtió en malo cuando se echó a perder. Sin embargo, tú mismo le oíste decir a Aulo que tenía la intención de trasladarse a Sicilia. En ese caso la joven también se hallaría lejos de ti.

—Les habría seguido —contestó Vinicio—, y, en todo caso, no estaría en peligro. Pero ahora, si aquella criatura muere, Popea creará ella misma, y convencerá de ello al César, que ha muerto por culpa de Ligia.

—Así es. A mí eso también me inquieta. Pero es posible que esa pequeña se salve. Y si muriese, ya encontraríamos entonces un medio de escapar.

Aquí, Petronio meditó unos instantes y luego agregó:

—Dicen que Popea practica la religión de los judíos y cree en los espíritus malignos. El César es supersticioso. Si hacemos correr la noticia de que los espíritus han raptado a Ligia, esa noticia será creída, sobre todo sabiendo que ni el César ni Aulo Plaucio la han raptado. Ha desaparecido de un modo realmente misterioso. El ligo no puede haberlo efectuado él solo. Ha tenido que recibir ayuda, pero ¿cómo ha podido un esclavo reunir a tanta gente en un solo día?

—Los esclavos se ayudan mutuamente en toda Roma.

—Sí, más de uno lo ha pagado con su sangre. Ciertamente se apoyan, pero no unos contra otros. En ese caso era sabido que recaería el castigo y la responsabilidad sobre los tuyos. ¿Y si les sugirieses a tus esclavos la idea de los espíritus malignos?; asegurarán haberlos visto con sus propios ojos, porque eso les justificará ante ti. Como prueba, pregunta a cualquiera de ellos si no vio cómo se llevaban por los aires a Ligia: juraría por el escudo de Zeus que así había sucedido.

Vinicio, que también era supersticioso, miró a Petronio con súbita expresión de enorme terror.

—Si Urso no dispuso de gente que le ayudara, y no pudo raptarla él solo, ¿quién habrá sido capaz de hacerlo?

Petronio se echó a reír.

—Ves —dijo—; lo creerían, ya que tú mismo casi has llegado a creerlo. Así es nuestra sociedad, la que se ríe de los dioses. Se lo creerán y ya no seguirán buscándola. Entretanto, nosotros la llevaremos lejos de la ciudad, a cualquier casa de campo, tuya o mía.

—Pero ¿quién ha podido ayudarla?

—Sus correligionarios —contestó Petronio.

—¿Quiénes son? ¿Cuál es la deidad que ella adora? Debiera saberlo mejor que tú.

—Cada mujer de Roma adora a una deidad diferente. Es cosa segura que Pomponia la ha educado en la fe de la deidad que ella misma adora, pero cuál es ésta lo ignoro. Una cosa hay cierta, y es que nadie la ha visto ofrecer sacrificios a los dioses en ninguno de nuestros templos. Incluso fue acusada de cristiana, pero eso es imposible. Un tribunal doméstico la absolvió. Se dice de los cristianos que no sólo adoran la cabeza de un asno, sino que, además, son los enemigos del género humano y perpetran los crímenes más infames. Según eso, Pomponia no puede ser cristiana, porque su virtud es notoria, y, además, una enemiga de la raza humana no se portaría con los esclavos como ella se porta.

—En ninguna casa los tratan como en la de Aulo —interrumpió Vinicio.

—Ya ves. Pomponia me habló una vez de un Dios único, todopoderoso y clemente. Dónde ha enterrado a las demás deidades es cosa suya; baste saber que ese Logos no debe de ser muy poderoso; más bien debe de ser un Dios muy pobre, ya que no tiene más que dos adoradoras: Pomponia y Ligia y Urso, por añadidura. A menos que existan más adeptos y éstos hayan sido los que ayudaron a Ligia a fugarse.

—Su religión prescribe el perdón —dijo Vinicio—. Me encontré con Pomponia en los aposentos de Actea y me dijo: «Que Dios te perdone el daño que nos has hecho a nosotros y a Ligia».

—Se conoce que su Dios es una especie de curator muy bondadoso. ¡Ah!, pues que te perdone, y, para demostrártelo, te devuelva a la doncella.

—Le ofrecería mañana una hecatombe. No quiero comer, ni bañarme, ni dormir. Cogeré un manto y vagaré por la ciudad. Acaso la encuentre bajo algún disfraz. ¡Estoy enfermo!

Petronio le miró con aire compasivo. En efecto, tenía ojeras; sus pupilas brillaban febrilmente; la barba, sin afeitarse desde la mañana, subrayaba con una faja sombría sus mandíbulas enérgicamente pronunciadas; tenía el cabello en desorden, y realmente presentaba el aspecto de un hombre enfermo.

Iras y Eunice, la de los cabellos de oro, también le miraban con pena, mas él parecía no verlas. En verdad, ni él ni Petronio prestaban más atención a las esclavas que a unos perros que estuvieran dando vueltas alrededor de ellos.

—La fiebre te devora —dijo Petronio.

—Así es.

—Entonces, escúchame... No sé lo que te hubiera prescrito el médico, pero sé cómo me comportaría en tu lugar. Mientras aparece Ligia, trataría de llenar con otra el vacío que te ha dejado. He visto en tu casa de campo mujeres de cuerpos espléndidos. No me contradigas... Sé lo que es el amor y sé que

cuando se desea una mujer no se la puede sustituir por otra. Pero en una hermosa esclava quizá puedas hallar una distracción momentánea.

—No quiero —contestó Vinicio.

Mas Petronio, que tenía por él verdadera debilidad y que deseaba realmente suavizar sus sufrimientos, se puso a pensar la manera de conseguirlo.

—Quizá las tuyas no tengan para ti el encanto de la novedad —dijo al cabo de un momento.

Y entonces se puso a examinar alternativamente a Iras y a Eunice, y, finalmente, colocando su mano sobre la cadera de la griega de los cabellos de oro, dijo:

—Mira bien esta Gracia. Hace unos días Fonteyo Capiton el joven me ofreció a cambio de ella tres maravillosos mancebos de Clazomene. Ni el propio Escopas ha esculpido cuerpo más bello que el suyo. Ni yo mismo comprendo cómo he permanecido indiferente hasta ahora ante ella. No me ha retenido el pensamiento de Crisotemis. Pues bien: te la regalo, ¡llévatela para ti!

Mas cuando la rubia Eunice hubo escuchado esas palabras palideció instantáneamente, se volvió blanca como el papel, y mirando a Vinicio con ojos asustados pareció aguardar casi sin aliento su respuesta. Mas éste, irguiéndose de pronto y apretándose las sienes con las manos, comenzó a hablar rápidamente, como un hombre consumido por una enfermedad que no quiere oír hablar de otra cosa:

—¡No! ¡No! ¡No la quiero! ¡Ni quiero a otras!... Te lo agradezco, pero no acepto; voy a buscar a Ligia por toda la ciudad. Haz que me traigan una capa gálica con capucha. Iré más allá del Tíber... ¡Si consiguiera ver a Urso!...

Y salió rápidamente.

Petronio, dándose cuenta de que le era imposible estarse quieto, no intentó detenerle. Mas tomando la negativa de Vinicio por una repulsión temporal hacia las mujeres a excepción de Ligia, y no queriendo que su magnanimidad resultara inútil, volviéndose a la esclava dijo:

—Te bañarás, ungirás y vestirás y luego irás a casa de Vinicio.

Mas ella cayó de rodillas a sus pies y con las manos juntas le rogó que no la alejara de la casa. Ella no iría a casa de Vinicio. Prefería cuidar del fuego del hipocausto en casa de Petronio, a ser allí la primera de las sirvientas. No quería. ¡No podía! Y le imploraba que tuviera compasión de ella. Que la hiciera azotar diariamente con tal de no mandarla fuera de la casa. Y temblando como una hoja por el temor y la emoción le tendía las manos.

Petronio la escuchaba con asombro. Que una esclava se atreviera a pedir que la eximieran de cumplir una orden y dijera: «No quiero y no puedo», era algo tan insólito en Roma que Petronio, al principio, no podía dar crédito a sus oídos. Finalmente frunció el ceño. Era demasiado refinado para ser cruel. Sus esclavos, durante los momentos de diversión, gozaban de mayor libertad que otros, bajo la condición de servirle y de cumplir su voluntad como si fuera la de Dios. Pero en caso de desobediencia a estas dos obligaciones, no les escatimaba los castigos, que la costumbre general imponía en tales casos. Mas como no soportaba oposición alguna ni nada que turbara su tranquilidad, contempló un instante a la arrodillada muchacha y luego dijo:

—Llama a Teresias y vuelve con él.

Eunice se levantó temblorosa, con lágrimas en los ojos, y salió, volviendo al cabo de un rato con el jefe del atrium, el cretense Teresias.

—Llévate a Eunice —le dijo Petronio— y dale veinticinco azotes de manera tal que no le maltrates la piel.

Y dicho esto pasó a la biblioteca, y sentándose delante de una mesa de mármol rosa empezó a trabajar sobre su Festín de Trimalción.

Pero la fuga de Ligia y la enfermedad de la pequeña Augusta distraían demasiado su atención, así que no pudo trabajar durante mucho tiempo. Además, la enfermedad revestía especial importancia en este caso. Pensaba Petronio que si el César llegaba a creer que Ligia había hechizado a la pequeña Augusta, la responsabilidad podía recaer también sobre él, ya que a petición suya había sido llevada la doncella al palacio. Confiaba, sin embargo, en que a la primera entrevista que tuviera con el César sabría demostrarle lo absurdo de aquella suposición; y también contaba algo con cierta debilidad que por él sentía Popea, aunque la ocultaba cuidadosamente, pero no tanto que Petronio no hubiera llegado a adivinarla. Mas luego se encogió de hombros ante sus temores, decidió bajar al triclinium para tomar un refrigerio, y después ordenó que le condujeran de nuevo a palacio y más tarde al campo de Marte, y, finalmente, a casa de Crisotemis.

Pero a su paso en dirección al triclinium, y junto a la entrada del pasillo destinado a los sirvientes, vio en pie, junto a la pared, la delicada figura de Eunice en medio de otros esclavos, y olvidándose de que no había dado a Teresias más orden que la referente a los azotes, frunció de nuevo el ceño y le buscó con la mirada.

Al no hallarle entre los sirvientes se volvió a Eunice y le preguntó:

—¿Recibiste los azotes?

Ella se echó a sus pies por segunda vez, llevó a sus labios el borde de su

toga, y luego contestó:

—¡Oh! Sí, señor; los he recibido. ¡Oh! Sí, señor.

Su voz sonaba llena de alegría y agradecimiento. Era evidente que consideraba que los azotes sustituirían la marcha de la casa y que ahora ya podía quedarse. Petronio así lo comprendió, y admiró la vehemente resistencia de la esclava. Pero era demasiado hábil conocedor de la naturaleza humana para no adivinar que sólo el amor podía ser la causa de una resistencia semejante.

—¿Tienes algún amante en esta casa? —preguntó.

Y ella, alzando hacia él sus ojos azules llenos de lágrimas, contestó tan quedamente que apenas se la oía:

—Sí, señor...

Y con aquellos ojos, con aquel cabello de oro echado hacia atrás, con el temor y la esperanza pintados en el rostro, le miraba con expresión tan suplicante, que Petronio, que como filósofo había proclamado el poder del amor y como esteta adoraba todo lo que era belleza, sintió por ella una especie de compasión.

—¿Cuál de ellos es tu amante? —preguntó señalando a los sirvientes con la cabeza.

No hubo contestación a esta pregunta. Eunice inclinó el rostro hasta los pies de su amo y permaneció inmóvil.

Petronio miró a los esclavos, entre los que había dos jóvenes hermosos y buenos mozos, mas nada pudo leer en ninguno de los semblantes; por el contrario, todos tenían una extraña sonrisa; luego miró un instante más a Eunice, que seguía postrada a sus pies, y se marchó en silencio al triclinium.

Después del refrigerio ordenó que le condujeran a palacio, y a continuación a casa de Crisotemis, donde permaneció hasta muy entrada la noche. A su vuelta mandó llamar a Teresias.

—¿Recibió Eunice los azotes? —le preguntó.

—Sí, señor; pero no me permitiste que le maltratara la piel.

—¿No te di con respecto a ella alguna otra orden?

—No, señor —respondió alarmado el jefe del atrium.

—Está bien. ¿Cuál de los esclavos es su amante?

—Ninguno, señor.

—¿Qué sabes de ella?

Teresias se puso a hablar con voz insegura:

—Eunice nunca abandona por la noche el cubiculum donde duerme con la anciana Acrisona y con Ifida. Después de tu baño nunca permanece allí con los demás esclavos, que se burlan de ella y la llaman Diana.

—Basta —dijo Petronio—. Mi pariente Vinicio, a quien se la ofrecí hoy por la mañana, no ha querido aceptarla. Así que se quedará en casa. Puedes retirarte.

—¿Permites que te diga aún algo más sobre Eunice?

—Te he ordenado que me digas todo cuanto sepas.

—Toda la familia, señor, habla de la fuga de la doncella que debía ir a habitar la casa del noble Vinicio. Después de tu partida vino Eunice a verme y me dijo que conocía a un hombre que sería capaz de encontrarla.

—¡Ah! —dijo Petronio—. ¿Qué clase de hombre es éste?

—No le conozco, señor, pero he creído mi deber informarte.

—Está bien. Que ese hombre espere mañana en mi casa la llegada del tribuno, a quien rogarás en mi nombre que venga a verme mañana por la mañana.

El jefe del atrium se inclinó y salió.

Pero Petronio, involuntariamente, se puso a pensar en Eunice. Al principio le pareció completamente claro que la joven esclava deseaba que Vinicio recuperara a Ligia por la sola razón de no tener que ir a sustituirla. Luego le vino a la cabeza la idea de que el hombre que recomendaba Eunice bien pudiera ser su amante, y de pronto, esa idea le resultó desagradable. Ciertamente es que había una manera bien sencilla de enterarse de la verdad, que era hacer venir a Eunice. Mas ya era tarde.

Petronio se sentía cansado después de su larga visita a Crisotemis, y tenía prisa por dormir. Sin embargo, mientras se dirigía al cubiculum recordó, sin saber por qué, que Crisotemis tenía patas de gallo en los ojos. Pensó también que su belleza tenía más fama en Roma de lo que se merecía, y que Fonteyo Capiton, el que le había ofrecido tres muchachos de Clazomene a cambio de Eunice, pretendía efectuar una compra muy barata.

XIII

Al día siguiente, apenas acababa de vestirse Petronio en el unctuarium,

cuando llegó Vinicio, que había sido llamado por Teresias. Sabía que no había llegado novedad alguna de las puertas, y esta noticia, en vez de alegrarle, como prueba de que Ligia se encontraba aún en la ciudad, le hundió aún más, ya que comenzaba a sospechar que Urso podía haberla sacado fuera de la ciudad inmediatamente después del rapto y antes, por tanto, de que los esclavos de Petronio se pusieran a vigilar las puertas. Cierto es que en otoño, cuando los días eran más cortos, se cerraban las puertas bastante temprano, pero también las iban abriendo a las personas que salían, cuyo número era considerable. Asimismo se podía salir de la ciudad por otros medios que eran bien conocidos de los esclavos que querían huir de la ciudad.

Vinicio había enviado a sus hombres a todos los caminos que conducían a las provincias y había hecho saber a los guardianes de los pueblos de menor importancia que se otorgaría una recompensa por la captura de un par de esclavos fugitivos, para lo cual hizo una descripción detallada de Urso y de Ligia. Era dudoso que fuera posible alcanzarlos, pero, aunque así fuera, era poco probable que las autoridades locales se creyeran autorizadas a efectuar la detención de los fugitivos tan sólo en virtud de una orden de Vinicio que no viniera apoyada por el pretor. Mas ya era tarde para obtener dicha ratificación. Durante todo el día anterior, Vinicio, disfrazado de esclavo, había estado buscando a Ligia por todas las callejas de la ciudad, mas no logró descubrir el más leve indicio ni la más ligera huella de ella. Había visto a gente de la casa de Aulo, mas ellos también parecían buscar algo, lo que le confirmaba en la creencia de que Aulo no la había raptado e ignoraba igualmente lo que había sido de ella.

Así pues, cuando Teresias le anunció que había un hombre dispuesto a encontrarla, se apresuró a encaminarse a la casa de Petronio, y apenas le hubo saludado comenzó a hacerle preguntas sobre el hombre en cuestión.

—Ahora le vamos a ver —dijo Petronio—; se trata de un conocido de Eunice, que ahora mismo va a venir a colocar los pliegues de mi toga y nos dará sobre él informes más precisos.

—¿La que ayer querías regalarme?

—Sí, la que ayer rechazaste, por lo que te estoy agradecido, pues es la mejor vestiplica de toda la ciudad.

Apenas dicho esto, en efecto, llegó la vestiplica, y cogiendo la toga, que se hallaba doblada sobre una silla con incrustaciones de marfil, la desplegó para echarla sobre los hombros de Petronio. Tenía el rostro luminoso, apacible, y en sus ojos brillaba la alegría. Petronio la observó y le pareció muy bella. Después de algunos instantes, cuando le cubrió con la toga y empezó a colocársela, inclinándose algunas veces para alargar los pliegues, se dio cuenta de que sus brazos poseían un maravilloso color rosa pálido y su seno y sus

hombros reflejos de nácar o de alabastro.

—Eunice —dijo—, ¿está aquí el hombre de quien hablaste ayer a Teresias?

—Está, señor.

—¿Cómo se llama?

—Quilón Quilónides, señor.

—¿Quién es?

—Un médico, un sabio y un adivino que predice los destinos humanos y vaticina el porvenir.

—¿Te ha adivinado el porvenir?

—Sí, señor.

—¿Y qué te ha predicho?

—Que el dolor y la felicidad me saldrían al encuentro.

—Ayer hallaste el dolor, en manos de Teresias, y ahora debería llegarte la felicidad.

—Ya ha llegado, señor.

—¿Cómo?

Ella murmuró en voz baja:

—Me he quedado.

Petronio colocó su mano sobre su dorada cabeza.

—Hoy me has colocado muy bien los pliegues y estoy contento de ti, Eunice.

Al sentir ella su contacto, sus ojos se cubrieron de una niebla de felicidad y su pecho comenzó a agitarse rápidamente.

Petronio y Vinicio pasaron al atrium, donde los aguardaba Quilón Quilónides, que al verlos les hizo una profunda reverencia. A los labios de Petronio asomó una sonrisa al pensar en la suposición que había efectuado el día anterior, de que pudiera ser aquel hombre el amante de Eunice.

El individuo que se hallaba ante ellos no podía ser el amante de nadie. En aquella extraña figura se hallaban entremezclados lo repugnante y lo grotesco. No era viejo: en su sucia barba y su pelo rizado se advertían algunas canas. Tenía hundido el vientre y era cargado de hombros, de manera que al primer golpe de vista parecía jorobado. Sobre aquella especie de joroba se alzaba una cabeza grande con un rostro a la vez de mono y zorro y de mirada penetrante. Su tez amarillenta estaba salpicada de granos, y su nariz, totalmente cubierta

de ellos, parecía indicar una afición especial a la botella. Su descuidado traje, compuesto de una oscura túnica tejida con lana de cabra, y un manto de lo mismo lleno de agujeros eran indicio de una pobreza real o simulada. A su vista, acudió a la mente de Petronio el recuerdo del Tersites de Homero: así pues, contestando con un movimiento de la mano a su saludo, dijo:

—Salud, divino Tersites. ¿Qué tal los chichones con los que te obsequió Ulises en Troya, y qué hace él ahora en los Campos Elíseos?

—Noble señor —contestó Quilón Quilónides—, el más sabio de los muertos envía por mi conducto un saludo y un ruego al más sabio de los vivos, y es que recubra mis chichones con un manto nuevo.

—¡Por Hécate Triformis! —exclamó Petronio—. Esta respuesta bien merece un manto...

Mas Vinicio interrumpió impaciente esta conversación, preguntando bruscamente:

—¿Sabes con exactitud de lo que te vas a encargar?

—Cuando dos familias de dos nobles casas no hablan de otra cosa y Roma entera repite la noticia, no es difícil saberla —contestó Quilón—. Ayer por la noche fue raptada una doncella que había sido criada en casa de Aulo, cuyo nombre es Ligia, mejor dicho, Calina, y que tus esclavos conducían del palacio del César a tu insula. Yo, en cambio, me comprometo a hallarla en la ciudad, y en el caso poco probable de que hubiera salido de ella, a indicarte, noble tribuno, adónde ha huido y en qué lugar se oculta.

—Bueno —dijo Vinicio, a quien agradó la precisión de esta respuesta—. ¿Qué medios posees para ello?

Quilón sonrió astutamente.

—Los medios los posees tú, señor; yo sólo tengo el ingenio. Petronio sonrió también, ya que estaba plenamente satisfecho de su huésped.

«Este hombre es capaz de encontrar a la joven», pensó. Entretanto, Vinicio frunció el ceño y dijo:

—Desgraciado, si llegas a engañarme por codicia, ordenaré que te maten a palos.

—Soy filósofo, señor, y un filósofo no puede desear la recompensa que con tal magnanimidad acabas de prometerme.

—¡Ah! ¿Eres filósofo? —preguntó Petronio—. Eunice me había dicho que eras médico y adivino. ¿De dónde conoces a Eunice?

—Acudió en demanda de mi consejo, porque mi fama había llegado a sus

oídos.

—¿Qué remedio buscaba?

—Para el amor, señor; quería curarse de un amor no correspondido.

—¿Y conseguiste curarla?

—Hice algo más, señor, ya que le entregué el amuleto que asegura la reciprocidad. En Pafos, en Chipre, hay un templo, ¡oh señor!, en el cual se conserva un cinturón de Venus. Le he dado dos hilos procedentes de ese cinturón encerrados en una cáscara de almendra.

—¿Y te hiciste pagar bien por ello?

—La reciprocidad en el amor jamás se paga suficientemente, y yo, como carezco de dedos en mi mano derecha, estoy juntando dinero para comprar un esclavo que escriba mis pensamientos y se conserve así mi sabiduría para la Humanidad.

—¿A qué escuela perteneces, divino sabio?

—Señor, soy cínico porque llevo un manto agujereado; estoico, porque soporto la pobreza con paciencia, y peripatético, porque al no poseer litera voy a pie de una tienda de vinos a otra, y en el camino enseño a todo aquel que promete pagarme con un jarro de vino.

—Y ante el jarro, ¿te vuelves retórico?

—Heráclito dijo: «Todo es fluido». ¿Y acaso podrías tú negar, señor, que el vino es fluido?

—Y declaró también que el fuego era una divinidad, luego la divinidad irradia de tu nariz.

—Pero el divino Diógenes de Apolonia proclamaba que la esencia de las cosas es el aire, luego cuanto más templado sea el aire, más perfecto vuelve a los seres, y de los más calientes proceden las almas de los sabios. Y como los otoños son fríos, un sabio legítimo debería calentar su alma en vino. Porque tampoco puedes negar, señor, que un jarro, aun cuando estuviera lleno del jugo que se produce en Capua o Telesia, es capaz de llevar calor a todos los huesos del perecedero cuerpo humano.

—Quilón Quilónides, ¿cuál es tu patria?

—Nací en el Ponto Euxino. Procedo de Mesembría.

—¡Oh Quilón, eres grande!

—Y desconocido —añadió el griego melancólicamente.

Mas Vinicio se impacientaba de nuevo ante la esperanza que otra vez

brotaba en su alma. Hubiera querido que Quilón se hubiese puesto inmediatamente manos a la obra. Toda la conversación le parecía una pérdida de tiempo sin sentido, y estaba furioso con Petronio.

—¿Cuándo vas a comenzar la búsqueda? —preguntó, dirigiéndose al griego.

—Ya la he comenzado —respondió Quilón—. Y aunque ahora estoy aquí contestando a tus amables preguntas, prosigo la investigación. Sólo te pido que tengas confianza, respetable tribuno; debes saber que si se te hubiera perdido el cordón de tu sandalia sería capaz de hallar ese cordón o a la persona que lo hubiera recogido en la calle.

—¿Te has prestado ya anteriormente para servicios de ese género? —preguntó Petronio.

El griego alzó los ojos.

—Hoy día estiman tan poco la virtud y la sabiduría, que hasta un filósofo se ve obligado a buscar otros medios de subsistencia.

—¿Cuáles son los tuyos?

—Saberlo todo y proporcionar noticias a aquellos que lo deseen.

—¿Y quién te paga por ello?

—¡Ah señor!, necesito comprarme un escriba. De otra manera mi sabiduría perecerá junto conmigo.

—Si hasta ahora no has logrado reunir la cantidad suficiente para comprarte un manto nuevo, tus servicios no deben de ser tan extraordinarios.

—Mi modestia me impide sacarlos a relucir. Pero ten presente, señor, que ya no existen aquellos bienhechores que tanto abundaban en otros tiempos, a quienes les resultaba igual de agradable llenar de oro a quien les prestara un servicio, que tragarse una ostra de Puzol. No es que mis servicios sean pequeños, sino que la gratitud de los hombres es pequeña. En ocasiones, cuando se escapa un esclavo de valor, ¿quién es el que le encuentra, sino el único hijo de mi padre? Si sobre las murallas aparecen inscripciones sobre la divina Popea, ¿quién es el que señala a los autores de ellas? ¿Quién es el que denuncia lo que se dice en casa de los caballeros y de los senadores? ¿Quién es el que lleva las cartas que no se quieren confiar a los esclavos? ¿Quién es el que se entera de lo que se habla en las puertas de las barberías, y para quien no tienen secretos los taberneros y los panaderos, y en quien confían los esclavos? ¿Quién es el que conoce a fondo cada casa desde el atrium hasta el jardín? ¿Quién es el que sabe dónde están todas las calles y conoce cada calleja y cada escondrijo? ¿Quién es el que está al corriente de lo que se dice en los baños, en el circo, en el mercado, en las escuelas de esgrima, en las

ferias de esclavos y hasta en las arenas?

—Por los dioses. ¡Basta ya, noble sabio! —exclamó Petronio—, porque vamos a ahogarnos en tus servicios, en tus virtudes, en tu sabiduría y elocuencia. ¡Basta! Sólo queríamos saber quién eras y ya lo sabemos.

Pero Vinicio estaba satisfecho, pues pensaba que aquel hombre, igual que un sabueso puesto sobre la pista, no se detendría hasta haber descubierto el escondite.

—Bueno —dijo—, ¿no necesitas alguna indicación?

—Necesito armas.

—¿Qué clase de armas? —preguntó, asombrado, Vinicio.

El griego extendió una mano y con la otra hizo el ademán de contar dinero.

—Así son los tiempos, señor —dijo, suspirando.

—Entonces, eres el asno que quiere conquistar la fortaleza con la ayuda de sacos llenos de oro.

—Yo soy tan sólo un pobre filósofo, señor —respondió humildemente—; el oro lo tenéis vosotros.

Vinicio le arrojó una bolsa, que el griego cogió al vuelo, a pesar de faltarle realmente dos dedos de la mano derecha. Luego, levantando la cabeza, dijo:

—Señor, sé más de lo que tú te imaginas. No he venido aquí con las manos vacías. Sé que la doncella no fue raptada por Aulo, porque ya he hablado con sus sirvientes. Sé que no se encuentra en el Palatino, porque allí todos están ocupados con la enfermedad de la pequeña Augusta. Y es posible que adivine por qué para buscar a la muchacha recurras a mis servicios y no a los de los guardianes y los soldados del César. Sé que le facilitó la huida un esclavo procedente del mismo país que ella. No pudo encontrar ayuda entre los esclavos, porque todos ellos se mantienen unidos y no le hubieran prestado ayuda contra tus esclavos. Solamente sus correligionarios pudieron ayudarla.

—Escucha, Vinicio —interrumpió Petronio—. ¿No es eso, palabra por palabra, lo mismo que yo te he dicho?

—Ese es un honor para mí —dijo Quilón; y luego, dirigiéndose de nuevo a Vinicio, prosiguió—: Sin duda la doncella rinde culto a la misma divinidad que la más virtuosa de las romanas, la verdadera matrona, Pomponia. También he sabido que Pomponia Grecina fue juzgada en su propia casa por rendir culto a una especie de dios extranjero, mas no he logrado enterarme, por medio de sus esclavos, qué clase de dios era ése, y cómo se llamaban sus adeptos. Si consiguiera saberlo me iría con ellos, me convertiría en el más devoto de todos y me ganaría su confianza. Mas tú, señor, que como sé has

pasado unos días en casa del noble Aulo, puedes darme algún informe más sobre ese particular.

—No puedo —dijo Vinicio.

—Me habéis interrogado largo tiempo sobre varias cosas, nobles señores, y yo he contestado a vuestras preguntas; permitidme ahora que yo, a mi vez, os haga una. ¿No has visto, honorable tribuno, ninguna pequeña estatua, ninguna ofrenda, ningún signo ni ningún amuleto que llevaran a tu divina Ligia? ¿No les has visto dibujar algunos signos comprensibles para ellas solas?

—¿Signos?... Aguarda... ¡Sí! Una vez vi a Ligia dibujar un pez sobre la arena.

—¿Un pez? ¡Ah! ¡Oh! ¿Lo hizo una sola vez o varias veces?

—Una sola vez.

—¿Y estás seguro, señor, de que fue un pez lo que dibujó? ¡Oh!

—Así es —contestó interesado Vinicio—. ¿Adivinas lo que significa?

—¿Que si adivino? —exclamó Quilón, e inclinándose en señal de despedida, añadió—: ¡Que la Fortuna derrame igualmente sobre ambos toda clase de presentes, dignos señores!

—Manda que te entreguen un manto —le dijo Petronio cuando se marchaba.

—Ulises te da las gracias en nombre de Tersites —contestó el griego.

E inclinándose por segunda vez salió.

—¿Qué dices de este noble sabio? —preguntó Petronio a Vinicio.

—Digo que encontrará a Ligia —exclamó Vinicio con alegría—; pero también digo que si existiera un reino de pícaros, podría ser su soberano.

—Sin duda alguna. He de intimar más de cerca con ese estoico. Pero entretanto ordenaré que perfumen el atrio.

Quilón Quilónides, mientras, se envolvía en su nuevo manto y oprimía con la mano debajo de los pliegues la bolsa recibida de Vinicio y se recreaba con su peso y su retintín. Atravesó el pórtico de Livia, y al llegar a la esquina de Clivus Virbius torció en dirección al Suburra.

«Debo ir a casa de Esporo —se dijo— y escanciar un poco de vino en honor de la Fortuna. He hallado al fin lo que durante tanto tiempo he buscado. Es joven, apasionado, espléndido como las minas de Chipre y dispuesto a entregar la mitad de su fortuna por aquel pardillo ligio. Sin embargo, hay que ser precavido, porque su ceño no me augura nada bueno. ¡Ah! Hoy gobiernan

el mundo estos cachorros de lobo. Ese Petronio me inspira menos temor. ¡Oh dioses!, hoy día es más provechosa la tercería que la virtud. ¡Ah! ¿Conque te dibujó un pez sobre la arena? Si sé lo que significa, que me ahogue con un trozo de queso de cabra. Pero ya lo sabré. Como los peces viven debajo del agua, y buscar debajo del agua es más difícil que buscar sobre la tierra, ergo tendrá que pagarme el pez separadamente. Con otra bolsa como ésta podré arrojar estos andrajos de mendigo y comprarme un esclavo. ¿Mas qué me dirías, Quilón, si te aconsejara que compraras una esclava y no un esclavo?... ¡Te conozco! ¡Sé que consentirás!... Si fuera tan hermosa como Eunice, tú mismo te rejuvenecerías a su lado, y al mismo tiempo te proporcionaría una renta honrada y segura. Le he vendido a la pobre Eunice dos hilos de mi manto viejo. Es algo tonta; pero si Petronio me la ofreciera, la aceptaría... Sí, sí, Quilón, hijo de Quilón... Has perdido a tu padre y a tu madre... Eres huérfano; así que para tu consuelo cómprate siquiera una esclava. Como tendrá que vivir en alguna parte, Vinicio le alquilará una vivienda en donde tú también hallarás abrigo; tendrá que vestirse, así que Vinicio pagará su vestido, y como también tiene que alimentarse, pagará su sustento. ¡Oh! ¡Qué pesada es la vida! ¿Dónde están los tiempos en que por un óbolo se podía conseguir todas las habas con tocino que se pudiera abarcar con ambas manos, o un trozo de tripa de cabra, lleno de sangre, tan largo como el brazo de un muchacho de doce años?... Mas he ahí a ese ladrón de Esporo. En la taberna será más fácil enterarse de algo».

Diciendo esto entró en la taberna y pidió un jarro de tinto, mas reparando en la mirada de desconfianza que le dirigía el patrón, sacó una moneda de oro de la bolsa y, poniéndola sobre la mesa, dijo:

—Esporo, he trabajado hoy con Séneca desde el amanecer hasta el mediodía y he aquí con lo que me ha obsequiado mi amigo para el camino.

Los redondos ojos de Esporo se redondearon más aún a la vista del oro e inmediatamente estuvo el vino delante de Quilón. Éste, mojando en él un dedo, dibujó un pez sobre la mesa y dijo:

—¿Sabes lo que significa esto?

—¿Un pez? Pues un pez es... un pez.

—Eres tonto, a pesar de que añades tanta agua al vino, que podrías encontrar un pez en él. Esto es un símbolo que en el lenguaje de los filósofos significa la sonrisa de la Fortuna. Si lo hubieras adivinado tú también habrías podido hacer una fortuna. Respeta la filosofía, te digo, porque si no cambiaré de taberna, como desde hace algún tiempo me viene recomendando mi íntimo amigo Petronio.

XIV

Después de aquella entrevista transcurrieron varios días sin que Quilón se dejara ver en parte alguna. Vinicio, desde el momento en que por Actea supo que Ligia le amaba, sintió que su deseo de encontrarla aumentó cien veces más. Comenzó las pesquisas personalmente, ya que no quería solicitar la ayuda del César, que estaba sumido en la mayor incertidumbre por la enfermedad de la pequeña Augusta.

No sirvieron de nada los sacrificios efectuados en los templos, ni las plegarias, ni los ofrecimientos, ni la ciencia de los médicos, ni todos los remedios de los hechiceros, a los que se había acudido como recurso extremo. La criatura murió al cabo de una semana. Roma entera y la corte tomaron parte en el duelo. El César, que cuando el nacimiento de la niña se volvió loco de alegría, enloquecía ahora de desesperación. Se encerró en sus habitaciones durante dos días sin tomar alimento alguno. Y, a pesar de que en el palacio pululaba una muchedumbre de senadores y augustanos que se apresuraban a mostrar su pena y su adhesión, el César no quiso recibir a nadie.

El Senado se reunió en sesión extraordinaria, durante la cual la niña fallecida fue proclamada divina; se acordó erigirle un templo y nombrar un sacerdote especial para ella. En otros templos se ofrecieron nuevos sacrificios en honor de la muerta, se fundieron estatuas suyas con metales preciosos. El entierro constituyó una solemnidad enorme, durante la cual el pueblo admiró las ilimitadas muestras de dolor del César. Le acompañó en sus lágrimas, extendió las manos para recibir los regalos y se divirtió con aquel espectáculo extraordinario.

Petronio se alarmó con aquella muerte. Ya toda Roma sabía que Popea la atribuía a un hechizo. Con ella lo repetían los médicos, que de aquella manera justificaban la inutilidad de sus esfuerzos; los sacerdotes, cuyos sacrificios habían resultado impotentes; los hechiceros, que temblaban por sus vidas, y también el pueblo.

Petronio se alegraba de que Ligia hubiera huido, ya que no deseaba ningún mal a la familia de Aulo, y deseaba todo el bien posible para sí y para Vinicio. Por eso, cuando quitaron el ciprés que habían plantado delante del Palatino en señal de duelo, acudió a la recepción destinada a los senadores y a los augustanos, para darse cuenta de hasta qué punto Nerón había prestado oídos a los rumores que corrían sobre los maleficios y prevenir las consecuencias que pudiera acarrear aquello.

Como conocía a Nerón, suponía que éste, a pesar de no creer en los hechizos, aparentaría ahora que creía para engañar así a su propio dolor, para poder vengarse de alguien, y, finalmente, para salir al paso a la suposición de

que los dioses empezaban a castigarle ya por sus crímenes. Petronio no podía creer que Nerón amara verdadera y profundamente ni aun a su propia hija, y aunque la amara apasionadamente estaba seguro de que exageraba su dolor. Y no estaba equivocado. Nerón escuchaba con rostro de piedra, los ojos hundidos fijos en un punto, y era evidente que, aunque realmente sufría, pensaba al mismo tiempo cuál era el efecto que su dolor causaba en las personas presentes. Al mismo tiempo hacía el papel de Níobe y una verdadera exhibición de dolor paternal, como lo hubiera hecho un actor en la escena. Mas como era incapaz de mantenerse en la actitud de dolor silencioso, a veces hacía el ademán de arrojar sobre su cabeza un puñado de polvo, o gemía sordamente. Mas al ver a Petronio dio un salto y, con voz trágica, exclamó de manera que todos pudieran oírle:

—¡Ay!... ¡Tú eres el culpable de su suerte! Por tus consejos atravesó estos muros un espíritu maligno, que con una mirada arrebató la vida de su pecho. ¡Pobre de mí! Preferiría que mis ojos no hubiesen visto jamás la luz de Helios. ¡Pobre de mí!... ¡Ay!... ¡Ay!...

Y al elevar cada vez más la voz, ésta se quebró en un grito desesperado. Mas Petronio decidió en aquel instante jugárselo todo en un golpe de dados, y, extendiendo la mano, arrancó del cuello de Nerón un pañuelo de seda, que siempre solía llevar, y lo colocó sobre su boca.

—Señor —dijo solemnemente—. Quema Roma y el mundo entero para calmar tu dolor, mas consérvanos tu voz.

Se asombraron los presentes y se sorprendió el mismo Nerón durante un instante; sólo Petronio permaneció impassible. Demasiado bien sabía lo que hacía. Recordaba que Terpnos y Diodoro tenían la orden de cerrar la boca del César cada vez que éste levantara demasiado la voz y la pusiera en peligro.

—César —siguió diciendo con la misma seriedad y pesar—: Hemos tenido una pérdida inconmensurable. Déjanos que quede este tesoro como consuelo.

El rostro de Nerón se estremeció y de sus ojos brotaron lágrimas; luego, de pronto, apoyando sus manos contra los hombros de Petronio y dejando caer la cabeza sobre su pecho, empezó a repetir entre sollozos:

—Sólo tú entre todos has pensado en esto. ¡Sólo tú, Petronio, sólo tú!

Tigelino se puso amarillo de envidia.

Mas Petronio prosiguió:

—¡Márchate a Ancio! Allí vino ella al mundo, allí te inundó la alegría, allí recobrarás la calma. Deja que la brisa del mar refresque tu divina garganta y que tu pecho aspire el aire salino. Nosotros, tus fieles, te seguiremos a todas partes, y cuando hayamos mitigado tu sufrimiento con nuestra amistad, tú nos

tranquilizarás con tu canto.

—¡Sí! —contestó Nerón con tristeza—. Escribiré un himno en su honor y compondré su música.

—Y luego saldrás en busca del cálido sol de Baya.

—Y después, del olvido en Grecia.

—La patria de la poesía y del canto.

Y gradualmente, la expresión sombría y pétrea de su rostro fue modificándose, al igual que las nubes se disipan después de haber estado cubriendo el sol. E, inmediatamente, se entabló una conversación, si bien aún llena de tristeza, también llena de planes para el futuro, que trataba de viajes, de exhibiciones artísticas e incluso de recepciones que exigía la anunciada visita de Tyrdato, rey de Armenia.

Cierto es que Tigelino intentó poner sobre el tapete el tema de los hechizos. Mas Petronio, seguro ya de su victoria, aceptó sin vacilar el reto.

—Tigelino —dijo—, ¿crees tú que los hechizos pueden perjudicar a los dioses?

—El mismo César ha hablado de ellos —contestó el cortesano.

—El dolor era quien hacía hablar al César; pero ¿qué opinión tienes tú de ellos?

—Los dioses son demasiado poderosos para estar sujetos a los maleficios.

—¿Acaso pretenderías negar la divinidad del César y su familia?

—Peractum est! —murmuró Eprio Marcelo, que se hallaba al lado de ellos, repitiendo el grito que profería el pueblo cuando un gladiador en la arena había recibido un golpe tal, que ya no era necesario rematarle.

Tigelino se tragó su propio enfado. Desde hacía tiempo mediaba entre él y Petronio una gran rivalidad en lo que se refería a Nerón. Tigelino poseía la superioridad de que en presencia de Nerón apenas, o mejor dicho, no se cohibía nada. Sin embargo, hasta entonces, en cuantos encuentros habían tenido, le había vencido Petronio con su inteligencia e ingenio.

Así había sucedido esta vez. Tigelino se calló y se limitó a grabar en su mente a aquellos senadores y caballeros que, al retirarse Petronio al fondo de la sala, le habían rodeado inmediatamente, suponiendo que después de lo sucedido, sería, sin duda alguna, el favorito del César.

Cuando Petronio salió del palacio se dirigió a casa de Vinicio, y después de haberle referido lo sucedido con el César y Tigelino, dijo:

—No solamente he apartado el peligro de Aulo, de Pomponia Grecina y de nosotros, sino hasta de Ligia, a quien ya no buscarán más, aunque no sea más que porque he convencido a aquel mono con barbas de cobre de que haga un viaje a Ancio y desde allí pase a Baya o a Nápoles. Y lo hará. Sé que hasta ahora no se ha atrevido a exhibirse públicamente en el teatro y que desde hace tiempo piensa hacerlo en Nápoles. Luego sueña con Grecia, donde se propone cantar en las principales ciudades, y más tarde, con todas las coronas que le vayan a ofrecer los Graeculi, hacer una entrada triunfal en Roma. Durante ese tiempo podremos buscar a Ligia con tranquilidad y esconderla en un lugar seguro. Pero ¿cómo lo haremos? ¿Nuestro noble filósofo no ha vuelto todavía?

—Tu noble filósofo es un pícaro. ¡No! Aún no ha vuelto ni se ha dejado ver, ni se dejará ver más.

—Pero yo tengo un mejor concepto, si no de su honradez, de su inteligencia. Ya ha efectuado una vez una sangría en tu bolsa, y volverá, aunque no sea más que para hacerte una segunda.

—Que tenga cuidado, no vaya a hacerle yo una sangría a él.

—No hagas tal cosa; ten paciencia con él hasta que te hayas convencido claramente de su engaño. No le des más dinero; prométele una espléndida recompensa si te trae noticias ciertas. ¿Sigues investigando algo personalmente?

—Dos de mis libertos, Ninfidio y Demas, a la cabeza de sesenta y cinco hombres, la están buscando. Al esclavo que la encuentre le tengo prometida la libertad. Además, he enviado especialmente a todos los caminos que llevan a Roma para que pregunten en todas las posadas por el ligio y la doncella. Yo mismo sigo recorriendo la ciudad de día y de noche con la esperanza de un encuentro casual.

—Cuando sepas algo comunícamelo, pues he de marcharme a Ancio.

—Así lo haré.

—Pero si una mañana, al despertarte, se te ocurre pensar que por una muchacha no vale la pena pasar tantos sufrimientos y hacer tantas gestiones, vente a Ancio. Allí no faltan ni mujeres ni entretenimientos.

Vinicio se puso a dar paseos agitados por la habitación. Petronio le miró durante algunos instantes y, al fin, dijo:

—Dime con sinceridad, no como un apasionado que se mete una cosa en la cabeza y se excita a sí mismo, sino como un hombre sensato que responde a su amigo: ¿te sigue importando tanto Ligia?

Vinicio se detuvo un instante y miró a Petronio como si no le hubiera visto antes, y luego prosiguió sus paseos. Era evidente que se esforzaba por reprimir

un estallido. Mas luego, como consecuencia de un sentimiento de impotencia, de dolor, de cólera y una invencible nostalgia, brotaron de sus ojos dos lágrimas, que dieron la respuesta a Petronio con más fuerza que las palabras más elocuentes.

Reflexionó un instante y luego dijo:

—No es Atlas quien lleva el mundo sobre sus hombros, sino una mujer, que a veces juega con él como con una pelota.

—Así es —dijo Vinicio.

E iban a despedirse cuando, en aquel momento, un esclavo anunció que Quilón Quilónides aguardaba en el vestíbulo y rogaba ser admitido en presencia del señor.

Vinicio ordenó que le hicieran pasar inmediatamente, mas Petronio dijo entonces:

—¡Ah! ¿No te lo decía yo? Pero, por Hércules, conserva tu sangre fría, pues, de otra manera, va a manejarte él a ti y no tú a él.

—Salud y honor al noble tribuno del ejército y a ti, señor —dijo Quilón al entrar—. Que vuestra suerte alcance la altura de vuestra fama, y que ésta recorra el mundo entero desde las columnas de Hércules hasta más allá de las fronteras de los Arsácidas.

—Salud, legislador de la virtud y de la sabiduría —contestó Petronio.

Mas Vinicio preguntó con afectada calma:

—¿Qué es lo que traes?

—La primera vez, señor, te traje la esperanza, y ahora te traigo la seguridad de que la doncella será hallada.

—Lo que significa que hasta ahora no la has encontrado.

—No, señor, pero he descubierto lo que significa el signo que te hizo; sé quiénes son los hombres que la raptaron, y sé cuál es el dios entre cuyos adoradores hay que buscarla.

Vinicio hubiera querido saltar de la silla sobre la que estaba sentado de no haberle colocado Petronio una mano sobre el hombro, y volviéndose a Quilón dijo:

—Continúa.

—¿Estás completamente seguro, señor, de que la doncella trazó un pez sobre la arena?

—Sí —prorrumpió Vinicio.

—Entonces es cristiana, y fueron los cristianos quienes la han raptado.

Sobrevino un momento de silencio.

—Escucha, Quilón —dijo al fin Petronio—. Mi pariente te ha designado una suma considerable de dinero para que busques a la doncella, pero te destina una cantidad no menos respetable de azotes en el caso de que quisieras engañarle. En el primero de los casos podrás comprarte no sólo uno, sino tres escribientes; pero en el segundo caso, la filosofía de los siete sabios, unida a la tuya propia, no serán suficientes para servirte de unguento.

—La doncella es cristiana, señor —exclamó el griego.

—Reflexiona un momento, Quilón. Tú no eres un necio. Sé que Junia Silana, junto con Calvia Crispinilla, acusaron a Pomponia Grecina de ser adepta a la superstición cristiana, mas sé también que el tribunal doméstico la absolvió de aquella acusación. ¿Intentas, acaso, volver a levantarla? ¿Acaso quieres convencernos de que Pomponia Grecina y Ligia pertenecen al grupo de los enemigos de la raza humana, a los envenenadores de fuentes y pozos, a los adoradores de una cabeza de asno, a la gente que martiriza a los niños y se entrega al libertinaje más repugnante? Considera, Quilón Quilónides, si esa tesis que ahora estás desarrollando no corre peligro de rebotar en forma de antítesis sobre tu espalda.

Quilón extendió los brazos con un ademán como queriendo decir que la culpa no era suya, y luego dijo:

—Señor, pronuncia en griego la siguiente frase: «Jesucristo, hijo de Dios, Salvador».

—Bien, ya lo he hecho... ¿Y ahora qué?

—Toma ahora la primera letra de cada una de estas palabras y júntalas formando con ellas una sola palabra.

—¡Pez! —exclamó Petronio con asombro.

—He aquí por qué el pez se ha convertido en el emblema de los cristianos —replicó Quilón orgullosamente.

Siguió un momento de silencio. En las deducciones del griego había algo tan impresionante, que los dos amigos no podían contener su asombro.

—Inicio —preguntó Petronio—, ¿no te habrás equivocado? ¿Dibujó, realmente, Ligia un pez?

—¡Por todos los dioses infernales! ¡Esto es para volverse loco! —exclamó arrebatadamente el joven—; si hubiera trazado un pájaro hubiera dicho que era un pájaro.

—Luego es cristiana —repitió Quilón.

—Lo que significa —dijo Petronio— que Pomponia Grecina y Ligia envenenan las fuentes, asesinan a los niños que roban en las calles y se entregan al libertinaje. ¡Es una estupidez! Tú, Vinicio, estuviste durante algún tiempo en su casa; pero yo, aunque he estado allí poco tiempo, conozco lo suficiente a Aulo y a Pomponia Grecina e incluso conozco bastante a Ligia para repetir de nuevo: eso es una calumnia y una estupidez. Si el pez es el emblema de los cristianos (lo que realmente es difícil negar), y si ellas son cristianas, entonces, ¡por Proserpina!, seguramente no son los cristianos lo que a nosotros nos parecen.

—Hablas igual que Sócrates, señor —contestó Quilón—. ¿Quién ha examinado a un cristiano? ¿Quién conoce su doctrina? Cuando viajaba hace tres años desde Nápoles a Roma (¿por qué no me habría quedado allí?) se unió a mí un hombre, un médico llamado Glauco, de quien decían que era cristiano; a pesar de lo cual, me convenció de que era un hombre bueno y virtuoso.

—¿No habrá sido aquel hombre virtuoso el que te ha informado sobre el significado del pez?

—Desgraciadamente, no, señor. En una fonda del camino, alguien apuñaló a aquel honrado anciano; a su mujer e hijos se los llevaron unos mercaderes de esclavos, y por tratar de defenderlos perdí estos dos dedos. Mas como dicen que entre los cristianos no escasean los milagros, tengo la esperanza de que vuelvan a crecerme otros dedos nuevos.

—¡Cómo! ¿Te has hecho cristiano?

—Desde ayer, señor, ¡desde ayer! Lo ha efectuado el pez. Fíjate en el poder que tiene. Y dentro de algunos días seré el más ferviente de los devotos para que me inicien en todos sus secretos, y cuando lo hayan hecho, entonces sabré dónde se esconde la doncella. Quizá el cristianismo me sea más provechoso que mi filosofía. También he hecho un voto a Mercurio de ofrecerle dos terneras de la misma edad y del mismo tamaño, a las que doraré los cuernos, si me presta ayuda para encontrar a la doncella.

—¿De manera que tu cristianismo de ayer y tu antigua filosofía te permiten creer en Mercurio?

—Creo siempre en aquello que necesito creer; ésta es mi filosofía, que debiera ser agradable a Mercurio. Por desgracia, ya sabéis, nobles señores, lo suspicaz que es este dios. No confía ni siquiera en las promesas de los filósofos íntegros y prefiere recibir las terneras por adelantado, pero esto es un gasto enorme. No todos son Séneca, y no tengo dinero para esto; sin embargo, si quisiera el noble Vinicio darme algo a cuenta de la suma que me ha prometido...

—Ni un óbolo, Quilón —dijo Petronio—. La generosidad de Vinicio sobrepasará tus esperanzas, pero siempre y cuando Ligia haya sido hallada, o sea cuando nos indiques el lugar donde se oculta. Mercurio tiene que darte crédito por las dos terneras, aunque no me extraña que no tenga deseos de hacerlo, en lo que reconozco su inteligencia.

—Escuchadme, nobles señores. El descubrimiento que he efectuado es grande y, aunque hasta ahora no he hallado a la doncella, he descubierto la manera conveniente de buscarla. Vosotros habéis enviado libertos y esclavos a toda la ciudad y la provincia. ¿Habéis recibido hasta ahora de alguno de ellos la menor indicación? ¡No! Sólo yo os la he dado. Y aún diré más. Entre vuestros esclavos es posible que haya algunos cristianos; cosa que ignoráis, porque esa superstición se ha extendido por todas partes, y estos esclavos, en lugar de ayudaros, os traicionarán. Incluso no es conveniente que me vean aquí, y, por tanto, tú, noble Petronio, impón silencio a Eunice, y en cuanto a ti, no menos noble Vinicio, haz saber que vengo a tu casa a venderte un unguento para los caballos, que les asegurará la victoria en el circo... Yo la buscaré solo, y solo hallaré a los fugitivos. Vosotros tened confianza en mí y sabed que cuanto dinero reciba por adelantado sólo será para mí un estímulo, pues ello me dará una certidumbre mayor de que la prometida recompensa no se me escapará de las manos. ¡Ah! Sí, como filósofo, desprecio el dinero, a pesar de que ni Séneca, ni siquiera Musonio ni Cornuto lo desprecian, aun sin haber perdido los dedos en la defensa de nadie, y siendo capaces de escribir por sí solos sus nombres y legarlos a la posteridad. Pero, además del esclavo que quiero comprar y de Mercurio, a quien he ofrecido las dos terneras, y ya sabéis lo que ha subido el ganado, la investigación propiamente dicha impone muchísimos gastos. Mas escuchadme con paciencia. Desde hace algunos días tengo heridas en los pies de tanto caminar. He entrado en las tabernas para conversar con la gente, en las panaderías, en las carnicerías, en las tiendas de los vendedores de aceitunas y en las casas de los pescaderos; he estado en los escondrijos de los esclavos fugitivos, he estado en los lavaderos; en los secaderos, en los figones; he visto a los muleros y a los tallistas, he perdido cerca de cien ases jugando a la morra, he charlado con los vendedores de higos secos, he ido a los cementerios. ¿Sabéis por qué? Pues para dibujar en todas partes el pez, mirar a la gente en los ojos y escuchar lo que dijeran a la vista de este signo. Durante largo tiempo no conseguí averiguar nada, hasta que un día vi a un viejo esclavo junto a una fuente, de la que estaba sacando cubos de agua, y llorando... Entonces, acercándome a él, le pregunté cuál era la causa de sus lágrimas. Una vez que nos hubimos sentado en un escalón de la fuente me contestó que durante toda su vida había estado reuniendo sestercio tras sestercio para rescatar a su amado hijo; pero que un señor, un tal Pansa, cada vez que le veía el dinero se lo quitaba y conservaba a su hijo en la esclavitud. «Y por eso lloro —decía el viejo—. Por mucho que me digo: "Hágase la

voluntad de Dios", yo, pobre pecador, no puedo contener mis lágrimas». Entonces, como si me hubiera asaltado un presentimiento, mojando un dedo en el cubo de agua, le dibujé un pez. A lo que contestó: «Tengo puesta mi esperanza en Cristo». Y le pregunté: «¿Me has reconocido por el signo?». «Sí —me contestó—, y que la paz sea contigo». Entonces empecé a tirarle de la lengua, y el buen hombre me lo contó todo. Su amo, ese Pansa, es un liberto del gran Pansa y se ocupa del acarreo de piedras para Roma, que se efectúa a través del Tíber, y allí los esclavos y jornaleros las descargan de las embarcaciones y las transportan al pie de los edificios en construcción por las noches, para no obstruir el tráfico en las calles durante el día. Entre ellos hay muchos cristianos, y uno de ellos es su hijo; pero como el trabajo era superior a sus fuerzas, por eso quería su padre rescatarle. Mas Pansa había preferido quedarse con el dinero y con el esclavo. Y al decir esto se puso a llorar de nuevo, y yo, a mi vez, mezclé mis lágrimas con las suyas. Éstas acudieron fácilmente a mis ojos, a causa de lo bondadoso de mi corazón y de lo mucho que me dolían los pies por haber andado demasiado. Entonces empecé también a lamentarme porque, según dije, habiendo llegado hacía unos días de Nápoles, no conocía a ninguno de los hermanos y no sabía en qué lugar se reunían a orar juntos. Él se extrañó de que los cristianos de Nápoles no me hubieran dado cartas para sus hermanos de Roma, pero le expliqué que me las habían robado por el camino. Entonces me dijo que fuera al río por la noche y que me pondría en contacto con los hermanos. Estos, a su vez, me llevarían a las casas de oración y con los más ancianos que gobernaban la comunidad cristiana. Cuando hube escuchado esto me alegré de tal forma, que le di la suma necesaria para rescatar a su hijo, con la esperanza de que el espléndido Vinicio me devolvería doblada esa suma...

—Quilón —interrumpió Petronio—, en tu relato, la mentira flota sobre la superficie de la verdad como el aceite sobre el agua. Has traído noticias importantes, no lo niego. Aún más: llego hasta convenir en que se ha dado un gran paso en el rumbo que conduce al descubrimiento del paradero de Ligia; pero no vengas a mezclar con falsedades tus noticias. ¿Cómo se llama ese viejo por quien has sabido que los cristianos se reconocen entre sí valiéndose de un pez como signo?

—Euricio. ¡Un pobre hombre, un desgraciado! Me hizo recordar a Glauco, aquel a quien defendí de los asesinos, y me compadecí de él, principalmente por esa semejanza.

—Creo que, en efecto, has visto a ese hombre y podrás servirte de tus relaciones con él, pero no le has dado ningún dinero. No le has entregado ni siquiera un as, ¿me entiendes?

—Pero le ayudé a subir el cubo de agua y le hablé de su hijo con la más cordial simpatía. Sí, señor. ¿Qué puede escapar a la sagacidad de Petronio?

Pues bien: yo no le he dado dinero, mejor dicho, sí se lo he dado, pero en espíritu, en intención, lo que si hubiera sido él un verdadero filósofo debería haberle bastado. Se lo di porque comprendí que semejante acto era indispensable y útil; porque piensa, señor, cómo con este acto me he ganado la voluntad de todos los cristianos, me he franqueado el acceso a ellos y he conseguido su confianza.

—Es cierto —dijo Petronio— y era tu deber hacerlo así. —Precisamente por esta razón he venido a procurarme los medios para ello.

Petronio se volvió hacia Vinicio:

—Puedes ordenar que le cuenten cinco mil sestercios; pero sólo en espíritu, en intención.

—Te daré un joven —dijo Vinicio—, que irá contigo llevando la suma necesaria; dirás a Euricio que ese joven es tu esclavo, y entregarás al viejo, en presencia del mismo joven, el dinero. Y puesto que has traído nuevas de importancia, recibirás para ti una suma igual. Hoy, al anochecer, volverás por el joven y por el dinero.

—¡Tú eres un verdadero César! —exclamó Quilón—. Permíteme, señor, dedicarte mi trabajo; pero permíteme, asimismo, que esta noche vuelva yo tan sólo por el dinero, pues Euricio me ha dicho que todas las embarcaciones habían sido, ya descargadas y no vendrían otras de Ostia sino pasados algunos días. ¡Que la paz sea con vosotros! Así se despiden los cristianos. Yo me compraré una esclava, quiero decir un esclavo. A los pescados se los coge con anzuelo, y a los cristianos, con un pez. Pax vobiscum! Pax, pax!

XV

PETRONIO A VINICIO

Con un esclavo de confianza te envío, desde Ancio, esta carta. Espero que me contestarás sin tardanza, por el mismo mensajero, aunque tu mano esté más habituada a manejar la espada y la jabalina que la pluma. Te dejé sobre una buena pista y lleno de esperanza; pienso, pues, que ya habrás calmado tu pasión entre los brazos de Ligia, o bien que la calmarás antes que el soplo del invierno descienda de las cimas del Soracto sobre la Campania. ¡Mi querido Vinicio, que la dorada diosa de Chipre te dirija, y sé tú el maestro de esa aurora ligia que escapa delante del sol del amor! Acuérdate de que el mármol, aun el más precioso, nada es por sí mismo y no adquiere valor sino cuando la mano del estatuario lo ha transformado en una obra maestra. Sé tú este estatuario, amigo mío. La plebe también, y hasta los animales, experimentan el

placer; pero el hombre verdadero se distingue de ellos precisamente por su aptitud para mudar ese placer en un arte lleno de nobleza y apreciarlo como un don divino; así pues, no sólo su cuerpo, sino también su alma. A menudo, cuando pienso en la vanidad, en la incertidumbre, en el fastidio de nuestra vida, me pregunto si no has elegido tú la mejor parte, y si la guerra y el amor son únicamente las dos solas cosas para las cuales valga la pena haber nacido.

En la guerra, tú has sido afortunado, selo igualmente en el amor, y si sientes curiosidad por saber lo que ocurre en la corte del César, te informaré de cuando en cuando.

Henos, pues, instalados en Ancio, cuidando nuestra celeste voz y sintiendo siempre igual odio por Roma, hasta el punto de que formamos el proyecto de pasar el invierno en Baya y de aparecer en público en Nápoles, cuyos habitantes, por su calidad de griegos, saben apreciar mejor nuestros méritos que las tribus salvajes de la ribera del Tíber. Llegarán gentes de Baya, de Pompeya, de Putiola, de Cumas, de Estabies. No nos faltarán ni aplausos ni coronas: esto nos animará para nuestro viaje a Grecia.

¿Y el recuerdo de la pequeña Augusta? Sí, aún la lloramos. Cantamos himnos de nuestra composición, y tan maravillosamente, que, celosas las sirenas, se han ocultado en lo más profundo de los abismos de Anfitrite. Los delfines, por el contrario, nos escucharían con agrado si los rugidos del mar no se lo impidiesen. Nuestro dolor no se ha calmado aún y podemos exhibirlo en todas las actitudes que enseña la escultura. ¡Ah, querido! Moriremos metidos en pieles de bufones o comediantes.

Todos los augustanos están aquí, lo mismo que todas las augustanas, sin contar quinientas burras, en cuya leche se baña Popea, y diez mil servidores. Lucano dio un bofetón a Nigidia, movido por la sospecha de que tenga relaciones con un gladiador. Esporo jugó a su esposa a los dados con Senecio... y la perdió. Torcuato Silano me ha ofrecido por Eunice cuatro caballos castaños, que sin duda han de alcanzar este año el premio. ¡No he querido aceptar! Gracias a ti también porque no la aceptaste. En cuanto a Torcuato Silano, el pobre ni siquiera sospecha que, al presente, más que un hombre, es una sombra. ¿Y sabes tú cuál es su crimen? Es bisnieto del divino Augusto. No hay, pues, salvación para él. ¡Tal es nuestro mundo!

Como no ignoras, hemos estado esperando aquí a Tirdato; y, entretanto, Vologésio ha escrito una carta ofensiva. Porque ha conquistado Armenia pide que la cedan para Tirdato; de lo contrario, no la entregará en caso alguno. ¡Pura comedia! Así, pues, nos hemos decidido por la guerra. A Corbulón le serán otorgados poderes tan considerables como los que se otorgó a Pompeyo Magno en las guerras con los piratas. Hubo, sin embargo, un momento en que Nerón se mostró vacilante. Parecía abrigar temores por la gloria que ha de

alcanzar Corbulón en caso de victoria. Se pensó hasta en ofrecer el mando en jefe a nuestro Aulo. Pero a esto se opuso Popea, a quien es evidente que la virtud de Pomponia le hace el efecto de un grano de sal en el ojo.

Nos ha hablado Vatinio de una notable lucha de gladiadores que ha de verificarse en Benevento. Mira hasta dónde alcanzan los zapateros remendones en nuestros tiempos, a pesar de decir: *Ne sutor ultra crepidam!*. Vitelio es el descendiente, pero Vatinio es el hijo de un zapatero remendón. ¡Acaso él mismo habrá machacado suela en otros tiempos!

El actor Alituro representó ayer admirablemente el Edipo. Le pedí que me contestara, como judío que es, si los cristianos y los judíos son una misma cosa. Me respondió que los judíos tienen una religión eterna, pero que los cristianos forman una nueva secta que se ha levantado recientemente en Judea; que en tiempo de Tiberio, los judíos crucificaron a cierto hombre, cuyos prosélitos aumentan de día en día, y a quien los cristianos miran como Dios. Parece que se niegan a reconocer otros dioses, y especialmente a los nuestros. No sé en qué les perjudicaría el hacerlo.

Tigelino me demuestra ahora una abierta enemistad. Hasta aquí, la competencia para él es desigual; pero me aventaja en dos cosas: tiene más apego que yo a la vida y, al mismo tiempo, es un pícaro mayor, circunstancia esta última que le aproxima a Ahenobarbus. Ellos se entenderán tarde o temprano, y entonces soy hombre perdido. ¿Cuándo? No sé nada; pero, puesto que eso puede llegar, poco importa la fecha. Entretanto es preciso que nos divirtamos. La vida, por sí misma, no me sería muy desagradable si no fuese por nuestro Barbas de Cobre. Comparo la adquisición de sus favores a cualquier carrera del circo o a un juego, a una lucha, en la cual la victoria halaga el amor propio... Sin embargo, a veces me parece que soy una especie de Quilón, ni más ni menos. Cuando éste no te sea útil envíamelo, le he tomado gusto a su conversación sugestiva. Presenta mis saludos a tu divina cristiana, o, mejor dicho, ruégale en mi nombre que no sea un pez para ti. Háblame de tu salud, háblame de tu amor, sabe amar, enséñale lo que es el amor, y salud.

Vinicio a Petronio

Nada de Ligia hasta este momento. Si no fuese por la esperanza de encontrarla bien pronto no recibirías esta carta, porque cuando la vida nos disgusta no se sienten deseos de escribir. He querido comprobar si Quilón no me engañaba, y por la noche, que vino a buscar dinero para Euricio, me envolví en un capote militar y le seguí sigilosamente a él y al muchacho que le había dado. Cuando llegaron al lugar indicado, me puse a espiarlos de lejos, oculto tras un pilar del puerto, y pude convencerme de que Euricio no era un personaje imaginario. En la ribera, cerca del río, unas docenas de individuos

descargaban, a la luz de las antorchas, unas enormes piedras que sacaban de una balsa. Vi que Quilón se aproximaba a ellos, entablando conversación con un viejo que se echó a sus pies; los otros le rodearon dando gritos de sorpresa. A mi vista, mi joven esclavo entregó la bolsa de dinero a Euricio, que se puso a orar con las manos extendidas hacia arriba, en tanto que a su lado había arrodillada una persona, su hijo evidentemente. Quilón dijo algo que no pude oír y bendijo a los dos individuos que estaban de rodillas, como igualmente a los demás, haciendo en el aire algunos signos en forma de cruz; signos que, al parecer, aquéllos reverencian, pues todos se arrodillaron. Me sobrevino el deseo de reunirme con ellos y prometer tres bolsas iguales a la que había recibido Euricio, destinadas a la persona que entregase a Ligia; pero al punto me acometió el temor de malograr el trabajo de Quilón, y, después de reflexionar un momento, me dirigí a casa. Esto sucedió por lo menos doce días después de tu partida. Desde entonces, Quilón ha estado conmigo muchas veces; dice que se ha conquistado gran prestigio entre los cristianos; que si hasta ahora no ha podido encontrar a Ligia ello se debe a que los cristianos en Roma son innumerables; de ahí el que no todos conozcan a cada uno de la comunidad y no puedan estar en conocimiento de lo que en ella se haga. Son también muy cautelosos y, por lo general, reticentes. Me aseguró, no obstante, que cuando llegue a intimar con los más ancianos, llamados presbíteros, podrá quedar iniciado en todos sus secretos. Ya tiene establecidas relaciones con algunos y ha empezado las averiguaciones entre ellos, si bien con mucha prudencia, a fin de no despertar sospechas al poner en práctica un procedimiento precipitado que haría entonces más difícil el trabajo. Y aun cuando es duro esperar tanto, presiento que tiene razón y espero.

También ha descubierto Quilón que los cristianos tienen ciertos lugares de reunión, en donde se congregan a orar, lugares frecuentemente elegidos fuera de la ciudad, en casas vacías y hasta en los arenales. Allí adoran a Cristo, entonan himnos y celebran fiestas. Y hay muchos lugares de este género. Quilón supone que Ligia asiste intencionadamente a los que no frecuenta Pomponia, a fin de que ésta, en caso de cualesquiera informaciones judiciales, pueda jurar en conciencia que nada sabe acerca del sitio en donde Ligia se oculta. Es posible que los presbíteros le hayan recomendado el mayor sigilo. Cuando Quilón llegue a descubrir esos sitios iré con él; y si los dioses permiten que vuelva a ver a Ligia, te juro por Júpiter que no se escapará esta vez de mis manos.

Pienso continuamente en esos lugares de oración. Quilón quiere que yo no vaya con él; tiene miedo. Pero me será imposible permanecer en casa. Porque estoy seguro de conocer a Ligia inmediatamente, aun cuando vaya cubierta con un velo u oculta con un disfraz. Sé que se reúnen por la noche: mas yo, aun entre las sombras de la noche, la reconocería. Iré disfrazado, examinaré una por una todas las personas que entren y salgan. Pienso en ella todos los

instantes y he de descubrirla. Quilón vendrá mañana e iremos juntos. Llevaré armas. Algunos de los esclavos que mandé a las provincias han vuelto con las manos vacías. Pero ahora estoy cierto de que se halla en la ciudad, y acaso no muy lejos de mí. Yo mismo he visitado muchas casas so pretexto de alquilarlas. Ella vivirá a mi lado cien veces mejor. Donde actualmente se encuentra viven legiones de gentes desvalidas. Además, nada he de omitir en su obsequio. Me escribes que he hecho una elección acertada. Ya lo ves: he elegido el sufrimiento y el dolor. Iremos primero a las casas situadas dentro de la ciudad; después saldremos fuera de las puertas. La esperanza se cifra en algo nuevo cada mañana, de otra manera se haría imposible la existencia. Me dices que es necesario saber amar. Bien supe yo describir a Ligia mi amor. Pero ahora sólo sé pensar en ella; no hago otra cosa que mantenerme en espera de Quilón. La existencia se me hace imposible en mi propia casa. ¡Adiós!

XVI

Pero Quilón tardó algún tiempo en presentarse, hasta el extremo de que, por fin, Vinicio no supo a qué atribuir su ausencia. En vano se repetía a sí mismo que las pesquisas, para que pudieran alcanzar un éxito cierto y afortunado, deberían ser lentas. Su sangre y su índole impulsiva se rebelaban contra la voz de la razón. No hacer nada, esperar constantemente sentado y con los brazos cruzados era algo tan opuesto a su manera de ser, que no podía reconciliarse con semejante situación. Recorrer las calles de la ciudad disfrazado con un oscuro manto de esclavo había llegado a ser ya un recurso inútil y se le presentaba tan sólo como un simple pretexto para disimular su propia impotencia y, por tanto, no podía satisfacerle. Sus libertos, hombres experimentados a quienes había confiado el encargo de hacer pesquisas aisladamente, habían resultado cien veces menos hábiles que Quilón.

Y, entretanto, se levantaba dentro de su alma, junto a su amor por Ligia, la obstinación del jugador resuelto a ganar la partida. Vinicio había sido siempre así. Desde su primera juventud había llevado a cabo cuanto emprendiera con el apasionamiento de quien no conoce las contrariedades de la derrota ni concibe que se pueda renunciar a nada. Por espacio de algún tiempo, la disciplina militar había puesto límites a su voluntad; pero, asimismo, había afirmado en él la convicción de que toda orden que se diese a sus subordinados debía ser cumplida. Su prolongada permanencia en Oriente, en medio de gentes sumisas y habituadas a la obediencia, había confirmado en su ánimo la fe de que no era posible oponer a su «quiero» frontera alguna. Y, al presente, además, su vanidad herida sangraba dolorosamente. Había, por otra parte, algo incomprensible en la oposición y resistencia de Ligia y en su

misma fuga. Y la solución de este enigma turbaba horriblemente su cerebro.

Presentía que Actea había dicho la verdad, y que Ligia no era indiferente a su amor. Pero, si esto era cierto, ¿por qué había preferido una existencia miserable y errante a su amor, a su ternura y a la vida en una espléndida mansión? No hallaba contestación a tal pregunta, llegando tan sólo a una especie de vaga inteligencia de que entre él y Ligia, entre las ideas de ambos, entre el mundo en que vivían él y Petronio y el mundo de Ligia y Pomponia existía una incompatibilidad tan honda como un abismo, que nadie podía salvar. Y entonces le parecía que no le restaba sino renunciar a Ligia; y este pensamiento le hacía perder los restos de la serenidad en que Petronio deseaba que mantuviera su espíritu. Había momentos en los que ya no sabía si amaba a Ligia o la odiaba; únicamente comprendía que no tenía que recuperarla y prefería que se le tragara la tierra antes que no poder hallarla y hacerla suya.

Mediante el poder de su imaginación veía a la joven, en ocasiones, con tanta nitidez como si la tuviese ante sus ojos. Recordaba una a una todas las palabras que le había dirigido, y todas las que había escuchado de sus labios. La sentía cerca de sí, sobre su pecho, en sus brazos, y entonces, el deseo le envolvía como una llama abrasadora. La amaba y la nombraba continuamente. Y cuando pensaba en que era correspondido y en que podía ella calmar voluntariamente sus más ardientes anhelos, una angustia cruel y sin término se apoderaba de él, y una especie de ternura inenarrable rebosaba en su pecho como una onda poderosa.

Pero había también momentos en que palidecía de cólera y se gozaba en discurrir maneras de humillación y de tormento para Ligia cuando llegase a encontrarla. Entonces sólo pensaba en poseerla, ser el amo verdadero de una esclava que maltrataría a su antojo. Y luego se decía que si le dieran a elegir entre ser él esclavo de Ligia y no volver a verla jamás en la vida preferiría ser su esclavo.

Había días en que pensaba en las rojas huellas que el látigo habría de marcar en su carne sonrosada, y al mismo tiempo le sobrevenía un deseo avasallador de besar esas crueles marcas. Por instantes le asaltaba la idea de que al matarla se sentiría dichoso. En estas alternativas de tortura, cavilación, incertidumbre y sufrimiento iba perdiendo la salud y hasta su varonil hermosura. Se hizo un amo cruel e incomprensivo. Sus esclavos, y hasta sus libertos, se acercaban a él temblando; y como ahora caían sobre ellos inmerecidos castigos —tan despiadados como injustificables—, empezaron secretamente a odiarle, en tanto que él, comprendiendo esto y sintiéndose más y más aislado, se vengaba en ellos. Se contenía tan sólo con Quilón, temeroso de que pudiera éste interrumpir sus pesquisas. Y el griego, que lo notó, fue, de modo paulatino, ganando sobre él dominio y tornándose cada vez más exigente.

Al principio, en cada una de sus visitas, aseguraba a Vinicio que el asunto se llevaría a efecto de una manera fácil y rápida; luego empezó a descubrir obstáculos, y aun cuando continuó dándole seguridad acerca del éxito no le ocultaba ahora el hecho de que las pesquisas debían continuarse todavía por bastante tiempo. Por último, después de largos días de expectativa, llegó uno en que Quilón se presentó al joven con el semblante tan sombrío, que aquél, al verle, se puso pálido y, saltando de su asiento, apenas tuvo fuerza para preguntar:

—¿No está ella entre los cristianos?

—Sí está, señor —contestó Quilón—; pero también he hallado a Glauco, el médico, entre ellos.

—¿De qué estás hablando, y quién es ése?

—Has olvidado, señor, a lo que parece, al viejo con quien viajé de Nápoles a Roma, y en cuya defensa perdí estos dos dedos, mutilación que me tiene imposibilitado para escribir. Los ladrones que le arrebataron su mujer y su hijo le hirieron con un puñal. Yo le dejé agonizante en una fonda de Miturna y le había llorado por muerto durante mucho tiempo. Mas, ¡ay!, desgraciadamente estoy ahora convencido de que vive aún y pertenece a la comunidad cristiana de Roma.

Vinicio, que no podía comprender de qué se trataba, sospechó tan sólo que Glauco empezaba a ser una especie de obstáculo al descubrimiento de Ligia. Así pues, reprimió la cólera que empezaba a agitarle y dijo:

—Si le defendiste debiera él estarte agradecido y ayudarte ahora.

—¡Ah digno tribuno! Los dioses mismos no suelen ser siempre agradecidos, ¿qué podrá entonces aguardarse de los hombres? Efectivamente, Glauco ha debido sentir reconocimiento hacia mí. Por desgracia es hombre ya viejo, de cerebro débil, que han oscurecido la edad y las vicisitudes, razón por la cual no sólo no me conserva ninguna gratitud, sino que, según he sabido por boca de sus correligionarios, me acusa de complicidad con los ladrones aquellos y me considera el causante de sus infortunios. ¡Así me paga la pérdida de mis dedos!

—¡Bribón! Estoy seguro de que las cosas pasaron como las refiere él —dijo Vinicio.

—Entonces sabes más que él mismo, señor, porque Glauco solamente abriga sospechas de que así aconteció; lo cual, sin embargo, no le impediría congrega a los cristianos y vengarse de mí cruelmente. Y a no dudarlo habría hecho eso y encontraría quienes le ayudaran; pero afortunadamente no sabe mi nombre, y en el oratorio en que nos encontramos no reparó en mí. Sin

embargo, yo le reconocí al punto, y en el primer momento estuve tentado de echarle los brazos al cuello. Sin embargo, la prudencia y el hábito que tengo de pensar cada paso que doy me impidieron hacerlo. Así pues, al salir del oratorio, tomé informes de él de conocidos suyos, quienes me declararon que era el hombre que había sido traicionado por su compañero de viaje desde Nápoles a Roma... De otra manera no habría sabido yo que él cuenta semejante historia.

—¿Y qué me importa a mí todo eso? Dime qué viste en ese oratorio.

—Cierto es, señor, que a ti esto no te importa; pero a mí me concierne tanto como mi propia vida. Como deseo que mi sabiduría me sobreviva, preferiría renunciar a la recompensa que me has ofrecido antes que exponerla por el vano lucro, sin necesidad del cual yo, como verdadero filósofo, podré siempre vivir en persecución de la divina sabiduría.

Pero Vinicio se le acercó entonces con expresión siniestra en el rostro y le dijo con acento de mal reprimida cólera:

—¿Quién te ha dicho que podrías recibir la muerte de manos de Glauco antes que de las mías? ¿Qué sabes tú, perro, si no me viene el deseo de hacerte enterrar en el acto en mi jardín?

Quilón, que era un cobarde, miró a Vinicio, y en un abrir y cerrar de ojos comprendió que una sola indiscreta palabra más podría perderle sin remisión. Y entonces, con presuroso acento, exclamó:

—¡La buscaré, señor, y la encontraré!

Sucedió un breve silencio, durante el cual pudo escucharse la respiración agitada de Vinicio y el distante cantar de los esclavos que trabajaban en el jardín.

Sólo después de algunos instantes, cuando hubo notado que el joven patricio se había calmado un tanto, el griego prosiguió:

—La muerte ha pasado rozándome, pero la he contemplado con la serenidad de Sócrates. No, señor; yo no te he dicho que renuncio a seguir buscando a la doncella; simplemente deseaba comunicarte que mis pesquisas se hallan en la actualidad relacionadas con un gran peligro que me amenaza. Un tiempo dudaste que existiera en el mundo el tal Euricio, y aun cuando hubiste de convencerte por tus propios ojos de que el hijo de mi padre te había dicho la verdad, tienes hoy sospechas de que haya inventado a Glauco. ¡Ah! ¡Ojalá fuera ésta una simple ficción y pudiera yo mezclarme entre los cristianos con la seguridad más completa, como hasta hace poco, y a cambio de ello hasta daría esa pobre esclava vieja que hace tres días compré para que cuidara en mis últimos días de mi enfermiza persona! Pero Glauco vive, señor,

y si hubiese él reparado en mí una vez tan siquiera, no me habrías vuelto a ver tú, y en ese caso, ¿quién podría encontrar a la doncella? —aquí volvió a callar y empezó a enjugar sus lágrimas—. Y mientras viva Glauco —prosiguió diciendo—, ¿cómo habré de seguir buscándola? Porque puedo tropezar con él en cualquier paso que dé, y si le encuentro he de perecer, y con mi vida han de terminar mis pesquisas.

—¿Qué remedio hay? ¿Qué hacer? —le preguntó Vinicio.

—Aristóteles nos enseña, señor, que las cosas menores deben sacrificarse a las mayores, y el rey Príamo decía frecuentemente que la vejez era pesada carga. Y en verdad, la carga de la vejez y del infortunio pesa desde hace mucho tiempo sobre Glauco, y tan pesadamente, que la muerte sería para él una obra de caridad. Y, además, ¿qué es la muerte, según Séneca, sino una liberación?

—¡Deja esas bufonadas para usarlas con Petronio, no conmigo! Di abiertamente lo que desees.

—Si la virtud es bufonada permitan los dioses me convierta en un bufón para siempre. Lo que deseo, señor, es apartar a Glauco, pues mientras él viva, mi existencia y mis pesquisas corren incesante peligro.

—Alquila hombres para que le maten a palos; yo les pagaré.

—Te robarán, señor, y después se aprovecharán del secreto en provecho propio. Hay en Roma tantos malhechores como en el circo granos de arena; mas parece increíble lo caros que son cuando un hombre honrado necesita de su vil concurso. ¡No, digno tribuno! ¿Y si los guardianes sorprendieran a los asesinos in fraganti? Confesarían, sin lugar a duda, quién los mandaba, y entonces tendrías dificultades. A mí no me señalarían, porque no daré mi nombre. Mal haces al no confiar en mi perspicacia. Recuerdo que tengo asimismo en mira otras dos cosas: mi vida y la recompensa que me has prometido.

—¿Cuánto necesitas?

—Mil sestercios, porque fija tu atención en esto: yo debo buscar unos malhechores honrados, es decir, individuos que, una vez atrapado un anticipo de dinero, no se hagan humo con él sin dejar huella. ¡A buen trabajo, buena recompensa! Algo también podría agregarse en mi obsequio para enjugar las lágrimas de dolor que derramaré por la muerte de Glauco. Pongo a los dioses por testigos de lo mucho que le amo. Si hoy recibo mil sestercios, dentro de dos días su alma estará en el Hades, y entonces, si las almas conservan memoria y el privilegio del pensamiento, sabrá por primera vez cuánto le he amado. Puedo encontrar gente y advertirles de que les rebajaré cien sestercios desde mañana por la tarde por cada día de la vida de Glauco. Por otra parte, se

me ocurre una idea que me parece infalible.

Vinicio le prometió la suma deseada, prohibiéndole al mismo tiempo que volviese a mencionarle el nombre de Glauco. Le pidió enseguida otras noticias, ordenándole a la vez que le diera cuenta de cómo había empleado su tiempo y de lo que hasta entonces había visto y descubierto. Pero Quilón no tenía mucho que contar. Había estado en dos oratorios más, había observado con minuciosidad cada uno de sus asistentes, en especial a las mujeres, sin encontrar ninguna que se asemejara a Ligia. En cambio, los cristianos le miraban como a uno de los suyos, y desde el día en que había rescatado al hijo de Euricio le honraban como a hombre que seguía las huellas de Cristo.

También había sabido por ellos que un gran legislador de su doctrina, un tal Pablo de Tarso, se hallaba en Roma, encarcelado por causa de algunas acusaciones presentadas por los judíos, y había resuelto conocer a ese hombre. Pero lo que le tenía más complacido era la noticia de que el sumo sacerdote de toda la secta, el que había sido discípulo de Cristo, y al cual Este había confiado la jerarquía suprema en el mundo de los cristianos, llegaría a Roma de un momento a otro. Era evidente que todos los cristianos deseaban verle y escuchar sus enseñanzas. Se iban a suceder una serie de grandes reuniones, a las cuales él, Quilón, asistiría; y lo que valía más, como era fácil ocultarse en medio de la multitud, llevaría a Vinicio a sus reuniones.

Y entonces era seguro que Ligia sería encontrada. Y si se hacía a un lado a Glauco, esta empresa no envolvería grandes peligros. En cuanto a venganzas, también los cristianos las practicaban; pero, en general, parecían ser gentes pacíficas. Y aquí, Quilón empezó a referir cómo había notado, no sin sorpresa, que esas gentes no se entregaban a prácticas licenciosas, ni envenenaban los pozos ni las fuentes, ni eran enemigos de la raza humana, ni adoraban a un asno, ni comían carne de niño. No, nada de eso había visto él. Por cierto, creía que bien pudiese haber entre ellos individuos que estuvieran dispuestos a secuestrar a Glauco por dinero; mas, en cuanto a su religión, por ahora ya sabía de ella que no sólo no incitaba al crimen, sino que prescribía el perdón de las ofensas.

Vinicio recordó entonces lo que Pomponia Grecina le había dicho en presencia de Actea, y en general escuchó complacido estos informes de Quilón. Aun cuando sus sentimientos para con Ligia tomaban en ocasiones el semblante del odio, sentía una especie de alivio cuando oía decir que la religión que ella y Pomponia Grecina confesaban no era criminal ni repulsiva. Pero al propio tiempo surgía en su alma una especie de indefinible sentimiento de que precisamente era el amor reverencial a ese Cristo desconocido y misterioso el que había alzado una valla entre él y Ligia. Y entonces empezó a la vez a temer y a odiar esa religión.

XVII

Para Quilón era, en realidad, asunto de importancia el suprimir a Glauco, quien, aunque avanzado en años, en modo alguno podía conceptuarse como hombre decrepito. Había mucha verdad en lo narrado a Vinicio. Quilón, en un tiempo, había conocido a Glauco, le había traicionado y vendido a unos ladrones, privándole de su familia y hacienda y entregándole como buena presa de asesinos. El recuerdo de su traición no le pesaba demasiado. Y era natural que tuviera presentes estos sucesos, porque había sido él quien había abandonado agonizante al moribundo, no en una fonda, sino en un campo cercano a Miturna. Mas no había previsto una cosa: que Glauco lograría curarse de sus heridas y que llegaría hasta Roma. De manera que cuando le vio en el oratorio quedó verdaderamente sobrecogido de terror, y en el primer momento abrigó el propósito de abandonar sus pesquisas referentes a Ligia.

Pero Vinicio, por otra parte, le infundía aún más temor. Comprendía que le era forzoso elegir entre su miedo a Glauco y la persecución y venganza de un poderoso patricio, en cuyo auxilio habría de venir sin duda otro patricio aún más poderoso y grande: Petronio. En vista de lo cual, Quilón cesó en sus vacilaciones. Creyó preferible tener pequeños a grandes enemigos, y aun cuando su índole cobarde hacía que temblase un poco ante la perspectiva de los métodos sangrientos, reconocía la necesidad de matar a Glauco secundado por otras manos.

A la sazón, lo único que le preocupaba era la elección de la gente apropiada para el caso. Y esto era lo que acababa de comunicar a Vinicio.

Como pasaba la noche las más de las veces en las tiendas de vino, donde se hospedaba a menudo, alternando con hombres sin hogar, sin fe ni honor, podía fácilmente encontrar personas dispuestas a encargarse de cualquier vil faena; pero era más fácil aún que se encontrara con otras que, al columbrar dinero en su persona, darían comienzo a su ruina, y al recibir un anticipo exigirían luego la suma entera, con la amenaza de entregarle a la justicia. Además, a Quilón, desde hacía algún tiempo, le repugnaban el populacho, la gente sórdida y las terribles cataduras que tenían sus guaridas en las casas sospechosas del Suburra o el Transtíber.

Midiendo todas las cosas por el propio rasero y no habiendo profundizado suficientemente a los cristianos ni a su religión, juzgaba que también entre ellos le sería fácil hallar instrumentos pasivos. Y como le parecían más honrados que los otros, se decidió a utilizarlos con ese fin, presentándoles de tal manera el asunto, que se aviniesen a tomarlo a su cargo no sólo por el dinero, sino también por un móvil místico.

Por la tarde fue a ver a Euricio, de cuya adhesión cordial a su persona estaba seguro y que haría todo por ayudarle. Cauteloso por naturaleza, Quilón ni siquiera soñó en descubrirle sus verdaderas intenciones, las cuales, por otra parte, de serle conocidas, se presentarían en abierta oposición a la fe que el anciano tenía en la piedad, en la virtud y en el espíritu religioso de Quilón. Este deseaba encontrar gentes dispuestas a todo y presentarles el asunto de una manera que, por consideración a sí mismas, lo reservarían para siempre como un secreto.

El viejo Euricio, después del rescate de su hijo, arrendó uno de esos numerosos tenduchos que pululan en las inmediaciones del Circo Máximo, en los cuales vendía a los espectadores que acudían a las carreras aceitunas, judías, pastas sin levadura e hidromiel. Le encontró Quilón en la tienda arreglando sus efectos, y apenas le hubo saludado en nombre de Cristo empezó a tratar del asunto que le llevaba. Puesto que les había prestado un servicio, encontraba natural que le correspondieran con gratitud. Dijo que necesitaba dos o tres hombres fuertes y valientes para evitar un peligro que le amenazaba no sólo a él, sino a todos los cristianos. Él era pobre, ya que había dado a Euricio casi todo lo que poseía; mas estaba dispuesto a pagar a esos hombres sus servicios, si ellos, por su parte, confiaban en él y llevaban a efecto fielmente lo que se les ordenara.

Euricio y su hijo, Cuarto, escuchaban a su bienhechor casi de rodillas. Luego declararon ambos que se hallaban dispuestos a hacer cuanto les pidiera, creyendo por cierto que un hombre tan santo no podía aconsejarles nada contrario a la doctrina de Cristo.

Contestó Quilón que realmente así era y, alzando luego los ojos al cielo, pareció estar orando. En efecto, se hallaba a la sazón meditando si no sería más conveniente la decisión de Euricio y Cuarto, que bien podría economizarle el gasto de los mil sestercios. Pero, después de un momento, rechazó la idea. Euricio era hombre viejo y gastado, acaso más que por los años, por los trabajos y las enfermedades. Cuarto sólo tenía dieciséis años. Quilón necesitaba hombres diestros, y sobre todo robustos. En cuanto a los mil sestercios creía que, gracias al plan que había discurrido, podría economizarlos en gran parte.

Euricio y Cuarto insistieron por algún tiempo en ofrecerle sus servicios, mas en vista de su rotunda negativa hubieron de ceder.

—Yo conozco al panadero Demas, señor —dijo Cuarto—, en cuyos molinos tiene ocupados a muchos esclavos y trabajadores. Uno de estos últimos es tan fuerte que no vale por dos, sino por cuatro hombres. Yo mismo le he visto alzar del suelo piedras que cuatro hombres no habían podido ni siquiera mover.

—Si es hombre lleno de temor de Dios y dispuesto a sacrificarse por sus hermanos ponme en relación con él —dijo Quilón.

—Es cristiano, señor —respondió Cuarto—. La mayoría de los que trabajan en casa de Demas son cristianos. Tiene trabajadores de día y de noche; este hombre es de los últimos. Si fuésemos ahora al molino, los encontraríamos cenando y podrías hablar libremente con él. Demas vive cerca del Emporium.

Quilón consintió de muy buena gana. El Emporium se hallaba a los pies del Aventino y, por tanto, no muy lejos del Circo Máximo. Era posible, sin necesidad de rodear el monte, pasar a lo largo del río, por el Pórtico Emiliano, con lo que se acortaría considerablemente el camino.

—Como soy viejo —dijo Quilón, cuando se hallaban ya debajo de la columnata—, sufro a veces pérdida de memoria. Sí, nuestro Cristo fue traicionado por uno de sus discípulos; mas en este momento no recuerdo el nombre del traidor...

—Judas fue, señor; el que se ahorcó —contestó Cuarto, a quien no dejó de parecerle un tanto extraño el que fuera posible olvidar ese nombre.

—¡Oh, sí..., Judas! Gracias —dijo Quilón.

Y prosiguieron en silencio su camino durante algún tiempo. Cuando hubieron llegado al Emporium, que estaba cerrado ya, pasaron delante de los almacenes en los cuales se hacía la distribución de granos a la plebe y torcieron luego a la izquierda, frente a las casas que se extendían a lo largo de la Vía Ostiensis hasta el monte Testaceus y el Forum Pistorium.

Allí se detuvieron delante de un edificio de madera desde el interior del cual se oía el ruido de las piedras de molino. Cuarto entró, y entretanto, Quilón —que no deseaba dejarse ver ante muchas personas, pues le asaltaba incesantemente el temor de que alguna fatal coincidencia pudiera ponerle delante de Glauco, el médico— se quedó fuera.

«Tengo curiosidad por saber qué clase de individuo será ese Hércules que trabaja como molinero —se dijo, alzando la vista a la hermosa luna, que brillaba con luminoso fulgor—. Si es un pícaro y al mismo tiempo un hombre avisado, algo me costará; si es un cristiano virtuoso y tonto hará cuanto yo le pida gratuitamente».

En estas meditaciones fue interrumpido por el regreso de Cuarto, que salió del edificio en compañía de otro hombre, quien llevaba puesta solamente una túnica llamada exomis, cortada de tal manera que dejaba descubiertos el brazo y el costado derechos. Esos vestidos, que permitían una perfecta libertad de movimiento, eran usados especialmente por los trabajadores. Quilón, al

reparar en el hombre que se le acercaba, dejó escapar un suspiro de satisfacción, pues no había visto en su vida unos brazos ni un pecho semejantes.

—Aquí tienes, señor —dijo Cuarto—, al hermano a quien deseabas ver.

—¡La paz de Cristo sea contigo! —exclamó Quilón—. Y tú, Cuarto, di a este hermano si soy digno de fe y de confianza, y enseguida, en nombre del Señor, vuelve a tu casa, pues no hay necesidad de que tu encanecido padre permanezca solo.

—Éste es un santo varón —dijo Cuarto—, que dio cuanto poseía por rescatarme de la esclavitud, a mí, a un hombre que no conocía. ¡Que el Salvador, Nuestro Señor, le otorgue por ello una celestial recompensa!

Al oír esto, el gigantesco obrero se inclinó y besó la mano de Quilón.

—¿Cómo te llamas, hermano? —preguntó el griego.

—Padre, en el santo bautismo me dieron el nombre de Urbano. —Pues bien, Urbano, hermano mío: ¿tienes ahora tiempo para que hablemos tranquilamente?

—El trabajo da principio a medianoche, y ahora empiezan a prepararnos la cena.

—Entonces hay tiempo suficiente. Vámonos a la orilla del río; allí escucharás mis palabras.

Así lo hicieron, sentándose luego en el borde de piedra de la ribera, en medio de un silencio interrumpido tan sólo por el sonido lejano de las piedras del molino y el rumor de la corriente del río.

Quilón miró a la cara del obrero, quien, no obstante la expresión algo severa y triste que de ordinario se advertía en los semblantes de todos los bárbaros residentes en Roma, le pareció bondadosa. «Eso es —se dijo a sí mismo—, éste es un hombre bonachón y tonto que matará a Glauco sin interés alguno».

Luego le preguntó:

—Urbano, ¿amas a Cristo?

—Le amo con todo el corazón —dijo el obrero.

—¿Y a tus hermanos y hermanas y a los que te han enseñado la verdad y la fe en el Señor?

—También los amo, padre.

—Entonces, ¡que la paz sea contigo!

—¡Y contigo, padre!

Quilón permaneció algunos instantes con la vista fija en el astro de la noche, mientras con voz baja y reprimida iba rememorando la muerte de Cristo. Parecía no estar hablando a Urbano, sino como haciéndose a sí mismo el recuerdo de los episodios de esa muerte, o cual si estuviera descubriendo y confiando su secreto a aquella ciudad dormida.

Y había en esta escena algo a la vez impresionante, solemne y conmovedor. El obrero lloraba, y cuando Quilón empezó a gemir y a lamentarse de que en el momento de la muerte del Salvador no hubiese habido hombre alguno dispuesto a defenderle si no de la crucifixión, por lo menos de los denuestos de judíos y soldados, los puños gigantescos del bárbaro se crisparon a impulsos de la compasión y de una mal reprimida cólera. Se sintió hondamente conmovido ante la patética pintura de la muerte de Cristo; pero al pensar en la canalla que dirigía sus ultrajes al Cordero enclavado en la cruz, su alma sencilla se llenó de indignación, y al mismo tiempo se adueñó de él un salvaje deseo de venganza.

—Urbano, ¿sabes quién era Judas? —preguntó de repente Quilón.

—¡Sí, lo sé! ¡Sí, lo sé!... ¡Pero Judas se ahorcó! —exclamó el obrero.

Y en el tono de su voz se advirtió una especie de contrariedad ante la idea de que el traidor se hubiese aplicado a sí mismo el castigo y no fuera, por tanto, posible que él le hiciera perecer entre sus brazos.

—Pero y si no se hubiese ahorcado —continuó Quilón—, y si algún cristiano hubiera de encontrarse con él, en tierra o en mar, ¿no sería deber de ese cristiano tomar venganza por el tormento, la sangre y la muerte del Salvador?

—¿Y quién podría ser el que no tomara esa venganza, padre?

—¡Que la paz sea contigo, fiel siervo del Cordero! Ciertamente, es permitido olvidar las ofensas que se nos infieren; pero ¿quién tiene derecho a perdonar una ofensa hecha a Dios? Y así como la serpiente engendra otra serpiente, como del mal sólo el mal derivarse puede, y de la traición la traición, así de la ponzoña de Judas ha nacido otro traidor, y como aquél entregó el Salvador a los judíos y a los soldados de Roma, así este hombre, que vive entre nosotros, intenta entregar las ovejas de Cristo a los lobos, y si nadie logra anticiparse a la traición, si nadie aplasta a tiempo la cabeza de la serpiente, la destrucción nos aguarda a todos nosotros, y con nosotros perecerá la doctrina del Cordero.

El obrero miró a Quilón con aire de inmensa alarma y como si no comprendiese lo que acababa de escuchar. Pero el griego, cubriéndose la cabeza con un extremo de su manto, empezó a repetir con voz cavernosa que

parecía venir de ultratumba:

—¡Ay de vosotros, siervos del verdadero Dios! ¡Ay de vosotros, cristianos y cristianas!

Y de nuevo sobrevino el silencio, de nuevo se escuchó tan sólo el ruido de las piedras del molino, los rumores de los cantos de los molineros y el murmullo del río.

—Padre —preguntó al fin el obrero—, ¿qué clase de traidor es éste? Quilón bajó la cabeza.

—¿Qué clase de traidor? Un hijo de Judas, un hijo de su ponzoña, un hombre que pretende ser cristiano y acude a las casas de oración tan sólo con objeto de llevar al César quejas contra la hermandad, declarando que los cristianos no reconocen al César como dios, que envenenan fuentes, asesinan niños y desean destruir la ciudad hasta no dejar en ella piedra sobre piedra. ¡Mira! Dentro de pocos días se dará orden a los pretorianos de encarcelar ancianos, mujeres y niños y llevarlos luego al suplicio, tal como se hizo con los esclavos de Pedanio Segundo. Todo esto es obra de ese nuevo Judas. Pero si nadie castigó al primer traidor, si nadie tomó venganza en él, si nadie fue capaz de ofender a Cristo en la boca del tormento, ¿quién se encargará de castigar a éste? ¿Quién aplastará la serpiente antes que el César le preste oído? ¿Quién le aniquilará? ¿Quién defenderá del exterminio a nuestros hermanos y a la fe de Cristo?

Urbano, que hasta aquel instante había permanecido sentado sobre una piedra, se levantó de súbito y dijo:

—¡Yo, padre!

Quilón se alzó también, fijó un momento la vista en el rostro del obrero, que iluminaba los rayos de la luna, y enseguida, extendiendo el brazo, pasó lentamente la mano sobre la cabeza de Urbano y le dijo con acento solemne:

—¡Ve a reunirte con los cristianos, acude a las casas de oración y pregunta a los hermanos por Glauco el médico, y cuando te lo hayan señalado mátele enseguida, en nombre de Cristo!

—¿Glauco? —repitió el obrero, cual si deseara fijar ese nombre en la memoria.

—¿Le conoces?

—No. Hay miles de cristianos en Roma, y no todos se conocen entre sí. Pero mañana por la noche se reunirán en Ostrianum nuestros hermanos y nuestras hermanas, sin excepción alguna, porque ha llegado un apóstol de Cristo que viene a predicar. Allí, los hermanos me señalarán a Glauco.

—¿En Ostrianum? —repitió Quilón—. ¡Pero eso está fuera de las puertas de la ciudad! Los hermanos..., ¿todas las hermanas?... ¿Por la noche? Fuera de las puertas de la ciudad, ¡en Ostrianum!

—Sí, padre; ése es nuestro cementerio y está situado entre las Vías Salaria y Nomentana. ¿Acaso no sabías que el gran apóstol irá allí a predicar?

—He estado fuera de casa dos días, por esto no he recibido su epístola, y no sé dónde está Ostrianum, pues no hace mucho tiempo que llegué aquí procedente de Corinto, donde me hallo encargado de la dirección de una comunidad cristiana. Pero, como bien dices, allí encontrarás a Glauco entre los hermanos y le matarás en el camino de regreso a la ciudad. Por ello te serán perdonados todos tus pecados. ¡Y ahora, que la paz sea contigo!

—Padre...

—Te escucho, siervo del Cordero.

En el semblante del obrero se advertía una expresión de perplejidad. No hacía mucho tiempo había él matado a un hombre, acaso a dos; pero la doctrina de Cristo prescribe no matar. Él no los había matado en defensa propia, porque hasta eso estaba prohibido. No los había matado, ¡no lo permitiera Dios!, por lucro... El mismo obispo le había suministrado algunos hermanos para que le ayudaran, pero sin permitir matarle. Había matado sin querer, contra su voluntad, inadvertidamente, porque Dios le había castigado al dotarle de tanta fuerza física, y ahora lo estaba expiando duramente... Otros obreros cantaban en el molino; pero él, hombre pecador y desgraciado, se pasaba las horas pensando en su delito y en la ofensa que con él había inferido al Cordero... ¡Cuánto había orado! ¡Cuántas veces había implorado el perdón del Cordero! Y parecía que todavía no había hecho en descargo de su culpa la penitencia proporcionada a ella. Ahora acababa de prometer nuevamente matar al traidor... ¡y había hecho bien! Sólo se le había prescrito perdonar las ofensas que a él mismo le hicieran; sí, pues, mataría a Glauco, aun cuando fuese ante los ojos de todos los hermanos y hermanas que se hallaran en Ostrianum al día siguiente. Pero desearía que Glauco fuese previamente condenado por los hermanos más ancianos, por el obispo o por el apóstol. Matar no era para él una gran cosa, y matar a un traidor le parecía tan agradable como matar a un oso o a un lobo. Mas ¿y si Glauco parecía inocentemente? ¿Cómo gravar su conciencia con un nuevo asesinato, un nuevo pecado, una nueva ofensa contra el Cordero?

—No hay tiempo para abrir un juicio, hijo mío —respondió Quilón—. El traidor se apresurará a encaminarse directamente desde Ostrianum hasta Ancio, donde se halla el César, o se ocultará en la casa de cierto patricio a quien sirve. Te daré un signo; si te presentas después de la muerte de Glauco, el obispo y el gran apóstol bendecirán tu acción.

Y al decir esto sacó de su bolsillo una pequeña moneda y empezó a buscar en su cinturón un cuchillo. Con la punta de éste grabó en el sestercio la señal de la cruz. Entregó esta moneda al obrero y le dijo:

—Ésta es la sentencia de Glauco y el signo para ti. Si lo presentas al obispo después de la muerte del traidor se te perdonará también el otro crimen que cometiste contra tu deseo.

El obrero extendió involuntariamente la mano para recibir la moneda; pero, como conservaba muy fresco en la memoria su primer asesinato, experimentó una sensación de terror y dijo con voz casi suplicante:

—Padre, ¿tomarás tú este hecho sobre tu conciencia? ¿Has oído tú mismo a Glauco traicionar a sus hermanos?

Quilón comprendió que le era necesario dar pruebas, mencionar nombres, pues de otra manera la duda podría introducirse en el ánimo del gigante. Y casi repentinamente, un pensamiento oportuno cruzó por su cerebro como un relámpago.

—Escucha, Urbano —dijo—. Yo vivo en Corinto, pero procedo de Cos, y aquí, en Roma, instruyo en la religión de Cristo a una doncella de mi país llamada Eunice. Ésta sirve en calidad de vestiplica en casa de un amigo del César, un tal Petronio. En esa casa he sabido cómo Glauco se ha comprometido a traicionar a todos los cristianos y, además, ha prometido a Vinicio, que es otro de los confidentes de que se sirve el César, encontrar entre los cristianos y entregarle a una cierta doncella.

Aquí se detuvo y miró con sorpresa al obrero, cuyos ojos chispearon repentinamente, como si fueran los de una fiera, en tanto que en su rostro se pintaba una expresión de ira salvaje y de amenaza.

—¿Qué te sucede? —preguntó Quilón, aterrorizado.

—Nada, padre; mañana mataré a Glauco.

El griego guardó silencio. Un momento después tomó del brazo al obrero, le hizo volverse de manera que la luna diera de lleno en su semblante y le examinó con cuidado.

Evidentemente se estaba librando en su interior una lucha acerca de si llevaría más adelante sus preguntas y haría plena luz en el asunto, o si por el momento se mostraba satisfecho con lo que había oído y sospechado.

Por fin prevaleció su ingénita prudencia. Respiró hondamente una y otra vez, y luego, volviendo a colocar su mano sobre la cabeza del obrero, le preguntó con voz enfática y solemne:

—¿En el santo bautismo te dieron el nombre de Urbano?

—Sí, padre.

—Entonces, Urbano, ¡que la paz sea contigo!

XVIII

PETRONIO A VINICIO

Tu caso es malo, carissime. Se conoce que Venus ha perturbado tus ideas y te ha privado de la razón y la memoria, como también de la facultad de pensar en otra cosa que en el amor. Lee alguna vez tu contestación y mi carta y verás cuán indiferente se muestra tu espíritu a todo lo que no sea Ligia, cuán exclusivamente se halla ocupado en ella, cómo a ella vuelve siempre y se mantiene y da vueltas a su alrededor, como un halcón sobre la presa que ha elegido. ¡Por Pólux! Encuéntrala pronto, porque si no, la parte de tu ser que el fuego no haya reducido a cenizas se transformará en la esfinge egipcia que, enamorada, según se dice, de la pálida Isis, se volvió indiferente y sorda a todo, limitándose tan sólo a esperar las noches para poder en ellas mirar a su amada con sus ojos de piedra.

Recorre disfrazado la ciudad en las noches, ve si quieres también a honrar con tu presencia los oratorios de tu filósofo. Todo cuanto sirve para alimentar las esperanzas y matar el tiempo es digno de encomio. Pero si estimas en algo mi amistad, en obsequio a ella ten presente esto: Urso, el esclavo de Ligia, es evidentemente un hombre de fuerza no común. Así pues, alquila a Crotón y haced las excursiones juntos los tres; será eso más razonable y más seguro. Puesto que Pomponia Grecina y Ligia se hallan entre los cristianos, es cosa cierta que éstos no han de ser los pícaros que imaginan la mayor parte de las gentes. Pero cuando se trate de una oveja de su rebaño no bromean, como lo demostraron al arrebatarte a Ligia. Cuando llegues tú a ver a ésta, sé muy bien que no podrás dominarte y tratarás de llevártela en el momento mismo. Pero ¿cómo podréis hacerlo tú y Quilónides? Crotón sería un auxiliar útil, aun cuando diez ligios como Urso la protegieran. No permitas que Quilón se aproveche de ti, pero tampoco economices dinero tratándose de Crotón. De todos los consejos que pudiera darte, éste es el mejor.

Aquí han dejado ya de hablar de la pequeña Augusta o de sostener que pereció por causa del maleficio. Popea lo recuerda a veces todavía; pero el ánimo del César se halla como ocupado en otras cosas. Por otra parte, si es cierto que la divina Augusta ha vuelto a quedar embarazada, la memoria de la niña se borrará sin dejar huella.

Llevamos ya algunos días en Nápoles; mejor dicho, en Baya Si eres

todavía capaz de pensar, estoy cierto de que a tus oídos habrán llegado ecos de la vida que aquí llevamos, porque es seguro que en Roma no han de hablar hoy de otra cosa. Nos trasladamos directamente a Baya, en donde al principio nos vimos invadidos por los recuerdos de la madre y los remordimientos de la conciencia.

Pero ¿sabes tú hasta dónde ha llegado Ahenobarbus ya? Pues hasta eso: que aun el asesinato de su madre se le antojó hoy tan sólo un tema para hacer versos y un motivo para escenas trágicobufas. Anteriormente sentía verdaderos remordimientos y los gemía, como cobarde que es. Pero ahora, cuando se halla convencido de que la tierra sigue como antes bajo sus pies, y de que ningún dios se ha vengado, finge esos remordimientos tan sólo para conmover a las gentes por su suerte. A veces, por la noche, salta de su cama declarando que las Furias le persiguen; nos despierta, mira a su alrededor, toma las actitudes del mal comediante, declama versos griegos y nos observa para ver si le admiramos. Y le admiramos, al parecer, y en vez de gritarle: «¡Vete a dormir, bufón!», nos elevamos también hasta el diapasón de la tragedia y nos consagramos a proteger al gran artista contra las Furias. ¡Por Cástor! A lo menos esta noticia habrá llegado a tus oídos, que se ha presentado al público de Nápoles y de los alrededores. Trajeron de la ciudad y de las poblaciones de los alrededores a todos los truhanes griegos que pudieron encontrar, los cuales llenaron el recinto de la arena con tan infame olor a sudor y ajos, que doy gracias a los dioses porque en vez de sentarme con los augustanos en las primeras filas, me quedé acompañando a Ahenobarbus detrás de la escena. ¿Y querrás creer que tenía miedo? ¡Miedo de verdad! Me tomó la mano y la colocó sobre su corazón, que latía realmente con pulsaciones aceleradas; su respiración se hizo más corta, y en el momento en que debía presentarse en escena, se puso tan pálido como un pergamino y su frente se cubrió de gruesas gotas de sudor. Y, sin embargo, estaba viendo que en cada fila de asientos había pretorianos armados de bastones y dispuestos a provocar el entusiasmo, si llegaba a ser necesario. Mas no fue necesario apelar a ese recurso. Ningún hato de monos de los alrededores de Cartago podría haber aullado más y mejor que toda esa canalla. Te repito que el olor a ajos trascendió hasta la escena; pero Nerón saludaba, se llevaba la mano al corazón, enviaba besos a la concurrencia y derramaba lágrimas. Enseguida corrió, tambaleándose como un ebrio, hacia nosotros, que le aguardábamos detrás de la escena, y exclamó: «¿Qué son los demás triunfos comparados con este triunfo mío?». Pero la canalla seguía, entretanto, aullando y aplaudiendo, cierta como se hallaba de que lo aplaudido por ella se traduciría en favores y en banquetes y donativos o billetes de lotería y en una nueva exhibición del César-bufón.

Y no me extrañaron sus aplausos, porque semejante espectáculo no había sido visto antes de aquella ocasión. Y a cada momento Nerón repetía: «¡Mira

lo que son los griegos! ¡Mira lo que son los griegos!». Desde esa noche, me parece que ha ido aumentando su odio a Roma. Entretanto, se enviaron apresuradamente correos especiales a la capital para anunciar el triunfo, y estamos esperando recibir uno de estos días la acción de gracias que ha de tributarnos el Senado. Inmediatamente, después de la representación de Nerón, ocurrió aquí un extraño suceso. El teatro se desplomó de súbito, pero justamente después que toda la concurrencia se había retirado. Me hallé presente entonces y pude ver que ni un solo cadáver fue extraído de las ruinas. Muchos, aun entre los griegos, creen ver en este acontecimiento la cólera de los dioses por haber sido degradada la dignidad del César; éste, por el contrario, encuentra en él de manifiesto el favor de los dioses, quienes han tomado evidentemente bajo su protección el canto suyo y a todos los que le escuchaban. De aquí han resultado ofrendas en todos los templos y grandes acciones de gracias. Pero Nerón ahora tiene grandes deseos de emprender el viaje hacia Acaya. No obstante, hace algunos días me dijo que tenía sus dudas acerca de lo que diría el pueblo romano; que bien podría sublevarse por amor a él y, además, por temor de que llegaran a faltarles los acostumbrados juegos y distribuciones de cereales en caso de una ausencia mayor del César.

»Vamos, sin embargo, a Benevento a presenciar la magnificencia chapucera de la exhibición que Vatinio nos tiene preparada, y de allí seguiremos a Grecia, bajo la protección de los divinos hermanos de Helena. Por lo que a mí respecta, he notado una cosa: que cuando un hombre se halla entre locos, se vuelve loco él mismo y encuentra cierto encanto en las locuras de los insanos. Grecia y el viaje en mil naves; una especie de entrada triunfal de Baco entre ninfas y bacantes coronadas de mirtos, pámpanos y madreselvas; carros tirados por tigres; flores, tirsos, guirnaldas, gritos de Evohé!, música, poesía y aplausos a Hellas. Todo esto me parece bien, pero nosotros acariciamos además algunos proyectos de mayor atrevimiento. Deseamos crear una especie de Oriental Imperium, un imperio de palmeras, de sol, de poesía, de realidad convertida en sueño, y de realidad que tienda sólo al disfrute de las delicias del vivir. Deseamos olvidar a Roma, fijar el eje del mundo en algún punto situado entre Grecia, el Asia y Egipto; vivir no la vida de los hombres, sino la vida de los dioses; no saber qué cosa es la vulgaridad; vagar en doradas galeras bajo la sombra de velas de púrpura a lo largo del archipiélago; ser a la vez Apolo, Osiris y Baal en una persona; ser rosado con la aurora, dorado con el sol, plateado con la luna; mandar, cantar, soñar. ¿Y querrás creer que aunque poseo un sestercio de sentido común y un as de juicio, me dejo seducir por tales fantasías, que, aunque imposibles, son por lo demás grandes y extraordinarias?... Sería un imperio de ensueño, que pasados los siglos parecería una leyenda. A menos que Venus tomara la apariencia de una Ligia o por lo menos de una esclava como Eunice y la vida se adornara con el arte, ésta resultaría vacía y tomaría la mayoría de las veces la apariencia

del rostro de un mono.

Pero Barbas de Cobre no logrará llevar a cabo sus planes, siquiera sea por esta causa: que en su fabuloso reinado de poesía y de oriental poderío no hay sitio para la traición, la vileza y la muerte, y porque en él y por entre sus actitudes de poeta se advierte al detestable cómico, al torpe auriga y al frívolo tirano. Entretanto, estamos ahogando a todo aquel que en alguna forma nos causa desagrado.

El pobre Torcuato Silano ya no es hoy sino una sombra: se abrió las venas hace pocos días. Lecanio y Licinio aceptan con terror el consulado. El viejo Tráseas no ha de escapar a la muerte, porque tiene la osadía de ser honrado. Tigelino todavía no ha conseguido que me den la orden de abrirme las venas. Me necesitan aún, y no tan sólo cómo el árbitro de la elegancia, sino como hombre sin cuyo consejo y buen gusto podría fracasar la expedición de Acaya. Sin embargo, más de una vez pienso que esto ha de concluir por abrirme, en efecto, las venas; ¿y sabes tú qué será entonces lo único que me preocupe? El que Barbas de Cobre no se apodere de mi copa, la que tú conoces y admiras. Si te hallaras cerca de mí en el momento de mi muerte, sabes que te la daría; si estuvieras distante, la haré pedazos. Pero entretanto aún tengo en perspectiva el Benevento de los zapateros remendones y la Grecia Olímpica; tengo también el Fatum, el cual, impenetrable e imprevisto, señala a cada uno el camino.

Consérvate bien y alquila a Crotón; de otra manera te arrebatarán por segunda vez a Ligia. Cuando Quilónides no te sea útil por más tiempo, envíamelo a donde yo me encuentre. Acaso haga de él un segundo Vatinio, ante el cual tiemblen los cónsules y senadores, como temblaban ante aquel caballero de la Lezna. Valdría la pena vivir para ver tal espectáculo. Cuando hayas encontrado a Ligia házmelo saber a fin de que pueda ofrecer a ambos un par de cisnes y un par de palomas aquí, en el templo circular de Venus. Una vez he visto en sueños a Ligia sentada sobre tus rodillas, buscando tus besos. Trata de que tal sueño resulte profético. ¡Que no haya nubes en tu cielo, y, si las hay, que tengan el color y el aroma de las rosas! ¡Consérvate bueno, y adiós!

XIX

Apenas había terminado Vinicio la lectura de esta carta, cuando Quilón penetró en su biblioteca, sin haber sido anunciado, pues tenían orden los sirvientes de admitirlo a cualquier hora del día o de la noche.

—¡Cólmete de favores la divina madre de tu magnánimo antepasado Eneas, cual conmigo lo ha hecho el hijo de Maya!

—¿Qué quieres decir? —preguntó Vinicio saltando del asiento donde se hallaba, junto a la mesa.

Quilón alzó la cabeza y dijo:

—Eureka!

El joven patricio se hallaba tan excitado que por largo tiempo no pudo articular palabra.

—¿La has visto? —preguntó, por fin.

—He visto a Urso y he hablado con él.

—¿Sabes, entonces, dónde se hallan ocultos?

—No, señor. Otro hombre, por vanidad, hubiera hecho saber al ligio que había adivinado quién era; o bien hubiera intentado averiguar dónde vivía y hubiera recibido entonces un puñetazo, después del cual todos los asuntos de la tierra habrían cesado de interesarle, o habría despertado las sospechas del gigante consiguiendo que, acaso en esa misma noche, se hallara la joven oculta en otro escondrijo. Yo no he obrado así. Me basta, por ahora, saber que Urso trabaja cerca del Emporium al servicio de un molinero, que se llama Demas, como uno de tus libertos. Y ahora, cualquier esclavo de tu confianza puede ir por la mañana, seguir su pista y descubrir el lugar donde se esconden. Así pues, te traigo simplemente la seguridad de que, hallándose aquí Urso, la divina Ligia también está en Roma. La segunda noticia de que soy portador es que la joven irá esta noche a Ostrianum, con toda seguridad...

—¿A Ostrianum? ¿Dónde es eso? —dijo Vinicio interrumpiendo, y con un ademán que, evidentemente, demostraba su deseo de correr al punto al sitio indicado.

—Un antiguo hypogeum, situado entre las Vías Salaria y Nomentana. Ese pontífice máximo de los cristianos, de quien ya te he hablado, y al que esperaban, ha llegado, y esta noche predicará y bautizará en el cementerio indicado. Los cristianos ejecutan ocultamente sus prácticas religiosas, porque, aun cuando todavía no se han pronunciado edictos que las prohíban, el pueblo los odia y, por tanto, se ven obligados a tomar toda clase de precauciones. El mismo Urso me ha dicho que todos, hasta el último de ellos, acudirían esta noche a Ostrianum, porque no hay uno que no desee ver y oír al que fue el primer discípulo de Cristo, y a quien llaman el apóstol. Y puesto que entre ellos, tanto los hombres como las mujeres asisten a estas predicaciones, es posible que de las últimas tan sólo Pomponia Grecina no se halle presente, porque no podría explicar de modo satisfactorio a Plaucio, adorador de los

antiguos dioses, su ausencia del hogar durante la noche. Pero Ligia, señor, que se halla bajo la custodia de Urso y de los ancianos de la comunidad, indudablemente ha de asistir en unión de otras mujeres.

Vinicio, que hasta entonces había vivido en un estado febril permanente y alentado, por decirlo así, tan sólo por la esperanza, ahora que esa esperanza parecía realizarse, se vio súbitamente invadido por la debilidad que siente un hombre después de hecha una jornada superior a sus fuerzas. Quilón advirtió esto y resolvió aprovecharse de ello.

—Cierto es —dijo— que las puertas se hallan vigiladas por tu gente, circunstancia que ha de ser conocida de los cristianos. Pero éstos no necesitan puertas. El Tíber tampoco las necesita; y aun cuando desde el río hasta esos caminos hay mucha distancia, vale la pena hacer una larga caminata para ver al gran apóstol. Por otra parte, natural es que tengan mil maneras de salvar las murallas, y sé que las tienen. En Ostrianum encontrarás a Ligia, señor, y, en el caso de que no estuviese allí la joven, Urso acudirá sin falta, porque ha prometido matar a Glauco. Me ha dicho él mismo que iría y lo mataría. ¿Has oído, noble tribuno? Puedes seguir a Urso y descubrir dónde mora Ligia u ordenar a tu gente que se apoderen de él como asesino; y una vez que lo tengas en tus manos, le harás confesar dónde ha ocultado a la joven. ¡He hecho, pues, todo lo posible! Otro, ¡oh señor!, te habría dicho que se había bebido diez cántaros del mejor vino en compañía de Urso antes de sonsacarle su secreto, o te habría afirmado que había perdido con él mil sestercios al scriptae duodecim; o que había comprado esas noticias por dos mil sestercios, y yo sé que tú me devolverías dobladas esas sumas; y a pesar de todo, siquiera una vez en mi vida, quiero decir ahora como durante mi vida entera, he de ser honrado, porque creo, como lo ha dicho el magnánimo Petronio, que tu generosidad ha de ser superior a todas mis esperanzas.

Vinicio, que, como soldado, tenía la costumbre de obedecer tan sólo a su propio dictamen en todo caso y de obrar en consecuencia, se vio dominado por una debilidad momentánea, y dijo:

—No te verás defraudado en tu apreciación acerca de mi liberalidad, pero, ante todo, has de ir conmigo a Ostrianum.

—¿Yo a Ostrianum? —preguntó Quilón, a quien no le asistía el menor deseo de ir a ese lugar—. Noble tribuno, te he prometido indicarte el sitio donde Ligia se oculta, mas no sacarla de ese sitio y entregártela... Piensa tan sólo, señor, lo que podría sucederme si ese oso ligio, una vez que hubiese destrozado a Glauco, se convenciera positivamente de que su acción no había sido del todo justa... ¿No me acusaría a mí, ciertamente que sin razón, como el instigador del asesinato ya perpetrado? Recuerda, señor, que mientras más filósofo es un hombre, más difícil es para él contestar satisfactoriamente las

necias preguntas del vulgo. ¿Y qué contestación habría yo de darle entonces si me preguntase por qué había calumniado a Glauco? Si sospechas que te estoy engañando, págame sólo cuando te haya señalado la casa en donde vive Ligia. Y ahora, demuéstreme siquiera una parte de tu generosidad, por si tú, señor, lo que todos los dioses juntos no han de permitir, sucumbes víctima de algún accidente, no vaya a quedar yo sin recompensa alguna, ya que tu corazón no sería capaz de soportar semejante desgracia.

Vinicio se acercó a una caja llamada «arca» colocada sobre un pie de mármol y, sacando de ella una bolsa, se la arrojó a Quilón.

—Éstos son scrupula; cuando Ligia se encuentre en mi casa —le dijo— recibirás la misma bolsa llena de aurei.

—¡Por Júpiter! —exclamó Quilón.

Pero frunció el ceño Vinicio y agregó:

—Aquí comerás y a continuación descansarás. No te moverás de aquí hasta el anochecer, y cuando caiga la noche irás conmigo a Ostrianum.

El temor y la vacilación se pintaron en el semblante del griego. Enseguida se tranquilizó un poco y dijo:

—¡Quién puede oponerse a tu voluntad, señor!, y recibe mis palabras como un feliz augurio, igual que nuestro gran héroe acogió palabras semejantes en el templo de Amón. En cuanto a mí —agregó sacudiendo la bolsa—, estos «scrúpulos» han sobrepujado a los míos, y esto sin mencionar tu amistad, que para mí representa una suerte y un placer.

Vinicio le interrumpió con impaciencia y le pidió detalles de su conversación con Urso. De ellos resultaba claramente que se descubriría en la misma noche el sitio donde se ocultaba Ligia o podría Vinicio apoderarse de ella en el camino, al regreso de Ostrianum. Y sólo al pensar esto se sentía Vinicio transportado de loca alegría.

Teniendo ahora la certidumbre de hallar a Ligia, se desvanecía casi por completo su cólera y su resentimiento contra ella. A cambio de la ya cercana felicidad, perdonaba toda ofensa. Pensaba en ella como en un ser amado y deseado y experimentaba la sensación como si hubiera de volver tras un largo viaje. Hasta le asaltaban deseos de reunir a todos sus esclavos y ordenarles que decorasen la casa con flores y guirnaldas. En tal hora no conservaba rencor ni siquiera al mismo Urso. Estaba pronto a perdonar todo a todo el mundo. El propio Quilón, quien, a pesar de sus servicios, le había inspirado hasta entonces una especie de repulsión, se le presentaba ahora, por primera vez, como una persona entretenida y exenta de vulgaridad. Vio su casa más luminosa, le brillaron los ojos y su rostro parecía aclararse. Sus anteriores

melancolías y dolores no le habían dado todavía la medida cabal de su amor por Ligia. Todo esto lo comprendía ahora cuando esperaba recobrarla de nuevo. Sus anhelos despertaban en él, como la tierra, calentada por el sol, despierta en primavera; pero esta vez eran sus deseos menos ciegos y salvajes y más regocijados y tiernos. Se sentía, asimismo, ahora, interiormente, poseído de una energía sin límites, y abrigaba una especie de certidumbre de que viera él por sus propios ojos a Ligia y ni todos los cristianos de la tierra juntos, ni el mismo César, podrían esta vez arrebatársela.

Quilón, animado por el júbilo que se pintaba en el semblante de Vinicio, recobró su verbosidad y empezó a dar consejos. En su opinión, no podía considerarse el asunto como ganado completamente, y era necesario tomar las mayores precauciones, sin el auxilio de las cuales todo el trabajo hecho pudiera resultar nulo. Rogó a Vinicio que no arrebatase a Ligia de Ostrianum. Deberían ambos ir allí con las cabezas cubiertas por caperuzas y oculto el semblante, y limitarse a observar a los presentes desde algún rincón oscuro. Cuando vieran a Ligia sería lo más prudente seguirla a cierta distancia, observar en qué casa entraba, rodear ésta al amanecer por un gran número de esclavos y llevársela a plena luz del día. Como era un rehén y pertenecía especialmente al César, bien podrían hacerlo sin temor alguno a la ley.

En caso de no hallarla en Ostrianum podrían seguir a Urso con el mismo resultado. Ir al cementerio con una turba de acompañantes no era práctico, porque atraerían fácilmente la atención hacia ellos, y entonces a los cristianos les bastaría tan sólo con apagar las luces, como lo hicieron cuando Ligia fue raptada, y se diseminarían en la oscuridad yendo a escondrijos que sólo ellos conocían. Pero sería prudente que Vinicio y él fueran armados, y todavía mejor que llevaran consigo un par de hombres fuertes y seguros para que los defendiesen en caso necesario.

Vinicio reconoció la conveniencia de todas aquellas indicaciones, y, recordando al mismo tiempo el consejo de Petronio, envió a sus esclavos en busca de Crotón, cuyas sobrehumanas fuerzas había admirado ya más de una vez en la arena. Quilón, que conocía a todo el mundo en Roma, se sintió muy tranquilizado cuando oyó el nombre del famoso atleta, y declaró que iría a Ostrianum.

La bolsa llena de grandes áureos le parecía ahora más fácil de alcanzar mediante la ayuda de Crotón. Así, pues, se encontraba de muy buen talante cuando se sentó a la mesa, adonde después de algunos minutos fue llamado por el jefe del atrio.

Mientras comía dijo a los esclavos que había conseguido para su amo un maravilloso unguento. El peor de los caballos al que se frotase con ese unguento los cascos dejaría atrás cualquier otro. Agregó que un cristiano le

había enseñado a prepararlo, pues los jefes de los cristianos eran mucho más peritos en los encantamientos y milagros que los mismos habitantes de Tesalia, a pesar de ser Tesalia famosa por sus hechiceros. Los cristianos tenían en él inmensa confianza porque, era natural, cualquiera podía fácilmente comprender lo que significaba pez. Y Quilón, mientras decía estas palabras, miraba con fijeza a la cara de los esclavos, con la esperanza de encontrar entre éstos algún cristiano y de poder informar de ello a Vinicio. Mas cuando se vio defraudado, se puso a comer y beber en cantidades desmesuradas, sin economizar las alabanzas al cocinero, y declarando, a la vez, que iba a hacer lo posible para comprárselo a Vinicio.

Su alegría se veía perturbada tan sólo por la idea de que a la noche había de encaminarse a Ostrianum. Se tranquilizaba, no obstante, al pensar que iría disfrazado, que se disimularía en la oscuridad y le acompañarían dos hombres, uno de los cuales era, por su fuerza física, el ídolo de Roma, y el otro un patricio y personaje de alta dignidad en el ejército. «Aun cuando lleguen a conocer a Vinicio —se dijo a sí mismo—, no se atreverán a levantar una mano sobre él: y en cuanto a mí, trabajo les doy si logran verme siquiera la punta de la nariz». Luego empezó a recordar los detalles de su entrevista con el obrero, y ello le llenó de satisfacción. No le asistía la menor duda de que ese obrero era Urso. Conocía su fuerza extraordinaria por lo que le habían contado Vinicio y los esclavos que condujeron a Ligia desde el palacio del César.

Cuando había preguntado a Euricio si conocía algunos hombres de fuerza excepcional, no era, pues, extraño que aquél hubiera indicado a Urso. Luego, la confusión y rabia que se habían apoderado del obrero a la simple mención de Vinicio y Ligia, no le dejaba la menor duda acerca de que esas personas se hallaban relacionadas particularmente con él; también el obrero había hecho alusión a la penitencia que estaba observando por su delito de matar a un hombre —y Urso había matado a Atacino—; finalmente, su aspecto correspondía de manera perfecta al retrato que del ligio había hecho Vinicio. El cambio de nombre era lo único que podía suscitar alguna duda, pero Quilón no ignoraba que con frecuencia los cristianos adoptaban nombres nuevos en la pila bautismal.

»Lo mejor sería que Urso matara a Glauco —pensó Quilón—; pero si no lo matara quedaría demostrado cuán difícil es el asesinato para los cristianos. Yo pinté como un verdadero hijo de Judas a Glauco; estuve tan elocuente que hasta una piedra se habría conmovido, y, sin embargo, con ello conseguí a duras penas que ese oso ligio asomara la garra. Estuvo vacilante y habló de su penitencia y de su arrepentimiento. Evidentemente, el asesinato no es cosa ordinaria entre los cristianos. Hay que perdonar las ofensas propias y de las ajenas no hay que vengarse demasiado. Ergo, detente, Quilón, a pensar; ¿qué puede amenazarte? A Glauco no le está permitido vengarse de ti. Si Urso no

mata a Glauco en castigo de un crimen tan grande como es traicionar a todos los cristianos, mucho menos ha de poder matarte a ti por la pequeña ofensa de haber traicionado a un solo cristiano. Además, inmediatamente que haya indicado a este ardoroso palomo torcaz el nido de su tortolilla, me lavaré las manos de todo y trasladaré a Nápoles mi persona. Los cristianos hablan de eso, de una especie de lavado de manos; evidentemente, se trata de un nuevo método merced al cual si un hombre tiene algún negocio pendiente con ellos, lo termina en definitiva con sólo recurrir a él. ¡Qué buenas gentes son esos cristianos y cómo los calumnian los malos! ¡Oh Dios! ¡Tal es la justicia de los hombres en este mundo!

»Pero yo amo ahora esa religión, puesto que prohíbe matar; y si prohíbe matar, por cierto tampoco permite robar, mentir y levantar falsos testimonios; en consecuencia, no puedo declarar que, por ese lado, sea una religión cómoda. Es evidente que no sólo prescribe, como enseñan los estoicos, bien morir, sino también vivir honradamente. Si alguna vez llego a tener fortuna y una casa como ésta y tantos esclavos como tiene Vinicio, acaso me haga cristiano por todo el tiempo que me convenga. Porque un hombre rico puede permitirse toda clase de libertades: hasta la de ser virtuoso... ¡Sí! Esta es una religión de ricos; así pues, no comprendo cómo puede haber tantos pobres entre sus prosélitos. ¿Qué ventajas puede acarrearles, y por qué se dejan atar las manos por la virtud? He de ponerme a meditar esto alguna vez.

»Entretanto, ¡honor a ti, Hermes, por el auxilio que me has prestado para el descubrimiento de ese animalote...! Pero, si tal has hecho por el interés de las dos blancas terneras del mismo tiempo con cuernos dorados, no te conozco. ¡Avergüénzate, asesino de Argos! Un dios tan sabio como tú, ¿es posible que no haya previsto desde arriba que nada recibiría? Te ofreceré mi gratitud; y si a ella prefieres dos bestias, tú serás la bestia tercera, y entonces, en el mejor de los casos, debieras convertirte en pastor y no en Dios. Y ten cuidado, no sea que yo, como filósofo, pruebe a los hombres que tú no existes, y entonces todos cesarán de presentarte ofrendas. Te conviene, de todos modos, estar en buenas relaciones con los filósofos».

Mientras así hablaba consigo mismo y con Hermes, se tendió sobre el banco, puso bajo su cabeza el manto y dormía profundamente cuando vinieron los esclavos a recoger la mesa.

Despertó —mejor dicho, le despertaron— sólo a la llegada de Crotón. Se dirigió entonces al atrium y empezó a examinar, lleno de complacencia, las formas de aquel maestro, ex gladiador, que parecía llenar todo con su inmensidad. Crotón acababa de estipular el precio de la expedición, y ahora conversaba con Vinicio.

—¡Por Hércules! —decía—. Ha sido muy oportuno que me hayas hecho

hoy tu llamamiento, señor, porque mañana debo partir a Benevento, adonde me reclama el noble Vatinio, a fin de que en presencia del César me enfrente con un tal Sifax, el negro más forzado que hasta hoy ha producido África. Ya te imaginarás, señor, cómo crujirá su espina dorsal entre mis manos, y cómo, además, le he de quebrar la negra quijada con el puño.

—¡Por Pólux! Estoy seguro, Crotón, de que así lo harás —contestó Vinicio.

—Y obrarás muy bien —agregó Quilón—. ¡Sí, rómpelo, además, la quijada! Esa es una buena idea y a la vez un acto muy propio de ti. Estoy dispuesto a apostar que le quebrarás la mandíbula. Pero ahora, Hércules mío, debes frotarte las manos con aceite de oliva y ceñirte bien, porque, debes saberlo, posible es que te encuentres con un verdadero Caco. El hombre que custodia a la joven por quien se interesa el digno Vinicio tiene, al parecer, una fuerza excepcional.

Quilón, al decir estas palabras, se proponía estimular a Crotón.

—Cierto es —dijo Vinicio—; yo no le he visto, pero me dicen que ese hombre puede sujetar a un toro por los cuernos y llevarlo donde quiera.

—¡Ay! —exclamó Quilón, quien no habría creído que las fuerzas de Urso llegaran hasta ese punto.

Pero Crotón rio desdeñosamente, y dijo:

—Digno señor, me comprometo a arrebatar con este brazo a la persona que me indiques, a defenderme con este otro contra siete de esos ligios y a traerte la doncella a tu casa, aun cuando hubieran de venir en mi persecución todos los cristianos de Roma como lobos de Calabria. Si así no fuese, que me apaleen aquí mismo, en este impluvium.

—¡Señor, no permitas eso! —exclamó Quilón—. Nos arrojarían piedras, y entonces ¿de qué nos servirían las fuerzas de Crotón? ¿No es mejor sacar a la niña de la casa y no exponerla a ella, o a ti, a una innecesaria destrucción?

—Es cierto, Crotón —dijo Vinicio.

—Como recibo tu dinero, ¡hago tu voluntad! Pero ten presente, señor, que mañana he de ir a Benevento.

—Tengo quinientos esclavos en la ciudad —contestó Vinicio.

Enseguida hizo que, a una señal suya, se retirasen ambos; se encaminó a la biblioteca y, sentándose en su escritorio, dirigió a Petronio estas pocas líneas: «El ligio acaba de ser encontrado por Quilón. Esta noche voy con éste y Crotón a Ostrianum y sacaré a Ligia de su casa hoy mismo o mañana. ¡Que los dioses te sean en todo propicios! Consérvate bien, ¡oh carissime! La alegría no

me permite escribirte más».

Y dejando entonces a un lado la pluma, empezó a dar precipitados paseos por la estancia. Y es que, además del placer que llenaba su alma, le devoraba la fiebre. Se decía que al día siguiente Ligia estaría en su casa. No sabía por el momento cómo conducirse con ella, pero se decía que si ella le amara, él sería su siervo. Traía a su mente el recuerdo de las seguridades que le había dado Actea acerca del amor que la joven le profesaba, y esto le conmovía hasta lo más íntimo de su ser. Siendo ello así, bastaría vencer en Ligia las naturales resistencias que opone el pudor de una doncella y llevar a cumplimiento tales o cuales ceremonias que, evidentemente, prescribían las doctrinas del cristianismo. Y si su amor era cierto, Ligia, una vez que se encontrara en su casa, habría de ceder a la persuasión o a la fuerza superior y decirse: «¡Ya está consumado!», y con ello todo concluiría y tornaría la joven a mostrarse amante y cariñosa. En este instante vino Quilón a interrumpir el curso de tan optimistas pensamientos.

—Señor —dijo el griego—, acaba de ocurrírseme una idea. ¿No tienen los cristianos unos signos o «palabras de pase», sin las cuales es posible que no se permita a nadie la entrada en Ostrianum? Yo sé que tal sucede en los oratorios, y, en cada caso, he recibido ese santo y seña de Euricio. Permite, señor, entonces, que vaya a ver al viejo y le pida las instrucciones precisas y los signos que sean necesarios.

—Bien, noble sabio —contestó. Vinicio con regocijado acento—; hablas como un hombre previsor y por ello eres digno de todo elogio. Irás, pues, a la casa de Euricio o a cualquier otra casa que sea de tu agrado, pero, como garantía de tu oportuno regreso, dejarás sobre esta mesa la bolsa de dinero que de mi mano recibiste hace poco.

Quilón, que nunca se separaba del dinero de buena gana, sintió una especie de hormigueo en el cuerpo, mas obedeció y se puso en camino. Desde las Carenas al Circo, en las inmediaciones del cual se hallaba el tenducho de Euricio, no había gran distancia; de manera que regresó mucho antes de llegada la noche.

—Señor, te traigo el santo y seña, sin el cual no habríamos sido admitidos. He tomado, además, minuciosos datos acerca del camino. Dije a Euricio que necesitaba ese santo y seña sólo para mis amigos, que yo no iría porque se hallaba el sitio muy distante para mi avanzada edad; y que, en todo caso, yo vería mañana personalmente al gran Apóstol, de cuyos labios podría oír entonces la repetición de los párrafos más selectos de su predicación.

—¡Cómo! ¿Tú no irás? ¡Tú debes ir! —exclamó Vinicio.

—Ya sé que debo ir, pero tendré la precaución de presentarme allí

perfectamente encapuchado, y os aconsejo que hagáis lo mismo si no queréis que espantemos a los pájaros.

En efecto, empezaron enseguida a prepararse, pues ya estaba oscureciendo. Se pusieron capas gálicas con capuchas y se proveyeron de linternas. Vinicio se armó y armó a sus compañeros con puñales cortos y corvos. Quilón se puso, además, una peluca que se había procurado en el camino, al regresar de la tienda de Euricio. Por último, emprendieron todos la marcha a paso rápido, a fin de salir de la ciudad antes que cerraran la distante Puerta Nomentana.

XX

Echaron a andar por el barrio de los Patricios, a lo largo del Viminal, que conducía a la antigua puerta de este nombre, cerca de la llanura sobre la cual hizo Diocleciano levantar después unos baños espléndidos. Pasaron frente a las ruinas de la muralla de Servio Tulio y por sitios cada vez más desiertos, hasta llegar a la Vía Nomentana. De allí, torcieron a la izquierda con dirección a la Vía Salaria, y se hallaron luego en medio de cerros llenos de arenales. A trechos se encontraba también algún que otro cementerio. Entretanto, había oscurecido por completo, y como no se dejaba ver aún la luna, les habría sido difícil dar con el camino de no habérselo indicando los mismos cristianos, según lo había previsto Quilón.

En efecto, a la derecha, a la izquierda y delante de ellos se iban distinguiendo las oscuras siluetas de otros tantos individuos que caminaban cautelosamente por los arenales. Algunos de esos individuos llevaban linternas, cubiertas en lo posible con los mantos; otros, los que conocían mejor el camino, iban a oscuras. El experimentado ojo militar de Vinicio iba distinguiendo, por sus movimientos, a los jóvenes de los viejos —que se arrastraban— y de las mujeres, que iban cuidadosamente envueltas en largos mantos. Evidentemente, los pocos transeúntes y los aldeanos que salían de la ciudad en dirección a sus hogares tomarían a esos caminantes nocturnos por obreros que se dirigían a los arenales, o por comunidades de sepultureros, cuyos miembros iban durante la noche a tomar parte en ciertos ágapes rituales.

Pero, a medida que avanzaba el joven patricio en unión de sus compañeros, se veían brillar más y más linternas, y el número de caminantes se hacía mayor. Algunos de ellos entonaban en voz baja unos cánticos que a Vinicio le parecieron impregnados de nostalgia.

A intervalos llegaba a su oído alguna palabra o frase suelta de esos cánticos, como, por ejemplo: «Despierta tú que duermes», o «Levántate de

entre los muertos», y en otros, el nombre de Cristo era repetido por bocas de hombres y mujeres. Pero Vinicio prestaba poca atención a estas palabras, pues durante todo el tiempo tenía fija en la mente la idea de que una de aquellas oscuras formas podía ser Ligia.

Alguien, al pasar cerca de él, decía: «¡Que la paz sea contigo!» «¡Alabado sea Cristo!», y él, entretanto, se sentía lleno de inquietud y el corazón le palpitaba con fuerza al imaginarse que una de esas voces fuera la voz de Ligia. A cada momento creía notar en medio de la oscuridad formas o ademanes parecidos a los de la joven, y sólo cuando se convenció de las repetidas equivocaciones que iba sufriendo, empezó a dudar del testimonio de sus ojos.

El camino le pareció largo. Conocía bien las inmediaciones, mas no podía precisar con fijeza los lugares en medio de la oscuridad. A cada momento se encontraba con pasos estrechos, restos de muros o edificios que no recordaba haber visto anteriormente en los alrededores de la ciudad. Finalmente, el borde de la luna se dejó ver detrás de una masa de nubes e iluminó el camino mejor que las tenues luces de las linternas. Por último, también se vio brillar a lo lejos algo como una fogata o la llama de una antorcha. Vinicio se volvió a Quilón y le preguntó:

—¿Es Ostrianum?

Quilón, en cuyo ánimo la noche, la distancia de la ciudad y la visión incesante de aquellas sombras caminantes que semejaban fantasmas habían hecho una profunda impresión, contestó con voz un tanto insegura:

—No lo sé, señor; nunca he estado en Ostrianum, pero bien podrían orar a Dios en algún sitio más cercano de la ciudad.

Y después de un momento, sintiendo la necesidad de una conversación que viniese a aumentar su valor, agregó:

—Se congregan como asesinos; y, sin embargo, no les está permitido asesinar, a menos que ese ligio me haya engañado miserablemente.

Vinicio, que entonces pensaba en Ligia, se hallaba también sorprendido al observar las precauciones y el misterio con que los correligionarios de la joven se reunían para escuchar a su pontífice; así pues, dijo:

—Como todas las religiones, tiene ésta sus prosélitos en el seno de nuestro pueblo; pero los cristianos constituyen una secta judía. ¿Por qué, entonces, vienen a congregarse aquí, cuando en el Transtíber hay templos a los cuales llevan los judíos sus ofrendas a la luz del día?

—Señor, los judíos son sus peores enemigos. He oído decir que antes del reinado del César actual casi se llegó a la guerra entre judíos y cristianos. Claudio César, aburrido de estos desórdenes, expulsó a todos los judíos; mas

ahora se ha abolido tal edicto. No obstante, los cristianos se ocultan de los judíos y del populacho, el cual, como sabes, les imputa crímenes y los aborrece.

Siguieron después caminando en silencio por algún tiempo, hasta que Quilón, cuyo miedo aumentaba a medida que se iban alejando de las puertas de la ciudad, repuso:

—A mi vuelta de la tienda de Euricio pedí prestada una peluca a un barbero y me he puesto dos habas en las fosas nasales. No han de reconocerme; y si tal sucediere, no me matarán. ¡No son gentes malas! Hasta los creo muy honrados. Yo los estimo y los amo.

—No trates de ganártelos con alabanzas prematuras —replicó Vinicio.

Penetraron luego en una hondonada estrecha y cerrada a sus costados por dos zanjas, sobre las cuales pasaba un acueducto. La luna se despojó entonces de su manto de nubes y al extremo de la hondonada pudo verse una muralla cubierta por una espesa capa de hiedra que plateaban los rayos de la luna. Era Ostrianum. El corazón de Vinicio empezó a latir aceleradamente.

En la puerta, dos cavadores de las canteras recibieron el santo y seña. Un momento después, el joven y sus acompañantes se encontraban en un espacioso sitio, amurallado por todos los costados. Aquí y allá había monumentos aislados y en el centro se hallaba la entrada al hypogeum o cripta propiamente dicha; en la parte inferior de esta cripta, debajo de la tierra, había sepulturas, y a la entrada se veía una fuente. Mas era seguro que no podía caber en el hypogeum gran número de personas, por lo que Vinicio dedujo sin dificultad que la ceremonia habría de verificarse a cielo descubierto, en el sitio amurallado, en donde pronto estuvo reunida una concurrencia numerosa.

Hasta donde podía alcanzar la vista brillaban las linternas, unas cerca de las otras, pero también muchos de los concurrentes habían venido sin traer consigo luces. A excepción de algunos que se hallaban con la cabeza descubierta, los demás tenían la caperuza puesta, unos por temor a una traición y otros por resguardarse del frío. El joven patricio pensó, no sin alarma, que si hubieran de permanecer así no les sería posible reconocer a Ligia en medio de la multitud y al tenue fulgor de aquellas mortecinas luces. Pero, de súbito, y de manera simultánea, fueron encendidas algunas antorchas de resina, formándose con ellas una pequeña hoguera. Pudo entonces verse con claridad.

Al cabo de algunos momentos, la multitud empezó a entonar un himno extraño, primero con voz reprimida y luego más y más alto. Vinicio no había escuchado jamás un canto parecido. La misma inflexión de nostalgia que notara en las plegarias entonadas por los que había encontrado camino del cementerio se advertía también en este himno, pero con más intensidad y

relieve, llegando por último sus acentos a tomar proporciones tan solemnes y conmovedoras, como si a la par que los concurrentes al cementerio, las colinas, las hondonadas y toda aquella región, en suma, hubieran prorumpido en un lamento unísono de honda y patética plegaria de salvación. Vueltos hacia arriba los ojos y extendidas las manos, parecían los circunstantes estar contemplando a quien desde el cielo pudiera bajar a su llamamiento.

Cuando terminó el himno, sucedió un momento de silencio tan emocionante, que Vinicio y sus compañeros miraron involuntariamente hacia las estrellas, cual si aguardasen, medrosos, un prodigio o como si realmente hubiera de bajar alguien. Vinicio había visitado una multitud de templos en el Asia Menor, en Egipto y en la misma Roma; se había familiarizado con muchas religiones de diversa índole y escuchado varios de sus himnos; mas aquí veía por primera vez que tales himnos eran una especie de llamamiento hecho a Dios por sus adoradores, no con el propósito de llevar a efecto una ceremonia prescrita en algún ritual, sino que nacía de lo más hondo del corazón y con acentos semejantes a los de un hijo que se dirigiese con añoranza a su padre o a su madre. Necesario era ser ciego para no ver que aquellas gentes no sólo rendían homenaje a Dios, sino que también le amaban con toda su alma. Vinicio no había sido espectador de cosa semejante, hasta entonces, en comarca alguna, en ninguna ceremonia, ni dentro de ningún santuario, pues tanto en Roma como en Grecia los que todavía seguían honrando a los dioses lo hacían tan sólo a fin de obtener ayuda para sí mismos o movidos por el miedo, pero sin pensar que fuera posible amarlos.

A pesar de tener la mente ocupada por Ligia y la atención pendiente de buscarla entre la gente, no dejó de advertir aquellas cosas raras y extraordinarias que allí estaban sucediendo.

Entretanto, arrojaron algunas antorchas más a la hoguera, la cual llenó ahora el cementerio de una luz viva, a cuyo fulgor se apagaron los tenues destellos de las linternas. En este momento, un anciano que vestía un manto con capucha, pero llevaba descubierta la cabeza, pareció surgir del hypogeum y subir sobre una piedra que había cerca del fuego. La multitud se inclinaba a su paso. Voces próximas a Vinicio dijeron muy quedo: «¡Pedro! ¡Pedro!». Algunos se arrodillaban, otros extendían las manos hacia él.

Sucedió un silencio tan profundo, que podía escucharse hasta el chirrido especial que producían los fragmentos de resina al ir consumiéndose en las antorchas, el distante crujir de rodaduras en la Vía Nomentana y el silbido del viento al soplar sobre los escasos pinos que se alzaban inmediatos al cementerio. Quilón se inclinó hacia Vinicio y le dijo en voz baja:

—¡Ése es él! ¡El primer discípulo de Cristo: un pescador!

El anciano alzó la mano y, haciendo con ella la señal de la cruz, bendijo a

los presentes, quienes, simultáneamente, cayeron de rodillas. Vinicio y sus compañeros, por temor a traicionarse a sí mismos, siguieron el ejemplo de los demás. El joven no pudo, por el momento, reunir todas las impresiones que en su mente se agolpaban, pues le parecía que la forma humana que allí tenía delante revestía a la vez el doble carácter de lo sencillo y de lo extraordinario, y, lo que era más peculiar, lo sobresaliente en aquel hombre parecía provenir precisamente de su propia sencillez. No llevaba aquel anciano mitra en la cabeza, ni guirnalda de hojas de roble sobre las sienes, ni palmas en la mano, ni tablilla de oro sobre el pecho, ni blanca túnica bordada de estrellas; en una palabra, no se veía sobre él ninguna de las insignias que solían ostentar los sacerdotes orientales, egipcios, griegos o los flámines romanos. Y Vinicio se sorprendió al notar de nuevo el contraste que había advertido al escuchar los himnos cristianos.

Porque aquel pescador le hizo el efecto no de un elevado pontífice, versado en los ceremoniales de un rito, sino más bien de un testigo sencillo, anciano, que infundía una inmensa veneración, que acababa de hacer desde muy lejos una jornada con el fin de divulgar una verdad por él vista y palpada, verdad en la que creía como creía en su existencia, y verdad que amaba, precisamente porque creía en ella. Había, por consiguiente, en la expresión de su rostro todo el poder persuasivo y de convicción que sólo en la verdad reside. Y Vinicio, que había sido escéptico, que no deseaba ceder a la influencia de aquel anciano, hubo de rendirse, no obstante, a una especie de curiosidad febril, cuyo objetivo era saber qué argumentos brotarían de los labios de aquel compañero del misterioso «Cristo» y cuáles eran las creencias que profesaban Ligia y Pomponia Grecina.

Entretanto, Pedro empezó a hablar y lo hizo desde el principio como un padre que instruye a sus hijos y les enseña la manera de vivir. Les prescribió que renunciaran a los excesos y al placer, que amasen la pobreza, la vida honesta y la verdad; que soportaran con paciencia las injusticias y persecuciones, que obedecieran a sus jefes y autoridades, que se guardasen de la traición, del engaño y de la calumnia, y, por último, que en su propia sociedad se dieran mutuamente buenos ejemplos y los dieran también a los paganos.

Vinicio, para quien su concepto del bien consistía en estimar como tal cuanto pudiera contribuir a devolverle a Ligia, y como un mal todo lo que constituyese una barrera entre ambos, se sintió aludido por alguno de estos consejos, los cuales, por tanto, le irritaron. Le parecía que al recomendar una vida pura y en lucha incesante con los deseos, el anciano osaba no tan sólo condenar su amor, sino, asimismo, incitar a Ligia contra él y confirmarla en la oposición. Comprendía que si la joven se hallaba en aquella reunión escuchando tales exhortaciones y hacía caso de ellas, debía considerarle como

un enemigo de estas enseñanzas. Y la indignación se apoderó de él ante esta idea.

«¿Qué ha dicho de nuevo ese hombre? —pensó—. ¿Es ésta la nueva doctrina desconocida? Todo el mundo sabe eso: todo el mundo lo ha escuchado antes. Los cínicos han recomendado la pobreza y la restricción de las necesidades; Sócrates ha prescrito la virtud como una cosa antigua buena; el primer estoico a quien uno encuentra, si bien sea el propio Séneca —que tiene quinientas mesas de madera de limonero—, ensalza la continencia, recomienda la verdad, la paciencia en las adversidades, la fortaleza en el infortunio; y todo eso es como el trigo viejo, que se comen los ratones, pero que la gente rechaza porque huele mal».

Y, además de la cólera, se sentía poseído por una especie de desencanto, pues había esperado llegar al descubrimiento de secretos desconocidos y misteriosos y creído que por lo menos escucharía a un retórico de sorprendente elocuencia. Entretanto, habían llegado tan sólo a sus oídos palabras llenas de sencillez y desprovistas de todo adorno. Así pues, lo único que le sorprendía era el silencio y el recogimiento con que aquella multitud escuchaba.

El anciano seguía dirigiéndose a aquellas gentes llenas de silenciosa atención, y las exhortaba a que fuesen buenas, humildes, pacíficas, justas, pobres, puras, no para disfrutar de tranquilidad durante el curso de su existencia, sino para después de su muerte vivir en unión de Cristo eternamente, llenas de felicidad, gloria, alegría y goces tales, que no sería posible encontrarles paralelo en el mundo. Y aquí Vinicio, aunque ya desfavorablemente predispuesto, no pudo por menos de notar la diferencia existente entre estas enseñanzas del anciano y las de los cínicos, estoicos y otros filósofos. Estos últimos proclamaban el bien y la virtud como cosas razonables, las únicas verdaderamente prácticas que en la vida existían; mientras que Pedro prometía la inmortalidad, y no inmortalidad del Hades, llena de aburrimiento y vacío, sino una vida rodeada de magnificencia y comparable tan sólo a la vida de los dioses.

Pedro hablaba, entretanto, de esa vida como de una cosa perfectamente cierta; de manera que, en vista de semejante fe, la virtud llegaba a alcanzar un valor sin límites y los infortunios de esta existencia se volvían asimismo incomparablemente llevaderos. Sufrir momentáneamente, en espera de una felicidad sin término, es cosa totalmente distinta a sufrir porque tal es el orden de la Naturaleza. Y el anciano continuaba diciendo que la virtud y la verdad debían ser amadas por sí solas, por su propio valor, puesto que era Dios la suprema bondad, y la eterna virtud, que había existido en todo tiempo; así pues, quien amaba el bien y la virtud amaba a Dios, y por ese mismo hecho, llegaba a ser un hijo predilecto.

Vinicio no comprendía bien todo esto, pero desde antes sabía, por las palabras que Pomponia Grecina había dicho a Petronio, que, según las creencias de los cristianos, Dios era uno y todopoderoso. De manera que cuando ahora oyó decir que también era infinitamente bueno y justo, pensó, involuntariamente, que en presencia de semejante demiurgo, Júpiter, Saturno, Apolo, Juno, Vesta y Venus aparecerían como una gentuza vana y bulliciosa, ya que se reunían para jugar malas pasadas a los humanos, sin perjuicio de hacerlo cada uno por separado. Pero lo que más sorpresa causó a Vinicio fue oír la declaración del anciano de que Dios era también el amor universal; de ahí que todo el que amara a sus semejantes, cumplía el mandato supremo de Dios. Y no bastaba amar a los habitantes de la propia nación, porque el Hombre-Dios había derramado su sangre por todos y encontrado entre los paganos servidores tan escogidos de su doctrina como Cornelio, el centurión; tampoco bastaba amar sólo a los que nos hicieron el bien, porque Cristo había perdonado a los judíos que le dieron muerte, y a los soldados romanos que le clavaron en la cruz.

Así pues, debíamos no sólo perdonar, sino también amar a los que nos ofendieron, y volverles bien por mal; no bastaba entonces amar a los buenos: era deber nuestro amar asimismo a los malos, pues sólo mediante el amor nos sería posible desterrar de ellos la maldad.

Quilón, al escuchar estas palabras, pensó que se había malogrado todo su trabajo, que jamás en el mundo se atrevería Urso a matar a Glauco ni aquella noche ni en otra alguna. Pero se alegró, al mismo tiempo, con otra consecuencia que dedujo de las enseñanzas del anciano: que tampoco Glauco, aun cuando le descubriera y reconociera, podría matarle.

Vinicio ya no opinaba ahora que en las palabras de Pedro no había nada nuevo; por el contrario, se preguntó con asombro:

—¿Qué clase de Dios es éste, qué clase de religión y qué clase de gentes son éstas?

Porque todo cuanto acababa de oír no podía hallar cabida en su cabeza. Para él, todo aquello eran increíbles conceptos nuevos. Sentía que si, por ejemplo, él deseaba seguir tales enseñanzas, tendría que arrojar a una pira todos sus pensamientos y costumbres, su carácter y su índole toda, tal como habían sido hasta aquel instante, reducirlos a cenizas y luego llenar su ser de una vida totalmente distinta y forjarse un alma enteramente nueva.

La doctrina que le ordenaba amar a los partos, sirios, griegos, egipcios, galos o britanos, perdonar a los enemigos, devolverles bien por mal y aun amarlos se le antojaba una locura. Y, sin embargo, al mismo tiempo tenía la intuición de que algo había en esta misma locura más poderoso que todos los sistemas filosóficos hasta entonces conocidos. Pensaba que a causa de su

locura esa religión era impracticable; pero a causa de su misma dificultad, era también divina.

Y en su alma la rechazaba; pero sentía al hacerlo así como si se apartara de una pradera de flores impregnada de embriagador perfume, y que cuando se ha aspirado una vez —como ocurre en la tierra de los lotófagos— se olvidaba de todas las demás cosas para siempre y sentía nostalgia por esa tierra. Le parecía que en ella no había nada de real, y al mismo tiempo comparada con la realidad era algo tan despreciable que no merecía la pena que se pensara en ella.

Se vio rodeado de vastos espacios antes ni sospechados, y a la vez que la intuición de la inmensidad sentía las nubes de la incertidumbre.

Aquel cementerio comenzaba también a causarle la impresión, a la par que una reunión de locos, de un sitio lleno de misterio y de pavor, en el cual, como si fuera tomando forma dentro de una cuna mística, estaba a punto de nacer algo que hasta aquel momento no había existido en el mundo. Y Vinicio recordó todo lo que desde el principio de su predicación había dicho el anciano acerca de la vida, de la verdad, del amor y de Dios, y sentía que todas aquellas ideas le deslumbraban interiormente con sus fulgores, a la manera que deslumbraba la vista y ciega el fulgor de los relámpagos que iluminan el horizonte en sucesión incesante. Y como sucede siempre a las personas que han concentrado su existencia en una sola pasión, Vinicio pensaba en todo a través de su amor por Ligia, y a la luz de esos destellos se le presentaba claramente una idea: que si Ligia estaba allí, si confesaba y sentía aquella religión, jamás se convertiría en su amante.

Por primera vez entonces, desde el día en que la conociera en casa de Aulo, comprendió que, aun cuando ahora encontrase a la joven, no llegaría a poseerla. Nunca había pensado nada semejante; pero ahora, aunque no sabía darse cuenta de ello, por tratarse de un sentimiento indefinido y poco claro, presentía alguna desgracia o una pérdida irreparable. Y entonces brotó en su espíritu un sentimiento de alarma que pronto fue asumiendo las proporciones de una tempestad iracunda contra los cristianos en general y contra aquel anciano en particular. Aquel pescador, que a simple vista le había parecido un aldeano, ahora casi le aterrorizaba, pues se le antojaba como un misterioso fatum que iba como a decidir de su suerte inexorable, y al mismo tiempo trágicamente.

De nuevo los cavadores agregaron, sin ser notados, nuevo combustible a la hoguera. El viento cesó de silbar entre los pinos y la llama se irguió recta y como dirigiendo su delgado vértice hacia las estrellas, que brillaban en un firmamento diáfano.

Y habiendo hecho mención de la muerte de Cristo, el anciano se concretó a

hablar tan sólo de Él. Todos sus oyentes contenían el aliento en medio de un silencio ahora más profundo que el anterior, hasta el punto de que hubiera sido posible escuchar el latido de los corazones. ¡Aquel hombre había visto! Y narraba los hechos de que fuera testigo, como quien tiene en la memoria grabado cada episodio, cada momento, cada parpadeo, de manera tal, que aun cerrando los ojos lo veía todo. Les dijo, pues, cómo a su vuelta del pie de la cruz, él y Juan habían permanecido sentados en el cenáculo por espacio de dos días y dos noches, sin comer ni dormir, embargados por el sufrimiento, el dolor, la alarma y la duda, oculta la cabeza entre las manos y pensando tan sólo que Él había muerto. ¡Ay, aquello sí que fue duro, muy duro!

Había amanecido el tercer día, reflejando su luz en las murallas y encontrando a Juan y a él sentados junto a la pared. Cuando los torturaba el deseo de entregarse al sueño —no habían dormido desde la noche anterior a la Pasión—, se levantaban y volvían a lamentarse. Mas apenas salido el sol, María de Magdala, jadeante, desmelenado el cabello, se había precipitado dentro de la estancia exclamando:

—¡Se han llevado al Señor!

Oído lo cual por él y por Juan, se habían levantado bruscamente y corrido hacia el sepulcro. Juan, que era más joven, había llegado el primero; vio aquel recinto vacío y no se atrevió a entrar. Sólo cuando se hubieron reunido aquellas tres personas a la entrada, él, Pedro, había penetrado en el sepulcro y encontrado sobre la losa un lienzo y un sudario; pero ni señales del cuerpo de Cristo.

El temor se había apoderado entonces de ellos ante la idea de que los sacerdotes se hubieran llevado a Cristo, y ambos apóstoles habían vuelto, poseídos ahora de la más intensa amargura.

Otros de los discípulos se les habían reunido más tarde y elevado una plegaria, ya juntos, a fin de que el Señor de los ejércitos pudiera escucharlos con mayor benevolencia, ya separados, y uno después de otro. Sintieron entonces el alma angustiada, pues habían esperado que el divino Maestro redimiese a Israel, y había transcurrido ya el tercer día desde su muerte. No comprendían, pues, por qué el Padre había abandonado al Hijo; preferían no ver la luz del día: ¡tan tremendo era el peso que gravitaba sobre sus almas! Y aun en aquellos momentos, el recuerdo de tan terribles escenas arrancaba a los ojos del anciano dos gruesas lágrimas, que se hicieron visibles a la luz de la hoguera y rodaron luego por su encanecida barba. Temblaba su calva y venerable cabeza, y morían en su pecho los dolientes acentos de su voz.

«Ese hombre dice la verdad y llora porque siente», se dijo Vinicio desde el fondo de su alma.

Y, entretanto, el dolor anudaba también la garganta de los creyentes de alma sencilla. Más de una vez habían oído hablar de los sufrimientos de Cristo, y era por ellos sabido asimismo que la alegría seguiría al dolor, pero al escuchar la narración del apóstol que todo aquello presenciara, se retorcían las manos a impulsos de la congoja, sollozando o golpeándose el pecho.

Mas luego se tranquilizaron ante el deseo de seguir escuchando al apóstol. El anciano cerró entonces los ojos, cual si quisiera de ese modo concentrar en su alma la visión clara de escenas distantes, y prosiguió así:

—Mientras los discípulos estaban lamentándose y orando, María de Magdala penetró por segunda vez en la estancia, exclamando que había visto al Señor, no habiéndole reconocido al principio por el brillo que le rodeaba y le había confundido con el jardinero. Ella había llamado «¡María!», a lo cual había exclamado ella: Rabboni!, postrándose a sus pies. Él entonces le ordenó que reuniera a sus discípulos, y enseguida desapareció. Pero ellos, los discípulos, no habían dado crédito a María, y al verla llorar de alegría, unos la reconvinieron y otros juzgaron que el dolor le había perturbado el juicio, pues dijo también que había visto ángeles en el sepulcro; mas ellos acudieron a él por segunda vez y lo encontraron desierto. Por la tarde se presentó Cleofás, quien había venido con otro hombre desde Emmaús, y ambos volvieron pronto diciendo: «¡El Señor ha resucitado!». Y se pusieron a discutir el caso a puerta cerrada, por temor a los judíos. Y, entretanto, Él se dejó ver entre ellos, aun cuando no se había sentido abrir la puerta, y cuando ellos demostraron temor, les dijo: «¡Que la paz sea con vosotros!».

»Y yo le vi, como le vieron todos; y Él era diáfano como la luz y como la dicha que sintieron nuestros corazones, pues entonces creíamos que se había levantado de entre los muertos y que los mares se secarían y las montañas se reducirían a polvo; pero su gloria no perecería jamás.

»Después de transcurridos ocho días, Tomás Dídimio puso el dedo en las heridas del Señor y le tocó el costado; entonces, cayendo postrado a sus pies, exclamó: "¡Mi Dios y mi Señor!". "Porque me has visto, has creído; ¡benditos sean los que no han visto y han creído!", dijo el Señor. Y nosotros escuchamos esas palabras, y nuestros ojos le vieron, porque se hallaba en medio de nosotros.

Vinicio había seguido escuchando, y algo extraño se había operado en su alma. Por un momento se olvidó del sitio en donde estaba; empezó a perder la sensación de la medida, el discernimiento del juicio. Se hallaba, en efecto, en presencia de dos imposibilidades. No podía creer lo que el anciano decía, y al propio tiempo parecía que era menester estar ciego, o renunciar al testimonio de la propia razón, para admitir que estuviera mintiendo aquel hombre que decía: «Yo le vi». Porque algo había en sus ademanes, en sus lágrimas, en su

aspecto y en los detalles de los acontecimientos por él narrados que hacía imposible toda sospecha. Por momentos se imaginaba Vinicio estar soñando. Pero a su alrededor veía a la silenciosa multitud, hería su olfato el olor que despedían las linternas, y al lado, y sobre la piedra vecina a la cripta, se alzaba un anciano de cabeza temblorosa, a quien esperaba pronto la tumba, quien, actuando como testigo, repetía:

—Yo le vi.

Y Pedro refirió luego a sus oyentes todos los demás episodios, hasta la ascensión al cielo. A veces tomaba algún descanso, pues su narración era muy detallada; mas podía observarse que hasta el mínimo detalle se le había fijado en la memoria, como se fija en una piedra lo que ha sido grabado en ella.

Los que le escuchaban parecían embargados por una especie de éxtasis. Habían echado hacia atrás sus capuchas a fin de oír mejor y no perder ni una sola de aquellas palabras que para ellos no tenían precio. Les parecía que algún poder sobrehumano los había transportado a Galilea; que se paseaban en unión de los discípulos por aquellas arboledas y surcaban aquellas aguas; que aquel cementerio se había transformado en el lago Tiberíades; que a su orilla, y destacándose en medio de las tinieblas de la mañana, veían a Cristo, en pie, tal cual se hallara cuando Juan, divisándole desde el bote, había dicho: «Es el Señor»; y Pedro se había arrojado a nado, a fin de llegar más pronto a postrarse a sus adorados pies.

En los semblantes de los oyentes se advertía un éxtasis ilimitado, un olvido de la vida, un transporte y un amor inconmensurables. Era evidente que durante la prolongada narración de Pedro algunos de ellos se habían sentido como bajo el influjo de visiones extraterrenas.

Y cuando empezó a referir cómo en el momento de la ascensión las nubes se habían cerrado bajo los pies del Salvador y le habían cubierto, ocultándole luego a la vista de los apóstoles, todas las cabezas se alzaron instintivamente hacia el cielo, sucediéndose un momento de expectativa, como si todas aquellas gentes esperasen ver allí al Señor o presenciar su descenso de las regiones etéreas para ser testigo de cómo el anciano apóstol apacentaba las ovejas que le habían sido confiadas y para bendecirle a él y a su rebaño. Roma no existía para aquella multitud, ni el loco César; ni existían los templos de dioses paganos; sólo había para ellos Cristo, Cristo que llenaba la tierra, los mares, los cielos y el orbe entero.

Y entretanto, en las lejanas casas esparcidas aquí y allá, a lo largo de la Vía Nomentana, cantaban los gallos anunciando la medianoche. En aquel instante, Quilón tiró de un extremo del manto de Vinicio y dijo a su oído:

—Señor, allí, no lejos del anciano, veo a Urbano; con él se halla una joven.

Vinicio se sacudió como si se tratara de salir de un sueño, y volviendo la vista en la dirección señalada por el griego, vio a Ligia.

XXI

A la vista de la joven tembló hasta la última fibra del patricio. Se olvidó de la multitud, del anciano, de su propia sorpresa ante las incomprensibles cosas que acababa de escuchar: sólo miraba a Ligia. ¡Por fin, después de todos sus esfuerzos, después de tan largos días de intranquilidad, tribulación y sufrimiento la había encontrado! Por primera vez comprendió que el júbilo también podía abalanzarse sobre el corazón como un animal salvaje y oprimirlo, estrujarlo hasta dejarlo sin aliento.

El, que hasta hacía poco se había imaginado que la Fortuna se había impuesto una especie de obligación de cumplir todos sus deseos, ahora apenas prestaba crédito a sus propios ojos ni se daba cuenta de su propia felicidad. A no ser por ese recogimiento de incredulidad o de estupor, quién sabe si su índole impulsiva y apasionada no le hubiera precipitado a dar algún paso imprudente. Pero deseaba asegurarse antes de que aquello no era una continuación de los prodigios que llenaban su cabeza; necesitaba estar seguro de que no era un sueño. Mas no pudo caberle la menor duda: veía a Ligia y sólo una distancia de pocos pasos le separaba de ella. Se hallaba a plena luz, de manera que podía gozarse en su vista cuanto quisiera.

La capucha había caído de su cabeza y había despeinado sus cabellos; tenía los labios ligeramente entreabiertos, alzaba la vista hacia el apóstol, el rostro pendiente de sus palabras, que parecían tenerla como en éxtasis. Vestía un oscuro manto de lana, como una hija del pueblo. Vinicio nunca la había visto tan bella, y a pesar de la verdadera confusión de sentimientos e ideas que bullía en su interior, le impuso el contraste de la nobleza y distinción de aquella admirable cabeza patricia con su traje, que podía haber sido el de una esclava.

Su antiguo amor le envolvió ahora como una inmensa llama mezclado con un extraño sentimiento de nostalgia, homenaje, admiración y ferviente anhelo. Su contemplación le producía placer, y se saciaba con ella como con el agua vivificante después de una larga sed.

En pie al lado del gigantesco ligio le pareció ahora de menor estatura que antes, casi una niña; notó, además, que había adelgazado; su cutis se había vuelto casi transparente, y en conjunto le producía la impresión de una flor, o un espíritu. Pero todo aquello le hacía desear aún más a aquella mujer, tan

diferente de todas las mujeres que había conocido antes, o que antes habían sido suyas en Oriente y en Roma. Se decía que por ella las habría dado a todas y a Roma y al mundo entero, por añadidura.

Así, habría llegado a ensimismarse por completo y a olvidarse de todo cuanto le rodeaba a no ser por Quilón, quien tiró nuevamente del borde de su manto, lleno de temor ante la idea de que hiciese algo que pudiera denunciarlos. Entretanto, los cristianos volvieron a sus cánticos y oraciones. Luego atronó los aires el Maranatha, y enseguida el apóstol bautizó con agua de la fuente a aquellos que los presbíteros presentaban preparados ya para recibir el bautismo.

Le parecía a Vinicio que aquella noche no iba a terminar jamás. Deseaba ahora seguir a Ligia cuanto antes y apoderarse de ella en el camino de regreso a su casa.

Por último, empezaron algunos a salir del cementerio, y Quilón dijo entonces al oído de Vinicio:

—Salgamos hasta la puerta, señor; no nos hemos quitado la capucha y la gente nos observa.

Y así era, en efecto, pues en el curso de la predicación del apóstol todos se habían echado hacia atrás las capuchas para escuchar mejor, y ellos, por su parte, no habían seguido este ejemplo. De manera que el consejo de Quilón pareció prudente a Vinicio. Deteniéndose delante de la puerta podrían ver a todos los que salieran, y en cuanto a Urso, era fácil reconocerle por sus formas y su estatura.

—Los seguiremos —dijo Quilón— y veremos a qué casa van. Y mañana, o mejor dicho hoy, podrás rodear con esclavos las entradas y llevártela.

—¡No! —dijo Vinicio.

—¿Qué pretendes hacer, señor?

—La seguiremos hasta su casa y la llevaremos ahora mismo si quieres encargarte de la empresa, Crotón.

—Perfectamente —contestó el atleta—, y me comprometo a entregarme a ti como esclavo si no rompo el espinazo del bisonte que la custodia.

Pero Quilón se consagró a la tarea de persuadirlos y de suplicarles por todos los dioses que no hicieran tal cosa. Crotón había sido llevado tan sólo a fin de que los defendiera contra cualquier ataque en el caso de que fuesen reconocidos y no para arrebatarse a la joven. Llevarla, cuando eran sólo dos, equivalía a exponerse a la muerte, y lo que pudiera ser peor, había que prever la posibilidad de que lograra escapárseles de las manos y entonces se ocultaría en otro sitio o saldría de Roma. Y llegado ese caso, ¿qué harían? ¿Por qué no

obrar sobre seguro? ¿Por qué exponerse ellos a la destrucción y toda la empresa al fracaso?

Aun cuando Vinicio necesitó recurrir a toda su fuerza de voluntad para contener el ímpetu de abalanzarse sobre Ligia, apoderarse de ella allí mismo, en el cementerio, y tomarla en sus brazos, comprendió que el griego tenía razón, y acaso hubiera prestado oído a sus indicaciones, a no ser por Crotón, para quien lo principal era ganarse cuanto antes la recompensa pactada.

—Señor —dijo éste—, haz que calle ese morueco viejo, o permite que le dé un puñetazo en la cabeza. Una vez en Bugento, adonde fui llevado por Lucio Saturnino para tomar parte en unos festejos, siete gladiadores borrachos se echaron sobre mí en una fonda y ni uno solo de ellos escapó con las costillas en buen estado. No te digo yo que arrebatas ahora mismo a la muchacha entre la multitud, porque podrían apedrearnos; pero una vez que haya llegado a su casa, me apoderaré de ella y la conduciré a cualquier sitio que me indiques.

Vinicio se alegró al escuchar aquellas palabras y contestó:

—¡Así sea, por Hércules! Mañana quizá no la encontraremos en su casa, porque si los sorprendemos, seguramente la llevarán a otra parte.

—¡Ese ligio tiene aspecto de hombre tremendamente fuerte! —gimió Quilón.

—Nadie te pide que vayas a sujetar sus manos —respondió Crotón.

Pero tuvieron que aguardar aún largo tiempo. Los gallos habían empezado a cantar al acercarse ya la aurora cuando vieron a Urso que salvaba el umbral de la puerta y tras él a Ligia. Los acompañaban algunas personas más. Quilón creyó reconocer entre ellos al gran apóstol. Junto a él iba otro anciano de más baja estatura, dos mujeres que ya no eran jóvenes y un muchacho que alumbraba el camino con una linterna. A continuación de ese puñado de individuos seguía un grupo como de doscientas personas. Vinicio, Quilón y Crotón se incorporaron a este grupo.

—Sí, señor —dijo Quilón—; tu doncella se encuentra bajo una poderosa protección. Ese que la acompaña es el gran apóstol: mira cómo los que pasan delante de él se arrodillan.

Y, en realidad, se arrodillaban a su paso las gentes; pero Vinicio no los miraba. No perdió de vista a Ligia ni un instante; un solo pensamiento le dominaba por completo: llevársela; y habiendo adquirido en la guerra el hábito de las estratagemas de todo género, disponía mentalmente con precisión militar todo el plan de su proyectado rapto. Presentía que era atrevido el paso que estaba resuelto a dar; pero asimismo sabía muy bien que son generalmente

los ataques más audaces los que procuran mejores triunfos.

Sin embargo, el camino era largo; de ahí que de cuando en cuando se detuviera a pensar en el abismo que esa extraña religión había abierto entre él y Ligia. Comprendía ahora todo cuanto había acontecido en el pasado, y se daba cuenta de por qué había sucedido. No había conocido realmente a Ligia hasta entonces. Sólo había visto en ella a una joven de maravillosa hermosura, no comparable a ninguna otra; una doncella hacia la cual le arrastraban sus sentidos. Pero ahora veía que la religión de esa doncella la diferenciaba profundamente de las demás mujeres; sabía también ahora que no eran para ella sino ilusión vana y despreciable los sentimientos, la sed de riquezas y el placer que él antes juzgara que podían servirle de incentivo. Comprendía, por último, lo que ni Petronio ni él habían comprendido antes: que esa nueva religión infiltraba en el alma un algo desconocido para el mundo en que él vivía, y que Ligia, aun cuando le amase, no habría de sacrificar en obsequio de él ninguna de las verdades cristianas que le habían sido inculcadas; y que si para ella existía el placer, era un placer totalmente distinto del que perseguían él, Petronio y toda la corte del César, Roma entera.

Cualquier otra mujer de las que él conocía podría llegar a ser su amante; pero aquella cristiana llegaría tan sólo a convertirse en víctima suya. Y al pensar esto, montaba en cólera y luego le dominaba una profunda pena, porque presentía que esa cólera suya era del todo impotente.

Arrebatarse a Ligia le parecía empresa posible; estaba casi convencido de que lograría llevarse a la joven; pero asimismo le asistía la certidumbre de que en presencia de la religión de Ligia, él mismo, con toda su intrepidez y su virilidad, nada significaba, nulo era su poder y que con él nada conseguiría de cuanto ambicionaba. Así, pues, aquel tribuno militar de Roma veía ahora por primera vez en su vida que más allá de la fuerza de la espada y del puñal que se habían hecho dueños del mundo bien podía existir otra cosa, y se preguntaba con asombro a sí mismo qué podría ser eso.

Por su mente cruzaban las escenas del cementerio: veía a la multitud reverentemente agrupada, y contemplaba a Ligia escuchando, con toda el alma pendiente de los labios del anciano, las palabras con que éste había narrado la pasión y muerte y la resurrección del Hombre-Dios, Redentor del mundo, y había prometido la felicidad a la otra orilla de la laguna Estigia. Cuando pensaba en todo esto, se convertía su cabeza en un caos. De este caos vinieron a sacarle las quejas de Quilón, quien empezó a lamentarse de su desdichada suerte. Él había prometido encontrar a Ligia. La había buscado con peligro de su vida y había indicado ya el sitio donde se hallaba. ¿Qué más podía exigírsele ahora? ¿Por ventura había él ofrecido raptar también a la doncella? ¿Quién intentaría pedir algo semejante a un hombre mutilado, a quien faltaban dos dedos, a un hombre viejo, consagrado a la meditación, a la ciencia y a la

virtud? ¿Qué sucedería si a un caballero de tan alta dignidad como Vinicio hubiera de ocurrirle algún contratiempo al llevarse a la doncella?

Cierto era que a los dioses incumbía el velar por la suerte de sus elegidos; pero ¿acaso no habían acontecido más de una vez accidentes desgraciados, como si en esos instantes se hallaran distraídos los dioses en vez de vigilar con ojo atento lo que en el mundo iba pasando? La Fortuna es ciega; todos lo saben, y, por tanto, si no ve de día, ¿cómo iba a ver de noche? Y si algo grave sucedía, y si ese oso ligio arrojaba una piedra de molino a la cabeza del noble Vinicio, ole tiraba un barril de vino —o lo que sería todavía peor— de agua, ¿quién podría asegurar que en vez de una recompensa recaería la responsabilidad de lo sucedido sobre la cabeza del infortunado Quilón?

Él, el pobre sabio, se había sentido atraído hacia el noble Vinicio, como lo fue Aristóteles por Alejandro de Macedonia. Si el noble Vinicio quisiera darle siquiera aquella bolsa que había puesto en su cinturón delante de él, antes de salir de casa, algo habría al menos con que pedir auxilio en caso de grave necesidad o con que poder influir sobre los cristianos. ¡Oh! ¿Por qué no se escuchaban los consejos de un viejo, consejos dictados por la experiencia y la sabiduría? Vinicio, que le había oído, sacó de su cinturón la bolsa y, arrojándola a Quilón, replicó:

—Ya la tienes, y ¡cállate!

El griego pulsó la bolsa, vio que era extraordinariamente pesada y cobró ánimo.

—Toda mi esperanza se cifra en esto —dijo—: Que Hércules y Teseo llevaron a cabo hazañas todavía más difíciles; ¿y qué es Crotón, este íntimo y querido amigo personal mío, sino un Hércules? A ti, digno señor, no te he de llamar un semidiós, porque tú eres todo un dios, y estoy seguro de que, en lo futuro, no te olvidarás de este pobre, pero fiel siervo tuyo, a cuyas necesidades menester será proveer de tiempo en tiempo; pues él, una vez que se ha engolfado en sus libros, no se preocupa de las demás cosas. Unos pocos estadios de tierra cultivada y una casita con pórtico, aun cuando sea pequeña, para resguardarse del calor en el verano, sería obsequio digno de tal donador. Entretanto —prosiguió—, admiraré desde lejos tus heroicas proezas e invocaré a Júpiter para que sea contigo benigno, y siempre que sucediera algo me tendrás dispuesto a levantar tal clamor que pondría en pie y pronta para venir en tu ayuda a la mitad de Roma. ¡Qué camino más malo y desigual! El aceite de oliva de la linterna se ha concluido; y si Crotón, que es tan noble como fuerte, me llevara en brazos hasta la puerta, se daría cabal cuenta, en primer lugar, de si podía conducir de igual modo y con facilidad a la doncella, y en segundo, ejecutaría un acto semejante al de Eneas y se propiciaría a todos los buenos dioses, de tal manera, que por lo tocante al resultado de su empresa yo

me hallaría del todo tranquilo.

—Preferiría llevar en mis brazos a un carnero que hubiera muerto de sarna el mes pasado —contestó el gladiador—; pero dame, si quieres, esa bolsa que hace poco te ha arrojado el noble tribuno y te llevaré hasta la puerta.

—¡Que te corten antes el dedo gordo del pie! —replicó el griego—. ¿Qué provecho has alcanzado, entonces, de las enseñanzas de aquel dignísimo anciano que hace poco nos pintaba la pobreza y la caridad como las virtudes principales? ¿No te ordenó expresamente que me amaras? Ya veo con pena que jamás lograré hacer de ti ni siquiera un cristiano mediocre; le sería al sol más fácil atravesar con sus rayos los muros de la prisión Mamertina, que a la verdad introducirse a través de tu cráneo de hipopótamo.

—¡No tengas cuidado! —dijo, Crotón, quien, dotado de la fuerza de una bestia, carecía de sentimientos humanos—. ¡No seré jamás cristiano! ¡No quiero perder mi pan!

—Pero, si conocieras, por lo menos, los rudimentos de la filosofía, sabrías que el oro no es más que vanidad.

—¡Venme a mí con tus filosofías! ¡Te daré una cabezada en el estómago y veremos entonces quién gana!

—Lo mismo pudo haber dicho un buey a Aristóteles —replicó Quilón.

Empezaban, entretanto, a disiparse las tinieblas de la noche; la aurora, con pálida luz, envolvía los perfiles de las murallas. Los árboles que se alzaban a lo largo del camino, los edificios y las losas sepulcrales esparcidas aquí y allá, empezaban a emerger de entre las sombras. El sendero ya no se veía desierto. Los verduleros se movían en dirección a las puertas, conduciendo asnos y mulas cargados de verdura; igual camino hacía alguna crujidora carreta de las que conducían aves. Sobre la vía y a cada uno de sus lados se levantaba desde la tierra una ligera niebla precursora de buen tiempo. Las gentes, vistas a distancia, parecían surgir de entre aquella niebla como apariciones.

Vinicio seguía con los ojos fijos en las delicadas formas de Ligia, que aparecían como envueltas en un argentino nimbo a medida que aumentaba la luz.

—Señor —dijo Quilón—, te ofendería yo si me pusiera a hacer deducciones acerca del límite a que han de llegar tus bondades; por eso, ahora que me has pagado, no creo que sospeches que hablo inspirado tan sólo por mi interés personal. Una vez más te aconsejo que te dirijas a tu casa en busca de esclavos y una litera, inmediatamente que sepas dónde habita la divina Ligia. No escuches a ese trompa de elefante de Crotón, que se empeña en llevarse ahora a la doncella con el solo objeto de estrujar tu bolsillo cual si fuera una

bolsa de requesón.

—Tengo listo para ti un puñetazo que voy a darte entre los hombros; y esto significa que vas a perecer.

—Yo, para ti, tengo listo un barril de vino de Cefalonia, y esto significa que voy a sentirme bien —contestó el griego.

Vinicio nada replicó, porque en este momento, al acercarse a la puerta, se presentó a su vista una escena prodigiosa. Dos soldados se arrodillaron al pasar delante de ellos el apóstol; Pedro colocó, por espacio de un instante, la mano sobre sus yelmos de hierro y, a continuación, les dio su bendición.

Antes de aquel momento jamás se le había ocurrido a aquel patricio que pudiese haber cristianos en el ejército; ahora pensaba, con asombro, que así como en una ciudad incendiada el fuego va poco a poco devorando más y más edificios, así, a juzgar por todas las apariencias, aquella doctrina iba de día en día infiltrándose en mayor número de almas y propagándose por encima de todas las creencias humanas. Y esto le llamó particularmente la atención en lo referente a Ligia, pues pudo ahora también convencerse de que, si hubiera querido huir de la ciudad, no le habrían faltado guardianes dispuestos a facilitar su fuga. Y, entonces, dio gracias a todos los dioses porque tal cosa no había sucedido.

Después de haber pasado por varios sitios sin construir, cerca de las murallas, los cristianos empezaron a diseminarse en distintas direcciones. Se hacía, pues, ahora necesario seguir a Ligia desde mayor distancia y con más precauciones, a fin de no llamar la atención. Quilón, entretanto, comenzó a quejarse de sus heridas y de dolores en las piernas, y fue quedándose rezagado. Vinicio no hizo objeción alguna, juzgando que ya no le sería necesario aquel griego inútil y cobarde. Y hasta le hubiera permitido partir si Quilón insistiera; pero el digno sabio, al parecer, se veía detenido por motivos de prudencia. Evidentemente, la curiosidad era uno de sus móviles, puesto que seguía detrás y por momentos alcanzaba a Vinicio y se le aproximaba con el fin de repetirle alguna de sus anteriores indicaciones. Pensaba también que el anciano que acompañaba al apóstol bien pudiera ser Glauco; pero esta idea atemorizadora le abandonó al reparar en que aquél era de más baja estatura.

Por espacio de bastante tiempo marcharon así; antes de llegar al Transtíber, estando próximo a salir el sol, se dispersó el grupo que rodeaba a Ligia.

El apóstol, acompañado de una anciana y de un muchacho, se dirigió río arriba; el anciano de menor estatura, Urso y Ligia entraron en una calle estrecha, en la que, después de avanzar como unos cien pasos, penetraron en una casa en que había dos tiendas: una destinada a la venta de aceitunas y otra a la de aves de corral. Quilón, que venía como a cincuenta pasos detrás de

Vinicio y Crotón, se detuvo al punto, como si estuviera clavado en el suelo. Y después, adosado a la muralla, empezó a llamarlos a silbidos para que volviesen. Así lo hicieron, porque necesitaban tomar consejo.

—Ve, Quilón —dijo Vinicio—, y observa si esa casa tiene alguna fachada que dé a la otra calle.

Quilón, aun cuando se había quejado de tener heridas en los pies, corrió presuroso, como si tuviese ahora las alas de Mercurio en los tobillos, y volvió en un instante.

—No, señor —dijo—, sólo hay una entrada.

Y luego, juntando las manos, agregó:

—Te imploro, señor, por Júpiter, Apolo, Vesta, Cibeles, Isis, Osiris, Mitra, Baal y todos los dioses de Oriente y Occidente, que abandones este plan. Escúchame...

Pero aquí se detuvo porque vio que el semblante de Vinicio estaba pálido por la emoción, y que sus ojos brillaban como los de un lobo. Bastaba mirarle para persuadirse de que nada en el mundo le haría desistir de aquella empresa.

Crotón empezó a insuflar aire a sus hercúleos pulmones, y a mover su tosca cabeza de un lado a otro, como hacen los osos que se hallan aprisionados en una jaula; pero en su semblante no se advirtió el menor indicio de temor.

—Yo entraré el primero —dijo.

—Tú me seguirás —dijo Vinicio con voz de mando.

Y, al cabo de un instante, ambos desaparecieron por la oscura puerta de entrada. Quilón, entretanto, corrió hasta la esquina de la calle más cercana y allí se quedó acechando, en espera de lo que iba a suceder.

XXII

Sólo cuando se encontraron en el interior comprendió Vinicio todas las dificultades de la empresa.

La casa era espaciosa, de varios pisos, del género de las innumerables que había en Roma, edificadas sólo con el propósito de percibir la mayor renta posible. De ahí que, por lo general, fueran construidas tan precipitada y defectuosamente que apenas pasaba año sin que algunas se desplomaran sobre las cabezas de sus ocupantes. Verdaderas colmenas, demasiado altas y estrechas, llenas de habitaciones y de cuchitriles, en ellas vivía la gente pobre,

agrupada en número excesivo.

En una ciudad en donde muchas calles carecían de nombres, aquellas casas carecían, a su vez, de números. Los propietarios encargaban el cobro de los arrendamientos a esclavos, quienes, no estando obligados por el gobierno de la ciudad a dar los nombres de los ocupantes, con frecuencia lo ignoraban hasta ellos mismos. Así pues, encontrar en semejantes casas a uno de sus habitantes, valiéndose de la simple indicación de sus nombres, a menudo se hacía muy difícil, especialmente cuando en ellas no había portero.

Vinicio y Crotón, pasando por un vestíbulo parecido a un pasillo, llegaron a un patio estrecho formando una especie de atrium común para toda la casa, con una fuente en el centro, de la cual brotaba el agua, yendo a caer en un pilón de piedra incrustado en el suelo. Desde las murallas arrancaban hacia el interior escaleras de piedra y de madera, que conducían a sendas galerías, en las cuales se hallaban las entradas a las habitaciones. Estas también se hallaban en el piso bajo, provistas unas de puertas de madera, y separadas otras del patio solamente por unas cortinas de lana. Y estas últimas, en su mayor parte, estaban gastadas, rotas o llenas de remiendos.

Era muy temprana la hora y no se veía a nadie en el patio. Evidentemente dormían todos en aquella casa, a excepción de aquellos que acababan de regresar de Ostrianum.

—¿Qué haremos, señor? —preguntó Crotón deteniéndose.

—Aguardemos aquí; alguien puede venir de un momento a otro —contestó Vinicio—. No debiéramos dejarnos ver en el patio.

Y se le ocurrió que el procedimiento aconsejado por Quilón habría sido el más práctico. De haber tenido entonces algunas docenas de esclavos a sus órdenes le habría sido fácil ocupar la puerta, que era, al parecer, la única salida, registrar simultáneamente todas las habitaciones y llegar así hasta la de Ligia; de otra manera, los cristianos, que seguramente no escasearían en aquella casa, podrían dar aviso. En vista de estas circunstancias era peligroso tomar informes de los ocupantes de la casa. Y Vinicio se paró entonces a pensar si no sería más conveniente encaminarse en busca de sus esclavos.

En aquel instante, de detrás de un biombo que ocultaba a la vista una de las habitaciones situadas en el extremo más lejano del patio, salió un hombre que llevaba en la mano un cedazo y se aproximaba a la fuente. Al primer golpe de vista el joven tribuno reconoció en él a Urso.

—¡Ése es el ligio! —murmuró Vinicio.

—¿Queréis que le rompa los huesos ahora mismo?

—¡Aguarda un instante!

Urso no reparó en aquellos dos hombres, que se hallaban protegidos por la penumbra de la entrada; y empezó, tranquilamente, a enjugar en el agua las legumbres que llenaban el cedazo. Era evidente que después de toda una noche pasada en el cementerio, se aprestaba ahora a preparar una comida.

Transcurridos algunos instantes y terminado el lavado de las legumbres se llevó consigo el cedazo mojado y desapareció detrás del biombo.

Crotón y Vinicio le siguieron, creyendo que iba a penetrar directamente en las habitaciones de Ligia. Pero su asombro fue grande cuando vieron que aquel biombo no separaba del patio habitaciones, sino otro oscuro pasillo, en cuyo extremo había un pequeño jardín, en el cual se alzaban unos cuantos cipreses y algunas matas de mirto. Y en el fondo se veía una pequeña casa, edificada contra la muralla, sin ventanas, de otro edificio de piedra contiguo.

Ambos comprendieron al punto que ésta era para ellos una circunstancia propicia. En el patio habrían podido reunirse todos los arrendatarios, en tanto que el aislamiento en que se hallaba la casita facilitaba la empresa. Pronto se desharían de los defensores, mejor dicho, de Urso, y saldrían a la calle llevándose a Ligia. Una vez fuera, se defenderían. No era probable, por otra parte, que fueran atacados, y si tal ocurría, diría que llevaban a un rehén que se había fugado, sustrayéndose a la custodia del César. En último caso, Vinicio se daría a conocer a los guardias y hasta pediría su cooperación.

Urso iba a entrar ya en la casita cuando el ruido de pasos llamó su atención. Se detuvo entonces, y, al ver acercarse a dos personas, puso el cedazo en la balaustrada y, volviéndose hacia ellos, preguntó:

—¿Qué buscáis aquí?

—¡A ti! —contestó Vinicio. Y, dirigiéndose a Crotón, le ordenó en voz baja y precipitada—: ¡Mátale!

Crotón se abalanzó sobre Urso como un tigre, y, en un instante, antes que el ligio tuviera tiempo de pensar o de reconocer a sus enemigos, el atleta le había cogido entre sus brazos de acero.

Vinicio tenía demasiada confianza en las sobrehumanas fuerzas de aquel hombre para detenerse a presenciar el final de la lucha. Así pues, pasó delante de los combatientes, de un salto llegó a la puerta de la casita, la abrió de un empujón y se encontró en un aposento algo oscuro, medio iluminado por el fuego que ardía en la chimenea. Ligia recibía directamente en el rostro destellos de ese fuego. Una segunda persona, que se hallaba sentada al lado de la chimenea, era el anciano que había acompañado a la joven y a Urso en el camino de regreso desde Ostrianum.

Vinicio penetró tan repentinamente que, aun antes que Ligia le

reconociera, la había cogido por la cintura, y, alzándola en sus brazos, se abalanzó de nuevo hacia la puerta. El anciano quiso interceptarle el paso; pero Vinicio, estrechando a la joven con un brazo contra su pecho, le empujó a un lado con el que conservaba libre.

Cayó entonces la capucha de la cabeza del joven, y a la vista de aquel rostro conocido, pero en aquel momento terrible, se heló la sangre en las venas de Ligia, y murió la voz en su garganta. Quiso pedir auxilio, pero no pudo. Igualmente vano fue su deseo de aferrarse al marco de la puerta y de resistir. Se resbalaron por la piedra sus dedos, y se habría desvanecido a no ser por el terrible cuadro que se presentó a su vista cuando llegó Vinicio hasta el jardín.

Urso llevaba en sus brazos un cuerpo completamente doblado hacia atrás, colgándole la cabeza y llena de sangre la boca. Al ver el grupo que salía de la casita, el gigante dio un nuevo puñetazo a Crotón en la cabeza y, en un abrir y cerrar de ojos, saltó sobre Vinicio como una enfurecida bestia salvaje.

«¡La muerte!», pensó el joven patricio.

Y entonces llegó a su oído, como si soñara, el grito de Ligia:

—¡No le mates!

Luego sintió algo que, como un rayo, abrió los brazos en que sostenía a Ligia; la tierra comenzó a dar vueltas a su alrededor y murió en sus ojos la luz del día...

Quilón, disimulándose detrás del ángulo de la casa de la esquina próxima, aguardaba el curso de los acontecimientos, pues en su interior luchaban la curiosidad y el miedo. Pensaba que si se obtenía buen éxito en la empresa de llevarse a Ligia, sería muy bien tratado en casa de Vinicio. De Urbano ya no se preocupaba, pues estaba seguro de que Crotón le mataría. Y se decía que, apenas empezara la gente a agruparse en las calles, hasta ahora desiertas, es decir que los cristianos u otra clase de gentes se aprestaran a resistir a Vinicio, él les hablaría como representante de la autoridad, como ejecutor de la voluntad del César, y, en último caso, llamaría a los guardias para que vinieran en auxilio del joven patricio y contra la chusma callejera, con lo cual se conquistaría méritos adicionales a los ojos de Vinicio.

En su interior seguía creyendo que el plan del joven tribuno había sido imprudente; pero, teniendo en cuenta las terribles fuerzas del atleta, convenía en que bien pudiera triunfar, y pensaba que si el asunto llegaba a presentar un aspecto difícil, Vinicio podría llevarse a la joven, y Crotón, entretanto, irle abriendo paso por entre las gentes que se hubiesen reunido. Pero en el intervalo, la espera se le hacía larga y el silencio que seguía rodeando la entrada de la casa, que desde lejos observaba, le tenía ya intranquilo.

«Si no dan con su escondite y promueven un alboroto, asustarán a la niña», se dijo.

Mas no le fue desagradable semejante idea, porque comprendió que, en aquel caso, volvería el joven a necesitar sus servicios, y entonces seguiría sacando buenas cantidades de sestercios.

«Hagan lo que quieran —se dijo—, han de trabajar para mí, si bien nadie se ha dado aún cuenta de ello. ¡Dioses, dioses!, permitidme tan sólo...».

Pero aquí se detuvo repentinamente, pues le pareció que alguien asomaba la cabeza por la puerta de entrada. Y, apretándose contra la pared, observó conteniendo la respiración.

No se engañaba, pues, efectivamente, una cabeza se había asomado a la puerta, mirando en derredor y desapareció luego. «Ése es Vinicio o Crotón —pensó Quilón—. Pero si ya ha raptado a la muchacha, ¿por qué no grita y por qué mira hacia la calle? De todas maneras han de encontrar gente, pues antes que lleguen a las Carenas habrá ya movimiento en la ciudad... Mas ¿qué es eso? ¡Por todos los dioses inmortales!».

Y de súbito se le erizaron los pocos cabellos que le quedaban. En la puerta de la casa había aparecido Urso llevando auestas el cuerpo de Crotón. Miró el ligio una vez más a su alrededor y acto seguido empezó a correr por la calle desierta con su carga en dirección al río.

Quilón se pegó tanto a la muralla, que pareció incrustarse en ella.

«¡Estoy perdido si me ve!», pensó.

Pero Urso pasó por la esquina rápidamente y desapareció luego.

Quilón, sin aguardar más, castañeteándole los dientes a influjo del terror, echó a correr con una velocidad que aun tratándose de un joven hubiera causado admiración.

«Si me ve a la vuelta, aunque sea de lejos, me alcanzará y me matará —se dijo—. ¡Sálvame, Zeus; sálvame, Apolo; Mercurio, sálvame! ¡Oh Dios de los cristianos, sálvame! ¡Saldré de Roma, volveré a Mesembria; pero sálvame de las manos de ese demonio!».

Y el ligio que había matado a Crotón le pareció en este instante una especie de ser sobrenatural.

Mientras iba corriendo, pensaba en que bien pudiera ser aquél un dios que había tomado las formas de un bárbaro. Y en tal momento creía en todos los dioses del mundo y en todos los mitos de que habitualmente se burlaba. Venía también a su imaginación la idea de que hubiera sido el propio Dios de los cristianos el que matara a Crotón, y de nuevo se le erizaron los cabellos al

pensar que pudiera él encontrarse en conflicto con un Dios tan poderoso.

Sólo después de haber atravesado corriendo varias callejas logró tranquilizarse un poco al ver venir hacia él a cierta distancia unos cuantos obreros. Le faltaba ya el aliento; así que se vio obligado a sentarse en el umbral de una puerta y empezó a limpiarse con la mano el sudor que le corría por la frente.

«Soy viejo y necesito tranquilidad», se dijo...

Los obreros que venían hacia él torcieron luego, siguiendo su camino por una pequeña calle lateral y de nuevo todo se vio desierto.

La ciudad aún dormía. Por las mañanas empezaba el movimiento temprano en los centros más opulentos de Roma, donde los esclavos se veían obligados a levantarse antes de la llegada de la aurora; pero en los barrios habitados por la población libre, sostenida a expensas del Estado, y por consiguiente ociosa, las gentes despertaban tarde, especialmente en invierno.

Quilón, después de haber permanecido algún tiempo sentado en aquel umbral, sintió un frío penetrante. Se levantó entonces, y después de cerciorarse de que no había perdido la bolsa recibida de Vinicio, echó a andar, con paso mucho más lento, en dirección al río.

«Puede que vea en alguna parte el cadáver de Crotón —se dijo—. ¡Oh dioses!, ese ligio, si es un hombre, podría ganarse millones de sestercios por año; porque si ha podido ahogar a Crotón como a un cachorro, ¿quién podría resistirle? Le darían, estoy cierto, por cada vez que se presentara en la arena, tanto oro como pesa. Guarda a esa doncella mejor que Cerbero el infierno. ¡Así se lo trague el infierno! Nada quiero con él. Pero ¿cómo he de proceder en este caso? Ha ocurrido un terrible suceso. Si ha roto los huesos de un atleta como Crotón, no me cabe duda de que el alma de Vinicio se halla ahora piando sobre esa maldita casa, en espera de su entierro. ¡Por Cástor! Pero él es patricio, amigo del César, pariente de Petronio y hombre conocido en toda Roma; es un tribuno militar. Su muerte no puede quedar sin castigo. ¿Si fuese yo a casa del pretor o me dirigiese a los guardias de la ciudad?».

Y aquí se detuvo un instante a meditar. Mas luego exclamó:

—¡Mísero de mí! ¿Quién le llevó a esa casa sino yo? Sus libertos y esclavos saben que yo fui a su morada, y algunos no ignoran con qué objeto. ¿Qué sucederá si llegan a sospechar que he ido intencionadamente a señalarle la casa en que ha encontrado la muerte? Aun cuando quedara comprobado después, durante el juicio, que no había deseado su muerte, dirían que fui causante de ella. Por otra parte, él es patricio; de ahí que en ningún caso pueda escapar yo al castigo. Y si dejo Roma ocultamente y me voy lejos de aquí, no conseguiré con ello sino hacerme todavía más sospechoso.

El asunto presentaba mal aspecto en todo caso. No le quedaba, pues, otro, arbitrio que escoger de entre muchos finales el menor. Roma era inmensa; mas le parecía a Quilón que podría llegar a ser para él en extremo reducida.

Cualquier otra persona hubiera ido directamente a la casa del prefecto de los guardias de la ciudad, le hubiese informado del suceso y aguardado con tranquilidad el éxito de la denuncia, aun cuando pudieran recaer sobre el denunciante algunas sospechas. Pero el pasado de Quilón era de tal índole que una aproximación cualquiera al prefecto de la ciudad o al prefecto de los guardias no era improbable que llegase a ocasionarle serios disgustos.

Huir, por otra parte, equivalía a confirmar a Petronio en la idea de que Vinicio había sido víctima de una traición y asesinado por virtud de un acuerdo. Petronio era hombre de gran influencia, que podría dar órdenes a los guardias de todo el Imperio, y quien, fuera de duda, se propondría descubrir a los culpables hasta en los confines de la tierra. Por eso mismo, Quilón pensó entonces acudir a él directamente y referirle cuanto había ocurrido. ¡Sí! Aquello era lo más conveniente. Petronio era un hombre sereno, y Quilón podía tener la seguridad de que escucharía su relato hasta el final. Petronio, como conocía el asunto desde el principio, creería más fácilmente en la inocencia de Quilón que los prefectos.

Pero para ir a su casa tenía que saber antes lo que le había ocurrido a Vinicio. Y Quilón lo ignoraba. Había visto al ligio acercarse sigilosamente al río con el cuerpo de Crotón. Pero eso era todo cuanto sabía. Vinicio bien pudiera estar muerto; pero de igual manera sólo herido o detenido simplemente.

Y en el mismo instante en que pensaba esto, se le ocurrió por primera vez a Quilón que ciertamente no se habrían atrevido los cristianos a matar a un hombre tan poderoso —amigo del César y alto funcionario militar—, pues un acto semejante acaso les trajera como consecuencia una persecución general. Más probable era que se hallara detenido a la fuerza, con el fin de dar tiempo a Ligia para ocultarse por segunda vez.

Y esta idea llenó a Quilón de esperanza.

«Si ese dragón ligio no le ha hecho pedazos en la primera embestida, estará vivo, y si está vivo, él mismo será testigo de que yo no le he traicionado; y entonces no sólo nada me amenaza, sino que, ¡oh Mercurio, cuenta otra vez con vaquillas!, se presenta un nuevo campo de acción. Puedo asimismo dar a conocer a uno de sus libertos el sitio donde deba buscar a su señor; y bien se dirija entonces al prefecto o no, será este asunto de su incumbencia: lo esencial es que yo no vaya... Puedo también ir a ver a Petronio y contar con una recompensa... He encontrado a Ligia; falta encontrar ahora a Vinicio, y luego a Ligia otra vez... Pero, ante todo, es menester que sepamos si Vinicio está

vivo o muerto».

Y pensó entonces que podría ver a la noche al panadero Demas y preguntar allí por Urso. Pero casi inmediatamente rechazó la idea. Prefería no tener nada más que ver con Urso. Suponía muy acertadamente que si el gigante no había matado aún a Glauco, era evidente que alguno de los jefes a quien habría confesado su designio se lo había impedido, haciéndole ver que era un asunto poco limpio, al que intentaba arrastrarle un traidor. En todo caso, al simple recuerdo de Urso, un temblor nervioso recorría todo el cuerpo de Quilón. Se dijo que por la noche mandaría a Euricio en busca de noticias a la casa en donde había ocurrido aquel suceso.

Entretanto necesitaba un refrigerio, un baño y un poco de reposo. La noche que había pasado en vela, el viaje a Ostrianum y la carrera hecha desde el Transtíber le habían fatigado excesivamente.

Mas algo había que le confortaba en gran manera. Llevaba consigo dos bolsas: la que Vinicio le había dado en su casa y la que le había arrojado en el camino de regreso del cementerio.

En vista de tan feliz circunstancia y de todas las emociones por las que acababa de pasar, decidió comer abundantemente y beber un vino mejor que el acostumbrado. Y cuando llegó por fin la hora de que abriesen la tienda de vino, cumplió tan al pie de la letra este programa que se olvidó del baño.

Deseaba ahora dormir ante todo, y el sueño le dominaba de tal manera, que hubo de encaminarse con paso vacilante a su domicilio del Suburra, donde la aguardaba la esclava comprada con el dinero que Vinicio le diera.

Apenas hubo entrado en su dormitorio, tan oscuro como la cueva de un zorro, se echó sobre la cama y en un instante se quedó profundamente dormido.

Hasta el anochecer no se despertó, mejor dicho, fue despertado por la esclava, quien le llamó para decirle que una persona preguntaba por él y deseaba verle con urgencia. El cauteloso Quilón volvió en sí al punto, se cubrió apresuradamente con su encapuchado manto, y ordenando a la esclava que se hiciese a un lado, miró con sigilo hacia afuera. Y quedó petrificado. Delante de la puerta del dormitorio se alzaba la gigantesca figura de Urso.

A su vista sintió en los pies y en la cabeza un frío glacial; cesó de latir su corazón en el pecho y le acometieron unos temblores hormigueantes por la espalda. Por espacio de algunos momentos le fue imposible articular una palabra; enseguida, castañeteándole los dientes, dijo, o mejor dicho, gimió:

—Sira..., no estoy en casa...; no conozco a ese... buen hombre.

—Le he dicho ya que estabas en casa, pero durmiendo, señor —contestó la

muchacha—, y me ha dicho que te despertara.

—¡Oh dioses!... Te ordeno que...

Pero Urso, como si le impacientara aguardar más tiempo, se aproximó a la puerta del dormitorio e inclinándose, asomó la cabeza.

—¡Oh Quilón Quilónides! —dijo.

—Pax tecum! Pax, pax! —contestó Quilón—. ¡Oh tú el mejor de los cristianos! Sí, soy Quilón; pero ésta es una equivocación...; ¡yo no te conozco!

—Quilón Quilónides —repitió Urso—, tu señor Vinicio te ordena que vengas conmigo a donde él se encuentra.

XXIII

Un dolor punzante hizo que Vinicio recobrar el sentido... En el primer momento no supo darse cuenta del sitio en donde se hallaba ni explicarse lo que había ocurrido. Sentía un ruido en la cabeza y tenía los ojos como recubiertos de niebla. No obstante, fue volviéndole de modo paulatino el conocimiento y pudo, por último, a través de aquella niebla, distinguir a tres personas que se inclinaban hacia él. Reconoció a dos de ellas: una era Urso y la otra el anciano a quien había dado un empujón cuando llevaba en brazos a Ligia. El tercero, que le era completamente desconocido, le sostenía el brazo y le estaba tentando desde el codo hasta el omóplato. Esto causaba tan terrible dolor a Vinicio, que se imaginó que estaban tomando en él esa especie de venganza, y dijo con los dientes apretados:

—¡Matadme pronto!

Pero ellos, al parecer, no hicieron caso de sus palabras, como si no las hubieran oído o las tomaran como lamentos, propios del que sufre algún gran dolor.

Urso, con su semblante a la vez tranquilo y amenazador, de bárbaro, tenía en la mano un envoltorio de lienzo blanco despedazado en largas tiras.

El anciano, dirigiéndose a la persona que apretaba el brazo de Vinicio, dijo:

—Glauco, ¿estás seguro de que la herida de la cabeza no es mortal?

—Sí, digno Crispo —contestó Glauco—. Hallándome al servicio de la Escuadra en calidad de esclavo y después, durante mi residencia en Nápoles,

curé muchas heridas, y con lo que en esa ocupación gané pude, por fin, rescatarme a mí mismo y a los míos. La herida de la cabeza es leve.

—Cuando este hombre —agregó, indicando a Urso con un ademán— arrebató a la niña de los brazos del joven, empujó contra la muralla. El joven entonces, al caer, extendió el brazo, evidentemente para resguardarse con él; así fue como se lo fracturó y desarticuló; pero de esa manera también salvó la cabeza y la vida.

—Tú tienes bajo tu custodia a más de uno de nuestros hermanos —añadió Crispo— y gozas de la reputación de hábil médico; por eso envié a Urso a buscarte.

—Sí, Urso, quien me confesó en el camino que ayer había estado dispuesto a matarme.

—Él me había comunicado antes a mí su intención. Y yo, que te conozco y conozco también tu amor a Cristo, le expliqué oportunamente que tú no eras el traidor, sino el mismo desconocido que había tratado de inducirle a cometer ese asesinato.

—¡Era un espíritu maligno, y yo le tomé por un ángel! —respondió Urso, dando un suspiro.

—En otra ocasión me hablarás de eso; ahora debemos pensar en el herido.

Y hablando así, Glauco comenzó a reducir la fractura del brazo. Aun cuando Crispo rociaba con agua el rostro de Vinicio, éste se desmayó por el dolor varias veces, lo cual era una circunstancia favorable, puesto que entonces no sentía el sufrimiento causado por la operación de entablillar el brazo. Glauco fijó el miembro roto entre dos tablillas, que aseguró con rapidez y firmeza, a fin de mantenerlo inmóvil. Terminada la operación, Vinicio recobró de nuevo el conocimiento y vio delante de sí a Ligia.

Estaba la joven en pie a su cabecera, sosteniendo en las manos una palangana de cobre, en la cual Glauco, de tiempo en tiempo, introducía una esponja y con ella iba humedeciendo la cabeza de su paciente.

Vinicio miraba, sin dar crédito a sus ojos. Lo que veía le parecía un sueño primero y luego la amada visión producida por la fiebre. Sólo después de largo rato pudo decir en voz baja:

—¡Ligia!

La palangana tembló en las manos de la joven al escuchar este llamamiento; dirigió hacia él los ojos, en los que había una honda expresión de tristeza, y contestó en voz baja:

—¡Que la paz sea contigo!

Y permaneció allí en pie, con las manos extendidas y el rostro lleno de compasión y de pena.

Vinicio la contemplaba, deseando saturarse con su vista, a fin de que, aun después de cerrados sus ojos, quedara como grabado en ellos su retrato. Detenía los ojos en aquel rostro, más pálido y más reducido ahora que antes; en las hermosas trenzas de sus negros cabellos, en su pobre traje de obrera, y la miraba de tan intensa manera, que la nívea frente de la joven empezó a sonrojarse.

Y Vinicio, entretanto, pensaba primero que siempre la amaría, y que esa palidez de la joven y esa pobreza en que la veía eran obra suya; que había sido él quien la arrancó de una casa donde la amaban y la rodeaban de bienestar y de comodidades para arrojarla a aquella mísera estancia y vestirla con aquel pobre traje de lana oscura. Mas Vinicio, que hubiera deseado envolverla en brocado y cubrirla con las joyas más valiosas del mundo, se sintió dominado de tal forma por la sorpresa, la alarma y la compasión, que se hubiera arrojado a sus pies, de haber podido moverse.

—Ligia —le dijo—, tú no permitiste que me mataran.

—Quiera Dios devolverte la salud —contestó ella con dulzura.

Para Vinicio, que tenía presentes los agravios que había inferido antes a Ligia y los que había deseado inferirle hacía poco, aquellas palabras suyas constituían una especie de bálsamo. Así pues, olvidó en aquel momento que ellas bien pudieran ser tan sólo fruto de las enseñanzas cristianas: sólo pensó en que las decía una mujer amada y que en ellas había inflexiones de una ternura singular, de una bondad sobrehumana que le llegó hasta lo más íntimo del alma. Y si pocos momentos antes el dolor le había debilitado, se sentía ahora desfallecer por la emoción. Una especie de languidez profunda, a la par que inefable, pareció apoderarse de todo su ser. Experimentó la sensación del que se va hundiendo en un precipicio y, sintiendo a la vez, al caer en él, que se encuentra a gusto y lleno de una gran felicidad. Pensó en aquel instante de desvanecimiento que, se hallaba en presencia de una deidad.

Entretanto, Glauco había lavado ya la herida de la cabeza y le había aplicado un unguento curativo. Urso cogió la palangana de cobre de las manos de Ligia, quien tomó enseguida una copa de agua mezclada con vino, que había dispuesto sobre la mesa, y la llevó a los labios del herido. Este bebió ansiosamente, y luego experimentó un alivio muy grande. Su dolor había pasado ya; después de hecha la operación, la herida y la contusión mejoraban. Empezaba a recobrar la plenitud de sus facultades.

—Dame otra vez de beber —dijo.

Ligia se fue con la copa vacía al aposento contiguo.

Luego Crispo, después de haber cambiado algunas palabras con Glauco, se aproximó al lecho y dijo:

—Dios no te ha permitido, Vinicio, ejecutar una mala acción y te ha conservado la vida a fin de que vuelvas sobre tus pasos. Aquel ante quien el hombre sólo es un grano de polvo te entregó indefenso en nuestras manos; pero Cristo, en quien creemos, nos ha ordenado amar a nuestros enemigos. Por eso hemos curado tus heridas, y como Ligia te ha dicho, imploraremos a Dios para que te devuelva la salud; mas no podemos permanecer por mucho tiempo consagrados a tu cuidado. Vuelva, pues, a tu ánimo la calma y medita bien acerca de si es digno de ti continuar tu persecución contra Ligia, a quien has dejado sin protección y sin techo, y contra nosotros, que te devolvemos bien por mal.

—¿Vais acaso a abandonarme? —preguntó Vinicio.

—Deseamos abandonar esta casa, hasta la cual pudiera llegar contra nosotros la persecución del prefecto de la ciudad. Tu compañero murió; tú, que eres poderoso entre los tuyos, estás herido. Todo esto no ha ocurrido por culpa nuestra; pero bien pudiera caer sobre nosotros la cólera de la ley...

—No temáis que os persigan —contestó Vinicio—; yo os protegeré.

Crispo no quería decirle que, con respecto a ellos, no se trataba tan sólo del prefecto y de la policía, sino del propio Vinicio, en quien no confiaban; deseaban poner a Ligia de nuevo a cubierto de ulteriores persecuciones.

—Señor —repuso—, tu brazo derecho está bueno. Aquí tienes tablillas y un stylus; escribe a tus sirvientes, a fin de que te traigan esta noche una litera y te conduzcan a tu casa, en donde disfrutarás de mayores comodidades que en medio de nuestra escasez. Vivimos aquí con una pobre viuda, que no tardará en llegar acompañada de su hijo; este muchacho podrá llevar tu carta. En cuanto a nosotros, tendremos que buscar otro sitio en donde ocultarnos.

Vinicio se puso pálido, porque comprendió que deseaban separarle de Ligia, y que si ahora la perdía nuevamente, acaso no volvería a verla en su vida. Se daba cuenta de que entre él y Ligia habían sucedido cosas y que para recuperarla de nuevo tenía que hallar nuevos caminos en los que ahora no podía pensar. Comprendía que cualesquiera de las seguridades que diese a esas gentes, y aun cuando les jurase que se proponía restituir a Ligia a casa de Pomponia Grecina, ellos no le creerían, y era natural que así sucediera. Además, bien pudo él haber hecho eso antes. Si en vez de dedicarse a perseguir a Ligia se hubiera dirigido a Pomponia Grecina y le hubiera jurado que renunciaba a sus asechanzas, acaso la misma Pomponia Grecina habría encontrado a Ligia y la habría llevado de nuevo a su casa. No; él comprendía bien que tales promesas de su boca no impedirían a los cristianos llevar

adelante su propósito de abandonarle, que no le aceptarían juramento solemne alguno, con tanta mayor razón cuanto que, no siendo él cristiano, como ellos, sólo podría jurar por los dioses inmortales, en los que él mismo no creía mucho, y a quienes ellos consideraban como espíritus malignos.

Experimentaba deseos desesperantes de convencer a Ligia y a sus guardianes en alguna forma; pero necesitaba para ello disponer de algún tiempo. Lo esencial era verla, gozar de su presencia, aunque fuese tan sólo por espacio de algunos días. Así como para el náufrago un fragmento cualquiera de tabla o de remo se le antoja instrumento de salvación, así a Vinicio le parecía que en el transcurso de unos cuantos días pasados junto a Ligia podría decirle algo que a la joven le atrajese; podría discurrir algo favorable a sus propósitos, o, mejor aún, algo pudiera suceder que le fuera propicio.

De ahí que, reuniendo sus ideas, dijo:

—Escuchadme, cristianos. Estuve ayer entre vosotros, en Ostrianum, y escuché vuestras predicaciones; y aun cuando antes me erais desconocidos, vuestros hechos me han convencido de que sois gentes buenas y honradas. A esa viuda que ocupa esta casa pedidle que permanezca en ella; quedaos vosotros, y dejad que yo también os acompañe. Este hombre, que es un médico —aquí miró a Glauco—, o por lo menos entendido en la curación de heridas, os dirá si es posible que me traslade hoy fuera de aquí. Estoy enfermo, tengo un brazo roto, que ha de permanecer inmóvil siquiera por espacio de algunos días. Por consiguiente, os declaro que no saldré de esta casa, a menos que me saquéis de ella por la fuerza.

Aquí se detuvo porque le faltaba a su pecho herido la respiración. Crispo le dijo entonces:

—No hemos de emplear ningún género de violencia contra ti, señor; deseamos tan sólo salvar nuestras cabezas.

A estas palabras, el joven, que no estaba habituado a las objeciones, frunció el ceño y dijo:

—Permitidme tomar aliento —y después de algunos instantes repuso—: Por Crotón, a quien mató Urso, nadie ha de preguntar. Debía ir hoy a Benevento, adonde había sido llamado por Vatinio; por consiguiente, creerán todos que ha partido. Cuando entré en esta casa en compañía de Crotón, nadie nos vio, a excepción de un griego que con nosotros estuvo en Ostrianum. Os indicaré dónde vive ese hombre; hacedle venir aquí; le haré callar; es un hombre a quien pago. Comunicaré por carta a mi casa que yo también he partido para Benevento. Si el griego hubiese dado algún aviso al prefecto declararé que fui yo quien mató a Crotón, y él quien me rompió el brazo. Esto haré, os lo juro por las sombras de mi padre y de mi madre. Podéis permanecer

aquí con la seguridad de que no se tocará un solo cabello de vuestras cabezas. Haced, pues, que aquí venga, y pronto, ese griego, cuyo nombre es Quilón Quilónides.

—Entonces, Glauco se quedará contigo —dijo Crispo— y te atenderá junto con la viuda.

—Fíjate, anciano, en lo que estoy diciendo —replicó Vinicio, frunciendo aún más el ceño—. Yo te debo gratitud, y tú me pareces bueno y honrado, mas no me dices lo que hay en el fondo de tu alma. Tienes miedo de que yo haga venir a mis esclavos y les ordene que se lleven a Ligia. ¿No es verdad?

—Sí —dijo Crispo con cierta dureza.

—Entonces ten presente esto: hablaré a Quilón delante de todos vosotros y escribiré a casa una carta en que anuncie mi viaje a Benevento. De aquí en adelante, sólo vosotros seréis mis mensajeros. Tened eso en cuenta y no me irritéis más.

Esto ya lo dijo indignado y el rostro contraído por la cólera. Luego prosiguió con exaltado acento:

—¿Has pensado que negaría yo que deseo permanecer aquí para verla? Eso lo hubiese adivinado hasta un necio, aun cuando yo lo negara. Pero ya no volveré a intentar llevármela por la fuerza. Más te diré: si ella se niega a permanecer aquí haré pedazos, con esta mano que tengo sana, los vendajes que habéis puesto sobre mi brazo roto, no tomaré alimentos ni bebidas y dejaré que mi muerte caiga sobre ti y tus hermanos. ¿Para qué me has atendido entonces? ¿Por qué no has dado orden de que me maten?

Y al decir estas últimas palabras palideció de ira y de agotamiento.

Ligia, que todo lo había escuchado desde el aposento inmediato y que estaba segura de que Vinicio habría de cumplir lo que ofrecía, se sintió anonadada ante la amenaza contenida en las postreras frases del joven. Por nada quería ella que muriese. Indefenso y herido, ya no despertaba en la joven temor, sino compasión. Y como desde el día de su fuga había vivido en unión de gentes llenas de fervor religioso, ocupado su pensamiento sólo en sacrificios y ofrendas y en el ejercicio de una caridad sin límites, todo esto había llegado a reemplazar su antiguo hogar, su familia y la felicidad perdida, convirtiéndola en una de esas vírgenes cristianas que años más tarde tuvieron la virtud de cambiar el alma del mundo.

Vinicio había ejercido en su suerte una influencia demasiado trascendental, había intervenido demasiado en su vida para que pudiera olvidarle. Días enteros había pensado en él e implorado más de una vez a Dios que le diera una oportunidad merced a la cual, y siguiendo las inspiraciones de su religión,

podiese ella devolverle bien por el mal que de él recibiera, perdón y misericordia a cambio de sus persecuciones, ablandándole así el alma, ganándose para la causa de Cristo y procurándole la eterna salvación. Y ahora le parecía que precisamente ese momento llegaba por fin y que sus plegarias habían sido atendidas.

Se acercó, pues, a Crispo con un semblante que parecía el de una iluminada y, señalando a Vinicio, habló con una voz que no parecía brotar de sus labios:

—Permanezca él entre nosotros, Crispo; se quedará hasta que Cristo le haya devuelto la salud.

El anciano presbítero, habituado a buscar en todas las cosas la inspiración de Dios, al advertir la exaltación de la doncella, pensó al punto que acaso un poder más alto hablaba por su boca y, lleno de temor religioso, inclinó la cabeza y dijo:

—Sea como tú dices.

Vinicio, que en todo ese tiempo no había apartado la vista de la joven, sintió que esta incondicional obediencia de Crispo le causaba una impresión extraordinaria y avasalladora. Ligia se le representaba ahora entre los cristianos como una especie de sibila o sacerdotisa a quien rodeaban de homenajes y obedecían. Y él se hallaba también subyugado y pronto a rendirle esos mismos homenajes. Al cariño que sentía por ella se unía ahora cierto temor, ante el cual el amor se transformaba en algo realmente audaz.

No conseguía familiarizarse con la idea de que las relaciones de ambos habían sufrido una modificación; que ahora no dependía ella de su voluntad, sino él de la voluntad de Ligia; que él se hallaba en aquel sitio quebrantado y enfermo y había dejado de ser una fuerza ofensiva y conquistadora para convertirse en un niño indefenso, entregado por completo a la merced y a los cuidados de la joven. Para su índole altiva y dominadora, semejantes relaciones respecto de cualquier otra persona las hubiera conceptuado humillantes; y sin embargo, ahora no solamente no experimentaba humillación, sino reconocimiento hacia Ligia, considerándola como una especie de soberana.

En él eran estos nuevos sentimientos algo insólito, algo que el día anterior habría conceptuado como absolutamente incomprensible, y que ahora mismo le hubiese llenado de admiración de poder darse cuenta de ello claramente. Mas en estos instantes no se detuvo a pensar el porqué de tal cosa, como si su situación fuera perfectamente natural: se sentía feliz porque se quedaba. Y deseaba manifestarle su gratitud desde el fondo del corazón, movido por un íntimo sentimiento inexplicable para él, de tal manera, que no habría sabido

qué nombre darle, pues era simplemente un sentimiento de sumisión.

La anterior excitación le había extenuado de tal forma, que no le era posible hablar ahora; le agradeció, pues, tan sólo con los ojos, radiantes de júbilo, porque iba a permanecer a su lado, porque podría verla..., verla hoy, mañana, al día siguiente, acaso por espacio de largo tiempo... Y ese júbilo se vio atenuado tan sólo por el temor de perder más tarde lo que acababa de conquistar por fin.

Tales proporciones fue asumiendo este temor, que cuando Ligia se acercó por segunda vez a ofrecerle agua y le sobrevino el deseo de cogerle una mano se detuvo atemorizado. ¡Atemorizado él, Vinicio, que en la fiesta del César le había besado los labios a la fuerza! ¡Él, Vinicio, que, después de la fuga de Ligia, se había prometido a sí mismo arrastrarla de los cabellos hasta el cubiculum y ordenar a sus esclavos que azotaran su cuerpo!

XXIV

Pero empezó también a temer que alguna ayuda inoportuna viniese a turbar su dicha. Bien podía Quilón haber dado noticia de su desaparición al prefecto de Roma o habérsela comunicado en su casa a los libertos, y en tal caso era probable una invasión de aquel sitio por los guardias de la ciudad.

Cierto es que había momentos en que atravesaba por su cerebro la idea de que, llegada tal contingencia, bien podía ordenar que se apoderasen de Ligia y la encerraran en su casa; pero luego se decía que no debía hacer tal cosa y no se conceptuaba ahora capaz de llevarla a cabo.

Era tiránico, insolente y bastante corrompido; en caso necesario, hasta era inexorable; mas no era Tigelino ni Nerón. La vida militar había dejado en su alma ciertos resabios de justicia, de religión y de conciencia suficientes para discernir que un hecho de tal linaje habría sido monstruosamente ruin. Y acaso hubiera sido capaz de perpetrar tan baja acción en un acceso de cólera y en plena posesión de sus fuerzas; pero en aquellos momentos se sentía dominado por una ternura insólita y estaba enfermo. La cuestión capital para Vinicio era que nadie viniese a interponerse entre él y Ligia.

Advirtió, asimismo, con asombro, que, desde el momento en que Ligia se había puesto de su parte, ni ella ni Crispo le habían pedido seguridades de ningún género, como si les asistiera la confianza de que, en caso de necesidad extrema, los defendería algún poder sobrenatural. Y el joven tribuno, en cuyo espíritu la distinción entre lo posible y lo imposible había ido debilitándose y como envolviéndose entre nubes desde que escuchara al apóstol en Ostrianum,

no estaba ahora lejos de creer que bien pudiera acontecer aquello. Mas, volviendo luego a considerar con detenimiento las cosas, recordó lo que había dicho acerca del griego y rogó nuevamente que enviasen a buscarle.

Crispo convino en ello y decidieron mandar a Urso.

Vinicio, que hacía pocos días, antes de su visita a Ostrianum, había enviado con frecuencia esclavos a Quilón sin resultado alguno, dio al ligio detalles precisos acerca del domicilio del filósofo. A continuación escribió unas cuantas palabras en una tablilla y dijo, volviéndose a Crispo:

—Envío una tablilla porque ese hombre es suspicaz y astuto. Con frecuencia, cuando le he llamado, ha hecho contestar a mis esclavos que no estaba en casa. Siempre ha obrado así cuando, por no tener noticias buenas que darme, temía incurrir en mi desagrado.

—Si le encuentro, he de traerle, quiera o no quiera —dijo Urso.

Luego, tomó su manto y salió apresuradamente.

En Roma encontrar una persona no era cosa fácil, aun llevando, como llevaba Urso, datos precisos acerca del domicilio de Quilón. Pero, en este caso, el instinto del hombre del bosque ayudó al ligio, como asimismo el conocimiento que de la ciudad tenía. Así, pues, al cabo de algún tiempo se halló frente al domicilio de Quilón. Pero no le reconoció. Le había visto antes solamente una vez en su vida y de noche. Por otra parte, el pastor solemne y lleno de unción que le había persuadido de la necesidad de asesinar a Glauco era tan diferente de este griego, a quien el terror tenía doblado como un arco, que nadie habría podido imaginar que fuesen ambos un solo individuo.

Al notar Quilón que Urso le miraba como a una persona completamente desconocida se repuso y logró dominar su miedo. La vista de la tablilla escrita de puño y letra de Vinicio le tranquilizó más. Por lo menos, ya no podía perturbar su ánimo la idea de que le llevasen a una emboscada dispuesta de antemano. Pensó, además, que si Vinicio no había muerto era porque, evidentemente, no habrían osado los cristianos alzar la mano sobre tan notable personaje.

«Y, entonces, Vinicio me ha de proteger en algún caso extremo —se dijo—. Porque es indudable que no ha de mandar por mí para llevarme a la muerte».

Así pues, llamando en su auxilio todas las reservas de su escaso valor, dijo:

—Buen hombre, dime: ¿no ha mandado mi amigo el noble Vinicio una litera? Tengo los pies hinchados; no puedo ir a pie a tan larga distancia.

—No ha mandado litera alguna —contestó Urso—; haremos el camino a pie.

—¿Y si yo me niego a ello?

—No lo hagas; porque tendrás que ir de todos modos. —E iré, sí; pero por mi voluntad. Nadie puede obligarme a ello, porque soy un hombre libre y, además, amigo del prefecto de la ciudad. Como sabio, poseo también los medios apropiados para sobreponerme a los demás, y merced a mi ciencia puedo convertir a las gentes en árboles y bestias feroces. Pero iré, sí, señor, iré. Sólo que he de ponerme un manto un poco más abrigado y una capucha, por temor de que los esclavos de este barrio me reconozcan, pues entonces nos detendrán a cada instante para besarme las manos.

Y así diciendo se colocó un manto y se cubrió con una amplia capucha gálica, por miedo de que Urso pudiera reconocer sus facciones al llegar a un sitio mejor alumbrado.

—¿Adónde vas a conducirme? —le preguntó cuando iban ya en camino.

—Al Transtíber.

—Hace poco tiempo que llegué a Roma, y nunca he estado en ese barrio. Supongo que allí también han de vivir personas que amen la virtud.

Pero Urso, que era hombre sencillo y había oído a Vinicio decir que el griego había estado con él en Ostrianum y le había visto entrar con Crotón en la casa en que vivía Ligia, se contuvo un instante y dijo enseguida:

—No faltes a la verdad, anciano, porque hoy estuviste con Vinicio en Ostrianum y llegaste hasta la puerta de nuestra casa.

—¡Ah! —dijo Quilón—. Entonces, ¿tu casa se halla en el Transtíber? Como no he estado mucho tiempo en Roma, ignoro qué nombres tienen sus diferentes barrios. Cierto es lo que has dicho, amigo; llegué hasta tu puerta e imploré a Vinicio, en nombre de la virtud, que no entrara. Estuve, asimismo, en Ostrianum, ¿y sabes tú por qué? Desde hace algún tiempo he venido trabajando por la conversión de Vinicio y deseaba que escuchase la palabra del príncipe de los apóstoles. ¡Ojalá que la luz penetre en su alma y en la tuya! Pero tú eres cristiano y, por serlo, deseas que la verdad impere sobre la mentira.

—Cierto es —contestó Urso con humildad.

El valor volvió entonces por completo al alma de Quilón.

—Vinicio es un señor muy poderoso —dijo— y amigo del César. Suele todavía escuchar a menudo las sugerencias del espíritu del mal; pero si tan sólo uno de sus cabellos cayera de su cabeza, el César tomaría de ello venganza en todos los cristianos.

—Un poder más alto nos protege.

—¡Ciertamente! ¡Ciertamente! ¿Mas qué intentáis vosotros hacer de Vinicio? —preguntó Quilón, que había vuelto a alarmarse.

—No lo sé. Cristo ordena perdonar.

—Has contestado perfectamente. Piensa siempre así, pues de otra manera irás a freírte en el infierno como una salchicha en una sartén.

Suspiró Urso, y Quilón pensó entonces que podría siempre hacer cuanto quisiera de aquel hombre, tan terrible en su primer arranque. Así pues, deseando saber qué fin había tenido el nuevo intento de apoderarse de Ligia, siguió interpelando al gigante, ahora con el severo acento de un juez:

—¿Qué has hecho de Crotón? Habla y no inventes.

Suspiró por segunda vez Urso y le dijo:

—Pregúntaselo a Vinicio.

—Eso quiere decir que le heriste con un puñal o le mataste a palos. — Estaba desarmado.

El griego no pudo reprimir un movimiento de admiración ante la sobrehumana fuerza del bárbaro.

—¡Que Plutón...! —dijo—. Es decir, ¡que Dios te perdone!

Y continuaron por algún tiempo caminando en silencio. Luego, Quilón repuso:

—Yo no he de traicionarte; pero ten cuidado con los guardias. —Temo a Cristo, no a los guardias.

—Eso está muy bien. Pero no hay crimen más atroz que el asesinato. Rogaré a Dios por ti; mas no sé si mis oraciones llegarán a ser eficaces, a menos que tú hagas voto de no volver a tocar a nadie ni con la punta del dedo.

—A decir verdad, yo no he matado deliberadamente —contestó Urso.

Mas Quilón, que deseaba estar perfectamente a cubierto en todo caso, siguió fulminando anatemas contra el asesinato e instando a Urso para que, de una vez por todas, formulase aquel voto de abstinencia. Le hizo también insistentes preguntas acerca de Vinicio; pero el ligio contestaba de mala voluntad a todas sus averiguaciones, repitiendo siempre que de boca de Vinicio sabría todo lo que deseaba.

Entretanto habían recorrido ya el largo camino que separaba del Transtíber el domicilio del griego y se encontraron por fin frente a la casa. El corazón del griego empezó de nuevo a palpar aceleradamente. El miedo le hacía creer ahora que Urso le estaba mirando con una expresión de lobo hambriento.

«Exiguo consuelo sería para mí —dijo hablando consigo mismo— que este bárbaro fuese ahora a matarme sin deliberación o contra su voluntad. Prefiero, en todo caso, que le sobrevenga un ataque de parálisis, a él y a todos los demás ligios, lo cual, ¡oh Zeus!, te pido permitas que suceda, si de ello eres capaz».

Y se envolvió aún más en su manto gálico, repitiendo que era por temor al frío. Finalmente, cuando hubieron salvado la entrada y el primer patio y se encontraron en el corredor que conducía al jardín de la casita, se detuvo repentinamente y dijo:

—Déjame tomar alientos, pues de otra manera me será imposible hablar con Vinicio y darle mis saludables consejos.

E hizo alto; pues, aunque pensaba que no le amenazaba ningún peligro inmediato, le temblaban las piernas ante la idea de encontrarse en medio de esas misteriosas gentes que viera en Ostrianum. Entretanto llegó a los oídos de ambos un himno, cuyos ecos procedían de la casita.

—¿Qué es eso? —preguntó Quilón.

—Dices que eres cristiano y no sabes que es costumbre entre nosotros, después de cada comida, glorificar a nuestro Salvador cantando himnos de agradecimiento —contestó Urso—. Deben de haber llegado ya Miriam y su hijo, y acaso esté con ellos el apóstol, quien visita a la viuda y a Crispo todos los días.

—Llévame inmediatamente donde está Vinicio.

—Vinicio se encuentra en el mismo aposento con todos, porque es el único espacioso; los demás son cuartos pequeños, a los cuales nos retiramos tan sólo a las horas de dormir. Entra y allí descansarás.

Y entraron.

El aposento se hallaba envuelto en una semioscuridad, pues la tarde estaba nublada y fría, no alcanzando las luces de unas cuantas velas a disipar por completo la penumbra. Vinicio adivinó más bien que reconoció a Quilón en aquel hombre encapuchado. El griego vio en un extremo del aposento un lecho y a Vinicio acostado en él. Se le acercó sin mirar a ninguno de los presentes, como si le asistiese la convicción de que estaría más seguro a su lado.

—¡Oh señor! ¿Por qué no has querido seguir mis consejos? —exclamó, juntando las manos.

—¡Silencio —dijo Vinicio— y escucha!

Y miró a Quilón con fijeza; y enseguida, de manera enérgica y pausada, como queriendo significar al griego que cada una de sus palabras era una orden, a fin de que las grabase en la memoria, le habló así:

—Crotón se arrojó sobre mí con ánimo de asesinarme y robarme, ¿entiendes? Yo, entonces, le maté, y estas gentes han curado las heridas que recibí en la lucha.

Quilón comprendió al punto que si Vinicio hablaba de ese modo, ello debiera ser en virtud de algún arreglo hecho con los cristianos y que, siendo así, deseaba que todos dieran crédito a lo que estaba diciendo. Leyó esto mismo en la expresión de su semblante; así, pues, sin demostrar duda ni asombro, levantó los ojos al cielo y exclamó:

—¡Pérfido malhechor, señor! Pero ya te advertí que desconfiaras de él; has de recordar que mis enseñanzas rebotaban en su obtusa cabeza como guisantes arrojados contra una pared. No hay en todos los infiernos tormentos bastantes para el castigo de su crimen. Y es que el hombre, incapaz de honradez, ha de ser siempre un pícaro. ¿Podrá haber cosa más difícil para un pícaro que ser hombre honrado? Pero ¡caer sobre un bienhechor, sobre un señor tan magnánimo!... ¡Oh dioses!...

Mas, recordando en aquel momento que en el camino se había presentado a Urso como cristiano, se calló.

—A no haber sido por la sica que conmigo traía, me habría asesinado — dijo Vinicio.

—Bendigo el momento en que te aconsejé que llevaras siquiera un cuchillo.

Vinicio dirigió al griego una mirada inquisitiva y preguntó:

—¿Qué has hecho hoy?

—¿Cómo?... ¡Qué!... ¿No te dije, señor, que hice mi voto por tu salud?

—¿Y nada más?

—Me preparaba para venir a visitarte, cuando este buen hombre llegó a casa y me dijo que tú enviabas por mí.

—Aquí tienes una tablilla. Con ella irás a mi casa, buscarás a mi liberto y se la entregarás. En esa tablilla comunico que he partido para Benevento. De tu parte dirás a Demas que me fui esta mañana, llamado por una carta urgente de Petronio.

Y aquí repitió, recalcando:

—He ido a Benevento, ¿entiendes?

—Te has ido, señor. Esta mañana te despedí en la Puerta Capena, y desde el momento de tu partida se apoderó de mí tal tristeza, que si tu magnanimidad no viene a endulzarla he de llorar hasta morir, como la cuitada esposa de Ceto,

inconsolable por la pérdida de Itilio.

Vinicio, aunque enfermo y habituado a las artimañas del griego, no pudo reprimir una sonrisa; estaba contento, además, de que Quilón le hubiese comprendido inmediatamente. Así que le dijo:

—Entonces añadiré que te enjuguen las lágrimas. Dame la vela.

Quilón, completamente serenado, se levantó y, dando unos cuantos pasos hacia la chimenea, tomó una de las velas que junto a la pared ardían.

Pero mientras esto hacía se le cayó de la cabeza el capuchón, y la luz dio de lleno en su semblante.

Saltó al punto Glauco de su asiento y, acercándose al griego, se le puso delante y le preguntó:

—Cefas, ¿no me reconoces?

Y en su voz había una entonación tan terrible, que un estremecimiento se apoderó de todos los presentes.

Quilón alzó la vela, y casi al mismo tiempo la dejó caer al suelo; enseguida se dobló casi por completo y empezó a gemir:

—¡Yo no soy!... ¡Yo no soy!... ¡Compasión!...

Glauco se volvió a los cristianos allí reunidos y les dijo:

—He aquí el hombre que me traicionó, que nos arruinó a mí y a mi familia.

La historia era sabida de todos los cristianos y de Vinicio, el cual, si no identificó desde el primer momento a Glauco, fue solamente por haberse desmayado varias veces como consecuencia del dolor mientras le estaban curando la herida, debiéndose a esa circunstancia el que no le oyera llamar por su nombre. Mas, para Urso, las palabras de Glauco en aquel breve instante fueron como los destellos de un relámpago en medio de la oscuridad. Habiendo reconocido al punto a Quilón, se puso de un salto a su lado, se apoderó de su brazo, se lo echó hacia atrás y exclamó:

—¡Este es el hombre que me persuadió de que debía matar a Glauco!

—¡Perdón! —gimió Quilón—. Te devolveré... Señor —exclamó, volviéndose hacia Vinicio—, ¡sálvame! Yo he confiado en ti; ponte ahora de mi parte. Tu carta..., yo la entregaré. ¡Señor! ¡Señor!

Pero Vinicio, que veía cuanto estaba pasando con mayor indiferencia que nadie, en primer lugar porque todos los asuntos del griego le eran conocidos, y segundo porque su corazón no conocía la compasión, dijo:

—Enterradle en el jardín; otro puede llevar la carta.

Le pareció a Quilón que estas palabras eran su sentencia capital. Crujían sus huesos en las terribles manos de Urso, y el dolor inundaba de lágrimas sus ojos.

—¡Por vuestro Dios, tened piedad de mí! —exclamó—. ¡Yo soy cristiano, y si no lo creéis bautizadme de nuevo, bautizadme dos, tres, diez veces! ¡Glauco, ésta es una equivocación!... ¡No me matéis!... ¡Tenedme lástima!...

Su voz, que sofocaba el sufrimiento, iba debilitándose más y más, cuando el apóstol Pedro se levantó de la mesa. En el breve espacio de un instante movió primero la blanca cabeza y la inclinó luego sobre el pecho, en tanto que entornaba los ojos. Los abrió después y dijo, en medio de un solemne silencio:

—El Salvador nos ha dicho: «Si tu hermano ha pecado contra ti, castígale; pero si se arrepiente, perdónale. Y si te ha ofendido siete veces al día y ha vuelto a ti los ojos otras siete veces, diciendo: "¡Ten piedad de mí!", perdónale».

Sobrevino un silencio todavía más profundo. Glauco permaneció largo tiempo con el rostro oculto entre las manos. Lo descubrió por fin y, dijo:

—Cefas, ¡quiera Dios perdonar tus ofensas como yo te las perdono!

Y Urso, dejando caer a su vez los brazos del griego, agregó:

—¡Que el Salvador tenga piedad de ti, así como yo también te perdono!

Quilón se desplomó en el suelo y, apoyándose en él con las manos, volvió a todos lados la cabeza como una bestia feroz a quien han cogido en un lazo y mira a su alrededor para ver de qué lado viene la muerte. Le era imposible dar crédito a sus ojos y a sus oídos y no se atrevía a esperar el perdón. Lentamente fue recobrando la posesión, de sus facultades; sus labios, cárdenos, temblaban aún a impulsos del terror.

—Vete en paz —le dijo el apóstol.

Quilón se levantó, mas no pudo articular una palabra. Se aproximó al lecho de Vinicio, como si todavía quisiera hallar protección junto a él. No había podido aún reunir sus ideas lo bastante para detenerse a pensar que aquel hombre, después de haber utilizado sus servicios y cuando todavía era su cómplice, acababa de condenarle, en tanto que le perdonaban todos aquellos a quienes había ofendido. Esa idea acudiría más tarde a su mente. Por el momento, sus miradas tan sólo denunciaban incredulidad y asombro. Aun cuando estaba viendo que le perdonaban, deseaba ahora sustraer cuanto antes su cabeza del poder de aquellas incomprensibles gentes, cuya bondad le aterrorizaba casi tanto como le hubiese aterrorizado su crueldad. Le parecía que permaneciendo allí por más tiempo, algo inesperado podría sucederle. Así, pues, apenas se halló en pie delante de Vinicio, dijo con voz quebrantada:

—¡Dame la carta, señor!... ¡Dame la carta!

Y, apoderándose de la carta que Vinicio le alargó, hizo una reverencia a los cristianos, se fue deslizándose medrosamente pegado a la muralla y se apresuró a salvar el umbral de la puerta. Cuando se encontró en el jardín, envuelto entre las sombras de la noche, de nuevo le erizó los cabellos el miedo, pues estaba ahora seguro de que Urso se abalanzaría fuera para perseguirle y le mataría en medio de la oscuridad.

De muy buen grado hubiera echado a correr; pero, en el primer momento, las piernas no le obedecieron y no tardó en perder por completo el dominio sobre ellas. Era que Urso se hallaba efectivamente a su lado.

Quilón cayó con el rostro en tierra y empezó a gemir:

—¡Urbano! ¡En el nombre de Cristo!

Pero Urbano le dijo:

—No temas. El apóstol me manda que te acompañe hasta más allá de las puertas de la ciudad, por temor de que puedas extraviarte en la oscuridad. Me ha dicho también que, si te llegan a faltar las fuerzas, te conduzca hasta tu casa.

—¿Qué dices? —preguntó Quilón, levantando la cabeza—. ¡Qué! ¿No me matarás?

—No; y si al cogerte por los brazos estuve contigo brusco y te he magullado algún miembro de tu cuerpo perdóname.

—Ayúdame a levantarme —dijo el griego—. Entonces, ¿no me vas a matar? ¿No lo harás? Llévame hasta la calle: de allí me iré solo.

Urso le alzó como pudiera hacerlo con una pluma y le hizo ponerse en pie; enseguida le condujo a través del oscuro corredor hasta el segundo patio. Desde allí atravesaron el pasaje que había a la entrada y llegaron hasta la calle. En su tránsito del patio al corredor iba Quilón repitiendo interiormente: «¡Todo ha concluido para mí!». Sólo cuando se vio en la calle logró, por fin, reponerse un tanto y decir:

—Puedo seguir solo mi camino.

—Que la paz sea contigo —dijo entonces Urso, al separarse de él.

—¡Y contigo! ¡Y contigo! ¡Déjame tomar aliento!

Y después que Urso hubo regresado a la casa empezó Quilón, por fin, a respirar a pleno pulmón. Se tocó la cintura y las caderas para convencerse de que aún existía. Enseguida empezó a andar presurosamente. Tras haber marchado unos pasos, se paró y dijo:

—Pero ¿por qué no me mataron?

Y a pesar de todas sus conferencias con Euricio acerca de las enseñanzas del cristianismo, a pesar de la conversación que a la orilla del río tuvo en Ostrianum, no halló una respuesta satisfactoria para aquella pregunta.

XXV

Ni tampoco Vinicio pudo descubrir la causa de lo que había sucedido, y en el fondo de su alma se hallaba casi tan asombrado como Quilón.

Que aquellas gentes le hubieran tratado de aquella manera, y en vez de tomar venganza por el atropello que efectuó en su casa le hubieran curado con solicitud sus heridas se lo explicaba atribuyéndolo en parte a la doctrina que confesaban y en parte mayor a Ligia, y, además, por la importancia que tenía él como tribuno militar.

Pero la conducta observada por los mismos con respecto a Quilón se hallaba fuera del alcance de su comprensión acerca del límite a que pudiera llegar la magnanimidad de los hombres. Y a su espíritu venía, con tenacidad no satisfecha, esta pregunta: «¿Por qué no mataron al griego?». Habrían podido hacerlo con absoluta impunidad. Urso le habría enterrado en el jardín o llevado en medio de las sombras de la noche hasta el Tíber, que durante aquel periodo de asesinatos nocturnos, cometidos hasta por el propio César en persona, arrojaba por la mañana cuerpos humanos con tanta frecuencia, que nadie se preocupaba ya en averiguar de dónde procedían. En su concepto, a los cristianos les asistía no sólo el poder, sino el derecho de matar a Quilón.

Por cierto que no era la compasión cosa del todo extraña al mundo a que pertenecía el joven patricio. Los atenienses habían erigido un altar a la Misericordia, y por espacio de mucho tiempo se habían opuesto a la introducción en Atenas de los combates de gladiadores. En la misma Roma, los vencidos lograban en ocasiones alcanzar el perdón, como había sucedido, por ejemplo, a Calícrato, rey de los britanos, hecho prisionero en la época de Claudio. El vencedor, además de haber ordenado que se atendiese con generosidad a las necesidades del prisionero, le había permitido vivir libremente en la ciudad. Pero la venganza de una ofensa personal le parecía a Vinicio, como a todos, no sólo natural, sino también perfectamente justificada.

El abandono de tal derecho era cosa inconciliable con su manera de pensar. Ciertamente es que en Ostrianum había oído él al apóstol prescribir que se debía amar aun a los enemigos; pero consideraba que ésa era tan sólo una especie de teoría de imposible aplicación en la vida.

Luego cruzó por su cabeza esta conjetura: tal vez no habían dado muerte a Quilón por ser aquel día el de una de las festividades rituales o hallarse comprendido dentro de alguna de las fases de la luna, durante las cuales estuviera vedado a los cristianos matar a un hombre. Había oído decir que en ciertas naciones hay días en los cuales no es permitido: ni siquiera declarar o aceptar la guerra. Pero entonces, si tal era el caso, ¿por qué no habían entregado al griego a la justicia? ¿Por qué decía el apóstol que si un hombre pecaba siete veces era menester perdonarle siete veces, y por qué Glauco había dicho a Quilón «Que Dios te perdone como yo te perdono»?

Quilón le había inferido el más terrible agravio que un hombre puede hacer a otro. Al solo pensamiento de cómo habría él de obrar respecto a un hombre que matase a Ligia, por ejemplo, el corazón de Vinicio parecía bullirle en el pecho como el agua hirviendo: ¡no habría tormento que no fuera él capaz de aplicar en satisfacción de su venganza! Pero Glauco había perdonado; también había perdonado Urso; Urso, que era capaz de matar en Roma con perfecta impunidad a quien quisiera, pues le bastaba para ello tan sólo dar muerte al rey de las selvas de Nemea y ocupar su puesto. ¿Acaso el gladiador que ocupaba su puesto —al que había llegado tan sólo después de matar al rey anterior— sería capaz de resistir al hombre a quien Crotón no había podido vencer?

Sólo había una respuesta que dar a todas estas preguntas: los cristianos no mataban por una bondad tan grande, que no tenía precedente en el mundo, y por un amor sin límites a sus semejantes, amor que les ordenaba olvidarse de sí mismos, de las ofensas recibidas, de la propia felicidad y del propio infortunio y vivir tan sólo para los demás. En Ostrianum, Vinicio había oído hacer mención del premio que habría de conquistarse con tal conducta; pero no lo comprendía. Estimaba que la vida terrena, relacionada con la obligación de renunciar a todo lo que es bueno y agradable en provecho de los demás, debía de ser una vida miserable. Así pues, en el concepto que se iba formando acerca de los cristianos había, además del mayor asombro, mucha lástima y, como si dijéramos, cierto asomo de desdén.

Le parecían unas ovejas que, tarde o temprano, habrían de verse devoradas por los lobos, y su índole romana era incapaz de prestarse a reconocer personalidad a gentes que se ofrecían como presa para ser devoradas. Sin embargo, una cosa le sorprendió: que, después de la partida de Quilón, en los semblantes de todos parecía resplandecer una especie de íntima alegría.

El apóstol se aproximó a Glauco, le puso la mano sobre la cabeza y dijo:

—¡Cristo ha vencido en ti!

Glauco alzó entonces los ojos, llenos de esperanza e iluminados de júbilo, como si acabara de favorecerle una grande e inesperada ventura. Vinicio, que sólo conocía el placer o la satisfacción nacidos de la venganza cumplida, le

contempló con ojos agrandados por la fiebre, como quien mira a un loco. Y vio luego, no sin honda indignación secreta, que, a continuación, Ligia posaba sus labios de reina sobre la mano de aquel hombre que tenía el aspecto de un esclavo, y le pareció que el orden del mundo estaba totalmente trastocado.

Enseguida, Urso refirió cómo había acompañado a Quilón hasta la calle y cómo allí le había pedido que le perdonara si le había hecho algún daño al tomarle rudamente por los brazos. Por esto, el apóstol le bendijo otra vez.

Crispo declaró que era aquél un día de grandes victorias, y al oír esto, Vinicio perdió por completo la ilación de sus pensamientos. Pero cuando Ligia vino de nuevo a ofrecerle una bebida refrescante, retuvo su mano durante unos instantes y dijo:

—Entonces, ¿tú también me has perdonado?

—A nosotros, los cristianos, no nos está permitido guardar rencor en nuestros corazones.

—Ligia —dijo el joven—, quienquiera que sea tu Dios, le rindo homenaje, sólo porque es tu Dios.

—Le rendirás homenaje en tu corazón cuando hayas aprendido a amarle.

—Sólo porque es tu Dios —repitió Vinicio con voz desfallecida.

Enseguida cerró los ojos, pues la debilidad se había de nuevo apoderado de él. Ligia salió entonces, pero volvió un poco más tarde, y se inclinó hacia el joven para ver si dormía.

Vinicio, presintiendo que se hallaba ella próxima, abrió los ojos y sonrió. Ligia pasó la mano levemente sobre ellos, como para incitarle al sueño. Se halló entonces Vinicio dominado por una sensación de dulcísimo bienestar; pero luego se sintió más penosamente enfermo, y así era realmente. La noche había llegado, y con ella una fiebre más violenta. Vinicio no podía dormir y seguía con la vista a Ligia dondequiera que ésta fuese.

Por momentos caía en una especie de sopor, durante el cual veía y oía todo cuanto pasaba a su alrededor, pero en el que también la realidad se hallaba mezclada con febriles delirios. Entonces le parecía que en un antiguo y desierto cementerio se alzaba un templo en forma de torre, y en el que Ligia era la sacerdotisa. Y él no quitaba los ojos de la joven y la veía en la cúspide de la torre con un laúd en las manos, destacándose en plena luz, como aquellas sacerdotisas que en las horas de la noche cantaban himnos en honor de la luna y a quienes viera él en el Oriente.

Él mismo iba ascendiendo con gran esfuerzo por una escalera de caracol, a fin de llegar hasta la cúspide y llevarse consigo a la joven. Detrás venía Quilón como arrastrándose, castañeteándole por el terror los dientes y repitiendo:

«Señor, no hagas eso; ella es una sacerdotisa, y Él ha de tomar venganza». Vinicio no sabía quién era Él; pero comprendía que iba a cometer un sacrilegio y empezaba también a sentir un terror sin límites. Pero al acercarse a la balastrada que rodeaba la cúspide de la torre, el apóstol, con su barba plateada, apareció junto a Ligia y dijo: «No alcéis la mano sobre ella. Me pertenece». Y luego siguió adelante con la joven, yendo por un camino formado por rayos de luna, como si fuera el sendero que conducía al cielo. El extendió entonces las manos hacia ellos y les pidió que le llevaran en su compañía.

Aquí despertó, recobró el sentido y miró en derredor suyo. El fuego brillaba ahora más débilmente, dando, sin embargo, bastante claridad.

Todos se hallaban calentándose junto a él, pues la noche era fría y desabrigada la estancia. Vinicio veía cómo de los labios de todos salía el aliento en forma de tenue vapor. En medio de ellos estaba el apóstol. A sus pies, y sobre un escabel, hallábase Ligia; a continuación, Glauco, Crispo y Miriam. Al extremo, en un lado, Urso, y en el otro, el hijo de Miriam, Nazario, muchacho de rostro hermoso y de cabellos negros y largos que le llegaban hasta los hombros. Ligia escuchaba con los ojos fijos en el apóstol, y todos los semblantes estaban vueltos hacia él. Pedro les hablaba en voz baja.

Vinicio miró a Pedro con una especie de temor supersticioso, casi comparable al que había sentido en el curso de su delirio febril. A su mente venía la idea de que aquel sueño era un trasunto de la realidad; que aquel hombre de cabello cano, recién llegado de lejanas playas, le iba realmente a arrebatarse a Ligia y a llevársela por senderos desconocidos.

Abrigaba asimismo la certidumbre de que el anciano estaba hablando de él, acaso disponiendo el plan para separarle de Ligia, pues le parecía imposible que pudiese alguien tratar de otra cosa. Así pues, llamando en su auxilio toda su presencia de ánimo, concentró la atención para escuchar las palabras de Pedro. Pero se había equivocado, pues el apóstol estaba otra vez hablando de Cristo.

«Viven sólo invocando ese nombre», pensó Vinicio.

El anciano refería en aquel momento cómo se habían apoderado del Salvador.

—Vino una compañía —dijo— y algunos siervos del sacerdote con el fin de apoderarse de Él. Cuando el Salvador preguntó a quién buscaban, ellos contestaron: «A Jesús de Nazaret». Pero cuando Él les dijo: «Yo soy», cayeron al suelo, no atreviéndose a poner sobre Él las manos. Solamente después de la segunda interpelación se apoderaron de Él.

Y aquí, el apóstol se detuvo, extendió las manos hacia el fuego y prosiguió:

—La noche estaba fría, como ésta; pero el corazón me saltaba dentro del pecho. Así pues, sacando una espada para defenderle, corté la oreja al sirviente del Sumo Sacerdote. Y le habría seguido defendiendo más que a mi propia vida, si Él no me hubiese dicho: «Pon tu espada en la vaina; si mi Padre me envía este cáliz, ¿no habré de apurarlo?». Y enseguida se apoderaron de Él y le ataron.

Dichas estas palabras, Pedro se llevó las manos a la frente y permaneció silencioso algunos instantes, deseando, antes de proseguir, poner en orden la multitud de recuerdos que se agolpaban en su imaginación. Pero entretanto, Urso, incapaz de contenerse, se puso en pie, dio más luz a la lámpara, reanimó el fuego con el atizador hasta que las doradas chispas brotaron en forma de lluvia dorada y el resplandor se hizo más vivo, y entonces, volviéndose a sentar, exclamó:

—No importa lo que hubiera sucedido. Yo...

Y hubo de callarse al punto, porque Ligia acababa de colocarse un dedo sobre los labios. Pero el ligio respiraba con fuerza y era evidente que una tempestad rugía en su alma; y aun cuando estaba en todo momento pronto a besar los pies del apóstol, la escena que acababa éste de narrar era para él del todo inaceptable. Si alguien hubiera en su presencia levantado la mano sobre el Redentor, si él hubiese estado cerca del Redentor... ¡Ah! ¡Trizas habría hecho de los soldados, de los siervos, de los sacerdotes y de los oficiales! Brotaban lágrimas de sus ojos sólo al pensar en esto y a causa de su pena por la lucha mental que estaba sosteniendo. De una parte pensaba que no tan sólo habría defendido al Redentor con todas sus fuerzas, sino que habría llamado en su auxilio a los ligios, excelentes muchachos, y de la otra, que con ello habría desobedecido al Redentor y a lo mejor habría hecho más difícil la salvación del hombre. Por esta razón le era imposible contener las lágrimas.

Un sopor febril se apoderó nuevamente de Vinicio, el cual empezó a soñar semidespierto. Lo que estaba escuchando ahora se relacionaba en su imaginación con lo que el apóstol había dicho la noche anterior en el Ostrianum acerca del día en que Cristo había aparecido en la ribera del mar Tiberiades. Veía una sábana de agua que se extendía ante sus ojos; sobre ella, el bote de un pescador, y en el bote, a Pedro y Ligia. El, Vinicio, nadaba con todas sus fuerzas en dirección de aquel bote, pero le impedía alcanzarlo el dolor que sentía en el brazo roto. El viento azotaba las olas contra sus ojos; empezaba a hundirse y a pedir auxilio con voz suplicante.

Ligia entonces se arrodillaba ante el apóstol, quien hacía virar la embarcación y le alargaba un remo, del que Vinicio se apoderaba, y con la ayuda de ambos subía al bote y caía extenuado en el fondo.

Y luego parecía que se ponía en pie y había una multitud de gentes que

nadaba siguiendo la embarcación. Las olas cubrían de blanca espuma sus cabezas, y en medio del torbellino sólo podían verse las manos de unos pocos, levantadas en alto. Pero Pedro iba salvando de tiempo en tiempo a los que estaban a punto de ahogarse y los iba recogiendo en el bote, el cual se iba a la vez agrandando como por milagro. Y pronto fueron llenando aquella embarcación grupos tan numerosos como los que se habían reunido en el Ostrianum, grupos que iban por momentos tomando proporciones de verdaderas multitudes. Vinicio veía maravillado cómo todas aquellas gentes iban hallando cabida en la embarcación y temía que todos fueran a hundirse de repente. Pero Ligia le tranquilizaba señalándole una luz que brillaba en la distante ribera y hacia la cual se encaminaban.

Aquí se entremezclaban de nuevo sus sueños con las descripciones que en Ostrianum había escuchado de labios del apóstol acerca de cómo Cristo se había presentado sobre el lago. Y ahora veía, a los reflejos de una luz, una forma humana hacia la cual remaba Pedro, y a medida que a ella se acercaban se iba calmando el viento, tranquilizándose las aguas y se dilataba la luz. La multitud empezaba ahora a entonar tiernos himnos; el aire estaba impregnado del aroma del nardo; en la superficie del agua emergía un hermoso arco iris, como si desde el fondo del lago surgiesen lirios y rosas, y, por último, el bote encalló en la arena. Ligia le tomó entonces la mano y dijo: «¡Ven, yo te conduciré!», y le llevó hasta la región de la realidad.

Vinicio se despertó de nuevo, pero sus sueños se disipaban lentamente y tardaba en recobrase. Le pareció todavía, por espacio de breves instantes, que se hallaba en el lago, rodeado por las multitudes, entre las cuales, ignoraba por qué razón, empezó a buscar a Petronio, sorprendiéndose al no hallarle.

La brillante luz procedente de la chimenea, cerca de la cual no había ahora ninguna persona, le hizo que se despejara por completo. Trozos de leña de olivo se iban consumiendo bajo las rosadas cenizas; pero las astillas de pino, que evidentemente habían sido puestas allí sólo algunos momentos antes, daban una llama brillante, a cuya luz pudo Vinicio ver a Ligia, que estaba sentada no lejos de su lecho. La vista de la joven le conmovió hasta el fondo del alma. Recordó que ella había pasado la velada anterior en Ostrianum, que durante el día entero se había ocupado en atenderle, y ahora, cuando todos acababan de retirarse a descansar, ella era la única que velaba a su cabecera.

Era fácil adivinar su cansancio. Se hallaba sentada, inmóvil, y tenía los ojos cerrados. Vinicio se preguntó si estaría dormida o solamente sumida en sus pensamientos. Contempló su perfil, sus pestañas bajadas, sus manos puestas sobre las rodillas, y en su cabeza pagana empezó a tomar forma, si bien con dificultad, la idea de que al lado de la belleza desnuda, serena y engreída existía en el mundo otra belleza nueva, impecable, dentro de la cual moraba un alma. Mas no se decidía a llamarla cristiana, aunque al pensar en

Ligia no podía separarla de la doctrina que profesaba.

Aún más: comprendía que si todos se habían retirado a descansar y sólo ella permanecía en vela, ella a quien él había ofendido, era porque su religión así se lo prescribía. Pero ese pensamiento que causaba admiración al relacionarlo con la religión de Ligia, le era al mismo tiempo desagradable. Habría preferido que la joven obrara así tan sólo por amor a él, a su rostro, a sus ojos, a sus formas estatuarias; en una palabra, por todas aquellas causas que más de una vez habían hecho que rodearan su cuello brazos griegos y romanos blancos como la nieve. Sin embargo, pensó que si Ligia hubiera de ser como las demás mujeres le faltaría algo.

Y Vinicio se sentía maravillado ante tales ideas y no sabía qué fenómenos se iban apoderando en su ser íntimo; pero comprendía que sentimientos de una índole nueva e insólita empezaban a nacer en su alma, y con ellos, gustos nuevos y extraños al mundo en que hasta entonces había vivido.

Abrió Ligia en aquel instante los ojos y, notando que Vinicio tenía en ella fijos los suyos, se le acercó y le dijo:

—Estoy contigo.

—Y yo he visto tu alma en mis sueños —contestó él.

XXVI

A la mañana siguiente despertó débil, pero con la cabeza fresca y sin fiebre. Le parecía que el susurró de una conversación en voz baja le había despertado; pero cuando abrió los ojos, Ligia ya no se hallaba junto a él.

Urso, inclinado sobre la chimenea, removía la lumbre apartando la ceniza y juntando los carbones encendidos que debajo de ella había. Hecha esta operación empezó a soplar, y al sentirlo no se hubiera creído que para ello se servía de la boca, sino de los fuelles de una herrería. Vinicio, al recordar cómo aquel hombre había destrozado a Crotón el día anterior, se puso a examinar con atención, propia de un aficionado a las luchas de circo, sus gigantescas espaldas, semejantes a las de un cíclope, y sus miembros, fuertes y sólidos como columnas.

«¡Gracias a Mercurio no me ha desnucado! —pensó Vinicio—. ¡Por Pólux!, si los demás ligios son como éste, algún día tendrán labor muy pesada las legiones del Danubio».

Luego dijo en voz alta:

—¡Eh! ¡Esclavo!

Urso sacó la cabeza fuera de la chimenea y, sonriendo con expresión casi amistosa, dijo:

—Que Dios te dé buenos días, señor, y mejor salud; pero yo soy un hombre libre, no un esclavo.

Pero a Vinicio, que deseaba interrogar a Urso acerca del lugar en donde Ligia había nacido, estas palabras le produjeron una impresión favorable, porque el hablar con un hombre libre, aun cuando fuese rústico, era menos desagradable para su orgullo de ciudadano romano y de patricio que alternar con un esclavo, al cual ni la ley ni la costumbre atribuían índole humana.

—Entonces, ¿tú no perteneces a Plaucio? —preguntó.

—No, señor; sirvo a Calina, como servía a su madre, por mi propia voluntad.

Y aquí de nuevo introdujo la cabeza en la chimenea para soplar el fuego, al que acababa de agregar algunos trozos de leña. Cuando terminó se irguió nuevamente y repuso:

—Entre nosotros no hay esclavos.

—¿Dónde está Ligia? —preguntó Vinicio.

—Acaba de salir, y yo voy a hacerte la comida. Ella te estuvo velando toda la noche.

—¿Y por qué no la relevaste tú?

—Porque ella quiso velar a tu lado, y mi deber es obedecerla —luego se advirtió en sus ojos una expresión sombría y, después de un momento, dijo—: Si la hubiera desobedecido, tú no estarías hoy vivo, señor.

—Entonces, ¿te hallas pesaroso por no haberme dado muerte?

—No, señor; Cristo nos manda no matar.

—¿Pero y Atacino y Crotón?

—No pude hacer otra cosa —murmuró Urso.

Y dirigió una mirada entristecida a sus manos, que evidentemente habían permanecido paganas, aun cuando hubiera él, desde lo íntimo de su alma, abrazado la cruz.

Enseguida colocó una olla sobre la rejilla y se quedó en cuclillas contemplando el fuego con mirada pensativa.

—Tuya fue la culpa, señor —dijo por fin—. ¿Por qué alzaste la mano

contra ella, contra la hija de un rey?

Una oleada de orgullo se adueñó de Vinicio al ver que un rústico y un bárbaro se permitiera no sólo hablarle familiarmente, sino que hasta osara recriminarle. Así venía esto a juntarse a todas las cosas insólitas e inverosímiles que desde el día anterior le estaban sucediendo. Mas como se encontraba débil y sin esclavos a quienes llamar en su ayuda, trató de sobreponerse, especialmente porque predominaba en él ahora el deseo de conocer algunos detalles de la vida anterior de Ligia.

De manera que, cuando se hubo calmado un tanto, pidió al ligio algunos datos acerca de la guerra de los ligios contra Vanio y los suevos.

A Urso le agradaba conversar, mas no pudo agregar mucho de nuevo a lo que en su tiempo Aulo Plaucio había referido a Vinicio. Urso no había tomado parte en la guerra, pues le había tocado la misión de acompañar a los rehenes al campamento de Atelio Hister. Sólo sabía, pues, que los ligios habían derrotado a los suevos y yazigos; pero que su caudillo y rey había sucumbido bajo las flechas de un yazigo. Inmediatamente después de recibida la noticia de que los semnones habían prendido fuego a los bosques situados en sus fronteras, los ligios habían vuelto precipitadamente a vengar aquel atentado: entretanto habían permanecido como rehenes en poder de Atelio Hister, quien al principio ordenó que se les tributasen honores reales.

Después había muerto la madre de Ligia. El jefe romano se encontró en situación de no saber qué hacer con la niña. Urso quiso volver a su país, pero el camino era difícil a causa de las fieras y de las tribus salvajes.

Cuando se recibió la noticia de que una embajada de ligios había ido a visitar a Pomponio y a ofrecerle el apoyo de su país contra los marcómanos, Atelio Hister le había mandado con Ligia a ver a Pomponio. Pero cuando llegaron se enteraron de que los embajadores no se habían presentado, y en esas circunstancias permanecieron en el campamento, desde donde Pomponio se los llevó a Roma, y una vez alcanzada la victoria, entregó a la hija del rey ligio a Pomponia Grecina.

Aun cuando sólo algunos ligeros detalles de esta narración eran nuevos para Vinicio, éste los escuchó todos con agrado, pues sentía lisonjeado su orgullo de familia al recibir de boca de un testigo ocular la confirmación del linaje real de Ligia. Como hija de un rey, bien pudiera ella ocupar en la corte del César una posición igual a la de las hijas de las primeras familias romanas, con tanto mayor motivo cuanto que la nación que gobernara su padre no había tenido hasta entonces ninguna guerra con Roma, y aunque bárbara, podía llegar a ser un enemigo terrible, pues de ser ciertos los informes dados por el propio Atelio Hister, poseía una fuerza inmensa por la intrepidez de sus hombres de guerra. Y Urso confirmó plenamente esta opinión.

—Vivimos en los bosques —dijo, contestando a una pregunta de Vinicio—; pero poseemos tal extensión de territorio, que no hay quien pueda saber dónde se halla el límite; en este territorio habita un pueblo numerosísimo. Hay también ciudades, todas con edificios de madera, en medio de los bosques, y en ellas reina la abundancia, porque el botín con que vuelven cargados de sus excursiones los cuados, semnones, marcómanos y vándalos se lo quitamos nosotros. Y no se atreven a atacarnos; pero cuando sopla el viento del lado de ellos nos incendian nuestros bosques. Nosotros no los tememos, ni a ellos ni al mismo César romano.

—Los dioses han dado a Roma el dominio del mundo —dijo Vinicio secamente.

—Los dioses son espíritus malignos —contestó Urso con sencillez—, y donde no hay romanos no hay supremacía de ningún género —y aquí tornó a avivar el fuego de la chimenea, y enseguida repuso, como si hablara consigo mismo—: Cuando el César se llevó a Calina a palacio, y yo pensé que podía sobrevenirle alguna desgracia quise encaminarme a los bosques y hacer venir a los ligios en auxilio de la hija de nuestro rey. Y los ligios se habrían movido hacia el Danubio, porque forman un pueblo virtuoso, aunque son paganos. Pero allí habría ido yo también a llevarles «la buena nueva». No obstante, si alguna vez Calina vuelve a la casa de Pomponia Grecina, le pediré permiso para irme con ellos; porque Cristo nació en tierras muy lejanas, y ellos todavía no han oído hablar de Él... Él sabía, por cierto mejor que yo, dónde debía nacer; pero si hubiera venido al mundo entre nosotros, en los bosques, no le habríamos torturado: de eso estoy bien seguro. Habríamos hecho del Hijo el objeto de nuestra solicitud; le habríamos cuidado y atendido de manera que jamás le faltaran las aves, ni las setas, ni las pieles de castor, ni el ámbar. Y el botín que hubiéramos quitado a los suevos y bohemios se lo habríamos dado a Él, a fin de que disfrutase de comodidades, abundancia y bienestar.

Y mientras esto decía, colocó de nuevo en el fuego la olla que contenía la comida de Vinicio y enseguida guardó silencio. Su pensamiento, evidentemente, continuó vagando todavía por espacio de algunos instantes, a través de las selvas ligias, hasta que empezó a hervir el contenido de la vasija. Un poco más tarde la vació en un plato grande y, después de haberlo enfriado un poco, dijo:

—Glauco te aconseja, señor, que muevas el brazo sano lo menos posible; Calina me ha ordenado que te sirva de comer.

¡Ligia ordenaba! No había, pues, la menor objeción que hacer. No se le habría ocurrido a Vinicio oponerse ni por un instante a su voluntad, como si se tratara de la hija del César o de una diosa. Así que no contestó una sola palabra. Se sentó Urso junto a la cama, vació el líquido en una pequeña taza y

lo llevó a los labios del joven.

E iba haciendo aquello con tal solicitud y tan afable sonrisa en el semblante, que Vinicio no podía dar crédito a sus ojos ni pensar que era éste el titán terrible que el día anterior había aniquilado a Crotón y a él mismo le habría hecho trizas a no ser por la compasiva intervención de Ligia. Y el joven patricio, por primera vez en su vida, empezó a preguntarse con aire meditabundo qué fenómenos estarían a la sazón operándose en el alma de aquel hombre tan sencillo, que no era más que un bárbaro y un sirviente.

Pero Urso demostró ser un enfermero tan desmañado como solícito; la taza se perdía de manera tan completa al tomarla él entre sus hercúleos dedos, que no quedaba en ella sitio alguno para la boca del enfermo. Así, pues, tras de algunos esfuerzos infructuosos, el gigante se halló grandemente confundido, y dijo:

—¡Ay! ¡Creo que me sería mucho más fácil coger un uro por los cuernos!

La confusión del ligio divertía a Vinicio; pero esta última observación suya no le interesó menos. Había visto en los circos al terrible uro, traído de las selvas del Norte y hacia el cual iban llenos de temor los más osados bestiarii, por ser una fiera que sólo a los elefantes cedía en tamaño y fuerza.

—¿Acaso has intentado tú coger a semejantes bestias por los cuernos? —preguntó asombrado.

—Hasta mi vigésimo invierno les tuve miedo —contestó Urso—; pero después lo hice —y siguió dando de comer a Vinicio con mayor torpeza que antes, hasta el punto de que al cabo de unos momentos dijo—: Tendré que llamar a Miriam o a Nazario.

Pero en aquel instante se dejó ver detrás de la cortina el pálido rostro de Ligia, y se oyó su voz que decía:

—Ahora voy a ayudar.

Efectivamente, vino del cubiculum, en el cual parece que había estado preparándose para entregarse al sueño, pues vestía tan sólo una túnica cerrada, que los antiguos llamaban capitium, y que le cubría totalmente el pecho. Tenía suelto el cabello.

Vinicio, que sintió acelerar los latidos de su corazón a la vista de la joven, le dijo que cómo no se había acostado aún, y ella respondió risueñamente:

—Me preparaba para dormir; pero antes es menester que releve a Urso.

Y tomó en sus manos la taza, y sentándose al borde del lecho, empezó a dar de comer a Vinicio, quien se sintió a la vez rendido y gozoso. Cuando Ligia se inclinaba hacia él, llegaba hasta Vinicio el suave calor de su cuerpo y

caían sobre su pecho los cabellos sueltos de la joven. Estaba pálido por la emoción; comprendía que por encima de todos los encantos estaba su ser amado sobre todas las cosas, y superior a todo, a cuyo lado nada significaba el mundo entero.

Al principio, tan sólo había deseado a Ligia; y ahora sentía que empezaba a amarla con todo su corazón. Antes, como generalmente sucede en los sentimientos y en las cosas de la vida, él había sido, como todas las gentes de su época, un egoísta insensible y ciego, que sólo pensaba en sí mismo; ahora comenzaba ya a pensar en ella. Así pues, transcurridos algunos instantes, no quiso tomar más alimento, y aun cuando la compañía de la joven y su vista le causaban una complacencia sin límites, le dijo:

—Basta ya. Vete a descansar, divina mía.

—No me llames de ese modo —respondió Ligia—. No es propio que yo escuche de tu boca tales palabras.

Sin embargo, enseguida le miró con rostro sonriente y le dijo que ya no tenía sueño ni fatiga, y que no se retiraría a descansar hasta que llegara Glauco.

El oía las palabras de la joven como si fueran dulce música, y su corazón se ensanchaba a influjo de una alegría y gratitud crecientes, y su imaginación trataba de hallar la forma de demostrarle ese agradecimiento a la joven de la manera más adecuada.

—Ligia —le dijo después de algunos momentos de silencio—, yo no te había conocido antes. Sólo ahora me he dado cuenta de que deseaba alcanzarte por medios reprobables. Así, pues, te digo: vuelve a casa de Pomponia Grecina y descansa, en la seguridad de que, en adelante, no habrá nadie que levante la mano contra ti.

El rostro de la doncella se entristeció de pronto, y contestó:

—Dichosa me sentiría si llegase a verla, aun cuando sólo fuese a cierta distancia; mas yo no puedo volver a su casa.

—¿Por qué? —preguntó Vinicio con asombro.

—Los cristianos sabemos, por intermedio de Actea, lo que sucede en el Palatino. ¿Acaso no ha llegado a tu conocimiento que el César, poco después de mi fuga y antes de su partida para Nápoles, hizo comparecer en su presencia a Pomponia Grecina y a Plaucio, y creyendo que me habían secundado, los amenazó con su cólera? Por fortuna, pudo Aulo decirle: «Señor: bien sabes que una mentira jamás ha manchado mis labios; pues bien, yo te juro que nosotros no la hemos ayudado en su fuga e ignoramos, como tú lo ignoras, la suerte que ha corrido». El César le creyó y olvidó. Por consejo

de nuestros superiores, jamás he escrito a mi madre comunicándole mi paradero, a fin de que en cualquier momento pueda a plena conciencia sostener bajo juramento, si fuera menester, que ignora dónde me encuentro. Acaso tú no comprendas esto, Vinicio; pero has de saber que entre nosotros está prohibida la mentira aunque la vida esté en juego. Ésta es la religión a la que debemos adaptar nuestros corazones; por consiguiente, no he visto ni he debido ver a Pomponia Grecina desde la hora en que dejé su casa. Sólo de cuando en cuando ecos lejanos llegan confusamente hasta ella y le hacen saber que estoy viva y que no me amenaza ningún peligro.

Y mientras decía estas palabras, pareció que un hondo anhelo agitaba el alma de Ligia, pues las lágrimas humedecieron sus ojos; mas se tranquilizó prontamente, y dijo:

—Sé que también Pomponia Grecina languidece a causa de nuestra separación; pero nosotros disponemos de consuelos que otros no conocen.

—Sí —contestó Vinicio—. Cristo es vuestro consuelo; mas yo no comprendo eso.

—¡Mira!, para nosotros no hay separaciones, dolores ni sufrimientos. Y si sobrevienen, se transforman luego en goces. La muerte misma, que vosotros consideráis como el término de la vida, sólo es para nosotros su comienzo; la transmutación de una felicidad mezquina en una felicidad más alta; de una dicha insegura en otra dicha serena y duradera. Considera de qué índole Augusta será una religión que nos ordena amar hasta a nuestros enemigos, que prohíbe la mentira, purifica nuestras almas, desterrando de ellas el odio, y nos promete una felicidad inagotable para después de la muerte.

—Fui testigo de esas enseñanzas en Ostrianum y he visto cómo os habéis portado conmigo y con Quilón... Cuando pienso en ello me parece que es un sueño, y me imagino que no debiera dar crédito a mis oídos ni a mis ojos. Pero contéstame a esta pregunta: ¿eres feliz?

—Lo soy —replicó Ligia—. Todo el que tiene fe en Cristo no puede ser desgraciado.

Vinicio fijó la vista en la joven con un aire en que se advertía la convicción de que todo aquello salvaba el límite de la comprensión humana.

—¿Y no tienes deseos de volver a casa de Pomponia Grecina? —repuso enseguida.

—Con toda mi alma lo anhelo, y he de volver algún día, si tal es la voluntad de Dios.

—Pues entonces yo te digo: vuelve, y te juro por mis lares que jamás alzaré una mano contra ti.

Ligia meditó por espacio de breves instantes y contestó enseguida:

—No; me es imposible exponer al peligro a los que se encuentran cerca de mí. El César no quiere a los Plaucio. Si yo volviese, y ya sabes qué pronto se extendería por toda Roma una noticia cualquiera por boca de los esclavos, mi regreso al hogar haría ruido en la ciudad. Nerón lo sabría seguramente por sus esclavos y castigaría a Plaucio y a Pomponia Grecina o, por lo menos, volvería a arrancarme de su lado.

—Cierto es —contestó Vinicio, frunciendo el ceño—, eso podría suceder. Y lo haría, aunque sólo fuera para demostrar que sus mandatos deben ser obedecidos. Verdad es que únicamente te olvidó porque tu fuga no había sido pérdida suya, sino mía. Y acaso entonces, si él volviera a sacarte de la casa de Aulo y Pomponia Grecina, sería para mandarte a la mía, y en esa eventualidad yo podría devolverte a la de ellos.

—Vinicio, ¿querrás tú verme de nuevo en el Palatino? —preguntó tristemente Ligia.

El joven apretó los dientes y contestó:

—No. Tienes razón. He hablado como un necio. ¡No!

E instantáneamente vio ante sí una especie de abismo sin fondo. Él era un patricio, un tribuno militar, un potentado; pero sobre todos los potentados del mundo a que pertenecía estaba un loco cuyos caprichos y cuya malignidad eran imposibles de prever. Solamente los cristianos podían prescindir en absoluto de Nerón, o dejar de temerle, porque eran gentes para quienes este mundo, con sus separaciones y la muerte nada significaba. Todos los demás tenían que temblar en presencia del tirano. Las torturas de la época en que vivía se le aparecían a Vinicio ahora en toda su monstruosa magnitud. Así pues, no podía devolver a Ligia a la casa de Aulo y Pomponia Grecina, por temor de que el monstruo la recordara y descargase sobre ella su cólera. Por la misma razón, si hubiera de hacerla su esposa, expondría a ella y a Plaucio y se expondría a sí mismo. Un momento de mal humor bastaba para causar la ruina de todos. Y Vinicio pensó, por primera vez en su vida, que el mundo debía sufrir una transformación o la existencia llegaría a serle imposible.

Y comprendió también algo que un momento antes le había parecido un enigma: que en tales tiempos solamente los cristianos podían ser felices. Pero, sobre todo esto, una honda pena se apoderó de él, porque se convenció al mismo tiempo de que había sido él quien se había complicado su propia vida y la de Ligia. Y bajo esa impresión de dolor, habló así:

—¿Sabes que tú eres más feliz que yo? Tú estás en la pobreza viviendo en este único aposento, en medio de gentes sencillas; mas tienes tu religión y tu Cristo. Pero yo sólo te tengo a ti, y cuando huiste de mi lado me quedé como

un mendigo, sin techo que me cobijase, ni pan. Tú eres más querida a mi corazón que todo el resto del mundo. Yo te busqué, porque no podía vivir sin ti. No anhelaba placeres ni fiestas y me mostraba rebelde al sueño. De no haber sido por la esperanza de encontrarte, me habría clavado mi espada. Pero temí la muerte, porque muriendo ya no podía volver a verte. Digo la verdad pura cuando afirmo que no podré vivir sin ti. Hasta ahora sólo he vivido con la esperanza de encontrarte y verte. ¿Recuerdas nuestras conversaciones en casa de Aulo? Un día trazaste un pez en la arena, y entonces no supe cuál era su significado. ¿Recuerdas que jugamos a la pelota? Yo te amaba ya más que a mi vida. Y tú entonces habías empezado a adivinar mi amor. Aulo vino, interrumpió nuestra conversación y nos asustó con Libitina. Y Pomponia, al separarnos, dijo a Petronio que Dios era uno, justo y todopoderoso; mas entonces ni por asomo se me ocurrió que Cristo era su Dios y el tuyo. Que tu Dios te devuelva a mí y le amaré, aunque me parece que sólo es un Dios de esclavos, extranjeros y mendigos. Tú estás sentada cerca de mí, y, sin embargo, sólo en El piensas. Piensa en mí, si no quieres que le aborrezca. Para mí, tú, y sólo tú, eres una divinidad. ¡Benditos sean tu padre y tu madre; bendita la tierra donde viste la luz! ¡Quisiera poder rodear tus pies con mis brazos, y elevar a ti mis plegarias, y rendirte todo honor, y presentarte ofrendas y homenajes a ti, mujer tres veces divina! ¡No, tú no sabes, tú no puedes saber cómo te amo!

Y diciendo esto, se llevó la mano a su pálida frente y entornó los ojos.

Su naturaleza jamás había reconocido límites, ni en el amor ni en el odio.

Hablaba con apasionamiento, como un hombre que habiendo perdido el dominio de sí mismo no tiene voluntad para someter a restricción alguna sus frases ni sus sentimientos. Mas sus palabras emanaban del fondo del alma y hablaba con sinceridad. Podía verse al oírle que la amargura, el éxtasis, los anhelos, la adoración acumulados y confundidos por mucho tiempo en su pecho se habían desbordado al fin en un torrente irresistible de palabras. Para Ligia, algunas de éstas tenían algo de blasfemia; sin embargo, su corazón empezó a palpar anhelante, como si quisiera romper la túnica que cubría su seno virginal. No podía sustraerse a la compasión por aquel hombre y por sus sufrimientos. Sentía y estaba conmovida por la veneración con que se dirigía a ella.

Se sentía también amada y adorada hasta lo ilimitado; sentía que aquel hombre peligroso e indomable le pertenecía ahora en cuerpo y alma, era como un esclavo suyo, y esa conciencia de la sumisión de él y del poder de ella la inundaba de felicidad.

Revivieron en un instante los recuerdos de otros días.

Él había vuelto a ser para ella aquel espléndido Vinicio, hermoso como un

dios pagano. El mismo cuyos besos aún le quemaban los labios, que en la casa de Aulo le había hablado de amor y despertado como de un sueño su corazón casi infantil entonces; pero también el mismo de cuyos brazos Urso la había arrancado en el Palatino, como si la arrancase del incendio de una enorme llama envolvente. Y ahora que se veían pintados en su rostro de águila el éxtasis y al mismo tiempo el dolor, ahora que yacía en aquel lecho, pálida la frente y expresión suplicante en los ojos —herido, quebrantado por el amor, rendido y dispuesto a la sumisión y al homenaje—, se le presentó a Ligia como el hombre que ella habría deseado que fuera y al que hubiera amado con toda su alma.

Y de súbito comprendió también que pudiera llegar el momento en que ese amor de Vinicio lograra apoderarse de ella, dominarla y arrastrarla como un torbellino. Y al pensar en esto, tuvo la misma sensación que poco antes había tenido Vinicio de hallarse al borde de un precipicio.

¿Para esto había dejado la casa de Aulo? ¿Para esto había huido recurriendo a la fuga? ¿Para esto había vivido oculta en los barrios más miserables de la ciudad? ¿Quién era Vinicio? ¡Un augustano, un soldado, un cortesano de Nerón! Además, era partícipe de sus desenfrenos y locuras, como había demostrado en esa fiesta que no podía ella olvidar. Él iba también, como los demás, a los templos del paganismo y presentaba ofrendas a esos dioses viles, en los cuales acaso él mismo no creía, y, no obstante, les tributaba oficialmente sus homenajes. Aún más: la había perseguido con el propósito de hacerla su esclava y su amante y para arrojarla al mismo tiempo en aquel horrible mundo de molicie y exceso, de crimen y deshonor; en ese mundo que provocaba la cólera y la venganza de Dios.

Cierto que parecía haberse modificado su índole; pero acababa también de decirle que si ella pensaba más en Cristo que en él, estaba dispuesto a aborrecer a Cristo. Y le parecía a Ligia que la sola idea de cualquier otro amor que no fuese el amor de Cristo era un pecado contra Él y contra la religión que confesaba. Así, pues, cuando se dio cuenta de que despertaban en el fondo de su alma otros sentimientos y deseos, se apoderó de ella el temor por el porvenir y por su propio corazón.

En este crítico momento de lucha interior, se presentó Glauco, que venía a informarse de la salud de su paciente y seguir atendiéndole. Y en un abrir y cerrar de ojos pudieron verse reflejadas en el semblante de Vinicio la cólera y la impaciencia. Le irritó ver allí interrumpida su conversación con Ligia, de manera que cuando Glauco le interrogó por su estado la respuesta fue casi desdeñosa.

Cierto es que prontamente se contuvo; pero si Ligia había concebido alguna ilusión acerca de que las enseñanzas escuchadas por él en Ostrianum

podieran haber ejercitado alguna influencia sobre su índole irrefrenable, necesario era renunciar a esa ilusión. Él había cambiado solamente en lo que a ella se refería; pero fuera de ese único sentimiento seguía alentando en su pecho aquel mismo corazón de antes, duro y egoísta; corazón verdaderamente de romano y de lobo, incapaz no sólo de las elevadas concepciones que afluyen de las enseñanzas cristianas, sino también incapaz de gratitud.

Ligia se retiró, por fin, con el alma llena de disgusto y ansiedad. Antes había ofrecido a Cristo en sus oraciones un corazón tranquilo y realmente puro y cristiano como una lágrima. Ahora esa tranquilidad había sido perturbada. En el interior de la flor se había introducido un insecto ponzoñoso y había empezado allí a zumbar.

Ni el sueño —a pesar de las dos noches anteriores de vigilia— vino a traerle el reposo. Soñó que veía en Ostrianum a Nerón, a la cabeza de su séquito de augustanos, bacantes, coribantes y gladiadores. Allí el César aplastaba multitudes de cristianos bajo su carro adornado con guirnaldas de rosas, y Vinicio la cogía por el brazo, la arrastraba hasta la cuadriga y, estrechándola contra su pecho, le decía al oído: «Ven con nosotros».

XXVII

Desde aquel momento, Ligia se dejó ver más de tarde en tarde en la sala común, y se aproximó con menos frecuencia al lecho del enfermo. Pero la paz no tornaba a su alma. Observaba que Vinicio la seguía con mirada suplicante, vivía pendiente de cada palabra suya, como si se tratara de un favor; que sufría y no osaba quejarse, por temor de alejarla con ello de su lado; que para él sólo ella era la felicidad y la salud. Y entonces se le abría el pecho a la compasión más honda.

Pronto reparó en que mientras más se afanaba por evitar su proximidad más le compadecía, y que se iban despertando en ella la compasión y sentimientos de mayor y más intensa ternura. Y la paz pareció entonces abandonarla por completo.

En ocasiones se decía que su deber primordial era estar siempre a su lado; en primer lugar, porque la religión de Cristo prescribe devolver bien por mal; y luego, porque acaso en sus frecuentes conversaciones con él, bien pudiese atraerle a su fe. Pero, al mismo tiempo, su conciencia le advertía de que se engañaba a sí misma; que lo que le atraía hacia él no era otra cosa que su amor y el encanto que poseía. Y esto hacía vivir a Ligia en medio de una incesante lucha, que de día en día se iba haciendo más intensa.

A veces le parecía que la rodeaba una especie de red y que al intentar romperla para abrirse paso se envolvía en ella más y más.

Le era forzoso también confesar que la vista del joven se le iba haciendo más necesaria a diario y su voz más agradable, y que se veía en el caso de recurrir a todo el esfuerzo de su voluntad siempre que luchaba contra el deseo de sentarse junto a su cabecera. Cada vez que a ésta se acercaba y veía irradiar en el rostro de Vinicio la alegría, su corazón se inundaba de gozo.

Un día notó en los ojos del joven huellas de haber llorado, y por primera vez en su vida se le ocurrió el pensamiento de que pudiera ella enjugarlas con sus besos. Y luego, horrorizada por esa idea, llena de desprecio por sí misma, lloró toda la noche siguiente.

En cuanto a él, se había vuelto tan sufrido como si hubiera hecho voto de paciencia. Cuando, por momentos, iluminaba sus ojos algún relámpago de cólera, vanidad o impaciencia, reprimía prontamente esos ímpetus y dirigía a la joven una mirada llena de alarma, mirada en la cual se advertía el anhelo de ser perdonado. Nunca, pues, había experimentado ella como ahora la certidumbre de ser muy amada; por eso, al sentirse objeto de tan vivo afecto, se consideraba a la vez dichosa y culpable.

Vinicio también había cambiado mucho. En sus conversaciones con Glauco se advertía ya menos orgullo. Le ocurría ahora con frecuencia la idea de que tenían también personalidad humana hasta aquel pobre médico esclavo, aquella mujer extranjera, la vieja Miriam, que le rodeaba de cuidados, y Crispo, a quien veía continuamente engolfado en sus oraciones. Y esta idea, que le causaba asombro, venía, en ocasiones, a su cerebro.

Y al cabo de algún tiempo llegó a cobrar afecto a Urso, con quien solía conversar días enteros, porque en esas conversaciones podía, incesantemente, mezclar el nombre de Ligia. El gigante, por su parte, era de una verbosidad inagotable para las narraciones, y en tanto que desempeñaba al lado del enfermo los más humildes servicios, le iba demostrando cierta adhesión.

Vinicio pensaba siempre en Ligia como en un ser de un orden distinto y la colocaba a cien veces mayor altura que todas las demás personas que la rodeaban. Había empezado también a fijar su atención en las gentes pobres y sencillas —cosa en que jamás hubiera pensado antes—, descubriendo en ellas algunos rasgos cuya existencia nunca había sospechado hasta entonces.

Sin embargo, no podía soportar a Nazario, porque le parecía que ese muchacho se había atrevido a poner los ojos en Ligia. Por largo tiempo se contuvo para no demostrarle la aversión que el mancebo le inspiraba, pero un día éste trajo a la joven dos codornices compradas por él en el mercado con dinero ganado con su trabajo.

Y entonces, por boca de Vinicio, habló el descendiente de los Quirites, para quienes todo advenedizo procedente de países extranjeros era tenido en poco menos que un gusano vil. Al oír, pues, que Ligia le daba las gracias, se puso terriblemente pálido, y cuando Nazario salió en busca de agua para las codornices, le dijo:

—Ligia, ¿cómo puedes permitir que ese muchacho te haga obsequios? ¿Ignoras, acaso, que los griegos llaman a las gentes de su nación perros judíos?

—Yo no sé cómo los llaman los griegos —respondió—, sólo sé que Nazario es cristiano y, por tanto, hermano mío.

Y dichas estas palabras miró a Vinicio con asombro y pena, pues ya iba perdiendo la costumbre de escuchar de sus labios estallidos semejantes.

Y él, entonces, apretó los dientes, para no verse obligado a decirle que, a semejante hermano, de muy buena gana le habría hecho apalear o le habría enviado en calidad de *compeditus* a cavar su tierra en los viñedos sicilianos. Se reprimió, sin embargo; sofocó en su pecho la ira, y sólo después de un momento pudo replicar:

—Perdóname, Ligia. Para mí tú eres siempre la hija de un rey y la hija adoptiva de Aulo Plaucio.

Y se dominó hasta el grado de que, cuando Nazario volvió al aposento, prometió obsequiarle, apenas volviese a su casa de campo, con un par de pavos reales o de flamencos, de los cuales tenía lleno un jardín.

Ligia comprendía que estas victorias sobre sí mismo debían de costarle considerable esfuerzo, y mientras más a menudo las alcanzaba de Vinicio, más se inclinaba el corazón de la joven hacia él.

Pero el mérito de aquella lucha respecto a Nazario era, en realidad, inferior al de lo que Ligia había supuesto. Porque Vinicio bien pudo haber estado indignado contra el muchacho por el breve espacio de un momento, pero jamás celoso de él. En realidad, a sus ojos, el hijo de Miriam no significaba mucho más que un perro; además, era todavía un niño que, si amaba a Ligia, la amaba tan sólo de una manera inconsciente y servil. Mayores y más difíciles luchas hubo de mantener el tribuno consigo mismo hasta alcanzar su propio silencioso vencimiento, para someterse a los homenajes de que entre estas gentes se rodeaba al nombre de Cristo y a su religión. En ese punto, se iban produciendo admirables fenómenos en el alma de Vinicio.

Ésa era, en todo caso, una religión en la cual creía Ligia; por consiguiente, bastaba esa sola razón para que él estuviese dispuesto a acatarla. Después, a medida que iba volviendo a la salud, más hondamente se le iban grabando en

la memoria la serie de acontecimientos ocurridos, y la multitud de ideas que en su cerebro había hallado cabida desde aquella noche de Ostianum, y cada vez le maravillaba más el poder sobrehumano de aquella religión que tenía la virtud de transformar radicalmente el alma de los hombres. Comprendía que en ella había algo de extraordinario, algo que no había sido conocido antes en la Tierra, y presentía que si llegara a extenderse por el orbe, a infiltrar en la conciencia del mundo sus máximas de amor y de caridad, no era improbable el advenimiento de una era rememorativa de aquella en que no había gobernado Júpiter, sino Saturno.

Y ahora ni se atrevía tampoco a dudar del origen sobrenatural de Cristo, ni de su resurrección, ni de los demás milagros. Los testigos oculares que de ellos hablaban era harto fidedignos, y desdeñaban demasiado la mentira para que pudiese él suponer que estuvieran refiriendo sucesos que no habían ocurrido.

Finalmente, el escepticismo romano permitía dudar de los dioses, pero creía en los milagros. Vinicio, en consecuencia, se hallaba delante de una especie de extraño enigma que le resultaba imposible de resolver.

Por otra parte, sin embargo, esa religión le parecía opuesta al estado de cosas existente, imposible de practicar, y más insensata que todas las demás. Según él, las gentes de Roma y de todo el mundo bien podían ser malas, pero era bueno el orden de cosas reinante. Si el César, por ejemplo, hubiera sido un hombre honrado; si el Senado se hallara compuesto no de libertinos insignificantes, sino de individuos como Tráseas, ¿qué más podría desearse? No; el orden y la supremacía de Roma eran buenos, y justa y apropiada la distinción de clases entre los hombres.

Y esa religión, según el concepto de Vinicio, iría a destruir todo orden, toda supremacía, toda distinción. ¿Qué sucedería entonces con el dominio y señorío de Roma? ¿Podrían, acaso, los romanos dejar de gobernar, o habrían ellos de reconocer a todo un hato de naciones conquistadas como a sus iguales?

Eran éstos pensamientos que no lograban hallar cabida en la cabeza de un patricio.

Y, por lo que a él tocaba personalmente, esa religión se oponía a todas sus ideas y costumbres, a su carácter y a su concepto de la vida. Ni siquiera podía creer que él mismo sobreviviese después de haberla aceptado. La temía y la admiraba a la vez; pero, en cuanto a aceptarla, sentía como si a esa sola idea se estremeciera todo su ser. Y comprendía que ella era el único obstáculo que le separaba de Ligia; y cuando se detenía a pensar en esto, aborrecía esa religión con todas las fuerzas de su alma.

Sin embargo, se veía obligado a confesarse a sí mismo que esa misma religión había adornado a Ligia con esa belleza excepcional e inexplicable que en él despertara, junto al amor, el respeto; junto al deseo, el homenaje, y había hecho de Ligia un ser querido para él sobre todos los demás que habitaban en la tierra. Y, entonces, de nuevo se sentía inclinado a amar a Cristo. Comprendía distintamente que le era necesario amarle o aborrecerle: no podía permanecer indiferente.

Entretanto, se sentía arrastrado por dos corrientes opuestas; vacilaba y se perdía en un conflicto de ideas y sentimientos, y no sabía por qué camino optar. Pero terminaba por inclinar la cabeza ante ese Dios que no comprendía, y le rendía silencioso homenaje por la única razón de ser el Dios de Ligia.

La joven iba observando la evolución que se operaba en el espíritu de Vinicio. Y veía cómo luchaba él consigo mismo, y cómo en su interior rechazaba esa religión; y aun cuando esto la mortificaba hondamente, se sentía dominada por la compasión, la simpatía y la gratitud más sinceras al reparar, a la vez, en el silencioso respeto que demostraba él hacia Cristo. Y ello contribuía a que cada día su corazón se inclinase hacia el joven con más irresistible fuerza. Entonces se acordaba de Pomponia Grecina y Aulo. Para Pomponia Grecina era una fuente de inextinguible pesar y lágrimas nunca enjugadas el pensamiento de que más allá de la tumba no volvería a reunirse con Aulo. Ligia empezaba ahora a comprender mejor ese tormento, esa amargura. Ella también había encontrado un ser querido, y sobre su cabeza se cernía la amenaza de verse eternamente separada de él. Ciertamente que en ocasiones trataba de engañarse a sí misma y pensaba que el alma de Vinicio se abriría a la verdad de Cristo; pero esas fusiones no podían durar. Ella le comprendía y le conocía demasiado bien. ¡Vinicio cristiano! Estas dos ideas, por contradictorias, no encontraban sitio juntas en su cabeza inexperta. Si el prudente y reflexivo Aulo no había llegado a convertirse al cristianismo bajo la influencia de la virtuosa y perfecta Pomponia Grecina, ¿cómo podría convertirse Vinicio? A esta pregunta no encontraba ella una respuesta; mejor dicho, sólo encontraba una: que para él no había ni esperanza ni salvación. Pero Ligia se dio cuenta con terror de que la eterna condenación que sobre él pesaba, en lugar de volverle repugnante a sus ojos, por la compasión que le inspiraba, le hacía aún más querido.

Por momentos se apoderaba de ella el deseo de hablarle de su oscuro porvenir, pero un día que estaba sentada cerca de él y le decía que fuera de las verdades cristianas la vida no existía, Vinicio, que entonces estaba más fuerte, se incorporó apoyándose en el brazo sano y, de manera inesperada, reclinó la cabeza sobre las rodillas de la joven, diciéndole:

—¡Tú eres la vida!

En aquel instante a Ligia le faltó el aliento, le abandonó su presencia de ánimo, y una especie de escalofrío de placer recorrió su cuerpo de pies a cabeza. Tomando con las manos por las sienes a Vinicio intentó levantar su cabeza, inclinándose entretanto hasta el punto de que sus labios rozaron los cabellos del joven. Y por un momento ambos se sintieron dominados por una dulce embriaguez y por el amor que los empujaba el uno hacia el otro...

Ligia se levantó al fin y huyó presurosa, sintiendo que por sus venas circulaba fuego, en tanto que la cabeza le daba vueltas. Era ésta ya la gota que había venido a hacer rebosar la copa llena hasta los bordes.

Vinicio no pudo adivinar entonces cuán caro habría de pagar aquel delicioso momento; pero Ligia comprendió que al fin había llegado la hora de ponerse a salvo.

Toda la noche siguiente fue para ella de vigilia, de lágrimas y oraciones. Tenía la sensación de ser indigna y de que al rezar sus oraciones ya no eran escuchadas. A la mañana siguiente salió temprano del cubiculum, y llamando a Crispo a la glorieta del jardín —cubierta de hiedra y secos sarmientos de vid— le abrió su alma y le imploró, al mismo tiempo, que le permitiese abandonar la casa de Miriam, ya que no podría por más tiempo seguir teniendo confianza en sí misma, ni sofocar en su corazón el amor que sentía por Vinicio.

Crispo, anciano severo, que vivía siempre lleno de fervor religioso, aprobó el plan de abandonar la casa de Miriam, pero no tuvo palabras de perdón para ese amor, que consideraba culpable.

Le llenaba de indignación el solo pensamiento de que Ligia, a quien había protegido desde el día de su fuga, a quien había amado, a quien había confirmado en la fe y a quien miraba como una especie de lirio blanco brotado en el campo de las cristianas enseñanzas, sin que jamás profanara su candor ni el más leve soplo impuro, hubiera podido hallar en su alma sitio para otra clase de amor que el amor divino. Había creído hasta aquel día que en ninguna parte del mundo latía otro corazón más exclusivamente consagrado a la gloria de Cristo. Hubiera querido ofrecérsela a Él como una perla, una joya creada por él. De aquí que el desencanto que acababa de sufrir le llenara de pesar y de asombro.

—Ve a pedir a Dios que te perdone tu falta —dijo a la joven con aire sombrío—. Huye antes que el mal espíritu instigador te lleve a tu ruina completa, y antes que tus actos se opongan abiertamente a los designios del Salvador. Dios murió en la cruz para redimir tu alma con su sangre y tú has preferido amar al que quiso hacerte su concubina. Dios te salvó por virtud de un milagro suyo, y tú has abierto el corazón a deseos impuros, y has amado al hijo de las tinieblas. ¿Quién es él? ¡El amigo y el servidor del Anticristo y su

compañero en el crimen y en el desenfreno! ¿Adónde podrá conducirte sino a ese abismo, a esa Sodoma en que se rebulle, y que Dios ha de destruir con las llamas de su cólera? Y yo te digo: ¡Preferible mil veces que hubieras muerto, que las paredes de esta casa se desplomaran sobre tu cabeza, antes que en tu pecho se hubiera deslizado esa serpiente y destilado en él la ponzoña de la iniquidad!

Y Crispo se dejó arrastrar más y más en su vehemente arrebató, pues la falta de Ligia, a la par que de indignación, le llenaba de hastío y desprecio por la naturaleza humana en general y en particular por la mujer, a quien ni siquiera la doctrina cristiana tenía poder suficiente para sustraer a la debilidad que perdió a Eva.

Para él nada significaba que esta doncella se hubiese conservado pura, que deseara huir de aquel amor, que lo hubiera confesado llena de arrepentimiento y compunción. Crispo había deseado transformarla en un ángel, elevarla a las regiones en donde sólo existía el amor de Cristo; y ella se había enamorado de un augustano.

Este pensamiento llevaba a su corazón el horror, el desencanto y la desilusión.

No, no; él no podía perdonarla.

Las palabras de condenación le quemaban sus labios, candentes cual carbones encendidos. Y luchaba consigo mismo para no pronunciarlas, en tanto que movía nerviosamente las enflaquecidas manos sobre la cabeza de la aterrorizada niña.

Ligia se había sentido culpable, mas no hasta tal punto. Aún más: había juzgado que su partida de la casa de Miriam sería su mayor victoria sobre la tentación y una verdadera expiación de su falta. Pero Crispo, con sus recriminaciones, la había abatido hasta el polvo y le había demostrado que su alma se hallaba en un estado tal de ruindad y miseria que ella no había ni remotamente sospechado. Por el contrario, la joven creyó, al dirigirse al anciano presbítero —quien desde el momento de su fuga del Palatino había sido para ella como un padre—, que en este trance demostraría él un poco de compasión, la consolaría y le infundiría valor y fortaleza.

—Yo ofrezco mi dolor y mi decepción a Dios —dijo él—; pero tú has engañado también al Salvador, pues has ido a sumergirte en un lodazal que con sus miasmas ha envenenado tu alma. Y ésta debiste habérsela ofrecido a Cristo como un precioso cáliz y decirle: «Llévalo de tu gracia, ¡oh Dios mío!». En cambio, has preferido entregarla al servidor del genio del mal. Que Dios te perdone y tenga piedad de ti; porque mientras no hayas arrojado lejos la serpiente, yo, que te consideré siempre elegida...

Y aquí interrumpió repentinamente su discurso, pues acababa de notar que no estaban solos. A través de los secos sarmientos de la vid y de la hiedra — que se mantenían verdes en verano como en invierno—, vio a dos hombres, uno de los cuales era el apóstol Pedro. Al otro no pudo reconocerle inmediatamente, pues un manto de burda tela de lona llamada cilicium le ocultaba una parte del semblante. Por un momento creyó Crispo que era Quilón.

Al haber llegado a los oídos de ellos la voz de Crispo, que éste había levantado en medio de su exaltación, entraron en la glorieta y se sentaron en un banco de piedra.

El compañero de Pedro tenía el rostro demacrado; su cabeza, que empezaba a volverse calva, estaba cubierta por los lados de cabellos ensortijados; tenía enrojecidos los párpados y la nariz corva; y en su semblante, feo, pero al propio tiempo inspirado, Crispo reconoció las facciones de Pablo de Tarso.

Ligia, poniéndose de rodillas, abrazó los pies de Pedro, llena de desesperación y, ocultando su atormentada cabeza entre los pliegues de su manto, permaneció así en silencio.

Y Pedro dijo:

—¡Paz a vuestras almas!

Y viendo a sus pies a la niña, preguntó qué había ocurrido.

Crispo empezó entonces a narrar todo cuanto Ligia le había confesado — su amor culpable, su deseo de huir de la casa de Miriam—, y el pesar que él sentía al ver que un alma que había pensado ofrecer a Cristo, pura como una lágrima, se hubiera manchado con afectos terrenales hacia un cómplice de todos los crímenes en que se hallaba encenagado el mundo pagano y que clamaba la venganza de Dios.

Ligia, mientras Crispo hablaba, abrazaba con creciente fuerza los pies del apóstol, como si deseara encontrar un refugio cerca de ellos, y también para pedir con fervor un poco de compasión.

El apóstol, cuando hubo escuchado el caso hasta el fin, se inclinó y posó su arrugada diestra sobre la cabeza de la niña; luego, alzando la vista hacia el anciano presbítero, le dijo:

—Crispo: ¿no has oído decir que nuestro amado Maestro estuvo en Canaán en unas bodas y bendijo el amor entre el hombre y la mujer?

Crispo dejó caer las manos y miró al apóstol con asombro, sin poder articular palabra.

Después de un momento de silencio, Pedro volvió a preguntar:

—Crispo, ¿crees tú que Cristo, que permitió a María de Magdala postrarse a sus pies y que perdonó a la pecadora pública, apartaría los ojos de esta virgen, que es pura como un lirio de los campos?

Ligia se estrechó más a los pies de Pedro, sacudida por los sollozos y comprendiendo que no en vano había buscado en él su refugio.

El apóstol levantó el rostro de la joven, inundado de lágrimas, y le dijo:

—Mientras los ojos del hombre a quien amas no se hayan abierto a la luz de la verdad, huye de él, no te vaya a inducir al pecado; mas ruega por él y sabe que no hay delito en tu amor. Y puesto que tu deseo es evitar la tentación, te será ello tomado en cuenta como un merecimiento. Y no sufras y no llores, porque en verdad te digo que la gracia del Redentor no te abandonará y que tus plegarias te serán escuchadas; después del dolor, vendrán para ti días de alegría.

Dicho esto, puso ambas manos sobre la cabeza de la joven y, alzando los ojos al cielo, la bendijo. Y, en aquel instante, irradiaba su rostro una bondad sobrehumana.

Arrepentido, Crispo empezó humildemente a disculparse.

—He pecado contra la misericordia —dijo—; mas yo pensé que ella, por el hecho de dar albergue en su corazón a un amor terrenal, había negado a Cristo...

—Yo le negué tres veces —replicó Pedro—. Y, sin embargo, Él me perdonó y me dejó el encargo de apacentar sus ovejas.

—Y, además —continuó diciendo Crispo—, Vinicio es un augustano.

—Cristo ablandó corazones más endurecidos que el suyo —contestó Pedro.

Entonces, Pablo de Tarso, que había guardado silencio hasta aquel momento, llevó el índice a su pecho, y señalándose a sí mismo, dijo:

—Yo soy quien persiguió y apresuró la muerte de muchos siervos de Cristo; yo, el que durante la lapidación de Esteban guardaba los vestidos de los que le apedreaban; yo, el que me esforcé para arrancar de raíz la verdad en todo el mundo habitado, y, sin embargo, el Señor me predestinó para que la proclamase por todas partes. Y la he proclamado en Judea, en Grecia, en las islas y en esta ciudad atea, en la cual mi primera morada fue una prisión. Y ahora, llamado por Pedro, mi superior, vengo a esta casa con la misión de doblegar una altiva cabeza e inclinarla hasta los pies de Cristo, de arrojar un grano de la simiente del bien en ese terreno pedregoso que el Señor ha de

fertilizar, a fin de que rinda una cosecha abundante.

Y se levantó.

A Crispo, aquel diminuto jorobado le pareció en aquel momento lo que era en realidad: un gigante que debía sacudir el orbe desde sus cimientos y que uniría diferentes pueblos y naciones.

XXVIII

PETRONIO A VINICIO

Por favor, carissime, no imites en tus cartas a los lacedemonios, o a Julio César. Si pudieras, por lo menos, escribir como Julio: Veni, vidi, vici, entonces comprendería tu laconismo. Mas tu carta significa simplemente Veni, vidi, fugi. Y puesto que semejante desenlace del asunto se halla en completa oposición a tu índole y me dices que estuviste herido y te han sucedido cosas extraordinarias, tu carta necesita una aclaración. No me fue posible dar crédito a mis ojos cuando leí que ese gigante ligio había matado a Crotón con tanta facilidad como podía matar un perro caledonio a un lobo en los desfiladeros de Hibernia. Ese hombre vale tanto oro como, pesa, y de él sólo depende que llegue a ser favorito del César.

Cuando vuelva yo a la ciudad he de conocer más de cerca a ese ligio, y haré fundir una estatua suya. Ahenobarbus ha de reventar de curiosidad cuando yo le diga que es tomada del natural. Los cuerpos verdaderamente atléticos están haciéndose cada día más raros en Italia y en Grecia, y del Oriente no hay para qué hablar; los alemanes, aunque corpulentos, tienen los músculos cubiertos de grasa y su volumen es superior a sus fuerzas. Pregunta al ligio si él es una excepción, o si en su país existen más hombres como él; por si alguna vez llega el caso de que tú y yo tengamos que organizar oficialmente algunos juegos públicos, sería conveniente saber dónde podemos encontrar cuerpos más fornidos.

Pero da gracias a los dioses de Oriente y de Occidente por haber salido vivo de tales manos. Te has salvado, ciertamente, porque eres patricio e hijo de un cónsul; mas todo cuanto ha sucedido me sorprende en sumo grado: ese cementerio donde estuviste en medio de los cristianos, ellos mismos, él y la manera de portarse contigo, la fuga de Ligia, y, finalmente, el estado de inquietud y melancolía que deja traslucir tu lacónica misiva. Explícate, pues hay muchas cosas que no entiendo, y si deseas que te diga la verdad, te diré abiertamente que no comprendo a los cristianos, ni te entiendo a ti, ni a Ligia.

Y no te extrañe que yo, que de bien pocas cosas me preocupo en el mundo,

excepto de mi persona, te pida ahora con tanto interés estos informes. Es que como he intervenido en todo este asunto tuyo, de ahí el que hasta hoy lo considere como un asunto mío.

Escribe pronto, pues no puedo anticipar con certeza cuándo volveremos a encontrarnos. En la cabeza de Barbas de Cobre los proyectos cambian como los vientos de primavera. En la actualidad, mientras se halla en Benevento, abraza el propósito de encaminarse directamente a Grecia, sin volver a Roma.

Tigelino, sin embargo, le aconseja que haga una visita a la ciudad siquiera sea por poco tiempo, ya que el pueblo, anhelante más de lo usual de su persona (léase «de pan y juegos»), puede sublevarse. Así, pues, ignoro lo que va a suceder. Si Acaya llega a pesar más en la balanza, es posible que después deseemos visitar Egipto. Yo insistiría con todas mis fuerzas en que tú vinieses, pues considero que en el estado de tu espíritu los viajes y nuestros entretenimientos serían para ti una especie de medicina, pero es probable que no nos encontraras ya.

Considera, entonces, si en tal caso no sería preferible para ti, a la permanencia en Roma, una temporada de reposo en tus propiedades de Sicilia.

Escríbeme detalladamente todo lo que te concierne, y adiós.

No agrego a mi carta ningún deseo especial, excepto el de tu salud, porque, ¡por Pólux!, no sé ni siquiera qué es lo que deseas.

Al recibir esta carta, Vinicio tuvo en principio la intención de no contestarla. Pensó, entonces, que era innecesaria tal contestación, porque ésta no beneficiaría a nadie en manera alguna, ni nada tampoco podría aclarar ni resolver.

El desaliento se había apoderado de él, y le dominaba al mismo tiempo un concepto pesimista acerca de la vanidad de las cosas humanas. Juzgó, por otra parte, que Petronio era incapaz de comprenderle y que había sucedido algo que tendía a separarlos el uno del otro. Ni siquiera lograba todavía ponerse de acuerdo consigo mismo.

Cuando volvió del Transtíber a su espléndida insula de las Carenas se hallaba extenuado, y durante los primeros días encontró una especie de satisfacción en el descanso, en las comodidades y en la abundancia que le rodeaban.

Pero ese bienestar duró muy poco tiempo. Pronto pudo convencerse de que llevaba una vida vana y de que todo cuanto había constituido hasta entonces el interés de su existencia había dejado de valer para él, o había quedado reducido a proporciones casi imperceptibles.

Sentía como si en su alma se hubieran roto los lazos que antes le habían

ligado a la vida, sin que viniesen otros a ocupar su lugar. Y la idea de que bien podía encaminarse a Benevento y de allí a Acaya y sumergirse en una vida de molicie y de loco desenfreno le dejaba tan sólo una impresión de vacío.

—¿Para qué? —decía—. ¿Qué ganaré con ello?

Éstas fueron las primeras preguntas que pasaron por su cabeza. Y por primera vez pensó, asimismo, que si se fuera a Benevento, hasta la conversación de Petronio, su ingenio y su esmerada selección de las frases propias para expresar cada pensamiento llegarían, acaso, a fastidiarle.

Pero la soledad también había empezado a hacérsele tediosa. Todos sus conocidos se divertían con el César en Benevento; de modo que le era necesario quedarse a menudo en casa, con la mente llena de ideas y el corazón rebosando sentimientos que era incapaz de analizar.

Había, sin embargo, momentos en que juzgaba que si le fuera posible conversar con alguna persona acerca de todo cuanto pasaba en su interior, acaso sería capaz de abarcarlo mejor, de ponerlo en orden y darse mejor cuenta de ello. Bajo el influjo de esta esperanza, y después de algunos días de vacilación, se resolvió, por fin, a escribir a Petronio, y aun cuando no estaba decidido a enviarle la carta se dirigió a él en los términos siguientes:

Es tu deseo que te escriba de modo más minucioso: convenido. No puedo asegurarte, sin embargo, que me sea posible hacerlo también con más claridad, porque existen algunos nudos que yo mismo no sé cómo podría desatarlos.

Te he contado ya mi permanencia entre los cristianos y la manera como tratan a sus enemigos, entre los cuales tenían el derecho de contarnos a Quilón y a mí. Te he hablado también de la bondad con que me atendieron durante el tiempo que estuve postrado, y, finalmente, ya te he referido la desaparición de Ligia.

No, querido, no me respetaron porque fuera hijo de cónsul. Esas condiciones carecen de peso entre ellos, puesto que perdonaron a Quilón, a pesar de que los insté yo mismo para que le enterraran en el jardín. Son gentes como no se han visto en el mundo hasta ahora, y de igual modo sus enseñanzas son desconocidas para nosotros. Nada más puedo agregar al respecto sobre este punto y quien pretenda medirlos por nuestro propio rasero se equivoca.

Te aseguro que si yo me hubiera encontrado en mi casa postrado en el lecho con un brazo roto y atendido por los míos, aun cuando fueran los miembros de mi propia familia, por supuesto habría disfrutado de mayores comodidades, pero no me habrían hecho objeto de la mitad de los cuidados que los cristianos me prodigaron. Sabe también esto: Ligia es como todos los demás. Si hubiera sido mi hermana o mi esposa no podría haberme atendido

con mayor afecto.

Entonces la alegría inundaba mi alma, porque juzgué que sólo el amor era capaz de inspirar una ternura semejante. Más de una vez advertí ese amor en sus ojos y en su rostro, ¿y lo creerás?, en medio de aquellas gentes sencillas, en aquel pobre aposento que hacía las veces de cocina y triclinio, me sentía más feliz que en ninguna otra época de mi vida. No; yo no era para ella indiferente, y aún hoy mismo me parece absurdo pensar de otra forma. Y, sin embargo, esa misma Ligia abandonó en secreto, por causa mía, la casa de Miriam. Y ahora yo permanezco sentado días enteros con la cabeza entre las manos, preguntándome a mí mismo: «¿Por qué obro así?».

¿Te he escrito que le ofrecí espontáneamente devolverla a la casa de Aulo? Ciertamente, ella me declaró que en la actualidad era imposible, porque Aulo y Pomponia Grecina habían partido para Sicilia, y porque, de regresar a su hogar, esa noticia, transmitida por los esclavos de casa en casa, llegaría hasta el Palatino. El César, entonces, podría nuevamente arrancarla de casa de Aulo. ¡Eso era cierto!

Pero Ligia sabía que yo no volvería a perseguirla; que ya no había de violentarla más; que, incapaz de renunciar a su amor o de vivir sin ella, estaba dispuesto a llevarla a mi casa a través de la puerta adornada con guirnaldas y sentarla en mi hogar, sobre la piel sagrada. ¡Y, sin embargo, huyó! ¿Por qué? Ningún peligro la amenaza. Si no me amara, me habría rechazado. El día precedente al de su fuga conocí a un hombre admirable, a un cierto Pablo de Tarso, que me habló de Cristo y de sus enseñanzas con tal poder de elocuencia, que cada una de sus palabras, sin quererlo él mismo, reducía a polvo hasta los fundamentos de nuestra sociedad.

Ese mismo hombre me visitó después de la fuga de Ligia y me dijo: «Si Dios abre tus ojos a la luz y aparta de ellos la nube, como de los míos la apartó, comprenderás que ella ha obrado bien, y entonces, acaso vuelvas a encontrarla». Y ahora me estoy devanando los sesos por llegar hasta el fondo de esas palabras, como si las hubiera escuchado de boca de la Pitonisa de Delfos.

A veces me parece que algo comprendo de su significado. Aunque los cristianos aman a sus semejantes, abominan nuestra vida, nuestros dioses y nuestros crímenes. De ahí el que huyera ella de mí, de un hombre que pertenece a nuestra sociedad y con quien habría de compartir una vida conceptuada como criminal por sus correligionarios. Dirás que, pudiendo ella rechazar mis pretensiones, no tenía necesidad de alejarse de mí. Pero ¿y si me amaba? En este caso deseaba huir del amor. Cuando pienso en ello me acomete el deseo de enviar esclavos a todas las callejas de Roma con la orden de gritar dentro de todas las casas: «Ligia, vuelve». Pero no acierto a

comprender por qué huyó. No le habría impedido yo que creyera en su Cristo. Yo mismo le habría levantado un altar en el atrium. ¿Qué daño podía hacerme otro dios? ¿Por qué no creer en Él, ya que no creo mucho en los antiguos dioses?

Sé, a punto fijo, que los cristianos no mienten, y ellos afirman que Él resucitó de entre los muertos. Pues bien: un hombre no puede resucitar de entre los muertos.

Ese Pablo de Tarso, que es ciudadano romano, pero quien, como judío, conoce las antiguas escrituras hebreas, me ha dicho que la venida de Cristo había sido anunciada por los profetas desde hacía miles de años.

¡Todas éstas son cosas extraordinarias!; pero ¿acaso lo extraordinario no nos rodea por todas partes? Las gentes no han cesado aún de hablar de Apolonio de Tiana. La afirmación de Pablo de Tarso de que sólo hay un Dios y no una verdadera asamblea de dioses, me parece razonable. Tal vez Séneca sea de esta misma opinión, y antes que él muchos otros.

Cristo vivió, se entregó para que le crucificaran por la salvación del mundo y resucitó de entre los muertos. Todo esto es perfectamente cierto. Y no veo, en consecuencia, por qué razón hubiera yo de aferrarme a la opinión contraria, ni por qué no habría de levantar a ese Dios un altar, si he de alzarle uno a Serapis, por ejemplo. Y hasta creo que no me sería difícil aun el renunciar a los demás dioses, puesto que ningún espíritu razonador cree actualmente en ellos. Pero se conoce que ni aun todo esto satisface a los cristianos. No basta, dicen, honrar a Cristo, menester es también vivir con arreglo a sus enseñanzas; y he aquí que estoy a la orilla de un océano que, según sus mandatos, es necesario atravesar a pie. Y si yo les prometiese hacerlo, comprenderían que tal promesa era un simple conjunto de palabras vacías. Pablo me lo dijo así abiertamente.

Tú sabes cuánto amo a Ligia y que nada hay que no hiciera por ella. Sin embargo, aun cuando ella lo deseara, no podría yo alzar sobre mis hombros al Soracto o al Vesubio, ni colocar en el hueco de la mano el lago Trasimeno, ni hacer que mis ojos, de negros que son, se volvieran azules como los de los ligios. Deseándolo ella, lo desearía también yo; mas no por eso estaría en mis manos el poder hacerlo. No soy filósofo, mas tampoco soy tan necio como acaso he podido parecerte más de una vez.

Pues bien, te digo lo siguiente: no sé cómo los cristianos se las arreglan para vivir, pero sé que donde principia su religión concluye el poder de Roma, concluye la misma Roma, concluye nuestro sistema de vida y concluye la distinción entre vencidos y vencedores, entre ricos y pobres, señores y esclavos; concluye el gobierno, concluye el César, concluye la ley, y el orden del mundo concluye. Y, sobre todo esto, surge Cristo lleno de una misericordia

jamás conocida y de una bondad contraria a los instintos romanos. En realidad, Ligia me interesa más que toda Roma junto con su poder, y ojalá se hundiera el mundo con tal de poderla tener en mi casa. Pero éste ya es otro asunto. Para los cristianos no basta estar de acuerdo con ellos tan sólo con palabras, sino hay que sentir con toda el alma que la verdad está de su parte. Pero yo —y tomo a los dioses por testigos— no puedo hacerlo. ¿Te das cuenta de lo que esto significa? Hay algo en mi naturaleza que se estremece ante esa doctrina. Y aunque mis labios la glorifiquen, y me amolde a sus mandamientos, el alma y la razón me dirían que lo hago por amor a Ligia, y que si no fuera por ella no existiría nada en el mundo más opuesto a mi manera de ser. Y es extraño que un hombre como Pablo de Tarso lo comprenda. Y que se dé cuenta de ello el viejo teurgo Pedro, el más importante de ellos y que fue discípulo de Cristo, a pesar de toda su sencillez y de su bajo origen.

¿Y sabes lo que hacen? Rezar y pedir para mí eso que ellos llaman gracia, pero yo sólo me siento dominado por la inquietud y por una nostalgia creciente con respecto a Ligia.

Te he contado ya que Ligia se marchó en secreto, pero al irse me dejó una cruz que ella misma había formado de varillas de madera de boj. Al despertar la encontré junto a mi lecho. La conservo al presente en mi lararium y todavía, cuando me acerco a ella, no sabría por qué, me parece como si tuviese algo de divino y la miro con temor y reverencia. La amo, porque la mano de Ligia unió las piezas de que se forma, y la aborrezco porque ella es quien nos separa.

Se me figura, en ocasiones, que en todo este asunto obran encantamientos de algún género y que el teurgo Pedro, aunque dice que no es más que un simple pescador, es más grande que Apolonio y todos sus predecesores y que nos tiene envueltos a todos —a Ligia, Pomponia Grecina y a mí— en la red de sus encantamientos.

Me has escrito que en mi carta anterior se traslucían la inquietud y la melancolía. Melancolía necesariamente debe de haber, porque he perdido a Ligia otra vez; y hay inquietud porque en mí se ha verificado una transformación. Sinceramente te digo que nada es más contrario a mi naturaleza que esa religión, y, sin embargo, ya no me reconozco desde que tropecé con ella. ¿Es encantamiento o amor? Circe transformaba los cuerpos de los hombres al tocarlos, pero en mí es el alma lo que ha cambiado. Y nadie ha podido operar este milagro sino Ligia, o, mejor dicho, Ligia por medio de esa extraña religión que profesa.

Cuando volví a mi casa después de haber estado con ellos, nadie me aguardaba. Los esclavos creían que estaba en Benevento, y no habría de regresar tan pronto; de ahí que todo se hallara en el mayor desorden. Encontré

borrachos a los esclavos, quienes estaban dándose a sí mismos una fiesta en mi triclinio. Antes que a mí, habrían esperado ver a la muerte, y te aseguro que ésta les habría infundido menos terror que mi presencia. No ignoras que dirijo mi casa con mano muy firme; así, pues, todos los que en ella se hallaban se postraron de rodillas y algunos, incluso, se desmayaron de terror. ¿Y sabes cómo procedí? En el primer momento quise pedir látigos y varillas de hierro candentes; mas casi inmediatamente se apoderó de mí una especie de vergüenza y —¿lo creerás?— de lástima por esos seres miserables. Entre ellos hay esclavos viejos, a quienes mi abuelo Marco Vinicio trajo desde el Rin en tiempos de Augusto. Me encerré, pues, solo en la biblioteca y allí vinieron a mi cerebro extraños pensamientos: que después de lo que entre los cristianos había visto y oído, no era propio que obrase yo con los esclavos como hasta entonces: que también ellos eran personas. Por espacio de dos días estuvieron llenos de mortal terror, en la creencia de que yo había retardado el tormento con el propósito de darme tiempo para discurrir el más refinadamente cruel; pero no los castigué porque me sentí incapaz de ello. Los llamé al tercer día y les dije: Os perdono: tratad ahora, con un servicio esmerado, de reparar vuestra falta. Y cayeron de rodillas a mis pies, llorosos los semblantes, extendiendo hacia mí las manos entre ahogados gemidos, y me llamaron señor y padre; y yo —con vergüenza te escribo esto— me sentí también conmovido. Me parecía que, en aquel instante, veía el dulce rostro de Ligia y que con los ojos llenos de lágrimas me agradecía aquel acto.

Y, proh pudor!, sentí a la vez que mis párpados se humedecían... ¿Sabes lo que voy a confesarte? Esto: que no puedo ya vivir sin ella, que no soporto esta soledad, que me siento muy desgraciado y que mi tristeza es mucho mayor de lo que pudieras tú imaginar.

Y en cuanto a mis esclavos, hay algo que me ha llamado la atención. El perdón que les otorgué no sólo no los volvió insolentes, sino que ni siquiera perturbó la disciplina.

Una cosa he podido comprobar: que jamás el terror les hizo prestar servicio más esmerado que el que ha seguido a la gratitud. Ahora, no sólo me sirven bien, sino que parecen rivalizar entre ellos a quién adivina primero mis deseos.

Y te hago mención de esta circunstancia porque, cuando el día anterior a mi partida de la casa de los cristianos dije a Pablo que su religión daría por resultado el que la sociedad se desplomara como se desploma un barril al que se quitan los aros, me contestó: «El amor es un aro más sólido que el terror». Y ahora veo que, en ciertos casos, su opinión puede ser la verdadera.

He tenido, asimismo, ocasión de comprobarlo en lo relativo a los clientes, quienes, al saber mi regreso, acudieron presurosos a saludarme.

Tú sabes que jamás he sido tacaño con ellos; pero mi padre se mostraba, por principio, altanero con los clientes y me enseñó a tratarlos de igual manera. Mas ahora, cuando vi sus raídos mantos y sus semblantes famélicos, experimenté un sentimiento semejante a la compasión. Les hice traer alimentos y hasta conversé con ellos —llamando por su nombre a unos y preguntando a otros por sus mujeres y por sus hijos—, y de nuevo en los ojos de muchos vi lágrimas, y otra vez me pareció que Ligia estaba presenciando aquello, y que lo aprobaba sintiéndose a la vez dichosa. ¿Es que el juicio me estará flaqueando, o que el amor turba mis pensamientos? No sabría decirlo. Mas sí, estoy seguro de esto. A todas horas me imagino que ella me ve desde lejos; y temo ejecutar cualquier acto que, pudiera afligirla u ofenderla.

¡Sí, Cayo! Se ha operado un cambio en mi alma, y a veces creo haber mejorado con ese cambio. Pero en otras me atormenta, pues temo que mi virilidad y mi energía me hayan abandonado, dejándome inútil, no sólo para el consejo, para el discernimiento y para las fiestas, sino también para la guerra. ¡Éstos son, evidentemente, verdaderos encantamientos!

Hasta tal punto me hallo transformado, que he de confesarte también lo que vino a mi mente en los días en que yacía herido en el lecho: que si Ligia se pareciese a Nigidia, a Popea, a Crispinilla o a nuestras mujeres divorciadas, si fuese tan vil, tan humana, tan liviana como ellas, no podría amarla como al presente la amo... Y puesto que la amo de tal manera, precisamente por lo mismo que nos separa, ya adivinarás tú qué caos está formándose en mi alma, cuál es la oscuridad que me rodea, por qué motivo no alcanzo a divisar alguno de los caminos que a mi vista se presentan y qué distante me hallo de saber por dónde he de empezar. Si la vida pudiera compararse con un manantial diría que, en lugar de agua del río, del mío fluía incertidumbre. Vivo con la esperanza de verla, y a veces me parece que así tiene que suceder... Dices qué será de mí dentro de un año o dos. ¡No lo sé y no puedo adivinarlo!

No saldré de Roma. Me sería insoportable ahora la sociedad de los augustanos; y, además, el único solaz en medio de mi pena y de mi desasosiego es la esperanza de que me hallo cerca de Ligia y de que por conducto de Glauco, el médico, quien ha prometido visitarme, o por medio de Pablo de Tarso, he de tener noticias tuyas de tiempo en tiempo. No; yo no saldría de Roma ahora, aunque me ofrecierais el gobierno de Egipto.

Sabe también que he ordenado al escultor que me haga un monumento de piedra en memoria de Gulo, a quien maté en un arranque de ira. Demasiado tarde he pensado en que fue él quien me llevó de niño en sus brazos y me enseñó a poner una flecha en un arco. No sé por qué cada vez que surge en mi mente su recuerdo toma las formas del pesar y del remordimiento.

Si todo lo que antecede te sorprende, te digo que a mí no me sorprende

menos, pero te escribo la pura verdad. Adiós.

XXIX

Vinicio no obtuvo respuesta a esta carta. Petronio no escribía, sin duda, creyendo evidente que de un día a otro podría el César ordenar el regreso a Roma. Y, en efecto, la noticia de la vuelta del viajero imperial se extendió por la ciudad con gran contento de la plebe, ansiosa de juegos y de la obligada distribución de cereales y aceitunas que, en cantidades enormes, habían estado acumulándose ya en Ostia.

Helio, el liberto de Nerón, anunció, por fin, al Senado el regreso del emperador. Pero, habiéndose embarcado Nerón con su corte en Miceno, efectuó su viaje lentamente, haciendo escala en las ciudades de la costa, con el fin de tomar descanso y de exhibirse en los teatros.

Permaneció cerca de veinte días en Miturna y hasta pensó en volver a Nápoles y aguardar allí la primavera, que en esa ciudad era más temprana y cálida.

Durante todo este tiempo Vinicio vivió encerrado en su casa, pensando en Ligia y en todos esos nuevos fenómenos que le ocupaban ahora el alma y hacían afluir a ella ideas y sentimientos que antes le habían parecido absurdos. De cuando en cuando, solamente recibía a Glauco, el médico, cada una de cuyas visitas le llenaba de íntima alegría, porque en ellas podía hablar de Ligia.

Glauco ignoraba, realmente, dónde había encontrado albergue la joven, pero aseguraba a Vinicio que Ligia se hallaba bajo la solícita protección de los jefes. Un día, también conmovido por la melancolía de Vinicio, Glauco le refirió que Pedro había reprochado a Crispo la severidad con que éste echaba en cara a Ligia su amor terreno.

Vinicio, al escuchar esto, palideció de emoción. Más de una vez había pensado que Ligia no era indiferente a su amor; pero a menudo le asaltaban dudas y temores.

Ahora, por primera vez, recibía la confirmación de sus anhelos y esperanzas de labios extraños y, además, cristianos.

En el primer impulso de gratitud quiso volar a la presencia de Pedro. Mas cuando supo que el apóstol no se hallaba en la ciudad, pues estaba desempeñando su misión de propaganda en los alrededores, imploró a Glauco que le llevase hasta él prometiéndole a cambio hacer espléndidos obsequios a

los pobres de la comunidad cristiana. Le parecía también que si Ligia le amaba, ya no podría haber obstáculo alguno que los separara, pues él estaba dispuesto a rendir homenaje a Cristo en cualquier momento. Y Glauco, aun cuando trataba de convencerle para que se bautizara, no se aventuró al mismo tiempo a darle seguridad de que, con sólo esto, conquistaría inmediatamente a Ligia, y le decía que era menester desear la religión por sí sola, por amor a Cristo y no con otros fines.

—Es necesario también tener un alma cristiana —agregaba.

Y aun cuando a Vinicio le irritaba siempre todo obstáculo, había empezado a comprender que Glauco, como cristiano, decía lo que debía. No se daba él mismo cuenta de que uno de los mayores cambios que había sufrido su naturaleza consistía en que antes medía las cosas y las personas según su propio egoísmo. Mas ahora, poco a poco, iba, comprendiendo que había ojos que veían, corazones que sentían de distinta manera, de otra forma, y que la razón no significaba lo mismo que el provecho personal.

A menudo sentía deseos de ver a Pablo de Tarso, cuyos discursos despertaban su interés y le llenaban de inquietud. En su mente concertaba argumentos encaminados a la refutación de sus enseñanzas, y se resistía interiormente. Sin embargo, deseaba verle y escucharle. Pero Pablo se había marchado a Aricia, y como las visitas de Glauco eran cada vez más raras, Vinicio se consumía en una soledad permanente.

De nuevo empezó a recorrer las callejas inmediatas al Suburra y las estrechas del Transtíber, con el secreto anhelo de ver a Ligia; siquiera fuese a distancia. Y cuando perdió hasta esta esperanza, el tedio y la impaciencia empezaron a morderle el corazón.

Por último, llegó un momento en que se dejó sentir en él su índole anterior, con la pujante fuerza de la ola, que después de retroceder se lanza impetuosa nuevamente hacia el borde de la playa. Le parecía que había sido un necio, sin provecho alguno, al llenarse la cabeza de ideas que sólo causaban pesares, y que debía aceptar de la vida lo que ésta le ofreciera. Y resolvió olvidar a Ligia, o, por lo menos, buscar el placer y el disfrute de otras satisfacciones que no podía ella procurarle.

Se daba cuenta de que esta prueba habría de ser final y decisiva; por eso se entregó a ella con la energía ciega e impulsiva que le era peculiar. La vida misma le impelía a ello.

La ciudad, adormecida y despoblada en el invierno, empezó a revivir ante la esperanza del ya próximo regreso del César. Un solemne recibimiento le aguardaba.

Y, entretanto, había llegado la primavera y se había derretido la nieve de

las cumbres de los montes Albanos al soplo de los vientos del África. Los céspedes de los jardines se hallaban cubiertos de violetas. Las plazas y el Campo de Marte se veían a diario llenos de gente que tomaba el sol, cuyo calor iba en aumento. A lo largo de la Vía Appia, sitio habitual para excursiones en coches a las afueras de la ciudad, había empezado el movimiento de carros ricamente ornamentados. Se hacían ya paseos a los montes Albanos. Las mujeres jóvenes, con el pretexto de ir a adorar a Juno en Lanuvium o a Diana en Aricia, salían de sus casas e iban fuera de la ciudad en busca de aventuras y compañía.

Un día Vinicio vio entre los carros de los caballeros uno espléndido: el de Crisotemis, la amiga de Petronio, precedido por dos molosos. Iban rodeando a la hermosa grupos de jóvenes y también de ancianos senadores, cuyo cargo los había retenido en Roma.

La propia Crisotemis guiaba el carro, llevando las riendas de cuatro jacas de Córcega y distribuyendo sonrisas a su alrededor y ligeros chasquidos con su látigo de oro. Al ver a Vinicio refrenó sus caballos, le hizo subir a su carro y le llevó a su casa, en donde hubo una fiesta que duró la noche entera. Allí bebió tanto el joven, que no supo cuándo le habían conducido de regreso a su hogar. Recordaba, sin embargo, que al hacer Crisotemis mención de Ligia en su presencia él se había sentido herido, y, hallándose ya ebrio, le había vaciado un vaso de Falerno en la cabeza. Pero al día siguiente, Crisotemis, quien, por lo visto, había olvidado muy pronto aquella injuria, vino a visitarle y le llevó por segunda vez a la Vía Appia. Luego se quedó a cenar en casa de Vinicio y le confesó que desde hacía tiempo la tenía hastiada, no sólo Petronio, sino hasta su mismo tocador de laúd, y que su corazón se hallaba, por fin, libre.

Durante una semana se los vio juntos, pero aquellas relaciones no prometían ser duraderas.

Después del incidente del vaso de vino de Falerno jamás volvió a pronunciarse entre ellos el nombre de Ligia, pero a Vinicio se le hacía imposible sustraerse al recuerdo de la joven. Tenía continuamente la sensación de que sus azules ojos le estaban observando. Se indignaba consigo mismo, ya que no podía separarse de la idea de que entristecía a Ligia, ni de la pena que estos pensamientos provocaban en él.

A raíz de la primera escena de celos con Crisotemis, que ésta provocara por haber comprado Vinicio dos jovencitas sirias, la despidió de brusca manera.

Mas no puso por ello término a su vida licenciosa y de placer, a la que parecía seguir entregándose tan sólo por el despecho que le causaba la marcha de Ligia.

Finalmente, se convenció de que el recuerdo de la joven no le abandonaba un instante; de que era ella la única causa, tanto de sus actos buenos como de los malos, y de que, verdaderamente, nada había en el mundo que ocupara su alma sino ella.

El placer acabó por hastiarle dejándole sólo remordimientos. Por último, le abandonaron el albedrío y la confianza en sí mismo, y cayó en una especie de sopor del cual no pudieron arrancarle ni siquiera las noticias de la llegada del César.

Nada le impresionaba ya; y ni siquiera fue a visitar a Petronio, hasta que éste le mandó a su casa una invitación y su propia litera. Al ver a su tío, que le acogió con agrado, contestó de mala gana a sus preguntas, pero sus sentimientos y sus ideas, contenidos durante tanto tiempo, estallaron al fin, brotando de sus labios en un torrente de palabras.

Una vez más contó a Petronio detalladamente la historia de sus pesquisas en busca de Ligia, de su vida entre los cristianos, de todo cuanto había visto y oído allí, de lo que había pasado por su cerebro y por su corazón, y, finalmente, confesó, con amargura, que se hallaba sumergido en un caos, en medio del cual comprendía que había perdido ya toda ecuanimidad y hasta el don de discernir y de juzgar los hechos. Nada le atraía, nada le agradaba y no sabía qué hacer, ni a qué dedicarse.

Se hallaba dispuesto a honrar y, al mismo tiempo a perseguir a Cristo; comprendía la grandeza de sus enseñanzas, mas, al mismo tiempo, le inspiraban una repugnancia irresistible. Comprendía que, aunque llegase a poseer a Ligia, jamás podría haber en ella posesión completa: Cristo vendría también a compartirla. Finalmente, vivía como si no viviera: sin esperanza, sin mañana, sin creer en la felicidad. Rodeado de tinieblas, en medio de las cuales buscaba, desorientado y a tientas, una salida, que se hallaba incapacitado de encontrar.

Mientras hacía Vinicio su narración, Petronio había estado observando su demudado rostro y sus manos, que, al hablar, extendía hacia delante de una manera extraña, como si luchara por abrirse un camino a través de las sombras. Y permaneció meditabundo por espacio de algunos instantes. Luego se levantó repentinamente y, acercándose a Vinicio, le tomó con los dedos algunos cabellos cercanos la oreja, diciéndole:

—¿Sabes que ya empiezan a verse canas en tus sienes?

—Es muy posible —contestó Vinicio—. No me extrañaría verme pronto con la cabeza totalmente blanca.

Se sucedió un breve silencio.

Petronio era hombre de sólido criterio y más de una vez se había puesto a meditar acerca del alma y de la vida del hombre. Pensaba que la vida, en general, en medio de aquella sociedad de que ambos formaban parte, podía ser exteriormente feliz o desgraciada, pero interiormente permanecía tranquila. De la misma manera que un terremoto o un rayo podían derribar un templo, el infortunio, a su vez, podía aniquilar una vida. Ésta, sin embargo, estaba formada por líneas sencillas y armoniosas, exentas de toda complicación.

Sin embargo, de las palabras de Vinicio se desprendía algo más, y Petronio se encontró por primera vez delante de una serie de problemas psicológicos que nadie había logrado resolver hasta entonces. Y era hombre de suficiente raciocinio para apreciar su importancia, pero aun con toda su habitual sagacidad, se sentía ahora incapaz de dar una solución a las cuestiones propuestas. Así pues, al cabo de un largo silencio, dijo, por fin:

—Esos deben de ser encantamientos.

—Yo también lo he creído así —contestó Vinicio—. Más de una vez me ha parecido que nos han embrujado a los dos.

—¿Y si te dirigieras, por ejemplo, a los sacerdotes de Serapis? —dijo Petronio—. Entre ellos, como sucede siempre entre los sacerdotes, existen embaucadores, pero los hay también que han llegado a descubrir secretos admirables.

Esto lo dijo sin el menor asomo de convicción y con voz insegura, porque él mismo comprendía cuán vano y hasta ridículo debía de parecer ese consejo en sus labios.

Vinicio se pasó la mano por la frente, y dijo:

—¡Encantamientos! Yo he conocido hechiceros que apelaban al influjo de poderes desconocidos y subterráneos, en su provecho personal, y los he visto, asimismo, emplear esas armas en perjuicio de sus enemigos; pero estos cristianos viven en la pobreza, perdonan a sus contrarios, predicán la sumisión, la virtud y la misericordia; ¿qué provecho podrían, pues, reportarles los encantamientos y para qué habrían de recurrir a ellos...?

A Petronio le contrariaba visiblemente el tener que confesarse a sí mismo que, con toda su inteligencia, no tenía respuesta alguna que dar a esta pregunta. Y no queriendo reconocerlo, dijo, por contestar algo:

—Es una secta nueva.

Y, un momento después, agregó:

—¡Por la divina moradora de los bosquecillos de Pafos, cómo acaba con la vida todo esto! Tú admiras la bondad y la virtud de esas gentes; mas yo te digo que son malos, porque son enemigos de la vida, al igual de las enfermedades y

la muerte. Bastantes enemigos tenemos ya; no necesitamos, pues, que vengan a juntarse a ellos los cristianos. Ponte a contarlos: las enfermedades, el César, Tigelino, la poesía cesárea, zapateros remendones que gobiernan sobre los descendientes de los antiguos quirites, libertos que ocupan un asiento en el Senado... ¡Por Cástor! ¡Tenemos ya bastante! Ésa es una secta destructora y abominable... ¿Has intentado sacudir tu tristeza volviendo a disfrutar de la vida?

—Lo he intentado —contestó Vinicio.

—¡Ah traidor! —dijo Petronio riendo—, las noticias se extienden con mucha rapidez entre los esclavos; tú me has seducido a Crisotemis.

Vinicio hizo con la mano un ademán displicente.

—De todos modos te lo agradezco —dijo Petronio—. Voy a enviarle un par de chinelas bordadas con perlas. En mi lenguaje amatorio eso quiere decir: «Vete». Y a ti debo quedarte doblemente agradecido. Primero, porque no quisiste aceptar a Eunice; segundo, porque me has librado de Crisotemis. ¡Escúchame! Tienes delante de ti a un hombre que se ha levantado temprano, que ha disfrutado de los refinamientos termales, poseído a Crisotemis, escrito sátiras y, en ocasiones, hasta entremezclado la prosa y el verso, pero que también ha solido sentirse tan hastiado como el mismo César y a menudo incapaz de sustraerse a los pensamientos más sombríos. ¿Y sabes cuál era la causa? El haber estado buscando lejos lo que tenía cerca. Una mujer bonita vale siempre lo que pesa en oro; pero si ama, por añadidura, llega a ser inestimable. Tesoro semejante no podrás comprar ni con todas las riquezas de Verres. Y yo me digo ahora: he de llenar mi vida de felicidad como se llena una copa con el más exquisito vino que haya producido la tierra, y he de apurar esa copa hasta que se me paralice la mano y palidezcan mis labios. Lo que sobrevenga mañana no me importa; he aquí mi filosofía actual.

—Tú la has proclamado siempre; nada nuevo hay en ella.

—Sí, hay la parte sustancial, que antes me faltaba.

Y, al decir esto, llamó a Eunice, quien hizo su entrada exquisitamente vestida de blanco. Ya no era la antigua esclava sino una diosa del amor y la felicidad.

Petronio le abrió los brazos y le dijo:

—Ven.

Corrió Eunice entonces hacia él y, sentándose sobre sus rodillas, le rodeó el cuello con los brazos y reclinó sobre su pecho su hermosa cabeza. Y Vinicio vio subir a sus mejillas reflejos purpúreos y cubrir sus ojos una leve niebla. Así formaban ambos un armonioso grupo simbólico de la dicha y el amor.

Petronio extendió la mano hacia un amplio vaso colocado sobre una mesa que había próxima y, tomando de él un puñado de violetas, las esparció por la cabeza, el seno y el manto de Eunice; y luego, apartando hacia un lado la túnica que cubría los brazos de la joven, dijo:

—¡Dichoso quien, como yo, ha encontrado el amor envuelto en formas semejantes! Me parece, a veces, que somos un par de dioses. ¡Mira, Vinicio! ¿Han creado líneas más maravillosas Praxiteles, Mirón o Escopas, o el mismo Lisias? ¿O existirá en Paros, o en el Pentélico, un mármol como éste: tibio, rosado y palpitante de amor? Hay gentes que encuentran placer en besar los bordes de los vasos; mas yo prefiero buscar el placer allí donde reside realmente.

Y empezó a acariciar con sus labios los hombros y el cuello de Eunice, cuyo cuerpo se estremecía, en tanto que abría y cerraba los ojos con expresión de dicha inenarrable.

Petronio levantó la primorosa cabeza de la joven y dijo, volviéndose a Vinicio:

—Pero piensa y dime ahora: ¿qué son esos tétricos cristianos en comparación con esto? Y si no eres capaz de apreciar la diferencia, vete con ellos. Este espectáculo te curará.

Se le dilataron a Vinicio las aletas de la nariz, aspiró el aroma de las violetas que llenaba toda la estancia y palideció al pensar que si pudiera pasear de igual manera sus labios por los hombros de Ligia sería para él aquello como una especie de inmensa delectación sacrílega, tras de la cual bien pudiera derrumbarse el mundo. Y habituado ahora a una rápida percepción de los fenómenos internos que en él se operaban, notó que, en aquel instante, en Ligia, sólo en Ligia, pensaba.

—Eunice, divina mía —dijo Petronio—, hay que preparar guirnaldas para nuestras cabezas, y un refrigerio.

Y cuando la joven hubo salido, repuso, dirigiéndose a Vinicio:

—Le ofrecí darle la libertad, ¿y sabes qué me contestó? «¡Prefiero ser tu esclava, antes que mujer del César!». Y no la aceptó. Hube, entonces, de concedérsela sin conocimiento suyo. El pretor me dispensó del trámite de exigir su presencia. Y ella no sabe que hoy es libre, y, asimismo, ignora que esta casa y todas mis joyas, con excepción de las gemas, le pertenecerán cuando llegue mi muerte.

Luego se levantó, dio algunos paseos por la estancia y repuso:

—El amor es causa de transformaciones más radicales en unos hombres que en otros, y hasta en mí ha operado cambios. Antes me gustaba el aroma de

la verbena, pero como Eunice prefiere las violetas, me gustan hoy más éstas que todas las demás flores, y desde la llegada de la primavera vivimos tan sólo esperando el perfume de las violetas.

Y aquí se detuvo delante de Vinicio y le preguntó:

—Y a ti, ¿continúa gustándote el nardo?

—Déjame en paz —contestó el joven.

—He deseado que veas a Eunice y te he vuelto a hacer mención de ella porque acaso tú también estés buscando lejos lo que se halla cerca de ti. Es posible que ahora mismo, en algunos de los aposentos de tus esclavas, haya algún corazón ingenuo y leal que te esté consagrando sus latidos. ¿Por qué no habrías de aplicar ese bálsamo a tus heridas? ¿Dices que Ligia te ama? Bien puede ser. Mas, ¿qué clase de amor es ese que renuncia a amar? ¿No significa ello más bien que hay otra fuerza más poderosa que su amor? No, querido, Ligia no es Eunice.

A lo que Vinicio contestó:

—Y todo ello no es para mí sino un solo y único tormento. Te observé cuando besabas en los hombros a Eunice y se me ocurrió entonces que si Ligia me presentara alguna vez sus hombros desnudos no me importaría que, enseguida, se abriese la tierra bajo nuestros pies. Pero también, ante esa sola idea, se apoderó de mí una especie de sobrecogimiento medroso, como si acabase de ofender a una vestal o intentara profanar a una deidad. Ligia no es Eunice, mas yo no aprecio la diferencia de igual manera que tú. El amor ha cambiado tus órganos olfatorios y prefieres hoy las violetas a las verbenas; pero en mí ha cambiado el alma; y así es como, a pesar de mi estado anhelante y miserable, prefiero que Ligia siga siendo lo que es, a que se parezca a las demás mujeres.

Petronio se encogió de hombros.

—En ese caso, no puedes considerarte agraviado. Pero no lo comprendo.

—¡Cierto! ¡Cierto! —contestó Vinicio con acento febril—. ¡Nosotros no podemos ya entendernos!

Se sucedió otro intervalo de silencio. Petronio exclamó, por fin:

—¡Ojalá el Hades se tragara a tus cristianos! Te han llenado de zozobra y han aniquilado tu concepto de la vida. ¡Que el Hades los devore! Estás en un error al creer que su religión es buena; porque el bien es todo lo que procura al hombre la felicidad, a saber: la belleza, el amor, el poder; a esto llaman ellos vanidad, y te equivocas al creer que son justos; porque si pagamos bien por mal, ¿qué habremos de pagar por el bien? Y, además, si la recompensa es la misma para una cosa como para otra, ¿por qué tomarse la molestia de ser

bueno?

—No, la recompensa no es la misma, y, según sus enseñanzas, empieza en una vida futura, cuya duración no tiene límites.

—No entro en esa cuestión porque estimo que eso ya lo veremos si, acaso, es posible ver sin ojos. Entretanto, considero que esos cristianos no sirven para nada. Urso estranguló a Crotón porque Urso tiene músculos de bronce, y eso se ve; pero los otros son unos estúpidos y el porvenir no puede pertenecer a los estúpidos.

—Para ellos, la vida empieza con la muerte.

—Que es como si dijéramos: «El día empieza con la noche». ¿Tienes la intención de volver a arrebatarnos a Ligia?

—No, porque no puedo pagarle mal por bien, y he jurado que no lo haría.

—¿Entonces te propones abrazar la religión de Cristo?

—Deseo hacerlo, pero mi naturaleza no lo soporta.

—Pero ¿podrías olvidar a Ligia?

—No.

—Entonces, viaja.

En este momento anunciaron los esclavos que estaba dispuesto el refrigerio; pero Petronio, creyendo que había tenido una buena idea, dijo cuando se encaminaban al triclinium:

—Tú has recorrido una parte del mundo, pero sólo como un soldado que se dirige presuroso a su destino, sin detenerse en el camino. Ven con nosotros a Acaya. El César no ha renunciado a esa excursión. Y se detendrá en todas partes en su camino, y cantará, y recibirá coronas, saqueará templos y volverá triunfante a Italia. Esto, en cierto modo, simulará un viaje hecho por Baco y Apolo en una misma persona. Habrá augustanos, augustanas y miles de cítaras. ¡Por Cástor!, valdrá la pena presenciar el espectáculo, cuyo igual no ha visto hasta la fecha el mundo entero.

Luego se colocó en el triclinio, delante de la mesa y al lado de Eunice, y cuando un esclavo le colocó en la cabeza una guirnalda de anémones, continuó así:

—¿Qué has visto tú al servicio de Corbulón? Nada. ¿Has recorrido minuciosamente los templos griegos como yo, que empleé más de dos años en ello, pasando de un guía a otro? ¿Has estado en Rodas y recorrido los sitios en donde se alzaba el coloso? ¿Has visto en Panope, en la Fócida, la arcilla con la que Prometeo creaba hombres; o en Esparta los huevos de Leda; o en Atenas

la famosa armadura sármata hecha de cascos de caballo; o en Eubea el casco de Agamenón; o la copa a la que sirvió de modelo el seno izquierdo de Helena? ¿Has visitado Alejandría, Menfis, las Pirámides? ¿Has visto los cabellos que Isis se arrancó de la cabeza a impulsos de su dolor por Osiris? ¿Has oído las voces de Memnón? Amplio es el mundo y no todo concluye en el Transtíber. Yo voy a acompañar al César, y en el viaje de regreso me separaré de él para ir a Chipre, porque es el deseo de esta diosa mía de cabellos de oro que vayamos a ofrendar juntos unas palomas a la divinidad de Pafos; y has de saber que todo cuanto ella desea se cumple.

—Soy tu esclava —dijo Eunice.

Petronio reclinó la cabeza coronada de guirnaldas sobre el pecho de la joven y dijo con una sonrisa:

—Entonces yo soy el esclavo de una esclava. ¡Sabe, divina mía, que te admiro desde los pies a la cabeza!

Y luego, dirigiéndose a Vinicio, continuó:

—Ven con nosotros a Chipre. Pero ten presente que es menester que veas antes al César. Malo es que todavía no te hayas presentado, y Tigelino, ya lo sabes, ha de estar pronto para utilizar esta circunstancia en tu perjuicio. Cierto que no abriga personalmente odio hacia ti: mas no puede amarte aunque sólo sea porque eres mi sobrino... Diremos que has estado enfermo. Y es necesario que meditemos bien lo que has de contestar, si él te preguntase algo acerca de Ligia. Lo mejor será hacer un ademán desdeñoso y decir que la tuviste a tu lado hasta cansarte de ella. Él comprenderá eso perfectamente. Dile también que la enfermedad te ha retenido en casa; que tu fiebre aumentó en proporción a tu desconsuelo por no haber podido ir a Nápoles a escuchar su canto, y que lograste al fin mejoría estimulado por la esperanza de volver a oírle. Y no temas en incurrir en exageraciones. Tigelino ha anunciado que inventará para el César algo verdaderamente grande y sorprendente... Tengo miedo de que me vaya a perder... Temo también tu estado de ánimo...

—¿Sabes tú —dijo Vinicio— que hay gentes que no temen al César y viven tranquilas en el mundo como si él no existiera?

—Ya sé a quiénes te refieres: a los cristianos.

—Sí, solamente a ellos. Y, entretanto, nuestra vida..., ¿qué es nuestra vida, sino un continuo terror?

—Déjame en paz con tus cristianos. No temen al César, porque él tal vez ni siquiera ha oído hablar de ellos, y, en todo caso, los ignora, y le importan tanto como un montón de hojas secas. Pero yo te digo que esas gentes son ineptas. Tú mismo te has dado cuenta de esto: si sus enseñanzas repugnan a tu

naturaleza es porque presentes que son unos pobres de espíritu. Tú eres hombre de otra clase de arcilla; así pues, en adelante, no te molestes, ni me molestes a mí por su causa. Nosotros sabemos vivir y morir; en cuanto a ellos, no se sabe lo que son capaces de hacer.

Estas palabras hicieron impresión en el ánimo de Vinicio; y al volver a su casa se le ocurrió pensar que, verdaderamente, la bondad y la índole caritativa de los cristianos era una prueba de su pobreza de espíritu. Porque le parecía que gentes animadas de fuerza y dotadas de carácter no podrían perdonar de esa manera. Y vino a su cerebro la idea de que ésta debía de ser la causa real de la repulsión que en su alma de romano sentía por sus enseñanzas. «¡Nosotros sabemos vivir y morir!», había dicho Petronio. En cuanto a ellos, sólo sabían perdonar y no comprendían ni el verdadero amor, ni el odio verdadero.

XXX

El César, al regresar a Roma, se sintió irritado por haber vuelto, y al cabo de algunos días le dominó de nuevo el deseo de visitar la Acaya. Hasta llegó a publicar un edicto en el que declaraba que su ausencia sería de corta duración, y que los negocios públicos no sufrirían detrimento alguno por causa de ella.

En compañía de los augustanos, entre los cuales se hallaba Vinicio, se encaminó al Capitolio y presentó allí ofrendas, a fin de hacer el viaje bajo felices auspicios. Pero al segundo día, cuando visitaba el templo de Vesta, ocurrió un suceso que le hizo modificar todos sus planes.

Temía Nerón a los dioses, aun cuando no creyera en ellos; temía especialmente a la misteriosa Vesta, quien ahora le infundió tal pavor, que a la vista de la divinidad y en presencia del fuego sacro se le erizaron repentinamente los cabellos; castañetearon sus dientes, un estremecimiento general recorrió todos sus miembros y cayó aterrorizado en los brazos de Vinicio, que se hallaba detrás de él en aquel momento.

Inmediatamente fue sacado del templo y conducido al Palatino, donde pronto se repuso; pero no abandonó el lecho en ese día. Y declaró, además, con gran asombro de los presentes, que se veía en el caso de diferir su viaje, pues la divinidad le había prevenido secretamente en contra de toda precipitación.

Una hora después se anunciaba por toda Roma que, habiendo reparado el César en la tristeza que se advertía en los semblantes de los ciudadanos de Roma, y movido por el amor que les tenía, como el de un padre a sus hijos,

había dispuesto permanecer a su lado y compartir con ellos su destino y sus placeres. El pueblo, regocijado ante tal resolución y seguro asimismo de que no habrían de faltarle juegos y una distribución de trigo, se reunió en gran número delante de las puertas del Palatino y prorrumpió en vítores en honor del divino César. Éste se hallaba en aquel momento entretenido en jugar a los dados con algunos augustanos. Interrumpiendo el juego, dijo:

—Sí, era necesario aplazar el viaje. Egipto y la dominación sobre el Oriente, según las predicciones, no pueden escapárseme, y de esta manera tampoco perderemos la Acaya. Daré orden de abrir el istmo de Corinto y levantaré en Egipto monumentos tales que las pirámides a su lado han de parecer juguetes para niños; haré construir una esfinge siete veces mayor que la que mira al desierto fuera de Menfis; pero he de dar orden de que le pongan mi cabeza. Y las edades futuras no hablarán de otra cosa que de ese monumento y de mí.

—Con tus versos ya te has levantado a ti mismo un monumento no solamente siete veces, sino veintiuna veces mayor que la pirámide de Keops —dijo Petronio.

—¿Y con mi canto? —preguntó Nerón.

—¡Ah! ¡Si tan sólo fuera dado a los hombres erigirte una estatua como la de Memnón, de la cual emergiera tu voz a la salida del sol! ¡Por todos los siglos venideros los mares que rodean a Egipto se verían cubiertos de un enjambre de barcos, en los cuales multitudes inmensas, procedentes de las tres partes del mundo, vendrían a escuchar tu canto!

—¡Desgraciadamente, nadie podría realizar esto! —dijo Nerón.

—Pero, en cambio, puedes hacer tallar en basalto un monumento en que tú figures dirigiendo una cuadriga.

—¡Cierto! ¡He de hacerlo!

—Y así dispensarás un nuevo don a la Humanidad.

—En Egipto me desposaré con la luna, que hoy esta viuda, y seré entonces un verdadero dios.

—Y nos darás estrellas por esposas, y haremos una nueva constelación, que se llamará la constelación de Nerón. Pero has de casar a Vitelio con el Nilo, a fin de que pueda engendrar hipopótamos. Y a Tigelino dale el desierto; en él será rey de los chacales.

—¿Y a mí qué me predestinas? —preguntó Vatinio.

—¡Que Apis te bendiga! Dispusiste juegos tan espléndidos en Benevento, que no me es posible desearte nada malo. Haz un par de botas para la esfinge,

cuyas garras han de entumecerse con el relente; después de eso podrías fabricarles sendos pares de sandalias a los colosos que forman calle delante de los templos. Todos han de encontrar allí una ocupación adecuada a sus aptitudes. Domicio Afer, por ejemplo, será el tesorero, ya que tan penetrados estamos de su honradez. Pláceme sobre manera, César, que sueñes con Egipto; pero me apena que hayas diferido tus recientes proyectos de viaje.

—Tus ojos mortales nada vieron, porque la deidad se hace invisible a los hombres cuando le viene en deseo —repuso Nerón—. Sabe que estando yo en el templo de Vesta se me aproximó la diosa y me dijo al oído: «Aplaza tu viaje». Y ocurrió ello tan inesperadamente, que me infundió pavor, aun cuando debiera estar agradecido a los dioses por la notoria solicitud con que sobre mí velan.

—Todos nosotros nos aterrorizamos —dijo Tigelino—, y la vestal Rubria se desmayó.

—¡Rubria —dijo Nerón—: Qué níveo cuello posee!

—Y noté su turbación a la vista del divino César.

—¡Cierto! Yo mismo reparé en ello. Eso es admirable. Hay algo divino en cada una de las vestales, y Rubria es muy bella. Decidme —repuso luego, después de un momento de meditación—: ¿Por qué temen las gentes a Vesta más que a los otros dioses? ¿Qué significa esto? Aun cuando soy el Sumo Sacerdote, el miedo se apoderó de mí por completo. Solamente recuerdo que me caía de espaldas, y habría dado con mi cuerpo en tierra si alguien no me hubiera sostenido. ¿Quién fue?

—Yo —contestó Vinicio.

—¡Oh tú, «fornido Marte»! ¿Por qué no fuiste a Benevento? Me dicen que has estado enfermo, y por cierto realmente tienes demudado el semblante. También he oído que Crotón te quiso matar. ¿Es eso cierto?

—Así es, y me rompió un brazo; mas yo me defendí.

—¿Con un brazo roto?

—Un cierto bárbaro vino en mi auxilio; era más fuerte que Crotón.

Nerón le miró con asombro y le dijo:

—¿Más fuerte que Crotón? ¿Acaso estás bromeando? Crotón era el más hercúleo de los hombres; pero ahora, tenemos a Siphax, de Etiopía.

—Te digo, César, que yo le he visto con mis propios ojos.

—¿Dónde está esa perla? ¿No le han hecho ya rey de Nemea?

—No podría decírtelo, César. Le he perdido de vista.

—¿Y ni siquiera sabes de qué pueblo es oriundo?

—Como tuve un brazo roto, no me fue posible preguntar quién era.

—Búscamele y encuéntramele.

A lo que Tigelino dijo:

—Yo me encargaré de ello.

Pero Nerón siguió hablando a Vinicio:

—Te agradezco —le dijo— que me hayas sostenido, porque de caer, bien hubiera podido romperme la cabeza. Hubo una época en que fuiste un buen compañero; pero las campañas y el servicio a las órdenes de Corbulón te han vuelto un tanto huraño; raras veces te veo... Y a propósito —agregó al cabo de un momento—, ¿cómo está esa doncella tan estrecha de caderas de quien estuviste enamorado y que hice sacar para ti de casa de Aulo?...

Vinicio se sintió confundido ante esta pregunta, mas Petronio vino en su ayuda al instante, y dijo:

—Señor: apostaré yo que la ha olvidado ya. ¿No has reparado en su confusión? Pregúntale más bien cuántas han venido sucesivamente a reemplazarla desde entonces, y no te aseguro que pueda darte una respuesta precisa. Los Vinicio son buenos soldados, pero aún mejores gallos; gustan de las aves por bandadas. Castígale, señor, por eso no invitándole a la fiesta que ha prometido Tigelino disponer en tu honor en el estanque de Agripa.

—No haré tal cosa. Y confío, Tigelino, en que allí no han de faltar bandadas de beldades.

—¿Podrían estar las Gracias ausentes del sitio donde se halla presente Amor? —repuso Tigelino.

—El tedio me martiriza —dijo Nerón—. Me he quedado en Roma por la voluntad de la diosa; pero la ciudad me es insoportable. Partiré para Ancio. Me ahogo en estas estrechas calles, con sus casas que parecen próximas a desplomarse, y en medio de esas raquílicas arboledas. El aire viciado llega hasta mi palacio y se infiltra a través de mis jardines. ¡Oh, si un terremoto destruyese a Roma! ¡Si un dios irritado quisiera arrasarla hasta el nivel del suelo! ¡Yo demostraría entonces al mundo cómo ha de construirse la ciudad que es la cabeza del orbe y mi capital!

—César —contestó Tigelino—, tú has dicho: «¡Si algún dios irritado quisiera destruir la ciudad!», ¿no es así?

—¡Justamente! ¿Y qué?

—Pero ¿no eres tú dios?

Nerón hizo un ademán de hastío, y dijo:

—Veremos lo que nos preparas en el estanque de Agripa. Después he de partir para Ancio. Vosotros sois pequeños: por eso no comprendéis que yo necesito cosas inmensas.

Y cerró los ojos, dando así a entender que necesitaba descanso. Los augustanos empezaron entonces a retirarse. Petronio salió también, acompañado de Vinicio, y le dijo:

—Estás, pues, invitado a tomar parte en la fiesta. Barbas de Cobre renuncia a su viaje por el momento, y eso será motivo para que haga más locuras que nunca; se establece ahora en la ciudad como en su propia casa. Es necesario, por tanto, que tú también trates de hallar en las locuras que se preparan distracción y olvido. Hemos conquistado el mundo y tenemos derecho a divertirnos. Tú, Marco, eres un apuesto mozo y a ello en parte atribuyo la inclinación que siento hacia ti. ¡Por Diana de Efeso!, si pudieses ver tus cejas unidas y tu semblante, en el que se advierte la antigua sangre de los quirites. A tu lado, los demás parecen libertos, y si no fuera por esa religión insensata, Ligia estaría en tu casa hoy día. Intenta una vez más demostrarme que no son esos cristianos los enemigos de la vida y de la Humanidad. Se han portado bien contigo, de ahí el que se conciba tu agradecimiento; pero yo en tu lugar detestaría esa religión y buscaría el placer dondequiera que pudiese encontrarlo. Lo repito: eres un apuesto mozo y en Roma existe un verdadero enjambre de mujeres divorciadas.

—Lo que me sorprende es que todavía no te hayas cansado de todo esto.

—¿Quién te ha dicho lo contrario? Desde hace mucho tiempo me cansa, pero yo no tengo tus años. Además, tengo otros gustos, de que tú careces. Amo los libros, que para ti no presentan el menor atractivo; me agrada la poesía, que a ti te aburre; me placen los objetos de cerámica, las piedras de valor y multitud de cosas en que tú ni siquiera detienes la vista; tengo un dolor en la espalda, que a ti no te aqueja, y, finalmente, poseo a Eunice, mientras que tú no has encontrado nada que se le parezca. Para mí es agradable la permanencia en el hogar, en medio de mis obras maestras; de ti jamás conseguiré hacer un hombre de verdadero sentido estético. Sé que en la vida nunca he de encontrar ya nada superior a lo que actualmente poseo; y en cuanto a ti, ni siquiera sabes en qué consiste lo que incesantemente esperas y buscas. Si la muerte hubiese de venir a visitarte ahora, con toda tu melancolía y todo tu valor, morirías lleno de asombro al convencerte de que te era necesario abandonar este mundo; en cuanto a mí, aceptaría la muerte como una necesidad lógica y con la convicción de que no existe en este suelo fruto que no haya gustado. No quiere esto decir que me apresure a llegar al fin, tampoco he de intentar retardarlo si viene: trataré simplemente de que sea

agradable. Hay en el mundo escépticos alegres. Para mí, los estoicos son unos necios; pero el estoicismo curte a los hombres por lo menos, en tanto que tus cristianos traen al mundo la melancolía, que es a la vida lo que la lluvia a la Naturaleza. ¿Sabes la última noticia? Que durante los festejos de cuyo programa se halla encargado Tigelino y que van a verificarse en el estanque de Agripa, habrá lupanares y en ellos se reunirán las mujeres de las más nobles casas de Roma. ¿No crees poder descubrir entre éstas alguna siquiera suficientemente hermosa y capaz de aliviar tus penas? Y habrá también doncellas que se presentarán por primera vez en sociedad como ninfas. ¡Este es nuestro mundo cesáreo en Roma! Empieza a hacer calor; la brisa meridiana calienta las aguas y salpica los cuerpos desnudos. Y tú, ¡oh Narciso!, sabe que no habrá mujer alguna que pueda resistirte; ¡ninguna, aunque fuese una virgen vestal!

Vinicio se llevó la mano a la frente, como un hombre alucinado por una idea fija, y contestó:

—Qué suerte tendría si tal cosa encontrara.

—¿Y quién te ha puesto en ese estado sino los cristianos? Pero las gentes cuya divisa es una cruz no pueden ser de otra forma. Escúchame: Grecia fue hermosa y creó la sabiduría; nosotros creamos el poder; ¿qué es capaz de crear, en tu concepto, su doctrina? Si lo sabes, explícamelo, porque, ¡por Pólux!, no sabría adivinarlo...

—Parece como si abrigaras el temor de que llegue yo a hacerme cristiano —dijo Vinicio, encogiéndose de hombros.

—Lo que temo es que arruines tu vida. Si no puedes ser griego, sé romano: posee y goza. Nuestras locuras tienen cierto juicio, porque hay en ellas una especie de amor a nosotros mismos. Desprecio a Barbas de Cobre, porque es un bufón griego. Si él quisiera seguir siendo romano, reconocería que tiene razón al permitirse todas sus locuras. Y ahora prométeme que si te encuentras algún cristiano al volver a tu casa, le sacarás la lengua. Si es Glauco, el médico, no ha de extrañar eso. Y adiós, hasta que volvamos a encontrarnos en el estanque de Agripa.

XXXI

Los pretorianos rodeaban las arboledas que crecían junto a las orillas del estanque de Agripa, a fin de que las multitudes de espectadores no se agolpasen en número excesivo molestando al César y a sus huéspedes. Y todo cuanto había en Roma de notable por su riqueza, hermosura y talento pensaba

asistir a la fiesta, que no había tenido antes igual en la historia de la ciudad.

Tigelino quiso compensar así al César la contrariedad sufrida al diferir su viaje a la Acaya, superar a todos los anteriores festejantes de Nerón y probar que nadie era capaz de divertirlo tanto.

Teniendo en cuenta ese objeto, y aun desde los días en que se hallaba acompañando al César en Nápoles, y después de Benevento, había iniciado sus preparativos y despachado las órdenes oportunas para que de las más remotas regiones de la tierra enviasen fieras, pájaros, peces raros y plantas, sin omitir la vajilla y los manteles, que por su riqueza debían realzar el esplendor de la fiesta. Las rentas de provincias enteras se consumían en la realización de estos insensatos proyectos, mas el poderoso favorito, tratándose de ellos, no vacilaba. Su influencia aumentaba de día en día. Y no era porque Nerón quisiera más a Tigelino que a los otros, sino porque se hacía cada día más y más indispensable.

Petronio le superaba infinitamente en cultura, intelecto y buen juicio, y en la conversación conocía la mejor manera de entretener al César; mas, por desgracia suya, superaba en su talento al César mismo, despertando con ello la envidia de éste. Por otra parte, no podía ser un sumiso instrumento suyo en materias de buen gusto. En cambio, cuando se hallaba Nerón delante de Tigelino, jamás sentía el menor recelo. El mismo título de *Arbiter Elegantiarum*, que se había conferido a Petronio, mortificaba el amor propio de Nerón, porque ¿era posible que alguien tuviese, delante de él, derecho a llevar tal calificativo?

Tigelino poseía bastante buen sentido para conocer sus propias deficiencias, y comprendiendo que no podía competir con Petronio, Lucano u otros de los augustanos que se distinguían por su alcurnia, sus talentos o su ciencia, decidió eclipsarlos por medio de la flexibilidad en sus servicios, y sobre todo por una magnificencia capaz de sorprender aun a la exaltada imaginación de Nerón.

Dispuso, en consecuencia, dar la fiesta en una gigantesca balsa construida con vigas doradas. Los bordes de esta balsa habían sido decorados con espléndidas conchas del mar Rojo y del océano Índico, brillantes, con reflejos perlados e irisados. Cubrían las orillas de la piscina grupos de palmeras, arbolados de loto y rosales en plena florescencia. Había ocultas en medio de éstos, de trecho en trecho, fuentes de agua perfumada, estatuas de dioses y diosas, y jaulas de oro y de plata, llenas de aves de múltiples colores. En el centro de la balsa se elevaba una inmensa tienda, o mejor dicho —para no ocultar a los festejados a las miradas de los demás—, sólo el pabellón de una tienda, hecho de púrpura siria, y que descansaba sobre columnas de plata. Debajo de él se veían, brillando como soles, las mesas preparadas para los

invitados, llenas de cristalería de Alejandría, y ostentando una vajilla de valor inestimable, botín recogido en Italia, Grecia y Asia Menor.

A la balsa, que, por la gran acumulación de plantas que sobre ella había, semejaba a la vez una isla y un jardín, se hallaban amarrados con cuerdas de púrpura y oro sendos botes que adoptaban la forma de cisnes, peces, gaviotas y flamencos, y dentro de los que había sentados, junto a los pintados remos, desnudos bogadores de uno y otro sexo, cuyas facciones y formas eran de maravillosa hermosura y que llevaban el peinado al estilo oriental o recogido en redes de oro.

Cuando Nerón llegó a la balsa principal, acompañado de Popea y los augustanos, apenas se hubo sentado bajo el pabellón purpúreo de la tienda, se soltaron las cuerdas de oro, y la balsa, con todos los invitados dentro, empezó a moverse y a describir círculos en el estanque.

Otros botes la rodearon, y también otras balsas de menor tamaño, llenas de mujeres que pulsaban arpas y cítaras, y cuyos rosados cuerpos, que tenían por marco el horizonte azul del firmamento y de las aguas y los reflejos de los áureos instrumentos, parecían absorber ese azul y esos reflejos abriéndose como flores.

En los árboles de las riberas y desde el interior de fantásticos edificios levantados expresamente para ese día y ocultos entre los bosquecillos, se escuchaban músicas y cantos. El eco esparció los sonos de los cuernos y de las trompetas, que resonaban en los alrededores y en los bosquecillos.

El César mismo, con Popea a un lado y Pitágoras al otro, se hallaba gratamente sorprendido, y especialmente al ver surgir entre los botes a jóvenes esclavas ataviadas como sirenas, con mallas verdes que imitaban escamas, prorrumpiendo en alabanzas al organizador de la fiesta. Pero al mismo tiempo, por la fuerza del hábito, dirigió la vista hacia Petronio, deseando conocer la opinión del «árbitro», quien se mostró obstinadamente impasible, y sólo cuando el César le pidió de manera concreta su opinión dijo:

—Juzgo, señor, que diez mil mujeres desnudas hacen menos impresión que una sola.

Pero la fiesta flotante dejó complacido al César por su novedad.

Asimismo se sirvieron tan exquisitos manjares, que la imaginación de Apicio habría flaqueado a su vista, y vinos de tantas clases, que el mismo Otón, quien acostumbrara servir hasta ochenta, habría ido a ocultar bajo las aguas su vergüenza si hubiese sido testigo de tal magnificencia.

Además de las mujeres, se sentaron a la mesa los augustanos, entre los que Vinicio sobresalía eclipsando a todos por su hermosura. En otro tiempo, sus

formas y su rostro denotaban con demasiado relieve al soldado profesional. Pero ahora, y debido a sus padecimientos mentales y a los dolores físicos por que acababa de pasar, se destacaban como cinceladas sus facciones, como si hubiera pasado sobre ellas la inspirada mano de un maestro escultor. Su cutis había perdido su anterior tinte moreno, conservando, sin embargo, el lustre amarillento del mármol de Numidia. En sus ojos, agrandados, se advertía una expresión melancólica. Únicamente su cuerpo, que parecía creado para la armadura, conservaba sus poderosos contornos habituales; pero sobre el torso de un legionario se alzaba la cabeza de un dios griego o, por lo menos, de un patricio refinado y a la vez flexible y soberbiamente hermoso.

Petronio, al afirmar que ninguna de las augustanas querría o podría resistir a Vinicio, había hablado como hombre de experiencia. Todas ellas, en efecto, le miraban, sin exceptuar a Popea ni a Rubria, la vestal, a quien el César había deseado ver en la fiesta.

Los vinos, helados en montecillos de nieve, pronto empezaron a llevar calor a los corazones y a las cabezas de los comensales. De entre la espesura de la orilla aparecían a cada instante botes que tenían la forma de cigarras o de mariposas. Y luego, la superficie azul del estanque se vio así poblada de un enjambre de mariposas. Aquí y allá, sobre los botes, revoloteaban palomas y otras aves de la India y del África, sujetas por cordelitos azules o por hilos de plata.

El sol había recorrido ya la mayor parte del firmamento; pero hacía un día caluroso, aunque era a principios de mayo.

La superficie del estanque se ondulaba al golpe de los remos que azotaban el agua siguiendo el compás de la música; pero en el aire no se advertía el más leve soplo; los árboles se mantenían inmóviles, mudos y embelesados espectadores de lo que sucedía sobre las aguas. Y la balsa proseguía dando vueltas en el estanque, conduciendo su carga de invitados, cada vez más borrachos y estrepitosos.

No había llegado la fiesta a la mitad de su curso aún, cuando dejó ya de observarse el orden en que se hallaban todos sentados a la mesa. El César dio el ejemplo, levantándose y ordenando a Vinicio que dejara el asiento que ocupaba al lado de Rubria. Nerón lo ocupó entonces y aproximándose a la vestal empezó a hablarle al oído.

Vinicio llegó así a encontrarse próximo a Popea, quien extendió el brazo hacia el joven y le pidió que asegurara el brazalete que se le había desprendido. Y al hacerlo así Vinicio, con mano un tanto temblorosa, dejó caer Popea sobre él, entre sus largas pestañas, una mirada fingidamente pudorosa y movió la gentil cabeza rubia con mudo ademán de resistencia.

Entretanto el sol había aumentado y enrojecido, hundiéndose lentamente por detrás de las copas de los árboles. Los invitados, en su mayor parte, se hallaban ya ebrios. La gran balsa efectuaba ahora sus vueltas aproximándose cada vez más a la orilla, en la que, por entre los arbustos y las flores, se veían grupos de individuos, disfrazados de faunos o sátiros, tocando flautas, gaitas y tambores, junto a otros grupos de doncellas que representaban ninfas, dríadas y hamadriadas.

La oscuridad llegó por fin, entre los gritos y las aclamaciones que en honor de la Luna procedían de la tienda. Al mismo tiempo, la luz de un millar de lámparas se difundió por los arbolados. Desde los lupanares esparcidos sobre la ribera irradiaba a la vez otro enjambre de innumerables luces, y sobre las azoteas se destacaban nuevos grupos formados por las esposas y las hijas de las más nobles casas romanas.

Y con voces y ademanes libres incitaban a los hombres a que fuesen a reunirse con ellas.

La balsa, por fin, se aproximó a la orilla. El César y los augustanos desaparecieron por entre los arbolados, se diseminaron en lupanares y tiendas ocultas entre los bosques y en grutas artificialmente dispuestas en la proximidad de fuentes y manantiales. La locura se apoderó de todos; nadie sabía adónde había ido el César; nadie podía distinguir, en medio de aquel desorden, a un senador de un caballero, de un danzante o de un músico.

Los sátiros y los faunos daban caza a las ninfas y las llamaban a voces. Y golpeaban las lámparas con sus tirsos a fin de apagarlas. Reinaba ya a trechos la oscuridad entre los árboles. Y por todas partes se oía el rumor de risas, de gritos y susurros o respiraciones anhelantes.

En una palabra, Roma, hasta ese día, jamás había presenciado escenas semejantes.

Vinicio no estaba ebrio, como el día de la fiesta dada en el palacio del César, y a la que también había concurrido Ligia; pero se hallaba exaltado y llegó a sentirse embriagado por la vista de cuanto a su alrededor iba ocurriendo. Por último se apoderó de él también la fiebre del placer.

Y entonces se precipitó al bosque y, acompañado de otros, trató de elegir entre las dríadas la más hermosa. Y bandadas de éstas, renovadas incesantemente, pasaban y pasaban por delante de él corriendo, gritando y cantando, perseguidas por faunos, sátiros, senadores y caballeros y por los sonos de alegres músicas.

Viendo, por fin, un grupo de doncellas conducidas por una ataviada en traje de Diana, se precipitó hacia ella con el propósito de examinar más de cerca a la diosa. Y en aquel momento sintió que el corazón se le oprimía. Le

pareció que en aquella deidad, con la luna sobre su cabeza, se veían retratadas las facciones de Ligia. Las muchachas cercaron a Vinicio y empezaron a dar vertiginosas vueltas a su alrededor. Luego, queriendo evidentemente incitarle a que corriese tras ellas, huyeron cual manada de ciervas. Pero el joven permaneció como enclavado en aquel sitio, palpitante el corazón, sin aliento; porque, aunque se había dado cuenta de que Diana no era Ligia y de que, vista de cerca, ni se le parecía, la impresión demasiado fuerte que acababa de sufrir le había dejado sin fuerzas.

Y de pronto se halló dominado por un anhelo vehemente, profundo, insuperable, como no había sentido en la vida. Y el amor de Ligia invadió su pecho como una ola inmensa. Jamás la joven le había parecido más amada, más pura y digna de adoración que en medio de aquel bosque de rebosante locura y salvaje desenfreno.

Un momento antes había deseado beber también en aquella copa. Pero ahora le dominaba una impresión de invencible disgusto y repugnancia. Sentía que le asfixiaba aquel ambiente de infamia; su pecho ansiaba respirar el aire puro, y sus ojos ver las estrellas que en aquel momento ocultaba la espesura de aquel siniestro arbolado... Y resolvió huir de allí; mas apenas había empezado a poner en práctica su propósito cuando notó que delante de él se alzaba una figura con el rostro oculto tras un velo que le puso las manos sobre los hombros y le dijo al oído, en tanto que al rostro de Vinicio llegaba como una oleada de fuego su aliento abrasador:

—¡Te amo! ¡Ven! Nadie nos conocerá; ¡apresúrate!

A Vinicio le pareció que despertaba de un sueño y dijo:

—¿Quién eres?

Ella reclinó el pecho sobre él y repuso, insistiendo:

—¡Pronto! ¡Mira cuán solitario es ese sitio..., y yo te amo! ¡Ven!

—¿Quién eres? —repitió.

—¡Adivínalo!

Y al decir esto juntó febrilmente sus labios a los labios de Vinicio a través del velo, atrayendo hacia sí al mismo tiempo la cabeza del joven, hasta que, por fin, pareció faltar el aliento a la mujer y, nerviosamente, apartó de él su rostro.

—¡Noche de amor! ¡Noche de locura! —dijo, insuflando ansiosa y rápidamente aire a sus pulmones—. ¡Hoy estamos libres! ¡Hoy soy tuya!

Este discurso enardeció a Vinicio y le llenó de zozobra. Su alma y su corazón se hallaban en otra parte; en todo el mundo, nada existía para él,

excepto Ligia. Así pues, empujando suavemente hacia atrás la velada figura, dijo:

—Quienquiera que seas, amo a otra; ¡no te quiero!

—Quítame el velo —dijo ella, inclinando hacia el joven la cabeza.

En ese momento se sintió un leve roce por entre las hojas de mirto. Y la mujer velada se desvaneció como una visión; pero a lo lejos pudo oírse su risa extraña y siniestra.

Petronio se hallaba junto a Vinicio.

—He oído y he visto —dijo.

—Vámonos de aquí...

Así lo hicieron. Sucesivamente fueron dejando atrás los lupanares profusamente iluminados, las arboledas y la línea de pretorianos montados, hasta llegar al punto en donde aguardaban las literas.

—Yo te acompañaré —dijo Petronio.

Y se sentaron juntos en la litera.

Durante todo el camino se mantuvieron silenciosos, y sólo cuando se hallaron en el atrium de la casa de Vinicio preguntó Petronio:

—¿Sabes tú quién era ella?

—¿Rubria acaso? —preguntó Vinicio, disgustado ante la sola idea de que Rubria fuese una vestal.

—No.

—¿Entonces quién?

Petronio bajó la voz y dijo:

—El fuego de Vesta ha sido profanado, porque Rubria estuvo con el César. Pero la que se acercó a ti —y aquí calló un instante— fue la divina Augusta —siguió un momento de silencio, y luego repuso Petronio—: No pudo el César ocultar a Popea su inclinación hacia Rubria: de aquí que aquélla quisiera tal vez tomar por ello venganza. Pero llegué yo a estorbarlo. Si hubieras reconocido a la emperatriz y rehusado acceder a sus solicitudes, te habrías perdido irremediablemente, y no sólo a ti, sino a Ligia, y acaso a mí también.

—¡Estoy harto de Roma, del César, de sus fiestas, de la Augusta, de Tigelino y de todos vosotros! —prorrumpió Vinicio—. ¡Me estoy ahogando! ¡Yo no puedo ya seguir viviendo así, no puedo! ¿Me entiendes?

—¡Vinicio, estás perdiendo el sentido, el juicio, la moderación!

—¡Sólo a ella amo en el mundo!

—¿Y qué?

—Eso: que no deseo ningún otro amor. No quiero ni vuestra vida, ni vuestras fiestas, ni vuestras impudicias, ni vuestros crímenes.

—¿Qué te sucede? ¿Acaso te has vuelto cristiano? El joven se oprimió la cabeza con ambas manos y repitió con desesperado acento:

—¡Todavía no! ¡Todavía no!

XXXII

Petronio se encaminó a su casa encogiéndose de hombros y grandemente disgustado. Le parecía evidente ahora que entre él y Vinicio no podría existir ya inteligencia posible desde que sus almas se habían separado por completo. Hubo un tiempo en que Petronio ejercía un gran ascendiente sobre el joven soldado. Había sido para él un modelo en todo, y con frecuencia unas cuantas palabras irónicas suyas bastaban para refrenar a Vinicio o para inducirle a tomar una resolución cualquiera.

Ahora, nada quedaba de todo eso, y tan trascendental era el cambio, que Petronio ni siquiera intentó poner en práctica sus antiguos medios, sintiendo ya que su ironía y su ingenio habrían de resbalar sobre los nuevos principios que el amor y el contacto con el incomprensible mundo de los cristianos había inculcado en el alma de Vinicio. Comprendió aquel veterano escéptico que había perdido la llave de esa alma. Y esto le llenó de contrariedad y hasta de temor, el cual llegó al colmo al reflexionar acerca de los episodios sucedidos esta noche.

«Si de parte de la Augusta no ha sido éste un fugaz devaneo, sino un deseo más duradero —pensó Petronio—, ha de suceder una de estas dos cosas: o Vinicio no se le resistirá, y en este caso puede sobrevenir su ruina a consecuencia de cualquier accidente, o, lo que se halla en armonía en su actual disposición de ánimo, se le resistirá, y entonces su ruina será cierta, y acaso también la mía, precisamente porque soy yo su pariente, y porque la Augusta, envolviendo en su odio a toda la familia pondría del lado de Tigelino el peso de su influencia. Por cualquiera de ambos rumbos, el asunto presenta mal aspecto».

Petronio era hombre valeroso y no tenía miedo a la muerte; pero ya que ésta nada le ofrecía, no sentía el menor deseo de provocarla.

Así pues, al cabo de largas meditaciones decidió, por fin, que sería más

conveniente y más seguro hacer que Vinicio emprendiese un viaje marchándose de Roma. ¡Ah! Y si, además, pudiera darle a Ligia para el camino, lo haría con la mayor satisfacción. Suponía que no resultaría muy difícil convencer a Vinicio. Y extendería entonces por el Palatino la noticia de una nueva enfermedad de Vinicio, alejando así el peligro de la cabeza de su sobrino y de la suya.

La Augusta ignoraba si había sido reconocida por Vinicio; probable era, pues, que supiera que no había sido descubierta, y en tal caso no habría sufrido su vanidad gran cosa hasta entonces. Pero la situación podría modificarse en el porvenir y era necesario evitar el peligro.

Petronio deseaba, ante todo, ganar tiempo, comprendiendo que, apenas el César hubiera partido para la Acaya, Tigelino, que no era nada entendido en materias de arte, vendría a quedar allí en segundo lugar y perdería su influencia. En Grecia, Petronio estaba seguro de triunfar sobre cualquier otro rival. Entretanto decidió velar sobre Vinicio e interesarle en el viaje.

Durante varios días estuvo, además, pensando que si llegase a obtener del César un edicto por el cual se hiciera salir de Roma a los cristianos, Ligia abandonaría la ciudad en unión de los demás confesores de Cristo, y tras de ellos iría también Vinicio. Y entonces no habría necesidad de convencerle. En efecto, no hacía todavía mucho tiempo, y con motivo de perturbaciones suscitadas por el odio de los judíos a los cristianos, Claudio, en la imposibilidad de distinguir a los unos de los otros, había perseguido a los judíos. ¿Por qué no haría Nerón lo mismo con los cristianos? Sin ellos habría más espacio, más tranquilidad en Roma.

Después de aquella fiesta flotante, Petronio vio todos los días a Nerón, tanto en el Palatino como en otras casas. Sugerirle la medida ideada era fácil, porque el César jamás rechazaba indicación alguna que pudiera traer perjuicio o ruina a los demás. Tras de mucha deliberación, Petronio dispuso minuciosamente los detalles de su plan. Prepararía una fiesta en su propia casa, y en medio de ella persuadiría al César a que promulgara el edicto, y hasta tenía la esperanza, en modo alguno infundada, de que el César le confiaría la ejecución de ese edicto. Enviaría, por ejemplo, a Ligia a Bayas, con todas las consideraciones debidas a la amante de Vinicio, suministrando así a los jóvenes la oportunidad de que allí se amaran y se entretuvieran con sus prácticas cristianas todo el tiempo que quisieran.

Entretanto, visitaba con frecuencia a Vinicio; primero, porque, a pesar de todo su egoísmo romano, le era imposible prescindir de su inclinación hacia el joven tribuno, y segundo, porque deseaba persuadirle de que hiciera el viaje.

Vinicio se fingió enfermo y no se dejó ver en el Palatino, donde cada día se proyectaban nuevos planes.

Por último, Petronio escuchó de los mismos labios del César que dentro de tres días partiría sin falta para Ancio.

A la mañana siguiente, a primera hora, fue a dar noticia de ello a Vinicio, quien le mostró una lista de las personas enviadas a Ancio, lista que le había traído aquella mañana uno de los libertos del César.

—Mi nombre figura en ella, y también el tuyo —dijo Vinicio—. Has de encontrar esta misma lista en tu casa a tu regreso.

—Si no estuviese yo entre los invitados —contestó Petronio— significaría que me había llegado ya la hora de morir, y no espero que tal suceda antes del viaje a la Acaya. Todavía he de ser harto útil a Nerón. Apenas acabamos de llegar a Roma —agregó, recorriendo la lista—, y ya nos vemos obligados a partir de nuevo, a hacer el camino de Ancio. Pero es necesario ir, porque ésta no es tan sólo una invitación; es, asimismo, una orden...

—¿Y si alguien se negase a obedecer?

—Se le invitaría de otra forma a emprender un viaje notablemente más largo, el viaje de donde no se vuelve. ¡Es una lástima que no hayas seguido mi consejo y salido de Roma a tiempo! Ahora tendrás que ir a Ancio.

—Ahora tengo que ir a Ancio. ¡Considera en qué tiempo vivimos y qué viles esclavos somos!

—Sólo ahora te das cuenta de ello.

—No. Mas tú me has demostrado que las enseñanzas cristianas constituyen uno de los enemigos de la vida, puesto que la encadenan. Pero ¿podrán ser esas cadenas más fuertes que las que llevamos nosotros? Tú has dicho: «Grecia ha creado la sabiduría y la belleza, y Roma, el poder». ¿Querrás decirme ahora dónde está ese poder?

—Llama a Quilón y discute con él. Hoy no tengo ningún deseo de filosofar. ¡Por Hércules! No he sido yo el creador de estos tiempos y, por tanto, no me incumbe responsabilidad alguna en ello. Hablemos de Ancio. Debes saber que te espera un gran peligro, y que para ti sería preferible quizá medir tus fuerzas con Urso, el que aplastó a Crotón, antes que ir allí. Sin embargo, no puedes prescindir de hacerlo.

Vinicio hizo un ademán negligente con la mano y dijo:

—¡Peligro! Todos nosotros llevamos una vida errante por entre las sombras de la noche y no pasa momento sin que alguna cabeza se hunda en ella.

—¿He de enumerarte a todos los que han tenido un poco de juicio y, por consiguiente, a despecho de los tiempos de Tiberio, Calígula, Claudio y

Nerón, han llegado a vivir ochenta y noventa años? Sírvate, entre otro, de ejemplo hasta un hombre como Domicio Africano. Ha visto llegar tranquilamente la vejez, aun cuando en toda su vida no haya sido otra cosa que un criminal y un villano.

—¡Acaso por eso! ¡Acaso por esa misma razón ha vivido! —contestó Vinicio; a continuación empezó a recorrer la lista y leyó—: Tigelino, Vatinio, Sexto, Afer, Aquilino Régulo, Suilio Nerulino, Eprio Marcelo, y así sucesivamente. ¡Qué asamblea de malhechores y de pícaros! ¡Y decir que son éstos quienes gobiernan el mundo! ¿No les vendría mejor dedicarse a exhibir por pueblos y aldeas una divinidad egipcia o siria, al son de los sistros, y ganarse el pan diciendo la buenaventura o bailando?

—O exhibiendo monos sabios, perros calculadores o algún asno flautista —agregó Petronio—. Todo eso es cierto; pero hablemos de algo más importante. Préstame toda tu atención y escucha. Yo he dicho en el Palatino que estás enfermo, imposibilitado para salir de casa, y, sin embargo, tu nombre figura en la lista, lo cual prueba que en palacio hay alguien que no da crédito a mis consejos y que ha tomado participación en esto expresamente. A Nerón bien poco le importa el asunto, puesto que tú eres simplemente un soldado sin nociones de poesía ni de música y con el que sólo se puede hablar de las carreras del Circo. De manera que habrá sido Popea quien ha hecho figurar allí tu nombre, y eso significa que el deseo que hacia ti la impulsó no ha sido un capricho pasajero y que persiste en hacer tu conquista.

—Es una intrépida Augusta.

—Lo es realmente, porque ello puede ser causa de tu ruina irreparable. Sin embargo, ojalá Venus le inspire cuanto antes algún otro amor; pero entretanto, puesto que la emperatriz te desea, debes observar la mayor cautela. Barbas de Cobre ha empezado a cansarse ya de ella: prefiere al presente a Rubria o a Pitágoras; pero, por consideración a sí mismo, bien podría descargar sobre vosotros la más terrible venganza.

—Cuando nos hallamos bajo aquellos árboles no supe yo quién me hablaba; pero tú alcanzaste a escuchar nuestra conversación. Yo dije que amaba a otra y no la quería a ella. Eso ya bien lo sabes.

—Te imploro, por todos los dioses infernales, que no pierdas los restos de juicio que te hayan dejado los cristianos. ¿Cómo es posible vacilar cuando se trata de elegir entre una ruina probable y una ruina cierta? ¿Acaso no te he dicho ya que si hubieras herido la vanidad de la Augusta no habría para ti salvación? ¡Por el Hades! Si la existencia te es al presente odiosa ábrete de una vez las venas o clávate la espada, porque si llegas a ofender a Popea, bien pudiera estarte reservada una muerte mucho menos cómoda. En otro tiempo era más agradable conversar contigo. ¿De qué se trata? ¿Qué puede sucederte?

¿Acaso esta aventura podría ocasionarte pérdida alguna o privarte de seguir amando a Ligia? Ten presente, además, que Popea la vio en el Palatino. No le sería difícil adivinar cuál es la causa de que tú rechaces favor tan eminente y es capaz de buscar y encontrar a esa joven aun debajo de la tierra. Serás el causante no sólo de tu propia ruina, sino también de la ruina de Ligia. ¿Entiendes?

Vinicio, entretanto, escuchaba con aire distraído, como si pensara en otra cosa, y, por último, dijo:

—Necesito verla.

—¿A quién? ¿A Ligia?

—Sí, a Ligia.

—¿Sabes dónde se encuentra?

—No.

—¿Entonces te propones dar de nuevo comienzo a tus pesquisas en antiguos cementerios y hasta más allá del Tíber?

—No lo sé; pero necesito verla.

—Bien; aunque cristiana, es posible que tenga más juicio que tú, y así ha de ser indudablemente, a menos que desee tu ruina. Vinicio se encogió de hombros y dijo:

—Ella me salvó de las manos de Urso.

—Entonces apresúrate, porque Barbas de Cobre no ha de aplazar su partida. Y las sentencias de muerte pueden también dictarse en Ancio.

Pero Vinicio ya no oía. Un solo pensamiento le preocupaba: tener una entrevista con Ligia; de ahí que se pusiera a pensar sobre la manera de conseguirlo.

Entretanto ocurrió un suceso que eliminaría sobre este particular toda clase de dificultades. Quilón volvió de manera inesperada al día siguiente a su casa. Iba andrajoso y miserable, había señales de hambre y de pobreza en su demacrado rostro y en su raído traje; pero los sirvientes, que no habían olvidado la orden anterior de admitirle a todas horas del día o de la noche, no se atrevieron a detenerle. Así pues, fue directamente al atrium y, poniéndose delante de Vinicio, le dijo:

—¡Que los dioses te den la inmortalidad y compartan contigo el dominio del mundo!

Vinicio tuvo en el primer momento el deseo de ordenar que le arrojasen fuera; pero casi inmediatamente después pensó que quizá el griego supiera

algo con respecto al paradero de Ligia, y la curiosidad se sobrepuso en él a la repulsión que aquel hombre le causaba.

—¿Eres tú? —preguntó—. ¿Qué te ha sucedido?

—¡Desgracias, oh hijo de Júpiter! —contestó Quilón—. La verdadera virtud es un género que nadie pide en la actualidad, y un sabio genuino debe conformarse incluso con la idea de que ni siquiera una vez cada cinco días puede tener algo con que comprar al carnicero y llevar a su cobijo una cabeza de carnero, y allí roerla regándola con sus lágrimas. ¡Ah señor! Lo que tú me diste lo pagué por libros de Atracto, y después me robaron y me arruinaron. El esclavo que debía haber escrito mis enseñanzas para la posteridad huyó con el resto de lo que tu generosidad se dignó concederme. Estoy en la mayor miseria; pero me he dicho: «¿A quién puedo recurrir sino a ti, ¡oh Serapis!, a quien amo y adoro y por quien expuse hasta mi vida?».

—¿A qué has venido y qué traes?

—He venido en demanda de auxilio, ¡oh Baal!, y traigo mi miseria, mis lágrimas, mi amor y, finalmente, las noticias que por afecto a ti he recogido. Señor, ¿recuerdas que una vez te referí cómo había dado yo a una esclava del divino Petronio un hilo del cinturón de la Venus de Pafos? He sabido que ese hilo fue para ella benéfico, y tú, ¡oh descendiente del sol!, que te hallas al corriente de cuanto ocurre en esa casa, no ignoras tampoco cuál es allí, en la actualidad, la situación de Eunice. Pues bien ahora estoy en posesión de otro de esos hilos, y lo he reservado para ti, señor.

Y aquí se detuvo al notar que la cólera se iba acumulando entre las cejas de Vinicio y agregó precipitadamente, a fin de anticiparse al estallido:

—Sé dónde vive la divina Ligia y puedo señalarte la calle y la casa.

Vinicio reprimió la viva emoción que esta noticia le produjo y dijo:

—¿Dónde está ella?

—En casa de Lino, el anciano sacerdote de los cristianos. Allí está con Urso, quien trabaja, como antes, en los molinos de Demas, que se llama como tu mayordomo... ¡Sí, Demas!... Urso trabaja por las noches; de manera que, si tú también por la noche rodeas la casa, no encontrarás al gigante... Lino es viejo..., y, además de él, sólo acompañan a Ligia dos mujeres de edad.

—¿Cómo has llegado a saber todo eso?

—Habrás de recordar, señor, que los cristianos me tuvieron en su poder y me perdonaron la vida. Cierto es que Glauco estaba equivocado al pensar que fuera yo la causa de sus infortunios; pero el buen hombre lo creía, y todavía sigue creyéndolo. Sin embargo, me perdonaron. Entonces no te extrañará, señor, el que mi corazón se llenara de gratitud. Yo soy un hombre de otra

época, de una época mejor. Y éste fue mi pensamiento: «¿Habré yo de abandonar a mis amigos y bienhechores? ¿No sería de mi parte prueba de un verdadero endurecimiento el no preguntar por ellos, el no informarme acerca de lo que les pasa, del estado de su salud y de su domicilio?». ¡Por la Cibeles de Pesinunte! ¡No soy capaz de semejante conducta! Al principio me retuvo el temor de que dieran ellos a mis deseos una interpretación errónea. Mas el cariño que yo les tengo pudo más que mi miedo, y la facilidad con que perdonan las ofensas me infundió especial valor. Pero, sobre todo, pensaba en ti, señor. Nuestra última tentativa terminó con una derrota, mas ¿cómo es posible que un hijo de la Fortuna, como tú, llegue a reconciliarse con este pensamiento? Así pues, he preparado para ti la victoria. La casa se halla en un sitio aislado. Puedes ordenar a tus esclavos que la rodeen de manera tal, que de ella no escape ni siquiera un ratón. Señor mío: de ti sólo depende, pues, el que tengas esta misma noche en tu casa y a tu lado a la magnánima princesa. Y si tal sucede no olvides que la causa de ello será este pobre y hambriento hijo de mi padre.

Afluyó la sangre de Vinicio a su cabeza, y la tentación se apoderó nuevamente de todo su ser. Sí, éste era el medio acertado, y en esa ocasión seguro. Una vez que llegara él a tener a Ligia en su casa, ¿quién habría de arrebatársela? Una vez que la hubiera hecho su amante, ¿qué otro remedio quedaría a la joven sino resignarse para siempre a esa condición? ¡Y, entonces, bien podían perecer todas las religiones! ¿Qué significarían para él ya los cristianos con su misericordia y con su fe prohibitiva? ¿No era tiempo de sacudirse de todo aquello? ¿No era tiempo de vivir como vivían todos? ¿Qué haría Ligia después, cómo conciliar su suerte con la religión que profesaba? Era esto una cuestión de importancia secundaria. Primero, y antes que todo, Ligia sería suya, y esto hoy mismo. Y también quedaba por ver si esa religión lograría superar en su alma al nuevo ambiente que iba a rodearla y al placer y a las emociones que iba a experimentar.

Y todo aquello podía suceder ese mismo día. Le bastaba tan sólo detener a Quilón y dar las órdenes del caso apenas oscureciera. ¡Y, enseguida, un mundo sin fin de delicias!

«¿Qué ha sido hasta hoy mi vida? —pensaba Vinicio—. Un cúmulo de sufrimientos, de anhelos no satisfechos y una interminable sucesión de preguntas sin respuesta. De esta manera podrá zanjarse todo rápidamente».

Cierto es que acudía por instantes a su mente el recuerdo de la promesa que había hecho de no levantar una mano en contra de la joven. Mas ¿por quién había jurado? No por los dioses, porque no creía en ellos, ni por Cristo, porque tampoco creía en El aún.

«Y, por último —agregaba—, si ella se siente ofendida, se casaría con ella

y quedaría así reparado el agravio».

Sí, a ello se sentía obligado, porque le debía la vida. Entonces recordó el día en que con Crotón había atacado el hogar en donde Ligia se hallaba refugiada; y recordó el momento en que vio sobre su cabeza el puño del ligio, y todo lo que después había sucedido. Vio de nuevo a la joven, inclinada sobre su lecho de herido, vestida como una esclava, hermosa como una diosa bienhechora y digna de adoración.

E, instintivamente, dirigió la vista hacia el lararium, en donde figuraba la pequeña cruz que ella le había dejado antes de partir. ¿Iba él a corresponder a todo eso con un nuevo ataque? ¿Persistiría en arrastrarla por el cabello como a una esclava hasta el cubiculum? ¿Y cómo podría él hacer tal cosa, cuando no sólo la deseaba, sino que la amaba, y la amaba precisamente por ser como era? Y entonces comprendió que no le bastaría tenerla en su casa, que no le bastaría atraerla a sus brazos solamente por la fuerza; sintió que su amor pedía algo más, que pedía su consentimiento, su afecto y su alma.

¡Bendito sería aquel techo si viniera ella a colocarse a su amparo por su voluntad; y bendito el momento en que lo hiciera, y bendito el día y bendita su propia existencia, porque entonces, la felicidad de ambos sería tan inmensa como el Océano y como el Sol! Pero arrancarla nuevamente de su asilo por medio de la violencia equivaldría a destruir para siempre esa felicidad y, al mismo tiempo, destruir y profanar lo que había de máspreciado y lo único deseable en la vida.

Una sensación de terror se apoderó de él a esta sola idea.

Miró a Quilón, quien, al mismo tiempo que le observaba, se había introducido las manos entre los harapos que cubrían su cuerpo y se rascaba nerviosamente.

En este instante dominó a Vinicio una repulsión indecible y un deseo de aplastar a su antiguo auxiliar como pudiera hacerlo con un gusano vil o una serpiente ponzoñosa y tomó en aquel momento una determinación. Pero, incapaz de contenerse dentro de los límites de la moderación y siguiendo los impulsos de su implacable índole romana, se volvió a Quilón y le dijo:

—No haré lo que me aconsejas; pero, a fin de que no te alejes de aquí sin tener recompensa, voy a ordenar que te den trescientos azotes en la prisión doméstica.

Quilón se puso pálido. Se advertía una resolución tan fría en el hermoso semblante de Vinicio, que no podía engañarse a sí mismo ni por un momento con la esperanza de que la prometida recompensa no fuera otra cosa que una broma cruel.

Así pues, cayó de rodillas y, doblando su cuerpo en dos, empezó a gemir con voz quebrada:

—¿Cómo?, ¡oh rey de Persia! ¿Por qué?... ¡Oh pirámide de bondad! ¡Coloso de misericordia! ¿Por qué?... Soy viejo, desgraciado, tengo hambre... Te he servido... ¿De esta manera me pagas?

—Como tú pagaste a los cristianos —dijo Vinicio.

Y llamó al mayordomo. Pero Quilón, de un salto, se colocó a sus pies y, abrazándolos convulsivamente, exclamó con el semblante cubierto de mortal palidez.

—¡Oh señor! ¡Oh señor! ¡Soy viejo! ¡Cincuenta, no trescientos! ¡Cincuenta bastan! ¡Ciento, no trescientos! ¡Oh compasión, compasión!

Vinicio le arrojó lejos de sí con el pie y dio la orden. En un abrir y cerrar de ojos, dos fornidos criados siguieron al mayordomo y, cogiendo a Quilón por los escasos mechones de sus cabellos, le ataron sus propios harapos alrededor del cuello, y así le arrastraron a la prisión.

—¡En nombre de Cristo! —exclamó el griego a la salida ya del corredor. Vinicio quedó solo. La orden dada le reanimó, llenándole de bríos. Intentó reunir sus dispersas ideas y ponerlas en orden. Sentía un gran alivio y le colmaba de satisfacción el triunfo que sobre sí mismo acababa de alcanzar. Se decía que había dado un gran paso hacia Ligia y se había hecho acreedor de una recompensa muy alta.

En el primer momento ni siquiera se le ocurrió pensar que acababa de cometer una gran injusticia con respecto a Quilón, a quien hoy flagelaba en castigo de los mismos actos por los cuales le había recompensado ayer. Y aun cuando llegase a pensar en ello, pronto se tranquilizaría su conciencia ante la consideración de que obraba bien al ordenar el castigo de un miserable.

Ahora pensaba en Ligia y le decía:

«No te he de pagar mal por bien; y cuando sepas cómo procedí con quien osó incitarme a que alzara la mano contra ti, me estarás agradecida».

Sin embargo, luego se detuvo ante la idea de si la forma en que había tratado a Quilón merecería la aprobación de Ligia. La religión que ella profesaba prescribía el perdón. Y no sólo eso: los cristianos se lo habían otorgado a este miserable, aun cuando tenían mayores motivos de venganza. Y, entonces, por vez primera, repercutió en su alma el grito: «¡En nombre de Cristo!».

Recordó que Quilón se había librado de las manos de Urso con ese grito y se dijo, entonces, que debía perdonarle el resto del castigo que le había hecho imponer. Con este objeto iba a llamar al mayordomo, cuando éste se presentó

y le dijo:

—El viejo acaba de desmayarse y acaso esté muerto. ¿Debo ordenar que le sigan azotando?

—Reanimadlo y traédmelo.

El jefe del atrium desapareció detrás de las cortinas, mas no debió de ser fácil tarea la de reanimar al filósofo, porque Vinicio esperó largo tiempo. Empezaba ya a impacientarse cuando los esclavos trajeron a Quilón, retirándose luego a una señal del joven.

Quilón estaba pálido como un lienzo, y a lo largo de sus piernas se deslizaban hilos de sangre cayendo sobre el pavimento de mosaico del atrium. No obstante, había recobrado los sentidos y, poniéndose de rodillas, empezó a hablar así con las manos extendidas:

—Gracias te sean dadas, señor. ¡Tú eres grande y misericordioso!

—Perro —dijo Vinicio—, ¡sabe que te he perdonado sólo por ese Cristo a quien debo la vida!

—¡Oh señor! Le serviré a Él y a ti.

—Calla y escucha. ¡Levántate! Irás conmigo a señalarme la casa en donde vive Ligia.

Quilón se puso inmediatamente en pie; mas, apenas lo hubo hecho, una palidez todavía más mortal cubrió su rostro y dijo con voz desfalleciente:

—Señor, estoy realmente hambriento. ¡Iré, señor, iré! Pero me faltan las fuerzas. Ordena que me den aun cuando sean los restos de la comida de tu perro, y enseguida me pondré contigo en camino.

Vinicio ordenó que le dieran alimento, una pieza de oro y un manto.

Pero Quilón, aunque debilitado por los azotes y el hambre, no pudo resolverse a comer, pues el terror le erizaba los cabellos, y temía que Vinicio fuese a tomar su desfallecimiento por terquedad y le hiciera flagelar de nuevo.

—Denme tan sólo un poco de vino para reanimarme —dijo, castañeteándole los dientes— y podré ir enseguida, aun cuando sea a la Magna Grecia...

Después de algún tiempo recuperó parte de sus fuerzas, y ambos salieron. El camino fue largo, porque, como la mayor parte de los cristianos, Lino vivía en el Transtíber, no lejos de la casa de Miriam. Por último, Quilón mostró a Vinicio una casa aislada rodeada por un muro completamente cubierto de hiedra y le dijo:

—Señor, aquí es.

—Bien —dijo Vinicio—; ahora te puedes marchar; mas, ante todo, escucha lo que te voy a decir. Olvida que has estado a mi servicio; olvida en donde habitan Miriam, Pedro y Glauco; olvida también esta vivienda y a todos los cristianos. Irás todos los meses a mi casa, donde mi liberto Demas te pagará dos piezas de oro. Pero si sigues espionando a los cristianos, daré nuevamente orden de flagelarte o te haré entregar en manos del prefecto de la ciudad.

Quilón se inclinó y dijo:

—Olvidaré.

Pero cuando Vinicio volvió la esquina y desapareció, extendió las manos hacia él y, amenazándole con los puños apretados, exclamó:

—¡Por Ate y las Furias! ¡No olvidaré!

Y se desmayó de nuevo.

XXXIII

El joven tribuno se encaminó directamente a la casa en donde vivía Miriam. Delante de la puerta encontró a Nazario, quien se mostró confundido al verle, pero Vinicio le saludó cordialmente y se hizo conducir por él a las habitaciones de su madre.

Vinicio encontró allí, además de a Miriam, a Pedro, Glauco, Crispo y Pablo de Tarso, quien había regresado recientemente de Fregelas.

A la vista del joven tribuno se pintó el asombro en todos los semblantes; pero él dijo:

—Os saludo en nombre de Cristo, a quien vosotros honráis.

—¡Sea su nombre glorificado por los siglos de los siglos! —contestaron ellos.

—He sido testigo de vuestras virtudes y objeto de vuestra bondad; permitidme, pues, que me acerque a vosotros como amigo.

—Y nosotros te damos también la bienvenida como amigo —contestó Pedro—. Siéntate, pues, señor, y comparte nuestra comida como huésped.

—Me sentaré y compartiré vuestra comida; pero, ante todo, escúchame tú, Pedro, y tú, Pablo de Tarso, a fin de que os convenzáis de mi sinceridad. Yo sé dónde vive Ligia. Acabo de pasar por delante de la casa de Lino, que se halla cerca de aquí. Tengo sobre Ligia el derecho de posesión que me ha sido otorgado por el César. Dispongo, en mis casas de la ciudad, de cerca de

quinientos esclavos. Podría, pues, rodear el sitio donde se oculta y apoderarme de ella; sin embargo, no lo he hecho, y tampoco lo haré.

—Por eso, la bendición del Señor caerá sobre ti y se verá purificado tu corazón —dijo Pedro.

—Gracias te doy. Pero escuchadme todavía. No he hecho eso, aunque vivo asediado por la pena y el sufrimiento. Antes de conoceros me habría, indudablemente, apoderado de ella y la habría retenido por la fuerza; pero vuestra virtud y vuestra religión, si bien yo no la profeso, han efectuado un cambio en mi alma que me aparta de la violencia. Yo mismo no sé cuál es la causa de esto, pero así es. De ahí que acuda hoy a vosotros, que al presente hacéis las veces del padre y de la madre de Ligia, y os diga: «Dádmela por esposa, y os juro que no sólo no le he de prohibir la fe en Cristo, sino que yo mismo empezaré a iniciarme en los misterios de su religión».

Vinicio hablaba con firme acento, erguida la cabeza; no obstante, se sentía conmovido, y las piernas le temblaban bajo el manto. Como sus palabras eran escuchadas en silencio, se apresuró a continuar, como si quisiera anticiparse a una contestación desfavorable:

—Conozco los obstáculos que a ello se oponen, mas yo la amo como a mis ojos, y aun cuando todavía no me cuento entre los prosélitos del cristianismo, no soy ni enemigo vuestro ni contrario a Cristo. Es mi deseo inalterable ser con vosotros sincero, a fin de que confiéis en mí. Estos momentos son de vida o de muerte: os digo, pues, la verdad. Otro, quizá, os diría: «¡Bautizadme!»; yo, tan sólo os digo: «¡Dadme luz!». Creo que Cristo resucitó de entre los muertos, porque lo he oído decir a gentes que aman la verdad y que le vieron después de la muerte. Y creo, porque mis ojos han visto que vuestra religión da frutos de virtud, de justicia y de perdón y no la afean los crímenes que se os suelen imputar. Mas no tengo, hasta el presente, nociones cabales acerca de esa religión. Algunas he recibido de vosotros, otras he tomado de vuestros trabajos, algo me ha inculcado Ligia, y algo también he asimilado en nuestras conversaciones. Y os repito que ello ha influido para que en mí se operase una transformación. Ayer trataba yo a mis sirvientes con mano de hierro; ahora no puedo hacerlo. No conocía la compasión; la conozco ahora. Gustaba de los placeres; la otra noche hui del estanque de Agripa, pues encontré que mi alma se asfixiaba en esa atmósfera. Antes creía en la supremacía de la fuerza, y hoy me hallo despojado de tal convicción. Sabed que, al presente, me desconozco. Me disgustan las fiestas, el vino, el canto, las cítaras, las guirnaldas, la corte del César, los cuerpos desnudos y los crímenes. Cuando pienso que Ligia es blanca y pura como la nieve de las montañas siento crecer mi amor por ella; y cuando pienso que ella es así por virtud de vuestra religión amo y deseo esa religión. Pero, puesto que no la comprendo aún, puesto que ignoro si me será posible vivir sujeto a sus enseñanzas, o si podrá mi índole amoldarse a ello,

me encuentro dominado por una incertidumbre y martirizado por un sufrimiento semejante al que experimentaría quien se hallara encerrado en un calabozo.

Y sus cejas se contrajeron de dolor y afluyó la sangre a sus mejillas; a continuación prosiguió con creciente vehemencia y febril precipitación:

—Ved, la incertidumbre y el amor me tienen sometido a un verdadero tormento. Me habían dicho que en la religión vuestra no hay sitio para la vida, ni para la alegría humana, ni para la felicidad, la ley, el orden, la autoridad o la dominación de Roma. ¿Es esto cierto? Me habían dicho también que erais unos locos; mas decidme vosotros qué es lo que traéis. ¿Es pecado amar, es pecado sentir alegría, es pecado ansiar la felicidad? ¿Sois vosotros, en verdad, los enemigos de la vida? ¿Debe, acaso, un cristiano llevar una existencia miserable? ¿He de renunciar yo a Ligia? ¿Qué hay de verdad en vuestros propósitos? Vuestros hechos y palabras se asemejan a la tersa superficie de un remanso transparente; mas decidme: ¿qué hay bajo esa superficie? Ya veis que soy sincero. Disipad mis tinieblas. También me han dicho esto: «Grecia creó la sabiduría y la belleza, Roma creó el poder; pero ellos, los cristianos..., ¿qué han creado?, ¿qué traen?». Decidme, pues, ¿qué es lo que traéis? Si hay luz detrás de vuestras puertas, ¡abridmelas!

—Traemos el amor —dijo Pedro.

Y Pablo de Tarso agregó:

—Si yo hablara con la lengua de los hombres y la de los ángeles y no tuviera amor, mi voz no sería otra cosa que un sonoro bronce.

Entretanto, el corazón del anciano apóstol se conmovió a la vista de aquella alma doliente que, como ave enjaulada, pugnaba por abrirse camino hacia el espacio en demanda de aire y de sol; así, pues, extendiendo la mano hacia Vinicio, le dijo:

—«Llamad y os abrirán». El favor y la gracia de Dios han descendido sobre ti; por esta razón, yo te bendigo, y bendigo tu alma y tu amor en nombre del Redentor de la Humanidad.

Vinicio, que en su discurso había llegado hasta los límites del entusiasmo y de la vehemencia, saltó impulsivamente hacia Pedro al escuchar su bendición, y en aquel instante pudo presenciarse una escena insólita. Aquel descendiente de los quirites, que hasta hacía poco se había resistido a reconocer privilegios de hombre a un extranjero, se apoderó ahora de la mano del anciano galileo y se la llevó, lleno de gratitud, a los labios.

Pedro se sintió complacido al ver que su simiente caía en tierra propicia y que en su red de pescador acababa de entrar un alma nueva. Y los presentes,

no menos regocijados ante aquella notoria manifestación de homenaje al apóstol de Dios, exclamaron al unísono:

—¡Gloria al Señor en las alturas!

Vinicio, entonces, se levantó con el rostro radiante de alegría y dijo:

—Ahora veo que la felicidad puede morar en medio de vosotros, puesto que yo me siento feliz y creo también que, de igual modo, llegaréis a convencerme de algunas otras verdades. Pero debo agregar que esto, por el momento, no es posible realizarlo en Roma. El César va a partir para Ancio y necesito acompañarle, porque he recibido la orden correspondiente. Y vosotros sabéis que no obedecerle equivale a la muerte. Mas si he logrado alcanzar favor a vuestros ojos, id conmigo para enseñarme vuestra verdad. Estaréis allí más seguros que yo mismo. Aun en medio de aquella multitud de gentes y en plena corte cesárea podréis proclamar la verdad. Dicen que Actea es cristiana, y cristianos hay hasta entre los pretorianos, pues yo mismo he visto soldados que se arrodillaban a tu paso, Pedro, en la Puerta Nomentana. En Ancio, yo tengo una casa de campo, en donde podremos reunirnos, a pocos pasos de la morada de Nerón. Glauco me ha dicho que vosotros estáis dispuesto a llegar hasta los confines de la Tierra para salvar un alma; así pues, haced en mi favor lo que habéis hecho en favor de aquellos por quienes habéis venido hasta aquí desde Judea; hacedlo, y no abandonéis mi alma.

Al escuchar estas palabras se pusieron a tomar consejo los cristianos, pensando, llenos de complacencia, en el triunfo de su religión y en lo que significaría para el mundo pagano la conversión de un augustano como Vinicio, descendiente de una de las más antiguas familias romanas. Ciertamente estaban dispuestos para llegar hasta el fin del mundo por la salvación de un alma humana, y, en realidad, no habían hecho otra cosa desde la muerte del Maestro, de manera que ni por un instante vino a su imaginación la idea de una respuesta negativa. Pedro era el pastor de las multitudes; así pues, no podía marchar; mas Pablo de Tarso, que no hacía mucho que había venido de Aricia y de Fregelas y que se estaba preparando ahora para emprender un largo viaje a Oriente, consintió en acompañar al joven tribuno hasta Ancio. Allí sería fácil tomar un buque con destino a Grecia.

Vinicio, aunque sentía grandemente que Pedro, a quien tanto debía, no pudiese partir para Ancio, le demostró toda su gratitud, y a continuación formuló su última súplica, en estos términos:

—Siéndome conocido el domicilio de Ligia, habría podido dirigirme a ella y preguntarle, como es de rigor, si estaría dispuesta a recibirme por esposo en caso de convertirse mi alma al cristianismo; pero he preferido hacerte a ti esta petición, ¡oh apóstol! Permíteme, pues, que yo la vea o condúceme hasta ella. Ignoro cuánto tiempo habré de permanecer en Ancio; y recuerda también que,

al lado del César, nadie está seguro del mañana... El mismo Petronio me ha dicho que allí no me hallaría yo absolutamente a salvo. Déjame, pues, verla antes de partir; déjame saciarme con su vista y preguntarle si está dispuesta a perdonarme el mal que le he hecho y a compartir conmigo el bien.

Pedro sonrió bondadosamente y dijo:

—¿Quién puede negarte, hijo mío, una legítima alegría? Vinicio se inclinó de nuevo y besó las manos de Pedro, incapaz ahora de reprimir los transportes de júbilo de su corazón. El apóstol le tocó las sienes y dijo:

—No temas al César, pues en verdad te digo que no ha de caer un solo cabello de tu cabeza.

Y envió a Miriam en busca de Ligia, encargándole que no dijese quién estaba con ellos para dar una mayor alegría a la muchacha. La casa no estaba lejos de allí, de manera que, al cabo de pocos instantes, las personas presentes en la estancia pudieron ver entre los mirtos del jardín a Miriam, que traía de la mano a Ligia.

El primer impulso de Vinicio fue correr a su encuentro; mas, a la vista de las amadas formas de la joven, la felicidad pareció privarle hasta de sus energías, y permaneció inmóvil, palpitante el corazón, sin aliento, pudiendo apenas mantenerse en pie, cien veces más emocionado que el día en que por primera vez escuchara zumbiar junto a su cabeza las flechas de los partos.

Ella penetró presurosa en el aposento, del todo ajena a lo que allí pasaba; mas, a la vista del joven, se detuvo y quedó fija en el suelo. Su semblante se cubrió de rubor, y luego, de una inmensa palidez, miró a los presentes con atónitos y atemorizados ojos. Pero a su alrededor no vio sino semblantes apacibles y llenos de bondad. El apóstol Pedro se acercó a ella y preguntó:

—Ligia, ¿le amas ahora como siempre?

Sucedió un instante de silencio. Los labios de la joven empezaron a temblar como los de un niño que está a punto de prorrumpir en llanto y se siente culpable, mas comprende que debe confesar su falta.

—Contesta —dijo el apóstol.

Entonces, llena de humildad, sumisión y temor, dijo la joven en voz baja, arrodillándose delante de Pedro:

—Sí; le amo.

En aquel instante, Vinicio se puso también de rodillas a su lado.

Pedro colocó entonces las manos sobre las cabezas de ambos jóvenes y dijo:

—Amaos en el Señor y para su gloria, pues no hay pecado en vuestro amor.

XXXIV

Paseándose con Ligia por el jardín, Vinicio hizo a la joven una somera reseña, con palabras nacidas de lo más hondo de su corazón, de lo que pocos momentos antes comunicara a los apóstoles, la alarma que se había apoderado de su alma, los cambios verificados en su naturaleza, y, por fin, el inmenso anhelo que había venido a oscurecer su existencia desde el momento en que abandonara ella la morada de Miriam. Confesó a Ligia que había intentado olvidarla, pero inútilmente. Había pensado en ella noches y días enteros. La pequeña cruz de boj que le había dejado mantenía constantemente vivo su recuerdo, y él la había colocado en su lararium y la había reverenciado involuntariamente, como si tuviese algo divino.

Y había languidecido más porque el amor se había adueñado de su alma desde el día en que la vio en casa de Aulo. Las Parcas devanaban el hilo de la existencia de los demás; el amor, la nostalgia, la melancolía habían estado devanando el suyo. Sus acciones habían sido malas, pero habían tenido por móvil el amor. Él la había amado cuando estaba en casa de Aulo y en el Palatino, cuando la vio en Ostrianum escuchando las palabras de Pedro, cuando fue, acompañado de Crotón, con el propósito de robarla, cuando velaba ella en la cabecera de su lecho y, por fin, cuando le había abandonado.

Luego había venido Quilón a participarle que había descubierto el nuevo alojamiento en que ella se encontraba y a insinuarle un segundo rapto; pero él había optado por castigar a Quilón y dirigirse a los apóstoles en busca de verdad y en busca de ella. Y bendecía el momento en que obedeció tal inspiración, pues se hallaba ahora, por fin, a su lado, y ella ya no huiría de él, como lo había hecho la última vez en casa de Miriam.

—Yo no hui de ti —dijo Ligia.

—Y entonces, ¿por qué te alejaste de mi lado?

Ella alzó hacia él sus ojos, en que había reflejos irisados, e, inclinando luego su avergonzada cabeza, dijo:

—Tú lo sabes...

Vinicio permaneció un momento silencioso, como embargado por la felicidad que desbordaba en su alma. Luego prosiguió refiriendo a la joven cómo sus ojos se habían ido gradualmente abriendo a la convicción de que ella

era del todo diferente a las demás mujeres de Roma, y tan sólo se parecía a Pomponia Grecina. Además —y esto no podía explicarlo con claridad a Ligia, pues él mismo no lograba definírselo aún satisfactoriamente—, que en ella venía al mundo una belleza de otra índole, nueva, ideal, una belleza que no había existido en él antes: belleza que no sólo consistía en el cuerpo, sino en el alma. Y le dijo también algo que llenó de júbilo a la joven: que la amaba mucho más precisamente porque había huido de él, y que en su hogar sería sagrada para él.

Y luego le tomó una mano, y ya no pudo continuar; se limitó a contemplarla enajenado, como si viera en ella la felicidad entera de su vida, que acababa de conquistar, y repitió una y otra vez su nombre, como si quisiera convencerse de que, realmente, la había encontrado por fin y se hallaba próximo a ella:

—¡Oh Ligia, Ligia...!

Por último empezó a preguntarle, a su vez, cuáles habían sido sus impresiones respecto a él, y la joven confesó que le amaba desde el día en que ambos se vieron en casa de los Plaucio, que si Vinicio la hubiese devuelto a ellos desde el Palatino les habría confesado su amor y hubiera intentado apaciguar la cólera que hacia él debían de sentir.

—Te juro —dijo Vinicio— que ni siquiera por un instante había pensado en arrebatarte de la casa de Aulo. Algún día te referiré Petronio cómo yo le confesé cuánto te amaba y que deseaba casarme contigo. «Venga ella a cubrir de grasa de lobo la puerta de mi casa y venga a compartir mi hogar», le dije. Pero él se burló de mí e insinuó al César la idea de pedirte como un rehén que le pertenecía y de darte a mí. ¡Cuántas veces, en medio de mi dolor, no le he maldecido! Mas, acaso, el Destino así lo dispuso, pues de otra manera no habría conocido a los cristianos ni llegado a comprenderte...

—Créeme, Marco —replicó Ligia—; Cristo ha sido quien, en sus altos designios, te atrajo a Sí.

Vinicio alzó la cabeza, como sorprendido, y repuso luego con animación:

—¡Cierto! Pareció combinarse todo de admirable manera para que, al buscarte a ti, me encontrase a los cristianos. En Ostrianum escuché maravillado al apóstol, pues no había oído jamás conceptos semejantes. ¿Rogaste allí por mí?

—Sí —contestó Ligia.

Se hallaban en aquel momento delante de la glorieta cubierta de una espesa capa de hiedra y se aproximaban al sitio donde Urso, después de haber estrangulado a Crotón, se había arrojado sobre Vinicio.

—Aquí —dijo el joven— habría perecido a no ser por ti.

—No me hables más de eso —dijo Ligia— y no se lo recuerdes tampoco a Urso.

—¿Podría, acaso, haberme vengado de él porque te defendiera? Muy al contrario: de haber sido él esclavo, le habría concedido inmediatamente la manumisión.

—De haber sido él esclavo, Aulo le habría dado la libertad hace mucho tiempo.

—¿Recuerdas —preguntó Vinicio— que quise devolverte de nuevo a casa de Aulo, y tú temiste que llegara a saberlo el César y tomara por ello venganza? Pues bien: ahora podrás verlos tan a menudo como te plazca.

—¿Por qué, Marco?

—Te digo que «ahora», y creo que no habrá para ti peligro alguno en verlos cuando seas mía. Porque si al saberlo el César me preguntase qué había hecho del rehén que él me había dado, le contestaría: «Me he unido a ella en matrimonio, y ahora visita la casa de Aulo con mi consentimiento». No ha de permanecer largo tiempo en Ancio ya que desea hacer un viaje a la Acaya, de modo que, aun cuando allí permaneciera, no me será necesario verle todos los días. Apenas Pablo de Tarso me haya iniciado en los misterios de tu fe, recibiré el bautismo, regresaré aquí, me ganaré de nuevo la amistad de Aulo y Pomponia Grecina, quienes para entonces habrán vuelto a la ciudad, y, no existiendo ya obstáculos de ningún género, irás a ocupar tu sitio en mi hogar. ¡Oh carissima, carissima!

Y extendió la mano cual si quisiera poner al cielo por testigo de su amor. Y Ligia, alzando hacia él sus límpidos ojos, dijo:

—Y entonces diré: «Donde tú estás, Cayo, allí estoy yo, Caya».

—Sí, Ligia mía —exclamó Vinicio—. Y te juro que jamás mujer alguna habrá sido reverenciada en el hogar de su esposo como tú.

Y siguieron paseándose en silencio durante algún tiempo, pareciéndoles aún que era imposible que pudiera contenerse tamaña felicidad en sus pechos llenos de amor el uno para el otro, semejantes a una pareja de dioses, y tan hermosos como si la primavera los hubiese dado a luz junto con las flores.

Finalmente se detuvieron bajo el ciprés que se alzaba próximo a la puerta de la casa. Ligia se apoyaba contra el pecho de Vinicio, y éste le rogó, entonces, con voz temblorosa:

—Ordena a Urso que vaya a casa de Aulo en busca de tu mobiliario y de tus juguetes de niña y que los traslade a mi casa.

Mas ella, cubiertas las mejillas de rubor, parecida a una rosa o a la aurora, contestó:

—La costumbre ordena otra cosa...

—Lo sé. De ordinario, la pronuba conduce esos objetos detrás de la novia; pero tú querrás hacer esto por mí. Yo los llevaré a mi casa de campo, en Ancio, y serán otros tantos recuerdos que de ti me hablen.

Y aquí juntó las manos y repitió, como un niño que pide algo:

—Transcurrirán algunos días antes que Pomponia Grecina regrese; así pues, concédeme esto, diva, ¡concédemelo!

—Que Pomponia Grecina haga como guste —contestó Ligia, quien se había ruborizado más intensamente al oír nombrar a la pronuba.

Y de nuevo callaron ambos, sintiendo a la vez, a influjos de la pasión, que se les cortaba la respiración en el pecho.

Ligia se hallaba en pie, apoyada la espalda sobre el ciprés y destacándose en la sombra la blancura de su rostro, como una flor, bajo los ojos, palpitante el seno. El rostro de Vinicio se había transfigurado y había palidecido.

En el silencio de aquella plácida tarde sólo escuchaban el rítmico latir de sus corazones, y en medio del éxtasis que los embargaba, ese ciprés y los mirtos y la hiedra de la glorieta se transformaban a sus ojos en un jardín de amor.

Pero Miriam apareció en el umbral de la puerta y los invitó al refrigerio de la tarde. Se sentaron ambos jóvenes entre los apóstoles. Éstos los contemplaban con expresión regocijada, como a los representantes de la nueva generación, quienes, después de su muerte, habrían de seguir esparciendo la simiente de la nueva fe. Pedro partió y bendijo el pan.

Reinaba una apacible serenidad en todos los semblantes, y una atmósfera de inmensa dicha parecía extenderse sobre aquel lugar.

—Y ahora —dijo, por fin, Pablo, volviéndose a Vinicio— dime: ¿somos nosotros los enemigos de la vida y de la felicidad?

—Ahora lo comprendo perfectamente —contestó el joven—; pues nunca me he sentido tan dichoso como entre vosotros.

XXXV

Al anochecer de ese día, yendo Vinicio de regreso a su casa por el Forum,

vio a la entrada del Vicus Tuscus la dorada litera de Petronio, conducida por fornidos bitinios, y, deteniéndole con un ademán, se aproximó a las cortinas.

—¡Espero que hayas tenido un sueño agradable y feliz! —exclamó, sonriendo, al ver que dentro de la litera Petronio dormitaba.

—¡Ah! ¿Eres tú? —dijo el árbitro, abriendo los ojos—. Sí; acababa de quedarme dormido, pues pasé la noche en el Palatino. He salido a comprar algunos libros para leer en el camino de Ancio. ¿Qué noticias tienes?

—¿Estás recorriendo librerías? —preguntó Vinicio.

—Sí, no me agrada introducir en mi biblioteca el más ligero desorden, así que estoy haciendo una provisión especial para el viaje. Es probable que tengamos ya algunas cosas nuevas de Musonio y Séneca. Estoy buscando también a Persio y una edición especial de las Églogas, de Virgilio, que me hace falta. ¡Oh, qué cansado estoy, y cómo me duelen las manos de tanto examinar libros! Porque, apenas se halla uno dentro de una librería, le domina la curiosidad y el deseo de registrarlo todo. Fui a la tienda de Avirno y a la de Atracto, en el barrio Argileto, y a casa de los Socios, en el Vicus Sandalarius. ¡Por Cástor! ¡Qué ganas tengo de dormir!

—¿Estuviste en el Palatino? Entonces podrás contarme lo que allí se dice. O mejor: ¿quieres enviar la litera y los libros a tu casa y venirte a la mía? Hablaremos allí de Ancio y de algún otro asunto.

—Bien —contestó Petronio, bajando de la litera—. Y, a propósito, ya sabrás que, pasado mañana, partimos para Ancio.

—¿Y cómo habría de saberlo?

—¿En qué mundo estás viviendo? Pues bien: he de ser, entonces, el primero que te anuncie la noticia. Sí; es preciso que estés preparado pasado mañana por la mañana. Han sido inútiles los guisantes en aceite de oliva, como ha sido inútil que se pusiera un paño alrededor de su gordo cuello: Barbas de Cobre está ronco. En vista de lo cual no se debe pensar en un aplazamiento. Él maldice a Roma, y a su atmósfera, y a todo cuanto la rodea; la vería gustoso arrasada hasta el nivel del suelo o destruida por las llamas; y desea llegar cuanto antes a orillas del mar. Dice que los olores que el viento le trae desde las calles estrechas le están empujando hacia la tumba. Hoy fueron ofrecidos en todos los templos grandes sacrificios a fin de que recobre la voz; y ¡ay de Roma, y especialmente del Senado, si no se restablece pronto!

—Entonces, ¿ya no habría motivo para efectuar el viaje a Acaya?

—Pero ¿acaso es ése el único talento que posee nuestro divino César? —preguntó Petronio, sonriendo—. Preséntese él en los juegos olímpicos como poeta, con su Incendio de Troya; como auriga, como músico, como atleta; y no

sólo eso, aun hasta como danzante, y recibirá en cada ocasión todas las coronas destinadas a los vencedores. ¿Sabes por qué ha quedado ronco ese mono? Se empeñó ayer en igualar a nuestro Paris como danzarín y se puso a bailarnos las aventuras de Leda. Durante el baile sudó y se ha resfriado. Se hallaba tan mojado y resbaladizo como anguila que acaba de salir del agua. Cambió de máscara una y otra vez, dio más vueltas que un huso y manoteó como un marino borracho, hasta que el más profundo disgusto se apoderó de mí ante el espectáculo continuamente grotesco de un gran abdomen y sus delgadas piernas pataleantes. Paris le estuvo enseñando por espacio de dos semanas; pero ya puedes tú imaginarte a Ahenobarbus de Leda o de Cisne divino. ¡Era un perfecto ganso! Y ahora quiere presentarse ante el público en esa pantomima, primero en Ancio y después en Roma.

—Ya con haber cantado en público escandalizó a mucha gente. ¡Pensar ahora que hemos de ver a un César romano en el papel de mimo! No; me figuro que ni la misma Roma querrá soportarlo.

—Mi querido amigo: Roma ha de soportarlo todo, y el Senado tributará un voto de gracias al «Padre de la patria» —dijo Petronio. Y luego añadió—: Y ya verás a la plebe orgullosa al ver al César convertido en un bufón.

—Mas dime tú mismo: ¿es posible llegar a mayor envilecimiento?

Petronio se encogió de hombros y dijo:

—Como tú vives encerrado en tu casa, embebido en tus meditaciones acerca de Ligia o de los cristianos, acaso no sabes lo que ocurrió hace apenas dos días. Nerón se unió públicamente en matrimonio con Pitágoras, que llevaba un traje de novia. Esto parecía haber colmado los límites de la locura, ¿no es verdad? Pues bien: se llamó a los flámenes, que acudieron y celebraron la ceremonia con toda solemnidad. Estuve presente en ella. Soy de mucho aguante; sin embargo, entonces se me ocurrió, lo confieso, que los dioses, si algunos existiesen, debieron allí mismo haber dado muestras de su poder... Pero el César no cree en los dioses y tiene razón.

—De manera que Nerón es, entonces, en una persona, sumo sacerdote, dios y ateo —dijo Vinicio.

—Cierto —repuso Petronio, riendo—. Eso no me había venido a la mente, pero forma una mezcla como no se ha visto antes otra igual en el mundo.

Luego, después de un momento de silencio, agregó:

—Y sería menester añadir que ese Sumo Pontífice, que no cree en los dioses y los desdeña aun siendo ateo, los teme.

—Y prueba de ello es lo que aconteció en el templo de Vesta.

—¡Qué sociedad!

—A tal sociedad, tal César. Pero esto no ha de durar mucho.

Así conversando entraron en casa de Vinicio, quien, con regocijado acento, pidió la cena, y, a continuación, volviéndose a Petronio, repuso:

—No, querido; la sociedad necesita una renovación.

—Renovación que no haremos nosotros —contestó Petronio—, aunque no sea más que por esto: en los actuales tiempos de Nerón, el hombre es sólo una mariposa que vive el corto espacio de un día a la luz del sol del favor cesáreo, y, al primer cierzo helado, perece. ¡Por el hijo de Maya! Más de una vez me he hecho esta pregunta: ¿en virtud de qué milagro un hombre como Lucio Saturnino ha podido llegar hasta la edad de noventa y tres años, y sobrevivir a Tiberio, a Calígula y Claudio? Mas hablemos de otra cosa. ¿Quieres permitir que mande tu litera en busca de Eunice? Se me ha pasado el sueño y desearía pasar algunos momentos agradables. Ordena que durante la cena nos recreen el oído algunos citaristas, y después hablaremos de Ancio. Es necesario pensar en ello, especialmente en lo que te concierne.

Vinicio mandó a buscar a Eunice, pero declaró a su tío que no deseaba torturar su cabeza con el pensamiento de su próxima permanencia en Ancio.

—Háganlo aquellos que no pueden vivir de otra manera que al calor de los rayos del favor del César —agregó—. El mundo no termina en el Palatino, especialmente para los que tienen algo más en sus corazones y en sus almas.

Dijo estas palabras con acento tan despreocupado y a la vez tan lleno de animación y de alegría, que todo esto sorprendió a Petronio extraordinariamente. De ahí que éste, después de mirarle con detenimiento, le preguntase:

—¿Qué te pasa? Hoy te encuentro como en los días que llevas a tu cuello la bulla de oro.

—Me siento feliz —contestó Vinicio—. Y te he invitado expresamente con el fin de participártelo.

—¿Qué ha sucedido?

—Algo que yo no cambiaría por todo el Imperio romano.

Luego se sentó, se apoyó en el brazo de la silla, reclinó la cabeza en la mano y habló con el rostro risueño y la mirada luminosa:

—¿Recuerdas aquel día en que fuimos a casa de Aulo Plaucio y allí viste por primera vez a una divina doncella, a quien tú mismo llamaste Aurora y Primavera? ¿Recuerdas a esa Psique incomparable, a la más bella de todas vuestras vírgenes y de todas vuestras diosas?

Petronio le miró con tal asombro que parecía dudar acerca del estado

mental de su sobrino.

—¿De quién hablas? —preguntó por fin—. En efecto, recuerdo a Ligia.

—Soy su prometido esposo.

—¡Qué!

Pero Vinicio se puso en pie de un salto y, llamando a su mayordomo, dijo:

—¡Que todos los esclavos acudan ahora mismo a mi presencia, sin exceptuar a ninguno!

—¿Tú eres su prometido esposo? —repitió Petronio.

Y antes que se hubiera repuesto de su asombro, el inmenso atrium se vio invadido por un numeroso enjambre de gente. Había entre ellos ancianos trémulos, hombres en todo el vigor de la edad, mujeres, muchachos y niñas. A cada momento se iba llenando más y más el atrium; en los corredores, denominados fauces, se oían voces que hacían llamamientos en diversos idiomas. Todos ocuparon, finalmente, sus respectivos puestos, en filas a lo largo de los muros y por entre las columnas.

Vinicio, en pie cerca del impluvium, se volvió entonces a Demas, el liberto, y dijo:

—Todos los que hayan servido veinte años en mi casa deberán presentarse mañana ante el pretor a fin de que se les otorgue la libertad; los que no hayan cumplido ese tiempo recibirán tres piezas de oro cada uno y dobles raciones por espacio de una semana. Enviarás a las prisiones rurales una orden de indulto general; caigan los grillos de los pies de los presos y que se les dé suficiente alimento. Sabed todos que el día de hoy es para mí un día de felicidad, y quiero que reine la alegría en mi casa.

Por espacio de un momento, los esclavos guardaron silencio, como si no diesen crédito a sus oídos; luego se alzaron todos los brazos y exclamaron todas las bocas:

—¡Aha! ¡Señor! ¡Aha!

Vinicio los despidió entonces con un ademán. Y aunque todos, a porfía, deseaban manifestarle su gratitud postrándose a sus pies, se alejaron apresuradamente llenando la casa entera, del sótano al techado, de rumores jubilosos.

—Mañana —dijo enseguida Vinicio— mandaré que se reúnan de nuevo en el jardín y hagan los signos que quieran en el suelo. Ligia dará la libertad, a su vez, a todos los que tracen un pez.

Petronio, que nunca se admiraba de cosa alguna por mucho tiempo, dijo

con aire indiferente:

—¿Un pez? ¡Ah, sí!... Según Quilón, ése es el emblema de los cristianos.

Y alargando luego la mano a Vinicio, prosiguió:

—La felicidad se encuentra siempre allí donde un hombre la descubre. Quiera Flora sembrar de flores tu camino por largos años. Cree que para ti deseo cuanto tú mismo puedas anhelar.

—Te lo agradezco, pues me imaginaba que tratarías de disuadirme, y eso, ya lo ves muy bien, sería tiempo perdido.

—¿Yo? ¿Disuadirte? De ningún modo. Por el contrario, te digo que obras perfectamente.

—¡Ah inconstante! —contestó Vinicio riendo—. ¿Has olvidado lo que me dijiste una vez, cuando salimos de casa de Pomponia Grecina?

—No —contestó Petronio con sangre fría—; pero he cambiado de parecer. Querido mío —agregó un momento después—, en Roma todo cambia. Los maridos cambian de esposas; las esposas cambian de maridos, ¿por qué, entonces, no podría yo cambiar de opinión? Faltó poco para que Nerón se casara con Actea, a la cual, por halagar al César, hallaron un origen real. Pues bien, si esto hubiese llegado a realizarse habríamos tenido: él, una esposa honrada, y nosotros, una honrada Augusta. ¡Por Prometeo y sus inmensos espacios desiertos del mar! ¡Cambiaré de opinión tan a menudo como me plazca o me convenga! Y, en cuanto a Ligia, su descendencia real es más cierta que la de Actea. Sólo te prevengo que en Ancio estés muy alerta con Popea, que es vengativa.

—No abrigo temor alguno. En Ancio no caerá ni un solo cabello de mi cabeza.

—Si piensas que he de asombrarme por segunda vez, te equivocas; mas, dime: ¿de dónde procede la certidumbre que abrigas?

—El apóstol Pedro me lo ha dicho.

—¡Ah, te lo ha dicho el apóstol Pedro! Contra eso no hay argumento que valga; permíteme, sin embargo, que tome algunas medidas de precaución para que el apóstol no resulte un falso profeta; porque si se equivocara el apóstol, por ventura dejaría de merecer tu confianza, la cual, por cierto, ha de serle muy útil en el porvenir.

—Haz lo que te plazca; pero si piensas que has de volverme en contra suya repitiéndome su nombre irónicamente, sufres una equivocación.

—Una pregunta más, tan sólo: ¿te has hecho cristiano?

—Todavía no; pero Pablo de Tarso viajará conmigo a fin de explicarme las enseñanzas de Cristo, y después me propongo recibir el bautismo; porque es inexacta la afirmación tuya de que los cristianos son enemigos de la vida y la felicidad.

—Tanto mejor para ti y para Ligia —contestó Petronio. Y luego, encogiéndose de hombros, agregó, como si hablase consigo mismo:

—No deja de ser admirable la habilidad de esas gentes para ganarse prosélitos y el modo de extenderse su secta.

—Sí —contestó Vinicio con tanta vehemencia como si ya estuviera bautizado—; existen miles y decenas de miles en Roma, en todas las ciudades de Italia, en Grecia y en Asia. Cristianos hay en las legiones y entre los pretorianos, y los hay en el propio palacio del César. Esclavos y ciudadanos, ricos y pobres, plebeyos y patricios confiesan la nueva fe. ¿No sabes que algunos Cornelios son cristianos, que es cristiana Pomponia Grecina, que lo fue, probablemente, Octavia, y que Actea lo es? Sí, esas enseñanzas pronto se extenderán por el mundo entero, y son, acaso, las únicas capaces de regenerarlo. Y no te encojas de hombros, porque ¿cómo sabes si, al cabo de un mes o al cabo de un año, no querrás también tú recibirlas?

—¿Yo? —dijo Petronio—. ¡No, por el hijo de Leto! No he de recibirlas aunque contuviesen ellas la verdad y la sabiduría de todos los dioses y de todos los hombres. Eso requiere trabajo, y a mí no me gusta trabajar porque exige renunciar, y yo no quiero negarme a mí mismo nada. Dada tu índole, comparable al fuego y al agua hirviente, bien puedes tú, en ocasiones, sentirte inclinado a ello. ¿Pero yo? Yo tengo mis gemas, mis camafeos, mis vasos, mi Eunice. No creo en el Olimpo, pero me he arreglado uno para mi uso particular en la tierra; y he de seguir prosperando en él hasta que las flechas del divino arquero vengan a herirme, o hasta que el César ordene que me abra las venas. Amo demasiado el aroma de las violetas y la molicie del triclinio. Amo aún a nuestros dioses como figuras retóricas, y amo la Acaya, adonde me preparo a encaminarme en compañía de nuestro grueso, perniflaco, incomparable, divino César, el Augusto Hércules, el Periodoniceso Nerón.

Y no pudiendo reprimir su buen humor ante la sola suposición de que pudiera llegar a amoldarse a las enseñanzas del pescador de Galilea, empezó a cantar a media voz:

Y ornaré de verde mirto mi brillante espada, siguiendo las huellas de Harmodio y Aristogitón.

Pero aquí se detuvo, pues en aquel momento anunciaron la llegada de Eunice. Se sirvió inmediatamente la cena, durante la cual ejecutaron los citaristas algunas canciones. Vinicio refirió entonces a Petronio la visita de

Quilón y cómo éste le había sugerido la idea de dirigirse directamente a los apóstoles, idea que vino a su mente mientras estaban flagelando al griego. Al oírle, Petronio, que empezaba a sentir sueño, se llevó la mano a la frente y dijo:

—La idea fue buena, puesto que era bueno el objetivo. En cuanto a Quilón, yo en tu lugar le habría dado cinco piezas de oro. Mas ya que tu voluntad fue flagelarlo, bien flagelado quedó, aun cuando es posible que cualquier día llegue a recibir, a su vez, los homenajes de los senadores, como hoy día los recibe nuestro caballero remendón Vatinio. Buenas noches.

Y quitándose la guirnalda que rodeaba su sien se preparó a retirarse en unión de Eunice. Una vez que hubieron partido, Vinicio se dirigió a su biblioteca y escribió a Ligia las líneas siguientes:

Cuando abras tus lindos ojos, ¡oh divina!, deseo que te dé esta carta los buenos días. Por eso la escribo, aunque te he de ver mañana. El César parte pasado mañana para Ancio, y yo, ¡ay de mí!, debo acompañarle. Ya te he dicho que no obedecer equivale a jugarse la vida; y ahora no podría tener yo el valor de abandonarla. Pero si deseas tú que no vaya, escribe una sola palabra y me quedaré. Y Petronio ya tratará, con un discurso, de apartar de mi cabeza el peligro.

Hoy, día de mi felicidad, he gratificado a todos mis esclavos, y a los que han cumplido en mi casa veinte años de servicios los llevaré mañana ante el pretor para otorgarles la manumisión. Tú, querida mía, creo que has de aplaudirme por ello, puesto que esta acción, a mi juicio, se halla en armonía con esa benigna religión tuya; y, porque al obrar así, lo he hecho por ti. Mañana esos libertos te agradecerán su libertad.

En cuanto a mí, me ofrezco la felicidad y a ti como cautivo. Y Dios quiera que nunca conozca la libertad.

¡Maldito sea Ancio y los viajes de Ahenobarbus! Y me considero tres y cuatro veces dichoso porque no poseo la sabiduría de Petronio; si la poseyera, quizá me viera obligado a ir a Grecia enseguida.

Entretanto, en los momentos de separación me entregaré a los más dulces recuerdos tuyos. Y cuando me sea posible escapar, tomaré un caballo y me lanzaré hacia Roma, deseoso de recrear mis ojos contemplándote y mis oídos escuchando tu dulce voz. Cuando no pueda venir mandaré un esclavo con una carta y en busca de tus noticias.

Te saludo, divina mía, y me postro a tus pies. No te enfades porque te llame divina. Si me lo prohíbes te obedeceré, mas hoy no me es posible darte otro nombre.

Con toda mi alma te saludo desde tu futuro hogar.

SEGUNDA PARTE

I

Era sabido en Roma que el César deseaba pasar por Ostia en su viaje, o, mejor dicho, que había dispuesto ver allí el barco mayor del mundo recién llegado de Alejandría con un cargamento de trigo, y de Ostia seguir hasta Ancio por la ruta del litoral. Las órdenes habían sido expedidas con muchos días de anticipación; así pues, en la Porta Ostiensis, desde el amanecer, una multitud, formada por toda la plebe del lugar y por todas las naciones del mundo, se había agolpado a fin de recrear sus ojos con la vista del séquito del César, nunca suficientemente contemplado por el populacho de Roma.

El camino de Ancio no era accidentado ni largo. En la ciudad misma, compuesta de palacios y casas de campo, construidas y amuebladas suntuosamente, se encontraba todo cuanto podía exigirse para la vida cómoda y aun la satisfacción de los más exquisitos refinamientos de la época. No obstante, el César tenía la costumbre de llevar consigo, en cada uno de sus viajes, todos aquellos objetos que le agradaban, empezando por los instrumentos musicales y los muebles domésticos y terminando por las estatuas y los mosaicos, que se colocaban, aunque se detuviera por poco tiempo en el camino a descansar o a tomar algún alimento. Con este motivo le acompañaban en cada expedición legiones de sirvientes, sin contar los guardias pretorianos y los augustanos. Cada uno de estos últimos tenía su séquito personal de esclavos.

Muy temprano, en la mañana de aquel día, grupos de pastores de la Campania, de caras tostadas por el sol, vestidos con pieles de cabra atadas a las piernas, conducían quinientas burras fuera de las puertas, anticipándose al viaje de la comitiva imperial, a fin de que Popea, en la mañana de su llegada a Ancio, tuviese preparado su habitual baño con leche de aquellos animales.

La plebe miraba entre risas y bromas las largas orejas de las burras viajeras, que éstas iban moviendo entre nubes de polvo, y escuchaba recogida los chasquidos de los latigazos y el vocerío agujoneador de los pastores. Una vez que pasaron las burras, numerosos grupos de muchachos se precipitaron al camino, lo barrieron esmeradamente y lo cubrieron de flores y agujas de pino. Entre aquella multitud se decían algunos al oído, con aire de orgullo, que todo

el camino hasta Ancio estaría alfombrado así de flores procedentes de los jardines privados de los alrededores o compradas a elevado precio a los mercaderes de la Porta Mugionis.

A medida que transcurrían las horas de la mañana, la muchedumbre aumentaba por momentos. Algunos habían venido con todos los miembros de sus familias, y para que no se les hiciera demasiado larga la espera extendían sus provisiones sobre las piedras destinadas a servir de cimiento al nuevo templo de Ceres, y tomaban su prandium al aire libre. Aquí y allá se formaban grupos en los que llevaban la voz cantante los individuos ya versados en viajes, y hablaban del que iba a hacer ahora el César, y de sus viajes futuros, y, en general, explotaban ese tema de actualidad. Marineros y soldados veteranos referían, a su vez, maravillas acerca de lo que en sus campañas a regiones remotas oyeran decir de países que no habían sido aún hollados por el pie de un romano. Y las gentes de Roma que jamás habían ido más allá de la Vía Appia escuchaban con atónita curiosidad narraciones de la India, de la Arabia, y de los archipiélagos que rodeaban la Britania, en una de cuyas islas Briario ató al dormido Saturno, y en las que moraban las almas. Y escuchaban también historias de las regiones hiperbóreas, donde había mares helados, y de los silbidos y rumores que se oían en las aguas del océano cuando el sol se hundía en ellas como si fuera a tomar su baño. Y los relatos de este género eran fácilmente creídos por la plebe, lo que no era de extrañar, puesto que los creían hombres como Plinio y Tácito.

Hablaban, asimismo, del barco que deseaba conocer el César y que era portador de un cargamento de trigo en cantidad suficiente para el consumo de dos años, sin contar a cuatrocientos pasajeros, otros tantos soldados y una multitud de bestias feroces destinadas a los juegos estivales. Esto producía, en general, una impresión favorable a Nerón, que no sólo se preocupaba de alimentar al pueblo, sino también de divertirlo. De ahí que le aguardara una acogida llena de entusiasmo.

Entretanto, se presentó un destacamento de caballería nómada, perteneciente a la guardia pretoriana. Llevaban uniformes amarillos, fajas rojas y grandes aretes, que daban reflejos dorados a sus caras negras. Las puntas de sus lanzas de bambú destellaban al sol como llamas. Una vez que hubieron pasado, comenzó un desfile semejante a una procesión. La multitud se estrechó vivamente para verle más de cerca; pero se encontraron con divisiones de pretorianos a pie, quienes, formando filas a ambos lados de la puerta, impedían el acceso al camino.

Se pusieron primero en movimiento innumerables carros que contenían tiendas de color de púrpura, rojo y violeta y de fino lienzo egipcio, tejido de hilo blanquísimo como la nieve, recamadas con oro, y tapices orientales, mesas de madera de cedro, piezas de mosaico y utensilios de cocina, jaulas

con aves procedentes de Oriente, del Norte y Occidente, aves cuyos sesos y lenguas estaban destinados a la mesa del César, y vasijas de vino, y canastas de fruta. Pero los objetos que no debían ser expuestos a los golpes o quebraduras que pudieran sufrir yendo en aquellos vehículos eran llevados a mano por esclavos. De ahí que se viese a centenares de individuos a pie llevando vasos y estatuas de bronce corintio. Había compañías de hombres expresamente designados para el transporte de los vasos etruscos; otros, para los griegos; otros, para los vasos de oro y de plata o los de cristal de Alejandría. Estas compañías iban custodiadas por pequeños destacamentos de infantería y caballería pretorianas. Dirigiendo cada división de esclavos iban capataces que empuñaban látigos, en cuyo extremo había pedazos de plomo o de hierro en vez de chasqueadores.

El cortejo formado por hombres portadores de diversos objetos, que llevaban con gran atención y cuidado, tenía cierto aspecto de solemne procesión religiosa, y aquella semejanza resaltó aún más cuando empezaron a pasar los instrumentos musicales del César y de los cortesanos. Allí se veían arpas, laúdes griegos, hebreos y egipcios, liras, formingas, cítaras, flautas, largos y torcidos cuernos de búfalo y címbalos. Al contemplar aquel mar de instrumentos, que daban al sol sus reflejos de oro, bronce, perlas y piedras preciosas, habría podido imaginarse que Apolo y Baco acababan de emprender un viaje por el mundo. Después de los instrumentos venían ricos carros llenos de acróbatas, danzantes y bailarines, que formaban grupos artísticos y llevaban palmas en las manos. Seguían una multitud de esclavas, destinadas, no al servicio, sino a la ostentación; muchos niños y niñas de corta edad, escogidos en Grecia y en Asia Menor, con largas cabelleras y con hermosos rizos aprisionados en redes de oro, niños semejantes a Cupidos por la maravillosa hermosura de sus rostros, que llevaban cubiertos de una espesa capa de cosmético a fin de resguardar su delicado cutis contra los rigores del viento de la Campania.

Y de nuevo apareció una cohorte pretoriana de gigantes sicambros, de ojos azules, de caras barbudas y cabellos rubios o rojos. A la cabeza de ella, las águilas romanas eran conducidas por portaestandartes, e iban también tablas con inscripciones, estatuas de dioses germanos y de Roma, guerreros, y, finalmente, bustos y estatuas del César. Por debajo de las pieles y la armadura del soldado surgían miembros recios y atezados que parecían, por su aspecto, verdaderas máquinas militares, capaces de manejar las pesadas armas de que iban provistos los guardias de esa clase. La tierra parecía doblarse a su mesurado y potente paso. Como si tuvieran conciencia de su fuerza, que podían emplear aun contra el mismo César, miraban con desprecio los grupos de la gente callejera, olvidando, evidentemente, muchos de ellos que habían llegado a la ciudad encadenados. Pero eran insignificantes por su número, pues la fuerza pretoriana había quedado acampada especialmente, a fin de

custodiar la ciudad y guardar en ella el orden dentro de ciertos límites.

Pasada esa cohorte, aparecieron los conductores de los encadenados leones y tigres de Nerón. Y los llevaban por si al César le venía el deseo de imitar a Dionisio y uncirlos a sus carros. Eran conducidos con cadenas de acero por árabes o hindúes, pero esas cadenas iban de tal manera entrelazadas con guirnaldas, que las fieras parecían conducidas entre flores. Los leones y tigres, amansados por hábiles domadores, miraban a la muchedumbre con sus ojos verdosos y como soñolientos; pero, a veces, alzaban sus cabezas gigantescas y aspiraban, dilatando ruidosamente las narices con potentes resoplidos, las emanaciones de la multitud, relamiéndose a la vez con sus ásperas lenguas los hocicos.

A continuación venían los vehículos y literas del César, grandes y pequeños, de oro o de púrpura, incrustados de marfil o de perlas, o reluciendo en ellos las joyas; y, a continuación, otra diminuta cohorte de pretorianos con armaduras romanas, pretorianos que eran exclusivamente voluntarios de Italia; luego, una multitud de esclavos, sirvientes, hombres, mujeres y niños; y, por último, el César mismo, cuya llegada fue saludada desde lejos por los gritos de millares de individuos.

Entre la muchedumbre se hallaba el apóstol Pedro, quien había deseado ver al César siquiera una vez en su vida. Le acompañaban Ligia, con el rostro oculto tras un espeso velo, y Urso, cuyas fuerzas constituían para la joven la más segura defensa en medio de aquella heterogénea y turbulenta multitud. El ligio había cogido entre sus manos una de las piedras destinadas a la construcción del templo y la había colocado cerca del apóstol, a fin de que subiendo éste sobre ella pudiese presenciar el acto con más comodidad que los demás.

Entre la multitud se dejó oír un murmullo al apartar Urso a la gente como un buque las ondas que surca; pero cuando le vieron alzar la piedra, que no podían levantar cuatro de los hombres más fornidos, aquel murmullo fue de admiración y a su alrededor se escucharon ahora gritos de Macte: «¡Bien! ¡Muy bien!».

Entretanto, el César se hallaba a la vista. Venía sentado en un carro que tiraban seis hermosos caballos de Idumea, blancos, con herraduras de oro. El carro tenía la forma de una tienda, abierta expresamente por los costados a fin de que las multitudes pudieran ver al César. Y, por lo espacioso, bien pudieran haber cabido en aquel vehículo muchas personas; pero Nerón, deseoso de que la atención pública se concentrara en él exclusivamente, cruzó por la ciudad solo, llevando a sus pies, como acompañantes únicos, a dos enanos deformes. Vestía una túnica blanca y una toga de color amatista, que daba tintes azulados a su rostro. Sobre su cabeza lucía una corona de laurel.

Desde su partida de Nápoles había engordado notablemente. Su rostro se le había ensanchado y bajo su mandíbula inferior pendía una doble barba, merced a la cual su boca, siempre demasiado cercana a la nariz, parecía tocar ahora sus ventanillas. Como de ordinario, tenía protegido el abultado cuello por un pañuelo de seda, que ajustaba continuamente con una mano blanca y gorda, cubierta de vello rojo, que formaba una mancha de color de sangre. Y no permitía que los depiladores le extirparan este vello, pues le habían dicho que, de hacerlo, se volverían temblorosos sus dedos y esto perjudicaría su habilidad para tocar el laúd. Y una vanidad inconmensurable se retrataba, como de costumbre, en su semblante, y con ella un aire de aburrimiento y de dolor. En conjunto, aquel rostro resultaba, a la vez, terrible y burlesco. Mientras avanzaba, iba volviendo la cabeza a un lado y otro, entornando los ojos por instantes y prestando atención a las manifestaciones con que le acogían.

La multitud prorrumpió, a su vista, en una tempestad de aplausos.

—¡Salve, divino César! —exclamaban—. ¡Salve, conquistador! ¡Salve, incomparable! ¡Hijo de Apolo, Apolo mismo!

Al escuchar estas aclamaciones sonreía; mas por momentos se diría que velaba una nube su semblante, porque la plebe romana era satírica y mordaz en sus manifestaciones y se daban casos en que había llegado hasta hacer blanco de sus punzantes críticas aun a los grandes triunfadores y a hombres a quienes amaba y respetaba. Era sabido que una vez habían gritado cuando entraba Julio César en Roma: «¡Ciudadanos, ocultad vuestras esposas, que viene el calvo libertino!».

Pero la monstruosa vanidad de Nerón no soportaba la menor increpación o crítica; y, entretanto, en medio de aquella multitud y mezclados con las aclamaciones, solían escucharse gritos como éstos: «¡Barbas de Cobre! ¡Barbas de Cobre! ¿Qué hiciste de tu llameante barba? ¿Temes, acaso, pegar con ella fuego a Roma?». Y los que daban tales gritos no sabían que en aquella burla se encerraba una tremenda profecía.

Pero esos gritos no irritaban mucho al César, quien no llevaba la barba porque desde hacía mucho tiempo la había ofrecido en un estuche de oro a Júpiter Capitolino. No obstante, otras personas, ocultas detrás de montones de piedras, o en los ángulos de los templos, le gritaban:

—¡Matricida! ¡Nerón! ¡Orestes! ¡Alcmeón!

Y todavía otros exclamaban:

—¿Dónde está Octavia? ¡Entrega la púrpura!

A Popea, que venía detrás de él, le gritaban: «Flava coma!», epíteto con

que se denominaba a las mujeres libertinas.

Al oído musical del César llegaban también esas exclamaciones y levantaba hasta los ojos su esmeralda pulimentada, a fin de ver y grabar en la memoria las fisonomías de quienes las pronunciaban. Mientras tal hacía, su mirada se detuvo en el apóstol, que se hallaba en pie sobre la piedra. Y aquellos dos hombres se contemplaron por espacio de breves momentos.

Y a ninguno de los individuos de aquel brillante séquito, ni de los que componían la inmensa multitud allí agrupada, pudo ocurrírsele que en aquel instante se miraban frente a frente dos poderes de la tierra, uno de los cuales se desvanecería en breve, como un sueño sangriento, y el otro, envuelto en aquellos modestos vestidos, iba pronto a conquistar la posesión eterna de la ciudad y del mundo.

Entretanto, el César había pasado ya; e, inmediatamente después de él, ocho africanos conducían una litera, dentro de la cual iba sentada Popea, la emperatriz aborrecida del pueblo. Vestida como Nerón, con traje de color de amatista y llevando en el rostro una espesa capa de cosmético, inmóvil, indiferente, pensativa, tenía el aspecto de una hermosa y maligna deidad llevada en procesión. La seguía todo un séquito de servidores de uno y otro sexo; y, a continuación, una hilera de carros ocupados por todo género de objetos de uso y prendas de vestir.

Hacia rato que había descendido del meridiano el sol, cuando empezó el desfile de los augustanos, que formaban una espléndida y brillante línea, semejante a una serpiente interminable.

El indolente Petronio, a quien la muchedumbre acogió con aclamaciones de simpatía, había dispuesto ser conducido en una litera en unión de su esclava Eunice, bella como una diosa.

Tigelino iba en un carro tirado por jacas adornadas con plumas blancas y purpúreas. Se le veía levantarse repetidas veces y alargar el cuello para observar si el César se preparaba a hacerle señas de que pasara a su carro.

Entre otros, la multitud recibió a Liciniano con aplausos; a Vitelio, con risas; a Vitinio, con silbidos. Con los cónsules Licinio y Lecanio se mostró indiferente, pero a Tulio Senecio le probó que le amaba, sin saberse por qué, y a Vestinio le aplaudió también.

El cortejo era innumerable. Parecía que todo cuanto había en Roma de más notable, de más opulento y de más brillante iba emigrando hacia Ancio. Nerón siempre viajaba seguido por centenares de vehículos, y la sociedad que le acompañaba excedía al número de soldados que formaban una legión.

Luego pudo verse a Domicio Afer y al decrepito Lucio Saturnino, y a

Vespasiano, que aún no había partido para Judea, de la que volvería para recibir la corona de César, y a sus hijos, al joven Nerva, a Lucano, a Anio Galo, a Quincio y a una multitud de mujeres renombradas por su riqueza, su hermosura, su lujo y sus vicios.

Los ojos de la multitud pasaban incesantemente de los arneses a los carros, a los caballos y a las extrañas libreas de los sirvientes, oriundos de todas las regiones de la tierra.

En aquella procesión de lujo y de grandeza, difícil era saber dónde posar la vista, y no solamente la vista, sino el espíritu, se sentía deslumbrado por el brillo del oro, de la púrpura, de la violeta, por los destellos de las piedras preciosas y el brillo del brocado, del nácar y del marfil. Parecía que hasta los propios rayos del sol se desvanecían en aquel desbordamiento de incomparable brillo. Y aun cuando en medio de aquella inmensa multitud no faltaban los desheredados de todas las riquezas y de todos los goces, aunque había infelices de estómagos hundidos y en cuyos ojos se reflejaba el hambre, aquel espectáculo no sólo despertaba en ellos la envidia y el ansia de disfrutar de todo aquello de que carecían, sino que a la vez los llenaba de satisfacción y de orgullo, porque daba una idea del poder de Roma invencible, de Roma de quien el mundo era tributario y ante quien todos se inclinaban.

Y, en verdad, no había entonces en la tierra quien se aventurase a pensar que ese poder no hubiera de perdurar a través de las edades y de sobrevivir a todas las naciones, o que pudiera existir algo capaz de oponérsele.

Vinicio, que venía entre los últimos del séquito imperial, saltó de su carro a la vista del apóstol y de Ligia, vista inesperada para él, y saludándolos con el rostro radiante de placer, así habló con el acento apresurado de quien no dispone de tiempo:

—¿Has venido? No sé cómo agradecértelo, ¡oh Ligia! ¡Dios no ha podido enviarme un augurio más dichoso! Te saludo, aunque sea para decirte adiós, pero no adiós por largo tiempo. Tendré preparadas con caballos postas en el camino y vendré a verte cada vez que disponga de un día libre, hasta que me sea posible regresar. ¡Salud!

—¡Salud, Marco! —respondió Ligia, y añadió luego en voz baja—: ¡Que Cristo te acompañe y abra tu alma a la palabra de Pablo!

Vinicio experimentó un placer indecible al notar que Ligia se preocupaba de verle cuanto antes convertido al cristianismo, y le dijo:

—Ocelle mii! Sea como tú quieras. Pablo ha preferido viajar con los individuos de mi séquito; pero está conmigo y será para mí a la vez un compañero y un maestro. Alza un momento ese velo y permíteme que te vea una vez más antes de seguir mi viaje. ¿Por qué te ocultas así?

Levantó la joven el velo, descubriendo a Vinicio su animado rostro y sus maravillosos ojos sonrientes, y le preguntó:

—¿Está mal?

Y en la sonrisa de Ligia había algo de púdica resistencia virginal; pero Vinicio, en tanto que la contemplaba enajenado, dijo:

—Sí, mal para mis ojos, que quisieran no mirar hasta la muerte otra cosa que tu divino rostro —y volviéndose al ligio, dijo—: Urso, guárdala como a la luz de tus ojos, pues ella es mi domina a la vez que la tuya.

Dicho esto, se apoderó de una mano de la joven y la llevó a sus labios, con gran asombro de la turba que los rodeaba y para la cual era incomprendible aquella manifestación de homenaje por parte del brillante augustano a una doncella tan humildemente vestida que parecía una esclava.

—¡Salud!... —dijo por última vez Vinicio.

Y partió presuroso, porque toda la comitiva del César se había adelantado ya considerablemente. El apóstol Pedro le bendijo haciéndole ligeramente la señal de la cruz, y el buen Urso prorrumpió a la vez en unas calurosas alabanzas, satisfecho al ver que su joven señora escuchaba con anhelo estos elogios y los agradecía.

La comitiva había continuado su marcha entretanto, perdiéndose luego entre nubes de polvo dorado; Pedro, Ligia y Urso la siguieron con la vista durante largo tiempo. Luego, se aproximó a ellos Demas, el molinero para quien trabajaba Urso por la noche. Cuando hubo besado la mano del apóstol, le rogó que le acompañara a su casa, situada en la proximidad del mercado, a tomar un refrigerio, agregando que era natural que tuviesen apetito y cansancio después de haber estado la mayor parte del día cerca de aquella puerta.

Todos le siguieron, y después de haber descansado y tomado algún alimento en su casa, volvieron al Transtíber cuando caía ya la tarde. Como era su intención atravesar el río por el puente Emilio, pasaron por el Clivus Publicus, subiendo al monte Aventino, entre los templos de Diana y Mercurio. Desde aquella altura contempló el apóstol los edificios que se extendían a su alrededor y los que se desvanecían a lo lejos. Absorto en silenciosas meditaciones, pensaba en la inmensidad y en el poderío de aquella metrópoli, a la que había venido a anunciar la palabra divina. Hasta entonces la dominación de Roma y sus legiones se le había hecho sensible en varios puntos de la tierra que había recorrido, y que no eran sino meros fragmentos del poder que por primera vez acababa de contemplar personificado en la figura de Nerón.

Aquella ciudad inmensa, depravada, rapaz, desenfrenada, corrompida hasta la médula de los huesos e inabordable en su poder sobrehumano, y aquel César fratricida, matricida, asesino de su mujer, arrastraba tras de sí un séquito de sangrientos espectros, no inferior en número al de los individuos de la corte imperial. Aquel libertino, aquel bufón que a la vez era señor de treinta legiones y mediante ellas señor del mundo; aquellos cortesanos cubiertos de oro y escarlata, llenos de las incertidumbres del mañana, pero hoy más poderosos que reyes; todo esto reunido le parecía como una especie de infernal reinado de la maldad y la injusticia. Su corazón sencillo se maravillaba de que Dios pudiera dar tan inconcebible omnipotencia a Satanás, que hubiera consentido en cederle el dominio de la tierra para que pudiese amasarla, revolverla y pisotearla; exprimir de ella sangre y lágrimas, aventarla como un torbellino, arremolinarla como una tempestad y consumirla como una llama. Y su corazón de apóstol se sentía perturbado por estos pensamientos, y así hablaba al Maestro desde lo íntimo de su alma:

«¡Oh Señor! ¿Cómo ha de empezar mi tarea en esta ciudad, a la que me has enviado? ¿De ella son los mares y las tierras, es dueña de otros reinos y ciudades y de treinta legiones que la guardan, y yo, Señor, soy tan sólo un humilde pescador! ¿Por dónde he de empezar, y cómo habré de sobreponerme a tanta maldad?».

Y hablando así, levantó al cielo su blanca y temblorosa cabeza, invocando desde el fondo de su alma el auxilio de su divino Maestro, lleno a la vez de tristeza y de temor.

En este momento su plegaria fue interrumpida por Ligia, quien le dijo:

—Parece como si toda la ciudad estuviera ardiendo.

Y en verdad estaba poniéndose el sol de una manera extraña. La mitad de su inmenso disco se había hundido ya detrás de Janículo y por toda la extensión del cielo se difundía un rojo fulgor.

Desde el sitio en donde se hallaba en pie, la mirada de Pedro abarcaba un horizonte vasto. Un poco a la derecha se veían las extensas murallas del Circo Máximo; sobre ellas se escalonaban los palacios del Palatino y, frente a éstos, más allá del Forum Boarium y del Velabrum, la cúspide del Capitolio, con el templo de Júpiter. Y las murallas, y las columnas y las cimas de los templos se veían como envueltas en los reflejos de oro y de púrpura. Y por el río, en los trechos visibles a lo lejos, se veía correr el agua como si fuera sangre. Y a medida que iba desapareciendo el sol detrás del monte, irradiaba resplandores más y más rojizos, semejantes a los que despide un incendio. Crecían y aumentaban hasta abarcar, por último, las siete colinas, y desde ellas se difundieron por todo el horizonte.

—¡Parece como si toda la ciudad estuviera ardiendo! —repitió Ligia. Pedro se puso la mano delante de los ojos y dijo:

—¡La ira de Dios ha caído sobre ella!

II

VINICIO A LIGIA

El esclavo Flegón, con quien te envió esta carta, es cristiano; así pues, se halla en el número de los que recibirán la libertad de tus manos, amada mía. Es un antiguo servidor de nuestra casa, de manera que puedo escribir con toda confianza y sin temor de que mi carta llegue a otras manos que las tuyas. Te escribo desde Laurento, en donde nos hemos detenido a causa del calor.

Otón poseía aquí una espléndida casa de campo que en otros tiempos había regalado a Popea, quien, aunque divorciada de él, creyó oportuno conservar tan magnífico presente. Cuando pienso en las mujeres que en la actualidad me rodean y en ti, me imagino que de las piedras arrojadas por Deucalión deben de haber brotado gentes de diversas especies, enteramente distintas las unas de las otras, y tú perteneces a aquellas que nacieron del cristal.

Te admiro y te amo con toda mi alma, y sólo quisiera hablar de ti; de ahí el que deba violentarme para escribirte acerca de nuestro viaje y de lo que a mí me sucede, y darte noticias de la corte.

Pues bien: el César fue aquí el huésped de Popea, quien había preparado secretamente para él una recepción soberbia. Ella tan sólo invitó a unos pocos augustanos; pero Petronio y yo estábamos entre éstos...

Después de la comida fuimos en botes dorados a dar un paseo por el mar, que se hallaba tan tranquilo como si durmiera, y tan azul como tus ojos, ¡oh divina mía! Bogamos nosotros mismos, porque evidentemente halagaba a la Augusta el que hombres de dignidad consular, o hijos de éstos, fueran remando en homenaje a ella.

El César, sentado junto al timón y vestido con una toga purpúrea, cantó un himno en honor al mar, himno que había escrito la noche anterior y para el que había compuesto música en unión de Diodoro.

En otros botes le acompañaban esclavos de la India, que tocaban en conchas marinas, en tanto que a nuestro alrededor se veían numerosos delfines, como si en realidad la música los hubiese atraído desde las profundidades de Anfitrite.

¿Y sabes lo que hacía yo? Pensaba en ti y languidecía por tu ausencia. Y me decía que bien quisiera poder abarcar todo aquel Océano, toda aquella apacible calma y las armonías todas de aquella música y depositarlas a tus pies.

¿Quieres, Augusta mía, que vayamos a vivir a orillas del mar y lejos de Roma? Yo poseo tierras en Sicilia, en las que hay un bosque de almendros que dan flores de color de rosa en primavera. Y este bosque desciende hasta la orilla del mar, hasta el punto de que las ramas de sus árboles casi tocan la superficie del agua.

Allí me consagraré a amarte y a honrar las enseñanzas de Pablo, porque ahora sé que no se oponen ni a la felicidad ni al amor. ¿Lo quieres tú así?

Pero antes de recibir la respuesta de tus adorados labios, he de seguirte refiriendo lo que pasó en el bote.

No tardamos en perder de vista la ribera. Y vimos delante de nosotros una vela a distancia, e inmediatamente se suscitó una discusión acerca de si aquél era un simple bote de pescadores o un gran barco procedente de Ostia.

Yo fui el primero en descubrir lo que era, y entonces la Augusta dijo que evidentemente nada había ocultado para mis ojos, y dejando de pronto caer el velo sobre su semblante, me preguntó si podría reconocerla así.

Petronio contestó inmediatamente que hasta el mismo sol se hacía invisible detrás de una nube; mas ella dijo, riéndose, que solamente el amor podría cegar una mirada tan penetrante como la mía, y poniéndose luego a nombrar sucesivamente a varias augustanas, empezó a preguntarme, intentando descubrir a la vez cuál de ellas era el objeto de mi amor.

Yo le contesté con calma, pero por fin mencionó tu nombre.

Y al hablar de ti se descubrió de nuevo el rostro y me dirigió una mirada inquisidora y aviesa.

Estoy realmente agradecido a Petronio, quien hizo en aquel instante virar el bote, con lo que apartó de mí la atención general, porque si en aquel momento hubiera escuchado alguna frase hostil o desdeñosa para ti, me habría visto en la imposibilidad de ocultar mi cólera y en lucha con el deseo de romper la cabeza con mi remo a esa mujer perversa y ruin. Recordarás, referente a esto, el incidente ocurrido en el estanque de Agripa y que te referí en casa de Lino la víspera de mi partida.

Petronio se halla alarmado por mi causa, y hoy me ha implorado nuevamente que no ofenda la vanidad de la Augusta. Pero Petronio no me comprende ni se da cuenta de que, fuera de ti, no existen para mí ni placer, ni hermosura, ni amor, y que por Popea sólo siento aversión y desprecio.

Tú has transformado mi alma tanto y tan sensiblemente, que no sabría volver a mi vida anterior. Pero no temas que aquí me amenace algún peligro. Popea no me ama, porque no es capaz de amar a nadie, y su deseo lo forman únicamente la cólera y el despecho que siente hacia el César, quien se halla aún bajo su influencia y quizá la ama todavía; pero no guarda escrúpulos con ella, ni le oculta sus infidelidades, ni su impudor.

Te referiré, además, algo que te tranquilizará. Pedro me dijo al partir que no temiese al César, pues ni un solo cabello caería de mi cabeza, y yo le creo. Dentro de mi alma una voz me afirma que todas sus predicciones han de verse cumplidas; que habiendo bendecido él nuestro amor, ni el César, ni todo el poder del Hades, ni la predestinación misma podrían arrancarte de mi lado, ¡oh Ligia! Cuando pienso en esto, me considero tan feliz como si me hallara en el Cielo, única morada de tranquilidad y de ventura. Mas quizá a ti, como cristiana, te extraña lo que digo del Cielo y del Destino. En ese caso perdóname, porque peco sin querer. El bautismo aún no me ha purificado y mi corazón es como una copa vacía que Pablo de Tarso ha de llenar con vuestra dulce doctrina, aún más dulce para mí por ser tuya.

Considera como un mérito, ¡oh divina!, que haya vaciado la copa del líquido que la contenía y que no la retiro, sino que la presento como un hombre sediento que se halla junto a una pura fuente. Ojalá encuentre gracia a tus ojos.

En Ancio pasaré los días y las noches escuchando las enseñanzas de Pablo, que desde el principio de nuestro viaje ha adquirido tal ascendiente sobre los individuos de mi séquito, que le rodean a todas horas, viendo en él no sólo un taumaturgo, sino casi un ser sobrenatural.

Ayer noté en su rostro un aire complacido, y al preguntarle qué hacía, me contestó: «Estoy sembrando».

Petronio sabe que él se halla entre los míos y desea verle, como también Séneca, quien ha oído a Galo hablar de él. Pero ya las estrellas palidecen, ¡oh Ligia!, y el lucero de la mañana empieza a brillar con mayor fulgor. Pronto la aurora vendrá a colorear las ondas del mar. Todo duerme a mi alrededor; pero yo sólo te amo, pienso en ti y me consagro a tu amor.

Salve, pues, a ti, en unión de la aurora de esta mañana, sponsa mea.

III

VINICIO A LIGIA

¿Has estado alguna vez en Ancio, único amor mío, con Aulo y Pomponia Grecina? En caso contrario, me conceptuaré dichoso el día en que pueda mostrarte esta ciudad.

En todo el camino, desde Laurento, hay una serie de casas de campo a lo largo de la ribera del mar, y el mismo Ancio está formado por una interminable sucesión de palacios y de pórticos, cuyas columnas, cuando hace buen tiempo, se reflejan en el agua.

Yo mismo poseo aquí una morada que da al mar, con un huerto de olivos y un bosque de cipreses que hay detrás de la casa, y cuando pienso que todo esto algún día ha de ser tuyo, me parecen más blancos estos mármoles, más grata la sombra de estas arboledas y este cielo más azul. ¡Oh Ligia mía, cuán bello es vivir y amar!

El viejo Menicles, que se halla a cargo de la casa, ha plantado lirios debajo de los mirtos, y al verlos vino a mi mente el recuerdo de la casa de Aulo, del impluvium y del jardín en el cual estuve sentado junto a ti. Y estos lirios te han de traer a ti también reminiscencias del hogar en que has pasado tu niñez; por eso, estoy seguro de que Ancio y esta casa de campo te agradarán.

Apenas llegados a la ciudad, conversé largamente con Pablo durante la comida. Hablamos de ti y después dio él principio a sus enseñanzas y le escuché con atención bastante tiempo, y te digo que aunque supiese escribir como Petronio, no podría expresarte lo que ha pasado por mi mente y por mi alma.

Jamás había llegado ni siquiera a sospechar que pudiera existir en el mundo una felicidad, una belleza y una paz semejantes y hasta hoy desconocidas de las gentes. Pero me reservo todo esto para hablarlo contigo, pues en el primer momento libre de que disponga estaré en Roma.

¿Cómo puede haber en la tierra sitio a la vez para el apóstol Pedro, para Pablo de Tarso y para el César? Dímelo tú. Te pregunto esto, porque la noche siguiente a la de nuestra conferencia con Pablo estuve con Nerón, y ¿sabes lo que allí escuché? Pues bien: en primer lugar, nos leyó su poema sobre la destrucción de Troya y lamentó no haber podido jamás presenciar el espectáculo del incendio de una ciudad.

Y envidiaba a Príamo y le consideraba afortunado por haber asistido al incendio y a la ruina de su pueblo natal.

Y entonces le dijo Tigelino: «Pronuncia tan sólo una palabra, ¡oh divino!, y tomaré en mis manos una antorcha y antes que haya terminado la noche verás arder Ancio».

Pero el César le llamó necio. «¿Y adónde entonces —agregó— podría ir a

respirar las brisas marinas y a proteger mi voz, este don de los dioses, que los hombres dicen que debo conservar para bien de la Humanidad? ¿No es Roma la que me hace daño; no son esas agobiantes exhalaciones del Suburra y del Esquilino las que aumentan mi ronquera? ¿Y el incendio de Roma no ofrecería un espectáculo cien veces más trágico y grandioso que el de Ancio?».

Y aquí todos comenzaron a comentar esta eventualidad, previendo qué terrible cuadro constituiría una ciudad como ésta envuelta en llamas, una ciudad que había conquistado el mundo convertida en un montón de cenizas.

El César declaró entonces que llegada esa emergencia su poema superaría a los cantos de Homero, y empezó a dar una idea de cómo reconstruiría él la ciudad y cómo las edades venideras habrían de admirar sus hazañas, en presencia de las cuales toda otra obra humana aparecería mezquina y deleznable. «¡Hazlo! ¡Hazlo!», exclamaron los comensales, borrachos. «Sería menester para ello que tuviera yo amigos más fieles y abnegados», contestó Nerón.

Te confieso que me sentí lleno de una profunda alarma al escuchar estas palabras, porque en Roma te hallas tú, carissima.

Y al presente me río de tales temores y me parece que el César y sus amigos, por insensatos que sean, nunca osarían permitir locura semejante. Sin embargo, ve cómo el amor hace temerosos a los hombres; ahora preferiría yo que no estuviera la casa de Lino en esa estrecha calle del Transtíber y en un barrio ocupado por gentes extranjeras, con quienes se guardan menos consideraciones en tales casos. Para mí, ni los propios palacios del Palatino serían moradas dignas de ti; por esto, quisiera yo que, de hoy en adelante, no te hiciera falta ninguno de los atavíos y comodidades a los que desde la niñez has estado acostumbrada.

Ve, pues, a casa de Aulo, Ligia mía. Mucho he meditado ya esta determinación. Si estuviera Nerón en Roma, la noticia de tu regreso pudiera llegar hasta el Palatino por conducto de los esclavos, y recayendo nuevamente sobre ti la atención, acaso fueras objeto de persecuciones por haber osado contravenir la voluntad del César. Pero él ha de permanecer mucho tiempo en Ancio, y antes que haya vuelto, los esclavos habrán cesado ya de hablar de ti.

Lino y Urso podrían habitar contigo.

Y además vivo con la esperanza de que antes que vuelva al Palatino el César estarás tú ya, diosa mía, ocupando tu propia casa en las Carenas.

Bendigo desde ahora el día, la hora y el minuto en que atraveses los umbrales de mi casa, y si esto me concede Cristo, en cuya doctrina me estoy al presente instruyendo para abrazarla enseguida, sea también su nombre bendecido. He de servirle y consagrar mi sangre y mi vida, digo mal: le

serviremos ambos, mientras se conserve el hilo de nuestra existencia.

Te amo y te saludo con toda mi alma.

IV

Estaba Urso sacando agua en la cisterna tirando con una cuerda de una doble ánfora mientras cantaba a media voz una extraña canción ligia, y al mismo tiempo alzaba la vista de cuando en cuando para observar lleno de complacencia, por entre los cipreses, el grupo que en el jardín de Lino formaban Ligia y Vinicio, apareciendo en la distancia como un par de blancas estatuas. Ni la más leve brisa agitaba sus vestidos.

Descendía sobre el mundo el crepúsculo, de oro y violeta, mientras ellos conversaban cogidos de la mano en medio de la placidez de aquella tarde.

—¿No te sobrevendrá, Marco, ninguna desgracia por haber salido de Ancio sin permiso del César? —preguntó Ligia.

—No, amada mía —contestó Vinicio—. El César anunció que se iba a encerrar durante dos días con Terpnos y a dedicarse en ese tiempo a la composición de nuevos cantos. Y esto lo hace a menudo, y en tales ocasiones no se preocupa de nada ni de nada se acuerda. Y además, ¿qué significa para mí el César, cuando me encuentro cerca de ti y me miro en tus ojos? Demasiado he sentido la nostalgia de ellos, y en las últimas noches me ha perseguido el insomnio. Más de una vez, al caer, por la fatiga, en una especie de sopor, he despertado de pronto perseguido por el temor de que algún peligro pendiera sobre tu cabeza. A veces soñaba también que me habían sido robadas las postas que debían traerme de Ancio a Roma y merced a las que hice el camino con mayor rapidez que cualquiera de los correos del César. Y, además, no podía ya permanecer lejos de ti por más tiempo: te amo demasiado, vida mía.

—Y yo estaba segura de que tú vendrías. Dos veces corrió Urso, a ruego mío, a las Carenas y preguntó por ti en tu casa; eso hacía reír a Lino y a Urso.

Y era evidente que la joven le había estado aguardando, porque, en vez del traje oscuro que habitualmente llevaba, vestía ahora una blanca estola de tela suavísima, por entre cuyos hermosos pliegues emergían su cabeza y sus brazos como unas primavera brotando de la nieve, y algunas anémonas rojas adornaban sus cabellos.

Vinicio oprimió sus labios sobre la mano de la doncella; se sentaron luego en un banco de piedra, en medio de pámpanos silvestres y, aproximándose el

uno al otro, permanecieron silenciosos, contemplando las luces del crepúsculo, cuyos postreros destellos se reflejaban en sus ojos. El encanto de aquella tarde apacible se iba adueñando poco a poco de ellos.

—¡Cuánta paz hay aquí y qué bello es el mundo! —dijo Vinicio con voz leve, como un susurro—. Y la noche habrá de ser aún más admirablemente hermosa. Me siento más feliz que nunca. Dime, Ligia: ¿qué es esto? Antes siempre creí que el amor era simplemente un deseo y una llama que enardecía la sangre, y ahora veo, por primera vez, que es posible amar hasta con la última gota de la propia sangre y hasta con el postrer aliento del pecho; y siento, por ello, una tranquilidad tan dulce e inconmensurable, como si el sueño y la muerte se hubieran adueñado de mi alma. Para mí esto es algo completamente nuevo. Contemplo esta calma de la Naturaleza que nos rodea y me parece que la siento dentro de mí. Y comprendo, asimismo, por primera vez, que puede existir una felicidad hasta hoy ignorada de muchas gentes. Y ahora empiezo también a comprender por qué tú y Pomponia Grecina disfrutáis de esa paz... ¡Sí, Cristo es quien la brinda!...

En este instante apoyó Ligia su hermoso rostro en el hombro del joven y dijo:

—¡Mi querido Marco...!

Mas no pudo continuar. La alegría, la gratitud y la conciencia de que al fin le era permitido amar la dejaron sin voz y llenaron sus ojos de lágrimas de emoción.

Vinicio, oprimiendo con el brazo la delicada figura de la joven, la atrajo hacia sí y le dijo:

—¡Ligia! ¡Bendigo el momento en que por vez primera tu nombre llegó a mis oídos!

—¡Te amo, Marco! —dijo ella con voz apagada.

Y ambos volvieron a guardar silencio, incapaces sus labios de articular las palabras que rebosaban sus pechos, oprimidos por la emoción.

Los últimos reflejos violáceos del crepúsculo acababan de desvanecerse por entre los cipreses, y el jardín parecía plateado por la luna.

Después de un breve silencio, Vinicio dijo:

—Lo sé. Y apenas entré aquí, apenas besé tus amadas manos, leí, asimismo, en tus ojos una pregunta: si profesaba ya la divina doctrina que tú confiesas, si me había bautizado. No, todavía no he recibido el bautismo, ¿y sabes por qué, flor mía? Pablo me ha dicho: «Te he convencido ya de que Dios vino al mundo y se hizo crucificar por la salvación de los hombres; pero sea Pedro quien te bañe en la fuente de la gracia, ya que también él fue quien

primero extendió hacia ti las manos y el primero que te bendijo». Y yo, amada mía, he deseado que te hallaras presente en mi bautismo, y quiero que sea Pomponia Grecina mi madrina. Ésta es la razón por la que no me he bautizado aún, si bien creo en el Salvador y en sus enseñanzas. Pablo me ha convencido, me ha convertido. ¿Y cómo podría ser de otra manera? ¿Cómo no habría yo de creer que Cristo vino al mundo, puesto que lo ha dicho aquel que fue su discípulo y lo ha dicho Pablo, a quien Él se apareció? ¿Cómo no creerle Dios, sabiendo que se levantó de entre los muertos? Otros le vieron en la ciudad, y en el lago, y sobre la montaña, y le vieron gentes cuyos labios no manchó nunca la mentira. Y esto mismo empecé yo a creer desde la primera vez que escuché a Pedro en Ostianum, porque entonces me dije: «En todo el mundo, cualquier otro hombre podría mentir menos éste, que dice: "Yo le vi"». Pero temía vuestra doctrina. Me parecía que te alejaba de mí. Me parecía que en ella no había ni belleza, ni sabiduría, ni felicidad. Pero ahora que la conozco, ¿qué clase de hombre sería yo si no quisiera que en el mundo reinara la verdad y no la mentira, el amor y no el odio, la bondad en lugar de la maldad, la lealtad en lugar de la deslealtad, la piedad y no la venganza? ¿Quién sería aquel que no ansiara tal cosa? Y esto es lo que hace vuestra doctrina. Otras también buscan la justicia, pero solo ésta vuelve justos los corazones humanos. Y, además, los torna limpios y fieles como el tuyo y el de Pomponia Grecina. Estaría ciego si no lo viera. Y si, además, Cristo Dios ha prometido la vida eterna y una felicidad tan exquisita como sólo el poder de Dios puede proporcionar, ¿qué más puede desear un hombre? Si yo tuviera que preguntar a Séneca por qué enaltece la virtud, puesto que el vicio procura más bienestar que ella, estoy seguro de que no sabría darme una respuesta convincente. Pero ahora yo sé que debo ser virtuoso, porque la virtud y el amor emanan de Cristo, y porque cuando la muerte me cierre los ojos, he de abrirlos luego a la vida y a la felicidad; y he de encontrarme junto a ti. Yo pensaba que tu credo se oponía a la felicidad terrena; mas Pablo me ha convencido de que no sólo no la destruye, sino que nos la brinda. Ahora mismo acabas de decirme: «Yo te amo», y estoy seguro de que por medio de la violencia no hubiera logrado arrancar de tus labios esas palabras, ni aun con todo el poder de Roma. ¡Oh Ligia! La razón demuestra que ésta es una religión divina; que es la mejor, presente el corazón: ¿quién podrá jamás resistir a dos potencias semejantes?

Ligia escuchaba, entretanto, fijos en él sus ojos azules, que, al fulgor de la luna, semejaban dos místicas flores perladas de rocío.

—¡Sí, Marco; eso es cierto! —dijo ella, reclinando con mayor confianza la cabeza en el hombro de Vinicio.

Y, en aquel instante, se sintieron ambos inmensamente felices, pues comprendían que, fuera del amor, los unía otro poder, a la vez tierno e irresistible, merced al cual el amor mismo se hacía infinito e inaccesible a

cambios, engaños ni traiciones, invulnerable hasta para la misma muerte.

Vinicio sentía también que ese amor no era tan sólo profundo y puro, sino enteramente nuevo: un amor no conocido hasta entonces en el mundo y que el mundo no podría dar jamás. Y en su alma todo iba a confundirse, a condensarse en aquel amor: Ligia, las enseñanzas de Cristo, el suave fulgor de la luna brillando plácidamente sobre los cipreses, la tranquila noche; así, para él, todo el universo parecía estar impregnado y palpitante de ese amor. Al cabo de algunos instantes le dijo a media voz y con acento conmovido:

—Tú serás el alma de mi alma y el ser más amado en el mundo. ¡Oh amada mía! Vivir unidos, tributar unidos nuestro tierno homenaje a Dios y saber que cuando venga la muerte volverán a abrirse nuestros ojos, como después de un agradable sueño, a una nueva luz; ¿qué cosa más bella y sublime podría imaginarse? Sólo me sorprende no haber adivinado todo esto antes. ¿Y sabes lo que ahora me parece? Pues que nadie se opondrá a esa doctrina. Dentro de doscientos o trescientos años será aceptada por el mundo entero; las gentes olvidarán a Júpiter. No habrá más Dios que Cristo ni más templos que los cristianos. ¿Quién no desea su propia felicidad? ¡Ah! He oído la conversación de Pablo con Petronio. ¿Sabes lo que Petronio acabó diciendo? «Esto no es para mí», y no supo responder otra cosa.

—Repíteme las palabras de Pablo —dijo Ligia.

—Ocurrió en mi casa, por la tarde. Petronio se puso a hablar superficialmente y a bromear, como de costumbre. Entonces, Pablo le dijo: «¿Cómo puedes, sabio Petronio, negar que Cristo existió y resucitó de entre los muertos, si entonces no habías nacido? Pedro y Juan le vieron. Yo también le vi en el camino de Damasco. Ante todo, tu sabiduría debe demostrar que somos mentirosos, y entonces podrás oponerte a nuestros testimonios». Mas Petronio respondió que no pensaba oponerse, pues sabía que existían muchas cosas inconcebibles que personas dignas de crédito atestiguaban. Pero dijo que una cosa era el descubrimiento de un nuevo Dios extranjero y otra la aceptación de su doctrina. «No quiero —dijo— conocer nada que pueda estropear la vida, ni destruir su belleza. No tiene importancia que nuestros dioses no sean verdaderos. Son bellos, con ellos estamos contentos y vivimos sin preocupaciones». Entonces, Pablo repuso: «Rechazas la doctrina del amor, la justicia y la caridad por temor a las preocupaciones de la vida. Pero piensa, Petronio, si vuestra vida está realmente libre de ellas. Ni tú, ni ninguno de los más ricos y más poderosos señores sabéis, al acostaron, si no despertaréis con vuestra sentencia de muerte. Pero dime: si el César profesara la doctrina que prescribe el amor y la justicia, ¿no sería más segura tu suerte? Temes por tus alegrías, ¿pero no sería, entonces, tu vida más alegre? Y en cuanto al adorno y la belleza de la vida, si habéis construido tantos maravillosos templos y estatuas para honrar deidades malas, vengativas, adúlteras y falsas, ¿qué no

haríais para honrar al único Dios del Amor y de la Verdad? Te alegras de tu suerte porque eres poderoso y vives en el placer; y, a pesar de proceder de una gran familia, podrías haber sido pobre y abandonado: ¿no te iría, entonces, mejor en el mundo si los hombres profesaran la doctrina de Cristo? En vuestra ciudad, algunos padres, incluso poderosos, para no complicarse la vida con la educación de los hijos los echan frecuentemente de sus casas. A estos niños se los llama alumnos. Y tú, señor, también podrías ser uno de esos alumnos. Pero si tus padres vivieran siguiendo nuestras enseñanzas, entonces eso no podría sucederte. Cuando llegaras a ser hombre y te casaras con la mujer que amaras preferirías que te fuera fiel hasta la muerte. Pero, entretanto, fíjate en lo que sucede entre vosotros: ¡cuánta infamia, cuánta vergüenza y cuánto engaño en la fe matrimonial! Vosotros mismos os extrañáis cuando existe una mujer de las que llamáis univira. Pero yo te digo que aquellas que llevan a Cristo en su corazón, no quebrantarán la fe de sus maridos al igual que los maridos permanecerán fieles a sus mujeres. Vosotros no estáis seguros ni de vuestros caudillos, ni de vuestros padres, ni de vuestras mujeres e hijos, ni de vuestros sirvientes. El mundo tiembla ante vosotros y vosotros tembláis ante vuestros esclavos, porque sabéis que en cualquier momento pueden levantarse contra vuestra dominación en una guerra terrible, como han hecho otras veces. Eres rico, mas no sabes si mañana te despojarán de tus riquezas; eres joven, mas quizá debas morir mañana. Amas, pero te acecha la traición. Te gustan las casas y las estatuas, aunque mañana puedes ser desterrado a la desierta Pandataria; tienes miles de sirvientes y mañana pueden sacarte la sangre. Y si esto es así, ¿cómo podéis estar tranquilos y felices y vivir con alegría? Por eso yo proclamo el amor y la doctrina que ordena a los jefes amar a sus subordinados, a los señores amar a sus esclavos; y a éstos, servir con amor, ser justos y caritativos. Y, finalmente, promete una felicidad inmensa como un mar sin fin. Entonces, ¿cómo puedes decir, ¡oh Petronio!, que esta doctrina estropea la vida, silo que hace es arreglarla? Tú mismo serías mucho más feliz y te sentirías más seguro si se adueñara del mundo, como lo ha hecho vuestro poderío romano». Así habló Pablo, ¡oh Ligia!, y, entonces, Petronio repuso: «Eso no es para mí», y, haciéndose el soñoliento, salió diciendo: «Prefiero mi Eunice a tu doctrina, pequeño judío; pero no quisiera luchar contigo en la tribuna». Sin embargo, yo escuché sus palabras con toda el alma. Y cuando habló de nuestras mujeres adoré de todo corazón esa doctrina de la cual has brotado tú como brotan las azucenas entre los matorrales. Entonces pensé: «Popea abandonó a dos maridos por Nerón; Calvia Crispinilla y Nigidia y cuantas mujeres conozco, a excepción de Pomponia, han comerciado con la fe y los juramentos, y sólo mi Ligia no abandonará ni dejará que se apague el fuego del hogar a pesar de que me falle y me abandone todo en lo que he puesto la fe». Entonces te hablé en mi interior: «¿Con qué agradecerte todo eso, sino con amor y veneración? ¿No has presentido que desde Ancio te

hablaba continuamente, como si estuvieras a mi lado? ¡Y te amo cien veces más porque huiste de mí en la casa del César! No me importa ya toda la casa del César; nada quiero ya de sus pompas ni de sus fiestas; sólo te quiero a ti. Pronuncia una palabra y dejaré a Roma y nos retiraremos a vivir a una región lejana».

Sin levantar la cabeza del hombro de Vinicio, Ligia alzó la mirada pensativa hasta las altas copas de los cipreses, que plateaba la luz de la luna, y contestó:

—Bien, Marco. Me has hablado de Sicilia, en donde Aulo desea pasar los últimos años de su vejez...

Vinicio la interrumpió lleno de alegría:

—¡Sí, amada mía! Nuestras propiedades son colindantes. Aquélla es una costa deliciosa. Su clima es más suave y sus noches más bellas que las mismas noches de Roma, perfumadas y serenas. Allí la vida y la felicidad son casi una misma cosa.

Y, a continuación, se puso a soñar planeando el porvenir:

—Allí olvidaremos nuestras amarguras. Por entre las arboledas y los olivos nos pasearemos y descansaremos a su sombra. ¡Oh Ligia! ¡Qué vida la nuestra entonces, consagrada solamente al amor, a la contemplación de la Naturaleza: las flores, el mar, el firmamento; a la adoración de Dios y a la práctica de la verdad y el bien!

Y ambos, silenciosos, se pusieron a soñar en el porvenir, mientras Vinicio atraía más estrechamente hacia sí a la joven, y, al hacerlo, brillaba su dorado anillo de caballero a los rayos de la luna.

En el barrio habitado por gente pobre y obrera todo dormía y no se escuchaba el menor susurro.

—¿Me permitirás ver a Pomponia Grecina? —preguntó Ligia.

—Sí, amada mía. Los invitaremos a nuestra casa e iremos nosotros a la suya. Si lo deseas, llevaremos también a Pedro, el apóstol. Pablo nos visitará, asimismo, y ha de convertir a Plaucio. Y así como los soldados romanos fundaron colonias en territorios distantes, así nosotros fundaremos también una colonia de cristianos.

Ligia le tomó una mano y quiso llevársela a sus labios; mas Vinicio le dijo muy quedo, como si temiera que el más leve rumor pudiera ahuyentar la felicidad:

—¡No, Ligia, no! Yo soy quien debe rendirte homenaje de amor y adoración; dame tus manos.

—¡Marco, yo te amo!

Y el joven llevó a sus labios las manos de Ligia, blancas como jazmines. Y por espacio de algunos momentos ambos escucharon tan sólo el latir de sus amantes corazones. En la atmósfera no se advertía el más leve soplo, y los cipreses, inmóviles, parecían también seres animados que mantenían en suspensión sus alientos... De pronto fue interrumpido el silencio por una especie de trueno sordo y ronco, como si brotara de la profundidad de la tierra. Y un escalofrío recorrió el cuerpo de Ligia.

Se levantó Vinicio, y dijo:

—Son los leones que rugen en el vivarium.

Y pusieron ambos el oído atento.

Al primer bramido como de trueno respondió un segundo y un tercero, y luego, por todos los ámbitos de la ciudad se escucharon los rugidos de las fieras.

En Roma se conservaban enjaulados varios miles de leones en diversas arenas de la ciudad, los cuales, frecuentemente por la noche, se aproximaban a las rejas de sus cárceles y, apoyando contra ellas sus gigantescas cabezas, rugían clamando por la libertad perdida y la selva. Era lo que entonces ocurría, y, en medio del silencio de la noche, poblaron toda la ciudad con sus rugidos aterradores. Había en ello algo tan indescriptiblemente horrendo y lúgubre, que Ligia, cuyas apacibles y hermosas visiones del futuro se vieron así bruscamente perturbadas, escuchaba ahora aquellos bramidos, el pecho oprimido por una extraña sensación de temor y de tristeza. Pero Vinicio, rodeándole el talle, le dijo:

—Nada temas, amada mía. Es que los juegos se hallan próximos y los vivaria están llenos.

Y ambos entraron entonces en casa de Lino, acompañados por el tético rugir de los leones, que por momentos se iba haciendo más y más estruendoso y resonante.

V

Entretanto, Petronio, en Ancio, obtenía casi diariamente nuevos triunfos sobre los demás cortesanos que con él se disputaban el favor del César.

La influencia de Tigelino había decaído por completo. En Roma se hacía indispensable cuando se presentaba la ocasión de hacer a un lado a hombres

que parecían peligrosos, de saquear sus propiedades, o fallar juicios políticos, de dar espectáculos sorprendentes por su pompa y su mal gusto, de satisfacer, en suma, los monstruosos caprichos del César. Pero en Ancio, y dentro de los palacios que en el mar azul reflejaban sus fachadas, Nerón llevaba una vida helénica. De la mañana a la tarde se declamaban versos, discurriendo acerca de su estructura y sus bellezas, recreándose con los giros elegantes, ocupándose de música, de teatros; en una palabra: se consagraba el día exclusivamente a las creaciones del género griego que habían venido a hermostrar la vida.

En estas condiciones, Petronio, de un refinamiento incomparablemente superior al de Tigelino y al de los demás cortesanos, elocuente, sutil, lleno de ingenio y buen gusto, alcanzaba allí la preeminencia. El César buscaba entonces su compañía, se mostraba deferente a sus opiniones, le pedía consejo en la composición poética y le demostraba una amistad más decidida que en cualquier otra circunstancia. En vista de lo cual, pareció a los cortesanos que la influencia de Petronio había obtenido, por fin, un triunfo supremo, y que la amistad entre el César y él entraba en un periodo de firmeza en que se mantendría a través de los años. Y hasta aquellos que antes hicieron patentes sus antipatías al exquisito epicúreo empezaron ahora a agruparse a su alrededor y a disputarse su favor.

Y más de uno se alegraba interiormente, con sinceridad, ante la preponderancia de un hombre capaz en todo instante de emitir un cabal e ilustrado concepto acerca de cualquier persona y que recibía con escéptica sonrisa las adulaciones de sus enemigos de la víspera; pero, sea por indolencia o por elegancia, no era vengativo, pues nunca empleaba su poder en detrimento o para la ruina de los demás. Porque había habido ocasiones en que de su voluntad dependió el destruir aun al mismo Tigelino; pero se contentaba con ridiculizarle y poner de relieve su vulgaridad y falta de pulimento.

En Roma, el Senado respiraba ahora, pues desde hacía mes y medio no se había expedido ninguna sentencia de muerte. Cierto es que en Ancio y en la capital decían las gentes cosas extraordinarias de los refinamientos a que había llegado la licencia del emperador y de su favorito; mas todos preferían un César extremadamente sibarita a un tirano embrutecido en las manos de Tigelino.

El mismo Tigelino se sintió desconcertado y empezó a vacilar acerca de si habría ya de darse por vencido, pues el César había repetido que en toda Roma y entre todos sus cortesanos sólo había dos espíritus capaces de comprenderse, dos verdaderos espíritus helénicos: él y Petronio.

La admirable habilidad de este último confirmaba a las gentes en la convicción de que su influencia habría de sobrevivir a la de todos los demás

cortesanos. Porque no veían cómo podría el César pasarse sin él. ¿Con qué otro conversaría acerca de poesía, de música, de arte? ¿En qué otros ojos leería si sus creaciones eran realmente perfectas?

Y Petronio, con su indiferencia habitual, parecía no dar importancia a su posición. Como de ordinario, se mostraba indolente, perezoso, escéptico y lleno de ingenio. Con frecuencia producía, en quienes le rodeaban, la impresión de un hombre que se estuviera burlando de ellos, de sí mismo, del César y del mundo entero.

A veces hasta se atrevía a criticar a Nerón en su presencia, y cuando los demás creían que había llegado ya demasiado lejos o estaba preparando su propia ruina, tenía tal habilidad para transformar de súbito la crítica de tal manera, que venía, en definitiva, a redundar en provecho propio y a convertirse en alabanza. En esos torneos de ingenio y sutileza llenaba de admiración a los augustanos presentes y en su ánimo dejaba el convencimiento de que no habría dificultades que no lograra vencer airoosamente.

Una semana después de haber regresado Vinicio de Roma, el César leyó en un pequeño círculo de íntimos algunos extractos de su canto al Incendio de Troya. Terminada la lectura y los ruidosos transportes de admiración de los oyentes, Petronio, a quien interrogó el César con la mirada, respondió:

—Malos versos; sólo son buenos para el fuego.

Los presentes sintieron que el terror suspendía los latidos de sus corazones. Jamás, desde los días de su niñez, había escuchado Nerón de hombre alguno una sentencia semejante.

El rostro de Tigelino irradiaba felicidad. Pero Vinicio se había puesto pálido, creyendo que Petronio, a quien hasta entonces jamás había visto ebrio, se había embriagado esta vez por completo.

Nerón, sin embargo, preguntó con voz melosa, en la que temblaba una inflexión de vanidad hondamente herida:

—¿Qué defectos les encuentras?

—No les creas —dijo Petronio, encarándose con él y señalando a los presentes—; ésos nada comprenden. Me has preguntado qué defectos hay en tus versos. Si deseas escuchar la verdad, voy a decírtela. Tus versos son buenos para Virgilio, Ovidio, el mismo Homero; pero no son dignos de ti. Estás a mayor altura que ellos. El incendio por ti descrito no arde suficientemente: tu fuego no quema lo bastante. No escuches las lisonjas de Lucano. Si hubiera escrito él esos versos, le declarararía yo un genio; pero, en tu caso, es ya diferente. ¿Y sabes por qué? Tú eres más grande que ellos. De persona tan privilegiada como tú por los dioses, justo es aguardar más. Pero tú

eres perezoso, prefieres dormir después de la comida en vez de sentarte a trabajar. Eres capaz de producir una obra superior a cuantas haya conocido el mundo hasta nuestros días; de ahí el que yo ahora diga en tu presencia: ¡escribe mejor!

Petronio dijo estas palabras con aire negligente y en el que, a la vez, iban confundidos la burla y el reproche; mas, por los ojos del César pasó como una ligera niebla de satisfacción.

—Los dioses me han dotado de un poco de talento —dijo—, pero me han concedido también algo más valioso: un amigo leal y un crítico justiciero, único hombre capaz de decirme la verdad.

Y extendió su gruesa mano, cubierta de rojizo vello, hasta un candelabro de oro que estaba próximo y que había sido saqueado en el templo de Delfos, como si fuera en él a quemar los versos.

Pero Petronio se apoderó de ellos antes que la llama hubiera tocado el papel, y dijo:

—¡No, no! Aun tales como son pertenecen a la Humanidad. Déjamelos.

—Permite, entonces, que te los mande en un cilindro de mi propia invención —dijo Nerón, abrazando a Petronio—. Ciertamente, tienes razón —repuso al cabo de un instante—. Mi incendio de Troya no arde suficientemente, mi fuego no quema lo bastante. Pero yo estaba satisfecho con llegar hasta la altura de Homero. Siempre me he visto cohibido por una especie de timidez y una apreciación modesta de mis facultades. Pero tú me has abierto los ojos. ¿Y sabes por qué es cierto lo que afirmas? Cuando un escultor talla la estatua de un dios, busca siempre un modelo; y yo nunca lo tuve. Jamás he visto el incendio de una ciudad; de ahí que mi descripción adolezca de falta de verdad.

—Por lo cual, te digo que sólo un gran artista es capaz de comprender esto.

Se puso pensativo Nerón, y, al cabo de un instante, dijo:

—Contéstame a una pregunta, Petronio: ¿sientes tú el incendio de Troya?

—¿Que si lo siento? No, a fe mía, ¡por el lisiado consorte de Venus! Y te diré por qué razón. Troya no habría sido destruida si Prometeo no hubiese dado el fuego a los hombres y si los griegos no hubieran hecho la guerra a Príamo; y Esquilo no habría escrito su Prometeo de no existir el fuego; así como sin la guerra de Troya Homero no habría escrito la Ilíada. Creo, pues, preferible la existencia de Prometeo y de la Ilíada a la conservación de una ciudad pequeña y despreciable, que, a mi juicio, era, además, sucia y ruin, y en la que, a lo sumo, existiría hoy un magistrado que te estaría fastidiando con las disputas del areópago local.

—Esto es lo que se llama hablar con razón —dijo el César—. Por el arte y la poesía no sólo es lícito, sino que es justo y necesario sacrificarlo todo. ¡Dichosos los de Acaya, que suministraron a Homero el tema de la Ilíada, y dichoso Príamo, que pudo contemplar la destrucción de su pueblo natal! En cuanto a mí, jamás he visto una ciudad envuelta en llamas...

Se sucedió un instante de silencio, que fue interrumpido al fin por Tigelino con estas palabras:

—Si ya te lo he dicho, César: ordena y pondré fuego a Ancio. O bien, si sientes la destrucción de estos palacios y casas de campo, puedo dar la orden de que incendien los buques anclados en Ostia, o edificar para ti en los montes Albanos una ciudad de madera, a la que tú mismo pondrías fuego. ¿Quieres?

—¿He de ponerme a contemplar el incendio de unas cuantas barracas de madera? —dijo Nerón, dirigiéndole una desdeñosa mirada—. Estás perdiendo la iniciativa, Tigelino; y veo, además, que no atribuyes gran valor a mi talento, ni al mérito de mi Incendio de Troya, si juzgas que cualquier sacrificio estaría a mayor altura que él.

Esta respuesta dejó confundido a Tigelino. Pero Nerón, como si deseara cambiar el tema, repuso después de un momento:

—Está pasando ya el verano... ¡Qué malos olores habrá ahora en Roma...! Y, sin embargo, es necesario que volvamos allá, para asistir a las fiestas estivales.

Tigelino dijo entonces:

—Cuando se hayan retirado los augustanos, permite que hable contigo un momento a solas.

Una hora después, yendo Vinicio con Petronio de vuelta de la casa del César, dijo Vinicio al árbitro:

—Estuve un momento lleno de alarma por tu causa. Pensé que te habías embriagado y te vi próximo a una irremisible pérdida. Recuerda que estás jugando con la muerte.

—Ésa es mi arena —contestó Petronio con aire negligente—, y me complace sentir que soy en ella el mejor gladiador. Ya ves cómo concluyó aquello. Mi influencia ha aumentado mucho más desde esta noche. Me enviará sus versos en un cilindro, que estoy dispuesto a apostarme contigo que ha de ser inmensamente rico, y, a la vez, de un gusto inmensamente malo. Y mandaré a mi médico que guarde en él los purgantes. Tengo, además, otra razón. Tigelino, al ver el éxito que alcanzan estas sutilezas, estoy seguro de que tratará de imitarme y ya me imagino lo que sucederá cuando se ponga a manejar conceptos. Será como si un oso de los Pirineos se pusiera a bailar

sobre una cuerda. Reiré como Demócrito. Si quisiera podría causar la ruina de Tigelino, sustituirle en el cargo de prefecto de los pretorianos y tener al propio Ahenobarbus en mi poder. Pero soy indolente; prefiero mi actual vida, y aun los versos del César, a tomarme la menor molestia.

—¡Qué habilidad la tuya al transformar la crítica en alabanza! Pero ¿son tan malos, realmente, esos versos? Yo de eso no entiendo nada.

—No son peores que los demás. Ciertamente es que Lucano tiene más talento en uno solo de sus dedos; pero en Barbas de Cobre hay algo. Tiene, sobre todo, un inmenso amor por la poesía y por la música. Dentro de dos días nos reuniremos con él a fin de escuchar la música de su himno a Venus Afrodita, que dejará concluido hoy o mañana. Estaremos en un limitado círculo de íntimos: solamente tú, Tulio Senecio, el joven Nerva y yo. Pero en cuanto a lo que una vez dije acerca de los versos de Nerón, que lo uso después de las fiestas como Vitelio las plumas de flamenco, no es cierto; porque, en ocasiones, rozan los límites de la elocuencia. Así, por ejemplo, son conmovedoras las palabras de Hécuba. Se queja de las torturas del alumbramiento, y en dicho pasaje Nerón ha sido capaz de encontrar expresiones felices, acaso por esta razón: que el alumbramiento de cada verso le cueste, a su vez, torturas. Hay ocasiones en que le tengo lástima. ¡Por Pólux! ¡Qué admirable mezcla! A Calígula le faltaba algo en la cabeza; no obstante, nunca llevó a cabo cosas tan extrañas.

—¿Quién podrá prever hasta qué punto habrán de llegar las locuras de Ahenobarbus? —dijo Vinicio.

—Nadie lo sabe. Es posible que todavía ocurran cosas que de sólo pensarlas se les erizarían los cabellos a los hombres en los siglos futuros. Pero eso es, precisamente, lo que a mí me interesa; y aunque más de una vez me aburro como Júpiter Amón en el desierto, creo que bajo el reinado de otro César me aburriría cien veces más. Pablo, tu pequeño judío, es elocuente; eso le concedo, y si otras gentes como él proclaman esa religión será menester que nuestros dioses se defiendan seriamente, pues, de lo contrario, con el tiempo pueden caer prisioneros. Ciertamente es que si el César, por ejemplo, fuese cristiano, nos sentiríamos todos más seguros. Pero tu profeta de Tarso, al presentarme sus pruebas, no pensaba, lo ves muy bien, que yo, en estas incertidumbres, encuentro el encanto de la vida. Quien no juega a los dados, no perderá dinero; y, a pesar de eso, las gentes persisten en jugar. Hay en ello un cierto deleite, una especie de olvido del presente. Yo he conocido a senadores y a hijos de caballeros que se han hecho gladiadores espontáneamente. Yo juego la vida, tú lo has dicho, y eso es cierto; mas la juego porque en ello encuentro un placer; en tanto que las virtudes cristianas me llenarían de hastío desde el primer día, como me pasa con los discursos de Séneca. Ésa es la causa por la que Pablo derrocha en vano conmigo su elocuencia. Él debería comprender que los

hombres como yo no han de aceptar jamás su religión. En cuanto a ti, es diferente, dada tu disposición de ánimo; podrías, o bien llegar hasta el aborrecimiento del nombre de cristiano, o bien convertirte inmediatamente al cristianismo. Yo les doy la razón, entre bostezos. Somos unos insensatos. Nos encaminamos directamente al precipicio; algo desconocido viene hacia nosotros como perspectiva del futuro; hay algo, asimismo, que se está desmoronando detrás de nosotros, y, por último, algo hay también que muere a nuestro alrededor; convenido. Pero sabremos morir a tiempo. Entretanto, no nos asiste el menor deseo de hacer gravosa la vida y de servirnos del manjar de la muerte antes que ésta venga hacia nosotros. La vida existe por sí misma tan sólo, y no para la muerte.

—¡Te compadezco, Petronio!

—No más de lo que me compadezco yo mismo. Antes pasabas tú agradablemente la vida entre nosotros, y cuando hacías tus campañas de Armenia ansiabas volver a Roma.

—Ahora me ocurre lo mismo.

—Cierto, porque estás enamorado de una vestal cristiana que vive en el Transtíber. Ni me sorprende esto ni por ello te hago un cargo. Me admiro, sí, de que, a pesar de una religión que tú me has descrito como fuente inagotable de felicidad, y a pesar de un amor que pronto ha de tener su anhelada coronación, de tu semblante no haya desaparecido tu aire habitual de melancolía. Pomponia Grecina se hallaba, asimismo, eternamente pensativa; y desde la época en que te hiciste cristiano tú has cesado de sonreír. Y no intentes persuadirme de que en esta religión tiene sitio la alegría. Tú, de Roma, has vuelto más triste que nunca. Si los cristianos aman de esta manera, te juro por los brillantes rizos de Baco que no he de imitarlos.

—Eso es otra cosa —contestó Vinicio—. Puedo jurarte, a mi vez, no por los rizos de Baco, sino por el alma de mi padre, que jamás pude en el pasado ni siquiera imaginar una felicidad semejante a la que hoy disfruto. Pero, al mismo tiempo, experimento una nostalgia profunda, y, lo que es más extraño, cuando me hallo lejos de Ligia me parece que algún peligro la amenaza. Y no sé en qué consiste ese peligro, ni de dónde viene; mas lo siento venir como se siente aproximarse una tempestad.

—Dentro de dos días trataré de obtener permiso para que puedas dejar Ancio por todo el tiempo que te plazca. Popea se halla al presente algo más tranquila, y hasta donde me es posible saberlo, ningún peligro os amenaza ni a ti ni a Ligia.

—Hoy mismo me preguntó la Augusta qué había estado haciendo en Roma, y eso que partí secretamente.

—Es posible que haya enviado espías para seguirte. Mas, ahora, es necesario que ella también cuente conmigo.

—Pablo me ha dicho —repuso Vinicio— que a veces nos manda Dios avisos, pero no nos permite creer en los presagios; de ahí que yo viva en guardia contra este pensamiento; con todo, me es imposible alejarlo de mi ánimo. Y, a fin de quitarme un peso del corazón, voy a referirte algo que me ha sucedido. Ligia y yo estábamos sentados el uno al lado del otro, en una noche tan tranquila como ésta, e ideando planes para el futuro. Sería posible que intentara describirte la tranquilidad y el éxtasis dichoso de aquellos momentos. De súbito se oyó el rugido de los leones. Eso ocurre frecuentemente en Roma, pero, desde aquel instante, no he quedado tranquilo. Me parece que en esos rugidos iba envuelta una amenaza o una especie de presagio de infortunio... Bien sabes tú que es difícil que me domine el miedo; y, sin embargo, en aquella noche y después de aquel suceso, el terror se adueñó de mí con toda la oscuridad de la noche. Vino aquello de manera tan extraña e inesperada, que hasta este momento siento en mi oído esos rugidos y en mi pecho un temor incesante como si Ligia estuviera en peligro y deseando mi protección contra algo terrible, acaso contra esos propios leones. Y sufro. Es necesario que me obtengas un permiso para salir de Ancio, pues, de lo contrario, partiré de aquí sin él. No me es posible permanecer más tiempo; te lo repito: ¡no puedo!

—Todavía no son enviados a la arena los hijos de los cónsules ni sus esposas —dijo Petronio riendo—. Así pues, cualquier otra muerte puede aguardarte antes que ésa. Por lo demás, ¿quién dice que ésos fueron leones? Los bisontes germanos mugen con no menos dulzura que los leones. En cuanto a mí, me río de los presagios y de los presentimientos. Anoche hacía calor y presencié una lluvia de estrellas. Hay muchos hombres que consideran de mal agüero espectáculo semejante, pero yo pensé esto: «Si entre esas estrellas se encuentra también la mía, por lo menos allá arriba la compañía no ha de hacerme falta».

Luego guardó silencio y agregó, después de un momento de meditación:

—Si vuestro Cristo se ha levantado de entre los muertos, acaso Él pueda también protegeros a vosotros contra la muerte...

—Es posible —contestó Vinicio, alzando la vista hacia el cielo, cubierto de estrellas.

VI

El César se hallaba tocando y cantando en honor de la «Señora de Chipre»

un himno cuyos versos y música había compuesto él mismo. Aquel día estaba en voz y comprendía que su música, en realidad, cautivaba a sus oyentes. Esa convicción agregaba tal fuerza a los sonidos que producía y exaltaba tanto su alma, que parecía inspirado.

Y, al finalizar el canto, se hallaba pálido, porque se sentía realmente conmovido. En esta ocasión, acaso por primera vez, no tuvo el menor deseo de escuchar los elogios de los demás. Así pues, se sentó por espacio de algunos instantes con las manos sobre la cítara y la cabeza inclinada. Luego, levantándose repentinamente, dijo:

—Estoy fatigado y necesito aire. Entretanto, afinad las cítaras.

Luego se envolvió el cuello con un pañuelo de seda y dijo, volviéndose a Petronio y Vinicio, que se hallaban sentados en un extremo de la sala:

—Acompañadme. Dame tu brazo, Vinicio, pues las fuerzas me faltan. Petronio, entretanto, me hablará de música.

Y salieron a la azotea, cuyo pavimento era de alabastro y sobre el que se habían esparcido hojas de azafrán.

—Aquí se respira mejor —dijo Nerón—. Mi alma se halla conmovida y triste, si bien ahora estoy persuadido de que con lo que acabo de cantarte, como ensayo, puedo presentarme en público y alcanzar un triunfo como hasta la fecha no lo ha obtenido igual ningún romano.

—Puedes presentarte aquí, y en Roma, y en Acaya. Te admiro con todo mi corazón y con todo mi espíritu, divinidad —contestó Petronio.

—Lo sé. Eres demasiado indolente para que sea posible prodigar alabanzas haciéndote violencia a ti mismo. Y te juzgo tan sincero como Tulio Senecio; pero tú tienes más conocimiento que él. Dime: ¿cuál es tu concepto acerca de la música?

—Cuando escucho declamar unos versos, cuando te veo en el circo dirigir una cuadriga, cuando miro una estatua, un templo o un cuadro hermoso, comprendo perfectamente lo que veo y escucho, y asimilo todas las bellezas que en estas obras residen. Pero cuando a mi oído llegan las armonías de la música y especialmente de la música tuya, nuevos primores y deleites se presentan a cada instante en mi espíritu. Yo los persigo y trato de apoderarme de ellos; pero antes que logre asimilármelos por completo, afluyen otros y otros, como las ondas del mar, en sucesión interminable. De aquí el que yo considere, como ya te he dicho, que la música puede bien compararse al Océano. Contemplamos desde una orilla el horizonte inmenso, pero sin que nos sea posible abarcar con la mirada la otra orilla.

—¡Qué profundo conocimiento tienes en la materia! —exclamó Nerón.

Y siguieron paseándose durante algunos momentos en silencio, que era interrumpido tan sólo por el leve roce de las hojas de azafrán al ser holladas por sus pies.

—Tú has dado expresión exacta a mis propias ideas —dijo, por fin, Nerón—. De ahí que ahora te diga, y te repita siempre, que en Roma tú eres el único hombre capaz de comprenderme. Así es, en realidad; mi concepto acerca de la música se halla en perfecta armonía con el tuyo. Cuando toco y cuando canto experimento la visión de cosas que antes ni siquiera sospechaba que existieran en mis dominios, o en el mundo. Soy el César y el mundo es mío. Puedo hacerlo todo. Pero la música me abre nuevos horizontes, nuevos reinos, montañas y mares, delicias para mí antes no conocidas. Con suma frecuencia no me es posible aplicarles un nombre y ni siquiera darme cuenta de la forma que toman; tan sólo sé que las siento. Siento a los dioses, veo el Olimpo. Una especie de brisa ultraterrena parece llegar hasta mí, y entreveo, como en medio de una niebla sutil, cierta grandeza inconmensurable, pero tranquila y brillante como los rayos del sol. Parece como si a mi alrededor girase todo el sistema planetario, y te lo declaro —aquí la voz del César se volvió temblorosa a influjos de una sincera emoción—: Yo, César y dios, me siento en tales ocasiones como un grano de arena. ¿Lo creerás?

—Sí. Solamente los grandes artistas tienen la facultad de sentirse pequeños en presencia del arte.

—Esta es una noche de sinceridad; así pues, voy a abrirte mi alma como a un amigo, y te diré más: ¿piensas tú que soy hombre ciego o falto de juicio? ¿Piensas que me hallo ignorante de este hecho: que el pueblo de Roma escribe en las murallas insultos contra mí y me llama asesino de mi mujer y matricida, y me considera como un monstruo y un tirano, porque Tigelino ha obtenido unas cuantas sentencias de muerte en contra de mis enemigos? Sí, querido mío, me consideran como un monstruo; yo lo sé... Y han hablado tanto de crueldad refiriéndose a mí, que, en ocasiones, me hago la pregunta: «¿No soy, en efecto, cruel?». Pues ellos no comprenden esto: que a veces pueden los hechos de un hombre ser crueles sin que él mismo lo sea. ¡Ah! ¡Nadie creerá, y ni acaso tú mismo, querido mío, que en los momentos en que la música me acaricia el alma me siento tan bueno e inofensivo como un niño en la cuna! Yo juro por esas estrellas que sobre nosotros brillan que te estoy diciendo la pura verdad. ¡La gente no sabe cuánta nobleza anida en este corazón, ni qué tesoros de bondad en él descubro cuando la música le abre a sus celestes armonías!

Petronio, que no dudaba ni un momento de que el César estuviese hablando con sinceridad en este instante y de que la música pudiera tener la virtud de despertar en su alma algunas nobles inclinaciones, que dormían abrumadas por montañas de egoísmo, desenfreno y crimen, dijo:

—Los hombres debieran conocerte tan profundamente como yo; jamás Roma ha sido capaz de apreciarte en tu justo mérito.

El César se apoyó más pesadamente sobre el brazo de Vinicio, como si se sintiera abrumado por la gravosa carga de la injusticia, y contestó:

—Me ha contado Tigelino que en el Senado se dicen al oído que Diodoro y Terpnos tocan la cítara mejor que yo. ¡Hasta eso quieren negarme! Pero dime, tú que eres siempre sincero: ¿tocan ellos mejor que yo o tan sólo están a mi altura?

—De ninguna manera. Tú tocas con más dulzura y mayor intensidad. En ti se advierte con palmaria evidencia al artista; en ellos, al ejecutante experimentado. Y el hombre que los escucha primero a ellos, comprende mejor quién eres tú.

—¡Si ello es así, que vivan! Nunca podrán imaginar qué importante servicio acabas de prestarles en este momento. Por otra parte, si yo hubiera condenado a esos dos, me hallaría en la necesidad de tomar otros que los sustituyeran.

—Y las gentes, además, dirían que por amor a la música destruías la música en tus dominios. Nunca mates el arte por el arte, ¡oh divino!

—¡Cuán diferente eres de Tigelino! —exclamó Nerón—. Pero ya lo ves: soy artista en todo, y puesto que la música me abre horizontes cuya existencia yo antes ignoraba, dominios que no poseo, goces y dichas que no concibo, no es posible que lleve una vida vulgar. La música dice a mi alma que lo sobrenatural existe; así, pues, yo lo busco con todo el poder y todo el dominio que los dioses han puesto en mis manos. En ocasiones me parece que para alcanzar esos mundos del Olimpo, es menester que haga algo que hasta ahora ningún hombre haya realizado; que debo superar la estatura del hombre, en el bien y en el mal. Sé que las gentes me llaman loco. Mas no estoy loco; ¡estoy sólo buscando! Y si me vuelvo loco es de aburrimiento al no hallar nada. ¿Me entiendes? ¡Y, por tanto, mi anhelo es ser más grande que el hombre, porque solamente de esa manera llegaré a ser el más grande de los artistas! —y aquí bajó la voz, a fin de que Vinicio no le oyera, y acercando la boca al oído de Petronio, le dijo muy quedo—: ¿Sabes que yo condené a muerte a mi madre y a mi esposa principalmente porque deseaba presentar ante los umbrales de un mundo desconocido el mayor sacrificio que un hombre pudiera ofrecer allí? Pensé que después de eso algo sucedería, que se me abrirían las puertas de ese mundo ignoto, a través de las cuales veía lo que hasta ese momento me era desconocido. ¡Sea ello terrible o admirable, no importa, con tal que supere la concepción humana y lo vea yo grande y exento de vulgaridad! Pero ese sacrificio no fue bastante. Evidente es que para abrir las puertas del empíreo se necesita algo más grande aún. ¡Sea ello, pues, así, ya que el Destino lo quiere!

—¿Qué intentas hacer?

—Lo verás, y más pronto de lo que te imaginas. Entretanto ten por cierto que existen dos Nerones; uno, que el pueblo conoce; el otro, un artista que sólo de ti es conocido, que, si destruye como la muerte, o se ve dominado por el frenesí, como Baco, es sólo porque la trivialidad y las miserias de la vida ordinaria le ahogan y quisiera aniquilarla, aun cuando para ello fuera menester hacer uso del hierro o del fuego. ¡Oh, qué vulgar tornará a ser este mundo cuando yo haya desaparecido de él! Todavía ningún hombre, ni siquiera tú mismo, querido, ha llegado a tener una concepción exacta de mi temperamento artístico. Y precisamente a causa de esto yo sufro, y te digo con sinceridad que el alma se halla tan melancólica dentro de mí como esos cipreses que allí se alzan frente a nosotros. Es muy gravoso para un hombre cargar a la vez con el peso del supremo poder y del mayor talento.

—Simpatizo profundamente contigo, ¡oh César!, y en ello me acompañan la tierra y los mares, sin contar a Vinicio, que te deifica desde el fondo de su alma.

—Él también me ha sido siempre grato —dijo el César—, aunque sirve a Marte y no a las Musas.

—Sirve ante todo a Afrodita —contestó Petronio, y en el mismo instante resolvió decidir el asunto de su sobrino de un solo golpe y alejar al mismo tiempo cualquier peligro que pudiera amenazarle; así pues, agregó—: Se halla enamorado como lo estuvo Troilo de Clessida. Permítele, señor, que vuelva a Roma, si no quieres que muera aquí a mi lado. ¿Sabes que ese rehén ligio que tú le diste ha sido encontrado y que Vinicio, al partir para Ancio, le ha dejado a cargo de un tal Lino? No te he hablado antes de eso porque te hallabas ocupado en la composición de tu himno y eso era más importante que ninguna otra cosa. Vinicio había querido hacer de ella su amante; pero como ha resultado ser tan virtuosa como Lucrecia, esa virtud le ha cautivado y ahora desea unirse a ella en matrimonio. Como es la hija de un rey, no habrá entre ambos diferencia de condición. Mas Vinicio es, ante todo, un soldado. De ahí que aunque pase la vida mustio y entre gemidos y suspiros, nada hará sin obtener antes el permiso de su Imperator.

—El Imperator no elige las esposas para sus soldados. ¿De qué serviría entonces mi permiso a Vinicio?

—Ya te he dicho, ¡oh señor!, que él te deifica.

—Tanto más seguro puede estar entonces de alcanzar mi permiso. Sí, ésa es una doncella bien parecida; pero muy estrecha de caderas. La Augusta Popea se ha quejado de que ella hizo un maleficio a nuestra hija en los jardines del Palatino que produjo su muerte.

—Pero yo dije entonces a Tigelino que los dioses no se hallan sujetos a malos encantamientos. Y recordarás, divinidad, su confusión, y cómo tú exclamaste: Habet!

—Sí, ya lo recuerdo —y volviéndose a Vinicio, le preguntó—: ¿Es cierto que la amas como dice Petronio?

—Así la amo, señor —contestó Vinicio.

—Entonces te ordeno que partas mañana para Roma a unirte con ella en matrimonio. Y no te presentes de nuevo ante mi vista sin el anillo nupcial.

—¡Gracias te doy, señor, con todo mi corazón y toda mi alma!

—¡Oh! ¡Cuán grato es hacer felices a las gentes! —exclamó Nerón—. ¡Quisiera no hacer otra cosa en toda mi vida!

—Concédenos un favor más, ¡oh divinidad! —dijo Petronio—; declara tu voluntad respecto a este asunto delante de la Augusta. Vinicio no osaría jamás unirse en matrimonio a una mujer que no fuese grata a la emperatriz. Tú puedes, ¡oh señor!, desvanecer su prevención con sólo una palabra, manifestando que has ordenado que se efectúe ese matrimonio.

—Así lo haré —dijo el César—. Nada podría rehusaros a ti o a Vinicio.

Y volviéndose, emprendió el camino de regreso.

Ambos le siguieron. Inundaba sus corazones la felicidad por la victoria alcanzada, y Vinicio tenía que contenerse para no echarse al cuello de Petronio, pues ahora le parecía que había quedado alejado todo peligro y todo obstáculo.

En el atrio del palacio que ocupaba el César, el joven Nerva y Tulio Senecio estaban conversando con la Augusta. Terpnos y Diodoro afinaban entretanto sus cítaras.

Entró el César y se sentó en un sillón incrustado de carey, dijo algo al oído de un esclavo griego que había cerca y esperó. Pronto volvió el esclavo trayendo un estuche de oro. Nerón lo abrió y extrajo de él un collar de grandes ópalos.

—Estas son joyas dignas de la noche —dijo.

—Se diría que las luces de la aurora brillan en ellas —observó Popea, convencida de que iba a ser suyo aquel collar.

El César, alzando y bajando alternativamente aquella rica joya, hizo resaltar por breves instantes el brillo de sus irisadas piedras, y dijo por fin:

—Vinicio, darás de mi parte este collar a la mujer a quien ordeno te unas en matrimonio; a la hija del rey ligio.

La mirada de Popea, llena de ira y asombro, pasó del César a Vinicio, quedando por último fija en Petronio. Pero éste, apoyado negligentemente sobre el brazo de la silla que ocupaba, recorría en aquel momento con la mano el dorso de un arpa que había cercana, como si quisiera estudiar su forma y fijarla en su mente.

Vinicio dio al César las gracias por el obsequio, y luego, acercándose a Petronio, le preguntó en voz baja:

—¿Cómo he de agradecerte lo que hoy has hecho por mí?

—Sacrifica un par de cisnes a Euterpe, ensalza los cantos del César y riéte de los presentimientos. Y confío en que de ahora en adelante el rugido de los leones no habrá de perturbar nuevamente tu sueño ni el de esa azucena ligia.

—No —dijo Vinicio—; ya estoy del todo tranquilo.

—¡Que te sea propicia la Fortuna!, mas ten cuidado ahora, porque el César acaba de tomar en sus manos el laúd. Suspende el aliento y prepárate a derramar lágrimas.

En efecto, el César tomaba en este instante el laúd y alzaba los ojos. En aquel recinto se hizo el más profundo silencio y todos los presentes se mantuvieron inmóviles y como petrificados en sus asientos. Sólo Terpnos y Diodoro, que debían acompañar al César, se hallaban alerta, mirándose el uno al otro, y pendientes de los labios del César, en espera de las primeras notas de su canto.

Se oyó de pronto un ruido en la entrada, y enseguida Faonte, el liberto del César, se dejó ver detrás de la cortina. Le seguía inmediatamente el cónsul Lecanio. Nerón frunció el entrecejo.

—¡Perdón, divino Imperator—dijo el liberto con voz jadeante—; hay un incendio en Roma! La mayor parte de la ciudad se halla presa de las llamas.

Al oír esta noticia, todos los presentes saltaron de sus asientos.

—¡Oh dioses! Por fin he de ver una ciudad incendiada y podré terminar mi canto a Troya —exclamó Nerón, dejando a un lado su laúd, y luego se volvió hacia el cónsul—: Si partiera inmediatamente, ¿llegaría a presenciar el incendio?

—Señor —contestó Lecanio, pálido como un lienzo—, toda la ciudad se halla convertida en un océano de llamas; el humo ahoga a sus habitantes, las gentes se desmayan o se arrojan al fuego presas del delirio. Roma está pereciendo, ¡oh César!

Se sucedió un momento de silencio, que fue interrumpido por esta exclamación de Vinicio:

—Vae misero mihi!

Y el joven, arrojando a un lado la toga, se precipitó fuera del palacio, llevando solamente la túnica.

Nerón alzó las manos al cielo y exclamó:

—¡Ay de ti, sagrada ciudad de Príamo!

VII

Vinicio tuvo apenas el tiempo necesario para ordenar a unos cuantos de sus esclavos que le siguieran; luego, saltando sobre un caballo se lanzó a gran velocidad en medio de aquella avanzada noche, por entre las desiertas calles de Ancio con dirección a Laurento.

La tremenda noticia había producido en su ánimo una especie de frenesí rayano en la locura. Por momentos ni siquiera se daba cuenta de lo que en su ánimo estaba pasando; sentía simplemente que el infortunio se hallaba junto a él, sobre aquel caballo, sentado a la grupa, y gritando a su oído: «Roma está ardiendo», y que al mismo tiempo les azotaba a él y a su caballo, empujándolos hacia el lugar del incendio.

Inclinada su desnuda cabeza sobre el cuello del animal, cabalgaba a la ventura, solo, vestido simplemente con su túnica, sin mirar adelante ni reparar en los obstáculos contra los que podía estrellarse. En el silencio de aquella tranquila noche, caballo y caballero, fugazmente iluminados en su rápida carrera por los rayos de la luna, parecían una visión fantasmagórica.

El potro de Idumea, caídas las orejas y extendido el cuello, pasaba como una flecha por entre los inmóviles cipreses y los blancos palacios entre ellos ocultos. El ruido de los cascos sobre las baldosas del pavimento provocaban aquí y allá los ladridos de los perros, que acompañaban a la extraña visión en su carrera fantástica; y luego, excitados por aquel brusco despertar, seguían aullando vueltos los hocicos a la luna.

Los esclavos, que a gran prisa corrían tras de Vinicio, pronto fueron quedando rezagados, por ser inferiores al suyo los caballos que montaban.

Una vez que hubo pasado como una tempestad por la dormida población de Laurento, torció hacia Ardea, en la que, como en Bovillas y Ustrino, había dejado postas desde el día de su partida para Ancio, a fin de recorrer en el menor tiempo la distancia entre este pueblo y Roma. Y como sabía que le aguardaban esos caballos de repuesto, iba reventando el que montaba.

Más allá de Ardea le pareció que el firmamento, hacia el lado nordeste, mostraba unos rosados reflejos. Bien podían ser ésas las primeras luces de la aurora, pues se hallaba ya muy avanzada la noche, y en el mes de julio amanece temprano. Pero Vinicio no pudo reprimir un alarido de rabia y desesperación, porque se le antojaron aquéllos los siniestros resplandores del incendio.

Recordó las palabras del cónsul: «Toda la ciudad se halla convertida en un océano de llamas», y por espacio de algunos instantes le pareció que estaba a punto de volverse loco en realidad, pues había perdido por completo la esperanza de salvar a Ligia y aun de llegar a Roma antes que ésta se hallara convertida en un montón de cenizas. Sus terribles pensamientos se sucedían ahora en su cerebro con mayor rapidez que la loca carrera de su potro, y volaban como bandada de aves negras y monstruosas, que ponían pavor y desesperación en su alma.

Era cierto que ignoraba por qué punto de la ciudad había empezado el incendio; pero suponía que el barrio de Transtíber, lleno como estaba de casas hacinadas, almacenes y cobertizos de madera que servían para las ferias de esclavos, bien podían haber sido desde el principio pasto de las llamas.

En Roma eran muy frecuentes los incendios, y durante ellos, a menudo también se perpetraban actos de violencia y de robo, especialmente en los puntos ocupados por la población menesterosa y semibárbara. ¿Qué podía suceder entonces en un barrio como el Transtíber que servía de albergue a una gentuza procedente de todas partes del mundo?

Por un momento vino al cerebro de Vinicio como un relámpago la idea de Urso y sus fuerzas sobrehumanas; pero ¿qué podía hacer un hombre, aunque fuera un titán, contra la destructora fuerza de las llamas?

Por espacio de muchos años, Roma había tenido sobre sí como una pesadilla la amenaza y el temor de una rebelión de esclavos. Se decía que centenares de miles de éstos vivían soñando con los tiempos de Espartaco y a la expectativa de un momento propicio para tomar las armas contra los opresores y contra Roma. ¡Probablemente había llegado la horade esta rebelión! ¡Acaso el combate y la matanza estaban asolando la ciudad a la par que el fuego! Y hasta era posible que los pretorianos se hubieran lanzado a degüello sobre Roma por orden del César.

Y en aquel momento el terror erizó los cabellos de Vinicio. Y vino a su mente el recuerdo de todas las conversaciones acerca de ciudades incendiadas, que por espacio de algún tiempo se habían venido repitiendo en la corte de Nerón con extraña persistencia, y de las dolientes quejas del César al verse obligado a hacer la descripción de una ciudad consumida por las llamas sin haber visto jamás un incendio real. Recordó asimismo la desdeñosa respuesta

que había dado a Tigelino cuando éste le ofreciera incendiar a Ancio o hacer pasto de las llamas a una ciudad artificial construida de madera; por último, recordó también las lamentaciones de Nerón contra Roma y las callejas malolientes del Suburra. ¡Sí, el César había ordenado el incendio de la ciudad! Sólo él podía dar una orden semejante, así como sólo Tigelino era capaz de llevarla a cabo.

Pero si Roma se incendiaba por mandato del César, ¿quién podía estar seguro de que la población no estuviera siendo también asesinada por orden suya? El monstruo era muy capaz de todo eso. Incendio, sublevación de esclavos, asesinato en masa. ¡Qué terrible caos, qué desbordamiento de fuerzas destructoras y de frenesí humano!

¡Y en medio de todo eso se hallaba Ligia!

Los lamentos de Vinicio se confundían ahora con los resoplidos y jadeos de su caballo, que galopando sin descansar por un camino ascendente en la dirección de Aricia, estaba ya próximo a reventar.

—¿Quién la arrancará de la ciudad incendiada? ¿Quién la salvará? —exclamaba Vinicio.

Y mesándose los cabellos y abalanzándose febrilmente hacia el cuello de su cabalgadura, estuvo a punto de morderlo en un acceso de dolor impotente.

En aquel momento se cruzó con él, en dirección contraria, un jinete que también corría como un torbellino hacia Ancio, y gritó al pasar junto a él:

—¡Roma está perdida!

Y continuó su carrera.

A los oídos de Vinicio habían llegado, además, dos palabras pronunciadas por el jinete: «¡Oh dioses!», las restantes fueron sofocadas por el ruido ensordecedor de los cascos de su caballo. Pero esta exclamación: «¡Oh dioses!», logró calmar un tanto al joven. Y alzó de súbito la cabeza y extendiendo los brazos hacia el cielo poblado de estrellas, le dirigió una plegaria:

—No os imploro a vosotros, dioses —dijo—, cuyos templos están ardiendo ahora, sino a Ti, ¡oh Dios mío! Tú también sufriste. Sólo Tú eres misericordioso. Sólo Tú has podido comprender el dolor de los hombres. ¡Si eres como dicen Pedro y Pablo, salva a Ligia; tómalala en tus brazos y arráncala de las llamas! ¡Devuélvemela y toma mi sangre! Y si no lo quieres hacer por mí, hazlo por ella. Ella te ama y confía en Ti. Tú prometes vida y felicidad después de la muerte, y aunque la felicidad perdure en el más allá, ella no quiere morir todavía. Déjala vivir. ¡Haz que viva! ¡Tómalala en tus brazos y condúcela fuera de Roma! ¡Tú puedes hacerlo si así lo quieres!

Y aquí se detuvo, porque le pareció que su oración corría el riesgo de convertirse en amenaza, y temió ofender a la Divinidad en los momentos en que más necesitaba de su auxilio y de su misericordia. Y se aterrorizó ante esa sola idea, y a fin de no dar cabida en su mente ni a la más leve sombra de tal amenaza, empezó de nuevo a azotar a su cabalgadura, especialmente desde que divisó a la claridad de la luna las blancas murallas de Aricia, pueblo que se encontraba a mitad de camino de Roma.

Y al cabo de pocos momentos atravesó a todo correr delante del templo de Mercurio, que se destacaba por entre una arboleda cercana a esa ciudad. Era evidente que en el pueblo tenían ya noticias de la catástrofe, porque se advertía un movimiento inusitado frente al templo.

A su paso, Vinicio pudo ver a una multitud de individuos agrupados sobre las gradas y entre las columnas. Estas gentes, que habían acudido con antorchas en las manos, se apresuraban a colocarse bajo el amparo del dios. Además, el camino ya no se hallaba tan desierto como el que había recorrido desde Ardea. Grupos de personas venían apresuradamente en dirección a la arboleda por senderos laterales; pero en el camino principal se veían también otros grupos que marchaban con premura y que se hacían a un lado para dejar paso al veloz jinete. Y desde la ciudad venía un confuso rumor de voces.

Vinicio penetró en Aricia como un torbellino, atropellando y aplastando a varios individuos a su paso. Y pronto pudo escuchar gritos a su alrededor de «¡Roma se incendia! ¡La ciudad está ardiendo! ¡Protejan los dioses a Roma!».

El caballo tropezó y estuvo a punto de caer; pero refrenado a tiempo por la mano férrea de Vinicio, se alzó de nuevo sobre sus ancas, justamente delante de la posada en donde el joven tenía un caballo de repuesto. Los esclavos, como si estuvieran aguardando la llegada de su amo, estaban en la puerta de la posada, y al verle, y por orden suya, corrieron uno tras otro en busca del caballo de refresco.

Vinicio vio aproximarse un destacamento de diez pretorianos montados, que evidentemente se dirigían al pueblo de Ancio llevando noticias, y corriendo hacia ellos, preguntó:

—¿Qué parte de la ciudad abarca el incendio?

—¿Quién eres tú? —preguntó el decurión.

—Vinicio, tribuno del ejército y augustano. ¡Responde sobre tu cabeza!

—El incendio estalló en las tiendas cercanas al Circo Máximo. En los momentos en que fuimos despachados, el centro de la ciudad estaba ardiendo.

—¿Y el Transtíber?

—El fuego no ha llegado allí todavía; pero a cada momento abarca nuevos

barrios con una fuerza que nada puede contener. La gente muere sofocada por el calor y el humo. Toda salvación es imposible.

En este momento le trajeron el nuevo caballo y el joven tribuno saltó sobre él y prosiguió su vertiginosa marcha. Corría ahora en la dirección de Albano, dejando a la derecha Alba Longa y su espléndido lago.

El camino hasta Aricia se extendía desde el pie de la montaña, que ocultaba por completo el horizonte. Y Albano se hallaba precisamente del otro lado. Pero Vinicio sabía que al llegar a la cumbre vería desde allí no sólo Bovillas y Ustrino, donde le aguardaban nuevas postas, sino también la misma Roma, pues más allá de Albano la llanura de la Campania, situada a más bajo nivel, se extendía por ambos lados de la Vía Appia, a lo largo de la que solamente los arcos de los acueductos se alzaban en dirección de la ciudad, no habiendo nada que pudiera obstruir la vista.

«Desde la altura podré ver las llamas», se dijo, y empezó nuevamente a fustigar su caballo.

Pero aun antes de alcanzar la cumbre del monte, el viento que le daba en el rostro le hizo llegar hasta él un fuerte olor a humo, y al mismo tiempo advirtió en la cumbre unos reflejos dorados.

«¡El incendio!», pensó Vinicio.

Las sombras de la noche se habían disipado desde hacía algún tiempo, el alba había dado paso a la luz y en las alturas más cercanas empezaban a notarse unos destellos de oro y rosa, que bien podían provenir del incendio de Roma o de la creciente claridad del día.

Vinicio llegó por fin a la cumbre y un cuadro horrible se extendió ante su vista. Toda la parte baja se hallaba cubierta de humo y se creería que formaba una sola nube gigantesca apegada a la tierra. En medio de esta nube desaparecían ciudades, acueductos, casas de campo y árboles; pero más allá de esta aterradora y enorme masa gris, la ciudad ardía en las colinas. El incendio no tenía la forma de una columna de fuego, como sucede cuando está ardiendo un solo edificio, aunque sea de las más vastas dimensiones. Aquél parecía más bien una larga faja semejante a la aurora.

Sobre aquel vasto cinturón se alzaba una muralla de humo, en algunos sitios enteramente negro, en otros de color de rosa, en otros de color de sangre. Había lugares en que el humo se retorció como en espirales, en otros se volvía denso y en los más lejanos se estrechaba y retorció semejante a una serpiente que se extiende y se contrae. Y esa monstruosa ola humeante parecía por momentos cubrir el cinturón de fuego, que entonces se volvía tan estrecho como una cinta; pero por momentos iluminaba el humo en la parte inferior, transformando sus volutas en ondas llameantes. Humo y llamas se extendían

de un extremo del firmamento al otro, cubriéndolo en parte como una cadena de bosques que ocultaran el horizonte. Los montes Sabinos habían desaparecido por completo.

La primera impresión de Vinicio fue que no sólo estaba ardiendo toda la ciudad, sino el mundo entero, y que no habría ser viviente que pudiera salvarse de aquel océano de llamas y de humo. El viento soplaba con creciente fuerza desde la zona del fuego, trayendo hacia el joven el olor a quemado y la niebla que empezaba a ocultar hasta los objetos más cercanos.

Era ya de día claro y los rayos del sol iluminaban las cumbres de las colinas que rodeaban el lago de Alba. Pero los brillantes rayos de la mañana aparecían rojizos y pálidos a través de la niebla.

Vinicio, al descender en la dirección de Albano, penetró en una región en que el humo se hacía cada vez menos transparente. Todo aquel pueblo estaba envuelto en él por completo y sus alarmados habitantes habían salido de sus casas.

Aterraba pensar lo que sucedería en Roma cuando ya era difícil respirar en Albano.

La desesperación se apoderó nuevamente de Vinicio y el terror le erizó otra vez los cabellos. Pero enseguida intentó darse ánimos a sí mismo.

«Es imposible —pensaba— que una ciudad empiece a quemarse por todas partes a la vez. El viento sopla del Norte y empuja el humo en esta dirección. Del otro lado no hay nada. Y en todo caso bastará que Urso salga por la puerta del Janículo con Ligia para salvarla y salvarse. Era igualmente imposible que toda una población pereciese y que la ciudad que gobernaba el mundo fuera borrada de la faz de la tierra con todos sus habitantes. Aun en los pueblos vencidos y tomados al asalto entre los horrores del incendio y la matanza, siempre había gentes que sobrevivían; ¿por qué entonces habría de morir Ligia? Dios velaba por ella; el mismo Dios que triunfó de la muerte».

Y después de haber discurrido así, empezó de nuevo a orar; y cediendo a una costumbre inveterada, hizo grandes votos a Cristo, mezclados con promesas de donaciones y sacrificios.

Una vez que hubo recorrido velozmente la ciudad de Albano, cuyos habitantes casi todos estaban en los tejados y subidos a los árboles para contemplar mejor el espectáculo del incendio, se tranquilizó algo y recobró su sangre fría. Recordó también que Ligia se hallaba protegida no tan sólo por Urso y Lino, sino asimismo por el apóstol Pedro, y ante esa nueva idea consoladora sintió más confortado el corazón. Para él, Pedro era un ser incomprensible, casi sobrenatural. Desde la noche en que le oyó en Ostrianum había quedado grabada en su ánimo la extraña impresión que ya había descrito

en sus cartas a Ligia al principio de su estancia en Ancio, de que hasta la última de las palabras pronunciadas por el anciano era cierta, y el tiempo la confirmaría.

Y el conocimiento más íntimo que durante su enfermedad había adquirido del apóstol le había afirmado en aquella opinión, que llegó a convertirse luego en fe indestructible. Puesto que Pedro había bendecido su amor y le había prometido a Ligia, no podía ella perecer entre las llamas. Aunque Roma ardiese hasta los cimientos, ni una chispa del incendio caería sobre los vestidos de la joven.

Bajo la influencia de una noche de insomnio, de aquel galopar desenfrenado y de las violentas impresiones de que era presa el joven tribuno, se hallaba ahora poseído de una extraordinaria exaltación, y en este estado, todo le parecía posible.

Pedro hablaría a las llamas; a una palabra suya, éstas le abrirían paso, y el apóstol, Ligia y sus acompañantes salvarían ilesos la doble muralla de fuego. Además, Pedro leía en el futuro; era indudable que había previsto aquel incendio, y en ese caso, ¿cómo admitir que no hubiera prevenido a los cristianos y los hubiera conducido fuera de la ciudad, y entre ellos a Ligia, a quien amaba como a una hija? Y la esperanza, que a cada momento se fortalecía más y más, fue penetrando en el corazón de Vinicio.

Si habían huido de la ciudad era posible que los encontrara en Bovilla o en el camino.

En cualquier momento, el rostro amado podía aparecer entre el humo, que cada vez se extendía más por la Campania.

Le parecía esto aún más probable desde el momento en que comenzó a encontrar en el camino cada vez más personas que, abandonando la ciudad, se dirigían a los montes Albanos para librarse del fuego y alejarse del humo.

Antes de llegar a Ustrino se vio obligado a disminuir la velocidad de su cabalgadura a causa de la aglomeración en el camino. Además de las personas que huían a pie, con líos a la espalda, se iba encontrando con caballos, mulas y vehículos cargados de efectos, y, finalmente, hasta con literas conducidas por esclavos, que llevaban a los ciudadanos más ricos.

Ustrino estaba completamente invadido por tal multitud de fugitivos de Roma, que era difícil pasar por entre los apiñados grupos. Había un verdadero enjambre de individuos en la plaza del Mercado, bajo los pórticos de los templos y en todas las calles. Unos levantaban tiendas destinadas a dar abrigo a familias enteras, otros acampaban al aire libre y gritaban y clamaban a los dioses y maldecían al Destino.

En medio de tanta confusión era difícil averiguar cosa alguna. Las personas a quienes se dirigió el joven o no respondían o, con la mirada enloquecida por el terror, exclamaban que había sonado la hora postrera para la ciudad y para el mundo.

Y nuevos grupos de hombres, mujeres y niños continuaban llegando a cada instante de Roma, y con ellos aumentaba el desorden y el tumulto de lamentos y de gritos.

Algunos, perdidos en medio de aquella desatentada multitud, buscaban desesperadamente a los suyos; otros se disputaban entre sí a brazo partido un sitio en donde acampar. Grupos de pastores semibárbaros de la Campania habían venido también a la ciudad y se acercaban en busca de noticias o de un botín fácil de adquirir en medio de aquella confusión.

Aquí y allá, multitud de gladiadores y de esclavos de todas nacionalidades se entregaban al saqueo de las casas de la ciudad y al ataque de los soldados que acudían en defensa de los ciudadanos.

El senador Junio, a quien halló Vinicio frente a la posada con un grupo de esclavos báltavos que le rodeaban, fue la primera persona que le dio al joven noticias más detalladas acerca del incendio. El fuego había comenzado en el Circo Máximo, en la parte colindante con el Palatino y el monte Celio, extendiéndose con incomprensible rapidez y abarcando todo el centro de la ciudad. Jamás, desde la época de Breno, había caído sobre Roma una catástrofe más tremenda.

—El Circo ha quedado completamente destruido —agregó Junio—, así como todas las tiendas y casas vecinas; los montes Aventino y Celio están ardiendo. Las llamas que rodean el Palatino han llegado hasta las Carenas.

Y Junio, que poseía en este último barrio una magnífica insula, llena de obras de arte que estimaba mucho, tomó del suelo un puñado de polvo sucio y, arrojándolo sobre su cabeza, empezó a llenar el aire con sus desesperadas lamentaciones. Vinicio le puso una mano sobre el hombro y le dijo:

—Yo también tengo una casa en las Carenas; pero cuando todo perece, ¿qué importa que perezca ella también? —y recordando luego que acaso Ligia pudiera haberse trasladado, siguiendo su consejo, a la casa de Aulo, preguntó —: ¿Y el Vicus Patricius?

—¡Destruído por el fuego! —replicó Junio.

—¿Y el Transtíber?

El senador le miró sorprendido y dijo, oprimiéndose las sienes con las manos:

—¿Qué nos importa el Transtíber?

—¡El Transtíber me importa a mí más que todo el resto del Roma! — exclamó Vinicio con vehemencia.

—Puedes llegar hasta allí por la Vía Portuensis, cerca del Aventino; pero te sofocará el humo. En cuanto al barrio del Transtíber, no lo sé. A mi salida, el fuego no lo alcanzaba todavía; lo que haya sucedido hasta este momento lo saben solamente los dioses —Junio titubeó luego por espacio de un instante, y enseguida repuso en voz baja—: Como estoy cierto de que no me has de traicionar, te diré que éste no es un incendio casual. Cuando estaba ardiendo el Circo no se permitió al pueblo acudir a salvarlo o a extinguir el fuego. A mis propios oídos llegó, en medio del incendio, el eco de un millar de voces que gritaban: «¡Muerte al que intente salvar!». Y había individuos que corrían por la ciudad en todas direcciones aplicando antorchas encendidas a los edificios. Y, por otra parte, el pueblo se está sublevando y se oyen gritos de que el incendio de Roma ha sido decretado. Nada más puedo decir. ¡Ay de la ciudad, ay de todos nosotros y ay de mí! ¡Imposible es que la lengua del hombre describa lo que allí está sucediendo! La gente perece entre las llamas o se mata en medio del tumulto. ¡Ha llegado para Roma su día postrero! —y de nuevo repitió—: ¡Ay! ¡Ay de la ciudad y ay de nosotros!

Pero Vinicio saltó al caballo y volvió a emprender la carrera a lo largo de la Vía Appia. Mas ahora se le hacía muy difícil, sin una verdadera lucha, abrirse paso a través de la oleada de gente y de la multitud de vehículos que afluían de la ciudad.

Roma, devorada por un incendio monstruoso, apareció ante los espantados ojos del tribuno. De aquel mar de fuego y de humo venía un calor horrendo, y el rumor clamoroso de los gritos de las víctimas, que no alcanzaba a dominar el chirrido crepitante de las llamas.

VIII

A medida que Vinicio se aproximaba a las murallas pudo convencerse de que era ya mucho más fácil llegar hasta Roma, que introducirse en el centro de la ciudad.

Resultaba sumamente difícil recorrer la Vía Appia a causa de los numerosos grupos que obstruían el paso.

Casas, campos, cementerios, jardines y templos, todo cuanto había a ambos lados de esa vía se hallaba convertido en campamentos. En el templo de Marte, que se alzaba cerca de la Puerta Appia, la multitud había derribado las puertas a fin de refugiarse en el interior durante la noche. En el cementerio

se apoderaban de los monumentos funerarios más grandes y se libraban por su posesión verdaderas batallas, llevadas hasta el derramamiento de sangre.

Ustrino, con su desorden, daba apenas una pálida idea de lo que estaba ocurriendo dentro de los muros de la capital. Había cesado toda consideración por el derecho de la ley, por los lazos de la familia, por la diferencia de posición. Se veían esclavos apaleando a los ciudadanos.

Gladiadores embriagados con el vino saqueado en el Emporium se reunían en cuadrillas y recorrían dando salvajes gritos las plazas vecinas, formando tumultos y dispersando a la gente para maltratarla y robarle. Grupos de bárbaros, destinados a ser vendidos en la ciudad, se habían escapado de las barracas en donde se los exhibía. Para ellos, con el incendio y la ruina de Roma, terminaba su esclavitud y sonaba a la vez la hora de su venganza; de manera que cuando los ciudadanos que habían perdido en la catástrofe todo cuanto poseían extendían desesperados los brazos a los dioses en demanda de auxilio, estos esclavos, dando alaridos de feroz alegría, disolvían a empellones los grupos, despojaban de sus vestidos a las personas y arrancaban, robándolas, a las mujeres jóvenes. Se unían a ellos multitud de esclavos que habían servido desde hacía tiempo en la ciudad, desharrapados que nada llevaban encima, excepto unos ceñidores de lana; siniestras cataduras de callejuela y encrucijada, que raras veces se dejaban ver en pleno día por las calles y cuya existencia en Roma no era fácil adivinar.

Los hombres de esta turba, germanos, griegos, asiáticos, africanos, tracios, britanos, vociferaban en todas las lenguas de la tierra y desahogaban su ira brutal creyendo por fin llegada la hora en que se verían libres y en situación de tomar venganza por sus largos años de miseria y sufrimientos.

En medio de aquella embravecida tropa, a la luz del día y a los siniestros fulgores del incendio, brillaban los yelmos de los pretorianos bajo cuyo amparo se habían colocado los habitantes pacíficos, y quienes, en constante lucha cuerpo a cuerpo, se veían obligados a rechazar en muchos puntos a la multitud furiosa.

Vinicio había estado presente en asaltos y tomas de pueblos; mas nunca habían contemplado sus ojos un espectáculo semejante, en el que la desesperación, las lágrimas y los alaridos de dolor, los gritos de salvaje alegría, de locura, el furor y un desenfrenado desbordamiento se mezclaban y confundían en el más inconmensurable caos.

Y sobre esta multitud enloquecida y jadeante crepitaba el fuego, extendiéndose devorador hasta la cumbre de las colinas de la mayor ciudad del orbe, envolviendo a sus arremolinados y despavoridos habitantes en su hálito de infierno y cubriéndolos de un humo espeso que oscurecía el azul del firmamento.

El joven tribuno, gracias a un supremo esfuerzo y exponiendo su vida a cada instante, logró al fin llegar hasta la Puerta Appia; pero allí vio que no podía penetrar en la ciudad a través de la Puerta Capena, no solamente por la obstrucción de las turbas, sino también a causa del terrible calor de la atmósfera dentro de la Puerta. Además, el puente situado en la Puerta Trigémina, frente al templo de la Bonae Deae, ya no existía, de manera que todo aquel que intentase atravesar el Tíber se vería obligado a abrirse paso hasta el puente Sublicio, esto es, rodear el monte Aventino a través de una parte de la ciudad cubierta por un mar de llamas. Y eso era del todo imposible.

Vinicio comprendió que le era necesario retroceder hasta Ustrino, volver desde la Vía Appia, atravesar el río más abajo de la ciudad y llegar hasta la Vía Portuense, que conducía directamente al Transtíber. Y eso no era fácil a causa del desorden reinante en la Vía Appia.

Iba a serle menester abrirse camino por allí espada en mano. Y Vinicio no llevaba armas. Había salido de Ancio tal como le encontraron en la casa del César las noticias del incendio. Pero en la fuente de Mercurio se encontró con un centurión a quien conocía.

Este hombre se hallaba al frente de unas cuantas decurias defendiendo el recinto del templo. El joven le ordenó que le siguiera. Y habiendo reconocido el centurión en él a un tribuno y un augustano, no se atrevió a desobedecer esta orden. Vinicio tomó en persona el mando de aquel destacamento y, olvidándose en aquellos instantes de las enseñanzas de Pablo en lo referente al amor al prójimo, empezó a abrirse violentamente paso en línea recta por entre la multitud con una febril precipitación, funesta para muchos que no pudieron oportunamente hacerse a un lado.

Él y sus hombres eran seguidos por una lluvia de imprecaciones y de pedradas, de todo lo cual no hacía Vinicio el menor caso, esforzándose tan sólo en llegar cuanto antes a espacio más libre. No obstante, avanzaba poco y con las mayores dificultades.

Las gentes que había acampadas no tenían voluntad de moverse, y los atropelladores no hallaban en su camino otra cosa que injurias y maldiciones contra el César y los pretorianos. La multitud presentaba en algunos puntos un aspecto amenazador. Vinicio oía a cada momento voces que acusaban a Nerón de haber incendiado la ciudad. Y se amenazaba abiertamente de muerte al César y a Popea. A su alrededor se escuchaban los gritos de «Sannio!, Histrio! ¡Matricida!». Algunos clamaban que había llegado la hora de arrojarle al Tíber; otros, que Roma había agotado la paciencia.

Por cierto que, de encontrarse un caudillo, estas amenazas habrían podido llegar a convertirse en abierta rebelión, pronta a estallar en cualquier momento.

Entretanto, la rabia y la desesperación del pueblo se volvían en contra de los pretorianos, que difícilmente lograban abrirse paso entre la muchedumbre, a causa de que el camino se hallaba interceptado por la multitud, de fardos allí acumulados desde el principio del incendio, de cajas, barriles de provisiones, costosos muebles, cunas, camas, carretones, líos de ropa y otros efectos. Aquí y allá era necesario luchar cuerpo a cuerpo; pero los pretorianos vencían fácilmente a la multitud indefensa.

Después de haber atravesado con mil tropiezos las Vías Latina, Numidia, Ardea, Lavinia y Ostia, pasando por delante de casas de campo, jardines, cementerios y templos, Vinicio llegó por fin a una aldea llamada Vicus Alexandri, pasada la cual cruzó el Tíber. En este sitio había más espacio abierto y menos humo.

Por algunos fugitivos, que ni siquiera allí escaseaban, supo que el fuego había alcanzado solamente a unas pocas calles del Transtíber; pero que, evidentemente, nada podría resistir a la voracidad del incendio, puesto que había gentes que lo extendían y alimentaban intencionadamente, sin permitir a nadie apagarlo, declarando que tenían orden de proceder así.

El joven tribuno ya no pudo entonces abrigar la menor duda de que el César había decretado el incendio de Roma, y le pareció, por consiguiente, que era justa y merecida la venganza que reclamaba el pueblo. ¿Qué más podría haber hecho Mitrídates o cualquiera de los mayores enemigos de Roma? Estaba colmada la medida; la locura de Nerón llegaba a ser monstruosa, y la existencia del pueblo era ya punto menos que imposible a causa de los criminales caprichos del tirano. Y Vinicio creyó también que la hora postrera de Nerón había sonado, que aquellas ruinas que ya estaban envolviendo la ciudad debían necesariamente aplastar al bufón monstruoso, junto con sus crímenes. Bastaba tan sólo para ello encontrar un hombre de suficiente valor que se pusiera a la cabeza de aquel pueblo desesperado, y entonces podría suceder aquello en unas pocas horas.

Y aquí empezaron a bullir en su cabeza ideas vengativas y audaces. ¿Por qué no sería él ese hombre? La casa de Vinicio, que hasta una época muy reciente había contado con una serie de cónsules, era conocida por toda Roma.

Las multitudes sólo necesitaban un hombre. Una vez, el día en que fueron sentenciados cuatrocientos esclavos del prefecto Pedanio Segundo, había estado la ciudad al borde de la rebelión y de la guerra civil. ¿Qué sucedería ahora en presencia de una calamidad horrenda que superaba casi a todo cuanto había tenido Roma que sufrir en el transcurso de ocho siglos?

«Quienquiera que llame a los quirites a las armas —pensó Vinicio—, indudablemente, podrá derribar a Nerón y vestir a su vez la púrpura».

¿Y por qué no haría él esto? Él era valiente y más activo y joven que otros augustanos... Nerón mandaba treinta legiones, estacionadas hasta en los confines del Imperio; ¿pero no se levantarían esas legiones y sus jefes ante la noticia del incendio de Roma y sus templos? Y en tal caso, ¿Vinicio no podría llegar a ser César? Hasta se decía en secreto entre los augustanos que un adivino había pronosticado que Otón llegaría a vestir la púrpura. ¿Y en qué era él inferior a Otón? Por ventura, el mismo Cristo le asistirla con su divino poder. Acaso de El mismo procedía en tal momento esa inspiración.

«¡Ojalá fuese así!», exclamó Vinicio mentalmente.

Así tomaría venganza de Nerón por los peligros que había corrido Ligia y por sus propios temores; daría principio al reinado de la verdad y de la justicia; difundiría la religión de Cristo desde el Éufrates hasta las nebulosas playas de Britania y compartiría la púrpura con Ligia, a quien haría señora del mundo.

Pero estos pensamientos, que habían brotado en su cerebro como brota un haz de chispas de una casa incendiada, se apagaron como éstas. Antes que todo era necesario salvar a Ligia. Vinicio pudo contemplar ahora de cerca la catástrofe, y entonces nuevamente se apoderó de su alma el terror, y ante aquel océano de humo y de llamas, y ante la tremenda realidad murió por completo en su pecho la fe con que antes creyera que Pablo vendría en auxilio de Ligia.

La desesperación le dominó por segunda vez al llegar hasta la Vía Portuense, que conducía directamente al Transtíber. No logró reponerse sino cuando se hubo encontrado frente a la puerta y escuchado allí de labios de muchos lo que antes le dijeran algunos de los fugitivos, que la mayor parte de aquel barrio de la ciudad no había sido alcanzado aún por las llamas; pero que el fuego había atravesado el río por distintos puntos.

El Transtíber estaba lleno de humo, y los grupos de fugitivos dificultaban el acceso, porque habiendo dispuesto las gentes de aquel barrio de más tiempo para el salvamento, habían logrado sustraer a las llamas cantidades más considerables de efectos. La misma calle principal se hallaba en muchos puntos obstruida por completo, y alrededor de la Naumaquia Augusta se veían grandes hacinamientos de bultos. En cuanto a las calles estrechas, en las que el humo se detenía y se volvía más denso, estaban del todo intransitables.

Los moradores de aquel barrio huían por millares. En su camino fue testigo Vinicio de escenas aterradoras. En más de una ocasión, dos corrientes de individuos que escapaban en opuestas direcciones chocaron en un pasaje estrecho, se atropellaron y lucharon a muerte, hiriéndose y pisoteándose. Había familias que en medio de aquel tumulto perdían a uno o varios de sus miembros, y madres que llamaban desesperadamente a sus hijos.

Se le erizaron los cabellos al joven tribuno ante la sola idea de lo que

estaría sucediendo en los puntos más cercanos a los focos del incendio.

Entre aquel ensordecedor estrépito de gritos y alaridos era casi imposible hacer pregunta alguna o escuchar alguna contestación.

Por momentos, nuevas columnas de humo, procedentes de la ribera, los rodeaban: y era un humo negro y tan pesado, que se arrastraba hasta el suelo, sustrayendo a la vista casas, gentes y objetos, como entre tinieblas de una noche lóbrega.

Pero las ráfagas de viento que alentaban el incendio disiparon el humo, y pudo entonces Vinicio alcanzar tras mucho esfuerzo la calle en donde estaba situada la casa de Lino.

El calor de un día de julio, aumentado intensamente por el que daban las llamas del incendio, llegó a hacerse insoportable. El humo irritaba los ojos y cegaba; se cortaba el aliento.

Aun aquellos de los habitantes que, en la esperanza de que el fuego no atravesaría el río, habían permanecido hasta entonces en sus casas empezaban a abandonarlas, y esto hacía que a cada momento los grupos aumentaran más y más.

Los pretorianos que acompañaban a Vinicio fueron quedándose atrás.

En medio del tumulto, alguien hirió con un martillo el caballo del joven. El animal, entonces, echó hacia atrás la ensangrentada cabeza, se encabritó y no quiso seguir a su jinete.

Alguno de entre la multitud reconoció poco después en Vinicio a un augustano, e inmediatamente a su alrededor se escuchó el grito de:

—¡Muerte a Nerón y sus incendiarios!

Este fue un momento de tremendo peligro; centenares de brazos se alzaron hacia Vinicio; pero su espantado caballo le arrancó de allí violentamente, pisoteando a su paso a quienes encontraba delante; y un momento después, una nueva oleada de humo denso penetraba en la calle haciendo en ella la oscuridad. Viendo el joven que le era imposible proseguir la marcha a caballo, abandonó su cabalgadura y continuó a pie, deslizándose a lo largo de las murallas y deteniéndose por momentos para dejar paso a la fugitiva multitud.

En su interior iba diciéndose que aquéllos eran esfuerzos vanos. Probablemente, Ligia no estaría en la ciudad y se habría salvado recurriendo a la fuga. Sería más fácil encontrar un alfiler a la orilla del mar que a la joven en medio de aquel tumulto y de tan horrible caos.

No obstante, quería llegar hasta la casa de Lino, aunque le hubiera de costar la vida.

Por momentos se detenía para restregarse los ojos. Luego, rompiendo el borde de su túnica, le arrancó un pedazo, cubriéndose con él la nariz y la boca, y prosiguió su camino. A medida que se acercaba a la orilla del río sentía aumentar la intensidad del calor.

Sabiendo que el fuego había empezado en el Circo Máximo, pensó, al principio, que ese calor procedía de sus escombros ardientes, así como del Forum Boarium y el Velabrium, que, por hallarse también cercanos, debían de estar ya consumidos por las llamas.

Pero el calor se hacía ya insoportable.

Un viejo que huía penosamente apoyado en sus muletas y que fue el último a quien vio el joven, exclamó:

—¡No te aproximes al puente de Cestio! ¡Toda la isla se halla envuelta en las llamas!

Y, en verdad, era imposible hacerse ilusiones por más tiempo.

A la entrada del Vicus Judeorum, donde estaba situada la casa de Lino, el joven tribuno vio salir llamas de entre nubes de humo. No solamente la isla estaba ardiendo, sino también el Transtíber, o por lo menos el otro extremo de la calleja en que vivía Ligia.

Recordó Vinicio que la casa de Lino estaba rodeada por un jardín; entre este jardín y el Transtíber había un erial de poca extensión. Esta idea le dio valor. Porque, probablemente, el fuego se detendría en aquel lugar desierto.

Alentado por esta esperanza continuó su carrera, si bien ahora cada ráfaga de aire no sólo traía consigo nuevas oleadas de humo, sino millares de chispas, que en cualquier momento podrían pegar fuego al otro extremo de la calle y cortarles así la retirada.

Por último distinguió, a través de aquella cortina de humo, los cipreses del jardín de Lino. Las casas que seguían a continuación del erial ardían ya como haces de leña, pero la pequeña insula de Lino se hallaba todavía intacta.

Vinicio dirigió al cielo una mirada de reconocimiento y corrió hacia la casa, aunque el aire solo ya quemaba.

La puerta estaba cerrada, pero la abrió de un empujón y se precipitó al interior. No había un alma en el jardín, y la casa parecía estar completamente desierta.

«Tal vez se habrán desmayado a causa del humo y del calor», pensó Vinicio.

Y empezó a llamar:

—¡Ligia! ¡Ligia!

No hubo más respuesta que el silencio. Hasta allí no llegaban otros ruidos que los del distante incendio.

—¡Ligia!

De súbito escuchó los mismos lúgubres sonidos que antes oyera lleno de pavor en aquel jardín. Era evidente que el fuego había llegado hasta el lugar, próximo al templo de Esculapio, en la cercana isla, donde se encerraban las fieras, que empezaron a rugir llenas de terror. Vinicio se estremeció de pies a cabeza.

Por segunda vez, en un momento en que todo su espíritu se hallaba concentrado en Ligia, le contestaban esas horrendas voces como una predicción de infortunio y como extraños presagios de un nefasto porvenir.

Pero esta impresión fue breve, porque el estruendo de las llamas, más terrible aún que los rugidos de las bestias feroces, le obligaron a no desviar sus pensamientos. Ligia no contestaba a sus llamamientos, pero bien podría estar desvanecida o asfixiada en aquel edificio amenazado de tan inminente peligro.

Vinicio se precipitó al interior. El pequeño atrium estaba desierto y lleno de humo. Al llegar a la puerta que conducía a los dormitorios distinguió la llama de una pequeña lámpara y, acercándose a ella, vio el lararium, en el que había una cruz en vez de lares. Debajo de ella ardía un cirio. Por la cabeza del joven catecúmeno atravesó, con la rapidez de un relámpago, el pensamiento de que aquella cruz le había enviado el cirio, a favor de cuya luz acaso pudiera encontrar a Ligia. Así pues, lo cogió y se dirigió a los dormitorios.

Llegó al primero, separó las cortinas y, conservando el cirio en la mano, miró a su alrededor.

Allí tampoco había nadie. Pero Vinicio estaba seguro de que aquél era el dormitorio de Ligia, porque sus vestidos se hallaban colgados en clavos de los muros y sobre el lecho había un capitium, o pieza ajustada de vestir, que las mujeres llevaban directamente sobre la piel. Vinicio se apoderó de ella, la llevó a sus labios y, colocándola sobre su brazo, continuó sus pesquisas.

La casa era pequeña, de manera que en pocos instantes pudo recorrer todos sus aposentos y aun la bodega misma. En ninguna parte encontró un alma. Era evidente que Ligia, Lino y Urso, con todos los demás habitantes de ese trozo de calle, se habían puesto a salvo recurriendo a la fuga.

«Es necesario que los busque entre la multitud que ya ha salvado las puertas de la ciudad», pensó Vinicio.

No le sorprendió el no haberlos encontrado en la Vía Portuense, porque bien podrían haber huido del Transtíber por el lado opuesto, a lo largo del

monte Vaticano. En todo caso, por lo menos, se habrían librado del fuego.

Le pareció que se le quitaba de encima un gran peso.

Ciertamente comprendía el terrible peligro que habría rodeado a la fuga, pero le consolaba el pensar en las fuerzas sobrehumanas de Urso.

«Es menester —se dijo— que me ponga a salvo y llegue hasta los jardines de Agripina, pasando por los de Domicio, en donde los encontraré. El humo no será tan denso allí a causa del viento que sopla desde el monte Sabino».

Y, en verdad, era ya tiempo de que pensara en su propia salvación, pues el río de fuego afluía cada vez más hacia aquel punto desde la isla, y nuevas oleadas de humo cubrían ahora la calle casi por completo. El cirio de que se había servido para alumbrarse en el interior de la casa fue apagado por una corriente de aire.

Vinicio se precipitó hacia la calle y corrió con todas sus fuerzas a la Vía Portuense, por donde había venido. El fuego parecía perseguirle con su hálito abrasador, envolviéndole en nuevas nubes de humo, o cubriéndole de chispas, que caían sobre sus cabellos, su cuello y sus vestidos. La túnica empezó a quemársele por varios puntos, de lo que no se preocupaba, sino que seguía corriendo por temor a que le sofocara el humo. Sentía un sabor a humo y hollín y tenía la garganta y los pulmones como si estuvieran abrasados por el fuego. Se le había subido la sangre a la cabeza, y por momentos veía todos los objetos, hasta el mismo humo, de color de fuego.

Luego pensó: «¡Esto es fuego vivo! ¡Sería preferible que me arrojase al suelo y me dejase morir!».

Aquella carrera le fatigaba cada vez más. Su cabeza, cuello y hombros estaban inundados de sudor, que le abrasaba como agua hirviendo. De no haber sido por el nombre de Ligia, que repetía en pensamiento, y por su capitium, que llevaba atado alrededor de la boca, habría caído al suelo. Algunos momentos después no pudo ni conocer la calle por donde iba corriendo. El sentido le iba abandonando paulatinamente; recordaba tan sólo que era necesario correr, porque en el campo abierto, situado al término de su carrera, le aguardaba Ligia, que le había sido prometida por el apóstol Pedro.

Y, de súbito, se apoderó de él una especie de prodigiosa convicción, que casi tenía los caracteres de un delirio febril y se asemejaba a una visión de las que preceden a la muerte. Se decía, asimismo, que tenía que verla, casarse con ella y luego morir. Y seguía corriendo como un ebrio y tambaleándose de un lado de la calle a otro.

Entretanto se verificó un cambio en aquel monstruoso incendio que había abrasado la ciudad gigantesca. Lo que hasta entonces había sido sólo un

conato de fuego pareció estallar visiblemente y convertirse en un solo mar de llamas; el viento había cesado ya de traer consigo nubes de humo, y las que se habían acumulado en las calles fueron arrebatadas por un loco torbellino de aire asfixiante. Este torbellino arrastraba consigo millones de chispas, de manera que Vinicio iba corriendo como envuelto en una nube de fuego. Pero ello le permitía ver mejor su camino, y un momento después, casi cuando ya estaba próximo a caer, divisó cercana la esquina de la calle. Dobló esta esquina y se encontró en una calle que conducía a la Vía Portuense y al Campo Codetano.

Las chispas dejaron ahora de rodearle y comprendió que si podía llegar hasta la Vía Portuense se hallaría a salvo, aun cuando se desmayara enseguida. Al extremo de la calle distinguió una nueva nube de humo que, a primera vista, cerraba allí el camino.

«Si eso es humo —pensó— no podré pasar».

Y prosiguió su carrera con lo que le quedaba de fuerzas.

En el camino arrojó su túnica (que, quemada por las chispas, le estaba abrasando, como la túnica de Neso) y conservó tan sólo el capitium de Ligia alrededor de su cabeza y sobre la boca. Cuando hubo avanzado un poco más lejos pudo ver que lo que había tomado por humo era una nube de polvo, de entre la que se levantaba un tumulto de voces y de gritos.

«La canalla se está entregando al saqueo», pensó Vinicio; pero siguió corriendo hacia el punto de donde procedían las voces.

En todo caso, allí habría gente que pudiera socorrerle.

Y, alentado por esta esperanza, pidió auxilio con todas sus fuerzas antes de llegar hasta ellos. Pero éste fue su último y supremo esfuerzo. Sintió que una nube roja pasaba por delante de sus ojos; faltó aire a sus pulmones y vigor a sus músculos y cayó al suelo. Pero le habían oído, mejor dicho, le habían visto.

Dos hombres acudieron llevando en las manos sendas calabazas llenas de agua. Vinicio, que había caído al suelo desfallecido por agotamiento, pero sin perder los sentidos, se apoderó con ambas manos de una de las calabazas y vació la mitad de su contenido.

—Gracias —dijo enseguida—; ponedme tan sólo en pie y podré seguir caminando.

El otro obrero le bañó la cabeza, y ambos le alzaron del suelo y le condujeron hacia los demás, que le rodearon preguntándole qué tenía. Esta solicitud sorprendió a Vinicio y preguntó:

—¿Quiénes sois?

—Estamos aquí derribando casas para detener el fuego, impidiendo así que alcance la Vía Portuense —contestó uno de los obreros.

—Habéis venido en mi auxilio cuando me faltaban ya las fuerzas. Os doy por ello las gracias.

—No nos está permitido negar nuestra ayuda —contestaron muchas voces.

Vinicio, que aquella mañana, desde muy temprano, sólo había encontrado en su camino brutales turbas saqueadoras y asesinas, contempló con más atención los semblantes de las personas que le rodeaban y dijo:

—Que os premie... Cristo.

—¡Alabado sea su nombre! —exclamó todo un coro de voces.

—¿Lino...? —preguntó Vinicio.

Pero no le fue posible terminar su pregunta ni escuchar la contestación, porque, enseguida, se desmayó a causa de las emociones experimentadas y del agotamiento de fuerzas. Sólo volvió en sí en el Campo Codetano, y allí se encontró en un jardín, rodeado de algunos hombres y mujeres.

Las primeras palabras que dijo fueron:

—¿Dónde está Lino?

Por espacio de algunos momentos no hubo respuesta; luego, una voz que Vinicio conocía dijo de repente:

—Se fue hace dos días a Ostrianum por la Puerta Nomentana. ¡Que la paz sea contigo, oh rey de Persia!

Vinicio se incorporó entonces y vio a Quilón ante sus ojos.

—Tu casa se habrá incendiado ciertamente, ¡oh señor! —dijo el griego—; porque el barrio de las Carenas se halla envuelto por las llamas; pero tú serás siempre tan poderoso como Midas. ¡Oh, qué desgracia! Los cristianos, ¡oh hijo de Serapis!, han predicho desde hace largo tiempo que el fuego destruiría la ciudad. Pero Lino, acompañado de la hija de Júpiter, se halla en Ostrianum. ¡Oh, qué desventura para esta ciudad!

El joven se sintió desfallecer nuevamente. Luego preguntó:

—¿Los has visto tú?

—Sí, señor. Doy gracias a Cristo y a todos los dioses por haberme concedido el poder corresponder a tus beneficios con esta buena noticia. Pero ¡oh Osiris!, he de pagarte aún mejor, lo juro por esta Roma incendiada.

La tarde iba cayendo; pero en el jardín se veía como de día, pues el incendio había seguido en aumento. Parecía ya que no sólo se estaba

quemando la ciudad en diversos puntos, sino en toda su extensión. El firmamento estaba inflamado en todos los puntos que la vista podía alcanzar; y sobre el mundo reinó la noche roja.

IX

La luz procedente de la monstruosa llama que envolvía la ciudad llenaba el horizonte hasta donde podía abarcar la mirada. La luna se alzó grande y llena detrás de las colinas y parecía inflamada también por el fuego rojizo, que la asemejaba a una ascua de bronce. Parecía estar contemplando atónita la gran ruina de la ciudad que había gobernado el mundo.

En la inmensa bóveda del cielo, que mostraba un tinte de color de rosa, brillaban encendidas las estrellas; pero, contra lo que sucedía habitualmente, ahora la tierra ostentaba fulgores más vivos que los fulgores del cielo.

Roma, semejante a una pira gigantesca, iluminaba toda la Campania. A los resplandores de aquella luz de color de sangre se veían a lo lejos los montes y los pueblos, las casas de campo, los templos y monumentos y los acueductos que se extendían hacia la ciudad desde las colinas adyacentes; sobre los acueductos había verdaderos enjambres de gente que habían encontrado su salvación o acudido a contemplar el incendio.

Entretanto, el terrible elemento seguía abarcando nuevos barrios de la ciudad.

Era imposible abrigar dudas acerca del hecho de que había manos criminales encargadas de propagar el fuego, puesto que a cada instante estallaban nuevos incendios, aun en puntos situados a remota distancia del foco principal.

Desde las alturas sobre las que se hallaba Roma edificada afluían las llamas como olas del mar hacia los valles, densamente ocupados por casas, edificios de cinco y seis pisos llenos de tiendas, barracas, anfiteatros portátiles de madera destinados a representaciones de diverso carácter; y, finalmente, almacenes de leña, aceitunas, granos, nueces, piñones (fruto este último que servía para la alimentación de la mayor parte de la población menesterosa) y vestidos, que, por favor del César, se repartían de tiempo en tiempo entre la plebe hacinada en las barracas de las calles estrechas. Habiendo encontrado el fuego en esos sitios abundancia de materias inflamables, produjo una serie de explosiones e invadió calles enteras con increíble rapidez.

La gente acampada en las afueras de la ciudad o sobre los acueductos podía distinguir, por el color de la llama, lo que se estaba quemando. La

furiosa violencia del viento arrastraba fuera de aquel ígneo golfo millares y millones de cáscaras de nueces enrojadas por el fuego, y de almendras, que, lanzadas de súbito al aire como innumerables bandadas de brillantes mariposas, estallaban ruidosamente en el aire, o bien, arrastradas por el viento, iban a caer sobre otros barrios y sobre los acueductos y campiñas que rodeaban a Roma.

Toda idea de salvamento parecía imposible; aumentaba la confusión de instante en instante, porque, mientras por una parte la población salía de la ciudad escapando por todas las puertas, por otra, el incendio había atraído a millares de individuos de las inmediaciones, habitantes de los pueblos pequeños, campesinos y pastores semisalvajes de la Campania, atraídos por la idea del pillaje, la multitud no cesaba de gritar: «¡Roma perece!». La ruina de la ciudad parecía haber puesto fin a todo gobierno y relajado los vínculos que hasta entonces habían unido al pueblo en un solo cuerpo.

La plebe, entre la que abundaban más los esclavos y los extranjeros, no se preocupaba en absoluto del señorío de Roma. Solamente la destrucción de la ciudad podía libertarlos: de ahí que se los viera en actitud amenazadora. Y los actos de violencia, de robo y de saqueo se propagaban por todas partes y parecía que el espectáculo de aquella ciudad que el fuego iba devorando era lo único que retenía la atención pública, impidiendo por el momento el estallido asesino, que habría de empezar tan pronto como la metrópoli quedara convertida en un montón de ruinas.

Centenares de miles de esclavos, olvidando que Roma, además de sus templos y de sus murallas, poseía algunas decenas de legiones en todas partes del mundo, parecían estar tan sólo esperando una palabra de orden y un caudillo. Entre el pueblo empezaban a recordar a Espartaco, pero Espartaco ya no existía; y, entretanto, los ciudadanos se reunían y se armaban de cualquier manera. Las noticias más monstruosas iban circulando por todas las puertas.

Declaraban algunos que Vulcano, por orden de Júpiter, estaba destruyendo la ciudad con fuego emanado del interior de la tierra; otros, que Vesta estaba así vengando a Rubria. Los individuos imbuidos en estas creencias no se preocupaban de salvar nada, sino que, tomando por asalto los templos, imploraban en ellos la compasión de los dioses. Pero lo que más generalmente circulaba era la versión de que el César había dado orden de quemar Roma a fin de librarse de los olores que provenían del barrio del Suburra y construir una nueva ciudad con el nombre de Neronia.

Y una violenta ira se apoderaba del populacho ante esta idea; de manera que si, como lo había pensado Vinicio, cualquier caudillo hubiera querido aprovecharse de esa explosión de odio, la hora postrera de Nerón se habría anticipado algunos años.

Se decía, también, por otros, que el César se había vuelto loco y que pronto vendría una orden suya dada a los pretorianos y gladiadores para que cayesen sobre el pueblo e hiciesen una matanza general. Otros juraban por los dioses que, por orden de Barbas de Cobre, se habían abierto a las fieras las puertas de todos los vivaria de la ciudad. Y había hombres que afirmaban haber visto por las calles a leones con las melenas encendidas, y a elefantes y bisontes enfurecidos aplastando a la aterrorizada multitud.

Alguna verdad había en estos rumores, porque era cierto que, en algunos puntos de la ciudad, los elefantes, a la vista del fuego que se aproximaba, habían forzado las puertas de los vivaria y recobrado su libertad, precipitándose fuera de la zona del fuego, llenos de loco terror, arrasando todo a su paso como una tempestad.

Los rumores circulantes calculaban en decenas de miles el número de víctimas sacrificadas en aquel incendio. Y en verdad que las víctimas habían sido numerosas. Muchas personas, después de haber perdido todos los bienes, o visto perecer a los seres más queridos, se arrojaban a las llamas dominadas por la desesperación. Otros morían asfixiados por el humo.

En el centro de la ciudad, en el Capitolio, por un lado, y el Quirinal, el Viminal y el Esquilmo, por el otro, como también entre el Palatino y el monte Celio, en donde las calles se hallaban ocupadas por una población más densa, el fuego había empezado en tantos puntos a la vez, que multitud de personas, al huir en una dirección, se encontraban inesperadamente detenidas por una nueva muralla de fuego que les cerraba el paso y morían de muerte horrible en medio de un círculo de llamas.

Dominada por el terror, la perturbación y el frenesí, la gente no sabía hacia dónde escapar. Las calles se hallaban obstruidas por las mercancías y efectos, que en los lugares estrechos las cerraban por completo. Los que se habían refugiado en los mercados y plazas de la ciudad, donde se alzó después el anfiteatro de Flavio, cerca del templo de la Tierra, del Pórtico de Silvia, y más arriba, en los templos de Juno y de Lucina, entre el Clivus Virbuis y la antigua puerta Esquilina, perecieron abrasados por un mar de fuego. En los lugares que aún no habían sido alcanzados por las llamas se encontraron más tarde cientos de cuerpos carbonizados, a pesar de que algunos de estos desgraciados habían tratado de preservarse del fuego arrancando piedras del suelo y enterrándose hasta medio cuerpo.

Casi ninguna de las familias que habitaban en el centro de la ciudad sobrevivió con todos sus miembros al nefasto suceso; de ahí que a lo largo de las murallas, en las puertas y por todos los caminos se oyeran los desesperados alaridos de las mujeres que llamaban con tiernos nombres a los que habían perecido atropellados por la multitud o devorados por el fuego. Y así, en tanto

que algunos imploraban a los dioses, otros blasfemaban a causa de la espantosa catástrofe. Y se veían ancianos que venían hacia el templo de Júpiter Liberator, alzaban los brazos y exclamaban:

—¡Eres Libertador, salva tu altar y salva la ciudad!

Pero la desesperación imprecatoria del pueblo se volvía principalmente hacia los antiguos dioses romanos, que, en opinión del populacho, estaban obligados a velar por la ciudad con más solicitud que los otros. Habían resultado impotentes; de ahí que sobre ellos llovieran las injurias. Por otra parte había sucedido en la Vía Asinaria que, al mostrarse una compañía de sacerdotes egipcios conduciendo la estatua de Isis, que acababan de salvar de un templo cercano a la Puerta Celimontana, una multitud de gente se precipitó hacia ellos, se unió al carro y lo condujo hacia la Puerta Appia y, apoderándose de la estatua, la colocó en el templo de Marte, atropellando y derribando a los sacerdotes de esta deidad que se atrevieron a oponerle resistencia.

En otros puntos, el pueblo invocaba a Serapis, a Baal o a Jehová, cuyos adeptos, salidos de todas las callejuelas situadas en las inmediaciones del Suburra y del Transtíber, ensordecían con sus gritos las campiñas cercanas a los muros. En medio de estos gritos se oían exclamaciones de triunfo, y cuando algunos de los ciudadanos vinieron a unirse a este coro y a glorificar al «Señor del mundo», otros, indignados ante estas voces de júbilo, intentaban sofocarlas por medio de la violencia.

Aquí y allá se escuchaban también algunos himnos cantados por hombres que estaban en la flor de la vida, por ancianos, por mujeres y niños; himnos admirables y solemnes, cuyo significado no comprendían los demás; pero en los que se repetían las palabras siguientes: «¡He aquí que viene el Juez en el día de la ira y del desastre!».

Y todas estas inquietas y desveladas multitudes rodeaban la ciudad incendiada como un océano agitado en plena tempestad.

Pero ni su desesperación, ni sus blasfemias, ni sus himnos daban resultado alguno. El desastre parecía tan irresistible, completo, implacable y fatal como el Destino. Cerca del anfiteatro de Pompeyo, el fuego alcanzó unos depósitos de cáñamo y de cuerdas que se empleaban en los circos y arenas, junto con todas las maquinarias de que hacían uso en los juegos públicos, y a aquellos edificios adyacentes en los que se almacenaban barriles de pez para embrear las cuerdas.

Al cabo de unas pocas horas, toda aquella parte de la ciudad situada detrás del Campo de Marte se iluminó con una gran llama roja tan brillante, que por momentos pareció a los espectadores, casi inconscientes por el terror, que en

medio de aquella universal ruina se había trastornado hasta el orden de la Naturaleza, se había vuelto la noche día, y que ese fulgor extraño era la luz del sol. Pero un poco después, un monstruoso resplandor sangriento dominó todos los demás fulgores de las llamas polícromas.

Desde aquel mar de fuego se lanzaban hacia la incendiada atmósfera gigantescas fuentes y columnas ígneas, que se fraccionaban en sus cúspides y se extendían formando caprichosamente unas ramas o plumas de fantásticos y múltiples aspectos. El viento se las llevaba enseguida transformadas en cintas, hilos y chispas de oro, barriéndolas luego sobre la Campania y en dirección a los montes Albanos.

La noche se hizo más clara; el aire mismo parecía como impregnado de la fulgurante diafanidad de la luz y del intenso calor de las llamas. El Tíber parecía arrastrar en sus aguas fuego vivo. La desventurada ciudad sea hallaba convertida en un verdadero infierno.

Y el incendio seguía propagándose más y más; tomaba los montes por asalto, inundaba las llanuras, cubría los valles y se enfurecía, rugía y atronaba.

X

Macrino, un tejedor a cuya casa fue trasladado Vinicio, le bañó y le dio vestidos y alimentos. Cuando el joven recobró por completo las fuerzas declaró que se proponía seguir buscando a Lino aquella misma noche. El tejedor, que era cristiano, confirmó las noticias de Quilón y dijo a Vinicio que Lino se había ido en unión de Clemente, el prelado superior, a Ostrianum, en donde Pedro debía bautizar a una multitud de seguidores de la nueva fe.

En este barrio de la ciudad se sabía, por los cristianos, que Lino había dejado desde hacía dos días su morada a cargo de un cierto Gayo. Para Vinicio, ésta era una prueba de que ni Ligia ni Urso habían quedado en la casa, y de que ellos también habían partido para Ostrianum. Y esta idea le confortó sobremanera.

Lino era un anciano para quien sería difícil caminar diariamente hasta la distante Puerta Nomentana y luego regresar al Transtíber; de ahí que fuera probable que durante esos días se hospedase fuera de las murallas, en casa de algún correligionario, y en compañía de Ligia y de Urso. Y así habrían escapado del incendio, que, en general, no había alcanzado aún la ladera opuesta del Esquilino.

Vinicio veía en todo esto la mano providencial de Cristo velando sobre él, y su corazón rebosaba más que nunca amor y gratitud. Y prometía desde lo

íntimo de su alma que sabría pagar, aun cuando fuese con la propia vida, tan evidentes señales de protección. Pero eso le impelía con mayor premura a dirigirse a Ostrianum.

Estaba seguro de hallar a Ligia, a Lino y a Pedro; y se los llevaría lejos, muy lejos, a una de sus propiedades; a Sicilia si fuera posible.

Que se quemara Roma entretanto; al cabo de unos cuantos días no sería la ciudad más que un montón de escombros. ¿A qué permanecer, entonces, como espectadores del desastre y en medio de un populacho enfurecido?

En sus tierras, multitud de esclavos obedientes los rodearían y se encontrarían en medio de la tranquilidad del campo y viviendo en paz bajo el ala de Cristo y la bendición de Pedro. «¡Oh, si pudiera hallarlos ahora!».

Pero no era ésta una empresa fácil. Recordaba Vinicio las dificultades que se le habían presentado para llegar desde la Vía Appia al Transtíber, y cómo se había visto en la necesidad de hacer un rodeo para alcanzar la Vía Portuense. Se decidió, por tanto, a rodear también ahora la ciudad en dirección contraria a la que había tomado antes. Yendo por la Vía Triumphatoris le sería posible llegar hasta el puente Emilio, seguir a lo largo del río, pasar de allí al monte Pincio, todo el Campo de Marte (por fuera de los jardines de Pompeyo, Lúculo y Salustio) y abalanzarse, por fin, aun cuando fuese a empellones, a la Vía Nomentana. Sería éste el itinerario más corto; pero Quilón y Macrino le aconsejaron que no lo siguiera.

Ciertamente, el fuego no había devorado aún aquella parte de la ciudad; pero era posible que todas las plazas, los mercados y calles estuvieran completamente obstruidos por la plebe y por los efectos y mercancías en ellos amontonados.

Quilón fue de opinión que emprendiera más bien su camino por el Campo Vaticano hasta la Puerta Flaminia, cruzara el río en ese punto y prosiguiese desde allí, por fuera de las murallas, más allá de los jardines de Acilio, a la Puerta Salaria. Vinicio, después de un momento de vacilación, asintió a este consejo.

A Macrino le era imposible acompañarle, pues debía permanecer al cuidado de su casa; pero le proporcionó dos mulas, que también habrían de servir a Ligia en un viaje ulterior. Quiso cederle, asimismo, un esclavo; mas Vinicio no lo aceptó, creyendo que el primer destacamento de pretorianos que encontrara en su camino habría de ponerse a sus órdenes.

Pronto, él y Quilón se pusieron en marcha, atravesando el Pagus Janiculensis para llegar hasta la Vía Triunfal. Allí había también vehículos en los sitios abiertos; pero lograron pasar a través de ellos con poca dificultad, pues la mayor parte de los habitantes había huido por la Vía Portuense con

dirección al mar.

Más adelante de la Puerta Septimia siguieron entre el río y los espléndidos jardines de Domicio; los altos cipreses estaban allí enrojecidos por el incendio, como si los iluminara el fulgor del crepúsculo. Luego fue haciéndose el camino más y más despejado, y por momentos sólo tenían ambos jinetes que luchar contra la corriente de campesinos que venían en sentido opuesto.

Vinicio espoleaba incesantemente a su mula, mientras Quilón, que le seguía muy de cerca, iba casi todo el tiempo hablando consigo mismo. Y así discurría:

«Bien; ya hemos dejado atrás el fuego, que ahora nos viene calentando las espaldas. Jamás ha estado mejor alumbrado este camino durante la noche. ¡Oh Zeus! Si no envías pronto sobre ese fuego torrentes de lluvia será necesario confesar que ya no tienes amor a Roma. Porque el poder de los hombres no es suficiente para extinguir esas llamas. ¡Esta es la ciudad de la cual Grecia y el mundo entero dependían! Y ahora, el primer griego que pase delante de ella puede tostar judías en sus escombros. ¿Quién lo hubiera pensado? Y ahora ya no existirá Roma ni gobernantes romanos. Quienquiera que desee hollar sus cenizas, aunque éstas se hayan enfriado, y pasar silbando sobre ellas podrá hacerlo ya sin el menor peligro. ¡Oh dioses! ¡Silbar sobre una ciudad que ha sido la dueña del mundo! ¿Qué griego, ni mucho menos qué bárbaro, pudo jamás esperar eso? Y, sin embargo, se puede silbar; porque un montón de cenizas, proceda del humilde hogar de un pastor o de una ciudad incendiada, nunca será otra cosa que un montón de cenizas que, más tarde o más temprano, ha de aventar el aire».

Y mientras decía esto se volvía de cuando en cuando hacia el incendio y contemplaba las ondas llameantes con una expresión llena de malicia y de complacencia.

«¡Y está pereciendo! ¡Pereciendo! —continuaba diciendo—. Y no volverá jamás a levantarse sobre la tierra. ¿Adónde mandará el mundo ahora su trigo, sus aceitunas y sus tesoros? ¿Quién le estrujará de ahora en adelante a la vez oro y lágrimas? El mármol no se quema, pero se desmorona al fuego. Y el Capitolio ha de convertirse en polvo, y en polvo también el Palatino. ¡Oh Zeus! Roma ha sido una especie de pastor, y las demás personas, las ovejas. Cuando el pastor sentía hambre mataba a una oveja, se comía su carne, y a ti, ¡oh padre de los dioses!, ofrecía la piel. Y ahora, ¿quién, ¡oh tú, poderoso señor de las nubes!, se encargará de esas matanzas, y en qué manos pondrás, el látigo del pastor? Porque Roma está ardiendo, ¡oh padre!, tan completamente como si la hubiera fulminado uno de tus rayos».

—¡Apresúrate! —gritó en este momento Vinicio—. ¿Qué estás haciendo ahí?

—¡Señor, estoy llorando sobre Roma, esta ciudad de Júpiter!

Durante algún tiempo siguieron caminando en silencio, atentos al retumbar del incendio y al batir de las alas de las aves. Porque una multitud de palomas (que tenían sus nidos en las casas de campo y en pequeños pueblos de la Campania), y también toda clase de aves procedentes de las orillas del mar y de las montañas vecinas, confundiendo, acaso, los resplandores del incendio con la luz del sol, volaban por bandadas y ciegamente hacia el fuego.

Vinicio fue el primero que interrumpió el silencio, diciendo:

—¿Dónde te encontrabas cuando estalló el incendio?

—Me dirigía a casa de mi amigo Euricio, quien tenía una tienda cerca del Circo Máximo, y precisamente me hallaba meditando acerca de las enseñanzas de Cristo, cuando unos hombres empezaron a gritar: «¡Fuego!». La gente se reunió entonces alrededor del circo para salvarlo o llevados por la curiosidad. Pero cuando las llamas se adueñaron de él y comenzaron a aparecer en otros lugares, tuve que pensar en mi propia salvación.

—¿Viste a los individuos que arrojaban antorchas encendidas dentro de las casas?

—¡Qué no he visto yo, oh nieto de Eneas! Vi a muchos que se abrían paso, espada en mano, entre la multitud; y he presenciado combates y he visto entrañas humanas pisoteadas en el pavimento. ¡Ah!, si hubieras sido testigo de tal cosa, te habrías imaginado que los bárbaros acababan de tomar la ciudad y estaban efectuando una matanza. La gente gritaba que había llegado el fin del mundo. Algunos perdieron la cabeza por completo y aguardaban estúpidamente a que las llamas hicieran presa en ellos. Unos quedaban como anonadados, otros daban alaridos desgarradores; pero también he visto hasta quienes lanzaban alaridos de alborozo. ¡Oh señor!, existen malas gentes en el mundo, que no saben estimar en su valor los beneficios de vuestro suave gobierno y esas justas leyes, en virtud de las cuales despojáis a los demás de cuanto poseen para apoderaros de ello. Esas gentes, ya lo veis, no saben conformarse con la voluntad de Dios.

Vinicio se hallaba demasiado absorto en sus propios pensamientos para fijarse en la ironía que palpitaba en las palabras de Quilón. Un estremecimiento de horror se había apoderado de todo su cuerpo ante la simple idea de que Ligia hubiera podido encontrarse en medio de aquel caos, en alguna de esas terribles calles en que se pisoteaban las entrañas humanas. De ahí que, aunque había pedido por lo menos diez veces a Quilón que le refiriese todo cuanto pudiera saber, se volvió de nuevo hacia él y le preguntó:

—Pero dime: ¿los viste en Ostrianum con tus propios ojos?

—Los he visto, sí, ¡oh hijo de Venus! Vi a la doncella, al buen ligio, al santo Lino y al apóstol Pedro.

—¿Antes del incendio?

—¡Sí, antes del incendio! ¡Mira!

Pero en este momento surgió en el ánimo de Vinicio la duda de si Quilón estaría diciendo verdad o engañándole. Y entonces refrenó la mula para acercarse más al viejo griego y, mirándole con aire amenazador, dijo:

—¿Qué estabas haciendo allí?

Esta pregunta confundió a Quilón. Ciertamente que a él, como a muchos, le parecía que con la ruina de Roma vendría también el fin de la dominación romana. Pero entretanto se hallaba a solas con Vinicio y recordaba que el joven soldado le había prohibido, bajo pena de terribles castigos, que espiese a los cristianos, y en especial a Lino y a Ligia.

—Señor —dijo—: ¿Por qué no quieres creer que los amo? Y así es. Estuve en Ostrianum porque soy casi cristiano ya. Pirrón me ha enseñado a estimar más la virtud que la filosofía; de ahí que, de día en día, me apegue más a las personas virtuosas. Por otra parte soy pobre; y cuando tú, ¡oh Júpiter!, te hallabas en Ancio, con frecuencia padecí hambre sobre mis libros. Así pues, he solido sentarme delante de la muralla de Ostrianum, porque los cristianos, aunque pobres, distribuyen más limosnas que todos los demás habitantes juntos de Roma.

Esta explicación pareció suficientemente plausible a Vinicio, quien preguntó entonces con menos severidad:

—¿Y no sabes dónde vive Lino ahora?

—Una vez me castigaste cruelmente por mi curiosidad —replicó el griego.

Vinicio calló y prosiguieron su camino.

—¡Oh señor! —dijo Quilón, después de algunos momentos—, a no ser por mí no habrías encontrado a la doncella, y si ahora la encontramos nuevamente espero que no olvides a tu desvalido sabio.

—Recibirás una casa con una viña en...

—Gracias te sean dadas, ¡oh Hércules! ¿Con una viña? ¡Gracias! ¡Oh, sí, que tenga viña!

En aquel momento iban por el monte Vaticano, que se hallaba enrojecido a causa del incendio; pero, pasada la Naumaquia, torcieron a la derecha, para, una vez cruzado el Campo Vaticano, acercarse al río y, después de atravesarlo, dirigirse a la Puerta Flaminia. De repente, Quilón refrenó su mula y dijo:

—Se me ocurre una buena idea, señor.

—Habla —dijo Vinicio.

—Entre el Janículo y el monte Vaticano, detrás de los jardines de Agripina, existen unos subterráneos de los que se ha estado extrayendo piedra y arena para construir el circo de Nerón. Pues bien, escúchame, señor. Hace poco, los judíos, que son muy numerosos en el Transtíber, han empezado de nuevo a perseguir cruelmente a los cristianos. Recordarás que en tiempos del divino Claudio hubo tales disturbios, que el César se vio obligado a decretar la expulsión de éstos de Roma. Y ahora que han vuelto y que, gracias a la protección de la Augusta, se sienten seguros, molestan de nuevo a los cristianos con más insolencia. Yo sé esto porque lo he presenciado. Ningún edicto ha sido promulgado en contra de los cristianos, pero los judíos se quejan continuamente al prefecto de la ciudad de que los seguidores de Cristo asesinan niños, adoran a un asno y predicán una religión que el Senado no ha reconocido. Y los maltratan y atacan sus casas de oración de manera tan enconada, que los cristianos se ven obligados a ocultarse.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Vinicio.

—Esto, señor: que las sinagogas existen, abiertamente, en el Transtíber, pero que los cristianos, en su deseo de evitar las persecuciones, se ven obligados a rezar en secreto y a reunirse en cobertizos ruinosos fuera de la ciudad o en los arenales. Los que viven en el Transtíber han escogido, precisamente, el sitio donde se han hecho las excavaciones para la construcción del circo y varias casas situadas a lo largo del río. Pues bien: ahora que la ciudad perece, los cristianos estarán orando, y está fuera de duda que encontraremos un número considerable de ellos en las excavaciones; así, pues, opino que nos detengamos allí cuando estemos cerca.

—Pero tú me has dicho que Lino se había ido a Ostrianum —exclamó Vinicio con impaciencia.

—Pero tú me has prometido una casa con viña en Ameria —contestó Quilón—, y, por esa razón, deseo buscar a la doncella donde espero encontrarla; porque ellos pueden haber vuelto al Transtíber después de estallado el incendio... Pueden haber salido de la ciudad, rodeándola tal como lo estamos haciendo nosotros en este momento. Lino tiene una casa y es muy posible que haya deseado encontrarse próximo a ella, para ver si el fuego ha abarcado también esa parte de la ciudad. Así pues, si han regresado, te juro por Proserpina que hemos de encontrarlos rezando en las excavaciones o que, en el peor de los casos, allí sabremos noticias exactas.

—Tienes razón. Llévame allí —dijo el tribuno.

Quilón, al oír estas palabras, torció sin vacilar a la izquierda, en dirección

al monte.

Durante algunos momentos, la ladera de éste ocultó el incendio a la vista de ambos de tal modo, que, aun cuando las alturas cercanas se destacaban en la zona de la luz, Vinicio y Quilón se encontraron de nuevo a la izquierda y penetraron en una especie de pasaje completamente oscuro. Pero, en medio de esa lóbreguez, vio el joven temblar las luces de muchísimas linternas.

—Allí están —dijo Quilón—. Habrá hoy mayor número de ellos que nunca, porque los demás oratorios han sido consumidos por las llamas o se encuentran llenos de humo, como todo el Transtíber.

—Así es —dijo Vinicio—; ya oigo sus cánticos.

Y, en efecto, el ruido de las voces de los que cantaban llegaba hasta el monte desde aquella lóbrega abertura, y las linternas desaparecían tras ella una después de otra. Y desde los pasajes laterales aparecían cada vez formas nuevas; de manera que al cabo de algún tiempo Vinicio y Quilón se encontraron en medio de un gran grupo de individuos.

Quilón se deslizó de su mula y, haciendo señas a un muchacho que allí cerca se hallaba sentado le dijo:

—Soy sacerdote de Cristo y obispo. Quédate a cargo de nuestras mulas; recibirás mi bendición y te serán perdonados tus pecados.

Y luego, sin aguardar contestación, puso en las manos del muchacho las riendas de ambas mulas y, en unión de Vinicio, se incorporó a la multitud que avanzaba.

Penetraron en el subterráneo al cabo de algunos momentos, y fueron adelantándose a través del oscuro corredor a favor de la tenue luz de las linternas, hasta llegar a una espaciosa cavidad, de la que, probablemente, se habían extraído piedras, porque las murallas estaban formadas de fragmentos cortados recientemente. Allí se notaba más claridad que en el corredor, porque, además de los cirios y linternas, había encendidas algunas antorchas. A la luz de éstas vio el joven tribuno toda una multitud de gente arrodillada y con las manos levantadas en alto.

No estaban allí ni Ligia, ni el apóstol Pedro, ni Lino; pero le rodeaban rostros en que se advertía un aire solemne, y lleno de emoción. En algunos de ellos se veía pintada la alarma o la expectación; en otros, la esperanza.

La luz se reflejaba en sus ojos alzados hacia el cielo, el sudor corría por sus frentes, blancas como la tiza; algunos entonaban himnos, otros repetían febrilmente el nombre de Jesús y otros se golpeaban el pecho con fervor. Era evidente que aguardaban de un momento a otro que sucediera algo extraordinario.

Entretanto, cesaron los himnos, y, sobre toda aquella reunión, dentro de una concavidad o nicho formado después de la extracción de una enorme piedra, apareció Crispo —a quien Vinicio ya conocía—, con el semblante pálido y severo y el aire de un fanático. Todas las miradas se volvieron hacia él, y en los semblantes de todos se pintó el anhelo de escuchar palabras de consolación y de esperanza. Y después de haber bendecido a los presentes, empezó a hablar así, con voz precipitada, casi gritando:

—¡Llorad vuestros pecados, porque ha llegado la hora! ¡El Señor ha enviado sus llamas destructoras sobre la nueva Babilonia, sobre la ciudad del desenfreno y del crimen! Ha llegado el día del Juicio y la hora de la ira y del aniquilamiento... Mas no vendrá ya como el Cordero que ofreció su sangre por vuestras culpas, sino como un tremendo juez que, en su justicia, habrá de arrojar a los incrédulos y a los culpables al abismo. ¡Ay del mundo, ay de los pecadores! ¡No habrá misericordia para ellos!... ¡Te estoy viendo, Cristo! Lluvias de estrellas están cayendo sobre el orbe, se oscurece el sol, se abren las entrañas de la tierra, los muertos resucitan y Tú avanzas al son de las trompetas rodeado por legiones de ángeles y en medio de truenos y relámpagos. ¡Te estoy viendo y oyendo, oh Cristo!

Enseguida guardó silencio, y alzando el rostro pareció penetrar en las perspectivas distantes y terribles del futuro.

En aquel momento un sordo rumor se dejó oír en el subterráneo, una, dos, tres, diez veces. En la incendiada ciudad, calles enteras de edificios devorados por las llamas empezaban a desplomarse con gran estrépito.

Pero la mayor parte de los cristianos tomaron aquel estrépito como signo patente de que la hora terrible se aproximaba. La fe en el advenimiento de Cristo por segunda vez se hallaba tan generalizada entre ellos, que ahora la destrucción de la ciudad había venido a fortalecer esa creencia. Y el terror se apoderó de todos los presentes. Muchas voces repetían: «¡Ha llegado el día del Juicio!». Otros se cubrían el rostro con las manos, imaginando que la tierra iba a ser sacudida desde sus cimientos, que las furias del infierno iban a salir de sus entrañas y arrojarse furiosas sobre los pecadores.

Algunos clamaban: «¡Cristo, ten piedad de nosotros!» «¡Redentor, sé misericordioso!». Otros confesaban sus culpas a voces; los de más allá se arrojaban en los brazos de sus amigos a fin de tener cerca de sí algún corazón compasivo en la hora de la prueba. Pero también había rostros en los que se veía pintada una especie de celestial arrobamiento; rostros cuya sonrisa tenía una expresión ultraterrena y que no demostraban ni el más leve temor.

Algunas personas, en medio de sus transportes religiosos, habían empezado a decir en voz alta palabras desconocidas en idiomas extranjeros. Alguien que se hallaba en un rincón oscuro exclamó: «¡Despertad los que

dormís! ...».

Y sobre todas las voces descollaban las de alarma que daba Crispo: «¡Velad! ¡Velad!».

Por momentos, sin embargo, sobrevenía un silencio expectante, como si todos estuvieran conteniendo el aliento en sus pechos y aguardando lo que habría de llegar. Y, entonces, se escuchaban de nuevo los distantes estallidos de los escombros de la ciudad al desplomarse, después de lo cual volvían también a oírse gemidos, oraciones y exclamaciones: «¡Redentor, ten piedad!». Luego se volvía a oír la voz de Crispo que gritaba:

—¡Renunciad a las riquezas de la tierra, porque, en breve, la tierra faltará a vuestros pies! ¡Renunciad a los amores terrenos, porque el Señor habrá de condenar a los que amen más que a Él a la mujer y a los hijos! ¡Ay del que haya amado más a la criatura que al Creador! ¡Ay de los ricos! ¡Ay de los lujuriosos! ¡Ay de los disolutos! ¡Ay del esposo, de la esposa, de la hija!

De pronto, un estruendo mayor que todos los que le habían precedido pareció sacudir de un extremo a otro la cantera. Todos cayeron por tierra y extendieron los brazos en forma de cruz, como para ahuyentar con esa señal a los espíritus malignos.

Se sucedió un silencio, en medio del que sólo se escucharon alientos jadeantes, susurros llenos de terror, voces de: «¡Jesús, Jesús, Jesús!» y llantos infantiles. En aquel instante, una voz tranquila se alzó sobre la prosternada multitud.

—¡Que la paz sea con vosotros! —dijo.

Era la voz de Pedro, el apóstol, que acababa de penetrar en el subterráneo. Al escuchar su sonido desapareció el terror de los circunstantes, como sucede en un disperso rebaño al ver llegar a su pastor. Empezó la gente a levantarse del suelo, y los que estaban más próximos a Pedro se acercaron a sus rodillas, como si buscaran protección bajo su ala. Extendió sobre ellos las manos y dijo:

—¿Por qué perturba el temor vuestros corazones? ¿Quién de vosotros podría decir lo que ha de suceder antes que llegue la hora? El Señor ha castigado a Babilonia, pero su misericordia se extenderá a todos los que se hayan visto purificados por el bautismo; y vosotros cuyos pecados han sido redimidos por la sangre del Cordero, moriréis con su nombre en vuestros labios. ¡Sea la paz con vosotros!

Después de las amenazadoras y despiadadas palabras de Crispo, las de Pedro cayeron como un bálsamo consolador sobre los presentes. En vez de miedo a Dios, el amor a Dios tomó posesión de sus almas. Y aquellas gentes

volvieron así a amar, siguiendo las enseñanzas y escuchando las narraciones del apóstol, al Cristo que no era un juez inhumano, sino un manso y paciente Cordero, cuya misericordia sobrepuja, de manera inconmensurable, a la iniquidad del hombre.

Una especie de sensación de alivio pareció entonces apoderarse de toda la concurrencia, y la tranquilidad, unida al reconocimiento para con el Apóstol, llenó sus corazones. De varios puntos empezaron a oírse voces de: «¡Somos tus ovejas: guíanos!».

Los que se hallaban más próximos a él decían: «¡No nos abandones en la hora del desastre!». Y se arrodillaban delante de él. Viendo esto, Vinicio se acercó, tomó la orla de su manto e, inclinando su cabeza, dijo:

—¡Sálvame, señor! La he buscado entre el humo del incendio y en medio del torbellino de la multitud, sin hallarla en parte alguna; pero creo que tú puedes restituírmela.

Pedro puso la mano sobre su cabeza.

—Ten fe y ven conmigo —le dijo.

XI

La ciudad seguía ardiendo. El Circo Máximo se derrumbó convertido en un montón de ruinas. En los barrios donde primero había estallado el incendio, calles enteras y callejas empezaban a derrumbarse. Después de cada hundimiento se alzaban hacia el firmamento columnas de fuego. El viento había cambiado y soplaba ahora con impetuosa fuerza desde el mar, llevando hasta los montes Celio, Esquilino y Viminal olas de llamas, tizones y cenizas.

Por fin, las autoridades comenzaron a preocuparse del salvamento. Por orden de Tigelino, que se había apresurado a venir de Ancio al tercer día, empezaron a derribar los edificios del Esquilino, a fin de que el fuego, al llegar a los espacios abiertos, se extinguiera por sí solo.

Esto se hacía sólo para salvar los restos de la ciudad, porque no podía pensarse en el salvamento de lo que estaba ardiendo. Y era necesario, también, ponerse en guardia contra los resultados ulteriores de aquella ruina. En ella acababan de perecer incalculables riquezas, todas las propiedades de los ciudadanos de Roma habían quedado reducidas a cenizas, y centenares de miles de individuos vagaban errantes en la mayor miseria fuera de las murallas.

El hambre empezó a morder las entrañas de las multitudes desde el

segundo día de la catástrofe, pues en ella se habían consumido las inmensas cantidades de provisiones almacenadas en la ciudad. En medio del universal desorden y de la desaparición de los suministros nadie pensó en proporcionar nuevos. Solamente después de llegado Tigelino se comunicaron a Ostia las órdenes oportunas; entretanto, las turbas se habían hecho cada vez más amenazadoras.

La casa situada en Aqua Appia, en donde Tigelino se hallaba momentáneamente hospedado, estaba rodeada por multitud de mujeres que, de la mañana a la noche, gritaban: «¡Pan y hogar!».

En vano los pretorianos, traídos desde el gran campamento situado entre las Vías Salaria y Nomentana, se esforzaban por mantener de algún modo el orden, pues por todas partes tropezaban con una abierta resistencia armada. En otros puntos, grupos de gente indefensa señalaban la ciudad ardiendo y gritaban: «¡Matadnos junto al incendio!».

E injuriaban al César, a los augustanos y a los pretorianos, y el tumulto crecía por momentos de tal manera que Tigelino, al contemplar durante la noche los millares de incendios que iluminaban los alrededores de la ciudad, se decía a sí mismo que parecían fuegos de campamentos enemigos.

Por orden suya, además de la mayor cantidad de harina, se hizo venir todo el pan que fue posible obtener, no sólo desde Ostia, sino desde todos los pueblos y aldeas vecinos. Y cuando llegó, durante la noche, al Emporium el primer suministro, el pueblo derribó la puerta principal que daba al Aventino y se apoderó, en un abrir y cerrar de ojos, de todas las provisiones, en medio de un tremendo desorden.

A la luz del incendio luchaban encarnizadamente por los panes, muchos de los cuales caían al suelo y eran pisoteados. La harina de los sacos rotos blanqueaba como la nieve todo el espacio comprendido desde los graneros hasta los Arcos de Druso y Germánico. Y aquel desordenado saqueo continuó hasta que los soldados se apoderaron del edificio y dispersaron a la muchedumbre, disparando sobre ella flechas y otros proyectiles.

Nunca, desde la invasión de Roma por los galos a las órdenes de Breno, había presenciado la ciudad un desastre semejante. Se comparaban con desesperación aquellos dos incendios. Pero en la época de Breno, por lo menos, el Capitolio había permanecido en pie, y ahora se le veía rodeado de un tremendo círculo de fuego. Cierto es que los mármoles no ardían con llama, pero durante la noche, cuando el viento desviaba por instantes el curso de las llamas, se veían las columnatas del santuario de Júpiter rojas como carbones encendidos. Además, en tiempos de Breno, la ciudad se hallaba habitada por un pueblo homogéneo, de costumbres ordenadas, adicto a la ciudad y a sus altares; mientras que ahora vagaba y se agitaba en torno a las murallas de la

incendiada Roma una muchedumbre políglota, compuesta en su mayor parte de esclavos y libertos, exaltados, turbulentos y dispuestos, ante la presión de la necesidad, a volverse contra Roma y su poder.

Mas la misma inmensidad del incendio, que llevaba el pavor a todos los corazones, tenía desarmada, en cierto modo, a la multitud. Después del fuego podrían sobrevenir el hambre y las epidemias, pues para completar aquel cuadro de infortunios empezaban ya los terribles calores del mes de julio. El aire, inflamado por el incendio y por el sol, se hacía imposible de respirar. La noche, lejos de traer el menor alivio, se presentaba, por el contrario, como un verdadero infierno. Y al llegar el día aparecía un horrendo y desagradable espectáculo.

En el centro, la gigantesca ciudad de las colinas se veía convertida en un volcán rugiente en los alrededores, y hasta en los montes Albanos, se divisaba un campamento interminable, compuesto de cobertizos, tiendas, barracas, vehículos, fardos, líos, rimeros, fogatas; todo ello cubierto de humo e iluminado por los rayos del sol, enrojecidos por el incendio; y todo ello, también, poblado de voceríos, gritos, amenazas, imprecaciones de odio y alaridos de terror, que, en medio de aquel caos, lanzaba multitud de hombres, niños y mujeres.

Mezclados y confundidos con los quirites había griegos, hombres del Norte —de largos cabellos—, africanos y asiáticos; y, entre los ciudadanos, había esclavos, libertos, gladiadores, mercaderes, artesanos, aldeanos y soldados; un verdadero mar de gente que afluía de los alrededores de la isla del fuego.

Diversos rumores y noticias agitaban este mar de seres humanos, como agitaría el viento las ondas de un mar verdadero. Las noticias eran alternativamente favorables o adversas. Se hablaba de una inmensa provisión de trigo y vestidos que debía llegar al Emporium para ser distribuida gratuitamente. Se decía también que, por orden del César, las provincias del Asia y del África serían despojadas de todas sus riquezas y los tesoros así adquiridos se repartirían entre los habitantes de Roma, para que cada uno pudiera construir su propia casa. Pero, al mismo tiempo, circulaba el rumor de que había sido envenenada el agua de los acueductos y se decía que Nerón abrigaba el designio de aniquilar la ciudad, exterminando hasta el último de sus habitantes, y, a continuación, trasladarse a Grecia o Egipto y gobernar el mundo desde allí.

Cada rumor se difundía con la velocidad del rayo y encontraba fácil aceptación entre el populacho, provocando estallidos de esperanza, rabia, terror e indignación. Finalmente, aquella multitud nómada fue invadida por una especie de ansiedad febril.

La creencia de los cristianos de que se hallaba próximo el fin del mundo y

su exterminio por el fuego fue ganando cada vez más terreno, hasta entre los que rendían culto a los dioses. Y había muchos de estos individuos que caían en un estado de inconsciencia o de locura delirante. En medio de nubes iluminadas por el incendio veían a los dioses presenciando aquel vasto escenario de ruina y desolación, y alzaban hacia ellos los brazos para implorar su clemencia o para dirigirles maldiciones.

Entretanto, los soldados, con auxilio de algunos habitantes, continuaban la demolición de casas en el Esquilino y el Celio, como asimismo en el Transtíber, y estos barrios, por tanto, fueron salvados, en parte. Pero en la ciudad propiamente dicha quedó destruida una cantidad incalculable de tesoros acumulados a través de siglos de conquistas, y, entre ellos, inestimables obras de arte, espléndidos templos y los más preciosos monumentos del pasado de Roma y de su gloria.

Muchos preveían que, de toda la ciudad, apenas quedarían en pie unos cuantos edificios de los barrios extremos y que centenares de miles de personas quedarían sin cobijo. Otros hacían circular el rumor de que los soldados estaban derribando las casas no con el propósito de limitar el fuego, sino a fin de que no quedara nada de la ciudad.

Y Tigelino enviaba a Ancio correo tras correo implorando al César en cada carta que viniese a calmar la desesperación del pueblo con su presencia. Pero Nerón se movió solamente cuando el fuego se apoderó de la Domus Transitoria y aceleró entonces su regreso a fin de no perder el momento en que la conflagración se hallara en su apogeo.

XII

Entretanto, el incendio había llegado hasta la Vía Nomentana; pero entonces un cambio de viento le empujó hacia la Vía Lata y el Transtíber. Luego rodeó el Capitolio, extendiéndose a lo largo de Forum Boarium, destruyendo todo lo que había dejado antes en pie, y se acercó por segunda vez al Palatino.

Tigelino, después de haber reunido todas las fuerzas pretorianas, despachó correos al César, que se hallaba en camino, anunciándole que nada perdería de la grandeza del espectáculo, porque el fuego había seguido en aumento. Pero Nerón quería llegar de noche para saciarse mejor en la contemplación de la ciudad desaparecida.

Con este fin, se detuvo en los alrededores de Aqua Albana, y haciendo venir a su tienda al trágico Alituro, estudió con él las actitudes, miradas y

expresiones que debía adoptar ante el incendio, así como los ademanes y gestos más adecuados, disputando porfiadamente con el actor acerca de si al pronunciar las palabras: «¡Oh tú, sagrada ciudad, que parecías más duradera que Ida!», levantaría las dos manos o si, conservando una de ellas sobre la forminga y caída a un lado, solamente alzaría la otra. Éste era el asunto que le parecía en aquel momento más importante que ningún otro.

Emprendió nuevamente la marcha cerca del amanecer, no sin haber pedido consejo a Petronio respecto a la conveniencia de agregar a los versos, en que hacía una descripción de la catástrofe, unas cuantas espléndidas blasfemias contra los dioses, y si no era posible considerar tales imprecaciones como naturales, desde el punto de vista del arte, en boca de un hombre colocado en su situación, de un hombre que estaba perdiendo su pueblo natal.

Por fin, cerca de la medianoche, llegó a las murallas acompañado de su numerosa corte, compuesta de legiones de nobles, senadores, caballeros, libertos, esclavos, mujeres y niños.

Dieciséis mil pretorianos, dispuestos en línea de batalla a lo largo del camino, velaban por la seguridad y el orden de su entrada manteniendo a raya al indignado populacho. La plebe vociferaba, silbaba y maldecía a la vista de la comitiva, pero no osaba atacarla. Sin embargo, en algunos puntos se escuchaban los aplausos de aquella plebe, que no poseyendo nada, nada tampoco había perdido en el incendio, y que, en cambio, aguardaba una distribución de trigo, aceitunas, vestidos y dinero más generosa que de costumbre.

Por último, de orden de Tigelino, resonaron las trompetas y los cuernos, que ahogaron todos aquellos silbidos, aplausos y vociferaciones.

Nerón, al llegar a la Puerta Ostiense, se detuvo un momento y dijo:

—Soberano sin hogar de un pueblo sin techo, ¿en dónde iré a posar esta noche mi infortunada cabeza?

Después de haber atravesado el Clivus Delphini, subió al acueducto Apio sobre las gradas expresamente construidas para él. Le seguían los augustanos y un coro de cantantes que llevaban cítaras, laúdes y otros instrumentos musicales. Y todos los miembros de su comitiva contuvieron el aliento en su pecho ante la expectativa de que el César se preparase a pronunciar alguna frase de efecto que en interés de su propia conservación debieran retener en la memoria. Pero él se mantuvo solemne, silencioso, vestido de un manto de púrpura, orlada la sien de laureles de oro, contemplando la furiosa potencia de las llamas.

Y cuando Terpnos le entregó el laúd de oro, alzó los ojos al cielo, inundado de claridad, y pareció aguardar que la inspiración batiera sobre él sus alas.

El pueblo le señalaba desde lejos al verle, en medio de aquellos reflejos sangrientos. A lo lejos silbaban serpientes de fuego. Las llamas abrasaban los antiguos y más sagrados edificios: el templo de Hércules, construido por Evandro; el templo de Júpiter Estator; el templo de la Luna, levantado por Servio Tulio; la casa de Numa Pompilio; el santuario de Vesta, con los penates del pueblo romano. Y a través de las ondas de fuego aparecía a intervalos el Capitolio. El pasado de Roma, su espíritu, iban siendo así pasto de las llamas, en tanto que él, el César, estaba allí con una cítara en la mano, con la expresión trágica de un artista, pensando no en su patria arruinada; sino en su postura, en sus ademanes y en las patéticas palabras con que mejor pudiera describir la grandiosidad de aquella catástrofe, despertar mayor admiración y recibir los más calurosos aplausos.

Detestaba aquella ciudad, como detestaba a sus habitantes; amaba tan sólo sus propios cantos y sus versos; de ahí que en lo íntimo de su corazón se alegrara al ser, por fin, espectador de una tragedia como la que estaba describiendo.

El versificador se sentía feliz; el recitador, inspirado, extático; el buscador de emociones se deleitaba ante aquel horrendo espectáculo y con la idea de que la misma destrucción de Troya no era nada comparada con la ruina de aquella ciudad gigantesca. ¿Qué más podía desear? Allí estaba Roma la poderosa, la señora del mundo, envuelta en llamas, y él en pie, erguido sobre los arcos del acueducto, con un laúd de oro en las manos, vestido de púrpura, luminoso, admirado, poético, magnífico.

A sus pies, y como envuelto en dantesca penumbra, el pueblo tumultuoso y murmurante... ¡Que murmure! ¡Pasarán los siglos, transcurrirán millares de años; pero la Humanidad recordará y glorificará al poeta que aquella noche cantó la caída y el incendio de Troya! ¿Qué era Homero a su lado ahora? ¿Qué el mismo Apolo, con su cóncavo laúd?

Y aquí alzó los brazos, y pulsando las cuerdas pronunció las palabras de Príamo:

—«¡Oh cuna querida, la de mis padres! ...».

Su voz al aire libre, en medio del estrépito del incendio y el distante rumor de las inquietas multitudes, parecía extraordinariamente débil, incierta y apagada, y los sonos del acompañamiento semejaban un leve zumbido de moscas. Pero los senadores, dignatarios y augustanos reunidos sobre el acueducto se mantenían con las cabezas inclinadas y escuchando en medio de un silencioso arrobamiento.

Nerón cantó largo rato y cada vez se volvía más melancólico. Cuando se detenía a tomar aliento, el coro de cantantes repetía el último verso; entonces

Nerón dejaba caer de sus espaldas la syrma trágica con un gesto que le había enseñado Alituro, pulsaba de nuevo el laúd y seguía cantando. Una vez que hubo terminado la canción que había compuesto, empezó a improvisar, buscando comparaciones grandiosas en presencia del espectáculo que se desarrollaba ante él.

Su semblante comenzó a demudarse. Mas no porque le conmoviera la ruina de la capital de su patria, sino porque lo patético de sus propias palabras le deleitaba y conmovía hasta el punto de que dejó caer con estrépito el laúd a sus pies y envolviéndose en la syrma permaneció inmóvil, petrificado como una de las estatuas de Níobe que adornaban el patio del Palatino.

Después de un breve silencio, resonó una tempestad de aplausos.

A lo lejos fueron contestados por los alaridos estruendosos de las multitudes.

Nadie abrigaba ya la menor duda acerca de que el César había decretado el incendio de la ciudad a fin de proporcionarse aquel espectáculo y cantar ante él sus versos.

Nerón, al escuchar el inmenso alarido que partía de centenares de miles de individuos, se volvió a los augustanos con tristeza y la sonrisa llena de resignación de un hombre que está siendo víctima de la injusticia, y dijo:

—¡Cómo saben los quirites estimarme y apreciar la poesía!

—¡Bribones! —exclamó Vatinio—. Ordena, ¡oh señor!, que los pretorianos caigan sobre ellos.

Nerón se volvió a Tigelino, y dijo:

—¿Puedo contar con la fidelidad de los soldados?

—Sí, divino —contestó el prefecto.

Mas Petronio se encogió de hombros y dijo:

—Con su fidelidad, sí; mas no con su número. Permanece, entretanto, donde te hallas; aquí estamos más seguros; es necesario pacificar al pueblo.

Séneca y el cónsul Licinio fueron de esta misma opinión.

Entretanto, crecía la agitación abajo y el pueblo estaba armándose de piedras, estacas de tiendas de campaña, maderos de los carros, tablas y piezas de hierro. Al cabo de pocos instantes algunos de los jefes pretorianos se presentaron diciendo que las cohortes, estrechadas por la multitud, conservaban la línea de batalla con extremada dificultad, y encontrándose sin orden de ataque, no sabían qué hacer.

—¡Oh dioses! —exclamó Nerón—. ¡Qué noche! ¡Por un lado, el incendio;

por el otro, el mar agitado de la plebe!

Y se puso a rebuscar las expresiones que pudieran describir con mayor brillantez el peligro del momento. Pero observando luego a su alrededor las miradas de alarma y los pálidos semblantes, se asustó también.

—Dadme mi manto oscuro con capucha —exclamó—. ¿Hay entonces realmente conato de sublevación?

—Señor —dijo Tigelino con voz insegura—, he hecho cuanto me ha sido posible por restablecer el orden, mas el peligro es inminente... Habla, ¡oh señor!, al pueblo y hazle promesas.

—¿Hablar el César a la plebe? Que algún otro lo haga en mi nombre. ¿Quién quiere encargarse de ello?

—¡Yo! —contestó con calma Petronio.

—Ve, amigo mío. Tú siempre me has sido fiel en la hora de la prueba... Ve y no escatimes promesas.

Petronio se volvió entonces a los cortesanos con una expresión indolente e irónica, y dijo:

—Que me sigan los senadores aquí presentes y también Pisón, Nerva y Senecio.

Y descendió lentamente las gradas del arco del acueducto. Las personas a quienes había designado le siguieron con alguna vacilación, pero al mismo tiempo con cierta confianza que les inspiraba la calma del árbitro. Petronio se detuvo al pie de las gradas, ordenó que le trajesen un caballo blanco, y montando en él se puso a la cabeza de la cabalgata y emprendió la marcha por entre las espesas filas de los pretorianos hacia la arremolinada y rugiente multitud. Iba desarmado, llevando en la mano tan sólo el delgado bastón de marfil que de ordinario usaba.

Cuando hubo avanzado suficientemente, desvió su caballo y se mezcló entre la muchedumbre.

A su alrededor, y a la luz del incendio, se vio una multitud de manos alzadas que empuñaba toda clase de armas y ojos ardientes, rostros sudorosos, bocas vociferantes que echaban espuma.

Un enfurecido torbellino de gente rodeó al árbitro y a su séquito; por todos lados se divisaba un verdadero mar de cabezas agitadas, terribles, jadeantes, rumorosas. Aquel estruendo fue en aumento, hasta convertirse en un rugido inhumano. Sobre la cabeza de Petronio blandían estacas, horcas e incluso espadas; algunos individuos, con las manos crispadas, se abalanzaban hacia las riendas de su caballo y hacia su persona, pero él proseguía su marcha, frío,

indiferente, desdeñoso. A veces hacía a un lado con su bastoncillo las cabezas de los más audaces, como si estuviera abriéndose paso por en medio de una multitud tranquila; y esta calma confiada y esa serena indiferencia desarmaban y dejaban atónita a la enfurecida plebe. Por fin, le reconocieron y numerosas voces empezaron a gritar:

—¡Petronio! ¡El Arbiter Elegantiarum! ¡Petronio! ¡Petronio!

—¡Petronio! ¡Petronio! —repetieron en todas partes.

Y a medida que este nombre iba circulando de boca en boca, aquellos rostros terribles iban tornándose menos amenazadores y los alaridos menos rabiosos, porque aquel exquisito y elegante patricio, aunque jamás se había esforzado por captarse la voluntad del pueblo, seguía siendo su favorito. Tenía fama de hombre generoso y magnánimo, y su popularidad había tomado gran incremento, especialmente desde el día en que con motivo del asunto de Pedanio Segundo pidió el árbitro que fuera mitigada la cruel sentencia por la que habían sido condenados a la pena capital todos los esclavos de aquel prefecto.

Y fueron desde entonces los esclavos quienes más le amaron, con ese amor sin límites que los desgraciados y los oprimidos consagran a quienes les demuestran la más ligera simpatía. Además, en aquel momento se agregaba a todo eso la curiosidad de saber lo que diría el enviado del César, pues ninguno abrigaba ya dudas de que era el César quien le había mandado.

Petronio se quitó la blanca toga orlada de escarlata y la levantó haciéndola ondear sobre su cabeza, en demostración de que deseaba hablar al pueblo.

—¡Silencio! ¡Silencio! —gritaron de todos lados.

Después de algunos momentos reinó por fin la calma. Petronio se irguió entonces sobre su cabalgadura y dijo con voz clara y firme:

—¡Ciudadanos! Escuchadme y repetid mis palabras a los que estén más lejos; y, entretanto, portaos todos vosotros como hombres y no como fieras del circo.

—¡Escuchamos! ¡Escuchamos!

—¡Pues bien, oíd! La ciudad será reconstruida y se os abrirán los jardines de Lúculo y Mecenas, del César y Agripina. Mañana empezará la distribución de trigo, vino y aceitunas en forma tal, que cada uno de vosotros quede harto. Además, mandará el César disponer para vosotros juegos y espectáculos hasta ahora nunca vistos, durante los que tendréis banquetes y espléndidos obsequios. Y seréis más ricos después del incendio que antes.

Le contestó un murmullo inmenso, que pareció extenderse desde aquel punto, como centro, en todos sentidos, de igual forma que se dispersa una

onda sobre el agua en el mismo sitio donde una piedra ha sido echada. Y los que estaban más próximos repitieron a los que se hallaban distantes las palabras de Petronio. Y enseguida se escucharon por todos lados voces de cólera o de aplauso, que se reunieron por último en un solo grito universal:

—Panem et circenses!

Petronio se envolvió en su toga y permaneció por espacio de algunos instantes inmóvil, pareciendo con su blanca vestidura una estatua de mármol. El estrépito siguió creciendo; ahogó los estallidos del incendio y fue contestado por todas partes y hasta las más lejanas distancias. Mas era evidente que deseaba el enviado agregar algo, porque siguió esperando que se restableciese el silencio. Finalmente, imponiéndose de nuevo con un ademán, dijo:

—Ya os he prometido panem et circenses, y ahora aclamad al César, que os viste y alimenta. Y luego retírate a descansar, plebe, porque pronto ha de despuntar la aurora.

Y diciendo esto, volvió bridas a su caballo, fue apartando ligeramente con su bastoncillo las cabezas y los rostros de los que obstruían su camino, dirigiéndose a paso lento hacia la calle formada por los pretorianos.

Pronto llegó al pie del acueducto. Sobre éste reinaba un verdadero pánico, pues los cortesanos no habían comprendido el grito Panem et circenses! y lo habían tomado por una nueva explosión de ira. Ni siquiera esperaban que Petronio se salvara en medio de aquella deshecha tempestad; así pues, apenas le vio Nerón, se adelantó corriendo hacia las gradas, y con semblante pálido por la emoción, preguntó:

—¿Qué hay? ¿Qué sucede? ¿Se están batiendo?

Petronio insufló aire a sus pulmones, respiró profundamente y contestó:

—¡Por Pólux! ¡Están sudando y oliendo mal!... ¡Que me dé alguien epilimma! Porque me siento desvanecer —luego, volviéndose al César, dijo—: Les he prometido trigo, vino, aceitunas, libre acceso a los jardines y juegos. Ahora han vuelto a adorarte y claman a voz en grito en tu honor. ¡Oh dioses! ¡Qué olor tan desagradable tiene la plebe!

—Mis pretorianos se encontraban prontos —exclamó Tigelino—, y si tú no hubieras calmado a los turbulentos, los habría hecho yo callar para siempre. ¡Lástima, oh César, que no me hayas permitido hacer uso de la fuerza!

Petronio le miró, encogiéndose de hombros, y dijo:

—No ha de faltarte ocasión. Puede que necesites hacer uso de ella mañana...

—¡No, no! —exclamó Nerón—. Mandaré que abran los jardines al pueblo y le distribuyan trigo. ¡Gracias, Petronio! Haré disponer juegos y he de repetir en público la canción que habéis escuchado ahora —puso luego una mano en el hombro del árbitro, guardó silencio un instante y luego preguntó repentinamente—: Dime con sinceridad ¿qué concepto formaste de mí cuando cantaba?

—Te creí digno del espectáculo, así como el espectáculo digno de ti —respondió Petronio.

—Pero contemplémoslo todavía —agregó, tornando la vista hacia el incendio— y demos el adiós a la antigua Roma.

XIII

Las palabras del apóstol llevaron la serenidad al alma de los cristianos.

Siempre seguían creyendo próximo el fin del mundo, mas les parecía al propio tiempo que el día del Juicio no llegaría inmediatamente, y sí que muy pronto verían el término de la dominación de Nerón, que consideraban como el reinado del Anticristo y el castigo que haría Dios a los crímenes del César que clamaban venganza al Cielo. Y así fortalecida la fe con sus corazones, se dispersaron después de terminados los oficios en el subterráneo, dirigiéndose a sus domicilios provisionales y aun al Transtíber, porque había llegado hasta ellos la noticia de que el fuego había desviado su curso merced a un cambio de viento y había vuelto nuevamente hacia el río, y después de continuar acá y allá su devoradora obra, cesó de prolongarse en aquel barrio.

El apóstol, acompañado de Vinicio, a quien seguía Quilón, salió también del subterráneo. No se atrevió el joven tribuno a interrumpir las oraciones del anciano. Le acompañaba, pues, silenciosamente, limitándose a implorar su compasión con los ojos y temblando de inquietud.

Muchos se acercaban a Pedro para besarle las manos y la orla de su manto; las madres le presentaban a sus hijos, algunos se arrodillaban en el oscuro y largo pasadizo y, sosteniendo en alto cirios, imploraban su bendición; otros, que marchaban a su lado, iban entonando cánticos; de manera que no hubo ni un momento oportuno para hacerle alguna pregunta u obtener alguna respuesta. Sólo cuando salieron a espacios abiertos, desde donde se veía nuevamente la ciudad ardiendo, los bendijo el apóstol tres veces y, volviéndose a Vinicio, dijo:

—Nada temas. La cabaña del cavador se halla próxima. En ella encontrarás a Lino y a Ligia con su fiel servidor. Cristo, que para ti la ha destinado, te la

conserva.

Vinicio se sintió vacilante y se apoyó con la mano en un peñasco.

La carrera desde Ancio, los incidentes ocurridos bajo los muros de la ciudad, el buscar a Ligia en medio de casas incendiadas y humeantes, el insomnio y la sucesión de las terribles alarmas que había experimentado habían debilitado sus fuerzas, y el resto de ellas parecía abandonarle ahora que la noticia de que la persona que él más quería en el mundo estaba cerca de allí y que pronto la vería. Y al mismo tiempo que una especie de desvanecimiento, se apoderó de él una alegría tan intensa en ese instante que cayendo a los pies de Pedro le abrazó las rodillas, y así permaneció sin articular palabra.

—A mí, no; a mí, no; sino a Cristo —dijo el apóstol, queriendo sustraerse a tan vivas muestras de gratitud y homenaje.

—¡Qué buen Dios! —dijo a sus espaldas la voz de Quilón—. Pero ¿qué he de hacer con las mulas que allí nos esperan?

—Ven conmigo —dijo Pedro, tomando al joven de la mano.

Vinicio se levantó entonces. Y a la luz del incendio se vieron lágrimas en sus ojos, pálidos por la emoción. Los labios le temblaban como si estuviera orando.

—Vámonos —dijo.

Pero Quilón repuso:

—Señor, ¿qué debo hacer con las mulas que allí aguardan? Puede que ese digno profeta prefiera montar en una de ellas en vez de seguir a pie.

No sabía Vinicio qué contestar, pero habiendo oído decir a Pedro que la cabaña del cavador estaba cerca, dijo:

—Lleva las mulas a Macrino.

—Perdóname, señor, que te recuerde ahora lo de la casa en Ameria. En presencia de tan terrible incendio, fácil es de olvidar una cosa tan insignificante.

—La tendrás.

—¡Oh nieto de Numa Pompilio! Siempre estuve seguro de ello, mas ahora que también este magnánimo profeta ha escuchado tu promesa, innecesario es que te recuerde también la viña que me has prometido. Pax vobiscum! Te volveré a encontrar, señor. Pax vobiscum!

Ambos contestaron:

—Y contigo.

Y enseguida torcieron a la derecha, en dirección a las colinas. En el camino, Vinicio dijo:

—Señor, báñame en las aguas del bautismo, a fin de que pueda llamarme cuanto antes confesor de Cristo, a quien amo con todas las fuerzas de mi alma. Bautízame pronto, pues me encuentro dispuesto a ello de todo corazón y haré todo cuanto me ordenes; mas dímelo, a fin de que pueda ejecutarlo.

—Ama a los hombres como a tus propios hermanos —contestó el apóstol—, pues sólo con el amor podrás servir a Dios.

—Sí, comprendo eso, y lo siento. De niño creía en los dioses romanos, pero no los amaba, y a este Dios Único le amo tanto, que daría con alegría mi vida por Él —y dirigiendo la vista al cielo, clamó arrebatadamente—: Porque Él es uno. Porque Él es bueno y misericordioso. Y así, bien puede perecer no sólo esta ciudad, sino el mundo entero; a Él sólo reconoceré y sólo a Él alabaré.

—Y Él te bendecirá y bendecirá tu casa —terminó el apóstol. Entretanto, penetraron en otra hondonada, en cuyo extremo brillaba una débil luz. Pedro hizo una señal hacia ella y dijo:

—He aquí la cabaña del cavador que nos acogió cuando, de regreso de Ostrianum con Lino, que venía enfermo, no pudimos alcanzar el Transtíber.

Al cabo de unos instantes llegaron.

La cabaña era más bien una cueva, cuyas paredes estaban hechas de piedra y de caña. La puerta estaba cerrada, pero a través de una abertura que hacía las veces de ventana se veía el interior iluminado por el fuego que ardía dentro.

Una gigantesca y oscura figura les salió al encuentro y les preguntó:

—¿Quiénes sois?

—Siervos de Cristo —contestó Pedro—. Que la paz sea contigo, Urso.

El ligio se postró a los pies del apóstol, y después de haber reconocido a Vinicio, le tomó la mano por la muñeca y se la llevó a los labios, diciendo:

—¿Y tú también, señor? ¡Bendito sea el nombre del Cordero, por la alegría que con ello darás a Calina!

Diciendo esto, abrió la puerta y todos entraron.

Lino yacía enfermo sobre un montón de paja, con el semblante demacrado y la frente de un color amarillo marfileño.

Cerca del fuego se hallaba Ligia sentada, teniendo en la mano una sarta de pescaditos, evidentemente destinados a la cena.

Ocupada en separar los pescadillos, y creyendo que era sólo Urso quien había entrado, no alzó la vista. Pero Vinicio se acercó entonces a ella y, pronunciando su nombre, le tendió las manos. Entonces ella se levantó vivamente y un resplandor de asombro y alegría pasó por su semblante. Y sin decir una palabra, como un niño que después de pasar días de temor y aflicción acaba de encontrar a sus padres, se echó en los brazos que Vinicio le tendía. Él la estrechó entonces en ellos contra su pecho durante algunos instantes con una expresión extática, como si después de haberla perdido la recobrase ahora sana y salva en virtud de algún milagro. Y luego, retirando los brazos, le tomó las sienes con las manos, besó su frente y sus ojos y la abrazó de nuevo; repitió una, otra y otra vez su nombre; se inclinó hasta sus rodillas, le besó las manos y la llenó de atenciones, adoración y homenajes. Su alegría no tenía límites, como su amor y su felicidad.

Por último, le refirió cómo había hecho su acelerado viaje a Ancio; cómo la había buscado bajo las murallas y entre el humo y las chispas en la casa de Lino, y todos los terrores y sufrimientos que había debido pasar antes que el apóstol Pedro le mostrara el lugar en donde se hallaba refugiada.

—Pero ahora que te he encontrado —dijo—, no puedo por más tiempo dejarte cerca del incendio y de las turbas enfurecidas. Bajo las murallas se está matando la gente, y los esclavos se han sublevado, entregándose al saqueo. ¡Sólo Dios sabe qué calamidades caerán todavía sobre Roma! Mas yo te salvaré a ti y a todos vosotros. ¡Querida mía! Vámonos a Ancio, en donde tomaremos un barco que nos lleve a Sicilia. Mis propiedades allí son vuestras propiedades; mis casas, las casas vuestras. Escucha: en Sicilia encontraremos a Plaucio. Y yo te devolveré a la casa de Pomponia Grecina y luego te recibiré de sus manos, ya que tú, carissima, no me temes más. No he recibido aún las aguas del bautismo; pero pregunta a Pedro si no es verdad que en el camino hacia aquí le manifesté mi deseo de ser cuanto antes un verdadero seguidor de Cristo y le pedí que me bautizara, aunque fuese en esta choza de un cavador. ¡Créeme tú y créanme todos!

Ligia escuchó estas palabras con el rostro radiante de alegría. En efecto, los cristianos anteriormente, a causa de las persecuciones de los judíos, con motivo de los disturbios producidos por el desastre, vivían llenos de temor e incertidumbre. Así pues, un viaje a la tranquila Sicilia pondría término a todo peligro y sería el principio de una nueva era de felicidad para sus vidas.

Si Vinicio hubiese manifestado el propósito de llevarse tan sólo a Ligia, la joven seguramente habría resistido a la tentación, pues no deseaba dejar a Pedro ni a Lino; pero Vinicio les había dicho: «Venid conmigo; mis propiedades allí son vuestras propiedades; mis casas, las casas vuestras». Y al decir estas palabras, Ligia se inclinó para besar la mano al joven en señal de obediencia, y dijo:

—«Donde tú estás, Cayo, allí estoy yo, Caya».

Luego, confundida por haber pronunciado las palabras sacramentales que con arreglo a la costumbre romana se repetían tan sólo en la ceremonia del matrimonio, se ruborizó y se mantuvo a la luz del fuego con la cabeza inclinada y pensando que quizá habrían tomado a mal sus palabras. Pero el semblante del joven reflejaba una adoración sin límites.

Luego, Vinicio se volvió a Pedro y repuso:

—Roma está ardiendo por mandato del César. En Ancio se quejaba de no haber presenciado jamás un gran incendio. Y si no ha retrocedido ante un crimen de tal magnitud, piensa qué otras iniquidades no podrá perpetrar. ¿Quién sabe si no enviará tropas con la consigna de asesinar al pueblo? ¿Qué no ordenará y qué hambres, matanzas y desórdenes internos no vendrán después del incendio? Huid, pues, conmigo a ocultaros, y ocultemos también a Ligia. Esperaremos allí que pase la tempestad, y cuando haya cesado el peligro, podréis volver a esparcir de nuevo la simiente de vuestras enseñanzas.

Afuera, entretanto, en la dirección del Campo Vaticano y como confirmación de los temores de Vinicio, se oyeron gritos distantes de rabia y terror.

En aquel momento entró el cavador dueño de la cabaña y, cerrando precipitadamente la puerta, exclamó:

—En las inmediaciones del Circo de Nerón se está matando la gente. Los esclavos y los gladiadores han atacado a los ciudadanos.

—¿Lo habéis oído? —dijo Vinicio.

—Se está colmando la medida —replicó el apóstol—. Y vendrán calamidades inmensas, como un océano sin límites —luego, volviéndose a Vinicio y señalando a Ligia, dijo—: Llévate a la doncella que Dios te ha predestinado y sálvala. Lino, que está enfermo, y Urso te acompañarán.

Pero Vinicio, que había llegado a amar al apóstol con toda la fuerza de su alma impetuosa, exclamó:

—Te juro, maestro mío, que no he de abandonarte aquí a una destrucción segura.

—Que el Señor te bendiga por tus deseos —contestó Pedro—. Pero ¿no has oído decir que Cristo me repitió por tres veces en el lago: «Apacienta mis ovejas»?

Vinicio guardó silencio y Pedro agregó:

—Si tú, a quien nadie ha confiado la custodia de mi persona, me dices que no me abandonarás a una destrucción segura, ¿cómo puedes querer que

abandone yo mi rebaño en el día del desastre? Cuando se levantó la tempestad en el lago y el pavor se apoderó de nuestros corazones, Él no se apartó de nuestro lado. ¿Cómo podría yo, un servidor, no imitar el ejemplo de mi Señor?

Lino alzó entonces su enflaquecido semblante, y dijo:

—¿Y por qué no me sería permitido a mí también, ¡oh vicario de Cristo!, seguir el tuyo?

El joven tribuno se pasó la mano por la frente, como si estuviera en lucha consigo mismo o con sus propios pensamientos; luego, tomando a Ligia de la mano, dijo con voz en la que vibraba la energía de un soldado romano:

—¡Escuchadme, Pedro, Lino y tú, Ligia! Yo acabo de hablar lo que me dicta la humana razón; pero vosotros tenéis otra razón, que no se ocupa de los peligros que podáis correr, sino de los mandamientos del Redentor. ¡Así es!, yo no lo comprendía; estaba en el error, porque no se ha caído aún la venda de mis ojos y todavía se escuchan dentro de mí las voces de mi índole anterior. Pero puesto que amo a Cristo y deseo ser siervo suyo, aunque se trate de ofrecerle algo superior a mi propia cabeza, me arrodillo ante vosotros y juro que he de cumplir los mandamientos del amor y no he de abandonar a mis hermanos en la hora del desastre —y diciendo esto, se puso de rodillas y poseído de un fervoroso entusiasmo, alzó los ojos y los brazos al cielo y exclamó—: ¿Te habré comprendido ya, oh Cristo? ¿Me encuentras ya digno de Ti?

Le temblaban las manos, en sus ojos brillaban lágrimas y por todo su cuerpo corría un estremecimiento de fe y de amor. Tomó el apóstol en sus manos una vasija de barro llena de agua y acercándosela a él y rociando su cabeza, dijo con acento solemne:

—Yo te bautizo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Y entonces algo semejante a un éxtasis místico se apoderó de todos los presentes. Les parecía que una especie de luz sobrenatural había venido a iluminar la cabaña; que escuchaban a su alrededor una música celestial; que las rocas en que aquel mísero albergue estaba excavado se habían abierto sobre sus cabezas; que descendían de lo alto coros de ángeles y que sobre éstos, en lo alto, veían una cruz y en ella dos manos traspasadas por clavos que los bendecían.

Entretanto seguían escuchándose afuera los alaridos del combate y el estruendo de las llamas en la ciudad incendiada.

XIV

Se dispusieron campamentos para el pueblo en los espléndidos jardines del César, que antes habían pertenecido a Domicio y Agripina; y en el Campo de Marte, en los jardines de Pompeyo, Salustio y Mecenas. Los pórticos, juegos de pelota, las espléndidas casas de campo y los edificios destinados a las fieras fueron ocupados.

Los pavos reales, flamencos, cisnes, avestruces, gacelas, antílopes africanos y ciervos, que constituían el principal adorno de estos jardines, perecieron bajo el cuchillo de la plebe. Al mismo tiempo comenzaron a llegar provisiones de Ostia en cantidad tan abundante, que se habría podido atravesar el Tíber de una orilla a otra por medio de los buques y botes allí anclados como sobre un puente.

El trigo se vendía al precio increíblemente bajo de tres sestercios y se distribuía gratuitamente entre los desvalidos. Fue introducida en la ciudad una inmensa provisión de vino, aceitunas y castañas, y diariamente se hacían bajar de los montes rebaños de corderos y vacas.

Muchos desgraciados que antes del incendio vivían en sus escondrijos de las callejuelas del Suburra pereciendo de necesidad, disfrutaban ahora del mayor bienestar. El peligro del hambre quedó, pues, evitado así por completo; pero era más difícil reprimir los robos, asesinatos y violaciones que a diario ocurrían.

Una vida nómada aseguraba la impunidad a los facinerosos, tanto más fácilmente cuanto se proclamaban admiradores del César y no le escatimaban aplausos siempre que se presentaba en público. Además, cuando ante la presión de los acontecimientos se hallaban las autoridades en la imposibilidad de hacerse respetar, por carecer de la suficiente fuerza armada para reprimir los desmanes del populacho en una ciudad ocupada por la escoria del mundo entero, se perpetraban fechorías que sobrepasaban la imaginación humana.

Todas las noches había combates, matanzas y raptos de mujeres y de niños. En la Puerta Mugionis, punto de reunión de los rebaños que se traían de la Campania, se organizaban verdaderas batallas, en las que perecían centenares de personas.

Por las mañanas aparecían las orillas del Tíber cubiertas de cadáveres de individuos ahogados que nadie recogía y que al permanecer allí insepultos entraban en descomposición, que aceleraba el calor acrecentado por el incendio, y llenaban el aire de exhalaciones malolientes. Como consecuencia, al desarrollarse enfermedades en los campamentos, pudo preverse la inminencia de una gran epidemia.

Y la ciudad seguía ardiendo incesantemente. La violencia del fuego no disminuyó hasta el sexto día, cuando las llamas alcanzaron los sitios vacíos del Esquilino, en donde habían sido demolidas expresamente gran número de casas. Pero los hacinamientos de escombros encendidos daban todavía una luz tan viva, que el pueblo no quería creer que hubiese llegado el fin de la catástrofe. Y, en efecto, el fuego empezó con renovada fuerza la séptima noche en las casas de Tigelino, pero tuvo corta duración por falta de combustible. No obstante, las casas incendiadas seguían derrumbándose aquí y allá arrojando al cielo columnas de llamas y de chispas.

La superficie de las ardientes ruinas empezó a volverse negra. Y después de la puesta del sol el cielo dejó de presentar reflejos de luz sangrienta. Sólo al caer la noche se veían titilar sobre aquel vasto espacio lúgubre unas lenguas azuladas que surgían de entre los carbones humeantes.

De los catorce barrios de Roma apenas quedaban cuatro, incluyendo el Transtíber. Las llamas habían devorado todos los demás. Cuando por último los montones de escombros se convirtieron en cenizas, todo el espacio visible entre el Esquilino y el Tíber no formaba sino una inmensa extensión siniestra, gris, vacía, muerta, en la que se erguían hileras de chimeneas que semejaban columnas funerarias de un cementerio. Entre ellas circulaban durante las horas del día grupos sombríos de gentes en busca de objetos preciosos o tratando de hallar entre las ruinas los despojos de algún ser querido. Por la noche, los perros aullaban sobre los escombros y las cenizas de las antiguas moradas.

La liberalidad del César y los auxilios que había distribuido entre el populacho no bastaban para contener la indignación y el desfavorable rumor popular. Sólo estaban contentos los que formaban el hato de ladrones, criminales y facinerosos sin hogar, pero que comían, bebían y robaban a gusto. Pero las personas que habían perdido todas sus propiedades y a sus seres más inmediatos no podían ser ganadas mediante la apertura de los jardines, la distribución de pan o la promesa de juegos y obsequios populares. La catástrofe había sido demasiado grande y no tenía igual en el mundo.

Otros, en cuyo corazón existía aún el fuego sacro del amor a la ciudad de su nacimiento, se sublevaban en su interior hasta la desesperación ante la noticia de que el antiguo nombre de Roma iba a desaparecer y que sobre las cenizas de la capital el César se proponía erigir una ciudad llamada Nerópolis. Una corriente de odio fue así formándose y creciendo de día en día a pesar de las adulaciones de los augustanos y las calumnias de Tigelino.

Nerón, más sensible que ninguno de sus predecesores al favor del populacho, pensó con alarma que en la enconada y mortal lucha iniciada con los patricios en el Senado podría faltarle en un momento dado el apoyo popular. Los propios augustanos no estaban menos asustados al pensar que

cualquier mañana podía sonar para ellos la hora de la destrucción.

Tigelino era partidario de que se hicieran venir algunas legiones del Asia Menor. Vatinio, que reía aun cuando le estuvieran abofeteando el rostro, perdió su buen humor, y Vitelio el apetito.

Otros discutían entre sí acerca de la mejor manera de evitar el peligro, porque para nadie era un misterio que si el César se viera envuelto en la vorágine de una rebelión, no escaparía ninguno de los augustanos, a excepción quizá de Petronio. A la influencia de ellos se atribuían las locuras de Nerón, y a sus iniciativas, todos los crímenes que éste cometía. De ahí, que el odio hacia los augustanos casi fuera mayor que el que por Nerón sentían.

Por eso, algunos de ellos empezaron a intentar esfuerzos por eludir las responsabilidades que pudieran recaer sobre ellos a causa del incendio de la ciudad.

Pero para librarse de ellas era necesario también alejar del César toda sospecha, pues de otra manera nadie creería que ellos no habían sido los causantes de la catástrofe. Tigelino consultó el asunto con Domicio Afer y hasta con Séneca, a pesar de que le odiaba.

Popea se daba igualmente cuenta de que en la ruina de Nerón iba envuelta su propia sentencia; solicitó la opinión de sus confidentes y rabinos hebreos, ya que se sospechaba desde hacía años que practicaba la doctrina de Jehová.

Nerón, por su parte, fluctuaba entre varios de los métodos característicos suyos, que, a menudo, eran terribles, y con más frecuencia extravagantes; temblaba de miedo, se entregaba a transportes infantiles; pero sobre todo no cesaba de quejarse.

Un día hubo una larga e infructuosa consulta en la casa de Tiberio, que había escapado del incendio.

Petronio creía preferible, a pesar de la intranquilidad reinante, hacer un viaje a Grecia y luego a Egipto y Asia Menor. Este viaje había sido proyectado desde hacía tiempo, ¿a qué entonces aplazarlo más, ya que en Roma no había otra cosa que tristeza y peligros?

El César aceptó con entusiasmo aquel consejo; pero. Séneca, después de meditar breves instantes, dijo:

—Es fácil partir, pero regresar no lo sería tanto.

—¡Por Hércules! —replicó Petronio—. Podríamos volver a la cabeza de las legiones asiáticas.

—¡Eso haré! —exclamó Nerón.

Pero Tigelino se opuso. A él, por su parte, nada se le ocurría, y si la idea

del árbitro hubiese venido a su cerebro antes, indudablemente la habría declarado salvadora; mas para él se trataba de que Petronio no llegara a ser por segunda vez el único hombre capaz de salvar a todos y de conjurar todo peligro en los momentos difíciles.

—¡Escúchame, divinidad —dijo—: Ese consejo es destructor! Antes que hayas llegado a Ostia habrá estallado la guerra civil, y quién sabe si alguno de los descendientes del divino Augusto no se declararía César. ¿Y qué haríamos nosotros si las legiones se pusieran de su parte?

—Discurriremos entonces —contestó el César— la manera de que no haya descendientes de Augusto. No quedan muchos en la actualidad; será fácil, por tanto, libramos de ellos.

—Es muy posible, pero no se trata de ellos tan sólo. Sin ir más lejos, ayer mismo algunos de los individuos a mis órdenes oyeron decir a la plebe que un hombre como Tráseas debiera ser el César.

Nerón se mordió los labios. Después de un momento alzó la vista y dijo:

—¡Insaciables e ingratos! Tienen trigo en abundancia y tienen carbón para cocer pan. ¿Qué más quieren?

—¡Venganza! —replicó Tigelino.

Se sucedió un silencio. Entonces, el César se levantó de repente, alzó la mano y dijo, declamando:

—Los corazones piden venganza, y la venganza pide una víctima.

Y luego, olvidándose de todo, exclamó con el rostro radiante de alegría:

—Dadme una tabla y un punzón para escribir este pensamiento. Nunca fue Lucano capaz de concebir algo semejante. ¿Habéis notado cómo lo compuse en un instante?

—¡Oh incomparable! —exclamaron a coro unas voces. Nerón escribió el verso y dijo:—Sí, la venganza pide una víctima. Y echando una mirada sobre los que le rodeaban, agregó:

—¿Si corriéramos la voz de que Vatinio había ordenado el incendio de la ciudad y le entregásemos a la cólera del pueblo?

—¡Oh divinidad! ¿Quién soy yo? —exclamó Vatinio.

—¡Cierto! Se requiere una persona de más importancia... ¿Será, entonces, Vitelio?...

Vitelio palideció; mas, dominándose y riendo, contestó:

—Mi gordura podría renovar el incendio.

Pero Nerón tenía otra cosa en la mente: buscaba realmente una víctima que pudiese saciar la cólera del pueblo, y la encontró.

—Tigelino, ¡tú fuiste quien incendió Roma!

El temor hizo estremecerse a todos los presentes. Comprendieron que el César había dejado ya de hablar en chanza y que se acercaba un momento de tremenda expectación. El semblante de Tigelino se contrajo de tal manera, que sus labios parecieron los de un perro en actitud de morder.

—¡Incendí Roma por orden tuya! —dijo.

Y aquellos dos hombres se miraron como dos demonios. Siguió un silencio tan profundo que podía en aquel momento escucharse hasta el zumbido de una mosca.

—Tigelino —dijo, por último, el César—, ¿tú me quieres?

—Tú lo sabes, señor.

—Sacrifícate, entonces, por mí.

—¡Oh divino César! —contestó Tigelino—. ¿Por qué presentarme el dulce cáliz que, acaso, no he de llevar a mis labios? El pueblo murmura y se levanta ¿Por ventura querrías que también se levantasen los pretorianos?

Una sensación de terror oprimió los corazones de los presentes. Tigelino era el prefecto de los pretorianos, y sus palabras tenían la significación clara de una amenaza. El mismo Nerón lo comprendió, y su rostro se cubrió de palidez.

En aquel instante entró Epafrodito, el liberto del César, anunciando que la divina Augusta deseaba ver a Tigelino, pues había en sus aposentos algunas personas a quienes debía escuchar el prefecto. Tigelino hizo una reverencia al César y salió con el rostro sereno y desdeñoso.

Ahora, cuando había intentado asestarle el golpe, acababa de mostrar los dientes. Había hecho comprender a todos quién era, y conociendo la cobardía de Nerón estaba seguro de que el señor del mundo ya no se atrevería nunca a levantar la mano contra él.

Nerón permaneció silencioso en su asiento durante unos instantes; y luego, notando que los presentes aguardaban alguna respuesta, dijo:

—He estado alimentando una serpiente en mi seno.

Petronio se encogió de hombros, como si quisiera decir con ello que no sería difícil arrancar la cabeza de una serpiente semejante. Nerón, recogiendo su gesto, exclamó:

—¿Qué opinas tú? ¡Habla! ¡Aconséjame! ¡Sólo en ti confío, porque tienes

más juicio que todos los que me rodean, y me amas!

Petronio estuvo a punto de decirle:

«Hazme prefecto de los pretorianos y entregaré al pueblo a Tigelino y pacificaré en un día la ciudad».

Pero prevaleció en él su natural pereza. Ser prefecto significaba llevar sobre sus hombros la persona del César y, además, un sinnúmero de negocios públicos. ¿Por qué había de echarse encima esa labor? ¿No era preferible consagrarse a leer poesías en su espléndida biblioteca, admirar vasos y estatuas o estrechar contra su pecho el divino cuerpo de Eunice, acariciar sus dorados cabellos y posar sus labios sobre los labios coralinos de ella?

De ahí que se limitase a contestar:

—Te aconsejo que partas hacia Acaya.

—¡Ah! —contestó Nerón—. Esperaba algo más de ti. El Senado me aborrece. Si parto, ¿quién me asegura que no se sublevará y proclamará César a otro? El pueblo me ha sido leal hasta hoy, pero ahora estará de parte del Senado. ¡Por el Hades! ¡Ah, si ese Senado y ese pueblo tuvieran una sola cabeza!...

—Permíteme que te diga, divinidad, que si deseas salvar a Roma, es necesario siquiera conservar algunos romanos —replicó Petronio con una sonrisa.

—¿Y qué me importan a mí Roma y los romanos? —dijo con acento quejumbroso Nerón—. Me obedecían en Acaya. Y aquí sólo me rodea la traición. Todos me abandonan y vosotros mismos no estáis sino preparándoos también para traicionarme. ¡Yo lo sé, lo sé...! ¡Y ni siquiera os imagináis lo que dirán de vosotros las edades venideras si abandonáis a un artista como yo!

Y aquí se golpeó de súbito la frente, exclamando:

—¡Es cierto! En medio de todos estos afanes llego hasta a olvidarme de quién soy.

Dicho esto se volvió a Petronio con el rostro ya completamente radiante:

—Petronio —dijo—: El pueblo murmura; pero si yo llevara mi laúd y me dirigiera al Campo de Marte, si les entonara aquel canto que me oísteis durante el incendio, ¿no crees tú que los conmovería con mi canto como Orfeo conmovió a las fieras?

A esto Tulio Senecio, que se hallaba anhelante por volver al lado de las esclavas que había traído de Ancio y que hacía rato se sentía impaciente replicó:

—Sin duda alguna, César, en caso de que te permitieran empezar.

—¡Vámonos a Grecia! —exclamó, entonces, Nerón, lleno de disgusto.

Pero en ese momento entró Popea, seguida de Tigelino.

Las miradas de los presentes se volvieron hacia él involuntariamente, porque jamás un triunfador había ascendido las gradas del Capitolio con más orgullo que el del prefecto de los pretorianos al presentarse de nuevo ante el César.

Empezó a hablar lenta y enfáticamente, con un tono en el que se advertía una especie de mordacidad acerada, y dijo:

—Escúchame, ¡oh César! ¡Porque, al fin, puedo decirte que he encontrado la solución! El pueblo tiene sed de venganza y quiere, no una víctima, sino centenares, miles de ellas. ¿Has oído decir, señor, quién era Cristo, aquel a quien Poncio Pilato hizo crucificar? ¿Y sabes tú quiénes son los cristianos? ¿No te he hablado ya de sus crímenes, de sus indignas ceremonias, de sus predicaciones de que el mundo será destruido por el fuego? El pueblo los aborrece y sospecha de ellos. Nadie los ha visto en templo alguno, porque consideran nuestros dioses como espíritus malignos; y no frecuentan el Stadium porque miran con desdén las carreras de caballos. Jamás las manos de un cristiano te han rendido homenaje con sus aplausos. Ninguno de ellos te ha reconocido jamás como dios. Son los enemigos de la raza humana, de la ciudad y enemigos tuyos. El pueblo murmura contra ti, pero tú no me has dado orden de incendiar Roma y no he sido yo quien la ha incendiado... El pueblo quiere venganza, ¡que la tenga! El pueblo quiere sangre y fuego, ¡que los tenga! El pueblo sospecha de ti, ¡que sus sospechas tomen otra dirección!

Nerón le escuchó al principio asombrado; mas, a medida que avanzaba Tigelino, se demudaba su rostro de histrión y se iban pintando en él sucesivamente la cólera, el pesar, la simpatía y la indignación. De súbito se levantó y, arrojando a un lado la toga, que cayó a sus pies, alzó ambas manos al cielo y permaneció silencioso durante algún tiempo. Por último, dijo con trágico acento:

—¡Oh Zeus, Apolo, Hera, Atenea, Proserpina y todos vosotros, dioses inmortales! ¿Por qué no habéis venido en nuestro auxilio? ¿Qué delito ha cometido esta desventurada ciudad contra esos seres tan desdichados como crueles, para que, de manera tan inhumana, la hayan incendiado?

—Son los enemigos de la Humanidad y tus propios enemigos —dijo Popea.

—¡Haz justicia! —exclamaron otros—. ¡Castiga a los incendiarios! ¡Los mismos dioses claman venganza!

Nerón se sentó entonces, inclinó la cabeza sobre el pecho y guardó silencio por segunda vez, como anonadado por la perversidad de lo que acababa de escuchar.

Después, agitando los brazos, dijo:

—¿Qué castigos, qué torturas podrían igualar a crimen semejante?... Espero que los dioses me iluminen, y, auxiliado por los poderes del Tártaro, he de dar a mi pobre pueblo un espectáculo tal, que en los siglos venideros me recuerden con gratitud las nuevas generaciones.

Una nube oscureció la frente de Petronio. Comprendió el peligro que amenazaba las cabezas de Ligia y Vinicio, a quienes amaba, y de todas esas gentes cuya religión no aceptaba él, pero de cuya inocencia estaba seguro. Pensó también que iba a empezar una de esas orgías sangrientas, insoportables para sus ojos y su temperamento estético. Pero, sobre todo, pensó:

«Debo salvar a Vinicio, que se volvería loco si pereciera esa doncella».

Y esta consideración se impuso a todas las demás, porque Petronio veía muy bien que ahora iba a emprender el juego más peligroso que hubiera intentado en su vida entera.

Empezó, no obstante, a hablar con la negligencia indiferente y fría que solía adoptar cuando criticaba o ridiculizaba los planes del César y de los augustanos que no hallaba ajustados a su norma estética. Y dijo:

—¡Habéis encontrado a las víctimas! Bien. Podréis mandarlas a la arena o vestirlas con las túnicas dolorosas. También es cierto. Pero ¡escuchadme! Tenéis autoridad, tenéis pretorianos, tenéis poder: ¡mostraos, entonces, sinceros, por lo menos cuando nadie hay de fuera que nos esté escuchando! ¡Engañad al pueblo, pero no os engañéis a vosotros mismos! Entregad los cristianos al populacho, condenadlos a todas las torturas que os plazcan, mas tened el coraje de confesaros a vosotros mismos que no fueron ellos quienes incendiaron Roma... ¡Bah! ¡Me llamáis Arbiter Elegantiarum; pues bien: permitidme, entonces, que os declare que no me es posible permitir ni soportar comedias detestables! ¡Bah! Todo esto me recuerda los teatros barracas de la Puerta Asinaria, en los que los actores desempeñan papeles de dioses y de reyes para divertir a la gentuza de los suburbios, y, una vez terminado el espectáculo, comen cebollas con vino agrio o reciben palizas. ¡Sed dioses y reyes en realidad, ya que podéis permitirlo! En cuanto a ti, ¡oh César!, que acabas de amenazarnos con el juicio de las edades futuras, piensa que ese juicio te ha de comprender a ti también. ¡Por la divina Clío! ¡Nerón, señor del mundo, Nerón, dios, incendió a Roma porque era tan poderoso en la tierra como Zeus en el Olimpo; Nerón, poeta, amó tanto la poesía, que le sacrificó hasta la propia patria! Desde el principio del mundo nadie ha realizado un

hecho semejante; nadie ha osado ni siquiera intentarlo. ¡Te imploro, en nombre de las nueve Libetrices, que no renuncies a semejante gloria, porque los cantos que a ti se dediquen resonarán hasta el final de los siglos! ¿Qué será Príamo a tu lado, qué Agamenón, qué Aquiles, qué los dioses mismos? No es necesario que declaremos que el incendio de Roma fue bueno; fue colosal y extraordinario, y eso basta. Y te digo, además, que el pueblo no ha de alzar una mano contra ti. No es cierto eso que te cuentan. Ten valor, guárdate de llevar a cabo actos indignos de ti, pues lo único que podría amenazarte sería el que las edades futuras declarasen: «Nerón incendió a Roma; pero César, tímido y pusilánime poeta, negó después, por cobardía, un hecho tan colosal, culpando, en cambio, a personas inocentes».

Las palabras del árbitro produjeron en el ánimo de Nerón, como de costumbre, una impresión profunda; pero Petronio, esta vez, no se hacía ilusiones acerca de que acababa de recurrir a un medio extremo, que, llegada una eventualidad favorable, podría, ciertamente, salvar a los cristianos; pero, al mismo tiempo, era más fácil que se volviera contra él. Sin embargo, no había tenido ni un momento de vacilación, porque se trataba a la vez de Vinicio, a quien amaba, y del peligro, con el que se complacía en luchar.

«Los dados están echados —se dijo—, y vamos a ver ahora hasta qué punto el temor por su propia vida se sobrepone en el mono a su amor a la gloria».

Y en su interior no dudaba de que el temor había de prevalecer.

Entretanto reinó el silencio después de estas palabras. Popea y todos los presentes miraban a los ojos del César con el anhelo con que se aguarda un arco iris después de una tempestad.

Nerón empezó, por fin, a levantar los labios hasta pegarlos a la nariz, como era su costumbre cuando se hallaba perplejo. Por último, se pintó en su rostro una expresión de inquietud y desagrado.

—¡Señor! —exclamó Tigelino al notarlo—, permíteme retirarme; porque cuando hay gentes que desean exponer tu persona a la destrucción llamándote al mismo tiempo César cobarde, poeta pusilánime, incendiario y comediante, mis oídos no pueden soportar tales palabras.

«He perdido», pensó Petronio.

Pero, volviéndose a Tigelino, le midió con una mirada en la que se advertía el desprecio del gran señor y del hombre refinado por aquel miserable, y luego dijo:

—Tigelino, fue a ti a quien llamé comediante, pues no eres otra cosa en este momento.

—¿Acaso porque no he querido seguir escuchando tus insultos?

—Eres un histrión, porque estás fingiendo un amor sin límites hacia el César, tú, que hace pocos momentos le amenazabas con los pretorianos, amenaza que todos comprendimos tan bien como él.

Tigelino, que no había pensado que Petronio fuera suficientemente audaz para arrojar semejantes dados sobre el tapete, se puso pálido, perdió la cabeza y enmudeció.

Esta fue, sin embargo, la última victoria que logró alcanzar el árbitro del buen gusto sobre su rival, porque, en aquel momento, dijo Popea:

—Señor: ¿cómo puedes permitir que siquiera pase por la cabeza de alguien un pensamiento semejante; y todavía más, que haya alguien que se atreva a manifestarlo de viva voz en tu presencia?

—¡Castiga al insolente! —exclamó Vitelio.

Nerón alzó de nuevo los labios hasta las narices y, volviendo hacia Petronio sus ojos vidriosos de miope, dijo:

—¿Es ésta la manera como correspondes a la amistad que te he brindado?

—Si estoy en un error, demuéstremelo —dijo Petronio—; pero sabe que mis palabras las dicta sólo el afecto que por ti siento.

—¡Castiga al insolente! —repitió Vitelio.

—¡Hazlo! —exclamaron muchas voces.

Y en el atrium se notó un movimiento y un sordo murmullo y empezaron todos a retirarse del lado de Petronio. Hasta el mismo Tulio Senecio, su constante compañero en la corte, se apartó de él, y lo mismo hizo el joven Nerva, que hasta entonces le había demostrado la mayor amistad.

Al cabo de pocos instantes, Petronio se halló solo en el lado izquierdo del atrium con la sonrisa en los labios y reuniendo con las manos los pliegues de su toga, mientras aguardaba lo que hiciese o dijera el César.

—Me pedís que le castigue —dijo, por fin, Nerón—; pero es mi amigo y compañero, y aunque me ha herido en el corazón, sepa él que para los amigos este corazón no encierra otra cosa que perdón.

«He perdido y estoy perdido», pensó Petronio. Entretanto, se levantó el César y quedó terminada la reunión.

Petronio volvió a su casa. Nerón y Tigelino pasaron al atrium de Popea, en donde los esperaban las personas con quienes el prefecto había hablado ya. Estos eran dos rabinos del Transtíber, mitrados y revestidos con trajes largos y solemnes, su ayudante, un joven copista, y, además, Quilón.

A la vista del César los sacerdotes palidieron de emoción y, levantando exageradamente los brazos, le hicieron una profundísima reverencia, mientras que uno de ellos, dirigiéndose a Nerón, pronunciaba estas palabras:

—¡Salud a ti, oh soberano de la tierra, protector del pueblo escogido y César; león entre los hombres, cuyo reino es como la luz del sol, como el cedro del Líbano, como una fuente, como una palma, como el bálsamo de Jericó!

—¿No me llamáis dios? —preguntó Nerón.

Los sacerdotes se pusieron aún más pálidos. El más anciano de ellos repuso:

—Tus palabras, señor, son tan dulces como un racimo de uvas y como un higo maduro porque Jehová llenó tu corazón de bondad. El predecesor de tu padre, Cayo César, era severo; sin embargo, nuestros enviados no le llamaron dios, prefiriendo la muerte a la transgresión de su ley.

—¿Y no ordenó Calígula que fueran arrojados a los leones?

—No, señor; Cayo César temió a la cólera de Jehová.

Y al decir estas palabras alzaron la cabeza, pues el nombre del poderoso Jehová les infundía valor, y confiados ahora en su fuerza, miraron a los ojos de Nerón con más entereza.

—¿Acusáis a los cristianos de haber incendiado a Roma? —preguntó el César.

—Nosotros, señor, los acusamos tan sólo de esto: son los enemigos de la ley, de la raza humana y tus propios enemigos, y desde hace tiempo han amenazado con el fuego a la ciudad y al mundo entero. Lo demás te lo dirá este hombre, cuyos labios jamás ha manchado una mentira, porque por las venas de su madre corría la sangre del pueblo elegido.

Nerón se volvió entonces a Quilón y dijo:

—¿Quién eres tú?

—Un hombre que te rinde sus homenajes, ¡oh Osiris!, y, además, un pobre estoico...

—Aborrezco a los estoicos —dijo Nerón—. Aborrezco a Tráseas;

aborrezco a Musonio y a Cornuto. Sus discursos me son repulsivos, así como su desprecio por el arte y su voluntaria suciedad e inmundicia.

—¡Oh señor! Séneca, tu maestro, tiene mil mesas de cedro. Si tú lo deseas, podré tener el doble. Soy estoico por necesidad. Adorna, ¡oh radioso!, mi estoicismo con una guirnalda de rosas, ponle delante de un cántaro de vino y te cantará Anacreonte con tal emoción, que será capaz de ensordecer a todos los epicuros.

Nerón, que se sintió muy halagado por el epíteto de «radioso», dijo, sonriendo:

—Estoy satisfecho de ti.

—¡Este hombre vale cuanto pesa en oro! —exclamó Tigelino.

—Mas junta a mi peso tu liberalidad, pues de otra manera, puede el viento llevarse toda mi recompensa —contestó Quilón.

—Él no superaría en peso a Vitelio —observó Nerón.

—¡Oh Apolo, el del arco de plata! ¡Mi ingenio no es de plomo!

—Veo que tu fe no te impide llamarme dios.

—¡Oh inmortal! Mi fe se halla puesta en ti; los cristianos blasfeman contra esa fe: por eso los aborrezco.

—¿Qué sabes tú de los cristianos?

—¿Me permites llorar, oh divinidad?

—No —contestó Nerón—; el llanto me fastidia.

—Tienes tres veces razón; porque los ojos que te han visto a ti deben quedar para siempre libres de lágrimas. ¡Oh señor, defiéndeme contra mis enemigos!

—Háblanos de los cristianos —dijo Popea, con un asomo de impaciencia.

—Se hará como tú ordenas, ¡oh Isis! —contestó, Quilón—. Desde mi juventud me consagré a la filosofía y al descubrimiento de la verdad. Busqué ésta entre los antiguos divinos sabios, en la Academia de Atenas y en el templo de Serapis, en Alejandría. Cuando oí hablar de la existencia de los cristianos creí que éstos formaban una nueva escuela, en la que podría yo, acaso, encontrar unos granos de verdad, y para desgracia mía conocí a los individuos de esa secta. El primer cristiano que mi mala suerte me puso por delante fue un médico de Nápoles, llamado Glauco. Por él supe entonces que adoran a un cierto Chrestos, quien prometió aniquilar a todos los hombres y destruir todas las ciudades de la tierra, salvándolos a ellos si le ayudaban a exterminar a los hijos de Deucalión. Por esta razón, ¡oh señora!, ellos

aborrecen a los hombres y envenenan las fuentes; por esta razón en sus asambleas llueven maldiciones sobre Roma y sobre todos los templos en que se rinde culto a nuestros dioses. Chrestos fue crucificado; pero antes prometió que, cuando Roma hubiera sido destruida por el fuego, El volvería y entregaría a los cristianos el dominio del mundo.

—Ahora comprenderá el pueblo por qué Roma fue destruida — interrumpió Tigelino.

—Muchos lo comprenden ya, ¡oh señor!, porque yo recorro los jardines, recorro el Campo de Marte y propago mis enseñanzas. Pero, si me escucháis hasta el fin, llegaréis a conocer las razones que justifican mi venganza. Glauco, el médico, no me reveló al principio que su religión enseñaba el odio a la Humanidad. Por el contrario, me dijo que Chrestos era un buen Dios y que la base de su religión era el amor. Mi sensible corazón no pudo resistir a una verdad semejante; amé, pues, a Glauco, tuve fe en él y con él compartí hasta el último mendrugo de pan, hasta la última moneda de cobre; y ¿sabes tú, señor, cómo correspondió a mi afecto? ¡En el camino de Nápoles a Roma me hirió con el puñal y vendió a un mercader de esclavos a mi mujer, la joven y hermosa Berenice! ¡Si Sófocles conociera mi historia! Pero ¿qué digo? Aquí me está escuchando alguien superior a Sófocles.

—¡Pobre hombre! —dijo Popea.

—Quien ha visto el rostro de Afrodita no es pobre, ¡oh señora!, y yo lo estoy viendo en este momento. Pero entonces recurrí a los consuelos de la filosofía. De vuelta a Roma, busqué a los jefes de los cristianos y traté de obtener de ellos justicia contra Glauco. Pensé que le obligarían a devolverme a mi mujer. Conocí a su Pontífice supremo; también a otro, llamado Pablo; que estuvo preso en esta ciudad, pero fue puesto en libertad; después conocí al hijo de Zebedeo, a Lino, a Cleto y muchos otros. Sé dónde vivieron antes del incendio y sé dónde se reúnen actualmente. Puedo señalar un subterráneo en el monte Vaticano y un cementerio fuera de la Puerta Nomentana, donde celebran sus vergonzosas ceremonias. He visto al apóstol Pedro. He visto cómo Glauco mataba a niños a fin de que el apóstol pudiera tener sangre con que rociar las cabezas de los presentes, y vi a Ligia, la hija adoptiva de Pomponia Grecina, que se jactaba de que, no habiendo podido aportar la sangre de un infante, ofrecía, a cambio, la muerte de uno, porque había hechizado a la pequeña Augusta, tu hija, ¡oh Osiris!, y la tuya, ¡oh Isis!

—¿Has oído, César? —preguntó Popea.

—¡Es posible! —exclamó Nerón.

—Yo habría podido olvidar los agravios recibidos en mi persona — continuó Quilón—, pero cuando conocí el inferido a vosotros, quise matarla.

Desgraciadamente, me lo impidió el noble Vinicio, quien la amaba.

—¿Vinicio? Pero ¿acaso no huyó de él esa joven?

—Así es; pero él la buscó, porque no podía vivir sin ella. Por una miserable recompensa le ayudé a encontrarla, y yo fui quien le señaló la casa en que ella vivía entre los cristianos, en el Transtíber. Allí fuimos juntos, y con nosotros tu lidiador Crotón, a quien el noble Vinicio alquiló para que le protegiera. Pero Urso, el esclavo de Ligia, aplastó a Crotón. Ese es un hombre de una fuerza terrible, ¡oh señor!, y que puede romperle el cuello a un toro con tanta facilidad como cualquiera de nosotros cortar un tallo de amapola. Aulo y Pomponia Grecina le amaban por esa causa.

—¡Por Hércules —dijo Nerón—, el mortal que ha aplastado a Crotón merece una estatua en el Forum! Pero tú, viejo, estás equivocado o nos engañas, porque Vinicio mató a Crotón con un cuchillo.

—Así es como las gentes mienten a los dioses. ¡Oh señor! Yo vi cómo se rompían las costillas de Crotón entre los brazos de Urso, quien se precipitó enseguida sobre Vinicio, y le habría destrozado también a no ser por Ligia. Vinicio estuvo largo tiempo enfermo después de aquel suceso, pero ellos le curaron, con la esperanza de que, a influjo del amor, llegaría a hacerse cristiano. Y, en efecto, Vinicio es cristiano en la actualidad.

—¿Vinicio?

—Sí.

—¿Y acaso también Petronio? —preguntó Tigelino ansiosamente.

Quilón se retorció, se frotó las manos, y luego dijo:

—Admiro tu sagacidad, ¡oh señor! En efecto, bien puede haberse hecho también cristiano. Es probable... Es muy probable.

—Ahora comprendo por qué defiende a los cristianos.

Nerón dijo entonces, riendo:

—¿Petronio cristiano? ¿Petronio enemigo de la vida y de sus gozes? No digas necedades; no intentes persuadirme de eso, porque entonces ya nada podré creerte.

—Pero el noble Vinicio se hizo cristiano, señor. Te juro por los resplandores que de tu persona irradian que digo la verdad, y que nada me causa un disgusto más hondo que la mentira. Pomponia Grecina es cristiana, el pequeño Aulo es cristiano; cristiana es Ligia y también Vinicio. Yo serví fielmente a este último, y, en recompensa, por insinuación de Glauco, el médico, me hizo azotar, a pesar de ser viejo y estar entonces enfermo y con hambre. Y he jurado por el Hades que no olvidaría esa injuria. Véngala tú, ¡oh

señor!, y, a cambio, te entregaré a Pedro, el apóstol; a Lino, Cleto, Glauco y Crispo, que son los más destacados, y a Ligia y Urso. Y te señalaré a centenares, a millares de ellos, e indicaré sus casas de oraciones y los cementerios; y todas tus prisiones no bastarán para contenerlos. Sin mí, no podrías encontrarlos. En mis desgracias he buscado siempre consuelo hasta hoy solamente en la filosofía; pero, de aquí en adelante, he de hallarlo en los favores que descienden sobre mí... Soy viejo y no he conocido las dulzuras de la vida. Ya es hora de que empiece...

—Según eso, tú anhelas ser estoico delante de un plato colmado —dijo Nerón.

—Quien te presta servicios creo que merece bien que le colmen el plato.

—No te equivocas, ¡oh filósofo!

Pero Popea no abandonaba ni por un momento la idea de vengarse de sus enemigos. Su pasión por Vinicio no había sido, en realidad, sino un capricho pasajero, hijo de un momento de celos, ira y vanidad heridos. Pero la frialdad del joven tribuno hirió profundamente su orgullo y llenó su corazón de un obstinado encono. El solo hecho de que hubiera osado Vinicio preferir a otra mujer parecía a sus ojos un delito que pedía venganza. En cuanto a Ligia, la había odiado desde el primer instante, ya que fue para ella una constante alarma la presencia de la hermosura de aquella azucena del Norte. Bien podía Petronio decir cuanto quisiera acerca de las exiguas formas de la doncella, cuando hablara de ella al César, mas no a la Augusta. Popea, con ojo crítico, al primer golpe de vista comprendió que, en toda Roma, solamente Ligia podía rivalizar con ella y aun eclipsarla. Y, por consiguiente, juró su perdición.

—Señor —dijo—, ¡venga a nuestra hija!

—¡Apresuraos! —exclamó Quilón—, ¡apresuraos! De otra manera, Vinicio podría ocultarla. Yo señalaré la casa, a la que volvió después del incendio.

—Te daré diez hombres, e irás al instante —dijo Tigelino.

—¡Oh señor! Tú no has visto a Crotón entre los brazos de Urso. Si me das cincuenta hombres iré a mostrar la casa, pero sólo desde cierta distancia. Mas, si no os apoderáis de Vinicio, estoy perdido.

Tigelino miró a Nerón y dijo:

¿No sería tiempo, ¡oh divinidad!, de terminar de una vez con el tío y el sobrino?

Nerón, después de haber meditado un momento, replicó:

—No, todavía no. El pueblo no nos creería, aunque intentáramos persuadirle, que Petronio y Vinicio o Pomponia Grecina habían puesto fuego a

Roma. Sus casas eran demasiado hermosas. Más tarde, les llegará su turno, ahora necesitamos otras víctimas.

—Entonces, ¡oh señor!, dame una custodia de soldados —dijo Quilón.

—Atiende a eso, Tigelino.

—Te hospedarás, entretanto, en mi casa —dijo el prefecto.

La alegría se pintó en el semblante del griego.

—¡Os los entregaré a todos!, pero ¡apresuraos!, ¡apresuraos! —exclamó con voz ronca.

XVI

Al separarse del César, Petronio había ordenado que le condujeran a su casa de las Carenas, que, rodeada por jardines en tres de sus costados y dando frente a la plaza Cecilia, había escapado, afortunadamente, del incendio.

Por esta causa, otros augustanos que habían perdido sus casas, y dentro de ellas considerables riquezas y numerosas obras de arte, llamaban afortunado a Petronio.

Verdad es que desde hacía tiempo le llamaban el hijo predilecto de la Fortuna, calificativo cuya exactitud había parecido confirmar la creciente amistad que el César le había demostrado en los últimos tiempos.

Pero ese hijo predilecto de la Fortuna bien podía ponerse ahora a meditar acerca de la volubilidad de su madre; mejor dicho, acerca de su semejanza con Cronos, que devoraba a sus propios hijos.

«Si por lo menos se hubiera incendiado mi casa —se dijo a sí mismo—, y con ella mis gemas, mis vasos etruscos, mis cristales de Alejandría y mis bronces corintios, entonces Nerón bien podría haber olvidado la ofensa. ¡Por Pólux! ¡Y pensar que sólo de mí ha dependido ser prefecto en aquel momento! Entonces habría declarado que Tigelino era el autor del incendio —como lo es en realidad—, le habría hecho vestir la túnica dolorosa, entregándole al populacho, brindando protección a los cristianos y habría reconstruido Roma. ¿Y quién sabe si entonces hasta hubiera empezado una nueva era para los hombres de bien? Yo debía asumir ese puesto, si bien hubiera sido tan sólo por consideración a Vinicio. Y, en caso de sentirme abrumado por la tarea, me quedaba el recurso de transferir el mando al propio Vinicio, a lo que no habría ni siquiera intentado oponerse Nerón. Y entonces, aun cuando mi sobrino hubiera bautizado a todos los pretorianos, y hasta al mismo César, ¿qué daño

podría causarme esto a mí? ¡Nerón piadoso, Nerón lleno de virtud y de clemencia! ¡Qué entretenido espectáculo!».

Y su indolencia era tan grande, que empezó a reír ante ese pensamiento. Pero, minutos después, sus pensamientos siguieron otro rumbo. Le pareció que se hallaba todavía en Ancio y que Pablo de Tarso le decía: «Nos llamáis enemigos de la vida; pero contéstame, Petronio: si el César fuera cristiano y obrara como ordena nuestra doctrina, ¿no habría mayor seguridad y bienestar en la vida?». Y, al recordar esas palabras, pensó: «¡Por Cástor!, no importa cuántos sean los cristianos que aquí asesinen. Pablo encontrará un nuevo refuerzo de otros tantos; porque él tiene razón, a menos que sea posible que el mundo descansa sobre la base del crimen. ¿Y quién sabe si éste no llega a ser el caso en breve? Yo mismo, que he estudiado no poco en la vida, no he aprendido a ser pícaro suficientemente grande, por lo que será necesario que me abra las venas. Pero, de todas formas, ello habría debido terminar así; y si no así, de cualquier otro modo. Lo siento por Eunice y por mi vaso múrrimo; pero Eunice está hoy libre, y el vaso me lo llevaré. ¡No se ha de quedar con él Ahenabarbuis en ningún caso! Lo lamento también por Vinicio. Pero estoy dispuesto a ello, ya que en los últimos tiempos me he aburrido menos. En la vida, las cosas son bellas, pero la mayoría de las personas son tan repugnantes que no merece la pena vivirla. El que ha sabido vivir ha de saber morir. A pesar de haber pertenecido a los augustanos, he sido un hombre mucho más libre de lo que ellos se figuran».

Y aquí se encogió de hombros, agregando: «Pueden creer que me tiemblan las rodillas en este instante y que el terror me eriza los cabellos; pero el hecho es que, al llegar a casa, me daré un baño en agua de violetas; mi Eunice, de áureos cabellos, me ungirá con sus manos, y luego, después de un refrigerio, haremos que nos canten el himno a Apolo que compuso Antemio. Ya una vez me dije a mí mismo que no valía la pena pensar en la muerte, pues la muerte piensa en nosotros sin necesidad de que vayamos en su ayuda. Sería una maravilla que, en realidad, existiesen los Campos Elíseos, y en ellos se pasearan las sombras de los humanos. Eunice iría entonces, llegado el momento, a reunirse conmigo y vagaríamos juntos por el prado cubierto de asfódelos. Y allí, también, me encontraría con mejor sociedad que la de este suelo. ¡Qué bufones y charlatanes! ¡Ralea vil, ajena a todo buen gusto y pulimento! ¡Decenas de árbitros de la elegancia no serían bastantes para transformar esos Trimalciones en personas decentes! ¡Por Proserpina! ¡Ya estoy harto de todos ellos!».

Y observó con asombro que ahora se sentía a mayor distancia que antes de todas esas gentes. Los había conocido y considerado en su justo valor oportunamente y sabía qué debía pensar respecto a ellos; no obstante, ahora le parecía que se hallaba mucho más alejado de ellos, y los consideraba con

mayor desprecio que nunca. Así pues, estaba ya harto de ellos.

Luego se puso a pensar en su situación personal. Su sagacidad innata le hizo comprender que la ruina definitiva no le amenazaba todavía con verdadera inminencia.

Nerón había aprovechado la oportunidad para pronunciar unas cuantas estudiadas y selectas frases acerca de la amistad y de la clemencia que, por el momento, le ligaban en cierta manera.

«Tendrá que buscar pretextos —se dijo Petronio—, y mientras los encuentra, bien puede pasar mucho tiempo. Ante todo celebrará con cristianos los próximos juegos, y sólo después que éstos hayan terminado pensará en mí. Y, siendo esto cierto, es innecesario que me tome ninguna molestia ni que cambie mi sistema de vida. Un peligro más inmediato es el que amenaza a Vinicio».

Y entonces concentró su pensamiento en el joven tribuno, al que se propuso salvar.

Los esclavos conducían rápidamente la litera a través de las ruinas, piedras y montones de ceniza de que aún estaba lleno el barrio de las Carenas; pero les ordenó que fueran corriendo, a fin de llegar a su morada cuanto antes.

Vinicio, cuya insula se había incendiado, vivía con él ahora y se hallaba, por fortuna, en casa.

—¿Has visto hoy a Ligia? —fueron las primeras palabras de Petronio.

—Sí; llego de allí en este momento.

—Pues bien: escucha lo que voy a decirte y no pierdas tiempo en averiguaciones inútiles.

Escuchó, pues, a Petronio con el entrecejo fruncido, y en el rostro una expresión anhelante y a la vez terrible, pero impávida. Evidentemente, su primer impulso en presencia del peligro era defenderse y dar la batalla.

—Voy —se limitó a decir.

—Una palabra más. Lleva una bolsa de oro, armas y un puñado de tus cristianos. ¡Y, en caso de necesidad; rescata a Ligia de las garras de tus enemigos!

Vinicio se hallaba ya en la puerta del atrium, cuando Petronio exclamó:

—¡Mándame noticias con un esclavo!

Al quedar solo empezó a pasearse entre las columnas que adornaban el atrium y a pensar en los últimos acontecimientos. Sabía que, después del incendio, Ligia y Lino habían vuelto a casa de este último, que, como casi

todo el Transtíber, se había salvado de las llamas; y ésta era una circunstancia desfavorable, porque, de otra manera, habría sido difícil encontrarlos en medio de la multitud. No obstante, esperaba Petronio que, en el estado en que se hallaban las cosas, nadie sabría en el Palatino dónde vivían, y por consiguiente, de todas maneras lograría Vinicio adelantarse a los pretorianos. Le parecía también que Tigelino, en el deseo de apoderarse de un solo golpe del mayor número de cristianos, extendería sus redes por toda la ciudad y tendría que distribuir los pretorianos en pequeños grupos.

«Aun cuando manden unos diez hombres en busca de Ligia —pensó—, ese gigante ligio les romperá los huesos, y con mucha mayor seguridad si Vinicio acude con auxiliares».

Y esta idea le tranquilizó.

Cierto era que resistir a los pretorianos era lo mismo que declarar la guerra al César.

Petronio sabía también que si Vinicio se sustraía a la venganza de Nerón, esa venganza podría caer sobre su propia cabeza, mas ello le importaba poco. Por el contrario, se complacía en la idea de contrariar los planes de Nerón y Tigelino; y resolvió no omitir en esta empresa ni hombres ni recursos. Puesto que, en Ancio, Pablo de Tarso había convertido a la mayor parte de sus esclavos, sabía que al empeñarse en la defensa de los cristianos podía contar con el celo y abnegación de esos neófitos.

La entrada de Eunice vino a interrumpir el curso de sus meditaciones. A su vista se desvanecieron sin dejar huella alguna todos sus disgustos y preocupaciones. Olvidó al César, la desgracia en que había caído, la degradación de los augustanos, las persecuciones que amenazaban a los confesores de Cristo y olvidó a Vinicio y a Ligia, para concentrar su pensamiento sólo en Eunice, a quien miraba con ojos de verdadero esteta (enamorado de sus maravillosas formas) y de amante, para quien esas formas sólo palpitaban amor.

Venía ataviada con un transparente traje violeta llamado *coa vestis*, a través del cual se transparentaba su rosado cuerpo, y estaba realmente tan bella como una diosa. Y, sintiéndose admirada por Petronio, amándole a la vez con toda su alma y anhelante siempre de sus caricias, al hallarse delante de él se ruborizó de alegría, como si en realidad fuera una inocente virgen, en lugar de una concubina.

—¿Qué vienes a decirme, Gracia? —preguntó Petronio, extendiendo las manos.

Eunice, inclinando hacia él su dorada cabeza, contestó:

—Antemio ha venido con sus coristas y pregunta si deseas oírle.

—Que espere: nos cantará durante la comida el himno a Apolo. Y nosotros le escucharemos rodeados todavía de cenizas y de escombros. ¡Por las arboledas de Pafos! Cuando te veo con esta coa vestis me figuro que tengo delante a Venus Afrodita transparentándose a través de un velo celestial.

—¡Oh señor! —dijo Eunice.

—Ven aquí, Eunice...; estréchame en tus brazos y dame tus labios... ¿Me amas?

—No amaría más al propio Zeus.

Y, oprimiendo con los suyos los labios de Petronio, se echó en sus brazos temblando de felicidad. Al cabo de algunos momentos, Petronio dijo:

—¿Y si fuera necesario que nos separásemos...?

Eunice le miró con una expresión de sobresalto en los ojos y dijo:

—Señor, ¿qué dices?

—No te asustes... Te hago esta pregunta porque es posible que deba emprender un largo viaje.

—Llévame contigo...

Petronio cambió entonces rápidamente de conversación y repuso:

—Dime, ¿hay asfódelos en los céspedes del jardín?

—Los cipreses y los céspedes se han puesto amarillos por el fuego; los mirtos se han deshojado, y todo el jardín parece como si estuviera muerto.

—Roma entera está así, y pronto se convertirá en un verdadero cementerio. ¿Sabes que se va a promulgar un edicto contra los cristianos y van a empezar las persecuciones, durante las que perecerán millares de ellos?

—¿Por qué van a castigar a los cristianos, señor? Son buenos y pacíficos.

—Precisamente por eso.

—Vámonos al mar. A tus hermosos ojos no les gusta el espectáculo de la sangre.

—Sí; pero entretanto es necesario que me bañe. Ven al oleothesium y me ungirás los brazos. ¡Por el cinturón de Venus! ¡Nunca me has parecido más bella! He de ordenar que hagan para ti un baño en forma de concha; tú te hallarás en ella como una preciosísima perla. ¡Ven, diosa de cabellos de oro!

Y Petronio salió.

Una hora después, ambos amantes, coronados de rosas y entornados los

ojos, descansaban en el triclinio delante de una mesa cubierta con una vajilla de oro. Les servían niños en trajes de Cupido, bebían vino en cálices adornados con hiedra y escuchaban el himno de Apolo cantado al son de las arpas, bajo la dirección de Antemio. ¿Qué les importaba la ciudad incendiada, con sus chimeneas en pie como jalones denunciadores de la ruina de antiguas moradas, ni que las ráfagas de viento estuvieran esparciendo en todas direcciones las cenizas de lo que había sido Roma? Ellos eran felices pensando tan sólo en el amor, que transformaba sus vidas en un sueño divino.

Mas antes que terminara el himno, un esclavo, el jefe del atrium, penetró en el triclinium.

—Señor —dijo con voz temblorosa por la alarma—, un centurión con un destacamento de pretorianos se halla delante de la puerta y, por orden del César, desea verte.

Se suspendieron entonces el canto y los sonos de los laúdes. Y el temor se apoderó de los presentes, porque el César, en sus comunicaciones con personas amigas, no acostumbraba utilizar pretorianos, y la presencia de éstos en época semejante no auguraba nada bueno.

Petronio fue allí la única persona que no demostró la menor emoción; pero dijo, como un hombre a quien fastidian visitas importunas:

—Bien podían dejarme comer en paz.

Y volviéndose al jefe del atrium, agregó:

—Que entre.

El esclavo desapareció detrás de la cortina, y un momento después se sintieron pesados pasos y se presentó Aper, centurión a quien Petronio conocía. Venía armado y traía en la cabeza un yelmo de hierro.

—Noble señor —dijo—, te traigo un mensaje del César.

Petronio extendió perezosamente su blanca mano, tomó la tabla y, echando una mirada sobre ella, la pasó con tranquilo ademán a Eunice, diciendo:

—Esta noche se propone dar lectura a un nuevo libro de la Troyada y me invita a que le escuche.

—Sólo he recibido la orden de entregarte el mensaje —dijo el centurión.

—Sí; no hay respuesta. Pero, centurión, bien podías descansar un momento en nuestra compañía y vaciar una copa de vino.

—Gracias te doy, noble señor. Beberé gustoso una copa de vino a tu salud; pero descansar no me es posible, porque estoy de servicio.

—¿Por qué te han dado a ti la carta y no me la enviaron con un esclavo?

—Lo ignoro, señor. Acaso porque yo debía venir en esta dirección en desempeño de otro cargo.

—Lo sé; contra los cristianos, ¿no es eso?

—Sí, señor.

—¿Desde cuándo ha empezado la persecución?

—Antes de mediodía han sido enviados algunos destacamentos al Transtíber.

Y dicho esto, el centurión bebió un poco de vino en honor de Marte, luego tiró el resto hasta vaciar la copa, y dijo:

—¡Que los dioses te concedan, oh señor, cuanto puedas desear!

—Llévate la copa en recuerdo mío —dijo Petronio. Y luego ordenó con un ademán a Antemio que terminase el himno a Apolo.

«Barbas de Cobre empieza a jugar conmigo y con Vinicio —pensó, mientras volvían a escucharse los sonos de las arpas—. ¡Adivino su plan! Ha querido aterrorizarme enviándome su carta por medio de un centurión. Le preguntarán a éste por la noche cómo le recibí. ¡No! ¡No! ¡No te divertirás gran cosa, cruel y perverso poeta! ¡Sé que no has de olvidar la injuria; sé que mi destrucción se aproxima, pero si te figuras que voy a mirarte con ojos suplicantes y que vas a ver el terror y la humildad en mi rostro, qué decepción te vas a llevar!».

—El César te escribe, señor —dijo Eunice—. Ve si lo deseas. ¿Irás?

—Mi salud es perfecta; puedo hasta escuchar sus versos —contestó Petronio—. Voy, pues, con mayor razón, ya que Vinicio no puede ir.

En efecto; terminada la comida, y después de su paseo habitual, se hizo peinar y arreglar los pliegues de su vestido por sus esclavos, y una hora después, hermoso como un dios, era conducido al Palatino.

Era tarde; la noche estaba tranquila y tibia, y la luna brillaba con tal claridad, que los lampadarii que precedían a la litera extinguieron las antorchas.

En las calles y entre las ruinas pululaba multitud de individuos ebrios de vino, cubiertos de guirnaldas y madreselvas y llevando en las manos ramas de mirto y laurel tomadas de los jardines del César.

La abundancia de trigo y la expectativa de grandes juegos alegraban todos los corazones.

Aquí y allá se oían canciones en las que se alababa a la «noche divina» y al amor; aquí y allá, también había grupos de individuos que danzaban a la luz de

la luna; y los esclavos se veían repetidas veces obligados a pedir que se abriera paso a la litera «del noble Petronio». Y, entonces, los grupos se apartaban, aclamando a su favorito.

Éste, entretanto, iba pensando en Vinicio y se extrañaba de no haber tenido noticias de él.

Petronio era epicúreo y egoísta; pero, habiendo pasado últimamente algún tiempo con Pablo de Tarso y con Vinicio, y oyendo a menudo hablar de los cristianos, se había modificado algo, sin darse él mismo cuenta de ello. Parecía como si una brisa hubiese emanado de ellos y hubiera echado en su alma simientes nuevas. Porque, además de su persona, empezaba a preocuparse de otras.

Siempre había sentido inclinación hacia Vinicio, lo que se explica también porque, en su niñez, Petronio había amado mucho a su hermana, la madre del joven tribuno. Por consiguiente, ahora que había tomado una parte tan esencial en sus asuntos, los miraba con el interés que habría despertado en él una gran tragedia.

Ahora no perdía la esperanza de que Vinicio se hubiera adelantado a los pretorianos y hubiera huido con Ligia, o que, en el peor de los casos, la hubiera rescatado del poder de aquéllos. Pero a la vez habría deseado tener la certidumbre de ello, pues preveía que iba a encontrarse en el caso de contestar a las preguntas para las que era preferible estar preparado.

Se detuvo, por fin, frente a la casa de Tiberio, bajó de la litera, y al cabo de pocos instantes se encontró en el atrium, lleno de augustanos. Y algunos, al verle en tal disposición, se alarmaron en su interior, temiendo haberle manifestado indiferencia demasiado pronto.

No obstante, el César fingió no verle y no contestó a su saludo, pareciendo estar muy engolfado en la conversación. Pero Tigelino se le acercó y le dijo:

—Buenas noches, Arbiter Elegantiarum. ¿Todavía persistes en afirmar que no fueron los cristianos quienes incendiaron Roma?

Petronio se encogió de hombros y, golpeando a Tigelino en la espalda, como pudiera hacerlo con un liberto, dijo:

—Tú sabes tan bien como yo qué pensar sobre ese punto.

—Yo no me atrevo a competir contigo en sabiduría.

—Tienes razón, porque si de tal competencia fueras capaz, cuando el César nos lea su nuevo libro de la Troyada, tú, en vez de graznar como una corneja, podrías emitir una opinión que sería un sinsentido.

Tigelino se mordió los labios.

En verdad no se hallaba muy contento de la idea que había tenido el César de leer aquella noche un nuevo libro de su poema, porque ello significaba aventurarse otra vez en un terreno donde le era imposible rivalizar con Petronio. En efecto, durante la lectura, Nerón, por la fuerza del hábito, volvía involuntariamente los ojos hacia Petronio, tratando de notar en su semblante las impresiones que le producían los versos que iba leyendo. El árbitro escuchaba, alzaba las cejas, asentía en ocasiones, y en otras concentraba su atención, como para estar seguro de no perder ni una sílaba. Y luego alababa o criticaba, proponía correcciones o insinuaba que se diera mayor suavidad a algunos versos.

El mismo Nerón comprendía que, tratándose de los demás, sus exageradas alabanzas no significaban otra cosa para ellos que la conservación de sus propias personas, y que sólo Petronio se ocupaba de la poesía por la poesía misma; que solamente él la comprendía, y que si la elogiaba se podía estar seguro de que los versos eran merecedores de elogio. Y así fue como gradualmente se vio empeñado en una discusión con él, discusión que por momentos revestía caracteres de disputa, y cuando, por último, Petronio le manifestó sus dudas acerca de la propiedad de cierta expresión, el César le dijo:

—Ya verás en el último libro por qué la he usado.

«¡Ah! —pensó Petronio—, esto significa que viviré hasta que termine el último libro».

Más de uno de los presentes, al escuchar aquella observación, se dijo en su interior: «¡Ay de mí! Petronio, con tal que disponga de tiempo, es capaz de recobrar el favor del César y derribar aun al propio Tigelino».

Y empezaron a acercársele nuevamente. Pero el fin de la velada fue menos afortunado para el árbitro, porque el César, en el momento en que Petronio se despedía, le preguntó de súbito, entornando los ojos y con expresión a la vez festiva y maliciosa en el semblante:

—Mas dime: ¿por qué no ha venido Vinicio?

Si hubiera estado Petronio seguro de que Ligia y el joven tribuno habían salvado ya las puertas de la ciudad, habría contestado: «Con arreglo al permiso que le otorgaste se ha casado y ha partido». Pero notando la extraña sonrisa de Nerón, contestó:

—Tu invitación, divino, no le encontré en casa.

—Di a Vinicio que me será grato verle —contestó Nerón—, y dile de mi parte que no falte a los juegos en que aparecerán los cristianos.

Estas palabras alarmaron a Petronio. Le pareció que se referían a Ligia

directamente. Así pues, nada más llegar a su litera ordenó que le condujesen a su casa con mayor rapidez que por la mañana.

La empresa no era cosa fácil. Delante del palacio de Tiberio se agrupaba una multitud densa y bulliciosa, ebria como las que a su venida había encontrado Petronio; pero que no manifestaba ahora su alegría cantando y bailando, sino que parecía hallarse presa de honda excitación. Y al mismo tiempo se oían a lo lejos unos gritos que de pronto Petronio no comprendió, pero que fueron creciendo gradualmente y generalizándose hasta convertirse en un solo alarido salvaje:

—¡A los leones con los cristianos!

Las ricas literas de los cortesanos circulaban entre la rugiente plebe.

Y desde el fondo de las calles incendiadas seguían afluyendo continuamente nuevos grupos, que al escuchar aquel grito lo repetían. Y de boca en boca circulaba la noticia de que la persecución había empezado desde antes de mediodía y que había ya presos una multitud de incendiarios; a no tardar, por todas las antiguas calles por las que acababan de ser despejadas de escombros, por las callejuelas que formaban montones de ruinas alrededor del Palatino y por los montes y jardines, en toda la extensión de Roma se oyó el grito cada vez más rabioso de:

—¡A los leones con los cristianos!

—¡Bestias! —repetía Petronio con desprecio—; ¡pueblo digno de tu César!

Y se puso a pensar que una sociedad fundada en la fuerza y la crueldad en forma tal, que ni los mismos bárbaros eran capaces de concebirla, los crímenes y una depravación desatentada, no podía subsistir.

Roma gobernaba el mundo, es cierto; pero a la vez era la úlcera del mundo. De ella emanaban ya las pestilencias de un cadáver. Sobre su putrefacta existencia empezaban ya a caer las sombras de la muerte.

Y más de una vez, ideas semejantes a éstas se habían manifestado aun entre los mismos augustanos; pero hasta entonces no se había presentado claramente ante los ojos de Petronio esta verdad: que el carro cubierto de laureles sobre el que Roma descansaba en actitud triunfal y que arrastraba tras de sí un encadenado hato de naciones caminaba hacia el abismo.

Veía la existencia de aquella ciudad señora del mundo como una danza loca, una verdadera orgía que tocaba ya a su término.

Y ahora comprendía que solamente los cristianos traían bases nuevas para la vida; pero al mismo tiempo creía que pronto no quedaría ni rastro de los cristianos.

¿Y qué sucedería entonces?

La ronda loca continuaría bajo la férula de Nerón, y si Nerón llegaba a desaparecer, otro vendría, de la misma o peor especie, porque con tal pueblo y tales patricios no había motivos para esperar un gobernante mejor. Se sucedería, pues, una nueva orgía, que sería aún más infame y vil.

Pero no duraría siempre, y una vez que hubiera pasado sentiría al fin la necesidad de entregarse al descanso, aunque sólo se debiese al cansancio.

Y al pensar en ello, Petronio se sentía inmensamente cansado. ¿Valía la pena vivir en la incertidumbre sin tener más objetivo que contemplar las evoluciones de semejante sociedad? El genio de la Muerte no se le presentaba entonces menos hermoso que el genio del Sueño, y aquél también tenía alas en los hombros.

La litera se detuvo delante de la puerta del árbitro, que fue abierta al instante por el vigilante guardián.

—¿Ha vuelto el noble Vinicio? —preguntó Petronio.

—Hace un instante, señor —contestó el esclavo.

«No la ha salvado», pensó Petronio. Y echando a un lado su toga, corrió al atrium. Vinicio estaba sentado en un escabel. Tenía la cabeza entre las manos e inclinada hasta las rodillas; pero al escuchar el ruido de pasos alzó su petrificado semblante, en el que brillaban febrilmente los ojos.

—¿Llegaste tarde? —preguntó Petronio.

—Sí; antes de mediodía se apoderaron de ella.

Se sucedió un instante de silencio.

—¿La has visto? —preguntó Petronio enseguida.

—Sí.

—¿Dónde está?

—En la cárcel Mamertina.

Petronio se estremeció y dirigió una mirada inquisitiva a Vinicio. Este comprendió su significado y dijo:

—No. No la han arrojado al Tullianum, ni tampoco a la prisión del centro. He pagado al guardián para que le diera su propio aposento. Urso quedó en su puesto, en el umbral de la puerta, con el encargo de custodiarla.

—¿Y por qué Urso no la defendió?

—Enviaron en su busca cincuenta pretorianos, y, además, Lino se lo

prohibió.

—¿Y Lino?

—Está moribundo; por eso no le arrestaron.

—¿Cuál es tu intención?

—Salvarla o morir con ella. Yo también creo en Cristo.

Vinicio hablaba con aparente calma; pero había algo tan desesperado en su voz, que Petronio sintió en el pecho un estremecimiento de compasión.

—Te comprendo —dijo—; pero ¿cómo esperas salvarla?

—He pagado a los guardianes para que la defiendan contra cualquier ultraje y no impidan su fuga.

—¿Y cuándo puede ésta verificarse?

—Me dijeron que no podrían entregármela inmediatamente, por temor a la responsabilidad. Pero cuando la cárcel se encuentre llena de gente y cuando pierdan la cuenta de los presos, la entregarán. ¡Pero ése es un recurso desesperado! ¡Sálvala tú y sálvame! Tú eres amigo del César. Él mismo me la ha dado. ¡Ve a su casa y sálvame!

Petronio, en vez de contestar, llamó a un esclavo, le ordenó que trajese dos mantos oscuros y dos espadas y, volviéndose a Vinicio, dijo:

—En el camino te contaré. Ahora ponte ese manto, toma esta espada y vamos a la cárcel. Allí darás a los guardianes cien mil sestercios, o dos, o cinco veces esa suma, con tal que te entreguen a Ligia inmediatamente. Después será tarde.

—Vamos —dijo Vinicio.

Al cabo de un momento se hallaron en la calle.

—Ahora escúchame —repuso Petronio—. No he querido perder tiempo en explicarte eso antes. Me hallo en desgracia desde hoy. Mi propia vida está pendiente de un cabello. Así pues, nada puedo hacer cerca del César. Por el contrario, si algo intentara, estoy cierto de que él haría todo lo contrario de lo que yo pidiese. De no ser así la situación, ¿te aconsejaría yo que salvaras a Ligia y huyeras con ella? Además, al escapar tú, la cólera del César se volverá contra mí. En la actualidad estaría él mejor dispuesto en tu favor que en el mío. Pero no cuentes con eso en absoluto. ¡Sácala de la prisión y huye! Ningún otro recurso te resta. Si en él no alcanzas buen éxito tendremos que pensar en otros medios. Entretanto sabe que Ligia se halla en la cárcel, y no tan sólo porque cree en Cristo. La cólera de Popea os persigue a ella y a ti. Has ofendido a la Augusta rechazando sus pretensiones, ¿lo recuerdas? Popea sabe

que la desdeñaste por Ligia, a quien aborreció desde la primera vez que en ella posó los ojos. Aún más: anteriormente, ya intentó perder a Ligia atribuyendo a maleficios suyos la muerte de su hija. Así pues, la mano de Popea se adivina en todo esto. Y ahora, ¿cómo se explica que Ligia haya sido la primera víctima de las persecuciones actuales? ¿Quién ha podido señalar la casa de Lino? Te digo que han debido de espiarla desde hace tiempo. Sé que te estoy destrozando el alma y arrancando de ella los últimos restos de tu esperanza; pero te digo todo esto deliberadamente, porque si no logras libertarla antes que lleguen a sospechar que lo intentas, ambos estaréis irremediablemente perdidos.

—¡Sí, comprendo! —murmuró sordamente Vinicio.

Las calles se hallaban desiertas a causa de lo avanzado de la hora. No obstante, la conversación de ambos fue interrumpida en aquel momento por un gladiador borracho que vino hacia ellos. Se acercó tambaleándose a Petronio, le puso una mano en el hombro y, echándole al rostro su aliento impregnado de vino, le gritó con voz ronca:

—¡A los leones con los cristianos!

—Mirmillon —contestó Petronio con reposado acento—, escucha un buen consejo: sigue tranquilamente tu camino.

El borracho, entonces, con la otra mano, tomó a Petronio del brazo y dijo:

—Si no quieres que te rompa el pescuezo, grita conmigo: «¡Los cristianos, a los leones!».

Pero ya éstos eran demasiados gritos para los nervios de Petronio. Desde el momento en que había salido del Palatino le habían perseguido como una pesadilla, y ya le taladraban los oídos. Así pues, cuando vio levantado sobre él, en alto, el puño del gigante se agotó su paciencia y dijo:

—Amigo, echas demasiado olor a vino y me estás estorbando el paso —y diciendo esto le introdujo en el pecho hasta el pomo la espada corta con que se había armado al salir de casa; luego, tomando el brazo de Vinicio, continuó diciendo, como si nada hubiese ocurrido—: Hoy me dijo el César: «Di a Vinicio que no falte a los juegos en que han de tomar parte los cristianos». ¿Entiendes lo que esto significa? Quieren hacer de tu dolor un espectáculo. Es asunto ya resuelto. A ello quizá se debe el que tú y yo no estemos aún en la prisión. ¡Si no te es posible libertarla inmediatamente no sé qué decirte! Pudiera ser que Actea quisiera servirte en esto; pero ¿dispondrá ella de los medios? Tus tierras de Sicilia también acaso pudieran tentar a Tigelino. ¿Por qué no haces la prueba?

—Le daré todo cuanto poseo —contestó Vinicio.

Desde las Carenas al Forum no había mucha distancia, así es que llegaron pronto. Terminaba la noche, y las murallas del castillo empezaban a emerger claramente de entre las sombras. De improviso, al torcer hacia la cárcel Mamertina, Petronio se detuvo y dijo:

—¡Pretorianos!... ¡Demasiado tarde!...

En efecto, la cárcel se hallaba rodeada por una doble fila de soldados. Los primeros albos de la mañana plateaban sus yelmos y las puntas de sus jabalinas.

El rostro de Vinicio se volvió pálido como un mármol.

—Sigamos —dijo.

Al cabo de algunos momentos se detuvieron delante de la línea.

Dotado de una memoria extraordinaria, Petronio conocía no solamente a los oficiales, sino también a casi todos los soldados pretorianos. No tardó en advertir la presencia de un conocido suyo, el jefe de una cohorte, y le hizo señas de que se acercara.

—¿Qué es esto, Níger? —preguntó—. ¿Habéis recibido orden de vigilar la prisión?

—Sí, noble Petronio. Teme el prefecto que se hagan algunas tentativas para salvar a los incendiarios.

—¿Tenéis también orden de no permitir la entrada? —preguntó Vinicio.

—No, señor; los presos pueden ser visitados por sus conocidos, y de esta manera lograremos también apoderarnos de mayor número de cristianos.

—Entonces déjame entrar —dijo Vinicio y, estrechando la mano de Petronio, agregó—: Ve a ver a Actea. Iré pronto a enterarme de su respuesta.

—Sí, ve —contestó Petronio.

Entonces, bajo tierra y en el interior de aquellas gruesas murallas, se oyó un cántico. El himno, confuso y velado al principio, se oyó cada vez más alto y distintamente. Voces de hombres, mujeres y niños se confundían en armonioso coro. Toda la prisión parecía vibrar como un arpa a los ecos de aquel cántico, y en medio del silencio del alba. Pero no eran voces de pesar ni desesperación; por el contrario, palpitaba en ellas una alegría triunfal.

Los soldados se miraban asombrados.

Entretanto, en el cielo aparecieron los primeros fulgores de la aurora, rosa y oro.

XVII

El grito «¡Cristianos, a los leones!» seguía propagándose incesantemente por todos los barrios de la ciudad.

Al principio no sólo nadie ponía en duda que fueran los cristianos los verdaderos autores de la catástrofe, sino que nadie quería dudar de ello, puesto que el castigo de los culpables iba a ofrecer al populacho un espléndido entretenimiento. No obstante, se extendía al mismo tiempo la opinión de que la catástrofe no habría tomado proporciones tan tremendas a no ser por la cólera de los dioses. Por esta razón se ordenó ofrecer en los templos piacula, o sea sacrificios purificadores.

Previa consulta de los libros sibilinos, dispuso el Senado celebrar solemnidades y rogativas públicas a Vulcano, Ceres y Proserpina. Las matronas presentaron ofrendas a Juno; toda una procesión de ellas se trasladó a la orilla del mar, a fin de coger de allí agua y con ella rociar la estatua de la diosa. Las mujeres casadas dispusieron fiestas en honor de los dioses y velaron durante noches enteras.

Toda Roma iba así purificándose de sus culpas y haciendo sacrificios para aplacar la cólera de los inmortales. Entretanto abrían nuevas y anchas calles por entre las ruinas. En muchos puntos se ponían los cimientos de casas magníficas, de palacios y de templos. Pero ante todo construyeron con extraordinaria rapidez un enorme anfiteatro de madera, en el que iban a perecer los cristianos.

Inmediatamente después del consejo celebrado en casa de Tiberio se ordenó a los cónsules que suministraran bestias feroces.

Para ello, Tigelino vació todos los viveros de todas las ciudades italianas, sin exceptuar las más pequeñas. En África se organizaron por orden suya cacerías gigantescas, en las que obligaban a tomar parte a todos los pobladores de cada localidad. Se hicieron venir elefantes y tigres del Asia, cocodrilos e hipopótamos del Nilo, leones del Atlas, lobos y osos de los Pirineos, sabuesos feroces de Hibernia, molosos del Epiro, bisontes y gigantescos uros de Germania.

A causa del extraordinario número de presos, los juegos iban a superar en grandeza a todos los que hasta entonces se habían visto.

El César deseaba que todo recuerdo del incendio quedase ahogado en sangre, y con ella embriagar Roma. Así pues, la sangría prometía ser espléndida.

El pueblo ayudaba espontáneamente a los pretorianos y guardias en la caza

de cristianos. Y no era difícil empresa, porque grupos de éstos acampaban con la población restante en medio de los jardines y confesaban abiertamente su fe. Al verse rodeados se ponían de rodillas, entonaban sus himnos y se dejaban prender sin oponer la menor resistencia. Pero con su mansedumbre no hacían otra cosa que aumentar la rabia del populacho, que, incapaz de comprender su origen, lo atribuía a terquedad y endurecimiento en el crimen.

La locura se apoderó entonces de los perseguidores. Se daban casos en que la plebe arrebatava a los cristianos de manos de los pretorianos y los hacía pedazos, y arrastraban las mujeres a la cárcel por los cabellos, y destrozaban contra las piedras las cabezas de los niños.

Millares de individuos recorrían de día y de noche las calles dando alaridos. Buscaban las víctimas entre las ruinas, en las chimeneas, en los subterráneos. Delante de la prisión celebraban bacanales y danzas alrededor de barriles de vino, a la luz de fogatas.

Por las noches escuchaban con alegría brutal los bramidos, semejantes a truenos, que daban las fieras y que resonaban por toda la ciudad.

Las prisiones estaban llenas con millares de víctimas, número que a diario iba engrosando en sus excursiones la plebe y los pretorianos.

Ya no existía la piedad. Parecía como si la gente se hubiese olvidado hasta de hablar, y en su salvaje frenesí recordaba del lenguaje tan sólo el alarido: «¡A los leones con los cristianos!».

Se sucedieron días de calor extraordinario y noches más sofocantes que nunca; parecía que hasta el aire se hallaba impregnado de sangre, locura y crimen. Y a esa desbordada medida de crueldad respondía en igual proporción el anhelo del martirio.

Los confesores de Cristo iban voluntariamente a la muerte, e incluso la buscaban. Para evitar esto último fue necesario que les impusieran prohibiciones severas sus superiores. Por orden de éstos empezaron a reunirse ahora solamente fuera de los muros de la ciudad, en subterráneos cercanos a la Vía Appia y en viñedos pertenecientes a patricios cristianos, ninguno de los cuales había sido apresado hasta entonces.

Era perfectamente sabido en el Palatino que entre los confesores de Cristo se hallaban Flavio, Domitila, Pomponia Grecina, Cornelio Pudens y Vinicio. El mismo César temía que la plebe no creyese que semejantes personas hubieran podido incendiar Roma; y puesto que lo más importante sobre todas las cosas era convencer al pueblo, el castigo de esos patricios y la venganza contra ellos hubieron de aplazarse. Otros opinaban que la salvación de los quirites se debía a la influencia de Actea. Mas la suposición era equivocada. Cierto es que Petronio, después de separarse de Vinicio, se había visto con

Actea para que interviniera en favor de Ligia; pero ella no había podido ofrecerle otra cosa que sus lágrimas, pues vivía en medio del sufrimiento y del olvido, y se la toleraba tan sólo a condición de que se mantuviera invisible para Popea y el César.

Pero Actea había visitado a Ligia en la cárcel, le había llevado vestidos y alimentos, y, sobre todo, la había puesto a cubierto de ultrajes por parte de los guardianes de su prisión, que habían sido sobornados ya para ello.

Recordando muy bien Petronio que, de no haber sido por él y por sus ideas de sacar de la casa de Aulo a Ligia, probablemente no se hallaría ésta en una cárcel, y, además, deseoso de ganar a Tigelino la partida, no escatimó para ello tiempo ni esfuerzos.

En el transcurso de unos pocos días se entrevistó con Séneca, Domicio Afer, Crispinilla y Diodoro, por mediación del que deseaba llegar hasta Popea; y vio a Terpnos y al bello Pitágoras y, finalmente, a Alituro y a Paris, a quienes de ordinario nada rehusaba el César.

Con la ayuda de Crisotemis, que era entonces la amante de Vatinio, intentó ganarse la cooperación de éste, no economizando ni promesas ni dinero. Pero todos los esfuerzos resultaron infructuosos.

Séneca, incierto él mismo de su porvenir, pretendió demostrarle que los cristianos, aun cuando no hubieran incendiado a Roma, debían ser exterminados por el bien de la ciudad. En una palabra: intentó disculpar la próxima matanza escudándose en la razón de Estado. Terpnos y Diodoro recibieron el dinero, mas nada hicieron a cambio. Vatinio contó al César que habían intentado sobornarle.

Solamente Alituro, quien al principio se había manifestado hostil hacia los cristianos, sentía ahora compasión por ellos, y tuvo la suficiente entereza para hacer mención al César de la doncella encarcelada e implorar gracia en su favor. Mas nada obtuvo, sino esta respuesta:

—¿Consideras tú, acaso, que tengo un alma inferior a la de Bruto, que no perdonó la vida ni a sus propios hijos, tratándose de la salvación de Roma?

Cuando repitió a Petronio esta contestación, dijo éste:

—Puesto que Nerón se ha comparado a Bruto, no hay salvación.

Y lo sentía por Vinicio, y le asaltaba el temor de que pudiera éste atentar contra su propia existencia.

«Ahora —pensaba— le sostienen los esfuerzos que hace por salvarla y le sostienen la vida de ella y su propio sufrimiento, pero cuando hayan fallado todos los recursos y se haya extinguido el último destello de esperanza, entonces, ¡por Cástor!, no podrá sobrevivir y se matará con su espada».

Y eso de morir así, Petronio lo comprendía mejor que amar y sufrir como Vinicio.

Entretanto, éste hizo cuanto pudo imaginar para la salvación de Ligia. Visitó a los augustanos, y el joven tribuno, tan altivo antes, llegó casi hasta mendigar su ayuda.

Por conducto de Vitelio ofreció a Tigelino todas sus propiedades de Sicilia y todo cuanto más quisiera pedir aquel hombre; pero el prefecto, temiendo ofender a la Augusta, no aceptó el ofrecimiento.

Acudir al César, postrarse a sus pies e implorar su clemencia no conduciría a nada. Cierto es que hubo momentos en que hasta en eso pensó Vinicio, mas Petronio, al escuchar la manifestación de tal propósito, le dijo:

—Y si te diera por respuesta una negativa, o una burla, o una vergonzosa amenaza, ¿qué harías?

Ante esta observación se contrajo por el dolor y la rabia el semblante del joven tribuno y le rechinaron los dientes.

—Sí —dijo Petronio—. Te aconsejo que abandones tal propósito, porque te cerrarías todo camino de salvación.

Vinicio se reprimió entonces, y pasándose la mano por la frente cubierta de sudor, replicó:

—¡No, no; soy cristiano!

—Sí, pero lo olvidarías en un momento de exaltación, como acabas de olvidarlo en este instante. Tienes derecho a provocar tu propia ruina, mas no la ruina de ella. Recuerda por lo que hubo de pasar la hija de Seyano antes de morir.

Petronio, al hablar así, no era del todo sincero, pues, en realidad, le preocupaba más la existencia de Vinicio que la de Ligia. También sabía que la única forma posible de refrenar su propósito de intentar un paso arriesgadísimo era demostrarle que con él causaría la inexorable perdición de Ligia. Y, por otra parte, no estaba equivocado, porque en el Palatino se contaba con la visita del joven tribuno, y se habían tomado las precauciones debidas.

Pero los sufrimientos de Vinicio pasaban ya del límite de la humana resistencia. Desde el instante en que Ligia había sido encarcelada y la rodeaba la aureola del martirio había sentido que no solamente la amaba cien veces más que antes, sino que empezaba, a la vez, a tributarle desde lo íntimo de su alma una especie de adoración religiosa, como si se la hubiera rendido a un ser sobrenatural. Y ahora, ante la idea de que le era necesario perder a esta criatura a la vez amada y reverenciada por él, y de que, por otra parte, acaso hubiera ella de sufrir tormentos más horribles que la muerte misma, la sangre

se le helaba en las venas. Su alma era un continuo gemido y su mente se trastornaba. A veces le parecía que su cerebro estaba en llamas y que acabaría ardiendo o estallando. Ya no comprendía lo que pasaba a su alrededor, ni por qué Cristo, el Misericordioso, no acudía en ayuda de sus adeptos, ni por qué los muros ennegrecidos del Palatino no se derrumbaban y con ellos Nerón, los augustanos, los pretorianos y la ciudad criminal. Le parecía que no podía suceder de otra manera, que todo lo que sus ojos veían y destrozaba su alma y encogía su corazón era un sueño.

Mas luego, el rugido de las fieras le despertó a la realidad; y el golpe de las hachas con que se cortaba la madera que estaba sirviendo para levantar el nuevo circo, y los alaridos del populacho y las prisiones rebosantes de cristianos, confirmaron la realidad de su tremendo despertar. Y entonces empezó a quebrantarse su fe en Cristo, y esto fue para su alma una tortura nueva, y acaso la más horrenda de todas.

Petronio, en tanto, le repetía:

—Recuerda lo que hubo de pasar la hija de Seyano antes de morir.

XVIII

Y todo fracasó.

Vinicio se había humillado hasta el punto de pedir la ayuda de libertos y esclavos, tanto del César como de Popea, y había pagado sus vanas promesas con ricos dones.

Buscó al primer marido de Popea, Rufio Crispino, y obtuvo de él una carta para aquélla. Obsequió al hijo del primer matrimonio de ésta, Rufio, con una casa de campo en Ancio, pero eso no dio otro resultado que irritar al César, que aborrecía a su hijastro. Por medio de un correo especial envió a España una carta al segundo marido de Popea, Otón. Y siguió sacrificando sus propiedades y sacrificándose a sí mismo, hasta que, por último, llegó a convencerse de que se estaba convirtiendo en un simple juguete de los demás, que si hubiera fingido no preocuparse de la prisión de Ligia habría podido, acaso, libertarla más pronto.

Petronio también se había dado cuenta de ello.

Y, entretanto, los días se sucedían.

El anfiteatro estaba ya terminado y fueron distribuidos los tessera o billetes de entrada para el ludus matutinus. Pero esta vez los juegos matinales, a consecuencia del increíble número de víctimas, debían continuar por espacio

de días, semanas y hasta meses.

No se sabía ya dónde colocar tantos cristianos. Las prisiones se hallaban atestadas y la fiebre hacía estragos en ellas. Los puticuli —fosa común de los esclavos— empezaban a rebosar. Se temía que las epidemias se extendieran por la ciudad; de ahí que estuviesen activando en lo posible los preparativos. Todas estas noticias llegaban a oídos de Vinicio, extinguiendo en él los últimos restos de su esperanza. Mientras hubo tiempo todavía pudo alucinarsse con la creencia de que algo le quedaría por intentar. Pero ahora ya era tarde. Los espectáculos iban a comenzar.

Cualquier día podría encontrarse Ligia en un cuniculum del Circo, del que ya no se salía sino para entrar en la arena.

No sabiendo Vinicio adónde el destino y la crueldad de la fuerza superior pudieran arrojar a la joven, se dedicó a recorrer todos los circos y a sobornar a los guardias y a los bestiarii, haciéndoles encargos que no podían cumplir. Y al fin se convenció de que sus esfuerzos tendrían como único resultado hacer a Ligia la muerte menos terrible, y entonces le pareció que tenía carbones encendidos debajo del cráneo. Por lo demás, no pensaba sobrevivir a la joven y había resuelto perecer al mismo tiempo que ella. Pero temía que el dolor le arrebatara la vida antes que llegase la hora tremenda.

Sus amigos, y el mismo Petronio, pensaban también que cualquier día se abriría para ellos la mansión de las tinieblas.

Se le había oscurecido el semblante hasta el punto de parecerse a las máscaras de cera que se conservaban en los lararia. En sus rasgos se plasmó el asombro como si no comprendiera lo que había pasado y lo que podía suceder. Cuando alguien le hablaba, levantaba mecánicamente las manos hasta la cabeza, se oprimía con ellas las sienes y miraba a quien le hablaba con expresión asustada e interrogante. Pasaba noches enteras con Urso a la puerta de la prisión de Ligia; y cuando ella le obligaba a que se fuese a descansar, volvía a casa de Petronio y allí se paseaba por el atrium hasta la mañana siguiente.

Con frecuencia, los esclavos solían hallarle de rodillas y alzadas las manos hacia el cielo, o con el rostro en tierra.

E imploraba a Cristo, porque Cristo era su postrera esperanza.

Todos los intentos habían resultado vanos. Sólo un milagro podía salvar a Ligia; y Vinicio, pegada su frente a las baldosas del pavimento, oraba y pedía a Dios ese milagro.

Mas, a pesar de todo, aún le quedaba el suficiente juicio para comprender que las plegarias de Pedro tenían mayor mérito que las suyas. Pedro le había

prometido a Ligia; Pedro le había bautizado; Pedro había hecho milagros, luego él debía venir en su auxilio y salvarle.

Y una noche fue en busca del apóstol. Los cristianos, cuyo número ya no era considerable, le habían ocultado cuidadosamente, aun a los demás hermanos, por temor de que alguno, por debilidad u otra causa, pudiera descubrirle voluntaria o involuntariamente.

Vinicio, en medio de la general confusión y el desastre, y ocupado exclusivamente en sus tentativas por sacar a Ligia de la prisión, había perdido de vista a Pedro, y desde el día del bautismo apenas le había visto una vez, antes del comienzo de las persecuciones. Recurrió, pues, al fossor en cuya cabaña había recibido el bautismo, y por él supo que habría en breve una reunión fuera de la Puerta Salaria, en un viñedo perteneciente a Cornelio Prudencio.

El fossor ofreció acompañarle y le aseguró que allí encontraría a Pedro. Partieron al oscurecer, salvaron las murallas y, después de haber pasado por unas excavaciones ocultas entre espesos cañaverales, llegaron a la viña, que estaba situada en un lugar aislado y yermo.

La reunión se verificaba en un cobertizo que servía de bodega de vinos.

A los oídos del joven tribuno iba llegando un murmullo de plegarias. Y al entrar vio, a la tenue claridad de una lámpara, unas cuantas docenas de personas de rodillas y abstraídas en la oración. Rezaban una especie de letanía, que un coro de individuos de uno y otro sexo iba repitiendo de cuando en cuando: «Cristo, apiádate de nosotros».

Y en esas voces se advertían un dolor y una tristeza desgarradores.

Pedro se hallaba presente. Estaba arrodillado delante de una cruz de madera clavada en la pared de la estancia, y rezaba.

Desde lejos reconoció Vinicio sus cabellos blancos y sus manos alzadas al cielo. El primer impulso del joven patricio fue atravesar aquella reunión, arrojarle a los pies del apóstol y gritarle: «¡Sálvala!»; pero, sea porque le impusiera la solemnidad de aquella plegaria, sea porque le venciera la debilidad, cayó de rodillas a la entrada y empezó también a repetir: «¡Cristo, ten piedad de nosotros!».

No había en aquella reunión una sola persona que no hubiera perdido seres queridos, y cuando los más celosos y esforzados confesores de Cristo estaban ya encarcelados, cuando a cada instante circulaban noticias de los insultos y torturas que se les infligían en las prisiones, cuando la magnitud de aquella calamidad excedía a todo cuanto pudiera imaginarse, cuando sólo aquel puñado de cristianos quedaba, no había ya ni un solo corazón que no sintiera

que el terror hacía vacilar su fe, y que no se preguntara en medio de las angustias de la duda: ¿dónde está Cristo? ¿Por qué permite que el mal sea más poderoso que Dios? Pero, entretanto, imploraban su piedad con acentos desesperados, pues en cada una de aquellas almas aún ardía una chispa de esperanza creyendo que El vendría a precipitar a Nerón en el abismo y a establecer su imperio en el mundo. Vinicio también, a medida que con ellos repetía: «¡Cristo, ten piedad de nosotros!», se iba sintiendo invadido por una especie de éxtasis semejante al que le poseyera en la cabaña del cavador.

Allí estaban todos clamando a Cristo desde lo íntimo de sus almas y en medio de una intensa aflicción; allí estaba Pedro invocándole. Así pues, en cualquier momento podrían abrirse los cielos, temblar las entrañas de la tierra y aparecer Él en medio de su infinita gloria, al mismo tiempo misericordioso y terrible. Y exaltaría a los fieles y precipitaría a sus perseguidores a los abismos.

Vinicio se cubrió el rostro con ambas manos y se inclinó hasta el suelo.

Entretanto, se hizo el silencio a su alrededor, como si el pavor hubiera apagado de pronto en los labios el aliento de todos los presentes. Y a Vinicio le pareció ahora que, seguramente, debía suceder algo; que era inminente que había de sobrevenir el milagro.

Estaba seguro de que, apenas se levantase y abriera los ojos, vería una luz intensa que deslumbraría a los mortales y escucharía una voz que estremeciera los corazones. Pero aquel silencio continuaba.

Finalmente fue interrumpido por los sollozos de las mujeres. Se alzó Vinicio entonces y miró a todos lados con la vista ofuscada.

En el cobertizo, en vez de estrellas y aureolas celestes, se veía, como antes, el débil fulgor de las linternas, en tanto que los rayos de la luna, al entrar por la abertura del techo, llenaban la estancia de una luz plateada.

Las gentes que había arrodilladas alrededor de Vinicio alzaban en silencio los ojos llorosos hacia la cruz; se oían gemidos y fuera se sentían los silbidos de prevención de los centinelas.

Entretanto, Pedro se levantó y, volviéndose a la asamblea, dijo:

—Hijos míos, alzad al Redentor vuestros corazones y ofrecedle vuestras lágrimas.

Y calló.

De súbito se oyó la voz de una mujer, que, llena de dolorosa queja y de un pesar sin límites, dijo:

—Soy viuda; tenía un hijo que era mi único sostén... ¡Devuélvemelo,

señor!

Nuevamente reinó el silencio.

Pedro seguía en pie delante de los arrodillados fieles, envejecido por el sufrimiento. En aquel instante parecía la personificación de la debilidad y la impotencia.

Una segunda voz quejumbrosa dijo enseguida:

—Los verdugos ultrajaron a mi hija y Cristo lo permitió.

Una tercera:

—Sola he quedado con mis hijos; y cuando a mí también me lleven, ¿quién les dará el pan y el agua?

Una cuarta:

—¡Oh señor! A Lino, a quien al principio perdonaron, le han llevado ahora y le han puesto en tortura.

Y una quinta:

—Cuando volvamos a nuestras casas, los pretorianos se apoderarán de nosotros. ¡No sabemos ya dónde ocultarnos!

—¡Ay de nosotros! ¿Quién nos amparará?

Y así, en el silencio de aquella noche, sólo se oyeron los lamentos de aquellos desgraciados. El anciano pescador cerró los ojos y sacudió su blanca cabeza, en presencia de aquel triste dolor y temor humanos. Se sucedió un nuevo silencio y se volvieron a oír los silbidos de los centinelas que se hallaban fuera del cobertizo.

Vinició se puso nuevamente en pie, decidido esta vez a abrirse paso, llegar hasta el apóstol e implorarle auxilio y salvación; pero, de súbito, le pareció como si estuviera delante de un precipicio.

¿Y si el apóstol confesaba su propia debilidad y afirmaba que el César romano era más poderoso que Jesús Nazareno? A esta idea el terror le erizó los cabellos, porque presintió que, en tal caso, no solamente los últimos restos de su esperanza irían a hundirse en aquel precipicio, sino que él mismo caería también con ellos, Ligia, su amor a Cristo y su fe y todo aquello por lo que vivía, quedándole tan sólo la noche y la muerte como un mar sin orillas.

Entretanto, Pedro empezó a hablar en voz tan baja al principio, que apenas si era perceptible, y dijo:

—Hijos míos, en el Gólgota yo los vi clavar a Dios en la cruz. Escuché los martillazos y los vi levantar la cruz en alto, a fin de que la plebe pudiera

contemplar la agonía del Hijo del hombre.

Los vi abrir su costado y le vi morir. Y, al volver a la cruz, exclamé con acento dolorido, como estáis exclamando ahora vosotros: «¡Ay de mí! ¡Oh Señor, tú eres Dios! ¿Por qué has permitido esto? ¿Por qué has muerto y por qué has torturado los corazones de los hombres que creíamos que habría de venir tu reino...?». Pero Él, nuestro Señor y Dios, se levantó de entre los muertos al tercer día y permaneció entre nosotros hasta entrar en su reino, lleno de gloria... Y nosotros, arrepentidos de nuestra poca fe, sentimos que se confortaban nuestros corazones, y desde entonces nos consagramos a esparcir su simiente.

Aquí, volviendo la vista al punto de donde había salido la primera lamentación, agregó con voz ya más fuerte:

—¿Por qué os quejáis?... El mismo Dios se entregó a las torturas y a la muerte, ¿y pretendéis vosotros que Él os libre de ellas? Hombres de poca fe, ¿no habéis recibido sus enseñanzas? ¿Os ha prometido Él, acaso, tan sólo esta vida transitoria? Él ha venido hacia vosotros y os ha dicho: «¡Seguid mis pasos!» Él quiere llevaros a su altura y vosotros os aferráis a la tierra, clamando: «¡Señor, sálvanos!». Yo no soy más que polvo en presencia de Dios, pero ante vosotros soy su apóstol y vicario. Y os hablo en el nombre de Cristo. Y os digo: no es muerte, sino vida la que tenéis delante; no torturas, sino delicias eternas; no lágrimas y gemidos, sino cánticos de alegría; no la servidumbre, sino la dominación. Y yo, apóstol de Dios, en verdad os digo: «¡Oh tú, viuda, tu hijo no ha muerto; ha renacido a la gloria, a la vida eterna, y tú irás allí a reunirte con él! A ti, ¡oh padre!, cuya hija inocente fue profanada por los verdugos, te prometo que la has de encontrar más blanca y pura que las azucenas del Hebrón. A vosotras, madres, a quienes os arrancan del lado de vuestros hijos; a vosotros que perdéis a vuestros padres; a vosotros, los afligidos; a vosotros, que pronto veréis morir a los seres más amados; a vosotros, los infelices, los tímidos; a vosotros, a quienes la muerte espera, os declaro, en el nombre de Cristo, que habréis de despertar a una vida venturosa, como de un sueño, como si de la noche despertarais a la luz que reside en Dios. ¡Caiga; pues, en el nombre de Cristo, la venda de vuestros ojos y anímense vuestros corazones!».

Y, dichas estas palabras, alzó la mano como en actitud de mando y los presentes sintieron afluir nueva sangre a sus venas, vigor nuevo a sus músculos; porque delante de ellos se alzaba, no la figura de un decrepito y aniquilado anciano, sino un potentado que acababa de apoderarse de sus almas y levantarlas del polvo en que las tenía abatidas el terror.

—¡Amén! —exclamaron algunas voces.

Y los ojos del apóstol brillaron con mayor intensidad, y en su aspecto había

majestad, fuerza y santidad.

Las cabezas se inclinaron ante él, y cuando cesó el murmullo de «¡Amén!», prosiguió:

—Sembrad llorando, para recoger luego con alegría. ¿Por qué teméis a las fuerzas del mal? Por encima del mundo, por encima de Roma y sus muros está el Señor que habita en vosotros. Las piedras se humedecerán con vuestras lágrimas y la arena se empapará con vuestra sangre, los fosos se llenarán con vuestros cuerpos. Mas yo os digo: vosotros sois los vencedores. El Señor emprenderá la conquista de esta ciudad de crímenes, opresión y orgullo. ¡Y vosotros sois sus soldados! Él redimió con su sangre y sus sufrimientos el mundo, y quiere que vosotros redimáis con vuestra sangre y vuestros sufrimientos este nido de injusticias... Y esto os lo comunica por mi boca.

Y abrió los brazos y fijó la vista en el cielo. Y los corazones sintieron detenerse sus latidos, porque comprendían que aquella mirada del apóstol atravesaba los espacios y llegaba hasta regiones inaccesibles para sus ojos mortales.

Efectivamente, el rostro de Pedro se había transfigurado y se hallaba inundado de luz, en tanto que seguía silencioso con la vista fija en el cielo y como en un éxtasis que le hacía enmudecer; mas, al cabo de algunos instantes, se dejó oír de nuevo su voz.

—Tú estás aquí, Señor —dijo—, y revelas tus designios... ¡Gracias te sean dadas por ello, oh Cristo!... No en Jerusalén, sino en esta ciudad de Satanás, has resuelto fijar tu capital. Aquí, con estas lágrimas y con esta sangre dispones edificar tu Iglesia. Aquí, donde Nerón impera hoy día, se establecerá tu reinado eterno. Sí, ¡oh Señor! Y Tú ordenas a estas gentes tímidas que, con sus huesos, formen los cimientos de Sión; y ordenas a mi espíritu que asuma el gobierno de ella y de todos los pueblos de la tierra. Tú estás ahora derramando la fuente de la fortaleza sobre los débiles; y me mandas que, en esta misma ciudad, apaciente tus ovejas hasta la consumación de los siglos. ¡Oh Señor, sé glorificado en tus altos designios con los que ordenas la victoria! Hosanna! Hosanna!...

Entonces se levantó el espíritu de los pusilánimes, y los rayos de la fe iluminaron el alma de los que dudaban.

Algunas voces gritaron: «Hosanna!»; otras: «Pro Christo!».

Y reinó de nuevo el silencio. Y unos brillantes relámpagos estivales iluminaron el interior del cobertizo, reflejándose en aquellos rostros pálidos, en que se pintaba una viva excitación.

Pedro, absorto siempre en su visión, oró aún durante largo tiempo.

Tornando luego a la conciencia de la realidad, volvió hacia la asamblea el inspirado rostro, lleno de luz, y dijo:

—Así como el Señor ha triunfado sobre vuestra incredulidad, así alcanzaréis vosotros la victoria en su nombre.

Y aunque estaba seguro de que triunfarían, y aun cuando sabía qué frutos habrían de brotar de las lágrimas y de la sangre de aquellas víctimas, tembló su voz de emoción cuando al hacer sobre ellos la señal de la cruz, les dijo:

—¡Ahora, hijos míos, yo os bendigo, pues vais al martirio, a la muerte y a la eternidad!

Y todos se reunieron a su alrededor y lloraron.

—Estamos prontos —dijeron—; mas tú, santo jefe, cabeza visible de nuestra doctrina, consérvate; pues eres el vicario de Cristo aquí en la tierra.

Y diciendo esto cogieron la orla de su manto. Él posó las manos sobre sus cabezas y los bendijo separadamente uno a uno, como lo haría un padre al despedir a unos hijos que van a emprender un largo viaje.

E, inmediatamente después, empezaron a salir del cobertizo, pues ahora tenían prisa por llegar a sus casas, y de allí a las cárceles y a las arenas.

Sus pensamientos se alejaban de la tierra, sus almas emprendían un vuelo hacia la eternidad, como si estuvieran soñando o en éxtasis, haciendo frente con su fe a la fuerza y crueldad de las bestii.

Nereo, sirviente de Pudens, acompañó al apóstol, llevándole por un oculto sendero que conducía del viñedo a su casa.

Vinicio fue siguiéndole a la clara luz de la luna, y cuando, por fin, llegaron a la cabaña de Nereo, se les acercó, echándose de pronto a los pies del apóstol.

—¿Qué deseas, hijo mío? —preguntó Pedro al reconocerle.

Después de lo que había oído en el viñedo no se atrevía Vinicio a concretar de alguna manera los anhelos de su alma. Se limitó, pues, a abrazar los pies de Pedro y hundir en ellos su frente entre sollozos, haciendo así una muda apelación a la piedad del apóstol.

Este le dijo entonces:

—Ya sé. Te han arrebatado a la doncella a quien amas. ¡Ruega por ella!

—Señor —gimió Vinicio estrechando con más fuerza los pies del anciano—. Señor, yo soy tan sólo un mísero gusano; pero tú has conocido a Cristo. ¡Implora tú su piedad, ruega tú también por ella!

Y el dolor hacía que se estremeciera su cuerpo como una hoja, y hundía en

tierra su cabeza; y teniendo fe en el poder del apóstol, creía que solamente él alcanzaría la salvación de Ligia.

Pedro se conmovió ante aquel dolor. Y recordó cómo también Ligia un día, desesperada por la implacable severidad de Crispo, se había echado a sus pies, de manera semejante, a implorar su compasión. Y Pedro la había alzado del suelo y confortado su alma.

Hizo ahora lo mismo con Vinicio, y le dijo:

—Hijo mío, rogaré por ella; pero ten presente lo que dije a los que dudaban: que el mismo Dios hubo de apurar los tormentos de la cruz. Y recuerda que, después de esta vida, empieza otra: la vida eterna.

—¡Lo sé..., lo he oído! —contestó Vinicio, tomando aliento con sus pálidos labios—. ¡Pero, señor..., tú ya ves que yo no puedo!... Si hay necesidad de sangre, implora tú a Cristo que haga correr la mía; yo soy un soldado. Que me duplique, que me triplique el martirio que le está destinado a ella: ¡lo resistiré! ¡Pero que se salve! ¡Todavía es una niña, señor! ¡Y Él es más poderoso que el César, lo creo!, ¡más poderoso!... ¡Tú le has amado! ¡Tú nos has bendecido! Es todavía una niña inocente...

Y de nuevo se postró a los pies de Pedro, y acercando a sus rodillas el rostro, repitió:

—¡Tú has conocido a Cristo, señor; tú le has conocido! ¡Él atenderá tu súplica! ¡Ruega por ella!

Pedro entornó los ojos y empezó a orar con fervor.

De nuevo cruzaron el horizonte algunos relámpagos estivales.

Y a la luz de éstos, Vinicio contempló anhelante los labios del apóstol, como si de ellos estuviera pendiente la vida o la muerte.

En medio de aquel solemne silencio se oyó el reclamo de las codornices en el viñedo y el ruido sordo y lejano de las muelas de los molinos cercanos a la Vía Salaria.

—Vinicio —preguntó, por fin, el apóstol—, ¿tienes fe?

—Señor, ¿habría venido aquí si no creyera? —contestó el joven.

—Entonces, cree hasta el fin; porque la fe remueve las montañas. De ahí que, aunque te estuviese reservado el ver a esa doncella bajo la cuchilla del verdugo, o entre los colmillos de un león, ten fe en que sólo Cristo puede salvarla. Ten fe, ruégale y eleva conmigo tus plegarias.

Y, alzando el rostro al cielo, oró así en voz alta:

—¡Oh Cristo misericordioso! ¡Vuelve tus ojos a este corazón dolorido y

consuélele! ¡Oh Cristo misericordioso, Tú que imploraste de tu Padre que te apartara de los labios el cáliz amargo, dignate apartarlo también ahora de los de este siervo tuyo! Amén.

Y Vinicio, extendiendo las manos hacia las estrellase, dijo, gimiendo:

—¡Cristo, soy tuyo, llévame en lugar de ella!

En el Oriente, el firmamento empezaba a palidecer.

XIX

Al despedirse Vinicio del apóstol, se dirigió a la prisión reconfortado con nuevas esperanzas. En las profundidades de su alma sentía aún voces íntimas de terror y desesperación, pero trató de sofocarlas. Le parecía imposible que la intercesión del vicario de Cristo y el poder de su plegaria no tuvieran eficacia. Temía no tener esperanzas, temía dudar.

«He de creer en su misericordia —se decía—, aunque la tenga que ver entre los colmillos de un león».

Ante esta idea, a pesar de estremecersele el alma entera y recorrer un frío sudor sus sienes, creía. Hasta el último latido de su corazón se convertía entonces en una plegaria. Empezó a comprender que la fe podía remover las montañas, porque él mismo sentía ahora una maravillosa fuerza que antes no había advertido en su ser íntimo. Le parecía que podría intentar empresas de las que antes hubiera sido incapaz. Por momentos se hallaba bajo la impresión de que todo peligro había pasado. Y si aún escuchaba brotar de su alma gemidos de desesperación, recordaba aquella noche y aquella santa cabeza cana alzada al cielo en actitud de oración.

Y se repetía a sí mismo:

«¡No, Cristo no ha de rechazar la súplica de su primer discípulo, del pastor de su rebaño! ¡Cristo no podrá desoírlo! ¡No me es posible dudar!».

Y corrió hacia la prisión como heraldo de buena nueva. Pero allí le aguardaba un suceso inesperado.

Todos los guardias pretorianos, que, por turno, custodiaban la cárcel Mamertina, le conocían, y, de ordinario, no le oponían la menor dificultad; ahora no se abrió a su paso la línea, sino que un centurión se le acercó y le dijo:

—Perdona, noble tribuno; tenemos hoy la orden de no dejar entrar a nadie.

—¿Una orden? —repitió Vinicio, palideciendo.

El soldado le miró con expresión compasiva y contestó:

—Sí, señor, una orden del César. En la prisión hay muchos enfermos y se teme, acaso, que los visitantes puedan difundir el contagio por toda la ciudad.

—¿Dices que la orden sólo es para el día de hoy?

—La guardia se releva a mediodía.

Vinicio permaneció silencioso, y se descubrió la cabeza, porque le parecía que el pileolus estaba pesándole como si fuera de plomo.

Al mismo tiempo, el soldado se le acercó más y le dijo en voz baja:

—Tranquilízate, señor; el guardián y Urso velan por ella.

Y al decir esto, se inclinó, y en un abrir y cerrar de ojos trazó con su larga espada gala un pez sobre las baldosas del pavimento.

Vinicio le miró intensamente.

—¿Y tú eres pretoriano?...

—Sí, hasta que me llegue el turno de entrar ahí —contestó el soldado, señalando la prisión.

—Yo también venero a Cristo.

—¡Alabado sea su nombre! Lo sé, señor. No puedo dejarte entrar en la prisión; pero escribe una carta y se la entregaré al guardián.

—Gracias, hermano mío...

Y Vinicio estrechó la mano del soldado y se alejó de allí. Ya no le pesaba como el plomo el pileolus.

El sol se elevaba sobre los muros de la cárcel y junto con su claridad volvía la esperanza al corazón de Vinicio. Aquel soldado cristiano era para él otro testimonio viviente del poder de Cristo. Al cabo de algunos momentos, detuvo el paso, y dirigiendo la vista hacia las rosadas nubes que flotaban sobre el Capitolio y el templo de Júpiter Estator, dijo:

—¡Oh Señor! ¡Hoy no la he visto, pero creo en tu misericordia!

En la casa le aguardaba Petronio, que siguiendo su costumbre de convertir la noche en día, no hacía mucho que había llegado. Y acababa de tomar su baño y de ungirse el cuerpo antes de retirarse a dormir.

—Tengo noticias que darte —dijo a Vinicio—. Estuve hoy en casa de Tulio Senecio, a quien el César fue también a visitar. No sé por qué se le ocurrió a la Augusta llevar consigo al pequeño Rufio, acaso con el propósito de que se

ablandara el corazón del César ante la hermosura del niño. Desgraciadamente venía éste falto de sueño y se quedó dormido, como sucedió una vez a Vespasiano, durante una lectura que hacía el César. Viendo esto, Ahenobarbus tiró una copa a la cabeza de su hijastro, y le hirió gravemente. Popea se desmayó, y todos pudieron oír al César que decía: «¡Harto estoy ya de este apéndice!». Y eso, bien sabes tú, equivale a una sentencia de muerte.

—El castigo de Dios pende sobre la cabeza de la Augusta —dijo Vinicio—; mas ¿por qué me cuentas esto?

—Te lo cuento porque la cólera de Popea os ha perseguido a ti y a Ligia. Ocupada ahora en su propia desventura, puede que abandone la idea de su venganza, y sea más fácil influir en su ánimo. He de verla esta tarde; y hablaré con ella.

—Gracias. Me das con ello una buena noticia.

—Y tú, báñate y descansa. Tienes los labios lívidos y no eres ni la sombra de ti mismo.

—¿No ha sido anunciado ya el primer ludus matutinus? —preguntó Vinicio.

—Sí, dentro de diez días. Pero tomarán para ello primero a los cristianos de las demás prisiones. Mientras más tiempo tengamos disponible, mejor. No se ha perdido todo aún.

Pero el mismo Petronio no creía en lo que estaba diciendo, porque sabía perfectamente que, después de la altisonante respuesta que el César rebuscara para dar a la petición de Alituro, y en la que se había comparado con Bruto, no podía haber ya salvación para Ligia.

También ocultó, por compasión a Vinicio, lo que había oído decir en casa de Senecio; que el César y Tigelino habían resuelto para ellos y para sus amigos apoderarse de las más lindas doncellas cristianas y profanarlas antes de la tortura. En cuanto a las demás, serían entregadas el día del espectáculo a los pretorianos y a los guardianes de las fieras.

Sabiendo que Vinicio en ningún caso sobreviviría a Ligia, alimentaba deliberadamente en el corazón de su sobrino la esperanza en primer lugar, movido por el cariño que a Vinicio tenía y además, porque él deseaba que si el joven tribuno había de morir, le hallase la muerte con un rostro hermoso y no deformado y pálido por el dolor y las vigias.

—Hoy le diré a la Augusta —dijo—: «Salva a Ligia para Vinicio, y yo salvaré para ti a Rufio». Y me propongo meditar seriamente el asunto. Una sola palabra dicha a Ahenobarbus en el momento oportuno puede salvar o perder a una persona. En el peor de los casos, habremos ganado tiempo.

—Gracias —repitió Vinicio.

—Mejor me probarás que me lo agradeces si comes algo y duermes —repuso Petronio—. ¡Por Atenea! Ni en sus mayores desgracias Odiseo dejó de pensar en el alimento y el descanso. Tú, seguramente, habrás pasado la noche entera en la cárcel.

—No —contestó Vinicio—. Quise ir a la prisión hoy, pero hay orden de no admitir a nadie. Petronio, averigua si esa orden rige tan sólo durante el día de hoy, o si se extiende hasta el mismo en que empiecen los juegos.

—Esta noche lo sabré, y mañana temprano te diré por cuánto tiempo y por qué motivo se ha dado esa orden. Pero, lo que es ahora, y aunque Helios tuviera que ir a ocultarse apenado en las regiones de Cimeria, me voy a dormir. Sigue mi ejemplo.

Y se despidieron; pero Vinicio se dirigió a la biblioteca y escribió a Ligia una carta. Terminada ésta se la llevó personalmente al centurión cristiano, que a su vez la llevó inmediatamente a la prisión. Y a los pocos momentos volvió trayendo un saludo de Ligia y la promesa de una respuesta suya, que ofreció entregar a Vinicio en el mismo día.

Vinicio, que no tenía el menor deseo de volver a su casa, se puso a esperar la carta de Ligia sentado sobre una piedra.

El sol ya estaba alto, y numerosos grupos de gente afluían, como de costumbre, por el Clivus Argentius al Forum. Los vendedores pregonaban su menuda mercancía: los adivinos ofrecían a los transeúntes sus servicios; los ciudadanos se dirigían con paso lento a escuchar a los oradores del día en los rostra o a comunicarse las últimas noticias. A medida que aumentaba el calor, la multitud de ociosos iba engrosando en los pórticos de los templos, de los que salían volando a cada momento con gran batir de alas, bandadas de palomas, cuyas blancas plumas brillaban a los resplandores del sol de aquel diáfano día y bajo el cielo azul.

A causa del exceso de luz y de bullicio, del calor y del profundo cansancio, empezaron a cerrarse los ojos de Vinicio. Luego los gritos monótonos de los muchachos, que jugaban a la morra, y el paso cadencioso de los soldados, fueron insensiblemente adormeciéndole.

Alzó todavía la cabeza varias veces, y en cada una de ellas miró a la prisión. Por último venció la fatiga; se reclinó sobre una piedra, suspiró como un niño a quien le acomete el sueño después de haber llorado mucho y se quedó dormido.

Y soñó. Le parecía que iba llevando a Ligia en sus brazos, en medio de la noche, por entre un viñedo desconocido. Delante iba Pomponia Grecina

alumbrando el camino con una lámpara. Y una voz parecida a la de Petronio le decía desde lejos: «¡Vuelve!», pero él no hacía caso al llamamiento y seguía detrás de Pomponia Grecina. Por último llegaron a una cabaña, en cuyos umbrales se hallaba Pedro. Y él señaló a Ligia al apóstol, y dijo:

—Venimos de la arena, señor; pero no hemos podido despertarla; despiértala tú.

—Cristo mismo vendrá a despertarla —dijo Petronio entonces.

Luego cambiaba el escenario. Veía en medio de un sueño a Nerón; a su lado se hallaba Popea, que tenía en sus brazos al pequeño Rufio, cuya cabeza ensangrentada estaba lavando Petronio. Veía también a Tigelino, que esparcía ceniza sobre las mesas cubiertas de viandas exquisitas, que iba devorando Vitelio. Había también una multitud de augustanos presentes a la fiesta y sentados a la mesa del banquete.

Él mismo, Vinicio, se encontraba reclinado junto a Ligia; pero entre las mesas se paseaban leones, cuyas melenas destilaban sangre. Ligia le pedía entonces que la llevara lejos de allí, pero él se sentía dominado por una impotencia tan terrible, que no le era posible ni siquiera moverse. Luego fueron haciéndose más y más confusas las visiones de su sueño, hasta que, finalmente, se sumergieron en una honda tiniebla.

Por último le despertaron de su profundo sopor los ardores del sol, y unos gritos se dejaron oír cerca del sitio en que se encontraba. Vinicio se restregó los ojos.

La calle era un verdadero enjambre de gente; y en aquel instante, dos corredores, vestidos con túnicas amarillas, iban haciendo a un lado a la multitud con unas varas largas, y gritaban y abrían calle a una espléndida litera, conducida por cuatro fornidos esclavos egipcios. Dentro de ella y vestido de blanco iba sentado un hombre, cuyo semblante no era fácil ver, porque le ocultaba a medias un rollo de papiro que llevaba junto a los ojos, y que iba leyendo con gran atención.

—¡Abrid paso al noble augustano! —gritaban los corredores. El augustano puso entonces a un lado su rollo de papiro, y asomando la cabeza, gritó:

—¡Dispersad a esa canalla! ¡Más deprisa!

Y al reparar en Vinicio, retiró bruscamente la cabeza y volvió a tomar con precipitación su rollo de papiro.

El joven se llevó la mano a la frente, pareciéndole que aún soñaba. ¡Porque el augustano sentado en aquella litera era Quilón en persona!

Entretanto, los corredores habían abierto paso a los egipcios; estaban ya listos para proseguir su marcha, cuando el joven tribuno, ante cuya vista se

aclararon en aquel instante muchos puntos oscuros que hasta entonces le habían parecido incomprensibles, se acercó a la litera, y dijo:

—¡Te saludo, oh Quilón!

—Joven —contestó el griego, con aire lleno de altivez e importancia, y esforzándose por dar a su semblante una expresión de tranquilidad, que no sentía en su interior—, te saludo, pero no me detengas, porque me urge llegar a casa de mi amigo el noble Tigelino.

Vinicio, aferrándose a uno de los bordes de la litera, y mirando fijamente a los ojos del griego, le dijo con voz reprimida:

—¿Tú fuiste quien traicionó a Ligia?

—¡Oh Coloso de Memnón! —exclamó Quilón, asustado. Pero en los ojos de Vinicio no había amenazas, así que el temor de Quilón se desvaneció pronto.

Recordó además que contaba con la protección de Tigelino y del mismo César —es decir, de un poder ante el que temblaban todos—, que tenía a su lado esclavos robustos y que Vinicio estaba allí, delante de él, inerme, con el semblante demacrado e inclinado bajo el peso del sufrimiento. Al pensar en esto le volvió toda su insolencia. Fijó en Vinicio los ojos, cuyos párpados se hallaban enrojecidos, y le contestó en voz baja:

—Sí, pero tú, cuando me estaba muriendo de hambre, me hiciste azotar.

Por espacio de un momento, ambos guardaron silencio; luego repitió Vinicio, con voz sorda:

—Cierto es que te ofendí, Quilón.

Se irguió entonces el griego, y castañeteando los dedos, lo que en Roma era una demostración de burla y desprecio, contestó, con voz tan fuerte, que todos pudieran oírle:

—Amigo, si tienes alguna petición que presentarme, ven a mi casa del Esquilino por la mañana, a la hora en que recibo a los conocidos y a mis clientes, después del baño.

E hizo una señal con la mano. Los egipcios, al verla, alzaron nuevamente la litera y los esclavos de las túnicas amarillas continuaron gritando, mientras blandían sus varas:

—¡Abrid paso a la litera del noble Quilón Quilónides! ¡Paso! ¡Paso!...

Ligia, en una larga carta escrita apresuradamente, se despedía de Vinicio para siempre. Sabía que ya nadie podía entrar en la prisión, y que sólo podría ver al joven desde la arena. Y le pedía, por consiguiente, que averiguase cuándo llegaría el turno a los encarcelados de la prisión Mamertina, y al mismo tiempo le rogaba que asistiese al espectáculo, pues deseaba verle por última vez en la vida.

En la carta de la joven no se advertía temor alguno. Decía que tanto ella como sus demás compañeros ansiaban que llegase el instante de acudir a la arena, en donde hallarían para siempre la libertad. Esperaba que asistieran al espectáculo Pomponia Grecina y Aulo, y rogaba que se les pidiera que no dejasen de acudir.

En cada una de sus palabras se sentía un estado de exaltación espiritual y un desprendimiento de la existencia en que todos los encarcelados vivían. Al mismo tiempo poseía una fe inmovible en que todas las promesas se cumplirían más allá de la tumba.

«Ya sea que me liberte Cristo en esta vida o después de la muerte — escribía—, Él me ha prometido a ti por boca del apóstol y, por consiguiente, soy tuya».

Y le imploraba que no llorase por ella, ni se dejara dominar por el sufrimiento. Para ella la muerte no significaba la disolución de su matrimonio. Con una confianza infantil aseguraba a Vinicio que inmediatamente después de terminados sus tormentos en la arena, diría a Cristo que su prometido Marco había quedado en Roma y que pensaba en ella con todo su corazón. Y creía que acaso Cristo permitiría que su alma volviese a él, a Vinicio, siquiera por un instante, y le dijera que estaba viva, que no se acordaba de los tormentos que había padecido en la vida y que era feliz.

Toda aquella carta respiraba felicidad y una inmensa esperanza. Sólo había en ella una petición relacionada con asuntos terrenales: que Vinicio hiciera transportar su cuerpo del spoliarium y lo sepultara, como esposa suya, en la tumba en que él mismo hubiera de reposar un día.

Vinicio leyó aquella carta con el corazón destrozado, pero al mismo tiempo le parecía imposible que Ligia pudiera perecer bajo las garras de las fieras y que no se apiadara Cristo de ella. Y en esto fundaba su fe y su esperanza.

De vuelta a su casa, escribió a Ligia que iría directamente a montar la guardia al pie de los muros del Tullianum, en espera del momento en que Cristo derrumbara aquellos muros y la devolviese a él. Y pedía a la joven que creyera que Cristo podía salvarla y restituírsela, aun en el propio Circo, pues el gran apóstol le estaba implorando que lo hiciese; por tanto, la hora de la

liberación estaba próxima. El centurión convertido le llevaría la carta a la mañana siguiente. Pero cuando Vinicio llegó a la cárcel aquella mañana, abandonó el centurión las filas, se le acercó y le dijo:

—Escúchame, señor. Cristo, de quien recibiste la luz, te demuestra su favor. Anoche, el liberto del César y los del prefecto vinieron a elegir doncellas cristianas a quienes aguardaba la deshonra; preguntaron por tu prometida, pero Nuestro Señor le mandó una fiebre, que está haciendo mortíferos estragos entre los presos del Tullianum, y entonces la dejaron. Anoche había perdido el sentido, y bendito sea por ello el nombre del Redentor, porque la enfermedad que la ha libertado de la vergüenza puede muy bien salvarla de la muerte.

Vinicio apoyó su mano en el hombro del soldado a fin de no caer desvanecido.

Entretanto, el centurión prosiguió:

—¡Gracias sean dadas a la misericordia del Señor! Sabrás que se apoderaron de Lino y que le sometieron a tortura, pero al ver que estaba muriendo, le entregaron. Es posible entonces que también ahora te devuelvan a tu esposa y Cristo le restituirá luego la salud.

El joven tribuno permaneció por algún tiempo con la cabeza inclinada; la alzó luego, y dijo en voz baja:

—Dices bien, centurión; Cristo, que la salvó de la vergüenza, la salvará también de la muerte.

Sentándose luego al pie de la muralla de la prisión estuvo allí hasta llegada la tarde. Luego volvió a su casa con el objeto de enviar gente en busca de Lino, a quien ordenó que trasladaran a una de sus casas de campo.

Pero cuando Petronio se enteró de todo, resolvió, por su parte, obrar también.

Había visitado ya a la Augusta; fue ahora a verla por segunda vez. La encontró a la cabecera del pequeño Rufio.

El niño, con la cabeza herida, luchaba ahora con la fiebre; su madre hacía grandes esfuerzos por salvarle, con el corazón lleno de terror y de desesperación, pensando al mismo tiempo que si, en efecto, se salvaba, bien pudiera ser tan sólo para que luego pereciera de una muerte más terrible.

Ocupada exclusivamente en su propio dolor, nada quería oír acerca de Vinicio y de Ligia, pero Petronio la aterrorizó.

—Tú has ofendido —le dijo— a una divinidad nueva y desconocida. Tú, Augusta, según parece, adoras al Jehová hebreo; pero los cristianos afirman

que Cristo es hijo suyo. Reflexiona entonces si no te estará persiguiendo ahora la cólera del Padre. ¿Quién podría decir que no es la venganza de Este la que ha caído sobre ti? ¿Y quién sabe si la vida de Rufio no depende más que de tu conducta?

—¿Qué me aconsejas? —preguntó Popea, llena de terror.

—Aplacar a las deidades ofendidas.

—¿Y cómo?

—Ligia está enferma. Influye tú sobre el César o sobre Tigelino para que sea entregada a Vinicio.

—¿Y piensas que yo puedo hacer eso? —preguntó con desesperación Popea.

—Puedes hacer otra cosa entonces. Si Ligia mejora, su destino enseguida es morir en el Circo. Dirígete al templo de Vesta y pide a la Virgo Magna que trate de hallarse como por casualidad cerca de Tullianum en el momento en que conduzcan los presos a la muerte y ordene que den libertad a la doncella. La gran Vestal no te podrá negar eso.

—Pero ¿y si Ligia muere de fiebre?

—Los cristianos dicen que Cristo es vengativo, pero justo; es posible que entonces logres aplacarle con sólo el buen deseo de ir en auxilio de esa joven.

—Si ello es así, que me dé una señal de que Rufio sanará.

Petronio se encogió de hombros, y dijo:

—¡Oh divinidad! Yo no he venido a verte como enviado de Él; me limito a decirte que es preferible que te halles en buena armonía con los dioses, tanto romanos como extranjeros.

—¡Iré! —dijo Popea, con la voz quebrantada.

Petronio respiró con fuerza.

«Al fin he conseguido algo», pensó.

Y al ver después a Vinicio, le dijo:

—Ruega a tu Dios que no muera Ligia de la fiebre que la aqueja, porque si de ella se salva, la gran Vestal ordenará su liberación. La Augusta en persona le pedirá que lo haga.

—Cristo la salvará —contestó Vinicio, mirándole con ojos en que brillaba la fiebre.

Entretanto, Popea, que por el amor y la salud de su Rufio estaba dispuesta

a ofrecer hecatombes a todos los dioses del universo, se dirigió aquella misma noche a través del Forum en busca de las vestales, dejando encargado el niño enfermo a su fiel nodriza Silvia, que había sido también su ama de cría.

Pero era tarde, porque en el Palatino estaba ya decretada la sentencia de muerte contra el niño.

Así pues, apenas la litera de Popea hubo desaparecido a través de la gran puerta, entraron dos libertos del César en el aposento en que yacía el pobre Rufio. Uno de ellos se arrojó sobre Silvia y la amordazó; el otro, apoderándose de una estatua de bronce de la Esfinge, mató del primer golpe en la cabeza a la pobre mujer.

Luego se acercaron a Rufio.

El pequeñuelo, atormentado por la fiebre, insensible, y sin darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor, sonrió a los libertos, entreabriendo sus hermosos ojos e intentando reconocerlos. Éstos quitaron a la nodriza el cinturón y poniéndolo alrededor del cuello de Rufio tiraron de él y ahogaron al niño, que apenas pudo llamar una sola vez a su madre y murió sin agonía. Le envolvieron entonces en una sábana, y montando en unos caballos que les esperaban, se dirigieron con él a galope hacia Ostia, en donde le arrojaron al mar.

No habiendo encontrado Popea a la Virgo Magna, que con otras vestales se hallaba en casa de Vatinio, se volvió al Palatino. Y al encontrar vacío el lecho y yerto el cuerpo de Silvia, se desmayó.

Cuando volvió en sí, empezó a gritar, y sus desgarrados alaridos se escucharon durante toda aquella noche y el día siguiente.

Pero, al tercer día, el César ordenó que asistiera a una fiesta. Así pues, tuvo que ataviarse Popea con su túnica color de amatista y acudir al banquete con el rostro semejante al de una estatua de piedra, coronado por sus dorados cabellos, muda, bella y terrible como el ángel de la muerte.

XXI

Antes que los Flavios construyesen el Coliseo, Roma no tenía más que anfiteatros de madera; y por esta razón, casi todos ellos habían sido consumidos por el incendio. Así pues, con motivo de la próxima celebración de los espectáculos prometidos, Nerón había ordenado levantar varios anfiteatros, y entre ellos uno gigantesco. Para la construcción de éste había hecho venir, inmediatamente después de extinguido el incendio, por mar y por

el Tíber, grandes troncos de árboles cortados en las laderas del Atlas.

Y como se quería que los juegos superaran a todos los anteriores por su esplendor y por el gran número de víctimas, se dio a dicho anfiteatro una gran capacidad para la concurrencia del pueblo y para las fieras.

Miles de operarios trabajaban día y noche en la construcción del edificio y en la ornamentación. Y se decían primores de sus columnas, en las que había incrustaciones de bronce, marfil, ámbar, madreperla y carey.

Una red de tubos llenos de agua helada, procedentes de las montañas y colocados a lo largo de los asientos, debía mantener una temperatura agradable en el edificio, aun en medio de los más grandes calores. Un inmenso velarium de púrpura protegía a los espectadores de los rayos del sol. Entre las hileras de asientos había pebeteros colocados de trecho en trecho para quemar perfumes de Arabia, y encima de dichos asientos se habían adaptado unos aparatos especiales para rociar a los espectadores con agua de azafrán y de verbena.

Los renombrados arquitectos Severo y Céler habían desplegado toda su habilidad en la construcción de aquel anfiteatro con el propósito de que fuese a la vez incomparable y capaz de ofrecer cabida a un número de espectadores superior a cualquier otro circo.

De aquí que el día fijado para dar comienzo a los ludus matutinus, una inmensa muchedumbre se hallaba desde el alba aguardando la hora de la apertura y escuchando con delicia, entretanto, los rugidos de los leones, el ronco gruñir de las panteras y los aullidos de los perros.

Las fieras estaban sin alimento desde hacía dos días, limitándose sus cuidadores a presentarles algunos pedazos de carne sanguinolenta a fin de excitar con más intensidad su rabia y su hambre. Y a veces se levantaba tal tempestad de feroces rugidos, que la plebe instalada a las puertas del Circo no podía hacerse escuchar en la conversación y los más impresionables palidecían de temor.

Al salir el sol se oyó desde el interior del Circo un himno que entonaban voces sonoras a la vez que apacibles. Y las gentes allí reunidas escuchaban maravilladas aquellos cánticos, y se decían: «¡Los cristianos! ¡Los cristianos!».

Efectivamente, muchos de éstos habían sido trasladados al anfiteatro la noche anterior, y no sólo de una de las cárceles, como antes se había proyectado, sino un grupo de individuos de cada cárcel.

Y se sabía entre la multitud que los espectáculos habían de durar semanas y hasta meses, pero se dudaba de que fuera posible terminar en ese primer día con los cristianos que para el caso habían sido trasladados.

Las voces de los hombres, mujeres y niños que cantaban el himno matinal eran tan numerosas, que los espectadores entendidos aseguraban que, aun en el caso de hacer salir simultáneamente a uno o dos centenares de personas, las fieras se cansarían, quedarían pronto saciadas y no podrían despedazarlos a todos antes de la noche. Otros declaraban que enviar un número excesivo de víctimas a la arena significaba distraer la atención del público y no permitía gozar plenamente del espectáculo.

A medida que se acercaba el momento de la apertura de los vomitoria o pasajes que conducían al interior, la gente se llenaba de admiración y de alegría, y proseguían las discusiones y disputas acerca de los diversos detalles relativos al espectáculo.

Se formaban grupos de individuos que alababan la mayor destreza de los leones o de los tigres para el destrozo de las víctimas. Aquí y allí se hacían apuestas respecto a ello.

Otros afirmaban que se había dispuesto que fueran precedidos los cristianos en la arena por gladiadores; y de aquí surgían nuevos grupos y nuevas apuestas. Unos estaban por los samnitas; otros, por los galos; otros, por los mirmilones, por los tracios o por los retiarii.

A primera hora de la mañana empezaron a llegar al anfiteatro grandes y pequeños grupos de gladiadores, a las órdenes de maestros, llamados lanistae. Para evitar la fatiga, entraban desarmados, muchos de ellos completamente desnudos, llevando verdes ramas en las manos, o coronados de flores, y a la luz de la mañana aparecían todos los jóvenes, hermosos y llenos de vida.

Sus cuerpos, lustrosos de aceite de oliva, eran fuertes y recios, como si hubieran sido tallados en mármol, y causaban la delicia de aquellas gentes, enamoradas de la belleza de las formas. Muchos eran conocidos por el pueblo; así pues, a cada momento se escuchaban voces: «¡Salud, Furnio! ¡Salud, Leo! ¡Máximo! ¡Salud, Diomedes!». Las doncellas los miraban con ojos llenos de ternura. Ellos, a su vez, se fijaban en las más bellas y se dirigían a ellas en tono festivo, como si ninguna preocupación pesara sobre ellos, y les enviaban besos o exclamaban:

—¡Dame un abrazo, tú, antes que me lo dé la muerte!

Y desaparecían por las puertas, cuyos umbrales muchos de ellos no volverían ya a salvar.

Y los que iban llegando ocupaban, por turno, la atención de las multitudes.

Detrás de los gladiadores venían los mastigophori, esto es, hombres armados de látigos, y uno de cuyos oficios era azotar y azuzar a los combatientes.

Luego aparecieron las mulas, que venían tirando en dirección al spoliarium filas enteras de vehículos, en los que había rimeros de ataúdes de madera. La vista de éstos llenó de alborozo a la multitud, deduciendo, por el número de ataúdes, la grandeza que asumiría el espectáculo.

Detrás de los carros marchaban los hombres cuyo oficio era rematar a los heridos; vestían trajes de Carontes o Mercurios. Después iban los encargados de conservar el orden en el circo y los acomodadores; luego, los esclavos que hacían circular bebidas y alimentos, y, por último, los pretorianos, a quienes el César tenía siempre cerca de su persona en el anfiteatro.

Por fin se abrieron los vomitoria y la plebe se precipitó al interior. Pero era tal la multitud reunida, que siguió afluyendo y afluyendo al anfiteatro por espacio de horas enteras. Parecía asombroso que el circo pudiera contener tanto gentío, cuyo número era verdaderamente incalculable.

Los rugidos de las fieras fueron entonces haciéndose más y más estruendosos: es que habían percibido más de cerca las exhalaciones humanas. La muchedumbre, al ocupar sus asientos en el circo, rugía como el mar en plena tempestad.

Finalmente, hizo su entrada el prefecto de la ciudad, rodeado de su guardia, y, después de él, y en línea no interrumpida, las literas de los senadores, cónsules, pretores, ediles, funcionarios del gobierno y de palacio, oficiales pretorianos, patricios y damas lujosas.

Algunas literas iban precedidas por lictores, que llevaban la segur entre un haz de varas; otras, por grupos de esclavos. A los rayos del sol brillaban los dorados ornamentos de las literas, las telas blancas y de otros colores diversos, los aretes y joyas y el acero de las mazas.

Desde el interior del circo se escuchaban las aclamaciones con que el pueblo acogía a los grandes dignatarios.

Y seguían llegando nuevas partidas de pretorianos.

Los sacerdotes de diversos templos se presentaron algo más tarde; y sólo después de ellos entraron las vírgenes sagradas de Vesta precedidas por lictores.

Para dar principio al espectáculo se esperaba tan sólo al César, que, no queriendo hacer esperar mucho al pueblo, cuyo favor deseaba ganarse, llegó pronto, acompañado de Augusta y de los augustanos. Entre estos últimos venía Petronio en su litera. Le acompañaba Vinicio. El joven tribuno sabía que Ligia estaba enferma y aún no había recobrado el sentido; pero como el acceso a la prisión había sido prohibido con mayor rigor en los días precedentes, y como a los antiguos guardias reemplazaron otros, a quienes no se permitía hablar con

los carceleros, ni siquiera comunicar la más insignificante noticia a los que venían a pedir informes de los presos, no estaba seguro Vinicio de que Ligia no se hallara entre las víctimas destinadas al espectáculo del primer día. Podían enviarla a los leones aunque estuviera enferma, y, por tanto, sin conocimiento.

Y puesto que las víctimas debían ser envueltas en pieles de fieras cosidas a sus cuerpos y enviadas por grupos a la arena, ningún espectador podía estar seguro de que una más o menos no se hallara entre ellas, y ninguno, tampoco, podría reconocerlas.

Los carceleros y todos los sirvientes del anfiteatro habían sido sobornados por Vinicio, y estaba convenido con los guardianes de las fieras que ocultarían a Ligia en algún rincón oscuro y la entregarían por la noche a una persona de confianza de Vinicio, que la conduciría inmediatamente a los montes Albanos. Petronio, que estaba en el secreto, aconsejó a Vinicio que asistiera abiertamente en su compañía al anfiteatro; después de hacer su entrada, se escabullera en medio de la multitud, a favor del bullicio, y se dirigiera hasta los subterráneos, en donde, para evitar toda posible equivocación, señalaría a Ligia personalmente a los guardianes.

Éstos le dejaron entrar por una pequeña puerta por donde acababan de salir ellos. Y uno de los mismos, llamado Ciro, le condujo a los sitios en donde se hallaban los cristianos. En el camino le dijo:

—Señor, yo no estoy seguro de que llegues a encontrar lo que buscas. Hemos preguntado por una doncella llamada Ligia, pero nadie nos ha dado una respuesta concluyente; puede ser que no tengan confianza en nosotros.

—¿Hay muchos? —preguntó Vinicio.

—Muchos, señor; tendrán que aguardar hasta mañana.

—¿Y hay enfermos entre ellos?

—Ninguno había que no pudiera tenerse en pie.

Dicho esto, abrió Ciro una puerta que daba entrada a una estancia subterránea enorme, pero baja y oscura, pues recibía luz tan sólo por unas aberturas enrejadas que la separaban de la arena.

Al principio Vinicio no pudo ver nada. Oía tan sólo un murmullo de voces en el aposento y los gritos de la plebe, que procedían del circo. Pero, al cabo de algunos instantes, habituados sus ojos a la oscuridad, pudo distinguir unos grupos de seres extraños, parecidos a lobos y osos. Eran los cristianos, cosidos en pieles de bestias feroces.

Algunos de ellos se hallaban en pie, otros oraban de rodillas. Aquí y allá, por sus largos cabellos, se distinguían las mujeres. Las madres, vestidas con

piel de lobo, tenían en los brazos a los niños, cuyos cuerpos estaban igualmente cubiertos con aquellas vestiduras.

Pero, bajo esos disfraces, asomaban rostros serenos y ojos que, en medio de la oscuridad, ostentaban el brillo de la fiebre y de una alegría suprema. Era evidente que a la mayor parte de aquellos individuos los dominaba un pensamiento —exclusivo y ultraterreno—, un pensamiento que los hacía indiferentes, aun en vida, a todo cuanto pasaba a su alrededor y a todo cuanto pudiera sobrevenirles.

Algunos de ellos, al ser interrogados por Vinicio acerca de Ligia, le miraban con ojos como si despertaran de un sueño; otros le contestaban con una sonrisa, llevando un dedo a los labios, o señalando la abertura enrejada por donde penetraban algunos rayos de luz. Pero aquí y allá se oía llorar a niños aterrorizados por los rugidos de las fieras y por los aullidos de los perros, los gritos de la multitud y las propias formas de sus padres ataviados de fieras.

Vinicio, acompañado por el carcelero Ciro, recorría, entretanto, la estancia, miraba ansiosamente los semblantes, buscaba, preguntaba; por momentos tropezaba contra algunos cuerpos de personas que se habían desmayado a consecuencia de la aglomeración de gente, del aire sofocante que allí se respiraba y del calor; y seguía avanzando hasta llegar al fondo oscuro de aquel subterráneo, que parecía tan espacioso como un vasto anfiteatro. De súbito se detuvo, pues le pareció oír cerca del enrejado una voz que le era familiar.

Se puso a escuchar un momento, se volvió hacia donde partía la voz, y, abriéndose paso entre la multitud, se aproximó al que hablaba. Un rayo de luz daba de lleno en el rostro del orador y Vinicio reconoció inmediatamente, bajo la piel de un lobo, la demacrada e implacable fisonomía de Crispo.

Este exclamaba:

—¡Arrepentíos de vuestras culpas! ¡Porque el momento se acerca! Quien crea que tan sólo con la muerte ha de redimir las faltas cometidas, incurre en un nuevo pecado y será arrojado al fuego eterno. Con cada uno de vuestros pecados cometidos en este mundo habéis renovado los sufrimientos del Señor, ¿cómo osáis pensar, entonces, que la muerte que os aguarda habrá de redimir esta vida? Hoy, justos y pecadores morirán de muerte igual, pero el Señor sabrá escoger a los suyos. ¡Ay de vosotros! Las garras de los leones destrozarán vuestras carnes; pero con ello no borrarán vuestros pecados, ni ajustaréis vuestras cuentas con Dios. El Señor se mostró misericordioso en extremo al dejarse crucificar; pero de aquí en adelante sólo será para vosotros el juez que no dejará impune ninguna de vuestras culpas. Así pues, quienquiera que haya creído redimir sus pecados por medio del martirio ha blasfemado contra la justicia de Dios. Ha terminado ya la misericordia y ha

llegado el momento de la divina cólera. Bien pronto habréis de comparecer ante el tremendo Juez, en cuya presencia solamente los buenos podrán ser absueltos. ¡Llorad vuestras culpas, pues las puertas del infierno están prontas para recibirlos! ¡Ay de vosotros, esposos y esposas; ay de vosotros, padres e hijos!

Y extendiendo sus descarnados brazos, los agitaba sobre las cabezas inclinadas de sus oyentes.

Aquel hombre se mostraba impávido e implacable hasta en presencia de la muerte, a la que estaban todos destinados.

Después de sus palabras se dejaron oír estas voces:

—¡Sí, nos arrepentimos de nuestras culpas!

Luego sobrevino el silencio y volvió a escucharse tan sólo el llanto de los niños y los golpes de pecho.

A Vinicio se le heló la sangre en las venas. Él, que había puesto toda su esperanza en la misericordia de Cristo, acababa de escuchar ahora que el día de la cólera divina había llegado, y que ni aun con la muerte de los mártires en la arena se podría alcanzar la misericordia del Señor. Cierta es que por su mente cruzó el pensamiento, claro y fugaz como un relámpago, de que el apóstol Pedro hubiera empleado un lenguaje muy diverso, al dirigirse a los que se hallaban próximos a la muerte.

No obstante, aquellas terribles palabras llenas de fanatismo de Crispo y el oscuro subterráneo enrejado, detrás del cual se hallaba el lugar del martirio, llenaron su alma de espanto y de terror. Todo aquello le parecía horrible y cien veces más espantoso que la más sangrienta batalla.

Las emanaciones de aquel antro y el calor empezaron a sofocarle, y un sudor frío corría por su frente. Temió desmayarse como alguna de las víctimas con cuyos cuerpos había tropezado al recorrer aquella estancia en busca de Ligia. Y al recordar, asimismo, que, de un momento a otro, podían abrir las rejas y llevarse a los cristianos al suplicio, empezó a llamar en voz alta a Ligia y a Urso, con la esperanza de que, si no ellos, por lo menos alguno que los conociera le contestaría. En efecto; un hombre vestido de oso le tiró de la toga y dijo:

—Señor, ellos han quedado en la prisión. Me sacaron el último; y la he visto enferma en el lecho.

—¿Quién eres tú? —preguntó Vinicio.

—El cavador en cuya cabaña te bautizó el apóstol, señor. Fui arrestado hace tres días y hoy será el de mi muerte.

Vinicio respiró. Al entrar había deseado ver a Ligia; ahora daba gracias a Cristo por no haberla encontrado allí, viendo en ello una señal de la divina misericordia.

Entretanto, el cavador le tiró nuevamente de la toga, y dijo:

—¿Recuerdas tú, señor, que te conduje a la viña de Cornelio cuando el apóstol predicó en el cobertizo?

—Sí recuerdo —contestó Vinicio.

—Yo le vi después, el día anterior al de mi arresto. Me bendijo y me aseguró que vendría al anfiteatro a dar su postrera bendición a las víctimas. Si yo pudiera divisarle en el supremo instante y ver la señal de la cruz hecha por él, moriría con más tranquilidad. Señor, si tú sabes dónde se encuentra, dímelo.

Vinicio contestó en voz baja:

—Se halla entre los compañeros de Petronio, disfrazado de esclavo. No sé en qué sitio se encuentra, pero cuando vuelva al circo le veré. Mírame tú cuando entres en la arena; yo entonces me levantaré y volveré el rostro hacia donde estén ellos; y tú le reconocerás fácilmente.

—Gracias, señor, y que la paz sea contigo.

—Tenga el Salvador piedad de ti.

—Amén.

Salió Vinicio entonces del cuniculum y volvió al anfiteatro, en donde ocupó un sitio cerca de Petronio, entre los demás augustanos.

—¿La encontraste allí? —preguntó el árbitro.

—No; la han dejado en la prisión.

—Pues bien, oye lo que se me ocurre; pero, mientras tanto, mira tú en la dirección de Nigidia, a fin de hacer creer que nos hallamos conversando acerca de su peinado. Tigelino y Quilón nos observan en este momento. Escucha, pues. Es conveniente que coloquen a Ligia en un ataúd por la noche y la saquen de la prisión con los demás cadáveres; ¿adivinas el resto?

—Sí —contestó Vinicio.

Tulio Senecio interrumpió aquel diálogo, inclinándose hacia ellos y preguntando:

—¿Sabéis si darán armas a los cristianos?

—Lo ignoramos —contestó Petronio.

—Preferiría que se las dieran —dijo Tulio—. De otra manera, la arena se convertirá demasiado pronto en un matadero. Pero ¡qué espléndido anfiteatro!

El espectáculo era, en realidad, magnífico. Los asientos inferiores, completamente llenos de togas, blanqueaban como la nieve. En el dorado podium se hallaba sentado el César, con un collar de diamantes y en la cabeza una corona de oro. Junto a él se encontraba la Augusta, hermosa y sombría; y, a ambos lados, se veían las vírgenes vestales, grandes funcionarios, senadores con togas bordadas, oficiales del ejército con sus armas relucientes; en una palabra, todo cuanto había en Roma de poderoso, de brillante y de opulento. Las últimas filas de los asientos se hallaban ocupadas por los caballeros, y en la parte alta destacaba un oscuro océano de cabezas, sobre las que de una a otra columna pendían guirnaldas de rosas, lirios, hiedras y pámpanos.

La multitud conversaba en voz alta, se interpelaban unos a otros, cantaban, reían de cualquier dicho ingenioso, que circulaba de boca en boca, o pateaban impacientemente a fin de que empezara cuanto antes el espectáculo. Estos golpes se hicieron, por último, atronadores y prosiguieron sin interrupción. Entonces, el prefecto de la ciudad, después de recorrer la arena con su brillante séquito, hizo con el pañuelo una señal, acogida por todo el anfiteatro con un: «¡Ah, ah, ah! ...», en que prorrumpieron millares de voces.

De ordinario, estos espectáculos principiaban con una caza de bestias feroces, que efectuaban varios bárbaros del Norte y del Sur; pero, en esta ocasión, había demasiadas fieras.

Empezaron, pues, los juegos con los andabates. Se llamaba así a los gladiadores que llevaban yelmos cerrados, sin abertura alguna por los ojos, y que, por consiguiente, lidiaban a ciegas. Unos cuantos efectuaron su entrada en el circo y comenzaron luego a hacer molinetes con las espadas. Los matigophori los azuzaban, empujando a unos hacia otros con largas perchas, a fin de ponerlos en contacto.

La parte más selecta del público miraba con desdeñosa indiferencia este espectáculo, pero a la plebe divertían los movimientos desairados de los combatientes. Y cuando sucedía, por ejemplo, que se encontraban de espaldas, prorrumpía el público en grandes risas y exclamaban muchos:

«¡A la derecha! ¡A la izquierda! ¡De frente!». Y, a menudo, los engañaban deliberadamente. No obstante, luego se formaron varias parejas de combatientes y la lucha empezó a revestir sangrientos caracteres.

Los lidiadores más esforzados arrojaban lejos sus escudos y, tomándose el uno al otro con la mano izquierda, a fin de no volver a separarse, luchaban con la otra mano hasta morir. Todo el que caía alzaba los dedos e imploraba gracia por medio de ese signo; pero el público, al principio del espectáculo,

acostumbraba pedir la muerte para los heridos, especialmente cuando se trataba de andabates, que llevaban oculto el semblante y eran desconocidos.

Fue disminuyendo por grados el número de combatientes, y cuando, por fin, sólo quedaron dos se los empujó el uno hacia el otro a fin de que trabaran lucha; cayeron ambos recíprocamente. Luego, a los gritos de: *Peractum est!*, se llevaron los sirvientes los cuerpos, y un grupo de muchachos acudió con unos rastrillos, hizo desaparecer las manchas de sangre de la arena, esparciendo a continuación sobre ellas hojas de azafrán.

Y ahora empezaba la segunda parte con una lucha más importante y que despertaba no solamente el interés de la plebe, sino también de las gentes de buen gusto; durante ella, los jóvenes patricios hacían, a veces, apuestas enormes, perdiendo, a menudo, cuanto poseían.

De mano en mano iban pasando tablas, en las que se escribía los nombres de los favoritos, como asimismo la cantidad de sestercios que cada uno apostaba por su campeón predilecto.

Los *spectate* —es decir, los campeones que se habían presentado antes en la arena y obtenido en ella triunfos— eran los que contaban con mayor número de partidarios; pero entre los apostadores había también algunos que arriesgaban sumas considerables poniéndose de parte de gladiadores nuevos y no conocidos aún, con la esperanza de ganar sumas inmensas si obtenían éstos la victoria. El mismo César apostaba; y apostaban los sacerdotes, las vestales, los senadores y los caballeros, y apostaba el populacho. Y entre la plebe, cuando llegaba a faltarles el dinero, solían apostar hasta su propia libertad. Seguían con el corazón palpitante, e incluso con temor, las peripecias de aquellos combates, y más de uno, entretanto, hacía votos en voz alta a los dioses a fin de alcanzar protección para su favorito.

Así que cuando se escuchó el agudo son de las trompetas se hizo en el anfiteatro un profundo silencio expectante. Miles de ojos se dirigieron hacia las grandes cerraduras de una puerta, a la que se acercó un hombre vestido en traje de Caronte, y, en medio del universal silencio, dio en ella tres golpes con un martillo, como si de esa manera convocase a la muerte a los que se encontraban detrás de dicha puerta.

Entonces, las dos hojas de ésta se abrieron lentamente y dejaron ver una especie de oscuro foso, del que empezaron a brotar gladiadores, que iban entrando en la brillante arena. Avanzaban en divisiones de veinticinco individuos: tracios, mirmilones, samnitas, galos. Todos venían separados por nacionalidades, y todos pesadamente armados.

Por último entraron los *retiarii*, llevando una red en una mano y un tridente en la otra. A su vista estallaron por todas partes los aplausos, que pronto se

convirtieron en una inmensa y no interrumpida tempestad. Desde arriba hasta abajo se veían rostros encendidos, manos que batían palmas y bocas abiertas, de las que brotaban aclamaciones estruendosas.

Los gladiadores dieron la vuelta a la arena con paso firme y flexible, hermosos con sus brillantes armaduras y sus ricos trajes, haciendo luego alto delante del podium del César, soberbios, tranquilos y espléndidos.

El toque penetrante de un cuerno puso término a los aplausos. Los lidiadores, entonces, extendieron hacia arriba la mano derecha, alzaron la cabeza a la vista del César y empezaron a gritar, o, mejor dicho, a cantar con voz lenta la siguiente salutación:

Ave, Caesar Imperator, Morituri te salutant!

Luego se alejaron rápidamente, yendo a ocupar en la arena sus respectivos puestos.

Debían atacarse los unos a los otros por grupos; pero antes se permitía a los más famosos gladiadores tener una serie de combates singulares; en los que resaltaban el valor, la fuerza y destreza de los mismos.

Y, en efecto, entre el grupo de los galos se hallaba un campeón bien conocido por los asistentes al anfiteatro llamado Lanio (El Carnicero), vencedor en muchos juegos. Llevaba un gran yelmo en la cabeza, y con la cota de malla que cubría su fuerte pecho y su espalda parecía, en medio de aquella brillante arena dorada, una especie de gigantesco escarabajo.

Y el no menos célebre retiarius Calendio se presentó a su encuentro.

Entre los espectadores empezaron entonces las apuestas.

—¡Quinientos sestercios al galo!

—¡Quinientos a Calendio!

—¡Por Hércules! ¡Van mil sestercios!

—¡Van dos mil!

Entretanto, el galo, colocándose en el centro de la arena, empezó a retroceder blandiendo la espada. Inclinando luego la cabeza siguió atentamente, a través de su visera, los movimientos de su adversario. El retiarius, que era un hombre ágil, esbelto, de formas estatuarias, se hallaba completamente desnudo y cubierto solamente por una banda que le rodeaba la cintura. Empezó a hacer giros rápidos alrededor de su fuerte antagonista, agitando en tanto la red con movimientos graciosos, alzando y bajando su tridente, a la vez que entonaba la cantilena habitual de los retiarii:

Non te peto, piscem peto. Quid me fugis, galle?

Pero el galo no le huía, pues al cabo de algunos momentos se detuvo y, permaneciendo en pie en un solo sitio, empezó a volverse con un movimiento casi imperceptible, a fin de tener siempre a su adversario enfrente.

En su ademán y en su cabeza, monstruosamente grande, había algo que infundía terror.

Los espectadores comprendieron, sin lugar a duda, que aquel pesado cuerpo encerrado en bronce estaba preparando un golpe repentino que decidiría el combate.

Entretanto, el retiarius daba un salto hacia él o brincaba hacia atrás, agitando a la vez su tridente con movimientos tan rápidos que era difícil poder seguirlos con la vista. Repetidas veces resonó sobre la coraza el golpe del tridente, pero el galo permanecía impassible, dando así muestra de sus fuerzas de gigante. Toda su atención parecía concentrarse, no en el tridente, sino en la red, que seguía girando sobre su cabeza como una especie de ave de mal agüero.

Los espectadores contenían el aliento y seguían hasta las menores peripecias de la magistral lucha.

El galo esperó, eligió el momento y se lanzó, por fin, sobre su enemigo. Este último, con igual rapidez, se deslizó por debajo de la espada que le iba dirigida, se irguió, alzó el brazo y arrojó la red. El galo, volviéndose ligeramente, pero sin abandonar su posición, rechazó la red con su escudo; luego, se separaron.

En el anfiteatro atronaron gritos de Macte!, y en las primeras filas de espectadores empezaron de nuevo las apuestas. El mismo César, que al principio se había distraído conversando con Rubria y que hasta aquel momento no había prestado gran atención al espectáculo, volvió la cabeza hacia la arena.

Y empezó de nuevo la lucha, con tal arte y precisión en los movimientos de los lidiadores que, por momentos, parecía que para ellos no se trataba de una cuestión de vida o muerte, sino de una simple exhibición de su habilidad. El galo evitó la red dos veces más y empezó a retroceder hacia un extremo de la arena. Los que tenían apuestas en su contra, con el propósito de no darle tregua, le gritaron entonces:

—¡Sigue! ¡Carga!

El galo obedeció y volvió al ataque. Repentinamente, el brazo del retiarius se cubrió de sangre y se le cayó la red de la mano. El galo llamó en su auxilio entonces todas sus fuerzas y dio un salto hacia delante, con el fin de asestar a su adversario el golpe final.

Pero en aquel instante, Calendio, cuya imposibilidad para seguir manejando la red era fingida, saltó a un lado, evitó el golpe, dirigió el tridente entre las rodillas de su adversario y le echó a tierra. El galo intentó levantarse, pero en un abrir y cerrar de ojos se vio envuelto en las fatales mallas, dentro de las que se enredaba más y más a cada movimiento de los pies o de las manos.

Entretanto, su adversario, a golpes de tridente, le clavaba una y otra vez en tierra. Hizo el galo todavía un esfuerzo postrero; se apoyó en el brazo e intentó levantarse, pero todo fue inútil.

Se llevó entonces a la cabeza la mano, inerme, con la que no podía ya empuñar la espada, y cayó de espaldas. Calendio fijó su cuello al suelo con el tridente, y, apoyando sobre el mango de éste ambas manos, volvió la vista al palco del César.

Todo el anfiteatro se estremeció con el tronar de los aplausos y las aclamaciones del pueblo.

Para los que habían apostado a favor de Calendio, éste era en aquel momento más grande que el César, pero, por la misma razón, la animosidad contra el galo había desaparecido de sus corazones.

Porque a costa de su sangre aquel infortunado lidiador les había llenado los bolsillos.

Así pues, el público se dividió en dos bandos. En los asientos de la parte alta, la mitad de sus ocupantes gritaban: «¡Muerte!», la otra mitad: «¡Gracia!»; pero el retiarius mantenía la vista fija tan sólo en el palco del César y las vestales, esperando lo que allí se decidiera. Por desgracia, Nerón no quería a Lanio, porque en los últimos juegos que se habían dado antes del incendio había apostado contra el galo y había perdido sumas considerables, ganadas por Licinio. Así pues, extendió la mano fuera del podium y volvió el pulgar hacia abajo. Las vestales apoyaron inmediatamente aquella señal.

Calendio, entonces, se arrodilló sobre el pecho del galo, sacó de su cinturón un cuchillo corto, apartó la armadura del cuello de su adversario e introdujo hasta el mango la hoja triangular en la garganta de Lanio.

—Peractum est! —gritaron muchas voces en el anfiteatro.

El galo se estremeció por breves instantes como un toro degollado, hundiéndose convulsivamente los pies en la arena y quedó inmóvil. No fue, pues, necesario que Mercurio se acercara con un hierro candente a cerciorarse de si aún vivía. Se hizo desaparecer inmediatamente su cadáver y nuevas parejas de luchadores se colocaron en el centro. Después de los combates singulares empezó la batalla en que tomaron parte destacamentos enteros. El público

ponía en este espectáculo el alma, el corazón y los ojos. Gritaba, aullaba, silbaba, aplaudía, reía, azuzaba a los combatientes y enloquecía.

Los gladiadores en la arena, divididos en dos legiones, peleaban con un furor de fieras; los pechos se estrellaban contra los pechos, los cuerpos se entrelazaban en un mortal abrazo, se sentía el crujiir de los recios miembros, se veían espadas que se hundían en el pecho o en el estómago de los combatientes, labios pálidos que, de pronto, arrojaban borbotones de sangre sobre la arena.

Finalmente, algunos gladiadores novicios se sintieron acometidos por un pánico tan tremendo que huyeron del terreno del combate hacia los extremos; pero los mastigophori los obligaban a volver enseguida, azotándolos con sus látigos, que terminaban con puntas de plomo.

En la arena empezaron a formarse grandes manchas oscuras, y por momentos se fueron viendo sobre ella, extendidos e inmóviles, los cuerpos de los gladiadores, desnudos o cubiertos por sus armaduras.

Y los sobrevivientes seguían peleando encima de los cadáveres, tropezaban con armaduras y escudos, y se cortaban los pies al pisar sobre las armas cortas, y, a su vez, caían.

El público, embelesado, había perdido ya el dominio de sí mismo, y, embriagado por el espectáculo de la muerte y con el olor de la sangre, parecía aspirarla con delicia, extasiarse en su contemplación; insuflar voluptuosamente a sus pulmones los humanos efluvios que iban saturando aquella atmósfera.

Casi todos los vencidos habían muerto. Apenas unos pocos heridos quedaban en el centro de la arena. Puestos de rodillas, temblorosos, extendían las manos hacia la concurrencia en actitud de ruego, implorando su compasión.

A los vencedores les fueron distribuidos en recompensa obsequios diversos, coronas y guirnaldas de olivo.

Y hubo un intermedio de reposo, que, por orden del César omnipotente, fue convertido en un banquete. Se quemaron perfumes en vasos. De los rociadores brotó una fina lluvia de agua de azafrán y de violeta, que caía sobre la cabeza de los espectadores.

Se sirvieron refrescos, carnes asadas, dulces, vino, aceitunas y frutas. El pueblo devoraba, hablaba y prorrumpía en aclamaciones al César para estimular su generosidad. Satisfechos el hambre y la sed, centenares de esclavos se adelantaron dando la vuelta al anfiteatro con cestas llenas de obsequios. De ellas, multitud de muchachos en trajes de Cupidos iban

extrayendo diversos objetos y los arrojaban a manos llenas entre los asientos.

Al comenzar la distribución de billetes de lotería tesseræ empezó una verdadera batalla. La plebe se apretujaba, se daban golpes y pisotones, prorrumpían en gritos de auxilio, saltaban sobre las filas de asientos y se ahogaban en medio de tremendas apreturas. Lo que se explicaba considerando que el individuo a quien tocase en suerte un número premiado podía, por ventura, llegar a ser dueño de una casa con jardín, de un esclavo, de un espléndido traje o de una fiera, que podía vender a continuación en el mismo anfiteatro. Por esta razón, mientras duraban dichas distribuciones ocurrían tales disturbios, que con frecuencia los pretorianos tenían que intervenir. A menudo, después de cada distribución, había que sacar del anfiteatro a individuos con las piernas o los brazos rotos, y algunos hasta solían morir aplastados en medio de aquellos tumultos.

Pero los ricos no tomaban parte en esta pugna por los tesseræ.

Los augustanos se divertían observando a Quilón y los vanos esfuerzos que éste hacía por demostrar que podía, como cualquier otro, ser espectador animoso de aquellas escenas de lucha y derramamiento de sangre. Pero, inútilmente, el infortunado griego fruncía el ceño, se mordía los labios y apretaba los puños hasta introducirse las uñas en las palmas de las manos.

Su índole griega y su cobardía innata le hacían incapaz de contemplar impasible tales espectáculos. Se ponía pálido, corrían por su frente gruesas gotas de sudor, tenía lívidos los labios, torcidos los ojos, le castañeteaban los dientes y por todo el cuerpo sentía un frío estremecimiento.

Al final de la batalla de los gladiadores pudo rehacerse un poco, y cuando empezaron a burlarse de él se enfadó repentinamente y se defendió con desesperación.

—¡Eh, griego! ¡Parece que la vista de la piel destrozada de un hombre es un espectáculo superior a tus fuerzas! —dijo Vatinio tirándole de la barba.

Quilón le mostró sus dos únicos dientes amarillos y replicó:

—¡Mi padre no fue nunca zapatero remendón, de ahí que no me sea posible componerla!

—Macte! Habet! —exclamaron muchas voces.

Pero otros prosiguieron burlándose de él.

—No es culpa suya si tiene en el pecho un pedazo de queso en vez de corazón —dijo Senecio.

—Tampoco tú eres culpable de poseer en vez de cabeza una vejiga —contestó Quilón.

—¡Bien podrías llegar a ser un gladiador! Estarías admirable manejando una red en la arena.

—Y si en ella te cogiera, sólo habría en mi red una fétida abubilla.

—¿Y cómo harás cuando llegue el turno a los cristianos? —preguntó Festo de Liguria—. ¿No quisieras convertirte en perro para morderlos?

—No quisiera ser tu hermano.

—¡Oh tú, moscardón meocio!

—¡Oh tú, mulo de Liguria!

—Se conoce que te pica la piel; mas no te aconsejo que me pidas que yo te rasque.

—Ráscate a ti mismo. Mas te advierto que al rascar tus granos destruirás lo mejor de tu persona.

Y así continuaron atacándose. Él se defendía venenosamente, en medio de la risa general. El César aplaudía y repetía a cada instante: «Macte!», azuzando a los demás. Al cabo de un momento se acercó Petronio, y tocando al griego con su bastón de marfil, le dijo fríamente:

—Todo eso está bien, filósofo, pero en una cosa has errado; los dioses hicieron de ti un vulgar bribón y tú has llegado a convertirte en un demonio. Ésa es la razón por la que no te sostendrás mucho tiempo.

El viejo le miró con sus ojos enrojecidos y en esta ocasión no halló un insulto adecuado con que replicar a Petronio. Así pues, guardó silencio por un momento y luego dijo con cierto esfuerzo:

—Aguantaré.

Entretanto, las trompetas anunciaron que el intermedio había concluido. Los espectadores empezaron a abandonar los pasillos, adonde habían ido a conversar y pasearse. Se sucedió un movimiento general acompañado de las disputas usuales de los ocupantes anteriores de asientos que ahora encontraban en poder de otros.

Los senadores y patricios volvieron a sus sitios y, al cabo de algunos momentos, cesó el ruido de aquellas disputas y el orden quedó restablecido en el anfiteatro.

Se presentó entonces en el circo un grupo de individuos cuyo oficio era extraer las masas de arena que se habían formado con la sangre coagulada.

Había llegado el turno a los cristianos. Y como aquél era un espectáculo nuevo para el pueblo y nadie suponía cómo habrían de conducirse los confesores de Cristo, aguardaban todos con curiosidad.

El ánimo del público, a la par que esperaba presenciar escenas extraordinarias, se hallaba predispuesto en contra de las víctimas.

Los individuos que iban a presentarse en la arena eran los autores del incendio de Roma y de sus antiguos tesoros.

Eran bebedores de sangre de niños, envenenadores del agua, vilipendiadores de toda la raza humana y se entregaban a la mayor abominación.

Los castigos más duros no podían parecer bastantes para el odio que se había despertado en aquel pueblo, y si algún temor se albergaba en sus corazones era el de que las torturas que se infligiesen a los cristianos no llegasen a igualar el delito perpetrado por aquellos malvados malhechores.

El sol, entretanto, se había elevado mucho y sus rayos, atravesando el velarium de púrpura, llenaban el anfiteatro de una luz sangrienta. La misma arena, al recibir estos reflejos, presentaba destellos de fuego, y en los semblantes de los espectadores, como en la arena vacía, que dentro de pocos momentos iba a ser teatro de la tortura de muchos seres humanos y del furor de las fieras, había algo horrible.

El ambiente se hallaba impregnado de una sensación de terror y muerte. En los rostros había una expresión feroz. La plebe, habitualmente alegre, se volvió hosca, a impulsos del odio.

Por fin, el prefecto hizo una señal. Se presentó el mismo viejo vestido de Caronte que había convocado a los gladiadores a la muerte. Atravesó a paso lento la arena en medio de un profundo silencio, y de nuevo dio tres martillazos en la puerta.

Un murmullo recorrió todo el anfiteatro.

—¡Los cristianos! ¡Los cristianos!...

Rechinaron los enrejados de hierro, y por entre aquellas lóbregas aberturas se escucharon los gritos usuales de los mastigophori:

—¡A la arena!

Y en un instante se vio lleno el circo de una multitud de individuos que parecían sátiros, cubiertos de pieles.

Salieron corriendo velozmente, febrilmente, hasta llegar al centro de la arena, y allí se arrodillaron los unos junto a los otros con las manos alzadas al cielo.

Los espectadores, creyendo que era ésta una petición de gracia, e indignados por tal cobardía, empezaron a golpear el suelo con los pies, a silbar y a tirar a los cristianos cántaros de vino vacíos, huesos y a gritar:

—¡Las fieras! ¡Las fieras!...

Pero, en aquel instante, ocurrió una cosa inesperada. De entre aquel grupo de seres humanos vestidos de fieras se alzó un coro de voces y entonces fue cuando por primera vez se escuchó en un anfiteatro romano el himno: *Christus regnat!*

El asombro se apoderó de los espectadores.

Los condenados cantaban su plegaria con los ojos levantados hacia el cielo. El público veía sus rostros pálidos, pero como inspirados.

Y todos comprendieron ahora que aquellas gentes no estaban implorando compasión, y que en aquel instante parecían no ver ni el circo, ni a los espectadores, ni al Senado, ni al César. El *Christus regnat!* resonaba con entonación cada vez más poderosa; y por todas las filas de asientos, desde las primeras hasta las últimas, hubo más de un espectador que se hizo esta pregunta: «¿Qué significa esto, y quién es el *Christus* que reina en los labios de esas gentes que van a morir?». Y, entretanto, se abrió otra puerta de rejas y se precipitaron en la arena, en furiosa carrera y ladrando, una multitud de perros. Había entre ellos gigantescos molosos amarillos del Peloponeso, perros manchados de los Pirineos y mastines semejantes a lobos de Hibernia, a todos los que habían privado expresamente de alimento, y que mostraban sus flancos enjutos y sus ojos inyectados en sangre. Sus aullidos llenaron todo el anfiteatro.

Cuando los cristianos terminaron su himno, permanecieron arrodillados, inmóviles, como petrificados, y repitiendo en un coro sollozante: «*Pro Christo! Pro Christo!*».

Percibieron los perros al punto el olor de la carne humana bajo las pieles de fieras, pero sorprendidos del silencio y de la inmovilidad de los cristianos, no se precipitaron inmediatamente sobre ellos.

Algunos se subían a la división de los palcos, como si desearan ir a mezclarse con los espectadores; otros corrían persiguiendo una fiera invisible.

El público se impacientó. Se alzó un millar de voces de protesta; algunos espectadores aullaban como fieras; otros ladraban como perros; otros azuzaban a los animales con expresiones dichas en todos los idiomas. El anfiteatro entero se estremecía con los alaridos.

Los perros, así excitados, empezaron entonces a dirigirse a la gente arrodillada, ya corriendo hacia ella, ya retirándose con los dientes apretados, hasta que, por último, uno de los mastines molosos dio una dentellada en el hombro de una mujer que estaba arrodillada en el primer término y la arrastró bajo sus garras.

Casi al mismo tiempo varias docenas de perros se abalanzaron sobre el grupo de cristianos, como si quisieran abrir brecha en él.

El público cesó entonces de aullar, a fin de contemplar con mayor atención el espectáculo. En medio de los ladridos de los perros se escuchaban todavía algunas dolientes voces de hombres y mujeres que exclamaban: «Pro Christo! Pro Christo!», mientras en la arena se entrelazaban convulsivamente los cuerpos de los perros y de las personas.

Luego empezó a brotar a torrentes la sangre de los cuerpos mutilados. Los perros se arrebataban unos a otros los sangrientos miembros de las víctimas. Y el olor de la sangre, y de las vísceras destrozadas se superponía al aroma de los perfumes de Arabia y llenaba todo el circo. Por último, fueron quedando solamente de trecho en trecho unas pocas víctimas arrodilladas, que pronto se vieron cubiertas por aquella enorme masa agitada y sanguinolenta.

Vinicio, quien en el momento de penetrar en la arena los cristianos se había puesto en pie y se había vuelto para indicar al cavador, según lo ofrecido, el sitio en donde se hallaba el apóstol, mezclado entre la gente de Petronio, se sentó de nuevo, y con el semblante de un muerto prosiguió contemplando con mirada vidriosa el horripilante espectáculo.

Al principio le anonadó el temor de que pudiera haberse equivocado el cavador y que acaso Ligia se encontrase entre las víctimas; pero cuando escuchó las voces: «Pro Christo!», cuando presenció la tortura de tantos seres, que al morir confesaban la fe en su Dios, otro sentimiento se apoderó de él, penetrando en su alma un dolor terrible e irresistible. Y fue éste: «¡Si el mismo Cristo había muerto en el tormento, si miles de cristianos estaban pereciendo por El, y cuando un mar de sangre se estaba derramando, una gota más nada significaba y era hasta un pecado el implorar misericordia!».

Y este pensamiento, inspirado por lo que estaba sucediendo en la arena, penetraba en su alma, confundido con los gemidos de los moribundos, mezclado con los vapores de su sangre. Pero él seguía orando y repitiendo, secos los labios:

—¡Oh Cristo! ¡Oh Cristo! Tu apóstol ha rezado por ella.

Y luego perdió la noción de lo que ocurría a su alrededor y del sitio en que se encontraba. Le pareció que la sangre de la arena se iba acumulando y crecía rebosando fuera del circo y que inundaba a Roma entera. Por lo demás, nada oía ya, ni el aullido de los perros, ni los gritos del público, ni las voces de los augustanos, quienes de súbito empezaron a repetir:

—¡Quilón se ha desmayado!

—¡Quilón se ha desmayado! —exclamó también Petronio, volviéndose

hacia el griego.

Y así era efectivamente. Allí estaba en su asiento, pálido como un lienzo, echada hacia atrás la cabeza y la boca abierta como la de un cadáver.

En aquel momento empujaban a la arena nuevas víctimas, vestidas también con pieles. Como las primeras, éstas se arrodillaron inmediatamente; pero los perros, ya cansados, no las atacaron esta vez. Apenas unos pocos se arrojaron sobre las más próximas; los demás se echaron, empezando a rascarse los flancos y a jadear pesadamente.

Entonces, el público, perturbado el espíritu, ebrio de sangre y enloquecido, empezó a gritar con voz aguda:

—¡Los leones! ¡Los leones! ¡Soltad los leones!

En realidad, los leones habían sido reservados para el día siguiente; pero en los anfiteatros, el pueblo acostumbraba a imponer su voluntad a todos, aun al mismo César. Solamente Calígula, insolente y voluble, había osado contrariar sus caprichos, llegando en ocasiones hasta ordenar que se apaleara al pueblo; mas también solía ceder en la mayor parte de los casos.

Pero Nerón, que apreciaba más que a nada en el mundo los aplausos, nunca resistía la voluntad popular. Mucho menos había de resistir ahora, que deseaba ablandar al populacho, excitado a causa del incendio, y se trataba de los cristianos, sobre quienes quería hacer recaer la responsabilidad de la catástrofe.

En consecuencia, hizo una señal para que abriesen el cuniculum, lo que tranquilizó al pueblo enseguida.

Y rechinaron las rejas, detrás de las que se hallaban los leones. A la vista de éstos, se agruparon los perros, dando aullidos lastimeros, en el lado opuesto del circo.

Penetraron los leones, uno tras otro, inmensos, huraños, soberbios con sus grandes cabezas melenudas. El César mismo volvió hacia ellos su rostro aburrido y se colocó la esmeralda en el ojo para ver mejor. Los augustanos recibieron a los leones con aplausos; la multitud los contaba con los dedos y observaba anhelante a los cristianos, arrodillados en el centro del circo, para ver la impresión que les producían.

Pero éstos habían vuelto a repetir las palabras, incomprensibles para muchos, pero irritantes para todos: «Pro Christo! Pro Christo!».

Los leones, aunque se hallaban hambrientos, no se apresuraron a lanzarse sobre sus víctimas.

La luz rojiza, que se proyectaba sobre la arena, los ofuscaba y entornaban

los ojos, como si estuvieran deslumbrados. Algunos desperezaban con lentitud sus amarillentos cuerpos; otros abrían sus poderosas mandíbulas y bostezaban; se diría que deseaban mostrar sus terribles dientes a los espectadores. Pero luego, el olor de la sangre y de los cuerpos destrozados, muchos de los cuales yacían sobre la arena, empezó a producir su efecto. Sus movimientos se volvieron inquietos, se les erizaron las melenas y aspiraron aquellas emanaciones dilatando las narices y produciendo a la vez un ronco sonido.

Finalmente, uno de ellos se lanzó sobre el cuerpo de una mujer que tenía destrozado el rostro, y poniendo sobre ella sus zarpas anteriores, empezó a lamer con su áspera lengua la sangre coagulada.

Otro se acercó a un hombre, que tenía en los brazos un niño cosido en una piel de cervatillo. El pequeñuelo, temblando de pavor, dando gritos y llorando, se aferraba convulsivamente al cuello de su padre; y éste, en el anhelo de prolongar, aunque fuera sólo un momento más, la vida de su hijo, intentó arrancarle de su cuello y pasarle a manos de algunos de sus compañeros de martirio, arrodillados junto a él. Pero los gritos del niño y los movimientos del padre irritaron al león. Y de pronto dio un rugido corto y brusco, mató al niño de un zarpazo y, cogiendo entre sus mandíbulas la cabeza del padre, la destrozó en un abrir y cerrar de ojos.

A la vista de esto, los demás leones se lanzaron sobre el grupo de cristianos. Hubo mujeres que no pudieron reprimir algunos gritos de terror; pero el público los ahogó con sus aplausos, que cesaron, porque el deseo de no perder ningún detalle de aquel espectáculo horrendo se impuso a todo en el ánimo de los circunstantes.

Y se vieron escenas terribles: cabezas que desaparecían completamente entre las abiertas fauces de las fieras, pechos destrozados de un solo golpe, corazones y pulmones arrancados instantáneamente, huesos que crujían entre los agudos dientes de los leones. Algunas fieras, aferrando a las infortunadas víctimas por el costado o las espaldas, corrían furibundas y dando brincos por la arena, como si buscaran sitios ocultos para devorar su presa; otras luchaban, se alzaban sobre sus patas traseras y se atacaban entre sí, como gladiadores, en medio de los estruendosos aplausos del anfiteatro entero.

Los espectadores se levantaban de sus sitios; algunos, abandonando los asientos, bajaban a los pasillos para ver mejor y se producían así mortales apreturas. Parecía que aquella sobreexcitada multitud acabaría arrojándose también a la arena y se pondría a destrozar a los cristianos en compañía de los leones.

En algunos momentos se escuchaban unos gritos inhumanos; en otros, alaridos, aplausos, gruñidos, rechinamiento de dientes, aullidos de los colosos, y a intervalos, tan sólo unos gemidos aislados.

El César, puesta la esmeralda ante el ojo, contemplaba ahora con atención aquel espectáculo. En la fisonomía de Petronio había una expresión de repugnancia y desdén.

Quilón había sido sacado del circo.

Pero del cuniculum seguían saliendo nuevas víctimas.

Desde la fila superior de asientos del anfiteatro, el apóstol Pedro las contemplaba. Nadie le observaba, porque todas las cabezas se hallaban entonces vueltas hacia la arena; así que se había levantado de su asiento, y, como antes, en la viña de Cornelio había bendecido para la muerte y para la eternidad a los cristianos, que ya se aprestaban para ir a la prisión, así, ahora, bendecía con la señal de la cruz a los que iban siendo destrozados entre las garras y los dientes de las bestias feroces. Bendecía su sangre, su tortura, sus cuerpos inanimados y convertidos en masas informes y sus almas, que volaban huyendo de aquella arena sangrienta.

Algunos alzaban los ojos hacia él, y sus rostros se iluminaban y sonreían al ver en alto, sobre sus cabezas, dibujarse la señal de la cruz. Pero Pedro tenía el corazón desgarrado y decía:

—¡Oh Señor! ¡Hágase tu voluntad! ¡Por la gloria y por la verdad, están pereciendo mis ovejas! Tú me ordenaste que las apacentara; hoy te las entrego, Señor. Tú cuéntalas. Tú acógelas en tu seno, cura sus heridas, suaviza sus dolores y otórgales una felicidad superior al martirio que aquí han sufrido.

Y las iba bendiciendo una tras otra, grupo tras grupo, con tanto amor como si hubieran sido sus propios hijos a quienes estuviera entregando personalmente en manos de Cristo. Entonces, el César, bien acordándose de ello, bien impulsado por el deseo de que aquel espectáculo superase a todo cuanto se hubiera visto en Roma hasta entonces, murmuró algunas palabras al oído del prefecto de la ciudad.

Este abandonó el podium y se dirigió inmediatamente al cuniculum.

Hasta el populacho se sorprendió viendo, al cabo de algunos momentos, abrirse de nuevo el enrejado. Y esta vez salieron a la arena fieras de toda especie: tigres del Éufrates, panteras de Numidia, osos, lobos, hienas y chacales. Toda la arena se vio cubierta de un mar ondeante de pieles rayadas, amarillas, castañas, morenas y manchadas.

Y fue aquél un caos, en medio del cual la mirada nada podía distinguir, excepto las terribles caídas, precipitadas, convulsivas, oscilatorias y ondulantes de los lomos de aquellas fieras. El espectáculo había perdido ya toda apariencia de realidad para transformarse en una orgía de sangre, en un sueño espantoso, en un monstruoso espejismo ideado por una mente delirante.

La medida se había colmado.

En medio de gritos, lamentos y rugidos, aquí y allá, en los asientos de los espectadores, empezaron a dejarse oír risas espasmódicas o aterrorizadas de las mujeres, cuyas fuerzas se habían visto vencidas. El pueblo se horrorizaba al fin. Los semblantes se habían ensombrecido, y varias voces empezaron a gritar:

—¡Basta! ¡Basta!

Pero era más fácil traer a las fieras a la arena que sacarlas de ella. No obstante, el César discurrió un medio apropiado para despejar el circo, procurando al mismo tiempo al pueblo un entretenimiento. En todos los pasillos que había entre los asientos se presentaron diferentes grupos de números, negros, ataviados con plumas, llevando aretes en las orejas y armados de arcos. El pueblo adivinó lo que iba a suceder y acogió a los arqueros con alegres saluciones.

Los números se aproximaron a la barandilla y, colocando en posición sus flechas, empezaron a asañar a los grupos de fieras. Y éste fue, en realidad, un espectáculo nuevo.

Los esbeltos cuerpos negros se doblaban hacia atrás, extendían sus flexibles arcos y lanzaban, uno tras otro, dardos. El zumbido característico de las cuerdas y el silbar de las emplumadas flechas se mezclaba con los aullidos de las fieras y los gritos de admiración de los espectadores.

Osos, lobos, panteras y hombres aún vivos iban cayendo uno tras de otro. Aquí y allá, un león, sintiendo una saeta en su costado, contraía rabiosamente las mandíbulas y se volvía con un movimiento súbito a coger y quebrar el proyectil que le había herido. Otros daban rugidos de dolor.

Las fieras menores, poseídas de pánico, corrían a ciegas por la arena o se arrojaban de cabeza contra el enrejado. Y entretanto, los dardos seguían silbando y silbando por el aire hasta que llegó un momento en que el último de los seres vivos que había en la arena quedó derribado y debatiéndose en las convulsiones postreras de la agonía.

Entonces, centenares de esclavos se precipitaron en la arena, armados de azadas, palas, escobas, carretillas, cestas para el transporte de las vísceras y sacos de arena.

Salieron en grupos sucesivos, y en toda la extensión del circo desplegaban una actividad febril. La arena fue así, al cabo de pocos instantes, despejada de cadáveres; se extrajo la sangre y el cieno, se cavó, se niveló el piso y se le cubrió con una nueva capa de arena.

Hecho esto penetró una legión de cupidos, quienes esparcieron sobre el

nuevo piso hojas de rosas, azucenas y una gran variedad de otras flores. Fueron de nuevo encendidos los pebeteros y se retiró el velarium, pues el sol ya había bajado considerablemente.

Y entre el público se miraban las personas unas a otras con asombro y preguntándose qué nuevo espectáculo las aguardaba.

Y, en efecto, sucedió un espectáculo que no habrían podido ni siquiera imaginar. El César, que había abandonado el podium algunos momentos antes, se presentó de pronto en la florida arena llevando un manto de púrpura sobre los hombros, y en la cabeza, una corona de oro. Doce coristas con cítaras le seguían. Sostenía en la mano un laúd de plata y se adelantó con solemne paso hasta el centro del circo, saludó varias veces a los espectadores, alzó la mirada hacia el cielo y pareció estar aguardando un soplo de inspiración. Por último hizo vibrar las cuerdas y cantó así:

¡Oh radiante hijo de Leto,
señor de Tenedos, de Quio y Crisópolis!,
¿eres tú quien, teniendo la custodia
de Ilión, la ciudad sagrada,
pudo entregarla a la cólera del griego
y consentir que los altares en los que ardía sacro fuego
los mancillara la sangre troyana?
Se alzaban a ti las temblorosas manos,
¡oh el del arco de plata, que tiras a lo lejos
de los míseros ancianos!
Las madres, desde lo íntimo del pecho,
levantaban su voz lastimera
pidiendo piedad para sus hijos.
Y a sus quejas doloridas
las piedras se hubieran conmovido con sus ruegos.
Pero tú fuiste, ¡oh Esminteo!, insensible
como roca al dolor humano.

Aquel canto fue transformándose gradualmente en una elegía dolorida y lastimera. En el circo reinaba el silencio. Al cabo de algunos instantes, el César, conmovido a su vez, siguió cantando:

Con los sones de tu lira celeste
pudiste ahogar los gemidos
y los lamentos de los corazones.
¡Hoy mismo, a los ecos tristes
de este canto,
nuestros ojos se llenan de lágrimas
como las flores se bañan de rocío!
Mas ¿quién podrá resucitar de las cenizas
del fuego, el desastre y la ruina,
aquel terrible día?
Y entonces tú, ¿dónde estabas, oh Esminteo?...

Al llegar aquí, la voz de Nerón tembló y se le humedecieron los ojos. En las pestañas de las vestales brillaban lágrimas. Y el pueblo, que le había escuchado en silencio, permaneció todavía mudo por breves momentos antes de estallar en una prolongada tempestad de aplausos.

Entretanto, desde fuera, y a través de los vomitoria, venía el ruido de los vehículos chirriantes, sobre los que se habían colocado los sangrientos restos de los cristianos, hombres, mujeres y niños, para ser llevados a las terribles fosas llamadas puticuli.

El apóstol Pedro se llevó ambas manos a su temblorosa y blanca cabeza y se dijo en lo más profundo de su alma: «¡Señor! ¡Señor! ¡En qué manos has puesto el gobierno del mundo! ¿Por qué has querido fundar tu ciudad en este sitio?». ».

XXII

El sol descendía a su ocaso y parecía disolverse en el crepúsculo vespertino.

Había terminado el espectáculo.

Las multitudes iban saliendo del anfiteatro por los vomitoria, diseminándose por la ciudad. Solamente los augustanos permanecieron algún tiempo más; aguardaban que disminuyese aquella inmensa corriente del pueblo. Habían abandonado sus asientos y se habían reunido en el podium, al que acababa de volver el César a escuchar las alabanzas que le tributarían.

Aun cuando los espectadores no le habían escatimado los aplausos al acabar su canto, no estaba satisfecho Nerón; él había esperado un entusiasmo rayano en la locura. En vano resonaban ahora en sus oídos verdaderos himnos de alabanza, en vano las vestales le besaban la «divina» mano, y Rubria se inclinaba hasta tocar con sus rojizos cabellos el pecho del César.

Nerón no estaba satisfecho y no sabía disimularlo. Le sorprendía y al mismo tiempo le inquietaba el silencio que guardaba Petronio. Cualquier frase ingeniosa y lisonjera de sus labios habría sido para él gran consuelo en aquel momento.

Por último, incapaz de contenerse, el César hizo al árbitro señal de que se acercara.

—Habla —le dijo, cuando Petronio hubo entrado en el podium.

—Guardo silencio —contestó el árbitro fríamente— porque no encuentro palabras. Te has excedido a ti mismo.

—Así me pareció a mí también; sin embargo, esa gente...

—¿Acaso esperas que esos bastardos sean capaces de comprender la poesía?

—Pero tú también habrás notado que no me han aplaudido como yo merecía.

—Porque has elegido un mal momento.

—¿Cómo?

—Cuando la ola de sangre llega hasta el cerebro de los hombres es imposible que escuchen atentamente.

—¡Ah, esos cristianos! —replicó Nerón, apretando los puños—. Incendiaron a Roma y ahora me injurian a mí. ¿Qué nuevos castigos podré inventar para ellos?

Petronio vio que había entrado por mal camino y que sus palabras estaban produciendo un efecto contrario al que se había propuesto; así, pues, a fin de distraer la atención del César por otro lado, se inclinó hacia él y le dijo al oído:

—Tu canción es maravillosa, pero he de hacerte una observación: en el cuarto verso de la tercera estrofa deja el metro algo que desear.

Nerón se ruborizó intensamente, como si le hubieran sorprendido en algún acto vergonzoso, se pintó una expresión de temor en su mirada y contestó en voz baja también:

—Tú lo ves todo. Ya lo sé. He de rehacer ese verso. Pero creo que ningún otro lo ha notado. Y tú, por amor de los dioses, no hables de ello a nadie, si

estimas la vida.

A esto contestó Petronio, frunciendo las cejas, y como en un estallido de aburrimiento e indiferencia:

—Puedes condenarme a muerte, ¡oh divinidad!, si te engaño; pero no me vas a atemorizar con ella, porque saben los dioses, mejor que nadie, si yo temo la muerte.

Diciendo esto miró fijamente a los ojos del César, que le contestó al cabo de algunos instantes:

—No te enfades... Ya sabes que te amo...

«¡Mala señal!», pensó Petronio.

—Había pensado invitarte hoy a una fiesta —añadió Nerón—; mas prefiero encerrarme y pulir ese maldito verso de la tercera estrofa. Por otra parte, además de ti, bien puede haberlo notado Séneca, y acaso también Segundo Carinas; pero yo me libraré prontamente de ellos.

Hizo entonces llamar a Séneca y le declaró que le mandaba con Acrato y Segundo Carinas a Italia y las demás provincias en busca de dinero, que debía conseguir de las ciudades, de los pueblos y de los templos más famosos; en una palabra: de todo lugar donde fuera posible encontrar dinero, o por lo menos sacarlo por la fuerza. Pero Séneca, comprendiendo que la idea del César era encargarle de una obra de pillaje, sacrilegio y robo, se negó categóricamente a partir.

—Es necesario que me retire al campo, señor —dijo—, y esperar allí la muerte, porque estoy viejo ya, y mis nervios se hallan enfermos.

Los nervios iberos de Séneca eran más fuertes que los de Quilón, y en realidad no estaban enfermos; pero era malo su estado general de salud, parecía ya una sombra y sus cabellos se habían vuelto completamente canos desde hacía poco.

El mismo Nerón, al mirarle, pensó que, en efecto, no tendría necesidad de aguardar mucho tiempo la muerte de aquel hombre y contestó:

—No quiero exponerte a las fatigas de un viaje si estás enfermo, pero el afecto que por ti siento me mueve a retenerte cerca de mí. Así pues, en vez de ir al campo, te quedarás en tu propia casa y no saldrás de ella.

Luego dijo, riendo:

—Si mandase a Acrato y a Carinas solos, eso equivaldría a encargarse a un par de lobos que salgan en busca de ovejas. ¿A quién designaré para que los acompañe y dirija?

—A mí, señor —dijo Domicio Afer.

—¡No! De ninguna manera quiero atraer sobre Roma la cólera de Mercurio, a quien avergonzarías con tus robos. Necesito algún estoico parecido a Séneca o a mi nuevo amigo el filósofo Quilón.

Y, echando una ojeada a su alrededor, agregó:

—Pero ¿qué le ha sucedido a Quilón?

El griego había vuelto en sí al salir al aire libre, y al regresar al anfiteatro a escuchar el canto del César se aproximó y dijo:

—Aquí estoy, ¡oh radiante vástago del Sol y de la Luna! Me sentí mal, pero tu canto me ha restablecido.

—Te voy a mandar a la Acaya —dijo Nerón—. Tú has de saber, hasta el último sestercio, cuánto hay allí en cada templo.

—Mándame, sí, ¡oh Zeus!, y los dioses te pagarán un tributo superior a cuantos hayan sido conocidos hasta ahora.

—Bien quisiera, pero no deseo privarte de presenciar los próximos juegos.

—¡Oh Baal!... —exclamó Quilón.

Los augustanos, encantados al ver que el César había recobrado el buen humor, empezaron a reír y exclamaron:

—No, señor, no prives a este valiente griego de la vista de los juegos.

—Pero prívame, sí, ¡oh señor!, de la vista de estos bulliciosos gansos del Capitolio, cuyos sesos, reunidos en una sola masa, no alcanzarían a llenar la cáscara de una nuez —replicó Quilón—. ¡Oh primogénito de Apolo! Estoy escribiendo un himno griego en tu honor y desearía pasar algunos días en el templo de las Musas, a fin de implorar su divina inspiración.

—¡Oh, no! —exclamó Nerón—. Es tu deseo escapar de los futuros juegos. No lo conseguirás.

—¡Te juro, señor, que estoy escribiendo un himno! —Entonces lo escribirás por la noche. Pide inspiración a Diana, que, después de todo, es hermana de Apolo.

Quilón bajó la cabeza y miró con rabia a los presentes, quienes tornaron a reír.

El César, volviéndose a Senecio y a Suilio Nerulino, dijo:

—Imaginaos que de los cristianos destinados para el día de hoy, apenas hemos podido concluir con la mitad.

A estas palabras, el viejo Aquilio Régulo, gran conocedor de todo lo referente al anfiteatro, meditó un momento y dijo:

—Los espectáculos en que se presenta gente sine armis et sine arte duran siempre mucho y son menos entretenidos.

—Ordenaré entonces que les den armas —contestó Nerón. Pero el supersticioso Vestino salió de su meditación y preguntó con voz llena de misterio:

¿No habéis notado que al morir ven algo? Miran hacia arriba y se diría que expiran sin dolor alguno. Estoy seguro de que ven algo...

Y alzó los ojos hacia la parte superior del anfiteatro, sobre la que la noche había empezado a extender ya su estrellado velarium. Pero los demás le contestaron con risas y grotescas conjeturas acerca de lo que podrían ver los cristianos en el momento de la muerte.

Entretanto, el César hizo una señal a los esclavos portadores de las antorchas y salió del circo seguido por las vestales y los senadores, diputados y augustanos.

La noche era clara y tibia. Delante del circo quedaba una multitud deseosa de presenciar la partida del César, pero su actitud era reservada y sombría.

Aquí y allí se escucharon algunos aplausos, pero de muy corta duración.

Del spoliarium seguían saliendo carretas crujientes que conducían los sangrientos despojos de los cristianos.

Petronio y Vinicio emprendieron su camino en silencio. Sólo cuando se hallaban cerca de la puerta del árbitro, preguntó éste:

—¿Has pensado en lo que te propuse?

—Sí —contestó Vinicio.

—¿Crearás que para mí también esta cuestión es ahora de la más alta importancia? Es necesario que yo la liberte, a despecho del César y de Tigelino. Es una especie de batalla, en la que me he comprometido a vencer; una especie de juego en el que deseo ganar, aun a costa de mi vida. El día de hoy me ha confirmado todavía más en mi proyecto.

—¡Quiera Cristo premiarte!

—Ya lo verás.

Y conversando así llegaron a la puerta de la casa y bajaron de la litera. En aquel momento se les acercó una oscura figura y dijo:

—¿Está aquí el noble Vinicio?

—Aquí está —contestó el tribuno—. ¿Qué deseas?

—Soy Nazario, el hijo de Miriam. Vengo de la prisión y te traigo noticias de Ligia.

Vinicio puso una mano en el hombro del joven y le miró a los ojos sin poder articular ni una palabra; pero Nazario adivinó la pregunta que moría en sus labios, y dijo:

—Vive todavía. Urso me manda a decirte que ella reza en medio de su delirio y repite tu nombre.

—¡Alabado sea Cristo, que me la puede restituir! —dijo Vinicio. Y condujo a Nazario a la biblioteca. Al cabo de pocos momentos se reunió con ellos Petronio para escuchar su conversación.

—La enfermedad la salvó de la vergüenza, porque los verdugos temen el contagio —repuso el joven—. Urso y Glauco, el médico, velan de día y de noche a su cabecera.

—¿Tiene siempre los mismos guardianes?

—Sí, señor, y está en el aposento de ellos. Todos los presos que se hallaban en el calabozo inferior murieron de fiebre o asfixiados.

—¿Quién eres tú? —preguntó Petronio.

—El noble Vinicio me conoce. Soy el hijo de la viuda en cuya casa se hospedó Ligia.

—¿Eres cristiano?

El joven dirigió una mirada interrogativa a Vinicio; pero viendo que éste se hallaba rezando, levantó la cabeza, y dijo:

—Sí, señor.

—¿Cómo es que puedes entrar libremente en la prisión?

—Me tomaron para el transporte de cadáveres y acepté el oficio, a fin de poder así ayudar a mis hermanos y llevarles noticias de la ciudad.

Petronio miró con más atención el rostro bien parecido del muchacho, sus ojos azules y sus cabellos negros y abundantes.

—¿De qué país eres, joven? —preguntó.

—Soy galileo, señor.

—¿Y quisieras ver libre a Ligia?

El joven alzó los ojos al cielo y contestó:

—Sí, aunque hubiera de morir después.

En esto terminó Vinicio su oración y dijo:

—Di a los guardianes que la coloquen en un ataúd, como si estuviera muerta. Y tú busca algunos hombres que puedan ayudarte a sacarla durante la noche. Cerca de las «fosas pútridas» habrá gente aguardándote con una litera. A ellos les darás el ataúd. Promete a los guardianes, de parte mía, todo el oro que puedan llevar en sus mantos.

Y mientras hablaba, su rostro iba perdiendo su habitual expresión de estupor y renacía el antiguo soldado, a quien la esperanza le había devuelto ahora su antigua energía.

A Nazario se le iluminó el semblante de alegría, y elevando los brazos al cielo, exclamó:

—¡Quiera Cristo devolverle la salud, porque luego estará libre!

—¿Piensas tú que los guardianes consentirán? —preguntó Petronio.

—¿Ellos, señor? Sí, con tal que estén seguros de escapar al castigo o a la tortura.

—Así es —dijo Vinicio—. Los guardianes han consentido ya en la fuga; con mucha más razón permitirán que nos la llevemos como si fuera un cadáver.

—Es cierto —repuso Nazario— que hay un hombre encargado de quemar con un hierro candente los cuerpos que transportamos fuera de la prisión, a fin de cerciorarse de si, en efecto, son cadáveres. Pero ese hombre, si se le dan unos sestercios, no quemará con el hierro la cara de los muertos. Por un áureo no tocará el cuerpo, sino el ataúd.

—Prométele todo el oro que pueda contener su bonete —dijo Petronio—. Pero ¿podrás tú encontrar auxiliares seguros?

—Puedo encontrar hombres capaces de vender por dinero a sus propias mujeres y a sus hijos.

—¿Dónde los encontrarás?

—En la prisión misma, o en la ciudad. Una vez sobornados los guardianes, dejarán entrar en la cárcel a quienes yo quiera.

—En tal caso llévame como si fuera un sirviente —replicó Vinicio.

Pero Petronio se opuso a esto con todas sus fuerzas.

—Los pretorianos podrían conocerte, a pesar de tu disfraz —dijo—, y entonces todo estaría perdido. No debes ir ni a la cárcel ni a las «fosas pútridas». Es necesario que todos, incluso el César y Tigelino, queden convencidos de que ella ha muerto. Sólo podemos alejar toda sospecha del

modo siguiente: aun después que haya sido transportada a los montes Albanos, o más lejos todavía, a Sicilia, será menester que permanezcamos nosotros en Roma. Una o dos semanas después caerás enfermo y llamarás al médico de Nerón, quien te prescribirá un viaje a las montañas. Y entonces, tú y ella os reuniréis por fin, y más tarde...

Aquí se detuvo a meditar, y agregó luego con un ademán:

—Pueden venir otros tiempos.

—¡Tenga Cristo misericordia de ella! —exclamó Vinicio—. ¡Tú estás hablando de Sicilia, mientras que Ligia está enferma y próxima a morir!...

—Al principio la alojaremos cerca de Roma. Bastará el aire puro para que se restablezca, con tal que logremos arrancarla de la prisión. ¿No tienes tú en las montañas algún administrador en quien puedas confiar?

—¡Sí, tengo! ¡Sí! —contestó prontamente Vinicio—. Cerca de Corioli hay un hombre de confianza que me llevó en sus brazos cuando yo era niño y que todavía me ama.

—Escríbele que venga mañana —dijo Petronio, pasando a Vinicio unas tablas—. Enviaré un correo inmediatamente.

Y llamó al jefe del atrium, dándole enseguida las órdenes oportunas. Pocos momentos después, un esclavo a caballo se dirigía a toda velocidad, en medio de la noche, a Corioli.

—Quisiera que Urso la acompañase... —dijo Vinicio—. Así quedaría más tranquilo...

—Señor —dijo Nazario—, ése es un hombre de fuerzas sobrehumanas, capaz de derribar puertas, romper rejas y seguirla. Hay una ventana que da a una empinada roca en donde no se ha apostado guardián alguno. Yo puedo llevar a Urso una cuerda; él hará lo demás.

—¡Por Hércules! —dijo Petronio—. Que salga de la prisión como pueda; pero no al mismo tiempo que ella, ni siquiera dos o tres días después, porque le seguirían y descubrirían su escondite. ¡Por Hércules! ¿Queréis perderos y perderla? Os prohíbo que digáis a Urso ni siquiera una sola palabra de Corioli, o me lavo las manos.

Ambos reconocieron la cordura de estas palabras y callaron.

Nazario pidió entonces permiso para retirarse, prometiendo volver al rayar el alba del día siguiente. Esperaba ponerse al habla la misma noche con los guardianes; pero quería correr antes a casa de su madre, que en aquella época de terribles incertidumbres no tenía un momento de tranquilidad pensando en su hijo. Después de meditar el asunto decidió Nazario no elegir cómplices en

la ciudad, sino sobornar a uno de sus propios compañeros conductores de cadáveres.

Antes de partir se detuvo y, llamando aparte a Vinicio, le susurró al oído:

—No he de revelar a nadie nuestro plan, ni siquiera a mi propia madre; pero el apóstol nos prometió que iría del anfiteatro a nuestra casa; se lo contaré todo.

—Aquí puedes hablar libremente —le contestó Vinicio—. El apóstol se hallaba en el anfiteatro, entre los acompañantes de Petronio. Yo mismo iré contigo.

Y ordenó que le trajeran un manto de esclavo y salieron juntos. Petronio exhaló un hondo suspiro. «Yo antes deseé —pensó— que ella muriera de esa fiebre, porque eso habría sido menos terrible para Vinicio. Pero ahora, por su salud, estoy dispuesto a ofrecer a Esculapio un trípode de oro. ¡Ah Ahenobarbus! ¡Tú has querido hacer de la angustia de un amante un espectáculo; tú, Augusta, has tenido envidia de la hermosura de esa doncella, y ahora quisieras devorarla viva, porque ha perecido tu Rufio! ¡Tú, Tigelino, quieres destruirla para vengar tu rabia contra mí!... Pues bien: ¡veremos! Os digo a todos que no la habrán de contemplar vuestros ojos en la arena, porque o ha de morir de muerte natural, o he de arrancárosla como una presa de las mandíbulas de los perros, y arrancárosla de manera tal, que ni siquiera os deis cuenta. Y luego, cada vez que vuelva a encontraros después, me diré: "¡He ahí los imbéciles a quienes ha burlado Petronio!"».

Y satisfecho de sí mismo se dirigió al triclinio a cenar con Eunice.

Mientras comían, un lector les recitaba los Idilios de Teócrito. Afuera, el viento arrastraba espesas nubes desde el Soracto, y luego, una tempestad repentina rompió el silencio de aquella tranquila noche. A intervalos retumbaba el trueno por entre las siete colinas, mientras Petronio y Eunice, reclinados juntos en la mesa, escuchaban al poeta bucólico, que en el armonioso dialecto de los dorios celebraba los amores pastoriles.

Un poco más tarde, ambos, lleno el espíritu de dulce tranquilidad, se preparaban ya para entregarse a un agradable sueño, cuando Vinicio regresó. Petronio fue a su encuentro.

—¿Tenéis al fin algún proyecto nuevo? —preguntó—. ¿Ha ido Nazario a la prisión?

—Sí —contestó el joven tribuno, arreglándose el cabello empapado con la lluvia—. Nazario ha ido a entenderse con los guardianes, y yo he visto a Pedro, que me ha mandado que rece y tenga fe.

—Eso está muy bien. Si todo sigue favorablemente podremos llevárnosla

la noche próxima.

—Mi administrador debe estar aquí al rayar el alba.

—El camino es corto. Y ahora ve a descansar.

Pero Vinicio entró en su cubiculum solamente para ponerse allí de rodillas y rezar.

A la salida del sol, Níger, el administrador, llegó de Corioli trayendo consigo, por orden de Vinicio, mulas, una litera y cuatro hombres de confianza, elegidos entre sus esclavos de Bretaña, y quienes, intencionadamente, se habían quedado en una posada del Suburra. Vinicio, que había velado toda la noche, salió al encuentro de Níger. Éste, conmovido a la vista de su joven señor, le besó las manos y los ojos, diciendo:

—Querido, ¿estás enfermo, o acaso los sufrimientos han secado de tal manera tu rostro que apenas he podido reconocerte al principio?

Vinicio le condujo a la columna interior (llamada *xystum*) y le hizo partícipe de su secreto. Níger le escuchó atentamente, y en su enjuto y atezado semblante se pintó una honda emoción, que no intentó dominar.

—Entonces, ¿ella es cristiana? —exclamó por fin.

Y miró inquisitivamente a Vinicio, que adivinó su intención, y dijo:

—También yo soy cristiano.

Lágrimas de alivio brillaron entonces en los ojos de Níger. Permaneció silencioso un instante, y luego, alzando las manos al cielo, exclamó:

—¡Gracias te doy, oh Cristo, por haber quitado la venda de los ojos que más quiero en el mundo!

Estrechó contra su pecho la cabeza de Vinicio, llorando de felicidad, y empezó a besar su frente.

Un momento después llegó Petronio seguido de Nazario.

—¡Buenas nuevas! —exclamó desde lejos.

Y, en efecto, era portador de noticias favorables.

En primer lugar, Glauco, el médico, respondía de la vida de Ligia, aun cuando ésta se hallaba atacada de la misma fiebre de que, en el Tullianum y en las demás prisiones, morían a diario centenares de cristianos. En cuanto a los guardianes y al hombre encargado de comprobar la efectividad de la muerte por medio de la aplicación de hierros candentes no había la menor dificultad. Atís, el ayudante, estaba también conforme.

—Hemos abierto en el ataúd varios agujeros a fin de que la enferma tenga

aire —dijo Nazario—. El único peligro posible es que pueda gemir o hablar cuando pasemos delante de los pretorianos. Pero está muy débil y no ha abierto los ojos en toda la mañana. Por lo demás, Glauco le dará un narcótico que preparará él mismo con drogas que le llevé de la ciudad al efecto. No se clavará la tapa del ataúd, de manera que podáis levantarla con facilidad y llevar a la paciente a la litera. Y en su lugar pondremos en el ataúd un saco alargado, lleno de arena, que vosotros habéis de tener preparado.

Vinicio, mientras Nazario decía estas palabras, había palidecido como un lienzo; pero las había escuchado desde el principio con tal atención, que parecía adivinar con los ojos todo lo demás que el muchacho iba diciendo.

—¿Sacarás otros cuerpos de la prisión? —preguntó Petronio.

—Anoche murieron unos veinte, y antes que concluya la tarde habrá más cadáveres —dijo el joven—. Iremos con otros individuos, pero nosotros retardaremos el paso hasta quedar rezagados. En la primera esquina, mi compañero fingirá quedar cojo. Y así quedaremos a considerable distancia detrás de los otros. Nos esperaréis en el pequeño templo de Libitina. ¡Quiera Dios que la noche sea bastante oscura!

—Dios querrá —dijo Níger—. Anoche estaba el cielo despejado y sobrevino de pronto una tempestad. Hoy también se halla despejado; pero desde esta mañana sopla un aire bochornoso. Ahora, todas las noches habrá viento y lluvia.

—¿Iréis sin antorchas? —preguntó Vinicio.

—Las antorchas solamente las llevan los que van delante. En todo caso encontraos cerca del templo de Libitina al oscurecer, aunque con frecuencia transportamos los cadáveres sólo momentos antes de medianoche.

Hubo enseguida un silencio, durante el que no se oyó más que la precipitada respiración de Vinicio.

Petronio se volvió a él y le dijo:

—Ayer decía que sería más conveniente que permaneciéramos ambos en casa; mas ahora veo que no aguantaría solo en casa. Si se tratara de una fuga se necesitaría tomar las mayores precauciones; pero ya que la van a transportar como cadáver, me parece que nadie puede abrigar ni la más leve sospecha.

—¡Es cierto! ¡Es cierto! —contestó Vinicio—. Debo estar presente. Yo mismo la sacaré del ataúd.

—Una vez que se halle en Corioli respondo de ella —dijo Níger.

Níger fue a reunirse con su gente en la posada. Nazario ocultó bajo su túnica una bolsa de oro y se dirigió a la cárcel.

Para Vinicio comenzó un día de alarma, fiebre, zozobra y esperanza.

—La empresa debiera dar buenos resultados, porque ha sido bien concebida —dijo Petronio—. Imposible discurrir un plan mejor. Tú debes afectar un dolor profundo y vestir una toga negra. No abandones el anfiteatro. Es necesario que te vean allí. Todo se halla dispuesto de manera tal, que no puede haber fracaso. Pero... ¿estás perfectamente seguro de tu administrador?

—Es cristiano —replicó Vinicio.

Petronio le miró asombrado. Luego se encogió de hombros y dijo, como si hablara consigo mismo:

—¡Por Pólux! ¡Cómo se extiende esa religión, y cómo ejerce su dominio sobre las almas! Bajo el reinado de un terror como el que hoy impera sería natural que los hombres renegaran inmediatamente de todos los dioses de Roma, Grecia y Egipto. Sin embargo, esto es admirable. ¡Por Pólux! Si yo creyese que nuestros dioses pudieran influir de algún modo sacrificaría seis toros blancos a cada uno de ellos y doce a Júpiter Capitolio. No economices ofrendas a tu Cristo.

—Le he entregado mi alma —dijo Vinicio.

Y se despidieron.

Petronio volvió a su cubiculum, pero Vinicio se fue a contemplar la prisión a distancia, y desde allí se trasladó a la ladera del monte Vaticano, a la cabaña del cavador en donde había recibido el bautismo de manos del apóstol. Le parecía que Cristo le escucharía con más benevolencia allí que en otro sitio. Así pues, cuando la encontró se postró en tierra y concentró todas las fuerzas de su alma dolorida en una oración en la que imploraba misericordia, y se hallaba tan abstraído, que ya no volvió a darse cuenta ni del sitio donde se encontraba ni de lo que estaba haciendo.

Por la tarde le despertó un sonido de trompetas que venía del circo de Nerón. Salió entonces de la cabaña y dirigió a su alrededor una mirada como la del que despierta de un sueño.

Hacía calor, y el silencio que reinaba en aquel sitio era interrumpido a intervalos por el sonido de los bronces y el canto de las cigarras. El aire se había tornado bochornoso; el firmamento aún estaba claro en la ciudad, pero cerca de los montes Sabinos se iban agrupando algunas nubes oscuras y bajas en el horizonte.

Vinicio volvió a casa. Petronio le aguardaba en el atrium.

—He estado en el Palatino —le dijo—. Quise dejarme ver allí expresamente, y hasta me senté a jugar a los dados. Hay esta noche una fiesta en casa de Ancio, a la que he prometido que iremos, pero solamente después

de medianoche, pretextando que me era necesario dormir hasta esa hora. Y, en efecto, iré; y sería también conveniente que tú asistieras.

—¿No hay noticias de Níger o de Nazario? —preguntó Vinicio.

—No; los veremos solamente a medianoche. ¿Has notado que amenaza tempestad?

—Sí.

—Mañana habrá una exhibición de cristianos crucificados; pero tal vez la lluvia lo impida.

Y luego, acercándose a su sobrino y tocándole en el hombro, le dijo:

—Pero tú no has de verla en la cruz; tú la verás solamente en Corioli. ¡Por Cástor! No cambiaría yo el momento en que logremos su libertad por todas las gemas de Roma. La noche se acerca.

Y, en efecto, se aproximaba la noche, y sus sombras empezaron a envolver la ciudad más temprano que de costumbre, debido a las nubes que cubrían el horizonte. Y a la caída de la noche sobrevino una fuerte lluvia, que se transformaba en vapor al caer sobre las piedras calentadas por el fuerte sol del día, envolviendo en niebla las calles de la ciudad. Luego volvió a calmarse el tiempo y tornaron a caer aguaceros.

—¡Apresurémonos! —dijo, por fin, Vinicio—; es posible que transporten ahora los cadáveres de la prisión más temprano, a causa de la lluvia.

—¡Sí, ya es tiempo! —dijo Petronio.

Y cogiendo sendos mantos gálicos encaperuzados salieron por la puerta del jardín a la calle. Petronio se había armado con un cuchillo corto romano, llamado sita, que llevaba siempre en sus excursiones nocturnas.

La ciudad se hallaba desierta a causa de la tempestad. De tiempo en tiempo, un relámpago rasgaba las nubes, iluminando con su fulgor las murallas, frescas aún, de los edificios construidos o en construcción, o las mojadas baldosas de las calles. Por último, al resplandor de uno de esos relámpagos vieron, después de haber hecho un largo camino, un montículo sobre el que se alzaba el pequeño templo de Libitina, y al pie de él, un grupo de mulas y caballos.

—¡Níger! —llamó Vinicio muy quedo.

—Aquí estoy, señor —dijo una voz en medio de la lluvia.

—¿Está todo preparado?

—Sí, querido. Nos hallamos aquí desde el oscurecer. Mas ocultaos debajo de la plataforma, pues de otra manera os vais a empapar. ¡Qué tempestad!

Creo que va a granizar.

Y, efectivamente, eran justificados los temores de Níger, porque bien pronto empezó a caer granizo, fino en los primeros momentos, pero luego grueso y tupido.

La temperatura se enfrió inmediatamente.

Mientras aguardaban bajo la plataforma, al abrigo del viento y de los helados proyectiles, seguían conversando en voz baja.

—Aun cuando alguien llegase a vernos —dijo Níger— no abrigarían la menor sospecha; parecemos estar aquí esperando que cese la tormenta. Eso, sí, temo que no saquen los cadáveres hasta el amanecer.

—La tempestad de granizo no ha de durar mucho —dijo Petronio—; será necesario aguardar, aun cuando sea hasta el amanecer.

Y aguardaron con el oído atento a todo rumor que pudiera venir de la procesión fúnebre. Pasó la granizada; pero inmediatamente después continuó la lluvia. A veces se levantaba el viento y traía de las fosas pútridas un hedor terrible, proveniente de los cuerpos en descomposición, enterrados descuidadamente cerca de la superficie del suelo.

—Veo una luz a través de la neblina —dijo Níger—; una, dos, tres; ésas son antorchas.

—Cuidad de que las mulas no relinchen —agregó, volviéndose a sus hombres.

—¡Ya vienen! —dijo Petronio.

Las luces se volvían más y más distintas, y al cabo de algunos momentos fue posible ver que eran antorchas aquellas temblorosas llamas.

Níger hizo la señal de la cruz y empezó a rezar. Entretanto, la fúnebre procesión siguió acercándose, y por fin hizo alto frente al templo de Libitina. Petronio, Vinicio y Níger se estrecharon silenciosamente en el montículo, no comprendiendo el motivo de tal estación. Pero aquellos hombres se habían detenido solamente a cubrirse los rostros y las bocas con trapos para evitar las exhalaciones, que junto a los puticuli eran verdaderamente insoportables.

Luego alzaron nuevamente los féretros y continuaron su marcha. Sólo un ataúd se detuvo delante del templo.

Vinicio corrió a su encuentro, y después de él, Petronio, Níger y dos esclavos britanos que llevaban la litera. Pero antes de que hubieran llegado al oscuro sitio donde se hallaba el ataúd se oyó la dolorida voz de Nazario, que dijo:

—¡Señor! ¡Se la han llevado, con Urso, a la cárcel del Esquilino! Este que aquí llevamos es otro cuerpo. La trasladaron antes de medianoche.

De vuelta a su casa, Petronio se hallaba con el ánimo sombrío como una tempestad, y ni siquiera intentó consolar a Vinicio. Comprendía que librar a Ligia de los calabozos subterráneos del Esquilino era empresa que ni siquiera se podía soñar. Y adivinó que por eso había sido trasladada del Tullianum, a fin de que no muriese allí de fiebre y escapara al anfiteatro que le estaba destinado. Y por esa misma razón la vigilaban y custodiaban con más cuidado que a los demás presos.

Desde lo más profundo de su alma, Petronio lo sintió por ella y por Vinicio. Pero, al mismo tiempo, le lastimaba profundamente la idea de que por primera vez en su vida no había alcanzado el éxito y por primera vez quedaba vencido en un combate.

«La fortuna parece abandonarme —se dijo—; pero se equivocan los dioses si creen que yo he de aceptar una vida como la de él, por ejemplo».

Y volviéndose a Vinicio, que en aquel momento le estaba mirando con los ojos desorbitados:

—¿Qué te pasa? —le dijo—. Parece que tienes fiebre.

Vinicio le contestó con una voz extraña, quebrantada y lenta, como la de un niño enfermo:

—¡Pero... yo creo que Él... me la podría restituir!

Sobre la ciudad morían ya los últimos truenos de la tempestad.

XXIII

Tres días de lluvia —fenómeno extraordinario en Roma durante el verano — y de granizadas, que cayeron contrariando el orden natural, no solamente de día, sino también de noche, interrumpieron los espectáculos.

El pueblo empezaba a alarmarse.

Se abrigaban ya serios temores por la próxima vendimia, expuesta a perderse, según las predicciones, y cuando una tarde un rayo fundió la estatua de bronce de Ceres en el Capitolio se ordenó la ofrenda de sacrificios en el templo de Júpiter Salvator. Los sacerdotes de Ceres corrieron la voz de que la cólera de los dioses se había vuelto sobre la ciudad a causa de la demasiada lentitud empleada en el castigo de los cristianos; de ahí que las multitudes empezaran a insistir en que continuaran los espectáculos, a pesar del mal

tiempo. Así que la alegría volvió al corazón de todos los romanos al anunciarse, por fin, que el ludus proseguiría después de tres días de interrupción.

Entretanto había vuelto un tiempo espléndido. El día anunciado para el espectáculo, al romper el alba, se hallaba el anfiteatro ocupado por millares de espectadores. El César llegó temprano, acompañado de las vestales y de la corte.

El espectáculo debía comenzar con un combate entre los cristianos, quienes, con tal objeto, fueron ataviados como gladiadores y provistos de toda clase de armas de las que utilizaban los gladiadores profesionales para las luchas ofensivas y defensivas. Pero ésta fue una contrariedad para el público. Los cristianos, después de arrojar sobre la arena redes, flechas, tridentes y espadas, se abrazaban y se animaban unos a otros, dándose recíprocamente ánimos para soportar la tortura y la muerte.

Ante aquella actitud se apoderó de los circunstantes una indignación y un sentimiento profundos. Algunos acusaban a los cristianos de pusilanimidad y cobardía; otros sostenían que si se negaban a lidiar era por odio al pueblo y a fin de privarle del placer que en el ánimo producen los actos de bravura. Finalmente, por orden del César, se dispuso que salieran al circo gladiadores verdaderos, quienes en un abrir y cerrar de ojos despacharon a las arrodilladas víctimas.

Cuando estos cuerpos fueron sacados de la arena, el espectáculo cambió de aspecto. Se trataba de una serie de cuadros mitológicos ideados por el propio César.

Así, la concurrencia pudo ver a Hércules ardiendo vivo sobre el monte Eta.

Vinicio tembló ante la idea de que se hubiera encomendado a Urso el papel de Hércules; pero, evidentemente, no había llegado aún el turno del fiel servidor de Ligia, porque entonces estaba ardiendo en la pira otro cristiano desconocido para el joven tribuno.

En el cuadro siguiente, Quilón, a quien el César no había querido perdonar la asistencia, pudo ver a conocidos suyos.

Se presentó la muerte de Dédalo, y también la de Ícaro. Tuvo la parte del primero Euricio, aquel anciano que había dado a Quilón el signo del pez. El papel de Ícaro fue desempeñado por su hijo Cuarto. Ambos fueron levantados por medio de un ingenioso mecanismo, y enseguida lanzados a la arena desde una inmensa altura. El joven Cuarto cayó tan cerca del podium del César, que la sangre salpicó no solamente los adornos exteriores, sino hasta la misma púrpura que cubría la barandilla.

Quilón no vio aquella caída porque había cerrado los ojos. Pero sintió el sordo golpe del cuerpo al rebotar en el suelo, y cuando al cabo de algunos momentos notó que había sangre a su lado estuvo a punto de perder nuevamente el sentido.

Los cuadros se renovaron con rapidez.

Los vergonzosos tormentos de las vírgenes profanadas antes de la muerte por los gladiadores disfrazados de bestias feroces llenaban de alegría los corazones de la plebe.

Allí vieron a sacerdotisas de Cibeles y de Ceres, vieron a las Danaides, vieron a Dirce y a Pasifae; finalmente vieron a jovencitas, tiernas todavía, descuartizadas por caballos salvajes.

A cada momento aplaudía la plebe las nuevas ideas del César, quien, ufano de ellas, y feliz con las aclamaciones que recibía, no se quitaba un instante la esmeralda del ojo, en tanto que gozaba con el espectáculo de aquellos blancos cuerpos destrozados por el hierro, o con sus convulsivos temblores. Sucieron a esos cuadros otros tomados de la historia de la ciudad.

Después del martirio de las vírgenes vio el populacho a Mucio Escévola, cuya mano, atada a un trípode sobre una hoguera, llenó el anfiteatro con el olor de la carne quemada. Pero este hombre, como un verdadero Escévola, permaneció sin dar un solo gemido, alzados los ojos al cielo y murmurando una plegaria con sus amoratados labios. Apenas fue rematado arrastraron su cadáver al spoliarium y se dio la señal para el intermedio del mediodía.

El César, acompañado de las vestales y de los augustanos, abandonó el anfiteatro y se retiró a una inmensa tienda escarlata,alzada expresamente al efecto. En ella se hallaba preparado para él y sus huéspedes un magnífico prandium.

Los espectadores, en su mayor parte, siguieron este ejemplo. Salieron, pues, del anfiteatro como un verdadero torrente humano y, una vez fuera, se diseminaron en pintorescos grupos alrededor de la tienda del César, con el fin de extender los miembros, adormecidos por una continuada permanencia en sus asientos y para disfrutar de los manjares que, por favor del César, les fueron generosamente servidos por esclavos. Solamente los más curiosos bajaron durante el intermedio al circo y, tocando con los dedos las compactas masas de arena que se habían formado con la sangre coagulada, conversaban, como especialistas y aficionados, de lo que acababan de presenciar y de lo que a continuación sucedería.

Pronto, estos mismos también salieron, por temor de llegar tarde al banquete, quedando tan sólo aquellos a quienes no retenía la curiosidad, sino las simpatías por las futuras víctimas. Y estas personas se ocultaban detrás de

los asientos o en la parte baja del anfiteatro.

Entretanto, la arena había sido nivelada nuevamente, y una multitud de esclavos empezó a cavar hoyos en hileras, a corta distancia unos de otros, en toda la extensión del circo, de un extremo a otro, dispuestas estas hileras de tal modo, que la última se hallaba a unos cuantos pasos del podium del César.

De fuera venía el murmullo del pueblo, mezclado con gritos y aplausos, en tanto que dentro se hacían con febril celeridad los preparativos de las nuevas torturas.

Los cunicula fueron abiertos simultáneamente, y por todos los pasajes que conducían a la arena se hizo entrar a empujones grupos de cristianos desnudos, con cruces sobre los hombros. Toda la arena se llenó con ellos. Los ancianos, encorvados bajo el peso de las vigas de madera, iban delante; a continuación, otros, en todo el vigor de la edad; mujeres de sueltos cabellos, con los que se esforzaban en ocultar su desnudez; jóvenes, y hasta tiernos niños. Las cruces, en su mayor parte, así como las víctimas, se hallaban adornadas con flores.

Los sirvientes del anfiteatro golpeaban con látigos a aquellos infortunados, obligándolos a conducir los maderos de que eran portadores hasta cerca de los hoyos que había dispuestos para recibirlos y a permanecer luego allí en filas. En aquellas cruces debían permanecer los cristianos a quienes los verdugos no habían tenido la oportunidad de hacer pasto de los perros y de las bestias feroces en el primer día de aquellos juegos.

Unos esclavos negros se apoderaron de las víctimas, las tendieron boca arriba sobre los leños y les clavaron apresuradamente sus manos sobre los brazos de las cruces, a fin de que el público, al volver después del intermedio, las encontrara plantadas ya en el suelo.

El anfiteatro entero resonaba con el ruido de los martillos, cuyo eco repercutía por las hileras más altas y subía hacia el espacio que rodeaba el anfiteatro, llegando hasta la tienda en donde el César estaba haciendo los honores a su séquito y a las vestales.

Entretanto, allí Nerón bebía vino, se burlaba de Quilón Quilónides y susurraba extrañas palabras al oído de las sacerdotisas de Vesta, mientras que en la arena trabajaba afanosamente un verdadero enjambre de verdugos, los esclavos seguían taladrando las manos y los pies de los cristianos, y las palas se movían con rapidez en la faena de llenar los agujeros dentro de los que se plantaban las cruces.

Entre las nuevas víctimas, cuyo turno iba pronto a llegar, se hallaba Crispo. Como no había sido destrozado por los leones, fue designado también para el suplicio de crucifixión. Y él, dispuesto a la muerte, se regocijaba íntimamente

al pensar en que se le iba acercando por fin su hora.

Parecía otro hombre, pues su descarnado cuerpo estaba completamente desnudo (tan sólo una guirnalda de hiedra le rodeaba las caderas) y llevaba una corona de rosas en la cabeza. Pero en sus ojos ardía el fuego de su inagotable energía habitual; la misma expresión fanática y severa se reflejaba en su semblante bajo aquella corona. Su corazón tampoco había cambiado; y así como en el cuniculum había amenazado con la cólera de Dios a aquellos de sus hermanos que a la sazón se hallaban cosidos dentro de pieles de fieras, así ahora su boca los estaba fulminando, en lugar de consolarlos.

—Dad gracias al Redentor —decía—, porque os permite que muráis de la misma muerte que Él. Puede que una parte de vuestras culpas os sea perdonada por esta causa; pero ¡temblad!, porque El hará justicia y no es posible que haya un mismo premio para el justo y para el pecador.

El ruido que hacían los martillos al clavar los pies y las manos de las víctimas acompañaba sus palabras. A cada momento iban levantándose más cruces sobre la arena; y Crispo, volviéndose al grupo de cristianos que se hallaba junto a sus respectivos maderos, prosiguió diciendo:

—Yo veo el cielo abierto, pero veo también el abismo. No sé qué cuenta he de dar de mi vida al Señor, aun cuando yo he creído y he aborrecido el mal. No temo la muerte, sino la resurrección; no temo la tortura, sino el juicio, porque el día de la cólera se acerca.

En aquel momento se oyó entre las filas de asientos más cercanos una voz tranquila y solemne, que dijo:

—No es el día de la cólera, sino el de la misericordia, el que se acerca; el día de la salvación y de la bienaventuranza; porque en verdad os digo que Cristo ha de acogeros en su seno, ha de consolaros y sentaros a su diestra. Tened confianza, porque está abierto para vosotros el reino de los cielos.

A estas palabras, todos los ojos se volvieron hacia los asientos, e incluso los que pendían de las cruces alzaron sus pálidos semblantes acongojados y miraron al hombre que así hablaba. Y él se dirigió entonces a la barrera que rodeaba el circo y los bendijo con la señal de la cruz.

Crispo extendió la mano como para fulminar contra él una terrible amenaza; pero, al reparar en el semblante de aquel hombre, bajó el brazo, se le doblaron las rodillas y sus labios murmuraron: «El apóstol Pablo».

Con gran asombro de los sirvientes del circo, todos los que no habían sido aún clavados en sus cruces se arrodillaron también.

Pablo se volvió entonces a Crispo y le dijo:

—No los amenes, Crispo, que en este día todos ellos estarán contigo en

el Paraíso. ¿Crees tú que pueden condenarse? Mas ¿quién los condenará? ¿Los condenará Dios, que ofreció por ellos su Hijo? ¿Cristo, que murió para salvarlos, ahora que mueren por su nombre? ¿Quién podrá acusar a los elegidos de Dios? ¿Quién podrá decir de esta sangre que es maldita?

—Yo he aborrecido el mal —dijo el anciano sacerdote.

—El precepto de Cristo que ordena amar a los hombres prevalecerá siempre sobre aquel que ordena aborrecer el mal, porque la religión de Cristo impone amor y no odio.

—¡He pecado en la hora de la muerte! —contestó Crispo, golpeándose el pecho.

El encargado de los asientos se acercó al apóstol y le preguntó:

—¿Quién eres tú que hablas con los condenados?

—Soy ciudadano romano —contestó tranquilamente Pablo.

Y, volviéndose de nuevo a Crispo, le dijo:

—Ten confianza, porque el día de hoy es día de misericordia; y muere en paz, siervo de Dios.

Los negros se acercaron en ese momento a Crispo a fin de colocarle en la cruz; pero él miró de nuevo a su alrededor, y exclamó:

—¡Hermanos míos, orad por mí!

Su semblante perdió su habitual serenidad, y sus duras facciones se suavizaron, tomando una expresión de tranquilidad y de dulzura. Él mismo extendió los brazos en la cruz a fin de facilitar la tarea a sus verdugos y, dirigiendo la vista al cielo, empezó a orar fervorosamente. Parecía no sentir ya nada, porque cuando penetraron los clavos en sus manos no agitó su cuerpo ni el más leve estremecimiento ni en su semblante se advirtió la menor contracción de dolor. Y seguía orando cuando le clavaron los pies, le levantaban su cruz y empezaban a apisonar la tierra alrededor de ella. Solamente cuando las multitudes llenaron de nuevo el anfiteatro con sus gritos y sus risas frunció un tanto el ceño, como si le indignara que aquel pueblo pagano llegase a perturbar la tranquilidad y la paz de una muerte dulce.

Ya todas las cruces habían sido levantadas, de manera que formaban en la arena una especie de bosque de maderos de los que pendían otros tantos hombres. Sobre los brazos de las cruces y sobre las cabezas de aquellos mártires daban los rayos del sol; pero en el circo se proyectaba una sombra densa que formaba una especie de enrejado oscuro, a través del que brillaba tenuamente la dorada arena.

En aquel espectáculo, el deleite de la concurrencia consistía en la

contemplación de las lentas agonías. Jamás, antes de aquel momento, se había visto un número mayor de crucifixiones. La arena se encontraba tan densamente cubierta de cruces, que los sirvientes se movían con dificultad alrededor de ellas.

Las mujeres habían sido colocadas especialmente en los extremos, pero a Crispo, en su calidad de sacerdote cristiano, le habían alzado casi frente al podium del César en una cruz inmensa, adornada en su parte inferior con madreselvas.

No había muerto aún ninguna de las víctimas; pero algunos de los que habían sido clavados en los primeros momentos se habían desmayado. Nadie se lamentaba, nadie imploraba piedad. Algunos pendían con la cabeza inclinada sobre un brazo, o caída sobre el pecho, como si estuvieran dormidos; algunos parecían estar sumergidos en meditación, y otros, con la vista fija en el cielo, movían ligeramente los labios.

En aquel terrible bosque de cruces, en aquella multitud de cuerpos crucificados, en aquel silencio fatídico de las víctimas había algo siniestro. El pueblo, que se había levantado ahíto y alegre del banquete, había entrado nuevamente en el circo entre gritos y exclamaciones gozosas, guardaba silencio ahora, no sabiendo en qué cuerpo detener la vista, ni qué pensar o decir de aquel espectáculo.

La desnudez de las formas de las mujeres extendidas sobre las cruces no despertaba en ellos sensación alguna. No empeñaban las apuestas usuales acerca de quién habría de morir primero, como era costumbre en estos casos, por reducido que fuera el número de criminales que hubiese en la arena. Parecía que hasta el mismo César se aburría, pues volvía su cabeza y arreglaba su collar con expresión soñolienta.

En aquel momento, Crispo, que se hallaba enfrente y que momentos antes tenía los ojos cerrados como si estuviera desmayado o moribundo, los abrió y miró al César. Y en su rostro se dibujó entonces una expresión tan implacable, y sus ojos despidieron llamaradas tales, que los augustanos, al notarlo, fueron comunicándose al oído sus impresiones y señalando a Crispo con el dedo, hasta que, por último, reparó también el César en ello y se puso indolentemente la esmeralda al ojo.

Se sucedió un silencio general.

Los ojos de los espectadores se hallaban fijos en Crispo, quien intentaba mover su mano derecha, como si quisiera arrancarla del árbol de la cruz. Después de breves instantes se le levantó el pecho, se le hicieron perfectamente visibles los costados y exclamó:

—¡Matricida! ¡Pobre de ti!

Los augustanos, al escuchar esta mortal injuria lanzada al rostro del señor del mundo en presencia de millares de espectadores, no osaban respirar. Quilón estaba medio muerto. El César se estremeció y soltó la esmeralda de la mano. El público, a su vez, contenía también el aliento. Y la voz de Crispo siguió escuchándose cada vez con más fuerza por todo el anfiteatro.

—¡Ay de ti, asesino de tu esposa y de tu hermano! ¡Ay de ti, Anticristo! ¡El abismo está abierto ya bajo tus pies; la muerte te tiende sus brazos, la tumba te aguarda! ¡Ay de ti, cadáver viviente, porque morirás en el terror y serás condenado por toda una eternidad!...

Como no podía arrancar su mano de la cruz, Crispo hacía contorsiones horribles. Su aspecto era terrible; parecía un esqueleto vivo; inflexible como el Destino, agitaba su blanca barba sobre el podium de Nerón, y en cada una de las convulsivas inclinaciones de su cabeza se esparcían a su alrededor algunas hojas de la corona de rosas que le habían puesto en la cabeza:

—¡Ay de ti, asesino! ¡Has colmado la medida y tu hora ya se acerca!

Todavía hizo un nuevo y heroico esfuerzo. Pareció por un momento que iba a lograr arrancar su mano de la cruz y agitarla amenazadora sobre la cabeza del César, pero, de pronto, sus descarnados brazos se extendieron más, se inclinó su cuerpo, cayó sobre el pecho la cabeza y expiró.

Y en aquel bosque de cruces, los más débiles comenzaban a dormirse con el sueño de la eternidad.

XXIV

—Señor —dijo Quilón—, el mar parece una balsa de aceite, y se diría que las olas están durmiendo... Vámonos a Acaya. Allí te espera la gloria de Apolo, las coronas y los triunfos te aguardan, el pueblo te deificará, los dioses te recibirán como a su huésped, como a su igual, mientras que aquí, ¡oh señor!
...

Y se detuvo el griego, pero el labio inferior empezó a temblarle de manera tan violenta que sus palabras se transformaban en sonidos incomprensibles.

—Partiremos cuando hayan terminado los juegos —replicó Nerón—. Sé que aun ahora mismo hay gentes que llaman a los cristianos innoxia corpora. Si en tales circunstancias me alejase de aquí, todo el mundo repetiría eso. ¿Qué es lo que temes?

Dijo estas palabras frunciendo el ceño y dirigiendo una mirada inquisitiva a Quilón, como si aguardara una explicación de sus temores. Pero su sangre

fría sólo era aparente. En el último espectáculo, a él mismo le habían atemorizado las palabras de Crispo, y al volver al Palatino le impidieron dormir la vergüenza, la rabia y también el temor.

Vestinio, que había escuchado en silencio su conversación, miró a su alrededor y dijo con voz misteriosa:

—Presta, señor, oído a lo que dice este viejo. Algo hay de extraño en esos cristianos... La deidad que adoran parece procurarles una muerte serena, pero puede también ser ésta una deidad vengativa.

A lo que Nerón replicó precipitadamente:

—No he sido yo quien dispuso los juegos, sino Tigelino.

—¡Ciertamente! Yo fui —dijo Tigelino, quien acababa de oír la respuesta del César—; y me río de todos los dioses cristianos. Vestinio es una vejiga llena de supersticiones, y este valiente griego es capaz de morir de miedo a la vista de una gallina que erice las plumas en defensa de sus polluelos.

—Está bien —dijo Nerón—; pero, de ahora en adelante, ordena que corten la lengua a esos cristianos y les tapen la boca.

—El fuego les tapaná la boca, ¡oh divinidad!

—¡Ay de mí! —gimió Quilón.

Pero el César, a quien la insolente confianza de Tigelino había dado valor, empezó a reír ahora y dijo, señalando al viejo griego:

—¡Mirad lo que parece ese descendiente de Aquiles!

Y, realmente, el aspecto de Quilón era terrible. Los escasos cabellos que aún quedaban en su cabeza se le habían puesto blancos, y en su semblante se advertía permanentemente una expresión de inmenso terror, zozobra y opresión. Por momentos parecía como aturdido y casi fuera de sí. A menudo no daba respuesta alguna a las preguntas que se le hacían; luego se encolerizaba y se volvía tan insolente, que los augustanos preferían no meterse más con él. Y ahora se encontraba en uno de esos momentos.

—¡Haced de mí lo que queráis, pero no iré más a los juegos! —gritó, desesperado.

Nerón le observó un instante, y dijo luego, volviéndose a Tigelino:

—Cuida de que se halle cerca de mí este estoico en los jardines. Deseo ver qué impresión causan nuestras antorchas en su ánimo.

Quilón se llenó de terror ante la amenaza que temblaba en la voz de Nerón.

—¡Oh señor! —le dijo—; no me enteraré de nada, porque de noche no veo.

—La noche estará tan clara como el día —replicó el César con una terrible sonrisa.

Y volviéndose a continuación hacia los augustanos, empezó a conversar acerca de las carreras que deseaba ordenar para cuando hubieran terminado los juegos.

Petronio se aproximó entonces a Quilón y le preguntó, dándole un golpecito en el hombro:

—¿No te he dicho que no resistirías?

—Quiero emborracharme... —dijo Quilón, alargando la mano temblorosa hacia un vaso de vino; pero no pudo llevarlo a sus labios.

Viendo esto Vestinio tomó el vaso y luego, acercándose al griego, le preguntó con aire lleno de curiosidad y de temor:

—¿Te persiguen, acaso, las Furias? ¿Eh?...

El viejo le miró breves instantes con la boca abierta, como si no comprendiera lo que había dicho el otro. Vestinio repitió entonces:

—¿Te están persiguiendo las Furias?

—No —contestó Quilón—; pero tengo delante de mí a la noche.

—¿Qué dices? ¿La noche?... ¡Que los dioses tengan piedad de ti! ¿De qué noche me estás hablando?

—De una noche terrible, impenetrable, en la que veo algo que se mueve, que viene hacia mí, algo que no conozco y me da miedo.

—Yo siempre he creído que son unos hechiceros. ¿Sueñas?

—No, porque no duermo. Jamás creía que serían castigados así.

—¿Lo sientes por ellos?

—¿Por qué derramar tanta sangre? ¿No has oído lo que dijo uno desde la cruz? ¡Ay de vosotros!

—Sí, lo he oído —contestó Vestinio en voz baja—. ¡Pero ellos son incendiarios!

—¡No es verdad!

—Y enemigos de la raza humana.

—¡No es verdad!

—Y envenenadores de las aguas.

—¡No es verdad!

—Y asesinos de niños.

—¡No es verdad!

—¿Cómo? —preguntó Vestinio lleno de asombro—. ¡Tú mismo lo has dicho y los has entregado en manos de Tigelino!

—Por eso es por lo que la noche me rodea y la muerte viene hacia mí. Por momentos creo que, en realidad, ya he muerto, y también vosotros.

—¡No! Son ellos los que están muriendo; nosotros estamos vivos. Pero dime: ¿qué es lo que ven al morir?

—Ven a Cristo.

—Su Dios. Y dime; ¿es poderoso ese Dios?

Quilón, en vez de contestar, hizo esta pregunta:

—¿Qué clase de antorchas van a arder en los jardines? ¿Oíste las palabras del César?

—Las he oído, y sé de qué se trata. Esas antorchas se llaman Sarmentitii y Semaxii. Se preparan envolviendo a los hombres en túnicas dolorosas empapadas de resina y atándolos a postes, a los que se pega fuego a continuación. ¡Quiera el Dios de los cristianos no mandar nuevas desventuras sobre la ciudad!... Semaxii! Ésa es una terrible pena.

—Prefiero presenciar ese castigo, pues en él siquiera no hay efusiones de sangre —contestó Quilón—. Manda que un esclavo me acerque el vaso a los labios. Quiero beber, pero derramo el vino, porque me tiembla la mano a causa de mis años...

Entretanto, otros augustanos hablaban también acerca de los cristianos. El viejo Domicio Afer se estaba burlando de ellos:

—Son tan numerosos —decía—, que bien podrían promover una guerra civil, y tened presente que ha llegado, en ocasiones, a temerse que se armara. Pero mueren como ovejas.

—¡Que intenten morir de otra manera! —dijo Tigelino. A eso replicó Petronio:

—Os equivocáis. Ellos se arman.

—¿De qué?

—De paciencia.

—Es una nueva clase de arma.

—Ciertamente. Mas ¿podéis decir vosotros que los cristianos mueren

como delincuentes vulgares? ¡No! Mueren como si los criminales no fuesen ellos, sino quienes los han condenado a muerte; es decir, nosotros y todo el pueblo romano.

—¡Qué absurdo! —dijo Tigelino.

—Hic abdera —contestó Petronio.

Pero muchos, sorprendidos ante la justicia de la observación del árbitro, se miraron unos a otros con asombro y repitieron:

—¡Es cierto! Hay algo notable y extraño en su muerte.

—¡Os digo que ven a su divinidad! —exclamó Vestinio.

Entonces, algunos augustanos se volvieron a Quilón y le preguntaron:

—¡Eh viejo! Tú que los conoces bien, dinos, ¿qué ven?

El griego escupió el vino sobre su túnica y respondió:

—¡La resurrección!...

Y empezó a temblar de tal manera, que los augustanos que le rodeaban se echaron a reír ruidosamente.

XXV

Durante algunos días estuvo el joven tribuno pasando las noches fuera de su casa.

Petronio pensó que tal vez hubiera ideado un nuevo plan y estuviese consagrando sus esfuerzos para libertar a Ligia de la cárcel del Esquilino; pero no le preguntaba nada por temor a traerle mala suerte. Porque este escéptico, tan exquisito, había llegado en cierto modo a convertirse en un supersticioso.

Desde el momento en que no había conseguido sacar a Ligia de la prisión Mamertina había perdido la fe en su buena estrella. Por otra parte, no contaba tampoco, esta vez, con el buen éxito de las tentativas de Vinicio.

La prisión del Esquilino, improvisada apresuradamente en los sótanos de las casas que habían sido derribadas para cortar el fuego, no era, en verdad, tan terrible como el viejo Tullianum cercano al Capitolio, pero se hallaba cien veces mejor custodiada.

Petronio comprendía perfectamente que Ligia había sido conducida allí tan sólo para sustraerla a la muerte, a fin de que no escapase al anfiteatro. Y, por lo mismo, era fácil adivinar que la custodiarían allí como a las niñas de sus ojos.

«Seguramente —le decía— el César y Tigelino la han reservado para algún espectáculo especial, más horrendo que los anteriores; y Vinicio tiene ahora más probabilidades de perderse que de salvar a Ligia».

También Vinicio había abandonado la esperanza de rescatarla. Sólo Cristo podía conseguirlo. Y el joven tribuno pensaba sólo en los medios que pudieran permitirle ver a Ligia en su prisión.

Por espacio de algún tiempo, la idea de que Nazario había logrado penetrar en la cárcel Mamertina en calidad de conductor de cadáveres no le había dado tregua, hasta que, al fin, se decidió a intentar ese mismo procedimiento.

Sobornado por una inmensa cantidad de dinero el vigilante de las fosas pútridas, le admitió por fin entre los sirvientes, a quienes mandaba por la noche en busca de cadáveres.

El peligro de que Vinicio fuera reconocido no era, en realidad, probable. Le protegían contra ese peligro las sombras de la noche, su traje de esclavo y la escasa luz de la prisión. Además, ¿quién habría de pensar que un patricio, nieto e hijo de cónsules, pudiera encontrarse entre los sirvientes encargados de los cadáveres y expuesto a los hedores de los calabozos y de las fosas pútridas?

Y empezó para Vinicio una faena a la que ciertos hombres se veían obligados tan sólo por su esclavitud o por la necesidad extrema.

Cuando llegó la noche anhelada vistió con alegría su tosco traje de sepulturero, se cubrió la cabeza con un paño empapado en trementina, y con el corazón palpitante de ansiedad, se dirigió, en compañía de otros, al Esquilino para ocuparse de un trabajo al que sólo acudían esclavos u hombres que se hallaran en la mayor miseria.

La guardia pretoriana los dejó pasar, pues todos llevaban en regla sus tesserae, que fueron examinados por un centurión a la luz de una lamparilla. Al cabo de pocos momentos se abrieron ante ellos las grandes puertas de hierro y entraron.

Luego se encontró Vinicio en un amplio sótano abovedado, del que pasaron a otros. Unos cirios, que daban muy poca luz, alumbraban el interior de cada uno de dichos sótanos, que estaban llenos de gente.

Algunos de los presos yacían pegados junto a la muralla, entregados al sueño, muertos quizá. Otros se hallaban alrededor de grandes vasijas llenas de agua que había en el centro, de las que bebían con el ansia de los que se ven atormentados por la fiebre. Otros se hallaban sentados en el suelo, con los codos apoyados sobre las rodillas y las cabezas en las manos. Y aquí y allí, niños durmiendo en el regazo de sus madres. Por todas partes se escuchaban

gemidos, respiraciones fatigosas o aceleradas de enfermos, llantos, murmullo de plegarias, himnos a media voz y maldiciones de los guardianes.

En la prisión reinaba un ambiente pútrido debido a los cadáveres y a la gente. Y, en medio de su tétrica penumbra, se distinguía un enjambre de sombras oscuras. Más cerca, junto a las débiles luces oscilantes, se veían rostros pálidos, aterrorizados, hambrientos y cadavéricos, con ojos apagados por la debilidad o brillantes por la fiebre, con labios amoratados, frentes por las que corría el sudor y cabellos viscosos. En las esquinas, unos enfermos deliraban a voces, otros pedían agua o gritaban que se los condujese pronto a la muerte.

Y, sin embargo, aquella prisión era menos terrible que el antiguo Tullianum.

Ante aquel espectáculo, a Vinicio se le doblaron las rodillas y sintió que le faltaba el aliento. Al pensar que Ligia se hallaba en medio de tanta miseria y tanto infortunio se le erizaban los cabellos y ahogó en su pecho un grito de desesperación.

El anfiteatro, las garras de las fieras, la cruz, cualquier cosa era preferible a esas horribles mazmorras, llenas de olor a cadáver, a esos sitios espantosos, en donde por todas partes se oían suplicantes voces que gritaban:

—¡Llévennos a la muerte!

Vinicio se hincó las uñas en las palmas de las manos, pues sentía que las fuerzas y la presencia de ánimo le iban abandonando. Todo lo que hasta entonces había sentido, todo su amor y toda su amargura se veían ahora transformados en un único deseo: el de la muerte.

En aquel momento sintió a su lado la voz del vigilante de las fosas pútridas, que decía:

—¿Cuántos cadáveres tenéis hoy?

—Como una docena —contestó el guardián de la prisión—; pero habrá más antes del amanecer, pues algunos están agonizando junto a las paredes.

Y comenzó a quejarse de las mujeres, que ocultaban a sus hijos muertos a fin de conservarlos más tiempo a su lado y que no fuesen arrojados a las fosas pútridas.

—Nos vemos obligados a descubrir los cadáveres primero por el olor, y así este aire, tan viciado ya, se vuelve cada vez más infecto. Preferiría —añadió— ser esclavo en alguna prisión rural que seguir custodiando a estos perros, que aquí se están pudriendo en vida...

El vigilante de la fosa común intentó consolarle diciéndole que él mismo

no tenía un oficio menos duro.

Mientras hablaban, Vinicio volvió a la realidad y empezó a registrar apresuradamente el subterráneo buscando a Ligia con la vista, temeroso, entretanto, de no encontrarla ya viva.

Algunos sótanos se hallaban comunicados por medio de pasadizos recientemente hechos, y los conductores de cadáveres entraban sólo en las prisiones en donde había muertos que recoger. Se apoderó entonces de Vinicio el temor de que aquel privilegio que había alcanzado después de tantos esfuerzos y tentativas fuera a resultar inútil. Felizmente, su jefe vino en su auxilio.

—Es necesario sacar a los muertos inmediatamente, si no queréis vosotros morir también junto con los presos —dijo—. La infección cunde más por medio de los cadáveres.

—Somos tan sólo diez individuos para todos los sótanos —respondió el guardián—, y tenemos que dormir.

—Dejaré aquí a cuatro de mis hombres, que recorrerán los sótanos durante la noche, a fin de recoger a todos los que vayan muriendo.

—Si haces eso, beberemos juntos mañana. Sólo que es necesario someter todo cadáver a la prueba; hemos recibido la orden de atravesar el cuello de cada uno antes de mandarlos a las fosas pútridas.

—Muy bien, pero beberemos juntos —dijo el vigilante.

Luego escogió cuatro hombres, y a Vinicio entre ellos, y se llevó a los demás para que le ayudaran a colocar los cadáveres en sus féretros.

Vinicio respiró por fin. Ahora, por lo menos, estaba seguro de hallar a Ligia.

Empezó por examinar cuidadosamente el primer sótano. Registró hasta los ángulos oscuros adonde no llegaba la luz de la lamparilla.

Contempló a los que dormían junto a las paredes envueltos en burdos trajes, notando de paso que los enfermos de gravedad eran arrastrados a un apartado rincón. Pero Ligia no se hallaba en ninguna parte. En el segundo y en el tercero su pesquisa fue igualmente infructuosa.

Entretanto, era avanzada la hora y todos los cadáveres habían sido ya extraídos. Los guardianes, instalados en los corredores que comunicaban entre sí los sótanos, dormían; los niños, cansados de llorar, callaban; nada se escuchaba ya, sino la respiración anhelante de aquellos pechos enfermos, y aquí y allá un murmullo de oraciones.

Vinicio se adelantó con su lamparilla en la mano hasta el cuarto sótano,

que era considerablemente más pequeño.

Levantó la luz, empezó a examinarlo y, de pronto, se estremeció, porque le parecía ver, cerca de una abertura enrejada que había en el muro, las gigantescas formas de Urso.

Entonces, apagando su lamparilla y acercándose a él, dijo:

—¿Estás ahí, Urso?

—¿Quién eres? —preguntó.

El gigante volvió la cabeza.

—¿No me conoces?

—¿Cómo he de conocerte si has apagado la luz?

Pero en este instante vio el joven tribuno a Ligia recostada cerca de la pared y envuelta en un manto. Así pues, sin decir una palabra más, se arrodilló junto a ella. Urso le reconoció entonces, y dijo:

—¡Loado sea Dios! Mas no la despiertes, señor.

Vinicio, de rodillas a su lado, la contemplaba a través de las lágrimas. A pesar de la oscuridad distinguió su rostro —que le pareció tan pálido como el alabastro—, y sus enflaquecidos brazos. Y, a la vista de la joven, se apoderó de él un amor semejante a un dolor desgarrador que agitaba su alma hasta lo más recóndito, pero al mismo tiempo tan lleno de piedad, de respeto y de adoración, que, sin poder contenerse, se inclinó al suelo y llevó a sus labios la orla del manto en el que descansaba aquella cabeza, para él más amada que nada en el mundo.

Urso contempló largo tiempo a Vinicio en silencio; mas al fin, tirando de su túnica, le preguntó:

—Señor, ¿cómo has entrado? ¿Vienes a salvarla?

El joven se levantó entonces, y, después de luchar por espacio de algunos momentos con la emoción que le agitaba, dijo:

—Indícame el medio.

—Creí que lo habías encontrado tú, señor. Solamente uno se me ha venido a la cabeza.

Y, al decir esto, se volvió hacia el enrejado que cubría la abertura de la muralla, y, como si se contestara a sí mismo, agregó:

—Por allí..., pero allí hay soldados...

—Un centenar de pretorianos.

—Entonces, ¿no podríamos pasar?

—¡No!

El ligio se restregó la frente con las manos y preguntó de nuevo:

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Tengo una tessera de entrada, que me ha dado el vigilante de las fosas pútridas.

De pronto se calló como si una idea hubiera pasado por su cerebro en ese instante, y dijo con precipitada entonación:

—¡Por la Pasión del Redentor! ¡Ya he encontrado! Me quedo en su lugar. Que tome ella mi tessera; puede envolverse la cabeza con un trapo, echarse un manto sobre los hombros y pasar. Entre los esclavos que transportan cadáveres hay varios muchachos de poca edad; así pues, los pretorianos no han de reparar en el cambio, y, una vez que ella se encuentre en casa de Petronio, él la salvará.

Pero el ligio dejó caer sobre el pecho la cabeza y dijo con desaliento:

—Ella no consentirá, porque te ama; y, además, está enferma e imposibilitada para levantarse. Si ni tú ni el noble Petronio habéis podido libertarla de la prisión, ¿quién podrá? —dijo al cabo de algunos instantes.

—Solamente Cristo.

Y ambos guardaron silencio.

«Cristo ha podido salvar a todos los cristianos —pensó el ligio en lo íntimo de su sencillo pecho—; mas, puesto que no los salva, claro está que ha llegado la hora del martirio y de la muerte».

Y aceptaba para sí muerte y martirio, pero le daba pena hasta en lo más profundo del alma aquella niña que había crecido en sus brazos y a quien amaba más que a su propia existencia.

Vinicio se arrodilló de nuevo junto a Ligia.

Y, a través del enrejado de la muralla, penetraron unos débiles rayos de luna que iluminaron la estancia mejor que la lamparilla que ardía a la entrada.

Ligia abrió entonces los ojos y dijo, posando en el brazo del joven sus manos ardientes:

—Te veo, Marco. Sabía que vendrías.

Vinicio le tomó las manos, que oprimió contra su frente y su corazón; levantó su cabeza y la retuvo contra el pecho.

—He venido, amada mía —le dijo—. ¡Que Cristo te guarde y te liberte, Ligia adorada!...

Y no pudo hablar más porque en su pecho el corazón era presa de una honda agitación de congoja y de amor, y él no quería manifestar pena en su presencia.

—Marco, estoy enferma —dijo Ligia—, y debo perecer, o en la arena o en la cárcel. ¡He orado tanto al Señor pidiéndole que me dejara verte antes de morir! ¡Y has venido!... Cristo me ha escuchado...

Vinicio, incapaz aún de articular una sola palabra, seguía estrechándola contra su pecho.

Ella continuó así:

—Ya te vi a través de la ventana del Tullianum. Sabía que querías venir. Y ahora el Redentor me ha concedido un momento de lucidez a fin de que podamos darnos el adiós supremo. ¡Me voy hacia Él, Marco, pero te amo y te amaré siempre!

Vinicio pudo al fin dominarse; ahogó su dolor y empezó a hablar con voz a la que se esforzó por dar serenidad.

—No, querida mía, tú no morirás —le dijo—. El apóstol me ordenó que tuviera fe y me prometió que rogaría por ti. El conoció a Cristo; Cristo le amó y no querrá desoír su plegaria... Si tú hubieras de morir, Pedro no me habría mandado que tuviera confianza; pero él me dijo: «¡Ten fe!». ¡No, Lisia!, Cristo tendrá compasión de mí... Él no quiere tu muerte. Él no la permitirá... Te juro por el nombre del Redentor que Pedro está orando por ti.

Sucedió un momento de silencio; la única lamparilla que pendía sobre la puerta de entrada se acababa de extinguir, pero por la ventana penetraban los rayos de la luna. En el ángulo opuesto del sótano un niño gimió y luego calló. Desde fuera venían las voces de los pretorianos, quienes, después de haber hecho su turno de servicio, jugaban al pie de la muralla al scriptae duodecim.

—¡Oh Marco! —replicó Ligia—. El mismo Cristo dijo a su Padre: «Aparta de mis labios ese amargo cáliz»; y, sin embargo, lo apuró. El mismo Cristo pereció en la cruz y millares de seguidores están ahora muriendo por él. ¿Por qué, entonces, había de exceptuarme a mí? ¿Quién soy yo, Marco? Al propio Pedro le he oído decir que él también moriría en tortura. ¿Quién soy yo comparada con él? Cuando los pretorianos fueron en busca de nosotros tuve miedo a la tortura y a la muerte, pero ahora ya no las temo. Mira qué terrible prisión es ésta, pero yo me voy al Cielo. Piensa que el César está aquí, pero allá está el Redentor, bueno y misericordioso. Allá no hay tortura ni muerte. Tú me amas; piensa, entonces, qué feliz voy a ser. ¡Oh amado Marco! ¡Piensa

que allí nos reuniremos!

Aquí se detuvo para tomar aliento con su pecho enfermo, y, llevando a los labios las manos del joven, dijo:

—¡Marco!

—¿Qué, amada mía?

—No llores por mí. Ten esto presente: allí estaremos juntos. Bien poco tiempo he vivido; pero Dios me dio tu alma. Diré, pues, a Cristo, que, al morir yo, tú estabas cerca de mí, presenciando mi muerte, y que aun cuando ella te causó dolor, tú no blasfemaste contra El, acataste su voluntad y seguiste amándole siempre. Y le amarás, y sufrirás con paciencia mi muerte, ¿no es así? Porque Él ha de unirnos allá. ¡Te amo y deseo estar contigo en el Cielo!...

Faltó de nuevo el aliento a la joven, y dijo luego, con voz casi imperceptible:

—¡Júrame esto, Marco!

Vinicio la abrazó temblando, y dijo:

—¡Por tu adorada cabeza, lo juro!...

Y su rostro se iluminó al triste fulgor de la luna, y una vez más llevó a sus labios la mano de Vinicio, y susurró:

—¡Soy tu esposa!...

Del otro lado del muro los pretorianos que estaban jugando al scriptae duodecim discutían fuertemente; pero Vinicio y Ligia se habían olvidado de la prisión, de los guardias y del mundo entero, y sintiéndose un alma parecida a la de los ángeles, comenzaron a rezar.

XXVI

Por espacio de tres días, mejor dicho, de tres noches, nada turbó su paz.

Una vez terminada la faena diaria de la cárcel, que consistía en separar los muertos de los vivos y a los gravemente enfermos de los que lo estaban menos, y una vez que los fatigados guardianes se iban a dormir a los corredores, el joven tribuno entraba en el sótano de Ligia y permanecía con ella hasta que las luces del alba asomaban por entre las rejas. La joven apoyaba su cabeza en el pecho de Vinicio y ambos hablaban en voz baja del amor y de la muerte.

Involuntariamente, sus pensamientos, palabras, deseos y esperanzas iban, insensiblemente, desprendiéndose cada vez más de la existencia, y perdían hasta la noción de ella. Eran ahora como dos navegantes que, habiendo abandonado las playas de su patria en un barco y no viendo ya la orilla, se iban hundiendo poco a poco en el infinito. Se habían ido transformando paulatinamente en dos almas tristes y gemelas íntimamente unidas por un recíproco amor, ligadas, al propio tiempo, a Cristo y prontas para emprender el vuelo.

Sólo por momentos había en el corazón de Vinicio vuelcos de dolor que semejaban torbellinos. Otras veces se advertían en él llamaradas que cruzaban como relámpagos de esperanza, nacidas de su amor y de la fe en el Dios crucificado; pero luego se desprendían más y más de la tierra cada día y se entregaban a la muerte.

Por la mañana, cuando salía de la prisión y veía el mundo, la ciudad, sus conocidos y los asuntos de la vida, creía estar soñando. Todo le parecía entonces extraño, distante, vano y confuso. La tortura misma ya no le atemorizaba porque presentía que era una cosa que mientras se estuviera pasando por ella, el espíritu se hallaría abismado en otras ideas y la vista fija en otras perspectivas.

Les parecía a ambos que la eternidad había ya empezado a envolverlos. Y hablaban del amor, de cómo se amarían y de cómo vivirían juntos, pero más allá de la tumba; y si a intervalos tornaban a la tierra sus pensamientos, eran éstos como los de dos personas que van a emprender un largo viaje y que se preocupan de hacer los preparativos para el camino. Además, los rodeaba un silencio tal, como si se hallaran en medio de un desierto, como dos solitarias columnas apartadas del mundo y olvidadas.

Su único anhelo se cifraba en que no los separase Cristo; y como cada instante que pasaba los fortalecía en esta convicción, el amor de ambos hacia Él se convertía en un firme eslabón que los unía en una infinita ventura y una paz eterna.

Aunque se hallaban todavía en el mundo, cada día parecían desprenderse más del polvo terrenal. Y sus almas se hallaban puras como lágrimas. Bajo la amenaza de la muerte y del terror, en medio de la amargura y el sufrimiento, en el fondo de aquel antro sombrío, se había abierto el cielo para ambos, pues ella había tomado a Vinicio de la mano y le había conducido como un ángel salvador hacia la fuente de la vida eterna.

Petronio se asombraba al ver en el semblante de Vinicio una tranquilidad cada día mayor y unos extraños reflejos que jamás había advertido en él antes. Por momentos llegaba a conjeturar que Vinicio había encontrado, al fin, algún medio de salvar a Ligia, y se sentía mortificado al ver que el joven no le había

confesado sus esperanzas. Por último, incapaz de contenerse por más tiempo, le dijo:

—Ahora tienes otro aspecto; no trates de ocultarme tus secretos, pues bien sabes que quiero, y quizá pueda, ayudarte. ¿Has dispuesto algo?

—Sí —contestó Vinicio—; pero tú no puedes ayudarme. Después de su muerte, confesaré públicamente que soy cristiano e iré a reunirme con ella.

—Entonces, ¿ya no abrigas ninguna esperanza?

—Por el contrario, las abribo todas. Cristo me dará a Ligia y ya no nos separaremos jamás.

Petronio empezó a pasearse por el atrium con una expresión de desilusión e impaciencia en el rostro, y luego dijo:

—Tu Cristo no hace falta para eso; el Thanatos nuestro puede prestar el mismo servicio.

Sonrió Vinicio tristemente, y dijo:

—No, querido, tú no quieres comprender.

—Ni quiero, ni puedo —respondió Petronio—. No son éstos momentos adecuados para la discusión; pero ¿te acuerdas de lo libertarla del Tullianum? Yo perdí entonces toda la esperanza, y cuando volvimos a casa, tú replicaste: «Pero yo creo que Cristo puede restituírmela». Que te la restituya, entonces. Si yo arrojó al mar un vaso de valor, ninguno de nuestros dioses tiene el poder suficiente para devolvérmelo; pero si el vuestro no es mejor, no veo por qué tendría yo que tributarle mayor homenaje que a los demás.

—Pero Él me la restituirá —dijo Vinicio.

Petronio se encogió de hombros y preguntó:

—¿Sabes que los cristianos van a iluminar los jardines del César mañana?

—¿Mañana? —repitió Vinicio.

Y presintiendo aquella cercana y tremenda realidad, sintió que el corazón se le estremecía de angustia y de temor.

Pensó que acaso sería ésta la última noche que pasaba al lado de Ligia.

Y despidiéndose entonces de Petronio, se dirigió apresuradamente en busca del vigilante de las fosas pútridas, a fin de pedirle su tessera. Pero le aguardaba una contrariedad: el vigilante no le dio la tessera.

—Perdóname, señor —le dijo—; he hecho por ti cuanto me ha sido posible, pero ahora no debo arriesgar mi vida. Esta noche los cristianos serán llevados a los jardines del César; los calabozos estarán llenos de soldados y

oficiales. Si llegasen a reconocerte, mis hijos y yo estaríamos perdidos.

Vinicio comprendió que era inútil insistir. No obstante, abrigaba la esperanza de que los soldados que antes le habían visto entrar le admitirían sin presentar el pase. Así pues, llegada la noche, se disfrazó como de costumbre, con la túnica de sepulturero, atándose un paño alrededor de la cabeza, y se encaminó a la prisión.

Pero aquel día las tesserae fueron examinadas con mayor escrupulosidad que de ordinario; y lo que todavía fue peor, el centurión Escivino, soldado muy severo y que pertenecía al César en cuerpo y alma, reconoció a Vinicio. Pero, evidentemente, en su pecho de hierro brillaba todavía una chispa de compasión por el infortunio. Porque, en vez de golpear con su lanza el escudo en son de alarma, condujo aparte a Vinicio y le dijo:

—Señor, vuelve a tu casa. Te he reconocido; pero como no quiero tu ruina, guardaré silencio. No me es posible dejarte pasar; vuelve, pues, por donde has venido y quieran los dioses suavizar tu dolor.

—No puedes permitirme la entrada —dijo Vinicio—, pero déjame, entonces, quedar aquí siquiera y ver a quiénes llevan fuera de la prisión.

—No se opone a eso mi consigna —exclamó Escivino.

Vinicio permaneció entonces delante de la puerta y aguardó.

A eso de medianoche se abrió de par en par aquella puerta y por ella salieron gran número de presos: hombres, mujeres y niños. Los rodeaban pretorianos armados.

La noche estaba muy clara, de modo que no solamente podían distinguirle las formas, sino también hasta los semblantes de aquellos desgraciados. Iban en filas de dos individuos, formando una larga y triste procesión, en medio de un silencio interrumpido tan sólo por el ruido de las armas. Y eran tantos, que se habría creído que iban a quedar vacíos los sótanos del Esquilino.

Entre los que formaban la última fila, Vinicio vio distintamente a Glauco, el médico, pero Ligia y Urso no se hallaban entre los condenados.

XXVII

No había oscurecido aún y ya las primeras oleadas de gente acudían a los jardines del César.

Las multitudes, vestidas con trajes de fiesta, coronadas de flores, alegres, algunos ya ebrios, llegaban cantando, para ver el nuevo y magnífico

espectáculo que se les preparaba.

En la Vía Tecta, el puente Emilio, la ribera opuesta del Tíber, la Vía Triunfal, los alrededores del circo de Nerón y, más lejos aún, en las inmediaciones del monte Vaticano, se oían, los gritos de: Semaxii! Sarmentitii!

En Roma se había presenciado antes el espectáculo de hombres quemados en postes, pero jamás se había visto un número tan considerable de víctimas. El César y Tigelino, en su deseo de terminar de una vez con los cristianos, y también a fin de evitar el contagio que desde las prisiones empezaba a propagarse ya por la ciudad, habían dado orden de vaciar todos los sótanos dejando en ellos tan sólo una docena de individuos destinados al espectáculo final. Así pues, una vez que las multitudes hubieron atravesado los umbrales de los jardines cesáreos, quedaron mudas de asombro. Todas las calles principales y laterales que había en medio de espesas arboledas y a lo largo de prados y florestas, piscinas, campos y plazas floridas, estaban llenas de postes revestidos de una capa de pez y a los que se había atado a los cristianos.

En los puntos más elevados, en donde los árboles no ocultaban la vista, se levantaban hileras de estos postes, decorados con flores, mirto y hiedra, que se extendían en la distancia, hasta el punto de que mientras los más cercanos semejaban mástiles de buques, los que estaban colocados a mayor distancia parecían tirsos o lanzas de colores.

Su número había desbordado las esperanzas de la multitud. Se diría que una nación entera estaba allí atada a aquellos pilares para entretenimiento de Roma y de su César.

La multitud de espectadores iba deteniéndose delante de algunos postes, cuando la edad o el sexo de la víctima despertaban su curiosidad. Entonces miraban los rostros, las coronas y las guirnaldas de hiedra y proseguían su paseo de inspección, preguntándose, llenos de sorpresa:

«¿Cómo es posible que haya habido tantos criminales, ni cómo concebir que tiernos niños, apenas capaces de caminar, hubieran puesto fuego a Roma?».

Y del asombro pasaban, por grados, al temor.

Entretanto, había oscurecido ya y empezaban a brillar las estrellas en el firmamento.

Cerca de cada uno de los condenados se colocó un esclavo, antorcha en mano, y cuando se dejó oír en varios puntos del jardín el toque de trompetas, por el que se anunciaba que iba a comenzar el espectáculo, cada uno de los esclavos pegó fuego al pie del poste con la antorcha que llevaba. La paja, oculta bajo las flores y empapada en pez, ardió con una brillante llama, que

fue aumentando por grados, llegó luego hasta la hiedra y, ascendiendo enseguida, empezó a abrasar los pies de las víctimas.

La multitud se mantenía silenciosa; en los jardines resonó un gemido inmenso y desgarradores gritos de dolor. Sin embargo, algunas víctimas alzaban sus rostros al firmamento estrellado y empezaban a orar y a entonar cánticos de alabanza a Cristo.

El pueblo escuchaba. Pero hasta los corazones más endurecidos se llenaron de terror cuando desde los pilares más pequeños gritaron los niños con voces desgarradoras:

«¡Mamá! ¡Mamá!».

Y un estremecimiento se apoderó aún de los espectadores que se encontraban ebrios, al ver aquellas cabecitas y aquellos rostros inocentes retorcerse de dolor o desmayarse asfixiados por el humo que empezaba a envolverlos. Y las llamas subían y subían y abrasaban nuevas coronas de rosas y de hiedra.

La calle principal y las laterales aparecían ahora iluminadas; también lo estaban los grupos de árboles, los prados y las floridas plazas; brillaba el agua de las piscinas, las hojas temblorosas de los árboles mostraban fulgores rosados y se vio con claridad como en pleno día. Y cuando el olor de los cuerpos quemados llenó los jardines, los esclavos regaron los espacios que había entre los pilares con mirra y áloe, expresamente preparados.

Entre las multitudes se oían aquí y allí gritos que no se sabía si eran de simpatía o de placer y satisfacción, que aumentaban a cada instante con el fuego que envolvía ya los pilares, trepaba hasta el pecho de las víctimas, encogía con su aliento abrasador el cabello de sus cabezas, velaba sus ennegrecidos rostros y subía y subía, como si quisiera demostrar con su victoria el triunfo de aquella fuerza que le había ordenado atacar y vencer.

Desde el principio del espectáculo, el César se había presentado en medio del pueblo en una espléndida cuadriga del circo, tirada por cuatro soberbios caballos blancos. Vestía de auriga, con el color de los verdes, como favorito de la corte y suyo. Le seguían otros carros, llenos de cortesanos brillantemente ataviados, y de senadores, sacerdotes, bacantes desnudas y coronadas, que llevaban en las manos cántaros de vino, iban medio ebrias y daban gritos salvajes.

A su lado iban músicos, disfrazados de faunos y sátiros, que tocaban cítaras, formingas, flautas y cuernos. En otros carros avanzaban las matronas y las doncellas romanas, ebrias también y medio desnudas.

Junto a las cuadrigas corría una multitud de hombres que blandían tirsos

adornados con cintas; otros tocaban tamboriles y otros esparcían flores en el camino. Toda aquella brillante multitud avanzaba a los gritos de Evohé! por la amplia calle del jardín llena de humo y a través de las antorchas humanas.

El César, que tenía cerca de él a Tigelino y a Quilón, con cuyo terror pensaba divertirse, iba guiando en persona los caballos. Avanzaba al paso, mirando los cuerpos que ardían y escuchando los gritos de la multitud. En pie sobre el espléndido y elevado carro dorado, circulando en medio de un mar de gente que se inclinaba a sus pies, a los fulgores del fuego, llevando en la cabeza la corona de triunfador del circo, su figura descollaba sobre los cortesanos y el pueblo; parecía un gigante. Sus monstruosos brazos, extendidos hacia delante para sujetar las riendas, parecían estar bendiciendo a la multitud. Su rostro y sus ojos entornados sonreían; brillaba sobre aquella muchedumbre como un sol o como una deidad terrible, pero espléndida y poderosa.

A veces se detenía para contemplar con más atención a alguna doncella cuyo seno había empezado a contraerse por las llamas, o el rostro de algún niño que se retorció convulsivamente, y enseguida proseguía su marcha, llevando tras de sí un séquito excitado y turbulento. A intervalos saludaba al pueblo; luego se volvía un momento, retenía las doradas riendas y hablaba con Tigelino. Por último, cuando llegó a la gran fuente que había en el centro de dos calles que se cruzaban, bajó de la cuadriga y, haciendo una señal a sus acompañantes, se mezcló entre la multitud.

Fue acogido con aplausos y aclamaciones. Las bacantes, las ninfas, los senadores y augustanos, los sacerdotes, los faunos, los sátiros y soldados le rodearon, formando en torno suyo un círculo enloquecedor; pero él, llevando a Tigelino a un lado y a Quilón al otro, siguió a pie por la orilla de la fuente, cerca de la cual estaban ardiendo algunas docenas de antorchas humanas.

Deteniéndose delante de cada una de ellas, empezó a hacer observaciones acerca de las víctimas, a burlarse del viejo griego, en cuyo semblante se pintaba una desesperación sin límites. Por último, hizo alto delante de un elevado mástil decorado con hiedra y mirto.

Las rojas lenguas de fuego sólo habían llegado hasta las rodillas de la víctima; pero era imposible ver su rostro, porque los vástagos verdes, al quemarse, le habían llenado de humo. Sin embargo, al cabo de algunos instantes, la ligera brisa de la noche disipó el humo y dejó al descubierto la cabeza de un hombre de barba blanca que le caía sobre el pecho. A su vista, Quilón cayó al suelo y en él se ovilló y retorció como una serpiente herida, y de su boca se escapó un grito que más que humano parecía un graznido:

—¡Glauco! ¡Glauco!

En efecto, era Glauco, el médico, que desde lo alto del poste ardiente le miraba.

Todavía vivía. En su rostro se hallaba pintado el dolor, y se le veía inclinado hacia delante, como si quisiera mirar de frente por última vez a su verdugo, al hombre que le había traicionado, que le había robado su esposa y sus hijos, entregándole a unos asesinos, y que todavía, cuando todo esto le había perdonado en nombre de Cristo, le había entregado a sus perseguidores.

Jamás persona alguna había podido inferir a otra más terribles ni más sangrientos agravios. Y ahora la víctima ardía en aquel pilar embetunado y el verdugo se hallaba a sus pies.

Los ojos de Glauco no se separaban del rostro de Quilón. Por momentos los ocultaba el humo; pero cuando la brisa lo disipaba, Quilón volvía de nuevo a ver aquellos ojos fijos en él.

Se levantó y trató de huir, mas no tuvo fuerzas para ello. Parecía que sus piernas se habían vuelto de plomo; que una mano invisible le retenía al pie de aquel mástil con sobrehumana fuerza. Se quedó petrificado. Sentía que algo se desbordaba en él y algo cedía o desaparecía. Sentía que ya estaba cansado de torturas y de sangre; que el fin de su vida se aproximaba, que todo iba desvaneciéndose ante sus ojos: el César, la corte, la multitud, y a su alrededor sólo había un terrible vacío negro, y en él sólo veía los ojos de aquel mártir que le estaban convocando a juicio.

Y Glauco, bajando la cabeza cada vez más, seguía con los ojos fijos en él.

Los presentes adivinaron que algo pasaba entre aquellos dos hombres.

La risa murió en sus labios, porque en el semblante de Quilón había algo terrible, estaba contraído por el terror y el dolor como si aquellas lenguas de fuego estuvieran abrasando su propio cuerpo. De repente empezó a tambalearse, y, extendiendo las manos hacia arriba, exclamó con voz terrible y desgarradora:

—¡Glauco!... ¡En el nombre de Cristo, perdóname!...

Se hizo el silencio alrededor. Un estremecimiento general se apoderó de los espectadores de aquella escena, y todos los ojos se alzaron, involuntariamente, hacia el mártir. La cabeza de éste se movió entonces ligeramente y, desde lo alto del mástil, se oyó una voz, parecida a un gemido, que decía:

—¡Perdono!

Quilón dio con el rostro en tierra y aulló como una bestia feroz; luego, cogiendo puñados de polvo con las manos, lo arrojó sobre su cabeza.

Entretanto, las llamas llegaban hasta arriba, se apoderaban del pecho y del rostro de Glauco; deshacían la corona de mirto que orlaba su cabeza y alcanzaban hasta las cintas que había en la cúspide del pilar, que brilló ahora con un fulgor intenso.

Quilón se puso en pie al cabo de algunos instantes, con el rostro transfigurado hasta el punto de parecer otro hombre a la vista de los augustanos. Brillaban sus ojos con una luz nueva en él, y su frente rugosa aparecía iluminada por el éxtasis. El pobre griego de hacía pocos momentos aparecía ahora como una especie de sacerdote que acabara de recibir el soplo inspirador de un dios y quisiera revelar algunas verdades desconocidas.

—¿Qué sucede? ¿Se ha vuelto loco? —preguntaron muchas voces.

Pero Quilón se volvió hacia el pueblo, y alzando la mano derecha, exclamó, o mejor dicho, gritó, con voz tan penetrante, que no solamente fue oída por los augustanos, sino por la multitud entera:

—¡Pueblo romano! ¡Te juro por mi muerte que están pereciendo aquí víctimas inocentes! El incendiario es... ¡ése!... Y señaló con el dedo a Nerón.

Sobrevino un momento de silencio. Los cortesanos se estremecieron. Quilón continuaba en pie, erguido, con el brazo extendido y tembloroso y el dedo señalando al César.

E inmediatamente se sucedió un tumulto. El pueblo, con la impetuosidad de una ola impelida por un huracán repentino, se precipitó hacia el viejo, a fin de contemplarle más cerca.

Y aquí y allá se escucharon gritos de:

—¡Arréstenlo!

—¡Aguanta!

En otros puntos clamaban:

—¡Ay de nosotros!

Y entre la multitud empezó también una tempestad de silbidos y de gritos. Ya las turbas repetían:

—¡Ahenobarbus! ¡Matricida! ¡Incendiario!

El desorden crecía por momentos. Las bacantes daban agudos alaridos y se ocultaban en los carros.

De pronto, algunos de los postes, que ya se habían quemado por completo, empezaron al mismo tiempo a caer y a esparcir chispas alrededor, aumentando así la confusión. Una ciega y espesa ola de gente arrastró a Quilón y le llevó hasta el fondo del jardín.

Los postes continuaban consumiéndose en todas partes, y al caer de través en las calles del jardín las llenaban de humo, chispas, olor a madera y a carne quemada. Se extinguieron las luces más próximas, y en los jardines empezó a oscurecer.

La multitud, alarmada, intranquila y sombría, empezó a dirigirse hacia las puertas.

La noticia de lo acontecido pasaba de boca en boca, cambiada y aumentada. Algunos decían que se había desmayado el César; otros, que había confirmado la acusación del griego, confesándose autor del incendio de Roma; otros, que había caído gravemente enfermo; otros, por fin, que le habían sacado de los jardines, en el carro, como muerto. Aquí y allá también se escuchaban ahora voces de simpatía en favor de los cristianos.

«Si no habían sido ellos los incendiarios de Roma —se decían—, ¿por qué tanta sangre, torturas e injusticias? ¿No se encargarían los dioses de vengar a los inocentes? ¿Cuántos piacula serían ahora suficientes para apaciguar su justa cólera?».

Y las palabras *innoxia corpora* eran repetidas cada vez con más frecuencia. Las mujeres manifestaban en voz alta su compasión hacia los niños, que habían sido arrojados en tan gran número a las fieras, clavados en cruces, o quemados en aquellos malditos jardines. Y finalmente la compasión se transformó en ultrajes al César y a Tigelino.

Había también personas que, deteniéndose de súbito, se hacían a sí mismas o hacían a otras esta pregunta:

—¿Qué clase de divinidad es ésta, que da tanta fuerza moral para hacer frente a las torturas y a la muerte?

Y volvían a sus casas meditando...

Quilón, entretanto, vagaba por los jardines, sin saber adónde ir ni adónde volver los ojos. Se sentía de nuevo impotente, débil, viejo y enfermo. A veces tropezaba con cuerpos parcialmente quemados; otras, contra una antorcha encendida a medias y de la que brotaba con el choque una lluvia de chispas que parecía seguirle; a ratos se sentaba y miraba a su alrededor con ojos extraviados.

Los jardines se hallaban ya casi totalmente a oscuras. La pálida luna alumbraba con luz incierta las calles, los pilares ennegrecidos que había atravesados en ellas y las víctimas, parcialmente quemadas y convertidas en despojos negros e informes. Pero al viejo griego le parecía ver reflejado en la luna el rostro de Glauco, fijos en él aún, con persistencia, los ojos: y huyó entonces de la luz.

No tardó en abandonar también la sombra; y como si le impeliese una oculta fuerza, volvió hacia la fuente junto a la que Glauco había entregado su alma a Dios. De pronto, sintió que una mano le tocaba en el hombro. Se volvió y vio delante a una persona que le era desconocida.

—¿Quién eres tú? —exclamó, con aterrorizado acento.

—Pablo de Tarso.

—¡Estoy condenado!... ¿Qué deseas?

—Salvarte —contestó el Apóstol.

Quilón se apoyó contra un árbol. Se le doblaban las rodillas y pendían sus brazos a lo largo de su cuerpo.

—¡Para mí ya no hay salvación! —contestó sordamente.

—¿No has oído referir cómo Dios perdonó al ladrón crucificado que se arrepintió? —preguntó Pablo.

—¿Y sabes tú lo que he hecho?

—He visto tu dolor y escuché cómo declaraste la verdad.

—¡Oh señor!...

—Y si un siervo de Cristo, en la hora del martirio y de la muerte, ha perdonado tus agravios, ¿por qué no habrá de perdonarlos el mismo Cristo?

Quilón se llevó ambas manos a la cabeza y dijo con desesperada entonación:

—¡Perdón! ¡Sí, perdón para mí!

—Nuestro Dios es un Dios de misericordia —dijo el apóstol.

—¿Para mí? —repitió Quilón.

Y empezó a gemir convulsivamente, como un hombre a quien faltan las fuerzas para dominar su dolor y sus sufrimientos.

—Apóyate en mí —dijo Pablo—, y acompáñame.

Y llevándole consigo, se dirigió al cruce de calles, guiado por el rumor de la fuente, que, en medio del silencio de la noche, parecía llorar por las víctimas, cuyos martirizados cadáveres llenaban aquellos sitios.

—Nuestro Dios es un Dios de misericordia —repitió el apóstol—. Si te pusieras a la orilla del mar a echar guijarros, ¿podrías llegar jamás a colmar con ellos sus inmensas profundidades? Pues yo te digo en verdad que la misericordia de Cristo es como el océano, y que los delitos y faltas de los hombres se hunden en Él como los guijarros en los abismos del mar. Te digo

que es como el firmamento, que cubre montañas, tierras y mares, porque se halla en todas partes, y no tiene principio ni fin. Tú has sufrido al pie del pilar de Glauco. Cristo ha sido testigo de tu sufrimiento. Sin reparar en lo que pueda ser de ti mañana, tú dijiste: «Ése es el incendiario», y Cristo no ha olvidado tus palabras. Tu falsía y tu maldad se han desvanecido ya; en tu corazón tan sólo queda un pesar sin límites... Sígueme y escucha lo que voy a decirte: yo soy el hombre que aborreció a Cristo y persiguió a sus elegidos. Yo no le quería entonces, yo no creía en El, hasta que Él se me apareció y me llamó. Desde entonces, ha sido para mí la misericordia. Así también, Él te ha visitado y ha llevado a tu alma la compunción, la zozobra y el dolor, a fin de llamarte a Sí. Tú le aborreciste y, entretanto, Él te amaba. Tú entregaste a sus confesores al martirio; pero Él quiere perdonarte y salvarte.

Un sollozo inmenso agitó el pecho de aquel infortunado, sollozo que pareció lacerar hasta lo más hondo de su ser, pero Pablo se apoderó de él, le dominó y le llevó consigo como un soldado que lleva tras de sí a un prisionero.

Al cabo de algunos instantes habló de nuevo el apóstol:

—Ven conmigo —le dijo—; yo te conduciré hasta El. ¿Para qué otro fin me he acercado a ti? Cristo me ha ordenado que agrupe las almas en nombre del amor. No hago, pues, otra cosa que obrar en servicio suyo. Tú te consideras condenado, mas yo te digo: cree y te salvarás. Tú te crees odiado, pero te repito que Él te ama. Mírame. Antes que yo le poseyera, en mi corazón sólo había maldad. Ahora su amor hace en mí las veces de padre y de madre, de poder y de riqueza. Sólo en Él reside el refugio y el consuelo. Sólo Él se compadece de tu remordimiento, considera tu miseria, te aligerará de tu pena y te elevará hacia Sí.

Y diciendo esto, le condujo hacia la fuente, cuyos plateados raudales brillaban desde lejos a la luz de la luna.

A su alrededor reinaba el silencio; los esclavos habían recogido ya los carbonizados pilares y los cuerpos de los mártires. Quilón se arrodilló entre sollozos, y ocultando el rostro en las manos, permaneció inmóvil. Pablo, entretanto, levantó los ojos al cielo, y comenzó a orar:

—¡Oh Señor! ¡Mira a este hombre desdichado; apiádate de su dolor, de sus lágrimas y de sus sufrimientos! ¡Oh Dios de bondad, que has derramado tu sangre por nuestras culpas, perdónale por tu tormento, por tu muerte y tu resurrección!

Y guardó silencio luego, permaneciendo largo tiempo con la vista fija en las estrellas y orando. Entretanto, a sus pies, Quilón clamaba entre gemidos:

—¡Oh Cristo! ¡Oh Cristo!... ¡Perdóname!...

Pablo se aproximó entonces a la fuente, y tomando un poco de agua en la mano, se volvió al infeliz arrodillado a sus pies, y dijo:

—¡Quilón!... ¡Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo! ¡Amén!

Quilón alzó la cabeza, abrió los brazos y permaneció así algunos momentos. La luna daba de lleno sobre sus cabellos blancos y su rostro igualmente blanco, tan inmóvil como el de un muerto o el de una estatua de piedra.

Y entretanto habían pasado las horas, y desde las grandes pajareras de los jardines de Domicio llegaba hasta Pablo y Quilón el canto de los gallos. Y el griego continuaba arrodillado y sin movimiento. Por último pareció volver en sí, y dirigiéndose al apóstol, preguntó:

—Señor, ¿qué debo hacer antes de morir?

Estas palabras hicieron salir también a Pablo de la meditación que le tenía abstraído. Pensaba en el inmenso poder divino, al que no habían osado resistir ni siquiera espíritus como el de este griego. Por último, contestó:

—¡Ten fe y atestigua la verdad!

Y salieron juntos. Ya en la puerta, el apóstol bendijo de nuevo al anciano, y enseguida se separaron.

El mismo Quilón insistió en ello, porque, después de lo ocurrido, sabía que el César y Tigelino darían orden de perseguirle.

Y no se había equivocado. Cuando volvió a su casa, la encontró rodeada de pretorianos, que se apoderaron de él, y le llevaron, a las órdenes de Escevino, al Palatino.

El César se había retirado a descansar, pero Tigelino aguardaba. Cuando vio al infortunado griego, le acogió con semblante tranquilo pero sombrío.

—Has cometido una traición —dijo—, y no podrás escapar al castigo; pero si estás dispuesto a declarar mañana en el anfiteatro que estabas borracho y trastornado, y que los autores del incendio fueron los cristianos, tu castigo se limitará a los azotes y al destierro.

—No puedo hacer eso, señor —contestó quedamente Quilón.

Tigelino se acercó a él con paso lento, y le dijo en voz baja también, pero terrible:

—¡Cómo! ¿Dices que no puedes hacerlo, perro griego? ¿No estabas ebrio entonces, y no comprendes qué castigo te aguarda? ¡Mira allí!

Y señaló a un extremo del atrium, en el que cerca de un banco de madera

había medio ocultos entre la penumbra cuatro esclavos tracios inmóviles, que tenían cuerdas y tenazas en las manos.

Pero Quilón contestó:

—¡No puedo, señor!

La rabia se apoderó de Tigelino, pero todavía se contuvo.

—¿Has visto —preguntó— cómo perecen los cristianos? ¿Quieres morir también de esa manera?

El viejo alzó el pálido rostro; por espacio de algunos momentos se agitaron sus labios en silencio, y luego contestó:

—Yo también creo en Cristo.

Tigelino le miró lleno de asombro y exclamó:

—¡Perro! ¡Te has vuelto loco, en efecto!

Y de súbito, la cólera que había estado reprimiendo se desbordó en su pecho. De un salto se acercó al griego, le asió de la barba con ambas manos, le arrojó a tierra y le pisoteó, repitiendo con los labios espumajeados:

—¡Te retractarás! ¡Te retractarás!...

—¡No puedo! —contestó Quilón, desde el suelo.

—¡Llévadle al tormento!

A esta orden se apoderaron del viejo los tracios y le colocaron sobre el banco. Luego, atándole a él con las cuerdas, empezaron a atenuarle las flacas piernas. Pero él, cuando le estaban atando, les besaba humildemente las manos. Luego cerró los ojos y pareció estar muerto. Pero aún vivía, porque cuando Tigelino se inclinó hacia él y de nuevo preguntó: «¿Te retractarás?», sus pálidos labios se movieron imperceptiblemente en un susurro:

—¡No puedo!

Tigelino ordenó suspender la tortura, y empezó a pasearse de un extremo a otro del atrium, con el rostro descompuesto por la ira y la impotencia. Por último se le ocurrió una nueva idea, y volviéndose a los tracios, dijo:

—¡Arrancadle la lengua!

XXVIII

El drama Aureolus se daba de ordinario en los teatros o anfiteatros de

Roma, arreglados estos últimos de manera que pudieran abrirse y presentar al público dos escenarios separados. Pero después del espectáculo en los jardines del César, se desechó el método usual, porque en este caso se trataba de permitir que el mayor número posible de concurrentes presenciara la muerte de un esclavo que en el drama era devorado por un oso.

En los teatros, el papel de oso era desempeñado por un actor envuelto en una piel de fiera; pero esta vez la representación iba a ser real. Era una nueva idea de Tigelino.

Al principio, el César había anunciado que no asistiría, pero luego cambió de propósito ante los persuasivos argumentos del favorito. Tigelino le explicó que después de lo ocurrido en los jardines, con mayor razón debía presentarse ante el público, y le aseguró que el esclavo sacrificado no le insultaría esta vez como lo había hecho Crispo.

El populacho se hallaba ya bastante cansado y ahído de sangre; así pues, se le ofreció una nueva distribución de billetes de lotería y de obsequios, como asimismo un banquete, pues el espectáculo debía verificarse por la noche, en el anfiteatro brillantemente iluminado.

Al oscurecer se encontraba atestada la sala; los augustanos, con Tigelino a su cabeza, asistieron sin excepción alguna, no solamente atraído por el espectáculo propiamente dicho, sino también deseosos de manifestar su adhesión al César y su concepto acerca de Quilón, de quien hablaba Roma entera.

Se murmuraba entretanto, que el César, al volver de los jardines, había sido dominado por una especie de frenesí; que no había dormido; que se veía asaltado por visiones terroríficas y extrañas, y que en vista de todo eso había anunciado que a la mañana siguiente emprendería rápidamente su viaje a la Acaya. Pero otros negaban esto, afirmando que, por el contrario, estaba decidido ahora a desplegar mayor crueldad contra los cristianos.

Tampoco faltaban los pusilánimes, quienes auguraban que la acusación lanzada por Quilón a la cara del César podría tener las más desastrosas consecuencias. Y, por último, había también quienes, por humanidad, rogaban a Tigelino que pusiera término a las persecuciones.

—Ved adónde os encamináis —dijo Barco Sorano—. Habéis querido desviar la cólera del pueblo y convencerle de que estabais castigando a los culpables: el resultado ha sido contraproducente.

—¡Cierto! —agregó Antistio Vero—. Todos van ahora diciéndose al oído que los cristianos eran inocentes. Si a eso llamas habilidad, Quilón tuvo razón cuando aseveró que los sesos de todos vosotros cabían en una cáscara de bellota.

Tigelino se volvió a ellos y contestó:

—Barco Sorano, la gente también murmura que tu hija Servilia, y tu esposa, Antistio, han sustraído sus esclavos cristianos a la justicia del César.

—¡Eso no es cierto! —exclamó Barco, lleno de alarma.

—Vuestras mujeres divorciadas quieren perder a mi esposa, cuya virtud envidian —dijo Antistio Vero, no menos alarmado.

Pero otros hablaban de Quilón.

—¿Qué le ha sucedido? —preguntó Eprio Marcelo—. Él fue quien puso a los cristianos en poder de Tigelino. De mendigo pasó a hombre opulento y hubiera podido terminar tranquilo sus días y contar con unos espléndidos funerales y con una soberbia tumba. ¡Pero no! De pronto ha preferido abandonar todo eso y perderse; ¡seguramente se habrá vuelto loco!

—No está loco; se ha hecho cristiano —dijo Tigelino.

—¡Eso es imposible! —exclamó Vitelio.

—¿No os lo he dicho ya? —dijo Vestinio a su vez—. Exterminad a los cristianos, si queréis; pero creedme: no podréis luchar con su divinidad. Con ella no es posible bromear. Ved lo que está sucediendo. Yo no he incendiado a Roma; pero si el César lo permitiese, ofrecería inmediatamente una hecatombe a esa divinidad. Y todos vosotros debierais hacer lo mismo, porque, os lo repito: con ella no es posible bromear. Recordad lo que os he dicho.

—Yo también os dije algo más —agregó Petronio—. Tigelino rio el otro día cuando aseguré que estaban armándose. Y ahora os agrego: están triunfando.

—¿Cómo es eso? ¿Cómo es eso? —preguntaron muchas voces.

—¡Por Pólux!... ¡Así es! Porque si un hombre como Quilón no ha podido resistirlos, ¿quién será capaz de ello? Si os imagináis que después de cada uno de estos espectáculos no ha de seguir aumentando el número de cristianos, tomad el oficio de herrero u ocupaos de afeitarse, pues entonces acaso estéis más enterados de lo que piensa el pueblo y de lo que está pasando en la ciudad.

—¡Dice la pura verdad, por el sagrado peplo de Diana! —exclamó Vestinio.

Entonces Barco, volviéndose a Petronio, preguntó:

—¿Adónde quieres llegar?

—Concluyo por donde habéis empezado vosotros: opino que ya se ha derramado bastante sangre.

Tigelino le miró con aire burlón y dijo:

—¡Eh! ¡Todavía hace falta un poco más!

—Si tu cabeza no basta, veo que en tu bastón hay otra —contestó desdeñosamente Petronio. Esta conversación se vio interrumpida por la llegada del César, que fue a ocupar su sitio en compañía de Pitágoras.

Inmediatamente después comenzó la representación de Aureolus, a la que no se prestó gran atención, porque el ánimo de los concurrentes se hallaba preocupado con Quilón. El público, familiarizado ya con el espectáculo de la sangre y la tortura, se sentía fastidiado. Y empezaron a silbar, a prorrumpir en gritos poco halagadores para la corte, y a pedir la escena del oso, única que ofrecía interés para ellos. De no haber sido por los obsequios en perspectiva y la esperanza de ver a Quilón, aquella representación no habría logrado retener a su auditorio.

Por último, llegó el momento esperado. Los sirvientes del circo sacaron en primer lugar una cruz de madera la suficientemente baja para que un oso, alzado sobre sus patas traseras, pudiera alcanzar el pecho del mártir. Luego dos hombres trajeron, mejor dicho, arrastraron a Quilón, que se hallaba imposibilitado para marchar, pues en la tortura le habían roto los huesos de las piernas. Le echaron sobre la cruz y en ella le clavaron con tal rapidez, que los curiosos augustanos ni siquiera tuvieron tiempo de mirarle, y sólo cuando quedó plantada la cruz en el sitio que se había destinado, pudieron los ojos de todos volverse hacia su víctima.

Mas rara fue la persona que reconoció en aquel anciano desnudo al antiguo Quilón. Después de las torturas que Tigelino había ordenado, parecía no haber quedado ni una gota de sangre en su rostro, y solamente en su blanca barba se advertía una roja huella, que había dejado aquella sangre después que le hubieron arrancado la lengua. A través de la piel transparente, casi se le veían los huesos. Parecía también mucho más viejo, casi decrepito. Anteriormente, sus ojos dirigían miradas siempre llenas de mala voluntad y desconfianza, y en su rostro vigilante y receloso estaban permanentemente reflejadas la incertidumbre y la alarma.

Pero ahora, en su semblante, no quedaba más que una expresión de dolor, pero tan suave y tranquila como la de los que duermen o la de los muertos. Acaso le infundía confianza el recuerdo de aquel ladrón crucificado, a quien Cristo perdonó desde su cruz; acaso estaba también desde el fondo de su alma dirigiéndose al Dios de la Misericordia, y hablándole así: «¡Oh Señor! Yo mordí como un bicho ponzoñoso; pero toda mi vida fui desgraciado. Yo padecí hambre, y las gentes me golpeaban, me pisoteaban y me maltrataban. Fui pobre y desventurado, y ahora me han torturado y crucificado, pero Tú, ¡oh Cristo misericordioso!, no has de rechazarme en la hora de la muerte».

Y la paz pareció evidentemente haber descendido hasta su desgarrado corazón.

Nadie reía, porque se advertía en aquel hombre crucificado tal tranquilidad y se le veía tan decrepito, tan indefenso, tan débil, e inspiraba su humildad tal compasión, que muchos se preguntaban, a pesar suyo, cómo era posible torturar y sacrificar a hombres que de todos modos habrían de morir pronto.

La multitud guardaba silencio.

Entre los augustanos, Vestinio, volviéndose a derecha e izquierda, susurraba con voz temerosa:

—¡Ved cómo mueren!

Y otros esperaban con ansiedad la entrada del oso, deseando que terminara cuanto antes aquel espectáculo.

El oso llegó, por fin, al circo, y moviendo de un lado a otro la cabeza, inclinada hacia el suelo, miraba a su alrededor, sin levantarla, como si buscara algo en la arena. Por último vio la cruz y el cuerpo desnudo. Se aproximó y se alzó enseguida sobre sus patas traseras, mas volvió luego a su posición natural, y echándose al pie de la cruz empezó a gruñir, como si hasta en su corazón de fiera se hubiera dejado sentir la voz de la compasión hacia aquel despojo de hombre.

De pronto, los esclavos del circo empezaron a gritar azuzando a la fiera con sus gritos. Pero los espectadores se mantuvieron silenciosos.

Entretanto, Quilón había levantado con lentitud la cabeza y, por espacio de algunos instantes, recorrió con la vista la concurrencia. Por último, se detuvieron sus ojos en un punto situado en una de las filas de asientos de la parte más alta del anfiteatro, y entonces sucedió algo que causó la admiración y el asombro de los espectadores. Su rostro se iluminó con una sonrisa; una aureola de luz rodeó su frente; sus ojos se alzaron al cielo antes de morir, y, al cabo de algunos instantes, dos gruesas lágrimas que habían asomado a sus párpados se deslizaron lentamente por su rostro.

Y expiró.

En ese mismo momento, una varonil y resonante voz se dejó oír desde la parte más alta del velarium.

—¡Paz a los mártires! —exclamó.

En el anfiteatro reinaba un profundo silencio.

XXIX

Después del espectáculo dado al pueblo en los jardines del César, las prisiones quedaron casi vacías. Cierto es que todavía seguían apoderándose y encarcelando víctimas sospechosas de practicar la superstición oriental, pero las persecuciones de día en día daban por resultado la captura de un número menor de personas, número apenas suficiente para los espectáculos próximos, que debían sucederse con rapidez.

El pueblo, harto ya de sangre, manifestaba un cansancio creciente y una alarma que cada día tomaba proporciones mayores a causa de la actitud sin precedentes de los condenados. Y temores semejantes al del supersticioso Vestinio se apoderaron de millares de individuos.

Entre las multitudes se referían consejas maravillosas con respecto a la índole vengativa del Dios de los cristianos. El tifus de las prisiones, que se había extendido por la ciudad, aumentó el temor general.

El número de funerales aumentaba incesantemente y se repetía de boca en boca la afirmación de que serían necesarios nuevos piacula para apaciguar al desconocido Dios. En los templos se hicieron ofrendas a Júpiter y a Libitina. Y, por último, a despecho de todos los esfuerzos de Tigelino y de sus secuaces, seguía propagándose en el pueblo la opinión de que la ciudad había sido incendiada por orden del César y de que a los cristianos se les estaba castigando injustamente.

Pero, por esa misma razón, el César y Tigelino no cesaban en las persecuciones. Para calmar las multitudes se ordenaron nuevas distribuciones de trigo, aceitunas y vino. Para ayudar a los propietarios se publicaron nuevos reglamentos llenos de ventajas para la reconstrucción de los edificios, así como otras diversas disposiciones relativas a la anchura de las calles y a los materiales que debieran emplearse en la construcción, a fin de evitar la propagación de incendios en el futuro.

El César en persona asistía a las sesiones del Senado para tomar consejo con los patres acerca de la mejor manera de promover el bienestar del pueblo y de la ciudad; pero ni siquiera una sombra de clemencia se dejó ver en favor de los condenados. El señor del mundo se había propuesto firmemente, y sobre todas las cosas, dejar arraigada en el ánimo del populacho la convicción de que tan implacables castigos sólo podían ser infligidos a los verdaderos criminales.

En el Senado no se dejó escuchar ninguna voz en favor de los cristianos, porque nadie quería ofender al César, y, además, todos aquellos que miraban hacia el futuro con ojo previsor insistían en la creencia de que los fundamentos

de la dominación romana no podrían prevalecer contra la nueva fe.

Los muertos y los moribundos eran entregados a sus parientes, pues las leyes romanas no comprendían en su venganza a los cadáveres.

Vinicio experimentó una especie de triste consuelo al pensar en que si Ligia moría podría sepultarla en la tumba de su familia y descansar a su lado. Y ya no abrigaba la menor esperanza de salvarla. Desprendido a medias de la existencia, consagrado por entero a Cristo, no soñaba ya en otra unión con Ligia sino en la eterna. Su fe ya no reconocía límites; ante ella, la eternidad le parecía algo incomparablemente más cierto y más real que la vida fugaz que había llevado hasta entonces. Su corazón desbordaba con fervor religioso. Ya en vida se había transformado en un ser inmaterial que, deseando para sí una liberación completa, la deseaba también para el alma que amaba.

Se imaginaba que él y Ligia se tomarían de las manos e irían al Cielo, y, allí, Cristo les bendeciría y les dejaría vivir en un mundo de luz tan sereno e inmenso como la luz de la aurora. Solamente imploraba a Cristo que evitase a Ligia los tormentos del circo y la dejara dormir dulcemente su sueño eterno en la prisión. Abrigaba la plena certidumbre de que moriría al mismo tiempo que ella.

No creía, en vista del mar de sangre que se había derramado, que sólo ella sería perdonada. Había oído decir a Pedro y a Pablo que ellos mismos debían también morir con la muerte de los mártires. Y la vista de Quilón en la cruz le había convencido de que hasta la muerte del mártir podía ser una dulce muerte, de ahí que la deseara para Ligia y para él mismo, como el cambio deseado de un destino, triste, adverso y opresivo a otro mejor.

Por momentos se anticipaba su espíritu a la existencia que preveía más allá de la tumba. Esa tristeza, que ahora se cernía sobre sus almas, iba perdiendo paulatinamente su anterior amargura y transformándose, por grados, en una entrega tranquila y ultraterrena a la voluntad de Dios.

Vinicio, que antes había luchado de tan esforzada manera contra la corriente, por fin se había dejado llevar por ella, convencido de que había de conducirlo hacia la calma eterna.

Adivinaba, asimismo, que Ligia, como él, estaba preparándose para la muerte, y que, a pesar de las murallas de la prisión que los separaban, iban ambos avanzando juntos, y esa idea le hacía sonreír como si estuviera sonriendo a la felicidad.

Y, en verdad, iban avanzando juntos, con tanta conformidad como si a diario hubieran estado cambiando ideas.

La propia Ligia no alimentaba ningún deseo ni esperanza alguna que no

fueran la esperanza de la vida de ultratumba. La muerte se presentaba a la joven no tan solamente como una liberación de las terribles murallas de aquella cárcel y de las manos criminales del César y de Tigelino, sino también como la hora de su matrimonio con Vinicio.

En presencia de esa incommovible certidumbre, todo lo demás carecía de importancia. Después de la muerte vendría su felicidad, y una felicidad que, en cierto modo, se hallaba también vinculada a la felicidad terrenal de que ella no había disfrutado; por esta razón la esperaba como una novia aguarda el día de sus nupcias.

Y esa inmensa corriente de fe, que arrancaba de las realidades de la vida terrenal y llevaba hasta más allá de la tumba a millares de aquellos primeros confesores de Cristo, arrastraba también a Urso.

Su corazón bueno y sencillo no se había resignado ante la idea de la muerte de Ligia; pero cuando día a día atravesaban las murallas de la prisión las noticias de lo que estaba aconteciendo en los anfiteatros y en los jardines; cuando la muerte parecía ser el común e inevitable destino de todos los cristianos y también su salvación, más alta que todas las demás concepciones terrenas de la felicidad eterna, él no se atrevía ya tampoco a rogar a Cristo que privase a Ligia de aquella felicidad, o que la aplazara por largos años. En su alma ingenua de bárbaro pensaba, además, que a la hija del jefe ligio le correspondía, de aquellas celestiales delicias, una participación mucho mayor que la que merecería toda una multitud de seres vulgares como él, y que, en medio de la eterna bienaventuranza, ella estaría sentada más cerca del Cordero que otros.

Ciertamente había oído decir que ante Dios todos los hombres eran iguales; pero en el fondo de su alma seguía convencido de que la hija del jefe de todos los ligios no podría ser igual a cualquier esclava. Y esperaba también que Cristo le permitiría seguir sirviendo a Ligia.

Por otra parte, su único deseo secreto era morir como el Cordero, en la cruz. Pero esto le parecía una felicidad tan grande, que apenas si osaba pedirla en sus oraciones, a pesar de saber que en Roma hasta los más atroces criminales eran crucificados.

Pensaba, con seguridad, que le condenarían a morir destrozado por las bestias feroces; y éste era su pesar íntimo. Desde su niñez había vivido en bosques impenetrables, en medio de incesantes cacerías, en las que, gracias a sus fuerzas sobrehumanas, se había hecho famoso entre los ligios, aun antes de llegar a la virilidad. Esa ocupación había llegado a ser tan agradable para él, que últimamente, durante su estancia en Roma, viéndose obligado a renunciar a ella, gustaba de ir a los viveros y a los anfiteatros y contemplar las fieras conocidas y las desconocidas. Y la vista de ellas despertaba siempre en su

ánimo el deseo irresistible de luchar y de matar. Así pues, ahora, en el interior de su alma, le asaltaba el temor de que al encontrarlas en el anfiteatro se viera tentado con pensamientos indignos de un cristiano, cuyo deber era morir piadosa y mansamente. Pero se encomendaba a Cristo, y otros pensamientos más agradables venían a confortarlo.

Habiendo oído decir que el Cordero había declarado la guerra a los poderes del infierno y a los espíritus malignos, entre los que la fe cristiana incluía todas las divinidades paganas, pensó que en esa guerra él podría servir al Cordero y servirle mejor que otros; porque no podía dejar de creer que su alma no fuera más fuerte que las almas de los otros mártires. Finalmente, durante días enteros prestaba sus servicios a los presos, ayudaba a los carceleros y consolaba a su reina, quien se lamentaba, en ocasiones, de no haber podido, en su corta vida, realizar tantas buenas acciones como la célebre Tabita, de quien le había hablado Pedro el apóstol.

Hasta los guardianes de la prisión, que temían las terribles fuerzas de este gigante, ya que contra ellas de nada servían rejas ni cadenas, llegaron finalmente a cobrarle afecto por su mansedumbre.

Asombrados por su índole pacífica, se preguntaban más de una vez cuál sería la causa de ella. Y él les hablaba con tan firme convicción de la vida que le aguardaba después de la muerte, que le escuchaban maravillados, comprendiendo por primera vez que la felicidad podía penetrar a través de las murallas de una mazmorra, hasta la que no llegaban los rayos del sol.

Y cuando él los exhortaba a que creyeran en el Cordero, solía asaltar a más de uno la idea de que los servicios que estaban desempeñando eran servicios de esclavos; sus vidas, las vidas de unos desgraciados, y se ponían, finalmente, a meditar acerca de su fatal destino, cuyo único término era la muerte. Y la muerte, para ellos, no traía otra cosa que un temor nuevo, y nada les prometía más allá de la tumba; en tanto que aquel gigante ligo y aquella virgen, semejante a una flor arrojada sobre la paja de la cárcel, iban hacia ella con alegría, como si se encaminaran a las puertas de la felicidad.

XXX

Una noche, Escevino, el senador, visitó a Petronio y tuvo con él una larga conversación, en la que ambos trataron de los duros tiempos en que vivían, y hablaron del César.

Escevino se expresó con tan abierta franqueza, que, aunque era amigo de Petronio, éste se puso en guardia. Se quejaba Escevino de que se estaba

llevando una existencia de locuras e injusticias, y que todo aquello bien pudiera terminar en una catástrofe aún más terrible que el incendio de Roma. Y agregaba que hasta los augustanos se hallaban descontentos; que Fenio Rufo, segundo prefecto de los pretorianos, soportaba con el mayor esfuerzo las infames órdenes de Tigelino, y que todos los parientes de Séneca se hallaban en un estado de consternación extrema a causa de la conducta que el César estaba observando, tanto con su antiguo maestro, como con el mismo Lucano.

Finalmente empezó a hacer alusiones al descontento que reinaba en el pueblo, y aun entre los pretorianos, cuya voluntad, en su mayor parte, se había ganado ya Fenio Rufo.

—¿Por qué me estás diciendo eso? —preguntó Petronio.

—En interés del César —contestó Escevino—. Tengo entre los pretorianos un pariente lejano que también lleva el nombre de Escevino, y por él sé lo que ocurre en el campamento. El desagrado cunde allí de igual manera. Calígula, como sabes, estuvo también loco, y también sabes lo que sucedió. Se presentó Casio Queroneo... Ese fue un hecho terrible, y por cierto que no hay entre nosotros persona alguna que pueda ensalzarlo; y, sin embargo, Casio Queroneo libertó el mundo de un monstruo.

—¿Quieres decir, entonces, que tus palabras tienen este significado: «Yo no alabo a Casio Queroneo; pero él fue un hombre perfecto, y pluguiera a los dioses darnos tantos hombres de ese temple como sea posible»? —preguntó Petronio.

Pero Escevino cambió el tema de la conversación y empezó enseguida a elogiar a Pisón, exaltando a su familia, encomiando la nobleza de su espíritu, el cariño que tenía por su esposa, y, finalmente, su inteligencia, su serenidad y su admirable don de gentes.

—El César no tiene descendencia —agregó—, y todo el mundo mira como sucesor suyo a Pisón. Y es indudable también que todos les ayudarían con el más decidido empeño a subir al poder. Fenio Rufo le ama; los parientes de Anneo le son completamente adictos. Plaucio Laterano y Tulio Senecio se dejarían echar al fuego por él; de igual manera Natal, Subrio Flavio, Sulpicio Asper, Afrinia Quincio y aun Vestinio.

—De este último bien poco ha de resultar en favor de Pisón —replicó Petronio—. Vestinio tiene miedo hasta de su propia sombra.

—Vestinio teme los sueños y los espíritus —contestó Escevino—, pero es un hombre práctico a quien el pueblo, muy cuerdamente, quisiera nombrar cónsul. El hecho de que desde el fondo de su alma sea contrario a las persecuciones de que se ha hecho víctima a los cristianos debiera ser para ti una cualidad que te predispusiera en su favor; pues a ti también te importa que

cese ya esta locura.

—No a mí, sino a Vinicio —contestó Petronio—. Por consideración a Vinicio quisiera salvar a cierta doncella, mas no puedo, pues he perdido ya el favor de Ahenobarbus.

—¿Cómo es eso? ¿No has notado que el César se te acerca ahora nuevamente y empieza a conversar contigo? Y te diré por qué. Se está preparando para el viaje a Acaya, donde piensa entonar los cánticos en griego de que es autor. Arde ya en deseos de emprender ese viaje; pero tiembla también al pensar en la índole cínica de los griegos. Se imagina que allí ha de alcanzar, o el mayor de los triunfos, o la más tremenda de las derrotas. Necesita, pues, buenos consejos y sabe que ninguno sabrá dárselos mejor que tú. Ésta es la razón por la que ya empiezas a recobrar su favor.

—Lucano podría ocupar mi puesto.

—Barbas de Cobre aborrece a Lucano, y en el fondo de su alma tiene ya dictada la sentencia de muerte contra el poeta. Sólo está buscando el pretexto, porque ya sabes que él necesita tener siempre un pretexto. Lucano se da cuenta de que hay que darse prisa.

—¡Por Cástor! —dijo Petronio—. Es muy posible. Pero yo podría tener otro medio de recobrar prontamente su favor.

—¿Cuál?

—Repetiendo a Barbas de Cobre cuanto acabas de decirme.

—¡Yo nada he dicho! —exclamó Escevino, alarmado.

Petronio puso una mano en el hombro del senador y dijo:

—Tú has llamado loco al César; tú has previsto la sucesión de Pisón y has dicho: «Lucano comprende que hay que darse prisa». ¿Qué cosas quisieras tú apresurar, carissime?

Escevino se puso pálido, y, por un instante, ambos se miraron fijamente en los ojos.

—¡Tú no lo repetirás!

—¡Por las caderas de Venus, no lo repetiré, por cierto! ¡Qué bien me conoces! No; yo no he de repetirlo. Nada he oído, y, por otra parte, nada quiero oír tampoco... ¿Entiendes? La vida es demasiado corta para que en ella se encuentre tiempo de iniciar empresa alguna que valga la pena. Te pido solamente que hoy mismo visites a Tigelino y converses con él tanto tiempo como el que has empleado en conversar conmigo acerca del tema que mejor te plazca.

—¿Por qué?

—A fin de que si alguna vez Tigelino me dice: «Escevino estuvo contigo», pueda yo contestarle: «Contigo también estuvo el mismo día».

Escevino, al escuchar estas palabras, rompió el bastón de marfil que tenía en la mano y dijo:

—¡Reniego de este bastón! Iré a ver a Tigelino hoy mismo; y más tarde asistiré a la fiesta de Nerva. Supongo que también irás tú. En todo caso, adiós, hasta que nos encontremos en el anfiteatro, en donde se presentarán pasado mañana los últimos cristianos... ¡Adiós!

—¡Pasado mañana! —repitió Petronio cuando se halló solo—. No hay tiempo que perder. En efecto, Ahenobarbus ha de necesitarme en Acaya, de ahí el que desee contar conmigo.

Y decidió tentar el último recurso.

En efecto, en la fiesta de Nerva, el César pidió que Petronio viniese a inclinarse frente a él, pues deseaba conversar con el árbitro acerca de Acaya y de las ciudades en las que pudiera presentarse con mayor probabilidad de éxito. Le preocupaban más que nada los atenienses, a quienes temía. Algunos de los augustanos mantenían atento oído a esta conversación, con objeto de retener las migajas de las opiniones del árbitro y presentarlas después como opiniones propias.

—Paréceme que no he vivido hasta ahora —dijo Nerón—; y me imagino que voy a nacer solamente en Grecia.

—Allí vas a nacer a una nueva gloria y a la inmortalidad —contestó Petronio.

—Confío en que esto resulte cierto, y que Apolo no se muestre envidioso. Si de allí regreso triunfante, le ofreceré una hecatombe, como antes no la haya tenido ningún otro dios.

Escevino empezó entonces a repetir los versos de Horacio:

Sic te diva potens Cypri,

Sic fratres Helena, lucida sidera,

Ventorumque regat Pater...

—El barco ya se halla dispuesto en Nápoles —dijo el César—. Quisiera partir mañana mismo, si ello fuese posible.

Al oír esto, Petronio se levantó, y, mirando fijamente a los ojos de Nerón, dijo:

—Permíteme, ¡oh divinidad!, celebrar una fiesta nupcial, a la que te invitan a ti antes que a todos los demás.

—¿Una fiesta nupcial? ¿Qué fiesta nupcial? —preguntó Nerón.

—La de Vinicio con aquel rehén tuyo, con la hija del rey ligio. Ella está actualmente en una prisión, es cierto; pero, en su calidad de rehén, no se halla sujeta a encarcelamiento. En segundo lugar, tú mismo dispusiste que Vinicio se uniese a ella en matrimonio, y como tus sentencias son inmutables como las de Zeus, tú has de ordenar que salga de la prisión y yo la entregaré a su amante.

La sangre fría y el tranquilo dominio de sí mismo con que Petronio hablaba inmutaron a Nerón, quien se inmutaba siempre que alguien le hablaba de esta manera.

—Ya sé —dijo, bajando los ojos—. He pensado en ella y en aquel gigante que mató a Crotón.

—En ese caso, ambos están salvados —contestó Petronio con tranquilo acento.

Pero Tigelino acudió en ayuda de su señor, diciendo:

—Ella está en una prisión por voluntad del César, y tú mismo lo has dicho, ¡oh Petronio!, que sus sentencias son inmutables.

Todos los circunstantes, que conocían la historia de Vinicio y de Ligia, comprendieron perfectamente de qué se trataba; así pues, guardaron un silencio lleno de interés por conocer el resultado de aquella conversación.

—Ella está en una prisión contra la voluntad del César, y por causa de un error tuyo, debido a tu ignorancia de la ley de las naciones —replicó enfáticamente Petronio—. Tú eres un necio, Tigelino; pero, con todo, estoy seguro de que tú mismo no intentarás afirmar que ella incendió Roma, y si tal hicieras, ciertamente que no te lo habría de creer el César.

Pero Nerón se había repuesto ya y empezaba a entornar sus ojos miopes con una expresión de indecible maldad.

—Petronio tiene razón —dijo, al cabo de algunos instantes.

Tigelino le dirigió una mirada llena de sorpresa.

—Petronio tiene razón —repitió Nerón—. Mañana se abrirán las puertas de la prisión; y, en cuanto a la fiesta nupcial, hablaremos de ella al día siguiente en el anfiteatro.

«He perdido nuevamente», pensó Petronio.

Y al volver a su casa creyó tan seguro que había llegado el fin de Ligia,

que mandó al anfiteatro a uno de sus libertos de confianza con el objeto de negociar con el jefe spoliarium la entrega del cadáver de la joven, que deseaba entregar a Vinicio.

XXXI

En tiempos de Nerón, tanto en el anfiteatro como en el circo se hicieron frecuentes los espectáculos nocturnos, que habían sido raros hasta esa época y se habían dado solamente en casos excepcionales. A los augustanos les gustaban porque, frecuentemente, eran seguidos de banquetes y orgías que duraban hasta el amanecer. Y aunque el pueblo se hallaba ya harto de sangre, cuando se extendió la noticia de que se aproximaba el fin de los juegos y que los últimos cristianos iban a perecer en una fiesta nocturna, una concurrencia inmensa se agolpó en el anfiteatro.

Los augustanos acudían sin faltar uno solo, porque comprendían que aquél no iba a ser un acontecimiento vulgar y sabían que el César había resuelto hacerse a sí mismo un espectáculo del sufrimiento de Vinicio.

Tigelino había mantenido en reserva la índole del castigo que se intentaba infligir a la prometida esposa del joven tribuno, y esa reserva contribuyó a despertar mayor curiosidad en el público.

Los que habían conocido a Ligia en casa de Aulo Plaucio decían primores de su belleza. A otros les preocupaba, ante todo, la cuestión de si, en realidad, irían a ver a Ligia en la arena aquella noche; porque muchos de los que habían oído la respuesta que el César diera a Petronio en casa de Nerva la explicaban de dos maneras: algunos suponían simplemente que Nerón daría, o quizá habría dado, la doncella a Vinicio; recordaban que ella era un rehén, y, por consiguiente, disfrutaba de plena libertad para adorar a cualquiera de las divinidades que fuesen de su agrado, y que la ley de las naciones no autorizaba su castigo.

La incertidumbre, la expectación y la curiosidad dominaban a todos los concurrentes.

El César llegó más temprano que de ordinario, e inmediatamente después de su presentación en el anfiteatro, los concurrentes se decían al oído que, evidentemente, iba a suceder algo extraordinario, porque además de Tigelino, y de Vatinio, el César traía consigo a Casio, centurión de gran corpulencia y gigantescas fuerzas, a quien hacía venir solamente en los casos en que deseaba tener a su lado un defensor, como por ejemplo, cuando emprendía alguna de sus expediciones nocturnas al Suburra o cuando disponía el entretenimiento

llamado sagatio, que consistía en mantear a las doncellas que encontraba en el camino, sirviéndose para ello del manto de un soldado.

Se notaba, asimismo, que en el anfiteatro propiamente dicho se habían tornado ciertas precauciones. El número de guardias pretorianos había sido aumentado, y tenía el mando de ellos no un centurión, sino el tribuno Subrio Flavio, conocido hasta entonces por su ciega adhesión al César. Se comprendió entonces que Nerón deseaba en todo caso ponerse a cubierto contra cualquier estallido de desesperación por parte de Vinicio, y esto hizo avivar más la curiosidad. Todas las miradas se fijaban ansiosamente en el sitio donde estaba sentado el desdichado amante. Éste se hallaba mortalmente pálido, cubrían su frente gotas de sudor y estaba inseguro como los demás espectadores, sintiéndose, además, dominado por una profunda zozobra.

Como Petronio no sabía exactamente lo que iba a suceder, no le dijo nada. Sólo le preguntó al volver del lado de Nerva si estaba dispuesto a todo, y luego, si pensaba quedarse hasta el fin del espectáculo. A estas dos interrogaciones, el joven tribuno contestó afirmativamente; pero un estremecimiento recorrió todo su cuerpo, pues adivinó que Petronio tenía razón para hacer ambas preguntas.

Por espacio de algún tiempo no había vivido, puede decirse, sino con la mitad de su ser; se hallaba hundido ya en las profundidades del no existir y se había reconciliado también con la idea de la muerte de Ligia, desde que la una y la otra muerte eran sinónimas de liberación y de matrimonio. Pero ahora se trataba de otra situación, y pudo convencerse de que una cosa era pensar en el momento postrero cuando se hallaba distante —como en un apacible sueño—, y otra, ser testigo del tormento del ser que amaba más que la propia vida.

Todos los sufrimientos que antes había soportado parecieron revivir en él. La desesperación que en su alma se había calmado un tanto, ahora volvía a despertar de nuevo en ella; el antiguo deseo de salvar a Ligia a toda costa se apoderó nuevamente de él.

Desde aquella mañana había intentado penetrar en los cunicula, a fin de estar cierto de que ella se encontraba allí; pero los pretorianos custodiaban todas las entradas y tenían órdenes tan severas, que ninguno de los soldados, aun de los que él conocía, se había dejado ablandar por dinero ni por súplicas. A Vinicio le parecía que la incertidumbre le mataría antes que presenciase el espectáculo.

En un rincón del fondo de su corazón palpitaba todavía la esperanza de que quizá Ligia no se hallase en el anfiteatro y de que eran infundados sus temores. Por momentos se aferraba a esta esperanza con todas sus fuerzas. Y se decía interiormente que bien podía Cristo sacarla de la prisión, no permitiendo que fuese torturada en el circo.

Antes se había resignado en todo a la voluntad divina, pero ahora, después de haber sido rechazado de las puertas de los cunicula, cuando volvió a su sitio en el anfiteatro, se convenció, por las miradas llenas de curiosidad que le dirigían, que podían ser ciertas hasta las más horrendas suposiciones. Empezó a implorar a Dios desde lo íntimo de su alma, con una vehemencia que lindaba en la amenaza:

—¡Tú no puedes!... ¡Tú no puedes! —repetía, apretando convulsivamente los puños.

Hasta entonces no había podido siquiera imaginarse que aquel momento, al transformarse en realidad, sería tan terrible. Y ahora, a pesar de no tener plena conciencia de lo que le estaba sucediendo, sentía que si viera a Ligia, su amor a Dios podía transformarse en odio, y su fe en desesperación. Pero aquel sentimiento le llenaba a la vez de estupor, pues temía ofender a Cristo en los mismos instantes en que estaba pidiéndole su misericordia y la realización de un milagro.

El ya no imploraba a Dios que conservara la vida a Ligia; le pedía tan sólo que la dejase morir antes que fuera traída a la arena; y desde lo profundo de los abismos de su dolor repetía interiormente «¡No me niegues esto, Señor, y te amaré más, mucho más que hasta ahora!».

Luego, sus pensamientos se agitaban como un mar embravecido por la tempestad. Se despertaban en él deseos de sangre y de venganza. Le acometían ímpetus locos de lanzarse sobre Nerón y ahogarle allí mismo, en presencia de todos los espectadores; pero, enseguida, sentía que aquel deseo implicaba una nueva ofensa hecha a Cristo y una infracción de los mandamientos de su ley. A intervalos cruzaban por su cabeza relámpagos de esperanza de que todo aquello que hacía estremecer su alma podría ser evitado por una mano omnipotente y misericordiosa; pero, enseguida, esas esperanzas se desvanecían y él se sumergía de nuevo en un dolor inconmensurable al ver que Aquel que podía reducir el circo a polvo con sólo una palabra y salvar a Ligia la había abandonado, a pesar de que ella confiaba en Él y le amaba con toda la fuerza de su puro corazón.

Y seguía pensando que ella se hallaba en aquel antro lóbrego, débil, indefensa, abandonada al capricho o a la mala voluntad de guardianes brutales, exhalando, acaso, el aliento postrero, mientras él se veía obligado a esperar, completamente desvalido, en aquel horrible anfiteatro, sin saber qué tortura le estaba destinada, ni de qué escena podría ser testigo de un momento a otro.

Finalmente, así como el que cae en un precipicio se aferra a todo lo que puede asir en sus bordes, así Vinicio se asía con toda su alma al pensamiento de que solamente la fe podía salvarla. ¡Sólo le quedaba este recurso! Pedro había dicho que la fe podía mover hasta los fundamentos de la tierra.

Así pues, aplastó dentro de sí la duda y concentró todo su ser en la palabra creo, y esperó un milagro. Pero así como una cuerda demasiado tensa puede romperse, así a él le quebrantaron los esfuerzos. Una palidez mortal cubrió su rostro y sintió que su cuerpo desfallecía. Pensó entonces que había sido escuchada su plegaria porque ya venía la muerte a visitarle.

Le pareció también que, en aquel mismo momento, debía morir Ligia también, y que Cristo así los llevaría unidos hacia Él. Y la arena, las blancas togas, los espectadores incontables y la luz de millares de lámparas y antorchas, todo se desvaneció ante su vista.

Pero su desmayo no duró mucho tiempo. Al cabo de pocos instantes volvió en sí; lo volvieron en sí los golpes que daba con los pies la impaciente multitud.

—Tú estás enfermo —le dijo Petronio—; manda que te conduzcan a casa.

Y, sin preocuparse de lo que el César diría, se levantó para sostener a Vinicio y salir con él.

Su corazón estaba lleno de lástima por el joven tribuno. Se sentía, además, irritado hasta lo indecible porque el César había estado mirando a través de su esmeralda a Vinicio, estudiando su dolor con aire de satisfacción, acaso para describirlo después con algunas patéticas estrofas con las que pudiera conquistarse el aplauso de sus oyentes.

Vinicio movió la cabeza. Bien podría morir en aquel anfiteatro; pero no podía salir de él. Por otra parte, el espectáculo habría de empezar de un momento a otro.

Y así era, porque, casi en aquel instante, el prefecto de la ciudad agitó un pañuelo rojo, y, a esa señal, rechinaron los goznes de una puerta situada en el lado opuesto al podium cesáreo, y del oscuro antro salió Urso a la arena, brillantemente iluminada.

El gigante cerró los ojos, cegado por el brillo de la arena; luego se adelantó hacia el centro, mirando entretanto a su alrededor, como si quisiera darse cuenta del destino que le estaba reservado. Era sabido por todos los augustanos y por la mayor parte de los espectadores que aquel hombre había aplastado a Crotón, así que, a su vista, un murmullo recorrió todo el anfiteatro.

En Roma no faltaban gladiadores de estatura considerable, superior a la estatura ordinaria de un hombre, pero los ojos de los romanos no habían visto jamás hasta entonces un gigante parecido a Urso. Casio, de pie en el podium del César, parecía insignificante al lado de aquel ligio. Los senadores, las vestales, el César, los augustanos y el pueblo contemplaban con el placer de verdaderos conocedores aquellos poderosos miembros, tan fuertes como

troncos de árboles, aquel pecho, tan amplio como dos escudos unidos, y aquellos brazos de Hércules.

Y el murmullo fue en aumento. Para aquellas multitudes no podía existir un placer mayor que el de contemplar esos músculos en lucha.

Al murmullo iban ahora mezclándose gritos y vehementes preguntas, como ésta:

—¿Dónde está ese pueblo que produce tales gigantes?

Y Urso estaba allí, en medio del anfiteatro, desnudo, más parecido a un hombre que a un coloso de piedra, concentrado en sus pensamientos y, al mismo tiempo, con la mirada melancólica de los bárbaros. Y mientras tanto, examinaba con la cándida expresión de sus ojos azules, llena de sorpresa, la arena desierta, los espectadores, al César o el enrejado de los cunicula, por donde pensaba que saldrían sus verdugos. En el momento de salir a la arena, su sencillo corazón alentó por última vez la esperanza de que acaso en aquel anfiteatro le aguardaba una cruz; pero cuando vio que no estaba ni esa cruz, ni se veía agujero alguno en donde pudiera ser plantada, pensó que era indigno de tal favor y que moriría de otra manera, seguramente entre las garras de las bestias feroces.

Estaba desarmado y había decidido morir como convenía a un confesor del Cordero: tranquila y pacientemente. Entretanto, deseaba dirigir por última vez su plegaria al Salvador; así, pues, se arrodilló en la arena, juntó las manos y alzó los ojos hacia las estrellas que brillaban a través de la abertura superior del anfiteatro.

Su actitud desagradó a las multitudes. Estaban cansados ya de ver a los cristianos morir como ovejas. Comprendían que si el gigante no se defendía, el espectáculo fracasaría. Aquí y allá se escucharon algunos silbidos. Varios espectadores empezaron a pedir a gritos la presencia de los mastigophori, cuyo oficio era azotar a los combatientes que se resistían a luchar.

Pero pronto volvieron a guardar silencio, pues nadie sabía lo que esperaba el gigante, ni si éste no estaría dispuesto a luchar cuando se enfrentara con la muerte.

Y, en efecto, no tuvieron mucho que aguardar. De pronto se oyó el penetrante sonido de las trompetas de bronce; a esa señal se abrió un enrejado en el lado opuesto del podium del César y se precipitó en la arena, en medio de los gritos de los bestiarii, un enorme uro germano, que traía sobre la cabeza el cuerpo desnudo de una mujer.

—¡Ligia! ¡Ligia! —exclamó Vinicio.

Y luego se mesó los cabellos junto a las sienes, se agitó convulsivamente

como quien recibe en el cuerpo un penetrante dardo y empezó a repetir con voz inhumana:

—¡Yo creo! ¡Yo creo! ¡Oh Cristo, un milagro!

Y ni siquiera sintió que Petronio, en aquel momento, le cubría la cabeza con una toga. Le pareció que el dolor o la muerte le habían cerrado los ojos. No miraba, no veía. La sensación de un inmenso vacío se había apoderado de él. En su cabeza no existía ningún pensamiento; solamente sus labios repetían como si estuviera delirando:

—¡Creo! ¡Creo! ¡Creo!

Los espectadores enmudecieron. Los augustanos se levantaron de sus asientos como un solo hombre, pues en la arena había ocurrido algo extraordinario.

Aquel ligio, que hacía pocos instantes había estado sumisamente dispuesto a morir, apenas vio a su reina en los cuernos de la bestia feroz, saltó como si le hubiera tocado un hierro candente, e inclinándose hacia delante, corrió hacia el enfurecido animal.

De todos los pechos brotó un grito de asombro, después del cual sobrevino un profundo silencio.

El ligio cayó sobre el toro bravío en un abrir y cerrar de ojos y lo cogió por los cuernos.

—¡Mira! —exclamó Petronio arrancando la toga de la cabeza de Vinicio. Este se alzó, inclinó hacia atrás su rostro blanco como un lienzo y dirigió a la arena una mirada vidriosa y extraviada.

Todos los pechos contuvieron el aliento. En el anfiteatro se podía escuchar hasta el vuelo de una mosca. Los espectadores de aquella escena no daban crédito a lo que veían sus ojos. Desde que Roma era Roma nadie había visto nada semejante.

El ligio tenía a la bestia feroz sujeta por los cuernos. Los pies del hombre habían penetrado en la arena hasta los tobillos, tenía doblada la espalda como un arco tenso, la cabeza se le hundía entre los hombros, y en los brazos se destacaron los músculos de tal manera, que parecía que la piel iba a estallar bajo su presión; pero había logrado detener al toro en su camino. Y el hombre y la bestia permanecieron inmóviles hasta que llegó el momento en que los espectadores creyeron estar mirando un cuadro que representaba alguna de las hazañas de Hércules o Teseo, o un grupo escultural tallado en piedra.

Pero en aquel aparente reposo se hallaba en juego la potencia de dos fuerzas en lucha. El toro, como el hombre, tenía hundidas las patas en la arena y su oscuro y peludo cuerpo se hallaba encorvado de manera que parecía una

bola gigantesca.

Cuál de los dos flaquearía primero, cuál de los dos caería vencido, ésa era la cuestión para aquellos espectadores enamorados de tales luchas, que en aquel momento les importaba más que su propia suerte, y que toda Roma y su señorío del mundo entero.

Aquel ligio era en esos momentos un semidiós, digno de homenajes y de estatuas. El mismo César se había puesto de pie como los demás espectadores. Él y Tigelino habían oído hablar de las fuerzas extraordinarias del ligio y habían dispuesto aquel espectáculo expresamente, diciéndose el uno al otro en tono de burla:

—Veremos si ese matador de Crotón mata el toro que para él escojamos.

Así pues, ahora contemplaban atónitos aquel cuadro que tenían ante sus ojos como si no fuera real. En el anfiteatro había hombres que, levantando los brazos, permanecieron en tal postura. El sudor cubría los rostros de otros, como si fueran ellos los que estuviesen luchando con la fiera.

Ningún ruido se escuchaba en el circo, excepto el casi imperceptible que producían las oscilaciones de las llamas de las lámparas y el chirrido de los fragmentos de carbón que se desprendían de las antorchas. La voz había muerto en los labios de los espectadores, pero sus corazones palpitaban dentro de los pechos, como si quisieran hacerlos estallar.

A todos les parecía que aquella lucha databa de siglos. Pero el hombre y la bestia continuaban en su monstruoso esfuerzo, como si se hallaran plantados en el suelo.

Entretanto, un bramido sordo, semejante más bien a un gemido, se dejó oír en la arena, después del cual un grito ahogado salió de todos los pechos, y luego volvió a hacerse el silencio. Aquellas gentes creyeron que estaban soñando al ver que la monstruosa cabeza del uro empezaba a doblarse entre las manos de hierro del bárbaro.

El rostro, el cuello y los brazos del ligio se habían puesto de color de púrpura, y su espalda se había encorvado más todavía.

Era evidente que estaba reuniendo los restos de sus sobrehumanas fuerzas, pero que no podría resistir por mucho tiempo.

Más y más sordo, más ronco, más y más doliente fue haciéndose el bramido gemebundo del uro al mezclarse con el jadeo silbante del pecho del atleta. La cabeza de la bestia se doblaba más y más, y por entre sus mandíbulas se deslizó, por fin, hacia fuera una larga y espumajante lengua.

Un momento después llegó al oído de los espectadores cuyos asientos se hallaban más próximos una especie de crujido de huesos rotos; luego, la bestia

rodó por la arena con el cuello retorcido, muerta.

El gigante desató en un abrir y cerrar de ojos las cuerdas que sujetaban a Ligia sobre los cuernos del toro y, alzando en brazos a la doncella, respiró anhelosamente. Su rostro estaba pálido, tenía pegados al cuello y chorreando sudor los cabellos, y sus hombros y brazos parecían inundados de agua.

Por espacio de breves instantes permaneció en pie, como si estuviera consciente sólo a medias; enseguida alzó los ojos y miró hacia los espectadores. El anfiteatro se hallaba presa de una locura delirante. Las murallas del edificio temblaban ante los gritos estruendosos de decenas de miles de individuos.

Desde el principio de los juegos no se había visto en el circo una excitación semejante. Los que se hallaban sentados en las filas de la parte más alta del anfiteatro bajaron, formando un tumulto apiñado en los pasillos que separaban los bancos, a fin de contemplar más de cerca a aquel atleta.

De todas partes se escucharon gritos de gracia, gritos apasionados y persistentes, que pronto se convirtieron en un continuado trueno. El gigante se había convertido en el favorito de aquel pueblo, enamorado de la fuerza física, y era ya el primer personaje de Roma.

Urso comprendió, por fin, que la multitud estaba haciendo esfuerzos para concederle la vida y tornarle a la libertad; pero, evidentemente, su pensamiento no se detenía tan sólo en sí mismo. Así pues, paseó la vista a su alrededor por algunos instantes; luego se aproximó al podium del César y, sosteniendo el cuerpo de la doncella entre sus brazos extendidos, alzó hacia él los ojos, suplicante, como diciendo:

«¡Ten misericordia de ella! ¡Salva a la doncella! ¡Por ella he luchado!».

Los espectadores comprendieron perfectamente lo que Urso pedía.

A la vista de la desmayada doncella, que junto a la enorme figura del ligio parecía una tierna niña, la emoción se apoderó de la multitud de caballeros y senadores. Sus formas delicadas, tan blancas y como si hubieran sido cinceladas en alabastro, su desmayo, el horrendo peligro a que acababa de sustraerla el gigante, y, por último, su hermosura y su amor, habían conmovido, por fin, aquellos corazones. A muchos les parecía que era un padre que estaba pidiendo gracia para su hijo. Y la compasión brotó de súbito como una llama. Habían tenido ya suficiente sangre, muerte y martirio.

Y multitud de voces, ahogadas por las lágrimas, empezaron a pedir piedad para ambos.

Entretanto, Urso, sosteniendo siempre a la niña en sus brazos, se movía alrededor de la arena, y con sus ojos y sus ademanes seguía pidiendo la vida

para ella. Entonces saltó Vinicio de su asiento, salvó la barrera que separaba los asientos delanteros de la arena y, corriendo hacia Ligia, cubrió con su toga el desnudo cuerpo de la doncella. Luego, desgarrando la túnica de su pecho, puso al descubierto las cicatrices que en él dejaron las heridas recibidas en la guerra con los armenios, y extendió las manos hacia la multitud.

Ante este espectáculo, el entusiasmo de los espectadores sobrepasó a todo cuanto se había visto antes en un circo.

La plebe golpeaba furiosamente el suelo con los pies y aullaba. Las voces que pedían gracia se volvieron terribles. El pueblo, ahora, no sólo se ponía de parte del atleta, sino que se alzaba en defensa del soldado, de la doncella, del amor de ambos.

Y miles de espectadores se volvían al César con llamaradas de cólera en los ojos y con los puños crispados.

Pero Nerón se mantenía suspenso y vacilante. Realmente no odiaba a Vinicio; y la muerte de Ligia no le importaba, pero habría preferido ver el cuerpo de la doncella destrozado por los cuernos del toro o por las garras de las fieras. Su crueldad refinada, su imaginación enferma y sus deformes instintos encontraban una especie de deleite en aquellos espectáculos.

Y ahora, el pueblo deseaba privarle de ese placer. De ahí que la ira se pintara en su abotargado rostro.

El amor propio no le dejaba ceder a los deseos de la multitud. Y, sin embargo, no osaba oponerse a ellos, a causa de su cobardía innata.

Así pues, miró a su alrededor con el fin de ver si por lo menos entre los augustanos había dedos vueltos hacia el suelo en señal de muerte.

Pero Petronio tenía la mano en alto y miraba al rostro de Nerón con aire casi de reto. Vestinio, hombre supersticioso, pero accesible al entusiasmo y que temía los espectros, pero no a los vivos, dio también la señal de perdón. Lo mismo hizo Escevino, el senador, y lo mismo hicieron Nerva, Tulio Senecio, el viejo y famoso caudillo Ostonio, Escápulo, y Antistio, y Pisón, y Veto, y Crispino, y Minucio Termo, y Poncio Telesino, y el más importante de todos y el más favorecido por los homenajes del pueblo: Tráseas.

En vista de esto, el César se quitó la esmeralda del ojo con expresión llena de rabia y despecho; y Tigelino, con el deseo sistemático de vencer de nuevo a Petronio, dijo:

—No cedas, divinidad; tenemos a los pretorianos.

Entonces, Nerón se volvió al sitio en donde se hallaba accidentalmente al mando de los pretorianos el severo Subrio Flavio, quien hasta entonces había sido adicto a Nerón con toda su alma, y vio algo insólito. El semblante del

viejo tribuno se mantenía severo, pero lleno de lágrimas, y levantaba en alto la mano en señal de gracia.

Entretanto, la cólera empezaba a dominar las multitudes.

Debajo de sus pies, ya cansados de tanto golpear el suelo, se levantaban nubes de polvo que iban llenando el anfiteatro. Y, en medio de los rugidos, se escuchaban ya gritos de: «¡Ahenobarbus! ¡Matricida! ¡Incendiario!».

Nerón se sintió alarmado. Los romanos eran señores absolutos en el circo. Los anteriores cesares, y en especial Calígula, se habían permitido, a veces, contrariar la voluntad del pueblo; mas esto había traído siempre como resultado algunos disturbios, que llegaban a veces hasta el derramamiento de sangre. Pero Nerón se hallaba en situación muy distinta. En primer lugar, como actor y como cantante necesitaba el favor del pueblo, y luego, además, necesitaba conservar a la plebe de su parte contra el Senado y los patricios. Especialmente después del incendio de Roma, había tratado por todos los medios de ganarse la voluntad popular y desviar su cólera haciéndola pesar sobre los cristianos.

Comprendió, por otra parte, que oponerse por más tiempo era sencillamente peligroso. Un disturbio iniciado en el circo podría propagarse por toda la ciudad y tener resultados incalculables.

Dirigió, pues, de nuevo la vista a Subrio Flavio, a Escevino, el centurión, pariente del senador del mismo nombre, y a los soldados, y viendo por todas partes ceños adustos, rostros conmovidos y ojos fijos en él, dio la señal del perdón.

Y entonces, una tempestad indescriptible de aplausos se escuchó desde las más altas hasta las más bajas hileras de asientos. El pueblo estaba ya seguro de las vidas de los condenados, pues desde aquel momento se hallaban bajo su protección. El mismo César no osaría perseguirlos por más tiempo con su venganza.

XXXII

Cuatro bitinios transportaron a Ligia con el mayor cuidado a la casa de Petronio. Vinicio y Urso iban a pie a su lado, haciendo apresurar la marcha a fin de poder entregar a la joven cuanto antes en manos del médico griego. Hicieron el camino silenciosos, porque después de los acontecimientos de aquel día no tenían ánimos para hablar.

Vinicio, hasta entonces, parecía encontrarse sólo medio consciente. Se

repetía a sí mismo que Ligia estaba salvada; que ya no la amenazaban por más tiempo ni la prisión ni la muerte en el circo; que las desventuras de ambos habían terminado de una vez y para siempre; que se llevaba a su casa a Ligia para no volver a separarse jamás de ella. Y esto le parecía como el principio de otra vida, que no era la vida real. De vez en vez se inclinaba hacia la abierta litera para contemplar aquel amado rostro, que a la luz de la luna parecía dormido, y repetía mentalmente: «¡Es ella! ¡Cristo la ha salvado!». Y recordaba también que en los momentos en que él y Urso la iban sacando fuera del spoliarium le había asegurado un médico desconocido que la joven estaba viva y viviría.

A esta idea, la felicidad inundaba de tal manera su corazón, que se sentía desfallecer y, no pudiendo seguir marchando por sus propios pies, se apoyaba en el brazo de Urso. Este último, entretanto, iba con los ojos fijos en el cielo, cubierto de estrellas, y oraba. Y seguían apresuradamente su camino por calles en donde brillaban, a la luz de la luna, multitud de blancos edificios recientemente construidos.

La ciudad estaba desierta. En algunos lugares se veían grupos de individuos coronados de hiedra cantando y bailando delante de los pórticos al son de flautas, disfrutando así de la hermosura excepcional de aquella noche y de la regocijada estación de fiestas, que no habían tenido interrupción desde el principio de los juegos. Solamente cuando se encontraba ya cerca de la casa, Urso dejó de orar y dijo a Vinicio en voz baja, como si temiese despertar a Ligia:

—Señor, ha sido el Salvador quien la ha librado de la muerte. Cuando yo la vi en los cuernos del uro escuché que en el fondo de mi alma me decía una voz: «¡Defiéndela!». Y ésa era, sin duda, la voz del Cordero. La permanencia en la prisión me había quitado las fuerzas; pero El me las devolvió todas en aquel momento, y Él también movió ese pueblo cruel a fin de que se pusiera de parte de ella. ¡Hágase su voluntad!

Vinicio contestó:

—¡Ensalzado sea su nombre!

Y no pudo agregar más, porque en aquel instante sintió que el llanto hinchaba su pecho. Se sentía dominado por un deseo irresistible de arrodillarse y dar gracias al Salvador por su prodigio y su misericordia.

Entretanto llegaron a casa. Los sirvientes, advertidos por un esclavo que había sido enviado con anticipación, salieron en grupo a su encuentro.

Pablo de Tarso había convertido en Ancio a la mayor parte de aquellos sirvientes. A todos les eran perfectamente conocidos los infortunios de Vinicio; de manera que su gozo al ver de nuevo sanas y salvas a las víctimas

arrancadas al odio de Nerón fue inmenso y se acrecentó todavía más cuando el médico Teocles declaró que Ligia no había sufrido gravemente, y que, una vez pasada la debilidad ocasionada por la fiebre de la prisión, recobraría la salud.

Aquella misma noche recobró sus sentidos. Y al despertar en aquel espléndido cubiculum iluminado por lámparas corintias y en el que se aspiraba el aroma de la verbena no supo en dónde se hallaba ni qué le sucedía. Recordaba sólo el momento en que la habían atado a los cuernos del encadenado toro; de manera que al ver sobre ella el rostro de Vinicio iluminado por el suave fulgor de la lámpara se imaginó que ya no se hallaba en la tierra.

Las ideas se confundían en su debilitado cerebro, y le parecía natural encontrarse detenida en su camino hacia el cielo a causa de sus torturas y su debilidad. Pero como no sentía ningún dolor, sonrió a Vinicio e intentó preguntar dónde se hallaban ambos; pero de sus labios salió un leve susurro, en el que apenas pudo el joven tribuno adivinar su propio nombre.

Entonces se arrodilló junto a su lecho y, poniendo una mano en la frente de la joven, dijo:

—¡Te ha salvado Cristo y te ha devuelto a mi amor!

Los labios de la joven se movieron con suavidad en un imperceptible susurro, cerró al cabo de breves instantes los ojos, se levantó su seno al exhalar un suspiro leve y cayó en el profundo sueño que había estado aguardando el médico, y después del cual aseguraba que la enferma recuperaría la salud. Pero Vinicio continuó arrodillado junto a ella y abismado en una oración. Su alma se hallaba dominada por un amor tan intenso, que se olvidó de todo cuanto le rodeaba.

Teocles volvió repetidas veces al cubiculum. Se alzó a menudo la cortina y apareció a través de ella Eunice, la de los cabellos dorados. Por último, las grullas del jardín cantaron anunciando el nuevo día, y Vinicio, entretanto, seguía abrazando espiritualmente los pies de Cristo, sin ver ni oír lo que a su alrededor pasaba, ardiendo en su corazón una llama de agradecimiento, sumergido en éxtasis y aun en vida, pero con el pensamiento en el cielo.

XXXIII

Después de la liberación de Ligia, Petronio, no deseando irritar al César, volvió al Palatino con los demás augustanos. Deseaba oír lo que dirían, y especialmente saber si Tigelino se proponía discurrir algún nuevo plan para perder a la joven.

Era cierto que tanto ella como Urso se hallaban protegidos por el pueblo, y que nadie podría levantar ahora la mano sobre ambos sin promover un levantamiento. Sin embargo, Petronio, conocedor del odio que hacia él sentía el todopoderoso prefecto de los pretorianos, temía que Tigelino, en la imposibilidad de herirle a él directamente, tratara de buscar un medio de vengarse en su sobrino.

Nerón se sentía lleno de ira y encono por haber terminado el espectáculo de una manera contraria a sus deseos. Al principio no quiso ni mirar a Petronio; pero éste, sin perder su sangre fría, se le acercó con toda la desenvoltura propia del *Arbiter Elegantiarum* y le dijo:

—¿Sabes, divinidad, lo que se me ocurre ahora? Escribe un poema sobre la doncella que por orden del señor del mundo fue libertada de los cuernos del toro salvaje y entregada a su amante. Los griegos son hombres de sentimiento y estoy seguro de que ese poema les encantará.

Esta idea agradó al César, a pesar de su irritación, y le agradó por dos razones: primero, como tema para un canto; y segundo, porque en él podría glorificarse a sí mismo como el magnánimo señor del mundo.

De ahí que, después de mirar a Petronio, dijera:

—¡Sí! Tal vez tienes razón. Pero ¿es conveniente que yo mismo celebre mi magnanimidad?

—Es innecesario que figuren los nombres de los personajes. En Roma, todo el mundo sabrá de quiénes se trata, y de Roma se difundirá por el mundo entero.

—Pero ¿estás seguro de que esto agradará en la Acaya?

—¡Por Pólux, ya lo creo! —dijo Petronio.

Y se retiró satisfecho, porque estaba seguro de que Nerón, cuya vida no era otra cosa que una adaptación de los sucesos reales a sus planes literarios, no desperdiciaría el tema, y con ello le ataría las manos a Tigelino. No obstante esto, no modificaba su propósito de enviar a Vinicio fuera de Roma tan pronto como lo permitiese la salud de Ligia. Así pues, lo primero que le dijo al día siguiente al joven tribuno fue:

—Llévatela a Sicilia. Tal como han pasado los sucesos, nada te amenaza ahora por parte del César; pero Tigelino es capaz de recurrir aún al veneno, si no por odio a vosotros, por odio a mí.

Vinicio le contestó, sonriendo:

—Ella estuvo en las astas del toro salvaje, y, sin embargo, Cristo la salvó.

—Entonces ofrece en su honor una hecatombe —replicó Petronio con aire

impaciente—; pero no le pidas que te salve por segunda vez. ¿Recuerdas cómo Eolo recibió a Ulises cuando volvió éste a pedirle vientos favorables por segunda vez? A las deidades no les gusta repetirse a sí mismas.

—Cuando ella recobre la salud, la llevaré a casa de Pomponia Grecina — dijo Vinicio.

—Y harás muy bien, ya que Pomponia Grecina está enferma: un pariente de Aulo, Antistio, me lo ha dicho. Entretanto, aquí han de pasar sucesos que harán que se olviden de vosotros, y en estos tiempos, los olvidados son los más felices. Quiera la Fortuna, de ahora en adelante, ser tu sol en invierno y tu sombra en verano.

Y dicho esto dejó a Vinicio entregado a su ventura; pero enseguida fue a pedir informes a Teocles acerca de la vida y la salud de Ligia.

Ya no amenazaba a la joven el menor peligro. Demacrada como se hallaba en la prisión a causa de la fiebre, el aire viciado y la falta de comodidades le habrían causado allí la muerte seguramente; pero ahora la situación había cambiado, y no sólo le prodigaban los más tiernos cuidados y atenciones, sino que se sentía colmada de abundancia y bienestar.

Por orden de Teocles la llevaron, al cabo de dos días, a los jardines de la casa de campo; en ellos pasaba la joven horas enteras. Vinicio había decorado su litera con anémonas y, especialmente, con iris para recordarle el atrium de la casa de Aulo. Más de una vez, a la sombra de árboles frondosos, hablaban, cogidos de la mano; de sus pasados sufrimientos y temores. Y Ligia le decía que Cristo le había llevado expresamente por un sendero de sufrimientos a fin de transformar su alma y elevarla hasta Él.

Vinicio sentía que esto era cierto y que ya en él nada quedaba del antiguo patricio que no reconocía más ley que la de su deseo. Pero en esas reminiscencias no había la menor amargura. Les parecía a ambos que sobre sus cabezas habían transcurrido muchos años y que aquel pasado horrendo se hallaba ya alejado de ellos. Y al mismo tiempo sentían una paz que antes jamás habían conocido. Una nueva vida de inmensa ventura iba hacia ellos y los envolvía.

En Roma, bien podía el César seguir haciendo locuras y llenando de terror al mundo; ellos sentían velar sobre sus cabezas una custodia cien veces más poderosa que Nerón, y ya no temían ni su cólera ni su maldad, como si hubiera dejado de ser el dueño de la vida y la muerte.

Una tarde, a la caída del sol, llegó a los oídos de ambos el rugido de leones y otras fieras procedentes de vivaria distantes. Anteriormente, esos rugidos habían aterrado a Vinicio como presagio de desgracia; ahora, Ligia y él, al escucharlos, se miraron sonriendo y luego alzaron la mirada al crepúsculo

vespertino.

En ocasiones, Ligia, que todavía se hallaba muy débil e imposibilitada para pasear sola, se quedaba dormida en medio de la tranquilidad de aquel jardín. Ella velaba entonces, y al contemplar su rostro dormido pensaba involuntariamente que no era ya el de aquella Ligia que había conocido en casa de Aulo. En efecto, la prisión y la enfermedad habían marchitado en parte su hermosura.

Cuando Vinicio la veía en casa de Aulo, y aun después, cuando había ido a la casa de Miriam con el propósito de apoderarse de ella, era hermosa como una estatua y como una flor. Ahora, su rostro se había vuelto casi transparente, sus manos habían adelgazado, la enfermedad le había reducido el cuerpo, tenía los labios pálidos, y hasta sus ojos parecían menos azules. Eunice, la de los cabellos dorados, que le traía siempre flores y ricas telas para cubrir sus pies, comparada con ella, parecía una divinidad de Chipre.

En vano intentaba el esteta Petronio descubrir en la joven sus anteriores encantos; y al reparar en ello se encogía de hombros y se decía que esa especie de sombra de los Campos Elíseos no valía las penas, los esfuerzos y todas las torturas que casi habían arrancado la existencia a Vinicio. Pero este último, enamorado del espíritu de Ligia, la amaba aún más, y cuando velaba su sueño creía velar el mundo entero.

XXXIV

La noticia de la salvación prodigiosa de Ligia se extendió rápidamente entre los pocos cristianos que aún había esparcidos en diversos puntos de Roma y que habían logrado escapar a la destrucción. Y los cristianos venían a ver a la elegida, en quien se había manifestado el favor de Cristo.

Los primeros visitantes fueron Nazario y Miriam, en casa de los que se ocultaba el apóstol Pedro. Después vinieron otros.

Todos, Ligia, Vinicio y los esclavos cristianos de Petronio, escuchaban atentamente la narración de Urso acerca de la voz interior que había escuchado y que le había ordenado luchar con el toro salvaje. Y todos, después de aquella visita, volvían llenos de consuelo y alentados por la esperanza de que Cristo no habría de permitir que todos sus confesores fuesen exterminados de la tierra antes que viniera el terrible día del Juicio. Y únicamente la esperanza sostenía sus corazones, porque las persecuciones no habían cesado aún. Todo aquel a quien el rumor público declaraba cristiano era inmediatamente arrojado a una prisión por los guardias de la ciudad.

Cierto es que cada vez había menos víctimas, porque la mayor parte de los confesores de Cristo habían sido ya aprisionados y torturados. Los cristianos restantes o se habían alejado de Roma para esperar en provincias lejanas que pasara la tormenta, o habían buscado sitios seguros donde ocultarse, no osando reunirse ya para hacer sus oraciones a no ser en parajes situados fuera de la ciudad. Sin embargo, se los perseguía siempre, y aun cuando habían terminado ya los juegos, a los nuevos encarcelados se los destinaba para espectáculos futuros o se les daba castigos especiales. Y aunque en Roma se había dejado ya de creer que hubieran sido los autores del incendio, seguían siendo declarados los enemigos de la Humanidad y el Estado, y el edicto promulgado contra ellos continuaba en todo su vigor.

Por espacio de mucho tiempo, el apóstol Pedro no se atrevió a presentarse en casa de Petronio; pero, una noche, Nazario anunció, por fin, su venida. Ligia, que ya podía andar sola, y Vinicio corrieron a su encuentro, se postraron a sus pies y se los abrazaron. Y él los acogió con gran emoción, pues ya no le quedaban muchas de las ovejas de aquel rebaño que Cristo le había ordenado apacentar, y por cuyo destino lloraba ahora su gran corazón.

Así pues, cuando Vinicio le dijo:

—Señor, gracias a ti, el Redentor me la ha devuelto.

El apóstol contestó:

—Te la ha devuelto por tu fe, a fin de que no todos los labios que confiesen su nombre queden silenciosos.

Y al decir esto pensaba en sus miles de hijos que habían sido destrozados por las fieras, en las cruces en que habían sido clavados y en los postes ardientes de los jardines de la Bestia, porque hablaba con un dolor muy grande.

Vinicio y Ligia observaron también que su cabeza había encanecido totalmente, que su cuerpo se había encogido, y en su rostro se reflejaba tal tristeza y dolor, como si él mismo hubiera sufrido los dolores y las torturas de las víctimas de la crueldad y la locura de Nerón. Pero ambos comprendieron que si Cristo se había dejado torturar y matar, nadie podría librarse de ello. Pero el espectáculo del apóstol, aplastado por el peso de los años, los disgustos y el dolor, les destrozaba el corazón.

Vinicio, que tenía la intención de llevarse dentro de unos días a Ligia a Nápoles, donde se iban a reunir con Pomponia Grecina para proseguir el viaje hasta Sicilia, le rogó que los acompañara en su marcha.

Pero el apóstol, colocando una mano sobre su cabeza, repuso:

—Oigo en mi alma las palabras que el Señor me dijo junto al lago

Tiberíades: «Cuando eras más joven, te dirigías a donde querías y andabas; pero cuando te hagas viejo y tiendas las manos, otro te guiará y te llevará a donde tú no quieras». Por eso es justo que siga a mi rebaño.

Y como callaban, porque no comprendían lo que decía, añadió:

—Se acerca el final de mis sufrimientos, pero el descanso y la hospitalidad sólo los hallaré en la morada del Señor.

Y, volviéndose hacia ellos, dijo:

—Acordaos de mí, porque os he amado como un padre ama a sus hijos. Y lo que hagáis en la vida hacedlo para mayor gloria del Señor.

Y dichas estas palabras alzó sus manos temblorosas de anciano y los bendijo; y ellos permanecieron postrados presintiendo que acaso fuera aquella la última bendición que de él recibirían.

Pero el Destino había resuelto que todavía le volviesen a ver una vez más. Algunos días después, Petronio trajo terribles nuevas del Palatino. Allí se había sabido que uno de los libertos del César era cristiano; y en poder de este hombre se habían encontrado cartas de los apóstoles Pedro y Pablo y otras de Santiago, Juan y Judas.

La presencia de Pedro en Roma era conocida de Tigelino, pero el prefecto creía que el apóstol habría perecido con los demás cristianos. Y ahora resultaba que los dos caudillos de la nueva fe se hallaban vivos y aún estaban en la capital. Resolvieron, pues, apoderarse de ellos a toda costa, porque se esperaba que con su muerte quedaría extirpada la raíz de aquella odiada secta.

Petronio había oído decir a Vestinio que el César en persona había dado orden de llevar a Pedro y a Pablo a la cárcel de Marnertina en el término de tres días, y que se habían enviado destacamentos enteros de pretorianos a registrar, una por una, todas las casas del Transtíber.

Al oír esto, Vinicio resolvió avisar al apóstol. Aquella misma noche, él y Urso vistieron sendos mantos gálicos y se dirigieron a la casa de Miriam, en donde Pedro vivía. Se hallaba dicha casa en el extremo del barrio del Transtíber, al pie del Janículo.

En el camino vieron varias casas rodeadas por soldados, a quienes guiaban personas desconocidas. En aquel barrio de la ciudad cundía la alarma, y en algunos sitios se veían ya reunidos grupos de curiosos. Y aquí y allá había centuriones que preguntaban a los presos que habían cogido por Simón Pedro y por Pablo de Tarso.

Urso y Vinicio se adelantaron a los soldados y llegaron sin contratiempo a la casa de Miriam, en la que hallaron a Pedro rodeado de un puñado de fieles. Timoteo, el ayudante de Pablo y Lino, estaba al lado del apóstol. Al oír la

noticia del inminente peligro, Nazario los condujo a todos por un pasadizo oculto a la puerta del jardín, y de allí a unas canteras desiertas, que se hallaban a unos cuantos centenares de pasos de distancia de la puerta del Janículo. Urso tuvo que llevar en brazos a Lino, cuyos huesos habían sido rotos durante la tortura que le infligieron, y aún no se le habían soldado. Pero una vez que se hallaron en la cantera, se sintieron en sitio seguro; y a la luz de una antorcha encendida por Nazario empezaron a discutir en voz baja acerca de la mejor manera de poner a salvo la existencia del apóstol, que les era tan querida.

—Señor —le dijo Vinicio—, deja que Nazario te conduzca, al rayar el día, a los montes Albanos. Allí me reuniré contigo y te llevaremos a Ancio, en donde me aguarda un barco que nos ha de conducir a Nápoles y luego a Sicilia. Y bendito sea el día y la hora en que tú penetres en mi casa y bendigas mi hogar.

Los otros escucharon con regocijo estas palabras e instaron al apóstol, diciéndole:

—Ocúltate, nuestro pastor; no permanezcas en Roma por más tiempo. Conserva la verdad viviente, a fin de que no perezca con nosotros y contigo. Escucha la súplica que te hacemos como a nuestro padre.

—¡Hazlo, en el nombre de Cristo! —le dijeron otros, agarrándose a sus vestiduras.

—Hijos míos —contestó Pedro—, ¿quién puede estar seguro del día que como término de su existencia le haya señalado el Señor?

Pero no dijo que no partiría de Roma, y estuvo indeciso acerca de lo que decidiría; porque la incertidumbre, y hasta el temor, desde hacía tiempo, se habían apoderado de su alma. Su rebaño había sido dispersado; su obra, destruida; aquella iglesia, que antes del incendio de la ciudad se alzaba como un árbol magnífico, había sido reducida a polvo por orden de la Bestia. Nada quedaba ya, sino lágrimas; nada, sino recuerdos de martirios y de muerte. El grano esparcido en el suelo había rendido ricos frutos; pero Satanás los había aplastado y aniquilado. No habían venido legiones de ángeles en ayuda de las víctimas, y Nerón seguía extendiendo sobre el orbe su gloria y su poder terrible, omnipotente como nunca y señor de tierras y de mares. Y más de una vez, aquel pescador de Dios había extendido las manos hacia el cielo en medio de su soledad y su amargura, preguntando:

—Señor, ¿qué debo hacer? ¿Cómo he de obrar? ¿Cómo yo, hombre anciano y débil, he de seguir luchando contra este invencible poder del Mal, que Tú has permitido que gobierne y triunfe?

Y, con un inmenso dolor, repetía desde el fondo de su alma:

—Las ovejas que me ordenaste apacentar ya no existen; tu Iglesia, ya no existe; la soledad y el duelo son los únicos moradores de tu capital. ¿Qué me ordenas, pues, que haga ahora? ¿Deberé permanecer aquí, o habré de conducir fuera a los desbandados restos de mi rebaño, a fin de que puedan seguir glorificando tu nombre en secreto en alguna otra región más allá del mar?

Y el apóstol vacilaba. Creía que la verdad viviente no podía perecer, que era necesario que triunfase; pero por momentos pensaba que no había llegado todavía la hora, que sólo llegaría cuando el Señor descendiera, el día del Juicio, en gloria y poder cien veces superior al poder de Nerón.

Con frecuencia le parecía que si salía de Roma le seguirían los fieles; que los conduciría lejos, a las arboledas frondosas de la Galilea, a la tranquila superficie del lago Tiberíades y los pondría en manos de pastores mansos como palomas o como las ovejas que allí pacían. Y un deseo creciente de paz y descanso, una honda nostalgia del lago de la Galilea se apoderaba del corazón del anciano pescador, y con frecuencia venían lágrimas a sus ojos.

Pero en el momento en que se trataba de optar, se apoderaba de él una repentina alarma y un vivo temor. ¿Cómo abandonaría aquella ciudad, en la que había caído tanta sangre de mártires, y en donde tantos labios moribundos habían dado público testimonio de su doctrina y de su fe? ¿Iba él solo a ceder al fin? ¿Y qué había de contestar al Señor, si de su boca oyera estas palabras: «Aquellos murieron por la fe; pero tú has preferido huir»? Y los días y las noches pasaban para él llenos de ansiedad y amargura. Otros hombres que habían sido destrozados por los leones, que habían sido quemados en los jardines del César habían ido, por fin, a dormir en el Señor después de pasados los aciagos momentos de su tortura; pero él no podía dormir, y sentía dentro de su alma torturas mayores que cualesquiera de las que inventaran para sus víctimas los verdugos.

A menudo blanqueaba el alba en los techos de las casas, mientras él seguía gritando desde el fondo de su desesperado corazón:

—Señor, ¿por qué me has mandado que venga aquí y funde tu capital en el antro de la Bestia?

Por espacio de treinta y tres años después de la muerte de su Maestro no había conocido el reposo. Báculo en mano había recorrido el mundo, anunciando a los hombres «la buena nueva». Había agotado sus fuerzas en jornadas y trabajos, hasta que, por fin, cuando en la ciudad señora del mundo había echado los fundamentos de su Maestro, un hálito sangriento de cólera y de crimen la había incendiado, y ahora veía que era menester comenzar de nuevo la lucha.

¡Y qué lucha! De un lado, el César, el Senado, el pueblo, las legiones que

mantenían el mundo dentro de un círculo de fuego, ciudades numerosas, incontables tierras y un poder como no habían visto nunca ojos humanos; de otro, él, inclinado ya de tal modo bajo el peso de los años y de los trabajos, que su temblorosa mano apenas podía sostener el báculo.

Así, pues, había momentos en que se decía a sí mismo que no podía él medirse con el César de Roma, y que sólo Cristo podría triunfar en tal empresa. Y todos esos pensamientos de los últimos tiempos pasaban ahora por su cabeza llena de zozobra y preocupación al escuchar los ruegos de aquel último puñado de fieles.

Estos, rodeándole en un círculo cada vez más estrecho, le repetían con voz suplicante:

—¡Ocúltate, Rabbí, y llévanos lejos del poder de la Bestia!

Finalmente, el mismo Lino inclinó hacia él su torturada cabeza y le dijo:

—¡Oh señor! El Redentor te mandó que apacentaras sus ovejas; pero esas ovejas ya no están aquí, o no estarán mañana; ve, entonces, a donde puedas todavía encontrar alguna. La palabra del Señor sigue vibrando aún en Jerusalén, en Antioquía, en Éfeso y en otras ciudades. ¿Qué harás tú permaneciendo en Roma? Si caes no harás más que acrecentar el triunfo de la Bestia. El Señor no ha señalado el límite de la vida de Juan; Pablo es un ciudadano romano, a quien no pueden condenar sin previo juicio oral; pero si el poder del infierno se levanta contra ti, ¡oh maestro!, entonces aquellos cuyos corazones han sido ya invadidos por el desaliento se preguntarán: «¿Quién es capaz de sobreponerse a Nerón?». Tú eres la piedra sobre la que se halla edificada la Iglesia de Dios. Deja que muramos, mas no permitas que triunfe el Anticristo sobre el vicario de Dios; y no vuelvas a esta ciudad hasta que el Señor haya aplastado al que ha derramado la sangre de tantos inocentes.

—¡Mira nuestras lágrimas! —repetieron entonces los presentes.

Y había también lágrimas en los ojos de Pedro. Al cabo de algunos instantes se levantó y, extendiendo las manos sobre todos aquellos fieles arrodillados a sus pies, dijo:

—¡Sea ensalzado el Santo Nombre del Señor y hágase su voluntad!

XXXV

Al rayar el alba del día siguiente, dos personas envueltas en ropajes oscuros se dirigían por la Vía Appia hacia la llanura de la Campania.

Uno de ellos era Nazario; el otro, el apóstol Pedro, que abandonaba Roma y a los correligionarios que allí martirizaban.

El firmamento, por el Oriente, dejaba ver unos ligeros tintes verdes en sus bordes y más distintamente en su parte inferior unos reflejos azafranados. Los árboles, con sus hojas plateadas; el blanco mármol de las casas de campo y de los arcos de los acueductos, que se extendían por la llanura hacia la ciudad, iban destacando entre las sombras; los tintes de color verde del firmamento se iban aclarando y mezclándose con tonos dorados. Luego, el Oriente se tornó sonrosado e iluminó los montes Albanos, que aparecían maravillosos de un color lila, y como formados por aquellos resplandores. Su luz se reflejaba en las temblorosas hojas de los árboles y en las gotas del rocío. La niebla matinal fue haciéndose más y más sutil, dejando al descubierto vistas cada vez más amplias de la llanura, de las casas que la surcaban, de los cementerios, de las poblaciones y de las arboledas, en medio de las que destacaban las blancas columnas de los templos.

El camino se hallaba desierto. Los aldeanos que traían al amanecer verduras a la ciudad no habían enganchado aún los caballos a los carros.

Y en las losas de piedra con que se hallaba pavimentado el camino resonaban las pisadas de los zuecos que calzaban los viajeros.

Luego se asomó el sol sobre las colinas; pero, en aquel instante, una visión maravillosa se presentó a los ojos del apóstol. Le pareció que el disco dorado, en vez de ascender por el firmamento, iba bajando y avanzando hacia el camino por donde ellos se dirigían.

Entonces, Pedro se detuvo y preguntó:

—¿Ves aquella claridad que se acerca hacia nosotros?

—Yo, nada veo —contestó Nazario.

Pero Pedro se puso una mano, a guisa de visera, delante de los ojos, y dijo al cabo de algunos instantes:

—Una figura viene hacia nosotros envuelta en los resplandores del sol.

Pero a los oídos de ambos no llegaba ni el más leve ruido de pasos. A su alrededor, todo se hallaba silencioso. Nazario vio tan sólo que los árboles se mecían a lo lejos, como si alguien estuviera sacudiéndolos, y la luz se extendía más abiertamente sobre la llanura.

El joven miró sorprendido al apóstol y exclamó, inquieto:

—Rabbí, ¿qué tienes?

El báculo de peregrino se había caído de las manos de Pedro a tierra; sus ojos, inmóviles, miraban hacia delante; su boca estaba abierta, y en su rostro

se pintaba el asombro, el gozo y el arrobamiento. De pronto se arrodilló, extendió los brazos hacia delante, y de sus labios brotó este grito:

—¡Oh Cristo!... ¡Oh Cristo!...

Y cayó con el rostro en tierra, como si estuviera besando los pies de alguien.

Se sucedió un largo silencio; y luego se oyeron estas palabras del anciano, medio ahogadas entre sollozos:

—Quo vadis, Domine?...

Nazario no oyó respuesta alguna; pero a los oídos de Pedro llegó una voz dulce y dolorida, que dijo:

—Si tú abandonas a mi pueblo volveré a Roma a ser crucificado por segunda vez.

El apóstol yacía en el suelo, pegado el rostro a la tierra, inmóvil y mudo.

Al principio le pareció a Nazario que se había desmayado o estaba muerto; pero por fin se levantó, cogió con temblorosa mano su báculo y volvió sin decir palabra hacia las siete colinas de la ciudad.

El muchacho, al ver esto, repitió como un eco:

—Quo vadis, Domine?

—A Roma —dijo el apóstol en voz baja.

Y regresó...

Pablo, Juan, Lino y todos los demás fieles le recibieron con asombro, y su alarma fue tanto más profunda cuanto que al rayar el alba, justamente después de su partida, los pretorianos habían rodeado la casa de Miriam y la habían registrado en busca del apóstol.

Mas Pedro, a todas las preguntas que le hacían, contestaba con acento gozoso y tranquilo:

—¡He visto al Señor!

Y aquella misma noche se dirigió al cementerio de Ostia a predicar sus enseñanzas y bautizar a todos los que quisieran bañarse en las aguas de la vida. Y a partir de entonces fue allí todos los días, y tras de él seguían numerosos seguidores de su doctrina. Parecía que de cada lágrima de un mártir brotaban nuevos seguidores de su fe y que cada gemido exhalado en la arena repercutía en centenares de pechos.

El César, entretanto, nadaba en sangre; Roma y todo el mundo pagano se hallaban en pleno delirio. Pero los que habían presenciado ya demasiados

crímenes y locuras, los perseguidos, aquellos cuyas vidas se arrastraban entre el infortunio y la opresión, todos los tristes, todos los desgraciados acudían a escuchar el prodigioso relato que hablaba de un Dios que, por amor a los hombres y por redimir sus pecados, se había dejado crucificar.

Y una vez encontrado ese Dios, a quien podían amar, encontraron algo que la sociedad de aquellos tiempos no podía dar a nadie: la felicidad del amor.

Y Pedro comprendió que ni el César ni todas sus legiones podrían imponerse a la verdad divina, que no podrían aplastarla con lágrimas ni sangre, y que ahora empezaba su victoria. Comprendió igualmente por qué Cristo le había hecho volver. Aquella ciudad de orgullo, crimen, libertinaje y dominación empezaba a ser su ciudad y la doble capital desde donde se extendería por todo el mundo el imperio sobre las almas y sobre los cuerpos.

XXXVI

Por último llegó la hora para los dos apóstoles. Pedro, como complemento de su obra, pudo conquistar dos almas más desde la prisión. Los soldados Proceso y Martiniano, que le custodiaban en la cárcel Mamertina, recibieron el bautismo.

Luego llegó la hora del tormento.

No se hallaba Nerón en Roma entonces. La sentencia fue dictada por Helio y Politetes, dos libertos a quienes el César había confiado el gobierno de la capital durante su ausencia.

Al anciano apóstol se le habían aplicado los azotes prescritos por la ley, y al día siguiente fue conducido fuera de las puertas de la ciudad, hacia el monte Vaticano, en donde debía sufrir el castigo de la cruz, al que se le había sentenciado.

A los soldados les extrañó ver la multitud que se había reunido delante de la prisión, porque habían creído que la muerte de un hombre vulgar, que, además, era extranjero, no debería despertar tamaño interés, y no comprendían que ese séquito se componía no de curiosos, sino de seguidores de Cristo anhelantes de escoltar al gran apóstol hasta el lugar de la ejecución.

Por la tarde se abrieron, por fin, las puertas de la prisión y apareció Pedro en medio de un destacamento de pretorianos.

El sol había descendido ya hacia Ostia, y el día estaba tranquilo y diáfano.

A causa de su avanzada edad no se exigió a Pedro que cargara con la cruz;

se supuso que no podía llevarla a cuestas. Tampoco le colocaron un dogal al cuello a fin de no retardar su marcha. Y había emprendido el camino del suplicio sin estorbo alguno, pudiendo, por tanto, ser visto perfectamente por los fieles que le acompañaban.

Cuando su blanca cabeza aparecía entre los yelmos de hierro de los soldados se oían llantos entre la multitud; pero estos llantos cesaban inmediatamente, pues en el rostro del anciano había tal serenidad y brillaba tal alegría, que todos comprendían que no era una víctima que marchaba a la destrucción, sino un vencedor que celebraba su marcha triunfal.

Y así era en realidad. El pescador, de ordinario tan humilde y encorvado, marchaba ahora erguido, más alto que los soldados. Jamás había habido mayor majestad en su postura. Parecía, más que un condenado a la última pena, un monarca rodeado de su pueblo y de su ejército.

Y por todas partes decían a voces:

—¡He aquí a Pedro, que se marcha con el Señor!

Todos parecían haber olvidado que la tortura y la muerte aguardaban al apóstol. Este marchaba con paso solemne y con aire sereno, comprendiendo que desde el sacrificio del Gólgota no había ocurrido otro suceso de parecida importancia, y que así como aquella primera muerte había redimido al mundo entero, esta muerte redimiría la ciudad.

A lo largo del camino, las gentes se detenían llenas de asombro a la vista de aquel anciano majestuoso; y los creyentes, poniendo una mano en el hombro de los simples curiosos, les decían con tranquilo acento:

—Ved cómo se dirige hacia la muerte un justo; el hombre que conoció a Cristo y proclamó la ley del amor en el mundo.

Entonces, los transeúntes se volvían pensativos y continuaban su marcha diciendo para sí:

—¡Realmente, ese hombre no puede ser culpable!

Y a lo largo del camino cesaban los ruidos de las calles y todos guardaban un silencio respetuoso. Y la comitiva seguía pasando por delante de casas recién construidas y blancas columnas de templos, sobre cuyas cúspides se extendía el vasto firmamento sereno y azul. Caminaban silenciosos; tan sólo se oía de cuando en cuando el ruido de las armas de los soldados o el murmullo de alguna oración. Pedro las escuchaba, y su rostro se iluminaba con una creciente alegría al no poder abarcar con la mirada a los miles de seguidores de Cristo. Sentía entonces que había cumplido su misión y estaba seguro ahora de que esta verdad que se había dedicado a proclamar durante su vida inundaría todo como una ola y nada conseguiría detenerla.

Y al pensar así alzaba la vista al cielo y decía:

—¡Oh Señor! ¡Tú me mandaste conquistar esta ciudad, señora del mundo, y la he conquistado! Tú me mandaste fundar aquí tu capital, y aquí la he fundado. Ésta es ahora tu ciudad, ¡oh Señor!, y ahora vuelvo hacia Ti, porque ya he trabajado mucho.

Y al llegar delante de los templos, decía:

—Seréis templos de Cristo.

Al contemplar las multitudes que iban pasando ante su vista, les decía también:

—Vuestros hijos serán siervos de Cristo.

Y continuaba avanzando consciente del triunfo obtenido, de los servicios prestados a Dios, consciente de su poder, sereno y grande.

Los soldados le condujeron por el puente Triunfal, como si dieran testimonio involuntario de su triunfo, y más adelante le llevaron hacia la Naumaquia y el circo.

Los fieles transtiberinos se agregaron entonces a la multitud; y se reunió así una muchedumbre tan considerable, que el centurión que iba al mando de los pretorianos comprendió, por fin, que iba conduciendo a un Sumo Pontífice rodeado de creyentes y se sintió alarmado a causa del corto número de soldados que le custodiaban. Pero entre la multitud no se alzó grito de cólera alguno o de indignación.

Los rostros, penetrados de la grandeza de aquel momento, tenían un aire solemne y lleno de recogimiento. Algunos creyentes, al recordar que cuando la muerte del Señor se había abierto la tierra y los muertos se habían levantado de sus tumbas, pensaron que acaso ahora también habrían de manifestarse algunas señales evidentes, merced a las cuales la muerte del apóstol no se olvidaría a través de los siglos.

Otros se decían a sí mismos: «Quizá el Señor habrá elegido la hora de la muerte de Pedro para bajar del Cielo, como lo prometió, y empezar el Juicio de los hombres».

Y entonces se encomendaban a la misericordia del Redentor. Pero, en general, reinaba la tranquilidad. Las colinas parecían estar reposando y calentándose al sol.

La comitiva se detuvo por fin entre el circo y el monte Vaticano. Algunos soldados empezaron a cavar un hoyo, mientras otros colocaban en el suelo la cruz, los martillos y los clavos, esperando que se hallaran terminados los preparativos. Y la multitud, tranquila y recogida, empezó a arrodillarse

alrededor.

El apóstol, cuya cabeza recibía la dorada luz de los rayos del sol, volvió por última vez los ojos hacia la ciudad.

A lo lejos, hacia abajo, se veía el Tíber con sus aguas resplandecientes; más lejos, el Campo de Marte; arriba, el mausoleo de Augusto, y debajo de éste, los gigantescos baños cuya construcción acababa de ordenar el César; más abajo aún, el teatro de Pompeyo, y más allá se divisaba, en parte —y en parte se hallaban ocultados por otros edificios—, el Septa Julia y una multitud de pórticos, templos, columnas y altos edificios y, finalmente, en lontananza, las colinas cubiertas de casas, centros gigantescos de población, cuyos límites se esfumaban en la niebla azul —y todo aquello que era nido de crimen y de poder, de orden y de locura—, y que había llegado a ser el centro del mundo, su opresor, su ley y su paz, la ciudad todopoderosa, invencible y eterna. Pedro, rodeado de soldados, contemplaba la ciudad como un rey y señor, contemplaba sus dominios. Y le decía:

—¡Tú estás ya redimida y eres mía!

Y ninguno de los presentes, no sólo entre los soldados que estaban cavando el hoyo en que debían plantar la cruz, sino entre los creyentes allí agrupados, podía adivinar que entre ellos se hallara el verdadero señor de aquella ciudad, que los Césares habrían de pasar, que habrían de terminar las irrupciones de los bárbaros y perderse los siglos en la noche del olvido, pero que aquel hombre seguiría por siempre siendo allí el señor.

El sol había empezado a hundirse por el lado de Ostia y se había agrandado y enrojecido. Toda la parte occidental del firmamento presentaba ahora un resplandor inmenso. Y entonces se acercaron los soldados a Pedro para desnudarle. Y el apóstol, que estaba orando, se irguió de pronto y levantó su mano derecha.

Los verdugos se detuvieron como si los intimidara su ademán; y los fieles contuvieron el aliento en sus pechos, creyendo que iba a hablar al pueblo, y se sucedió un solemne silencio.

Mas Pedro, en pie en la altura, extendió su mano derecha, hizo la señal de la cruz y bendijo en la hora de la muerte.

—Urbi et orbi!

Aquella misma y memorable tarde, otro destacamento de soldados condujo a lo largo de la Vía Ostiense a Pablo de Tarso hacia un lugar llamado Aquae Salviae. Y detrás de él marchaba también una multitud de fieles que él había convertido. Y cuando entre ellos reconocía personalmente a alguno se detenía a conversar con él, porque, como era ciudadano romano, los guardias le

demostraban mayores consideraciones.

Más allá de la puerta llamada Trigémina encontró a Plautilla, hija del prefecto Flavio Sabino, y viendo su rostro juvenil bañado en lágrimas, dijo:

—Plautilla, hija de la Salvación Eterna, sigue tu camino en paz. Dame solamente un velo para vendarme los ojos cuando vaya a unirme al Señor.

Y tomándolo continuó su camino con el rostro tan lleno de alegría como el del obrero que, terminada su labor diaria, regresa gozoso al hogar.

Sus pensamientos, igual que los de Pedro, eran tan plácidos y serenos como el firmamento de aquella hermosa tarde.

Sus ojos miraban pensativos la llanura que se extendía ante su vista y los montes Albanos, inundados de luz.

Y recordaba sus viajes, sus trabajos, sus esfuerzos, las luchas en que había salido triunfante, las iglesias que había fundado en todas las tierras y más allá de todos los mares, y pensó que se había ganado bien su reposo, que había terminado ya su labor. Comprendía ahora que la semilla que había plantado ya no podría verse esparcida por los vientos de la iniquidad. Abandonaba esta vida con la certidumbre de que en la batalla la verdad proclamada por sus labios triunfaría, y esa convicción inundó su alma de suprema paz.

El camino al sitio de la ejecución era largo, y la noche comenzaba a caer. Las montañas se tiñeron de púrpura, y sus bases fueron gradualmente hundiéndose en la sombra. Los ganados volvían a sus apriscos. Aquí y allá, grupos de esclavos tornaban a sus hogares llevando al hombro sus herramientas de trabajo.

Los niños que jugaban en el camino delante de las casas miraban con curiosidad a los soldados que iban pasando.

Pero en aquella tarde, en aquella atmósfera transparente y dorada, no sólo reinaba una tranquilidad acariciante, sino que había en la Naturaleza una especie de armonía indecible, que parecía elevar a los humanos de la tierra al cielo. Y Pablo sentía todo aquello, y su corazón se hallaba inundado de placer ante la idea de que a esa armonía universal había venido él a agregar una nota, sin la que habría parecido el mundo simplemente un concierto de ruidosos címbalos o de resonantes bronces.

Recordaba cómo había dictado al pueblo la ley del amor, cómo había inculcado a las multitudes que, aunque repartieran sus bienes entre los pobres, y dominaran todas las lenguas, aunque poseyeran todos los secretos y hubieran profundizado en todas las ciencias, nada serían sin el amor; sin el amor que es bueno, que no hace daño a nadie, que no ambiciona honores, que todo lo soporta, que todo lo cree, que todo lo espera.

Y así había transcurrido su vida: enseñando al pueblo la Verdad. Y ahora se decía en su interior: «¿Qué poder podría igualar a ese poder, qué fuerza podría vencerlo? ¿Podría el César ponerle límites, aunque tuviese doble número de legiones y doble número de ciudades, mares, de tierras y de naciones?».

Y marchaba a recoger su premio, como un triunfador.

El destacamento de pretorianos abandonó por fin el camino real y torció hacia Oriente por un sendero estrecho que conducía al *Aquae Salviae*.

El sol ardiente se ocultaba entre los brezos.

El centurión ordenó a sus soldados que hicieran alto en la fuente, pues había llegado el momento.

Pablo se colocó en el brazo el velo de Plautilla para vendarse con él los ojos. Por última vez los alzó llenos de una serenidad inefable hacia los eternos reflejos de la tarde y oró.

¡Sí!, el momento había llegado; pero él veía ante sus ojos un amplio sendero lleno de luz, que conducía al cielo, y desde lo íntimo de su alma repitió las palabras que antes había escrito, presintiendo el término cercano de su misión ya cumplida y su próximo fin: «He luchado por el bien; he conservado la fe. He terminado mi carrera. Ya sólo me resta aguardar el galardón de la divina justicia».

XXXVII

Roma seguía en su loca carrera, de manera que la ciudad señora del mundo parecía que, por falta de gobernantes, se iba a destruir a sí misma.

Aun antes que hubiera sonado para los apóstoles la hora postrera tuvo lugar la conspiración de Pisón, seguida por un tan despiadado segar de las más altas cabezas de Roma, que hasta los que veían en Nerón una divinidad acabaron por preguntarse si no era la suya una divinidad de muerte. El duelo envolvía la ciudad; el terror moraba en los hogares y en los corazones, aun cuando los pórticos seguían coronados de hiedra y de flores, porque no estaba permitido dar muestras de pesar por los muertos. Las gentes, al despertar cada mañana, se preguntaban a quien habría de tocar el turno fatídico.

Y la comitiva de espectros que formaban el siniestro séquito del César seguía aumentando de día en día.

Pisón había pagado su conspiración con su cabeza; después de él habían seguido Séneca, Lucano, Fenio Rufo y Plaucio Laterano, y Flavio Escevino, y

Afranio Quinetiano, disoluto compañero de las locuras del César, Tulio Senecio y Próculo y Araicio, y Tugurino, y Grato, y Silano, Próximo, y Subrio Flavio, que en un tiempo fue cordialmente adicto a Nerón, y Sulpicio Asper.

Algunos se vieron destruidos por su propia insignificancia; otros, por el temor; otros, por sus riquezas; otros, por su bravura.

El César, sorprendido ante el número de conspiradores, había rodeado de soldados las murallas y mantenía como en estado de sitio la ciudad, enviando a diario centuriones con sentencias de muerte a las casas de los sospechosos. Y los condenados se humillaban ante él en cartas llenas de adulación, en las que daban al César las gracias por sus sentencias, y le dejaban una parte de sus bienes, a fin de salvar el resto para sus hijos.

Y pareció, por fin, que Nerón se propasaba expresamente, a fin de ver hasta qué punto eran capaces de envilecerse los hombres y cuánto tiempo más soportarían sus sangrientos deseos. Después de los conspiradores eran ejecutados sus parientes, luego sus amigos, y por último hasta los simples conocidos de aquéllos.

Los habitantes de las espléndidas casas construidas después del incendio, al salir a la calle estaban seguros siempre de encontrarse en su camino con una numerosa serie de procesiones fúnebres.

Pompeyo, Cornelio, Marcial, Flavio Nepote y Estacio Domicio perecieron acusados de falta de amor por el César; Novio Prisciano, por ser amigo de Séneca; Rufio Crispo fue condenado a la prueba del agua y del fuego porque en un tiempo había sido marido de Popea. Al gran Tráseas le perdió su virtud; muchos pagaron con sus vidas su noble origen, y hasta Popea cayó víctima de un acceso de furor del César.

El Senado se abatía en presencia del terrible gobernante y levantó un templo en su honor; hizo ofrendas en favor de su voz, coronó sus estatuas y designó sacerdotes consagrados a sus servicios, como al de una divinidad.

Los senadores, temblando hasta en lo más profundo de sus envilecidas almas, acudían al Palatino a ensalzar el canto del Periodoniceso y aturdirse desenfrenadamente con él en orgías de cuerpos desnudos, de vino y de flores.

Pero entretanto, desde abajo, en el campo empapado de lágrimas y de sangre, brotaba cada día más robusta la semilla de Pedro.

XXXVIII

VINICIO A PETRONIO

Nos hallamos al corriente, carissime, de los sucesos que están ocurriendo en Roma, y lo que no sabemos lo refieren tus cartas.

Cuando se arroja una piedra en el agua, la onda se va alejando de ese punto más y más, en una evolución circular; así, la onda de la crueldad y de la locura llega hasta nosotros desde el Palatino.

En su viaje a Grecia, Carinas recibió la orden de pasar por aquí, donde se entregó al saqueo de ciudades y de templos a fin de llenar de esa manera el tesoro exhausto.

Al precio del sudor y de las lágrimas del pueblo está Nerón edificando la Domus Aurea en Roma. Es posible que el mundo no haya visto jamás una cosa parecida, pero con seguridad no habrá visto semejantes injusticias.

Tú conoces a Carinas. Quilón fue igual a él hasta que redimió su vida con su muerte. Pero a las ciudades que se hallaban cercanas a la nuestra no han llegado todavía sus secuaces, porque en ellas no hay templos ni tesoros.

Me preguntas si aquí estamos fuera de peligro. Contesto que aquí estarnos olvidados; eso te baste.

En este momento, y desde el pórtico, bajo el que estoy escribiéndote, contemplo nuestra mansa bahía, y en ella veo a Urso en un bote tendiendo una red en sus límpidas aguas.

Mi esposa se halla cerca de mí, devanando lana roja, y en los jardines, a la sombra de los almendros, cantan nuestros esclavos.

¡Oh, qué paz, carissime, y qué olvido de pasados terrores y sufrimientos!

Mas no son las Parcas, como tú lo escribes, quienes hilan y devanan de tan negra manera el hilo de nuestras vidas; Cristo, nuestro amado Salvador y Dios, es quien nos bendice y nos protege. Conocemos las lágrimas y los pesares, porque nuestra religión nos enseña a llorar las desventuras ajenas; pero en estas lágrimas hay un consuelo que tú no conoces, porque, cuando llegue el término de nuestra vida, nos reuniremos con todos esos seres queridos que han perecido y siguen pereciendo aún por la divina verdad.

Para nosotros, Pedro y Pablo no han muerto; simplemente han renacido a la gloria. Nuestras almas los ven; pero mientras nuestros ojos lloran, nuestros corazones rebosan de júbilo al pensar que ellos están disfrutando.

¡Oh, sí, mi querido amigo! Somos felices, y la nuestra es una felicidad que nada podrá destruir, puesto que la muerte, que para ti es el fin de todas las cosas, para nosotros significa el paso, la entrada a un reposo eterno, a un amor mayor y a una mayor felicidad.

Y así transcurren aquí los días y los meses, en medio de la paz del espíritu.

Nuestros sirvientes y esclavos creen, como nosotros, en Cristo, y como Él ordena que nos amemos, así lo hacemos.

Con frecuencia, cuando se ha puesto ya el sol, o la luna se refleja sobre el agua, Ligia y yo departimos sobre los tiempos pasados, que hoy nos parecen un sueño; y al pensar lo cerca que estuvo de la tortura y de la muerte esa cabeza amada, ensalzo al Señor con todo mi corazón, porque sólo Él pudo arrancarla de aquel poder, salvarla del suplicio de la arena y restituírmela para siempre.

¡Oh Petronio! Tú que has visto qué resignación y qué consuelos ofrece nuestra religión en el infortunio, qué paciencia y qué valor en la hora de la muerte, ven ahora y sé testigo de cuánta felicidad es capaz de brindar en los días ordinarios y corrientes de la vida.

Las gentes, hasta hoy, no habían conocido a un Dios a quien pudiese amar el hombre; de aquí que tampoco se amaran entre ellos mismos. De eso emanaban sus infortunios y sus dolores; porque así como del sol procede la luz, así también la felicidad procede del amor.

Ni legisladores ni filósofos han enseñado esta verdad; ella no ha existido tampoco en Grecia ni en Roma; y cuando te digo en Roma, ello equivale a decir en el mundo entero.

Las frías y áridas enseñanzas de los estoicos, a las que se adhieren los hombres virtuosos, templan el corazón como se temple una espada, pero lo vuelve indiferente en vez de mejorarlo.

Y después de todo, ¿para qué te digo yo esto, que has estudiado y comprendido mejor las cosas que yo? Tú conociste a Pablo de Tarso, y más de una vez tuviste con él largas conferencias; así pues, sabes mejor que nadie que, en comparación de las verdades que él enseñaba, todas las enseñanzas de vuestros filósofos retóricos son un juego vacío de palabras sin significación alguna.

¿Recuerdas la pregunta que Pablo te hizo? Si el César fuera cristiano, ¿no os sentiríais todos vosotros más seguros, más ciertos de seguir siendo dueños de lo que ahora poseéis, libres de disgustos, tranquilos y seguros del mañana?

Tú me decías entonces que nuestra Verdad era enemiga de la vida, y yo te contesto ahora que, aunque desde el principio de esta carta no hubiera hecho más que repetirte estas dos palabras: "¡Soy feliz! ", no habría podido aún explicarte la felicidad que siento. A esto has de contestar que mi felicidad es Ligia. ¡Así es, querido! Porque yo amo su alma inmortal y porque ambos nos amamos en Jesucristo, por eso no hay para ese amor ni separación, ni engaño, ni mudanza, ni edad, ni muerte. Porque, cuando la juventud y la hermosura pasen, cuando nuestros cuerpos se marchiten y venga la muerte, quedará

siempre el amor, porque también quedará el espíritu.

Antes que se abrieran mis ojos a la luz habría sido capaz de incendiar mi casa por el amor de Ligia; pero ahora te digo que entonces yo no la amaba, pues fue Cristo quien me enseñó a amar. En Él reside la fuente de la paz y de la felicidad. Y no soy yo quien lo dice, sino la realidad misma de las cosas.

Compara tus placeres envueltos en zozobras; tus deleites, inseguros del mañana; tus orgías, semejantes a comidas fúnebres, con el vivir de los cristianos y encontrarás una clara respuesta. Pero para poder comparar mejor, ven a nuestras montañas que huelen a tomillo, a nuestros sombreados olivos, a nuestras riberas orladas de hiedra. Te aguardan aquí una paz que no has conocido en mucho tiempo y corazones que te aman sinceramente.

Y tú, que tienes un alma noble y buena, debieras ser feliz.

Tu clara inteligencia es capaz de reconocer la verdad y amarla una vez reconocida, porque se puede ser enemigo de ella, como César y Tigelino, pero a nadie puede serle indiferente.

¡Oh Petronio mío! Ligia y yo nos alegramos con la esperanza de que no pase mucho tiempo sin verte.

Consérvate bien, sé feliz y ven con nosotros.

Petronio recibió la carta en Cumas, adonde había ido con otros augustanos acompañando al César.

Su lucha de largos años con Tigelino se aproximaba a su fin. Petronio sabía ya que debía caer vencido en aquella contienda y comprendía muy bien por qué. Como el César descendía cada día más a los papeles de comediante, bufón y auriga; como cada día se hundía más en una enfermiza, abyecta y gran disipación, aquel exquisito árbitro de la elegancia empezaba a ser para él una carga.

Aunque Petronio guardaba silencio, Nerón veía un reproche en su silencio; y cuando el árbitro le elogiaba, le parecía su elogio una burla. Aquel brillante patricio mortificaba su amor propio y le inspiraba envidia.

Y sus riquezas y sus espléndidas obras de arte habían llegado también a ser objeto de codicia, tanto para el gobernante como para su todopoderoso ministro. Hasta entonces le había perdonado la vida a Petronio solamente en vista del viaje a la Acaya, en el que su buen gusto, su profundo conocimiento de todo lo relativo a Grecia y a los griegos podían ser muy útiles. Pero Tigelino, poco a poco, había ido infiltrando en el ánimo del César la convicción de que Carinas le sobrepujaba en buen gusto y en conocimientos y que sería más apto y adecuado para disponer en Acaya juegos, recepciones y triunfos.

Y desde este momento, Petronio estuvo perdido.

Pero no tenían suficiente valor para enviarle su sentencia en Roma. El César y Tigelino recordaban muy bien que aquel aparentemente afeminado esteta, que hacía «de la noche día», que vivía en la molicie y se ocupaba tan sólo del arte, del amor y las fiestas, había dado pruebas de una sorprendente habilidad y energía en el puesto de procónsul de Bitinia, y posteriormente como cónsul de la capital. Le consideraban capaz de cualquier hazaña y era sabido que en Roma contaba no sólo con el amor del pueblo, sino también con el de los pretorianos.

Ninguno de los confidentes del César era capaz de prever cómo obraría Petronio en un momento dado; creyeron, por tanto, más prudente atraerle fuera de la ciudad y darle el golpe en una de las provincias.

Con este objeto recibió una invitación para ir a Cumas con otros augustanos. Y se dirigió allí, aunque sospechó la trampa que se le tendía, quizá para mostrar una vez más al César y a los augustanos un semblante alegre y ajeno a toda preocupación y para alcanzar antes de su muerte una última victoria sobre Tigelino. Entretanto, este último le acusó de amistad con el senador Escevino, que había sido el alma de la conspiración de Pisón.

Las gentes de Petronio, que habían quedado en Roma, fueron encarceladas y su casa rodeada de guardias pretorianas. Cuando Petronio se enteró de esto no experimentó la menor inquietud ni alarma, y dijo con una sonrisa a los augustanos, a quienes había recibido en su espléndida casa de campo de Cumas:

—Ahenobarbus es enemigo de las interpelaciones directas; ya veréis su confusión cuando le pregunte si ha sido él quien ha ordenado la prisión de mi familia en la capital.

Y les invitó a continuación a una fiesta para antes del «más largo de los viajes», y acababa de hacer los preparativos del caso, cuando llegó la carta de Vinicio.

Al recibirla, Petronio se puso algo pensativo, pero al cabo de algunos momentos volvió a lucir en su rostro la habitual tranquilidad, y aquella misma noche contestó lo siguiente:

Me alegra vuestra felicidad y admiro vuestros corazones, porque yo no había pensado que dos amantes pudieran recordar a una tercera persona que se halla lejos. Y vosotros no sólo no me habéis olvidado, sino que intentáis persuadirme de que vaya a Sicilia a fin de compartir vuestro pan y vuestro Cristo, quien, según tú me escribes, os ha dado generosamente una felicidad completa.

Si ello es así, honradle. Pero, a mi juicio, Urso tuvo algo que hacer en la salvación de Licia, y el pueblo romano tuvo también que ver un poco en ella. Y si el César hubiera sido de otra manera, pensaría que no prosiguió la persecución por el parentesco que os une a través de esa nieta de Tiberio, que en otro tiempo entregó éste a un Vinicio. Mas, ya que tú crees que Cristo realizó la hazaña, no te he de contradecir. No economices las ofrendas en su honor. Prometeo también se sacrificó por los hombres; pero ¡ay!, Prometeo, al parecer, sólo es una invención de los poetas, mientras que gentes dignas de fe me han dicho que ellas vieron a Cristo con sus propios ojos. Convengo con vosotros en que es el más digno de todos los dioses.

Recuerdo la pregunta de Pablo de Tarso, y creo que si Ahenobarbus viviera con arreglo a las enseñanzas de Cristo, tendría yo tiempo de visitaros en Sicilia. En ese caso podríamos conversar a la sombra de los árboles y cerca de las fuentes, de todos los dioses y de todas las verdades discutidas en otros tiempos por los filósofos griegos. Mas, por hoy, he de limitarme a una breve respuesta. Estimo solamente a dos filósofos: Pirrón y Anacreonte. Los demás me hallo dispuesto a vendértelos baratos, con el agregado de todos los estoicos griegos y romanos. La verdad, Vinicio, reside a tanta altura, que los mismos dioses no alcanzan a divisarla desde la cumbre del Olimpo.

En cuanto a ti, carissime, parece que tu Olimpo se halla todavía más alto, y, en pie sobre él, me llamas y me dices: «Ven y contemplarás paisajes tales como hasta hoy no has visto». Es posible. Pero yo te contesto, amigo: «No tengo ya pies para el viaje». Y si lees hasta el fin esta carta, me darás la razón.

¡No, dichoso marido de la princesa Aurora! Vuestra religión no es para mí. ¿Debo amar a los bitinios que conducen mi litera, a los egipcios que me calientan el baño, a Ahenobarbus y a Tigelino? Te juro por las blancas rodillas de las Gracias, que aun cuando quisiera amarlos, no podría. Hay en Roma, por lo menos, cien mil personas que tienen los hombros encorvados, las rodillas deformes, los muslos raquíuticos, los ojos saltones o la cabeza desproporcionada. ¿Quisieras obligarme a amarlos también? ¿En dónde he de hallar ese amor, si, no lo siento en el corazón? Y si tu Dios desea que yo ame a esas personas, ¿por qué en su omnipotente voluntad no les dio las formas de los hijos de Níobe, por ejemplo, que tú has visto en el Palatino? Quien ama la belleza, se halla imposibilitado para amar la deformidad. Se puede no creer en nuestros dioses, pero es posible amarlos, como los amaron Fidias, Praxíteles, Mirón, Estopas y Lisias.

Aunque yo deseara ir a donde quisieras conducirme, no podría. Y puesto que no lo deseo, me hallo doblemente imposibilitado. Tú crees, como Pablo de Tarso, que del otro lado de la laguna Estigia veréis a Cristo en algunos Campos Elíseos. Pues bien: llegado ese caso, que te diga Él mismo si querría recibirme con mis gemas, mi vaso murrino, mis libros publicados por los

Socios y con mi Eunice, la de los cabellos de oro.

Y este pensamiento me hace reír; porque Pablo de Tarso me dijo que por Cristo debe uno decir adiós a las guirnaldas de rosas, a las fiestas y al placer.

Verdad es que me prometió otra clase de felicidad; pero yo le contesté que ya estaba demasiado viejo para una felicidad nueva, que mis ojos encontrarían siempre deleite en las rosas, y que el aroma de las violetas me era más grato que el mal olor de mis «prójimos» del Suburra. Por estas razones, la felicidad tuya no puede ser felicidad mía.

Pero hay todavía otro motivo, que he reservado para el final: Thanatos me llama. Para ti puede decirse que empiezan ahora los albores de la vida; para mí el sol se ha puesto ya, y los fulgores del crepúsculo empiezan a rodear mi cabeza. En otras palabras: debo morir, carissime. Y no vale la pena hablar extensamente de esto. Tenía que terminar así. Tú que conoces a Ahenobarbus, lo comprenderás fácilmente. Tigelino ha triunfado, o mejor dicho, mis victorias han llegado ya a su término. He vivido como deseaba, y muero según me place.

No tomes esto a pecho. Ningún dios me ha prometido la inmortalidad. La muerte no me coge de sorpresa. Y al mismo tiempo te digo que estás equivocado, Vinicio, al asegurar que sólo tu Dios enseña al hombre a morir tranquilo. No. Nuestro mundo sabía desde antes de que tú nacieras que una vez apurada la última copa había llegado el momento del descanso y ahora mismo sabe todavía hacer eso con toda tranquilidad. Platón declara que la virtud es música, y que la vida de un sabio es armonía. Si esto es verdad, he de morir como he vivido: virtuosamente.

Quisiera decir adiós a tu divina esposa con las palabras que un tiempo le dirigí al saludarla en casa de Aulo Plaucio: «Muchas personas han visto mis ojos; mas no he conocido la que pueda llegar a igualarte».

Si el alma es algo más de lo que Pirrón cree, la mía volará hacia vosotros a su paso en dirección a los confines del océano, y se detendrá en tu casa en forma de mariposa, o, como piensan los egipcios, en forma de gavián. De otra manera no podré llegar.

»Entretanto, sea Sicilia para vosotros un nuevo jardín de las Hespérides; que los dioses de los campos, florestas y fuentes siembren de flores vuestro camino y construyan sus nidos las blancas palomas en cada uno de los a cantos de las columnas de tu casa.

No se había equivocado Petronio. Dos días después, el joven Nerva, que siempre había sido amigo sincero suyo, envió a Cumas a su liberto con las noticias de todo lo que pasaba en la corte del César.

La muerte de Petronio había sido acordada. En la tarde del día siguiente pensaban enviarle con un centurión la orden de detenerse en Cumas y esperar allí nuevas instrucciones. El siguiente mensajero, que llegaría pocos días después, sería portador de la sentencia de muerte.

Petronio escuchó la noticia del liberto con inalterable calma.

—Llevarás a tu señor —dijo— uno de mis vasos, que te entregaré antes de tu marcha, y le dirás de mi parte que le agradezco su mensaje con toda mi alma, porque ahora podré anticiparme a la sentencia.

Y de pronto se echó a reír como una persona a la que se le ha ocurrido una gran idea y se alegra anticipadamente pensando en su realización.

Aquella misma tarde, sus esclavos salieron en todas direcciones llevando a los augustanos, que a la sazón se hallaban en Cumas, y a todas las augustanas, invitaciones para un magnífico banquete en la casa de campo del árbitro. Y en la misma tarde escribió en la biblioteca; luego tomó un baño y después ordenó a las vestiplicae que le arreglasen artísticamente sus vestidos.

Brillante y soberbio como un dios, se dirigió al triclinio a fin de inspeccionar con ojo crítico los preparativos, y a continuación fue a los jardines, en donde mancebos y doncellas griegas de las islas se hallaban tejiendo guirnaldas de rosas para la fiesta de la noche.

En su semblante no se notaba la más leve preocupación.

Los sirvientes sabían tan sólo que la fiesta sería extraordinariamente suntuosa, pues Petronio había ordenado que se dieran liberales recompensas a los que le dejaran complacido, y ligeros golpes a los que no hicieran su labor a satisfacción o que hubieran merecido castigo e incurrido en su desagrado. A los citaristas y cantantes les había hecho pagar espléndidamente con anticipación.

Por último, se sentó en el jardín bajo un haya, a través de cuyas hojas los rayos del sol señalaban la tierra con puntos brillantes, y llamó a Eunice.

Llegó ésta vestida de blanco, luciendo un ramo de mirto en los cabellos y hermosa como una Gracia. Petronio la hizo sentar a su lado, le tocó suavemente la sien, y estuvo contemplándola breves instantes con la admiración de un crítico al observar una estatua que ha brotado del cincel de un maestro.

Luego, le dijo:

—Eunice ¿sabes tú que desde hace largo tiempo no eres esclava?

Ella alzó hacia Petronio sus ojos serenos, azules como el firmamento, y haciendo una señal negativa con la cabeza, contestó:

—Yo soy tuya siempre, señor.

—Acaso ignoras —continuó Petronio— que esta casa, que esos esclavos que allí tejen guirnaldas y todo lo que existe aquí, con sus campos y sus rebaños, te pertenecerán de hoy en adelante.

Eunice, al oír eso, se apartó de él con un ademán rápido y preguntó, llena de súbita alarma:

—¿Por qué me dices eso?

Luego se le acercó nuevamente, le miró y entornó los ojos con expresión de asombro. Después de algunos instantes se le puso el rostro pálido como un lienzo.

El, entretanto, sonrió, y agregó una palabra:

—¡Sí!

Y sucedió un momento de silencio, durante el que sólo se escuchó el roce de las hojas del haya, agitadas por una leve brisa. Petronio, al ver ahora a la joven, pensaba que delante de él se hallaba una estatua de mármol blanco.

—Eunice —le dijo—, deseo morir en calma.

Y la joven, mirándole con una sonrisa que partía el corazón, le dijo en voz baja:

—Ya te comprendo.

Por la noche, los augustanos, que habían asistido anteriormente a fiestas dadas por Petronio y sabían que, comparadas con ellas, aun los banquetes del César eran aburridos y bárbaros, empezaron a llegar en gran número. Y a nadie se le ocurrió entonces que aquél debía ser el último symposium.

Muchos sabían que al exquisito árbitro le rodeaban las nubes de cólera del César; mas esto ocurría tan a menudo, y Petronio había sabido disiparlas con tanta frecuencia, mediante una simple frase audaz, que nadie pensaba seriamente en que le amenazara un grave peligro. Y su rostro alegre, su habitual sonrisa, despreocupada, confirmó a todos en aquella opinión.

La hermosa Eunice, a la que había manifestado su propósito de morir en calma, y para quien cada palabra de Petronio era como una sentencia del Destino, mostraba también en sus facciones una tranquilidad perfecta y un extraño brillo en sus ojos, que bien podía tomarse como señal de felicidad.

En la puerta del triclinio, unos muchachos que llevaban los cabellos recogidos en redes de oro colocaban guirnaldas de rosas sobre las cabezas de los invitados y les advertían, como era costumbre, de que salvaran los umbrales de la estancia adelantando en primer lugar el pie derecho. En el vestíbulo se notaba el ligero perfume de las violetas, y las lámparas eran de cristal de Alejandría, de varios colores. Al lado de los lechos triclinarios había doncellas griegas, cuya ocupación era perfumar los pies de los invitados. Junto a la pared se hallaban los citaristas y los cantantes atenienses que esperaban la señal de su director.

El servicio de la mesa brillaba con lujoso esplendor, pero aquel lujo no ofendía la vista, ni la ofuscaba, pues parecía un accesorio natural. Y una atmósfera de alegría y de libertad se respiraba allí junto con el aroma de las violetas.

Los invitados, al penetrar en aquella estancia, sentían que no los amenazaban ni preocupaciones ni cuidados, como ocurría en la casa del César, en donde un huésped podía pagar con la vida un elogio insuficiente o inadecuado.

A la vista de las lámparas, de los vasos decorados con hiedra, del vino helado sobre depósitos de nieve y de los delicados manjares, la alegría reinó en todos los corazones. El zumbido de las conversaciones parecía el de un enjambre de abejas alrededor de un manzano en flor. Sólo las interrumpían algún estallido de risas, algún aplauso, y hasta algún ruidoso beso posado sobre unos blancos hombros.

Los invitados, al beber el vino, derramaban algunas gotas en honor de los dioses inmortales, a fin de alcanzar su benevolencia y sus simpatías en favor del anfitrión. No importaba que muchos de ellos no creyeran en los dioses. La costumbre y la superstición así lo prescribían.

Petronio, reclinado cerca de Eunice, hablaba de las noticias de Roma, de los últimos divorcios, de asuntos de amor, de las carreras de Epículo, que había alcanzado reciente fama en la arena como gladiador, y de los últimos libros llegados a las tiendas de Atracto y de los Socios. Y cuando, a su vez, derramaba el árbitro el vino, declaraba que lo hacía solamente en honor de la Señora de Chipre, la más antigua de las divinidades y la más grande, la única inmortal, imperecedera y poderosa.

Su conversación parecía un rayo de sol, que a cada instante resplandece sobre algún nuevo objeto, o a la brisa de verano, que agita las flores de los jardines. Por último, hizo una señal al director de la parte musical, e inmediatamente sonaron suavemente las cítaras a las que acompañaba un coro de voces juveniles.

Entonces un grupo de doncellas de Cos, pueblo de donde era originaria Eunice, empezaron una graciosa danza que dejaba al descubierto y daba realce a sus rosadas formas, tenuemente veladas por ligeros trajes de gasa.

Finalmente, un adivino egipcio predijo a los invitados la buenaventura, leyéndola en el movimiento de los colores del arco iris de un vaso de cristal.

Cuando se cansaron de estos pasatiempos, Petronio se incorporó en su almohada siria, y dijo con acento negligente:

—Perdonad, amigos míos, que os pida un favor en esta fiesta. ¿Quiere cada uno de vosotros aceptar como obsequio mío el vaso en el que ha hecho aquí la primera libación en homenaje a los dioses y por mi prosperidad?

En los vasos de Petronio resplandecían el oro, las piedras preciosas y las cinceladuras de afamados artistas; de manera que, aunque la costumbre de estos obsequios se hallaba establecida en Roma, la alegría invadió los corazones de los comensales. Algunos de los invitados le tributaron por ello abiertamente su gratitud y sus alabanzas; otros dijeron que nunca Júpiter había honrado a los dioses con más ricas dádivas en su Olimpo; y, finalmente, hasta hubo quienes se negaban a aceptarlos, ya que tales obsequios superaban a la apreciación ordinaria.

Pero Petronio alzó su vaso murrino, que brillaba como un arco iris y era de valor incalculable.

—Este —dijo— es el vaso en el que sólo yo he libado en honor de la Señora de Chipre. Los labios de ningún hombre volverán a tocarlo de hoy en adelante, y ninguna mano tampoco podrá hacer en él libaciones en honor de otra divinidad.

Y, diciendo esto, arrojó el precioso vaso al pavimento, que se hallaba alfombrado con flores de azafrán de color lila. Y cuando se hizo mil diminutos pedazos, añadió al notar a su alrededor semblantes llenos de asombro:

—Mis queridos amigos, alegraos y no os sorprendáis. La impotencia y la vejez son muy tristes compañeras en los últimos años de la vida. Y yo quiero daros un buen ejemplo y un buen consejo. Tenéis el poder, como veis, de no aguardar la vejez, podéis partir voluntariamente antes que llegue, como voy a hacerlo yo.

—¿Qué te propones? —preguntaron alarmadas muchas voces.

—Me propongo divertirme, beber vino, escuchar música, contemplar esas divinas formas y quedarme dormido con la cabeza rodeada de flores. Me he despedido ya del César, ¿queréis oír lo que le he escrito al partir?

Y sacando un papel de debajo de la purpúrea almohada, leyó lo siguiente:

—Sé muy bien, ¡oh César!, que aguardas mi regreso; que tu leal corazón de amigo día y noche languidece por mí. Sé que te hallas dispuesto a colmarme de obsequios, a nombrarme prefecto de los guardias pretorianos y a ordenar a Tigelino que vuelva a ser lo que los dioses le hicieron: un muletero de aquellas tierras que tú heredaste después de envenenar a Domicio.

»Sin embargo, perdóname, porque te juro por el Hades y por las sombras de tu madre, de tu esposa, de tu hermano y de Séneca que no puedo ya volver a ti. La vida es un gran tesoro. De ese tesoro he disfrutado las más preciadas joyas; pero en la vida hay también cosas que ya no puedo soportar por más tiempo.

»No supongas, te lo ruego, que me hallo ofendido porque tú mataste a tu madre, a tu mujer y a tu hermano; porque incendiaste Roma y enviaste al Erebo a todos los hombres honrados que había en tus dominios. No, bisnieto de Cronos. La muerte es la herencia del hombre, y de ti no han podido esperarse otras hazañas. Pero destrozarse los oídos durante años enteros con tu poesía, ver unas piernas flacas como las de Domicio dando grotescas volteretas en fogosa danza, escuchar tu música, tu declamación, tus poemas, mísero poetastro de los suburbios, eso ya pasa de los límites de mi resistencia, y al fin ha despertado en mí el deseo de morir.

»Roma se tapa los oídos cuando te oye; y el mundo se ríe de ti. Ya no quiero, ni puedo, seguir avergonzándome de ti. Los ladridos de Cerbero, aunque semejantes a tu música, serán para mí menos molestos, porque, como nunca he sido amigo de Cerbero, no tengo motivos para avergonzarme de sus ladridos.

»Adiós, pero no hagas música; asesina, pero no escribas versos; envenena, pero no bailes; incendia, pero no toques la cítara. Éstos son los deseos y el último consejo amistoso que te envía el *Arbiter Elegantiae*.

Los invitados quedaron aterrados ante la lectura de esta carta, porque comprendían que la pérdida de su poder habría sido menos cruel para Nerón que semejante golpe. Comprendían también que el hombre que había escrito aquella carta estaba condenado a morir, y, al mismo tiempo, palidecieron de temor al considerar que acababan de asistir a semejante lectura.

Pero Petronio rio con sincera y franca alegría, como si se tratara de la broma más inocente, y luego dijo:

—Alegraos y desechad todo temor. Ninguno de vosotros necesita jactarse de haber oído la lectura de esta carta. Yo me jactaré de ella solamente con Caronte, cuando vaya cruzando la laguna Estigia.

Hizo enseguida una señal al médico griego y extendió el brazo. El hábil griego, en un abrir y cerrar de ojos, le ató alrededor una dorada banda en el

brazo y le abrió una vena en la articulación del mismo. La sangre borbotó sobre la almohada y cayó sobre Eunice, quien, sosteniendo la cabeza de Petronio, se inclinó hacia él y dijo:

—Señor, ¿pensaste que yo te abandonaría? Aun cuando los dioses quisieran darme la inmortalidad y el César el dominio del mundo, te seguiría siempre.

Petronio sonrió, se incorporó un poco, oprimió con los suyos los labios de su amante, y dijo:

—Ven conmigo.

Luego añadió:

—¡Tú sí que me has amado, divina mía!...

Eunice extendió entonces su blanco brazo al médico y, un instante después, la sangre de ella empezaba a mezclarse y confundirse con la sangre de él.

Petronio hizo una seña a los músicos y de nuevo se escucharon las voces juveniles y los sonos de las cítaras. Cantaron primero Harmodio; luego, la canción de Anacreonte, en que el poeta se queja de que una vez encontró al tierno hijo de Venus Afrodita lloroso y aterido, bajo unos árboles; que le dio abrigo y calor, y secó sus alas, y, en pago, el ingrato niño atravesó con un dardo su corazón, y desde ese instante la paz le había abandonado.

Petronio y Eunice, reclinados, hermosos como dos divinidades, escuchaban, sonriendo y palideciendo por momentos.

Terminada esa canción, Petronio hizo servir más vino y nuevos manjares; conversó luego con los invitados que tenía más próximos de cosas baladíes, pero agradables, tales como las que de ordinario servían de tema en esas fiestas. Finalmente, llamó al griego, a fin de que le vendara el brazo un momento, pues dijo que el sueño empezaba a apoderarse de él y deseaba entregarse primero a Hipnos antes que Tanatos le hiciera dormir para siempre.

Y, en efecto, se quedó dormido.

Cuando despertó, la cabeza de Eunice reposaba sobre su pecho como una blanca flor. La colocó, entonces, sobre la almohada, a fin de contemplarla por última vez. Luego se hizo quitar el vendaje de las venas.

A una señal suya entonaron nuevamente los cantantes la canción de Anacreonte, que las cítaras iban acompañando levísimamente, a fin de que no se ahogara en sus notas ni una sola letra del canto. Petronio iba palideciendo más y más, y cuando expiró la última vibración se volvió de nuevo a sus invitados y dijo:

—Amigos, confesad que con nosotros perece...

Pero no tuvo fuerzas para terminar la frase; con un postrer movimiento de su brazo estrechó a Eunice, cayó luego su cabeza en la almohada y expiró.

Y los invitados, al contemplar aquellos dos blancos cuerpos, que semejaban dos estatuas admirables, comprendieron perfectamente que con ellos perecía todo lo que había quedado a su mundo en aquella época: la poesía y la belleza.

EPÍLOGO

Al principio, la sublevación de las legiones gálicas, al mando de Vín dex, no pareció muy peligrosa. El César sólo se hallaba en el trigésimo primer año de edad, y nadie se atrevía a esperar que el mundo pudiera verse tan pronto libre de aquella pesadilla que le ahogaba. Se recordaba que más de una vez habían ocurrido sublevaciones parecidas entre las legiones —durante los gobiernos anteriores—, y habían pasado, no obstante, sin tener por consecuencia un cambio de gobierno. Durante el reinado de Tiberio, Druso había sofocado la sublevación de las legiones de Panonia y Germánico las del Rin.

—¿Quién —decían las gentes— podría asumir el gobierno después de Nerón, si han perecido todos los descendientes del divino Augusto?

Y otros, mirando al coloso, se figuraban que Nerón era un Hércules y pensaban que ninguna fuerza sería capaz de quebrantar un poder como el suyo. Y hasta había algunos que, desde su viaje a la Acaya, lamentaban su ausencia, porque Helio y Politetes, a quienes había dejado el gobierno de Roma y de Italia, lo ejercían con más crueldad que él.

Nadie se hallaba seguro de su vida ni de su propiedad. La ley había dejado de proteger. La dignidad humana y la virtud habían perecido; los lazos de familia no existían; y aquellos corazones, envilecidos, ya ni siquiera osaban esperar. De Grecia llegaban los ecos de los triunfos incomparables del César, de los millares de coronas que había conquistado, de los millares de combatientes a quienes había vencido. El mundo parecía haberse convertido en una orgía de histerismo y de sangre; pero, al mismo tiempo, existía la opinión de que había pasado el tiempo de la virtud y de los actos de dignidad, para ceder su lugar a la era de la danza, la música, el desenfreno y la sangre, y que la existencia, en el futuro, seguiría por esa pendiente.

El mismo César, a quien la rebelión le había abierto el camino para nuevos saqueos, no se había preocupado mucho de la sublevación de las legiones y de Vín dex; por el contrario, hasta solía manifestar por ello su complacencia. Ni

siquiera deseaba regresar de Acaya; y solamente cuando Helio le comunicó que una mayor dilación en su viaje podría traer consigo la caída de su gobierno, se trasladó a Nápoles.

Y allá siguió representando, cantando y recibiendo con impasible indolencia los anuncios del inminente peligro. En vano Tigelino le explicaba que las anteriores revueltas de las legiones no habían contado con caudillos, en tanto que esta vez se hallaba a la cabeza de la rebelión un hombre que descendía de los antiguos reyes de Aquitania y era un soldado famoso y aguerrido.

—Aquí —contestaba Nerón— me escuchan los griegos, únicos hombres que saben escuchar, y también los únicos dignos de mis cantos.

Y agregaba que sus primeros deberes eran el arte y la gloria. Pero cuando, por fin, llegaron las noticias de que Vindex le había declarado un artista detestable, saltó bruscamente de su ensimismamiento y se dirigió hacia Roma.

Las heridas infligidas por Petronio, y cicatrizadas durante su permanencia en Grecia, volvieron a abrirse en su corazón y quiso que el Senado le compensara de tan inaudita injusticia.

En su viaje de regreso vio un grupo fundido en bronce que representaba a un guerrero galo vencido por un caballero romano. Juzgó que ese grupo era un augurio favorable, y desde entonces, cada vez que hablaba de las legiones sublevadas y de Vindex sólo era para ridiculizarlas.

Su entrada en la ciudad superó a todo lo que hasta entonces se había visto. La efectuó en el carro que había usado Augusto en su entrada triunfal. Un arco del circo fue demolido a fin de abrir calle a la comitiva. El Senado, los caballeros y una inmensa muchedumbre salieron a su encuentro; las murallas se estremecían a los gritos de «¡Salve, Augusto! ¡Salve, Hércules! ¡Salve, divinidad, el Incomparable, el Olímpico, el Pitio, el Inmortal!». Detrás de él eran conducidas las coronas que había conquistado, los nombres de las ciudades en que había triunfado, y sobre tablas venían inscritos los nombres de los maestros a quienes había vencido.

El propio Nerón, ebrio de placer, preguntaba, emocionado, a los augustanos que iban a su lado:

—¿Qué fue el triunfo de César comparado con el mío?

Y la idea de que algún mortal osara levantar la mano sobre semejante maestro y semidió no entraba en su cabeza. Se sentía, realmente, olímpico, y, por consiguiente, seguro. El entusiasmo y la locura de la plebe excitaban su locura. Y, en efecto, el día de semejante entrada triunfal parecía que no solamente el César y la ciudad, sino el mundo entero, habían perdido el juicio.

A través de aquella inmensidad de flores, guirnaldas y coronas, nadie veía el precipicio. Y, sin embargo, aquella misma noche las columnas y las murallas de los templos fueron cubiertas con inscripciones en las que se descubrían los crímenes de Nerón, se le amenazaba con la inminente venganza y se le ridiculizaba como artista. De boca en boca circulaba la frase:

—Cantó hasta despertar a los gallos.

Las noticias alarmantes dieron la vuelta a la ciudad y alcanzaron proporciones monstruosas. Se apoderó la zozobra de los augustanos.

El pueblo, lleno de incertidumbre con respecto al porvenir, no se atrevía a expresar anhelos, ni esperanzas; apenas osaba sentir o pensar. Pero Nerón seguía viviendo sólo con el teatro y la música. Ocupaban su atención instrumentos recientemente inventados, así como un nuevo órgano de agua que estuvo ensayando en el Palatino.

Con un criterio pueril e incapaz de ningún designio certero, ni de acción alguna determinada, se imaginaba que podría en cualquier momento alejar todo peligro mediante la promesa de juegos y exhibiciones teatrales, que prolongaría indefinidamente. Las personas que le rodeaban, viendo que en vez de buscar medios y de organizar un ejército se preocupaba simplemente de rebuscar expresiones adecuadas para describir el peligro de la manera más gráfica, empezaron a perder la cabeza. Otras pensaron que su único objeto era aturdirse a sí mismo y a los demás con citas, mientras reinaba en su alma la zozobra y el terror.

Y, en efecto, sus actos eran los de un hombre dominado por la fiebre. Cada día cruzaban por su cabeza mil nuevos proyectos. Por momentos saltaba de su asiento a fin de precipitarse a conjurar el peligro; daba orden de empaquetar sus laúdes y cítaras, de armar a las esclavas jóvenes como amazonas y llevar las legiones al Este. Otras veces pensaba de nuevo que sofocaría la rebelión de las legiones gálicas no por medio de la guerra, sino con música. Y su alma se alegraba en el espectáculo que seguiría a la conquista de los soldados por virtud de las notas de su canto. Los legionarios le rodearían con lágrimas en los ojos; él les cantarían un epinicio, después de lo cual empezaría la edad de oro para él y para Roma.

Unas veces clamaba por sangre; otras, declaraba que se hallaría satisfecho con seguir gobernando en Egipto. Recordaba, también, la predicción que le había prometido el señorío sobre Jerusalén, y le llenaba de emoción la idea de que podría un día ganarse el pan cotidiano como trovador errante, y que las ciudades y los países honrarían en él, no al César, señor del mundo, sino a un poeta cuyo igual no había existido hasta entonces en la tierra.

Y así proseguía luchando, enfureciéndose, tocando, cantando, cambiando

de proyectos, declamaciones y dichos, y transformando su vida y la del mundo en un sueño absurdo, fantástico, horrendo, en una especie de ensordecedora y desatentada cacería, en la que se confundían las expresiones ampulosas, los versos malos, los gemidos, las lágrimas y la sangre. Y, entretanto, la nube en Occidente aumentaba de día en día.

La medida se había colmado ya; la insensata comedia tocaba a su término.

Cuando llegaron a sus oídos las noticias de que Galba y España se habían unido a la sublevación, tuvo un acceso de furor y de locura. Rompió vasos, volcó la mesa en una fiesta y dio tales órdenes que ni Helio ni el mismo Tigelino se atrevieron a ponerlas en ejecución. Matar a los galos residentes en Roma, incendiar la ciudad por segunda vez, soltar las fieras y trasladar la capital a Alejandría, le parecía a la vez grande, sorprendente y fácil. Pero los días de su dominio habían pasado ya, y hasta los que habían sido cómplices suyos en sus crímenes anteriores empezaron a mirarle como un loco.

Con la muerte de Vindex y el desacuerdo entre las legiones sublevadas pareció que la balanza volvía a pesar de su lado. Aquello se celebró en Roma con nuevas fiestas, nuevos triunfos y nuevas sentencias, hasta que una noche un mensajero llegó a galope al Palatino en un caballo espumajante, con la noticia de que en la propia ciudad los soldados habían levantado el pendón de la revuelta y habían proclamado César a Galba.

Nerón estaba durmiendo cuando llegó el enviado. Al despertar llamó, en vano, a su guardia nocturna, que vigilaba la entrada a sus aposentos. El palacio estaba desierto, y los esclavos saqueaban en sus más apartados rincones todo aquello que pudiera ser fácil de llevar en su fuga. Pero la vista de Nerón los aterrorizó. Así que vagó solo por el palacio llenándolo con sus gritos de terror y desesperación.

Por último, sus libertos Faonte, Espiro y Epafrodito acudieron en su auxilio. Le aconsejaron que huyera, asegurándole que no había tiempo que perder, mas él seguía engañándose aún. Si se vistiera de luto y hablara al Senado, ¿podría éste resistir a sus lágrimas y a su elocuencia? Si desplegara todo su poder de persuasión, su retórica y sus talentos de actor, ¿habría alguien en la tierra que pudiera oponer resistencia? ¿No le darían entonces, siquiera, la prefectura de Egipto? Los libertos, acostumbrados a prodigarle sus adulaciones, no tuvieron aún la entereza bastante para darle una negativa explícita; se limitaron tan sólo a prevenir que antes que hubiese llegado al Foro el pueblo le habría hecho pedazos, y le declararon que si no montaba inmediatamente a caballo le abandonarían ellos mismos.

Faonte le ofreció asilo en su casa de campo, situada fuera de la Puerta Nomentana. Al cabo de algunos momentos montaron sus caballos y, cubriendo la cabeza de Nerón con un manto, se dirigieron a galope hacia el extremo de la

ciudad. La noche moría. Y en las calles había un movimiento que demostraba la índole excepcional de la situación. Los soldados, ya solos, ya en pequeños grupos, se hallaban diseminados por toda la ciudad. No lejos del campamento, el caballo del César dio un brusco salto a la vista de un cadáver. A Nerón se le cayó, entonces, el manto de la cabeza; un soldado le reconoció, y, confundido ante encuentro tan inesperado, le hizo el saludo militar.

Al pasar por el campamento de los pretorianos escucharon aclamaciones atronadoras en honor de Galba. Y Nerón comprendió, por fin, que la hora de la muerte se acercaba para él. Entonces le asaltaron el terror y los remordimientos. Declaró que veía una sombra delante de sus ojos en forma de una oscura nube. De esa nube se destacaban rostros en los que distinguió el de su madre, el de su mujer y el de su hermano. Le castañeteaban de terror los dientes, y, sin embargo, su alma de comediante halló al punto una especie de encanto en el horror de aquel momento.

Ser el señor absoluto del mundo y perder todas las cosas de la tierra le parecía ahora el colmo de la tragedia y, consecuente consigo mismo, desempeñaba hasta el fin el papel de protagonista. Una fiebre de citas y frases se apoderó de él y un deseo vehemente de que los que le acompañaban las recordaran para bien de la posteridad. Por momentos decía que deseaba morir y llamaba a Epículo, el más hábil matador de todos los gladiadores. En otros momentos declamaba:

—¡Madre, mujer y padre me evocan la muerte!

De cuando en cuando cruzaban por su cerebro relámpagos de esperanza, que era vana y pueril, porque sabía que iba marchando a la muerte y, sin embargo, no lo creía.

Encontraron abierta la Puerta Nomentana. Y prosiguiendo su marcha, pasaron cerca de Ostrianum, en donde Pedro había predicado y bautizado. Y al romper el alba llegaron a la casa de campo de Faonte.

Allí, los libertos no le ocultaron por más tiempo el hecho de que había llegado la hora de morir.

Ordenó, entonces, que cavasen una sepultura y hasta se echó al suelo a fin de que tomasen medida exacta de su cuerpo. Pero a la vista de la fosa abierta volvió a dominarle el miedo. Se puso pálido y por su frente corrieron gruesas gotas de sudor. Y retardaba el momento.

Con voz al mismo tiempo teatral y temblorosa declaró que no había llegado aún la hora, y empezó a declamar nuevamente. Por último, les rogó que incinerasen su cadáver, y repetía con afectado asombro:

—¡Qué gran artista es el que va a perecer!

Entretanto, el mensajero de Faonte volvió trayendo la noticia de que el Senado había dictado la sentencia y había declarado en ella que el parricida debería morir con arreglo a la antigua costumbre.

—¿Qué costumbre es ésta? —preguntó Nerón con los labios blancos.

—Con un tridente sujetarán tu cuello, te azotarán hasta que mueras y arrojarán al Tíber tu cadáver —contestó bruscamente Epafrodito.

Nerón se descubrió el pecho y dijo, alzando la vista al firmamento:

—¡Ya es tiempo, entonces!

Y luego repitió nuevamente:

—¡Qué gran artista es el que va a perecer!

En ese momento se oyó el galope de un caballo. Era el centurión que venía con un grupo de soldados en busca de la cabeza de Ahenobarbus.

—¡Apresúrate! —exclamaron los libertos.

Nerón se colocó la cuchilla en el cuello con mano temblorosa. Era evidente que jamás tendría el valor de introducirla toda. Epafrodito, entonces, con un súbito ademán, le empujó la mano y el puñal se introdujo hasta el mango.

Los ojos de Nerón se salieron de sus órbitas y expresaron un terror inmenso.

—¡Te traigo la vida! —exclamó el centurión entrando en este instante.

—¡Demasiado tarde! —dijo Nerón con voz ronca; y luego añadió—: ¡Esa es la fidelidad!

Y, en un abrir y cerrar de ojos, se apoderó la muerte de su cabeza. De su grueso cuello borbotó un oscuro chorro de sangre sobre las flores del jardín, sus pies se agitaron y murió. A la mañana siguiente, la fiel Actea envolvió su cuerpo en costosas telas y le incineró en una pira llena de perfumes.

Y así pasó Nerón, como un torbellino, como una tormenta, como un incendio, como pasa la guerra y pasa la muerte; pero la basílica de San Pedro gobierna hasta ahora, desde las cumbres del Vaticano, a la ciudad y al mundo.

Cerca de la antigua Puerta Capena existe hasta hoy día una pequeña capilla, que lleva esta inscripción, algo borrada por el tiempo: Quo vadis, Domine?